

ACTAS DE LAS SESIONES

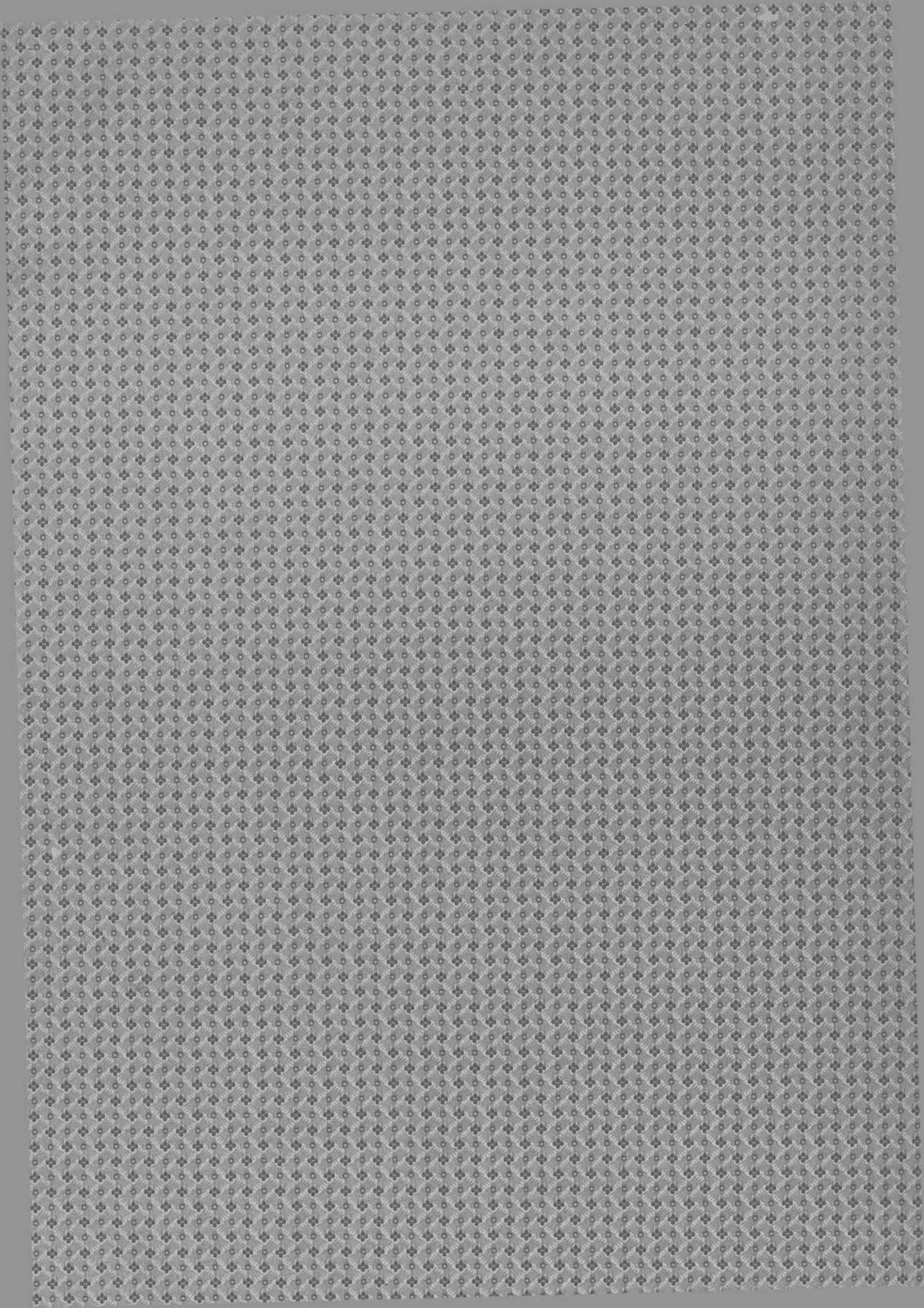
DE LA ASOCIACION

PARA LA

REFORMA DE LOS ARANCELES DE ADUANAS

4860.

7 98



Economia politica

19
D. Mercantile

19
or

ASOCIACION

PARA LA

REFORMA DE LOS ARANCELES DE ADUANAS.

NOTICIA DE SU ORIGEN Y PLANTEAMIENTO, Y ACTAS DE LAS SESIONES PUBLICAS CELEBRADAS DESDE SU INSTALACION

HASTA 1.º DE JUNIO DE 1860.

(Publicado por la Asociacion.)



MADRID, 1860.

Imprenta de los Sres. Arcas y Montoya,

calle del Barco, 25, principal.

ASOCIACION

PARA LA

REFORMA DE LOS ARANCELLOS DE ADUANAS.

NOTICIA DE SU ORIGEN Y PLANTEAMIENTO, Y ACTAS DE LAS SESIONES PUBLICAS CEBERADAS DESDE SU INSTALACION

HASTA 1.º DE JUNIO DE 1860

(Publicado por la Asociacion.)



MADRID, 1860.

Imprenta de los Sres. Arca y Montoya.

Calle del Barco, 35, principal.

Sesion publica del dia 25 de abril de 1859.

Presidencia del Excmo. Sr. D. Luis Maria Pastor.

Asunto de que se ocupó la Sociedad. — Discusion del reglamento y eleccion de la Junta directiva.

En el mes de marzo de 1859 celebró la Sociedad libre de economía política de Madrid una reunion para tratar de los medios de crear una Asociacion que se dedicase á la propaganda de los principios liberales en materia de comercio.

En esta sesion se acordó nombrar una junta directiva provisional, compuesta de los presidentes de la Sociedad y los Sres. Rodriguez, Sanromá, Bona, Carballo, Castelar y Marcoartú.

Dos de los presidentes, los Sres. Figuerola é Infante, rehusaron el pertenecer á la comision provisional; pero prometieron cooperar eficazmente al logro del objeto apetecido, fundando su renuncia en motivos de delicadeza que hicieron á la Sociedad, muy á su pesar, acceder á la demanda.

La comision provisional se constituyó dando la presidencia al Sr. D. Luis Maria Pastor, y nombrando secretario al señor D. Gabriel Rodriguez.

Despues de varias conferencias, en las que se discutieron los medios de llevar á cabo el pensamiento, acordó la comision, despues de obtener el permiso de la autoridad, imprimir el prospecto siguiente:

ASOCIACION

PARA LA REFORMA DE LOS ARANCELES DE ADUANAS.

La justicia y la conveniencia de la libertad de comercio están ya completamente demostradas en el terreno científico. Nadie que haya estudiado imparcialmente estas materias, ignora hoy que el progreso económico de los pueblos solo puede realizarse caminando hácia la libertad comercial, por medio de reformas graduales de la legislacion de aduanas.

En nuestro pais hace algunos años que se está discutiendo sobre la necesidad de llevar á cabo una reforma en el sentido que los principios de la ciencia económica aconsejan, y el gobierno de 1855 y 1856 presentó con este objeto á las Cortes dos proyectos de ley, que ningun resultado tuvieron por varios motivos, entre los que debe contarse la resistencia que opusieron y que opondrán á la reforma arancelaria muchos industriales, hasta que se convengan de que los privilegios que la legislacion actual les concede, son tan perjudiciales para los productores como para los consumidores.

Esta resistencia será un obstáculo poderosísimo, invencible, en tanto que la idea de la reforma no sea enérgicamente apoyada por la opinion pública, que hasta hoy, por desgracia, ha mirado con indiferencia estas cuestiones.

Llamar hácia ellas la atencion del pais; reunir para vencer la resistencia de los productores interesados los esfuerzos que hasta hoy han hecho aisladamente los partidarios de los principios de la ciencia económica; propagar el conocimiento de estos principios y demostrar la necesidad y la posibilidad de llevar á cabo la reforma de los aranceles de aduanas, es el fin que se propone la Asociacion, y que procurará realizar por todos los medios que autoricen las leyes de nuestro pais.

La Asociacion celebrará la primera junta general el dia 25 del corriente, con permiso de la autoridad, para la aprobacion definitiva de las siguientes bases, y nombramiento de los individuos que han de componer la comision directiva.

Todas las personas que deseen formar parte de la Asociacion, pueden asistir á la junta que tendrá lugar en el local de la Bolsa, plazuela de la Leña, el indicado dia á la una de la tarde.

BASES.

1.ª Se establece una Sociedad con el título de Asociacion para la reforma de los aranceles de aduanas.

2.ª La Asociacion tiene por objeto defender y generalizar el conocimiento de la conveniencia de reformar el actual sistema de aduanas, disminuyendo sucesivamente los derechos de importacion y esportacion, y suprimiendo las prohibiciones, hasta transformar los aranceles establecidos hoy, en tarifas puramente fiscales.

3.ª La Asociacion empleará para la realizacion de su objeto todos los medios autorizados por las leyes del pais, reuniendo los datos y noticias que puedan conducir á la mayor ilustracion de las cuestiones aduaneras, y examinando y discutiendo todas las reformas de que este sistema sea susceptible en sus bases y en sus aplicaciones. La Asociacion procurará dar á los resultados de sus trabajos la publicidad conveniente.

4.ª Habrá en Madrid una comision directiva de la Asociacion, compuesta de un presidente, cuatro vice-presidentes, diez y seis vocales, un contador, un tesorero, un secretario general y cuatro vice-secretarios.

5.ª La Asociacion estará representada en las provincias por comisiones locales, cuyas relaciones con la comision de Madrid se determinarán de comun acuerdo cuando se establezcan.

6.ª Cada sócio pagará cuatro reales mensuales para los gastos de la Asociacion.

7.ª Los individuos que han de componer la comision directiva segun la base 4.ª serán nombrados en la primera reunion general. En los casos de fallecimiento ó dimision de alguno de ellos, designará la misma comision la persona que ha de reemplazarle.

8.ª La comision directiva convocará á los individuos de la Asociacion á reunion general siempre que lo juzgue conveniente. Además, se celebrará una reunion general en el mes de mayo de cada año, para dar cuenta de los trabajos hechos y de la recaudacion é inversion de fondos, cuyos estados se publicarán oportunamente.

Madrid 12 de abril de 1859.

Los individuos de la comision directiva provisional:—Luis Maria Pastor.—Cipriano Segundo Montesinos.—Antonio Maria Segovia.—Manuel Colmeiro.—Emilio Castelar.—Joaquin Maria Sanromá.—Félix Bona.—Benigno Carballo.—Arturo de Marcoartú.—Gabriel Rodriguez.

Dada la debida circulacion al programa en esta corte, el dia prefijado se verificó la inauguracion.

ASOCIACION PARA LA REFORMA DE LOS ARANCELES DE ADUANAS.

Sesion pública del día 25 de abril de 1859.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. D. LUIS MARIA PASTOR.

Asunto de que se ocupó la Sociedad.—Discusion del reglamento y eleccion de la Junta directiva.

A la una y media de la tarde ocupó la presidencia el Sr. D. Luis María Pastor, presidente de la comision directiva provisional, y declaró abierta la sesion, leyendo despues el discurso siguiente:

«Señores:

Al merecer de la *Sociedad de economia politica* la honra de presidir la comision encargada de plantear la *Asociacion para la reforma de los aranceles de Aduanas*, contraí el deber, muy grato para mí, de enterar á esta respetable asamblea de los antecedentes y del patriótico fin que aquella se propuso al emprender el planteamiento de tan provechosa idea.

Para hacerlo con exactitud, necesito dar á los señores concurrentes una, aunque sea ligera, de la existencia y progresos de aquella sociedad.

Pocos años cuenta de vida entre nosotros, que no podíamos permanecer extraños por mas tiempo al impulso dado ultimamente en toda Europa á las ideas económicas; pues si bien, por consideraciones que están al alcance del menos perspicaz, España ha andado rezagada para aclimatar en su suelo esa ciencia fecunda que propende á adquirir el primer puesto entre las que se dirigen á mejorar la condicion de la humanidad, una vez conocidos sus saludables principios y sólidos fundamentos, era imposible dejar de hacer por su propagacion los esfuerzos que requiere el conseguir los altos fines á que con sus doctrinas se aspira.

Ni hay tampoco por qué extrañar el retardo. La economia politica es la mas joven de las ciencias morales; porque si bien puede decirse que allá en el siglo xv comenzaron á brillar sus primeros albores, no es menos cierto que solo el célebre Quesnay presentó su fórmula científica, la cual perfeccionada y corregida de sus notorios errores por el inmortal autor de las *Investigaciones sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, adquirió el caracter y fijeza que la elevaron á aquel merecido rango. Pasaba esto en el último tercio del siglo precedente, y desde entonces, en Inglaterra, en Francia y en Alemania, muy célebres partidarios y comentaristas de la nueva doctrina la glosaron, desarrollaron y compendiaron, haciéndola adelantar notablemente.

En España, sin embargo, por la situacion escepcional en que se encontraba, apenas se sintió el efecto de aquel adelantamiento. Un solo autor notable, mas conocido y apreciado de los extraños que de sus compatriotas, publicó un apreciable tratado de economia; pero el célebre D. Alvaró Florez Estrada tuvo pocos imitadores. La famosa guerra de la Independencia primero, la revolucion y la guerra civil mas adelante, las funestas reacciones despues, alejaban de este suelo la aficion al estudio, y la ciencia económica no figuraba siquiera entre las que eran objeto de la pública enseñanza.

Muy reciente es la época en que al fin entrando nuestro país en un periodo de verdadera ilustracion, se concedió á la economia politica el lugar que le correspondia en el plan de instruccion pública, y desde entonces cundieron con velocidad eléctrica sus doc-

trinas por esa juventud brillante á quien está encomendado el glorioso porvenir de nuestra patria.

Si, desde aquel momento la ciencia se ostentó triunfante, saliendo de la oscuridad donde unos pocos proveectos aficionados nos consagrábamos á su estudio en el fondo de nuestro apartado gabinete. De este retiro vinieron á sacarnos los jóvenes entusiastas que al ver brillar en Inglaterra, en Francia, en Alemania y en Bélgica sociedades dedicadas al exámen y adelantamiento de los problemas económicos, no pudieron consentir que España permaneciese por mas tiempo rezagada en esta parte de las naciones ilustradas de Europa, y nos invitaron á concurrir á la formacion de esa sociedad de que tantos beneficios puede reportar la España.

Tal ha sido, señores, el origen de la *Sociedad de economia politica*. (Aprobacion.)

Reunidos allí los aficionados al estudio de esta ciencia, sin distincion de partidos políticos, ni aun de escuelas económicas, hemos departido durante algunos años, sobre sus mas complicados y difíciles problemas, ajenos á toda pretension, modestamente congregados, prescindiendo de severas formas académicas, y atentos solo bajo la enseña de la mas lata tolerancia y mas franca discusion á buscar el acierto en la resolucion de las cuestiones sometidas á nuestro imparcial criterio.

Pero ya esto no bastaba á satisfacer la impetuosa decision de nuestros jóvenes consocios, que, ansiosos de estender el círculo de la actividad científica, consideraban necesario dar á sus trabajos una direccion mas eficaz y decidida, procurando acercar las verdades teóricas á la aplicacion práctica, que puede proporcionar extraordinario impulso á la riqueza de nuestra patria.

Tal ha sido el propósito de la *Sociedad de economia politica* al promover esta *Asociacion*. Pero como la malignidad de los interesados en contrariarla ha de redoblar sus esfuerzos, á fin de desfigurar y calumniar nuestras intenciones, conviene que nos anticipemos á tan maléficas asechanzas, declarando clara y paladinamente las reglas de la conducta que nos proponemos seguir.

Propagar por todos los medios lícitos y honestos las buenas doctrinas económicas; combatir con las armas de la discusion y el raciocinio los errores que impiden y combaten su aplicacion á la práctica; reunir en un centro común los esfuerzos individuales, para oponerlos á los que, ya por preocupación, ya por interés particular, procuran suscitar obstáculos á la estirpacion de los abusos; generalizar, en fin, é infiltrar en la sociedad española el convencimiento de los sanos principios económicos, que elevados ya á la categoría de axiomas y planteados en otros países, han producido en ellos el desarrollo de la industria, el fomento del comercio, el remedio á las grandes crisis, la nivelacion de los precios, la baja de los jornales, el crecimiento de la produccion, y por consiguiente, la baratura de los objetos producidos, y el fácil acceso á los gozes de las clases menos acomodadas y mas numerosas; hé aquí, señores, los medios de que exclusivamente nos

proponemos usar. Con ellos, solos, fiamos a tiempo el logro de nuestro patriótico fin; puesto que generalizada esta opinion, llegará un día á la esfera de los poderes públicos; y legal, tranquila, pacífica y naturalmente, se alcanzará la reforma, de que depende el conseguir tan justas aspiraciones. (Aprobacion.)

Porque no es solo el error y la preocupacion lo que sostiene los abusos y los monopolios, sino el interés particular de aquellos pocos que medran y se enriquecen á su sombra á costa de la generalidad, y que para ocultar este origen han tratado de rebajarse bajo el manto hipócrita de un fingido caracter de nacionalidad. La tarea mas urgente y mas difícil de la nueva *Asociacion*, ha de ser el restablecimiento de la verdad en el significado de ciertas palabras con que se pretenden espesar ideas contrarias á las que su genuino sentido representa.

Se ha abusado escandalosamente de las frases proteccion á la industria, trabajo nacional y otras semejantes; y el día en que se haya logrado presentar exactamente definidas estas voces, habrá andado la *Asociacion* lo mas áspero de su camino. (Bien.)

Quiérese echar sobre los hombres que profesan las ideas libre-cambistas el anatema de que se oponen á aquella justa proteccion y á las exigencias del llamado trabajo nacional; y es urgente por lo mismo vindicarnos de tan falsa como innecesaria censura. No: no somos ciertamente los hombres del libre cambio los que nos oponemos á la proteccion de la industria, sino que, por el contrario, aspiramos á que la proteccion del gobierno sea general en favor de todos, y no en beneficio de los menos; querremos perfecta libertad y proteccion para todos; libertad y proteccion para la industria; libertad y proteccion para el comercio; libertad y proteccion para la propiedad; libertad y proteccion para el trabajo; pero, ¿qué significa libertad y proteccion? Hé aquí la diferencia; hé aquí el sofisma. (Bravos.)

Nosotros proclamamos que no puede llamarse libertad la que, concedida á los menos, es prohibicion para los mas; ni proteccion la que, siéndolo para aquellos, se convierte en carga para estos.

Deseamos, por el contrario, que el Estado garantice á todos el empleo de su actividad, de su inteligencia, de su trabajo, de la manera que cada cual le juzgue mas provechoso, con tal de que no se impida á ninguno el ejercicio de igual derecho, y que proteja, en todos indistintamente, el uso libre de su propiedad siempre que no se perjudiquen respectivamente en el ejercicio de la que á cada uno pertenezca.

No se pretenda pues alarmar á los industriales, lanzándolos imputaciones destituidas de verdad y fundamento.

Lejos de ser nuestro propósito perjudicar los intereses creados por unos, para favorecer los de otros, querremos patrocinarlos todos; pedimos tregua y paz en esa lucha constante entre el productor favorecido y el consumidor perjudicado, para sustituirla por una noble emulacion de todos, dirigida á producir mejor y mas barato, á fin de que pueda ensancharse el círculo del consumo;

demostraremos, poniéndolo tan claro como la luz del día, que la ventaja concedida por medio de las prohibiciones y de los derechos protectores, empobrece al consumidor en mas de lo que enriquece al productor, resultando pérdida positiva en lugar de beneficio, en el conjunto de la operación: patentizaremos, por último, que en lugar del privilegio en favor de pocos, obtenido á costa de los mas, debe establecerse el principio general é igualmente beneficioso á todos, única forma de alcanzar verdadero aumento en la riqueza del país. Porque la libertad favorece á todos, tanto como la prohibición y la llamada protección les perjudica. Abrid los puertos á las primeras materias, á los artículos de general necesidad, á las máquinas, con módicos derechos fiscales, si es preciso, y ganará la fabricación y el comercio tanto como los consumidores; cerrad las puertas á la importación de aquellos objetos, y la industria se resentirá tanto como el consumidor. (*Aprobación.*)

Ni se pretenda tampoco espantar al país con esas amenazas, siempre repetidas, de la ruina inminente que abrumaría los grandes intereses, creados á la sombra de la ley. Este aspecto, puramente político, de la cuestión, que toca resolver á los poderes públicos, dirigidos por otro orden de ideas, no puede afectar á los trabajos y á los esfuerzos de esta Asociación, que obra á impulso de otra masa de intereses mucho mas considerables, y de mas antiguo perjudicados y desconocidos. (*Sensación.*)

Pero hasta de este último reducto han sido victoriosamente lanzados los monopolistas, desde que un ejemplo reciente, en una nación vecina, ha patentizado como por medio del tiempo pueden conciliarse con prudencia, con tino y con prevision, todos los intereses.

Y ¿qué momento mejor hubiéramos podido elegir para emprender tan saludable predicación en favor de las buenas doctrinas? Todavía afectan el ánimo sobresaltado las impresiones recientes de las últimas intentonas socialistas.

— Cuando la sociedad se ve atacada en sus mas sólidos fundamentos, cuando se ha gritado: *¡la propiedad es un robo!* y no ya en medio de las calles de una población desbordada, sino en ilustrados círculos de personas influyentes, en una de las naciones mas adelantadas de Europa; cuando tan lamentable doctrina se ha sostenido, como admisible, en libros que han circulado profusamente, ¿qué correctivo mas eficaz para contener tan pernicioso desbordamiento, que la propagación de las máximas de la ortodoxia económica, fundadas en el principio indestructible de la propiedad? Sí, señores; es preciso que se proclame muy alto que los errores y utopías socialistas y comunistas, solo han encontrado un antídoto enérgico y poderoso en la pureza de los principios de la escuela economista.

Dos fervorosos é infatigables apóstoles de las opuestas doctrinas han luchado sin tregua ni descanso en el terreno de la discusión, único en que pueden ser provechosa é irrevocablemente vencidos los errores. El triunfo de Bastiat sobre Proudhon se encuentra, confesado por él mismo, esculpido en toda Europa con caracteres indelebiles. (*Bien.*)

— Derrámemos una lágrima sobre la tumba del malogrado vencedor, evangelista del libre-cambio, y consuelen algo á la ciencia de tan sensible pérdida, sus elevadas é inviolables concepciones, que no morirán jamás, siendo el baluarte inespugnable de la ortodoxia economista. (*Profunda sensación.*)

— La heregía, sin embargo, sigue latente, y para extirparla es preciso proclamar muy alto y demostrar en el terreno de la práctica los buenos principios. Las prohibiciones y

los derechos protectores conducen directamente á la organización artificial del trabajo, y dada esta, ¿qué falta para el socialismo? Sentad el primer error, y tened por cierto que no ha de faltar quien deduzca las consecuencias. Porque es imposible desconocer que la base científica del socialismo en sus diferentes manifestaciones comunistas, Proudhonianas ó Sansimonistas, consiste en sobreponer el ente social colectivo al individuo; mientras que la economía política no reconoce á la acción del individuo otro límite que el que impone la justicia, y la justicia no es sino el derecho perfectamente igual de los demas. La idea de la propiedad encierra de una manera irresistible la de la independencia y libertad personal; así como la posesión concedida por la supremacía social ataca la individualidad, la rebaja, la humilla y le quita el estímulo poderoso del mejoramiento y aspiración á ensanchar continuamente la esfera de los goces y del bienestar. Separad al hombre de la propiedad, y le habreis quitado el móvil que le impulsa á las grandes acciones, al acometimiento de esas empresas gigantescas que solo pueden llevarse á cabo con la mira de una adquisición de mejor perenne, segura, trasmisible de una á otra generación, hasta despertar en el ánimo la idea de la inmortalidad. (*Bien.*)

— La propiedad es la expresión mas sublime del derecho: la posesión el resultado del hecho material: la propiedad representa la superioridad del espíritu que sostiene al débil contra la usurpación del fuerte: la posesión constituida por el acto de la ocupación, expresa la superioridad de la fuerza sobre el derecho. La propiedad es la libertad: la posesión la esclavitud. (*Bien.*)

— Así la economía política no pudo existir en el mundo antiguo, porque en el mundo antiguo era explotado el hombre por el hombre. Fue preciso que la antorcha del cristianismo iluminara la tierra, que de su resplandor huyera la esclavitud, y que la caridad evangélica hiciera reconocer á los hombres como hermanos, para que elevada la humanidad al rango que el Creador la destinara, sometiendo á su disposición la materia, se verificara la gran revolución que ha desvinculado los dones de la naturaleza. Ni bastó que desapareciera la esclavitud, porque el feudalismo la convirtió en vasallaje; y la industria encomendada á manos degradadas y envilecidas no pudo salir de su embrion. Pero llegó el Renacimiento: el gigante feudal fue arrollado por el municipio, y la clase media, apareciendo como salida del caos, ennobleció el trabajo y esparció profusamente por el orbe entero la holgura, la libertad y el bienestar. (*Bien.*)

Entonces empezaron á chispear por el mundo los primeros destellos de la economía política.

Echad ahora una rápida ojeada á los tres grandes periodos históricos, anteriores á la emancipación, y comparadlos con nuestra era que sustenta las doctrinas económicas.

— Ved allí en lontananza los ponderados imperios en que millones de esclavos miserables y abyectos se postran ante un despota omnipotente, que concentra en torno suyo una opulencia deslumbradora, pero exclusiva y brutal. Venid al periodo greco-romano y vereis siempre una inmensa mayoría de esclavos y unos pocos orgullosos guerreros disputando con las armas su prepotencia y dominación. Llegad á la un día opulenta Roma; vedla aparecer en la cumbre de las colinas donde un puñado de bandidos se proponen y consiguen sojuzgar á sus vecinos primero, á la Italia en seguida, á su rival Cartago mas tarde, al mundo entero por fin, que gime esclavo y tributario al pie de la altiva ciudad que es apellidada eterna. (*Bien.*)

Pero salen del fondo de los bosques del Norte y del Oriente hordas salvajes, que lanzándose impetuosas como devastador torrente sobre el gigante imperio, lo destruyen y desmenuzan y se reparten la presa entre infinitos caudillos. (*Bien.*)

— No veis en este largo periodo la entidad colectiva dominando al individuo? No veis la personalidad humana ahorrada siempre y sometida á la fuerza brutal? Comparad esos periodos de dominación y de estragos con el de la moderna emancipación.

— Rotas las ligaduras que oprimían á la individualidad inteligente, vedla crecer y elevarse por la senda de la perfección progresiva. ¿Cuál es el sentimiento que brota por donde quiera, así que el hombre emancipado recobra su dignidad? Abrid todos los códigos modernos y vereis estampado en ellos el respeto al individuo, la inviolabilidad del hogar doméstico, la consagración del derecho de propiedad. Así que desaparecieron las castas y los privilegios; así que ha sido destruida la supremacía de la colectividad, el trabajo ennoblecido se subdivide al infinito: la acción brutal de la fuerza se traslada á la materia: la maquinaria sustituye á la acción del hombre degradado: la riqueza se estiende y esparce por do quiera, viniendo á ser el premio de la actividad y de la inteligencia, en vez de constituir el patrimonio de clases favorecidas por el azar ó el nacimiento. (*Bien.*)

Y ¿qué portentos no ha realizado tan asombrosa revolución?

— El vapor y la electricidad estrechan el espacio y reducen el tiempo: las regiones mas apartadas se aproximan: las distancias desaparecen: los climas se confunden: las relaciones se multiplican y se estrechan: los mas remotos pueblos se comunican instantáneamente: los opuestos hemisferios se entienden, burlando el hilo conductor la inmensidad de los mares, y las comodidades y los goces, vinculados antes á determinadas eminencias, escepten reducida de generaciones indigentes, se difunden y se derraman por todas las clases de la sociedad.

Y ¿cuál es el monstruo que amenaza destruir este armónico conjunto de inteligencia, de laboriosidad, de emulación y de esfuerzos individuales, caminando incesantemente hacia la perfectibilidad, apoyados en el sagrado derecho de la adquisición propietaria?

— No temais ya á las ordas feroces de las selvas; de las ciudades brotan los bárbaros de la civilización que intentan imponer al mundo moderno el feudalismo industrial. (*Bien, muy bien.*)

Apercibámonos, pues, para vencerlos, no por medio de la fuerza, que no es la ley de nuestro siglo, sino por el raciocinio y la discusión.

— Tal es el fin que se ha propuesto la Sociedad de economía política al fundar esta Asociación.

A vosotros, señores, toca dar cima á esta empresa civilizadora. Para conseguirlo, habeis de proceder á la organización de esta asamblea, de manera que pueda corresponder á su objeto. Corregidas ó aprobadas las bases que se os van á someter, procederéis á la elección de las personas que merezcan vuestra confianza; pero tened en cuenta que la realización de nuestro pensamiento reclama la cooperación de los diferentes partidos. Por fortuna nuestra, en todos los bandos políticos existen hombres ilustrados dispuestos á cooperar á tan laudable empresa, y esta es muy superior á la mezquindad y pequeñez de las miserias de bandería. Mas alta es nuestra misión. La escuela economista, tolerante por excelencia, no aspira al triunfo sino por medio de la discusión. Discutamos, pues, con templanza, con imparcialidad, con buena fé: la razón está de nuestra parte, y el siglo XIX es el siglo de la razón. — He

dicho.» (*Grandes y prolongados aplausos.*)

Terminada la lectura del discurso del señor presidente, D. Joaquín María Sanromá pidió la palabra, y concedida que le fué, dijo:

«Señores:

No vengo aquí con el propósito de encarecer la importancia del acto que acaba de celebrarse, de señalar el fin elevadísimo á que aspira nuestra naciente *Asociación* para las reformas arancelarias, de describir sus aspiraciones presentes, sus legítimas esperanzas, la índole especial de sus trabajos y sus triunfos indudables en el porvenir.

Vengo tan solo á consignar que, al oír la voz que todos hemos aplaudido y la elocuencia que todos hemos admirado, he creído percibir el eco de otra voz y de otra elocuencia.

Era la voz del sentimiento público favorable á nuestra idea, era la elocuencia de una aprobación unánime que vale por millares de lenguas.

Señores: si algunos años atrás se os hubiese dicho que en la capital de España iba á provocarse una reunión consagrada á plantear el problema de la libertad de comercio, y á arbitrar medios de resolverlo en la forma y manera mas ventajosas para los intereses generales del país, decidme ¿no es verdad que hubiérais visto la mas completa indiferencia en muchos semblantes, asomar en otros una sonrisa de compasión ó de desprecio, y en no pocos retratarse el pueril temor de alguna propaganda revolucionaria?

Yo me apresuro á decirlo muy alto, porque redunde en honra de nuestra patria. Hoy día las cosas han cambiado de aspecto completamente. Para que la causa de la libertad de los cambios tenga definitivamente en España sus pequeños comicios y su tribuna, sus doctores y sus escolares, su foro y sus muchedumbres, sus días de fiesta y sus vigilias fatigosas, su matrícula de soldados y sus boletines de gloriosas campañas, sus archivos y sus anales, sus brillantes odiseas y sus himnos heroicos, sus crónicas ligeras y su historia grave é imponente; para que la causa de la libertad de los cambios tenga todo esto, ha bastado, señores, que os convocasen en este local unos cuantos hombres poseídos de ardiente celo en favor de los progresos económicos.

Y vosotros habeis acudido, y habeis acudido solicitos y presurosos, y aquella convocatoria no ha sido necesario hacerla de una manera oscura, vergonzante, estrecha, recelosa. Para una cuestión española, europea, cosmopolita, habeis elegido por teatro el gran mercado de los valores españoles, para una causa santa habeis elegido un día santo; y, al inaugurar sus tareas, no le ha faltado á la *Asociación* libre-cambista ni una sola de las grandes solemnidades: la solemnidad del sitio, la solemnidad del día, la solemnidad del número, la solemnidad del entusiasmo. (*Grandes aplausos.*)

Permitidme, señores, que os hable por un momento del trabajo. El trabajo es una pena, pero una pena dorada por el placer de la recompensa: es una credencial magnífica que entregamos á la naturaleza para que nos devuelva en mercedes lo que en sudores la hemos regalado: si es el trabajo una ley de nuestra existencia, nosotros la aceptamos como un medio de obtener la propiedad, nosotros la admitimos como un deber, para realizar nuestros altos destinos. Mas todo deber supone responsabilidad, es decir, libertad; y, si el trabajo es un deber, el hombre es responsable de su trabajo, el trabajo debe ser libre: todo miembro de la gran familia humana ha de tener facultad para ejercer la profesion que quiera, como quiera y donde quiera, para ejercer una ó muchas profesiones, para fijar á su placer el precio de sus productos ó servicios, para cambiar sobre todo el resultado

de sus trabajos, así en el interior del país como fuera, á medida de sus deseos y voluntades.

Hace mas de ochenta años que lo estaba repitiendo en Francia el honradísimo Turgot: «la libertad de comercio, la libertad de los cambios es el corolario obligado del derecho de propiedad.»

Mas de ochenta años hace tambien que lo estaban repitiendo los fisiócratas: «la propiedad es la base de las sociedades: el cambio es el vínculo de las propiedades.» Darnos libertad del trabajo y la propiedad aparece: darnos libertad de comercio y el cambio nace y se desarrolla.

¡Cuán olvidadas tenían estas máximas los hombres de otras edades!

¡Pobre agricultura de los siglos medios!

Entre los muros de la ciudad y los insolentes torreones del castillo feudal, yo veo desplegar ante mis ojos inmensas llanuras, donde gimen manadas de siervos encorvados bajo el peso de rudas faenas. Allí no hay sentimiento de propiedad, no hay dignidad personal, no hay esperanza de lucro, no hay amor al trabajo, no hay profesion libremente elegida; allí no hay mas que fuerza bruta, no hay mas que humillacion impuesta por la ley feroz del nacimiento.

Oíd el rumor de las guerras privadas. Ved cómo la carnicería pasea su formidable carro entre el ciudadano y el ciudadano, la familia y la familia, el municipio y el municipio, talando los campos, arrancando las mieses, rompiendo los puentes, cegando los caminos, empedrando con cabezas humanas aquellos valles antes deliciosos y donde despues no crecerá la yerba por tanto tiempo.

¡Cuántas tierras incultas! ¡cuántas abandonadas por lo excesivo de las cargas! ¡cuántas otras agobiadas por el diezmo, estancadas, no manos muertas, como se las ha llamado, sino verdaderos cadáveres que infestaban con su pestilencia las fuentes purísimas de la riqueza pública!

Yo veo allí los riegos olvidados, casi desconocidos los abonos, la tasa de granos despotada de las carestías, el caballo brutalmente arrancado á la pacífica labor y á la carreta, el pastor descargando tremendos golpes sobre las espaldas del labriego y borrando con la punta de su cayado los linderos de las heredades para dejar libre el paso á sus rebaños privilegiados.

Volved la vista á la industria manufacturera. Disfrutaba, es verdad, de algunas mayores libertades que la agricultura; pero, en cambio era atacada en muchos de sus ramos por absurdas leyes suntuarias, fijábase el precio de los paños en los principales centros fabriles, se tasaba el salario del tejedor y del tintorero, concentrábanse los oficios en manos de unos cuantos maestros, y la tiranía del sistema gremial mataba todo espíritu de adelanto.

¿Quereis que os diga tambien lo que era el comercio de entonces? ¿viajábais por tierra? ¿concurríais á las ferias ó mercados? Tenia que seguiris una escolta bien provista de armas. ¿Viajábais por mar? Forzoso os era navegar en *conserva*. El derecho de naufragio confiscaba en provecho del señor territorial vuestras mercancías si llegaban á tocar el suelo ó á besar la playa; el de aubana conferia á otro soberano vuestros bienes si teniais la desgracia de fallecer en el extranjero; si en el extranjero contraíais deudas, tenían á la fuerza salir responsables de ellas todos vuestros compatriotas: la libertad del pabellon neutral era desconocida; y en vez de aduanas, soliais tropezar á cada hondonada y á cada desfiladero con un *guetteur de grands chemins*, á quien teniais que pagar hasta el polvo levantado por vuestra planta, por vuestros carros y caballerías.

Añadid ahora tantos obstáculos naturales. Mirad las gavillas hacinadas en los campos

por la falta absoluta de anchas y desahogadas vías; mirad la fabricación sin una sola fuerza motriz sustituida á la animal, sin un solo aparato mecánico capaz de auxiliar poderosamente las manos y los dedos del hombre; mirad la navegacion reducida á un miserable cabotaje, casi sin arquitectura naval, sin brújula ni derrotero fijo.

Señores, comparad todo esto con lo que sucede en el presente siglo. Habeis destruido aquellos obstáculos artificiales. Si para la ley civil ya no hay mas que hombres, para la ley económica ya no hay mas que industriales de un solo taller. ¡Calificación sublime, señores! Porque es mas noble, mas digna, mas cristiana sobre todo que llamarnos señores ó esclavos, emancipados ó siervos, vencedores ó vencidos, menestrales honrados ó viles artesanos. (*Bien, muy bien.*)

Habeis destruido tambien otros obstáculos colosales. El buque de vapor ha completado á Cristóbal Colon: el hilo telegráfico ha dado á la humanidad todo un nuevo sistema nervioso, para que, de aquí en adelante no haya en ella mas que una sola sensacion inmensa, un solo grito de alegría, un solo acento de dolor, un solo espasmo gigantesco: la selfactina pone una enorme masa de materia bajo la ley de una sola mirada del espíritu: los bramidos de la locomotora hielan de espanto la sangre de los tiranos: el tratado de París ha arrojado al mar, despues de rasgadas en pedazos mil, las innobles patentes de corso: el Danubio y los Dardanelos nos abren amorosamente sus brazos ya desatados: cruje el istmo de Suez y pronto los *steamers*, al cruzar aquellas olas que ayer fueron arenas, harán inverosímil un viaje por el Cabo: caen las murallas de la China, y tenemos asida y tiramos con violencia hacia nosotros una punta de la misteriosa sámana en que se envolvía el Japon para ocultar con falso pudor su decrepita virginidad á los ávidos ojos de la Europa. (*Estrepitosos aplausos.*)

Si, señores; habeis echado abajo todos los antiguos obstáculos artificiales y una buena parte de los naturales. ¿Nada os queda, pues, que hacer? ¡Oh! mucho os queda todavía; os falta destruir otros nuevos obstáculos artificiales que al libre desarrollo del comercio han opuesto los intereses mal entendidos de ciertas clases.

Cincuenta años hace que el principio de libertad de comercio ha sido reconocido y aplicado en el interior de las naciones; cincuenta años hace que las trabas aduaneras de antiguo levantadas en los linderos de cada pueblo y de cada provincia, se van lentamente retirando hacia las fronteras exteriores.

Mas ha hecho la Alemania; acordados del *Zollverein*. La Alemania, compuesta de muchos y muy diversos estados políticos, formará de hoy mas una gran familia económica: ha derribado las aduanas de cada Estado y circunvalado casi toda la Confederación Germánica con una sola zona aduanera.

Un paso mas y todo el bien estará consumado. ¿Adivinais cuál es este paso? Consiste en infiltrar el principio de la libertad de comercio en las relaciones de la política internacional. Hay ya un ejemplo de esto: os lo ha mencionado el señor presidente en su luminosísima Memoria: la Inglaterra.

¡Inglaterra! A este solo nombre braman de cólera los proteccionistas. Pues bien; si os dicen ellos que Inglaterra pudo dar el ejemplo de la libertad de comercio porque estaba preparada para ello, contestadles que no la consideraban preparada los que, en la misma Inglaterra de 1846, vivían del monopolio: contestadles con las tremendas luchas que tuvo que sostener la liga de Manchester: contestadles con las eternas elegías de los *landlords*: contestadles con las blasfemias de los navieros ingleses cuando vieron á lord John Russell poner la mano en el Acta de navega-

ción tenida siempre hasta entonces por el *palladium* de la marina británica.

Hagamos, hagamos penetrar una fuerte dosis de libertad de comercio en las relaciones de la política internacional. Observad que los privilegios campean todavía osadamente en las formidables columnas arancelarias: ved que, si hemos echado abajo las prohibiciones, quedan todavía en pie los altos derechos protectores que equivalen a una prohibición embozada. Todavía, cuando reclamamos la libre importación de los cereales extranjeros, no se nos concede como una necesidad permanente: se nos administra *in articulo mortis*. (Risas.) Y ¿sabéis, señores, lo que resulta de ahí? Que, en los momentos de carestía, ni aun la misma importación extranjera basta para saciar el hambre de nuestras poblaciones. ¿Cómo queréis que se hagan grandes especulaciones en granos si los resultados de la especulación dependen de los caprichos administrativos y no de las relaciones naturales entre la oferta y el pedido? ¿Pueden hacerse grandes remesas y grandes acopios cuando el mercado se abre hoy para cerrarse mañana?

Tenedlo muy en cuenta, señores: en esta cuestión magna de los cereales, nosotros, los partidarios de la libertad de comercio, pedimos el pan barato, y los proteccionistas, los enemigos de la importación os lo quieren vender caro. (Gran sensación.)

Si os dicen que la importación de los trigos extranjeros arruinaría nuestra agricultura, podéis replicarles buenamente que Dios está siempre sentado en el suelo español, y que este suelo feracísimo no debe temer la competencia de nadie: desafiadlos á que os presenten las mejoras que han introducido en sus cultivos ellos, ellos los que se llaman representantes del progreso nacional, ellos los que se atreven á confundir la pobre causa de sus privilegios con la causa inmortal del bienestar de los pueblos. (Aplausos.)

Me acuerdo de una frase felicísima del señor Pastor: os invito á no echarla en olvido. El día en que se plantee la libertad de comercio, habrá indudablemente quien pierda en los primeros momentos, pero eso mismo, perdido por los propietarios territoriales, v. gr., que son los menos, eso mismo ahorraremos y ganaremos los consumidores, que somos todos. Así la riqueza pública no se distribuirá en fuerza de un principio socialista, que es el que la protección representa siempre: se distribuirá siguiendo el orden natural de las cosas, siguiendo las augustas prescripciones de la razón y la justicia.

Pero esta transformación de un régimen artificial y favorable á unos pocos en otro régimen natural y favorable á todos, debe verificarse con suma cautela, con prudencia suma; y en este sentido emprendemos nuestras tareas los individuos de la Asociación libre-cambista.

Tres caminos podríamos seguir aquí, señores:

O pedir desde luego la más absoluta libertad de comercio, reduciendo en seguida los derechos arancelarios á un solo tipo puramente fiscal.

O trabajar para que la reducción de los derechos se verifique gradualmente, pero en momentos repentinos e imprevistos.

O reclamar aquella reducción anunciándola siempre anticipadamente, realizándola en períodos cortos y llegando pronto al tipo fiscal ya mencionado.

Francamente: no podemos pedir ahora la libertad absoluta de comercio. Existen intereses creados á la sombra de legislaciones viciosas: es preciso respetar estos intereses. No es una transacción con el mal, señores: con el mal no se transige nunca: es solo un cálculo de paciencia, de esa paciencia que es la virtud de los débiles y la cortesía de los fuertes: es un cálculo de paciencia para ase-

gurar mas en lo futuro las conquistas que podrían comprometerse en el presente.

Tampoco pretendemos que se hagan de una manera imprevista las reducciones. No: Nosotros queremos dar tiempo á los industriales que se crean amenazados para que vayan haciendo sus cálculos sobre bases ciertas. Si las industrias que ellos representan tienen vitalidad propia, vivan muy enhorabuena y vivirán: si no la tienen, se irán transformando por la acción lenta de los tiempos. Y así el capital no será distraído de sus aplicaciones naturales, y así los jornales no subirán rápidamente hoy para descender mañana hasta la última espresión de la miseria, del hambre ó quizás del crimen, y así no habrá crisis, ni feudalismo industrial, ni pánico, ni ese continuo desasosiego que agita los grandes centros manufactureros. (Aplausos.)

Nuestro pensamiento, señores, el pensamiento consignado en las bases que vais á discutir y con tanto brio desarrollado en la Memoria del señor presidente, es el mas lógico, el mas justo, el mas eficaz. Si ser puede, pediremos que la disminución de los derechos arancelarios se haga á la vez sobre todos los productos gravados: sino, la pediremos antes sobre las sustancias alimenticias que sobre las materias primas, antes sobre las materias primas que sobre las elaboradas, antes sobre los productos bastos que sobre los artículos de lujo. Ya lo veis, señores: nuestra mirada está constantemente fija en el mayor número.

Nos hemos puesto bajo el amparo de la ley: la ley ha empezado á protegernos, la ley nos protegerá. Nuestras armas serán siempre legales, sabremos esgrimir las en buena ley pero sin tregua ni descanso; sabremos manejarlas con brio delante de todo el mundo. Discusiones públicas, folletos, prensa periódica, lecciones, discursos, todo, todo lo pondremos á contribución para hacer triunfar una idea que creemos es la verdadera idea del siglo.

No tememos ciertamente á los adversarios del libre-cambio. Reconozco la ilustración de algunos de ellos; pero una vez han sido citados por nosotros en un palenque científico, ¿cómo no se presentaron? Una vez les arrojamos el guante, ¿cómo no lo recogieron? Creen en buen hora institutos nacionales de Fomento: «tengo el sentimiento de decirles que ellos usurpan el dictado de nacionales. Sepan que su nación no es la vida del pueblo, el alma del pueblo, la palabra del pueblo, la necesidad del pueblo: sepan que su pretendida nación no tiene mas altura que la chimenea de sus fábricas ó el campanario de sus aldeas. (Grandes aplausos.)

El diploma de nacionalidad nos pertenece de derecho á nosotros, á nosotros los libre-cambistas.

Somos nacionales, señores, porque pedimos para la nación española la vida barata, el alimento barato, el vestido barato, la habitación barata, el transporte barato, el crédito barato.

Somos nacionales, porque hablamos el lenguaje de tantos millones de españoles que no cubren sus carnes con magníficas sedas extranjeras, que no hacen circular en sus mesas los sabrosos vinos del Rhin, que no regalan sus oídos con cantatas italianas, que no tienen por mujeres á las que surgen sus delicados miembros entre olas de encaje de Bruselas ó perezosamente los estienden bajo ricos pabellones ingleses de riquísima seda y oro fabricados, que no comen la pasa de Corinto sino el modesto puchero español, que no educan á sus hijos en la Suiza ó á orillas del Sena sino en el toseco banquillo de nuestro dómine, tan clásico como largamente celebrado. (Estrepitosos aplausos.)

Somos nacionales, lo repito muy alto. En las cuestiones nacionales no existen partidos,

y yo no veo aquí distinción de partidos; en las cuestiones nacionales no hay edades, y yo no veo aquí distinción de edades; en las cuestiones nacionales no hay categorías, y yo no distingo aquí las categorías.

Habéis oído, señores, las sentidas y benévolas frases del señor presidente. Cuando su señoría felicitaba á la parte mas jóven de la escuela libre-cambista española, cuando con una galantería que tanto nos honra y tanto nos confunde, decía de nosotros que hemos estimulado á los hombres provecos á tomar una parte muy activa en la gloriosa propaganda económica, nosotros recordábamos que precisamente aquellos hombres han sido nuestros maestros y que á la lectura de sus libros debemos esta fe que ahora nos alienta y esta energía que nos impulsa. Los que en razón á su edad llegaron antes que nosotros á la posesión de las verdades económicas, participes son de nuestra juventud misma; porque hay, señores, una vida que no conoce invierno, y es la vida de la verdad; la verdad no encanece nunca. (Muy bien.)

Yo no puedo sentarme, señores, sin dirigir una palabra á la generación científica que viene detras de nosotros. La juventud salda ayer de las aulas para concurrir á este sitio, lo ha hecho considerando que no era un mérito, sino un deber para ella el asociarse á una exigencia de la época. Tened, señores, siempre este lujo de virtud que es tan digno de la libertad: amad las libertades económicas, respetad esto mismo que amais, buscad la inmortalidad en este amor: santificad despues vuestra alma en un templo y vereis cómo desciende hasta ella el ángel de los pensamientos elevados, el genio que inspira las grandes empresas. (Aplausos generales y prolongados.)

Acto continuo se dió lectura del prospecto y bases acordadas por la comisión interna, consignadas en la página 3, habiendo sido aprobadas sin discusión la 1.^a, 2.^a y 3.^a Despues de leída la 4.^a, dijo

El Sr. Solernou y Castellanos: Si el señor Presidente me lo permite tengo que hacer una observación: pareceme limitado el número de vocales que se propone, y yo rogaria á la mesa tomase en cuenta esta indicación: pudiera aumentarse hasta veinte si la reunion lo juzga acertado.

El Sr. Presidente: Me parece atendible la indicación del Sr. Solernou y Castellanos, y si la reunion lo acuerda...

Varios señores: Si, si.

El Sr. Presidente: Queda aceptada.

Fue aprobada la 5.^a base, y respecto á la 6.^a, dijo

El Sr. Maldonado Macanaz: Tengo que hacer una observación. Me parece muy módica la cuota de cuatro reales, y creo que seria conveniente aumentarla hasta seis.

El Sr. Segovia: Señores, la comisión al proponer estas bases meditó muy despacio acerca de la cuota mensual que habrian de pagar los suscritores ó individuos de nuestra Asociación, y como el objeto es que esta se estienda á todas las clases de la sociedad, se popularice, por decirlo así, vinimos á fijarnos en esa modesta suma de cuatro reales, pareciéndonos muy al alcance de todas las fortunas, y que hasta la circunstancia de ser la peseta española, la hacia mas propia para su objeto. Tuvo tambien presente la comisión, y el Sr. Maldonado Macanaz no debe desconocer, que ademas de que nuestros gastos habrán de ser reducidos, su índole permitirá á los amigos mas generosos ó mas acomodados de la Asociación auxiliarla por medios indirectos; como serán, por ejemplo, el costear en todo ó en parte la impresión y distribución de nuestros escritos, el suscribirse á ellos por gran número de ejemplares, etc. En esta atención, la comisión mantiene la cuota propuesta, y espera que el Sr. Maldonado no insista en pedir su alteración.

Aprobadas que fueron las bases, dijo El Sr. *Presidente*: Ahora se va a proceder a la eleccion de la comision directiva, y es forzoso ante todo acordar el método que se haya de seguir.

El Sr. *Maldonado Macanaz*: Señor presidente, me parece que lo mas acertado sería que se nombrase una comision nominadora, que podria designar la mesa provisional.

El Sr. *Presidente*: ¿Se acuerda este método de eleccion? ¿Quién ha de nombrar la comision nominadora?

Varios señores: La mesa, la mesa.

Despues de una ligera suspension, el señor presidente leyó los nombres de los individuos elegidos para formarla, que fueron los señores D. Antonio María Segovia, D. Francisco Orgaz, D. Juan Eloy de Bona, D. Joaquin Maldonado Macanaz, D. Félix Marquez, don José Echegaray y D. Feliciano Herreros de Tejada, los cuales propusieron una candidatura que leida, fue aprobada. A peticion del señor presidente acordó tambien la reunion que se agregaran a la comision directiva nombrada, los individuos que compusieron la nominadora, quedando en su consecuencia constituida la junta directiva de la *Asociacion* del modo siguiente:

Presidente.

Excmo. Sr. D. Luis María Pastor, ex-diputado y ex-ministro de Hacienda, presidente de la sociedad libre de Economía Política de Madrid.

Vicepresidentes.

Excmo. Sr. D. Antonio Alcalá Galiano, senador del reino, ex-ministro de Marina y ministro plenipotenciario de España en Lisboa, presidente de la sociedad libre de Economía Política de Madrid.

Excmo. Sr. D. José Manuel Collado, senador del reino, ex-ministro de Hacienda y de Fomento.

Sr. D. Gregorio Lopez Mollinedo, comerciante y ex-diputado.

Ilmo. Sr. D. Cipriano Segundo Montesinos, diputado a Cortes, ex-director general de Obras públicas, presidente de la sociedad libre de Economía Política, individuo de la Real Academia de Ciencias.

Vocales.

Sr. D. Manuel Colmeiro, catedrático de la Universidad Central, presidente de la sociedad libre de Economía Política, individuo de la Academia de la Historia y de la de Ciencias morales y políticas, y representante de España en el congreso de economistas de Bruselas.

Sr. D. Laureano Figuerola, catedrático de la Universidad Central, diputado a Cortes, presidente de la sociedad libre de Economía Política, individuo de la Academia de Ciencias morales y políticas y de la Sociedad Económica Matritense, vocal de la junta consultiva de Aduanas y representante de España en el congreso de economistas de Bruselas.

Sr. D. Antonio María Segovia, antiguo consul general de España, presidente de la sociedad libre de Economía Política, é individuo de la Real Academia Española.

Ilmo. Sr. D. Eugenio Moreno Lopez, diputado a Cortes, director general de Instruccion pública, presidente de la sociedad libre de Economía Política, é individuo de la Academia de Ciencias morales y políticas.

Ilmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, diputado a Cortes y director general de Administracion.

Sr. D. José Gonzalez de la Vega, diputado a Cortes.

Sr. D. Juan Eloy de Bona, publicista, jefe de Administracion jubilado, secretario de

S. M. con ejercicio de decretos é individuo de la sociedad Económica Zamorana.

Sr. D. Andrés Borrego, ex-diputado y publicista.

Ilmo. Sr. D. Ramon Echevarria, ex-diputado y ex-director general de Obras públicas.

Sr. D. José María Orense, director de *La Discusion* y ex-diputado.

Sr. D. Emilio Castelar, catedrático de la Universidad Central y publicista.

Sr. D. Antolin Udaeta, diputado a Cortes y banquero.

Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta, diputado a Cortes é ingeniero de caminos.

Sr. D. Francisco Orgaz, publicista.

Sr. D. Patricio Pereda, individuo del ayuntamiento de Madrid y comerciante.

Sr. D. Félix de Bona, publicista é individuo de la Sociedad Económica Matritense.

Sr. D. Pablo Martinez, secretario de la Junta de Comercio de Madrid y redactor de *La Tutel*.

Sr. D. Sabino Ojero, comerciante en harinas y frutos coloniales.

Sr. D. Casimiro Rufino Ruiz, antiguo director de la *Guia de Comercio*, é individuo de la Sociedad Económica Matritense.

Sr. D. Luis Marciano Moreno, fabricante y almacenista de tejidos de lino.

Sr. D. Eduardo Chao, ex-diputado, director de *El Crédito*.

Sr. D. Joaquin Maldonado Macanaz, publicista.

Sr. D. José de Monasterio, ingeniero, catedrático en la escuela de minas.

Sr. D. Félix Marquez, ingeniero, profesor del real Instituto industrial y secretario del consejo de administracion del ferro-carril de Reus á Montblanch.

Sr. D. Francisco Diaz Pallarés, publicista.

Tesoroero.

Sr. D. Pedro Pascual de Uhagon, banquero y diputado a Cortes.

Contador.

Sr. D. Isidoro Solernou y Castellanos, comerciante y miembro corresponsal de la sociedad de Dunkerque.

Secretario general.

Sr. D. Gabriel Rodriguez, ingeniero, catedrático en la escuela de caminos, secretario de la sociedad libre de Economía Política, individuo de la Sociedad Económica Matritense, y representante de España en el congreso de economistas de Bruselas.

Secretarios.

Sr. D. Joaquin María Sanromá, doctor en administracion, catedrático de historia del Comercio y Derecho internacional mercantil en la escuela de Comercio de Madrid, individuo de la Sociedad Económica Matritense.

Sr. D. Benigno Carballo, escritor público, catedrático de economía política, Derecho mercantil y legislación de Aduanas, en la escuela de Comercio de Madrid, y de economía aplicada á la industria en el real Instituto industrial.

Sr. D. José Echegaray, ingeniero, catedrático en la escuela de caminos y secretario de la sociedad libre de Economía Política.

Sr. D. Enrique Pastor, publicista, director del periódico *La Tribuna de los Economistas*.

Sr. D. Arturo de Marcoartú, director de la *Revista Peninsular Ultramarina*, individuo de la Sociedad Económica Matritense, y miembro del cuerpo de ingenieros de Londres.

Sr. D. Feliciano Herreros de Tejada, director del diario *La España Mercantil*.

A continuacion, el señor presidente concedió la palabra al Sr. Rodriguez (D. Gabriel), que dijo:

Señores:

Por designacion de nuestro dignísimo presidente, voy á tener el honor de dirigiros algunas palabras en nombre de los individuos presentes de la comision que habeis elegido, para dar unidad á la *Asociacion* que acabamos de crear. Estas palabras tienen por objeto manifestaros nuestro profundo reconocimiento y nuestro firmísimo propósito de no perdonar medio alguno, y de emplear todas las fuerzas de nuestra inteligencia en el cumplimiento de la honrosa mision que nos habeis confiado: mision tan alta y tan noble, que no hay otra, en mi humilde concepto, que en estas cualidades pueda sobrepujarla, porque nada hay mas alto ni mas noble que consagrarse á la defensa y á la propagacion de la verdad, y no hay verdad que pueda hoy contribuir mas á los progresos morales y materiales del ser humano, que la verdad económica, representada por ese gran principio que hemos escrito en la bandera de nuestra naciente *Asociacion*, la libertad de comercio. (*Bien, muy bien.*)

Aceptamos, pues, la mision que nos confiais, y la aceptamos agradecidos y decididos á llevarla hasta donde nuestras fuerzas lo consientan, entrando con energia en la lucha que deseamos sea siempre mesurada, digna, razonadora, pero que quizás algunas veces no podrá tener estos caracteres, porque en ninguna parte faltan armas emponzonadas y manos dispuestas á emplearlas. Y entraremos, señores, en la lucha, tomando por tipos de nuestra conducta dos sublimes ejemplares; invocando dos nombres, que la historia del presente siglo unirá invariablemente á los principios de la libertad de comercio, dos nombres que conocéis todos, que seguramente en este momento recordais todos, *Ricardo Cobden* y *Federico Bastiat*.

Imposible sería, señores, no recordarlos en un acto como este. Al fundar una sociedad propagadora de los principios de la libertad de comercio, sería imposible que no se presentasen á nuestra imaginacion esas dos admirables figuras que simbolizan, á mi parecer, en la predicacion de las ideas económicas, la una el triunfo, la otra el martirio. Imposible sería que no se alzase gigante en nuestra mente la gran figura de Cobden, imponiendo en el Parlamento inglés á los lores, á los señores de la tierra británica, la reforma de las leyes de cereales, reclamada energicamente por la opinion del pais, convertido á los buenos principios económicos, por la incansable actividad y la rara elocuencia del primer orador de la famosa *liga*; como sería imposible no recordar la figura no menos grande, aun mas grande quizás, del desgraciado Bastiat, vencido físicamente por el esceso del trabajo, exhalando el último suspiro en Roma, lejos de la patria, por cuya prosperidad se habia esforzado tanto, con el sentimiento, señores, de no haber hecho bastante por la causa de la verdad; de no haber hecho bastante, ¡é! que con la magia de su estilo la habia acercado á las inteligencias mas rudas, en escritos imperecederos; ¡é! que por la verdad habia sacrificado su vida; ¡é! que la consagraba, muriendo, sus últimos recuerdos, sus últimas palabras! (*Grandes aplausos.*)

Imposible sería, lo repito, que no recordásemos en el cumplimiento de nuestra mision á esos dos hombres, como sería culpable que no procurásemos imitarlos en cuanto lo consienta la inferioridad de nuestras fuerzas. Los imitaremos, y aun los igualaremos, ya que no en todo, en el entusiasmo y en la abnegacion; aprenderemos de ellos á combatir los errores allí donde se presenten y cualquiera que sea la forma de que se revistan; aprenderemos de ellos á arrostrar la

calumnia unas veces, el ridículo otras, cuando se interpongan en nuestro camino, y como ellos, fija la mirada en la verdad, cuyo triunfo deseamos, caminaremos con paso tranquilo y mesurado, pero firme é incontrastable, sin dejarnos alucinar por las ilusiones, ni abatir por el desaliento; dispuestos tanto á ceñir alegremente la corona de los vencedores, como á caer estenuados por la fatiga, con la amargura de no haber conseguido nuestro objeto, pero con el consuelo de que otros, mas adelante, cogerán el fruto de la semilla derramada que no puede ser infecunda, porque no lo es nunca la semilla de la verdad. (Aplausos.)

Esto, señores, os ofrecemos, pero para realizarlo, contamos con vuestro apoyo, y necesitamos de vuestra cooperacion. Pequeño sin ella seria el resultado de nuestros trabajos, porque no son grandes nuestras fuerzas, y para empresas como la presente se necesitan muchas. Yo estoy seguro de que vuestro apoyo no nos faltará; estoy seguro de que todos los hombres de todos los partidos políticos, que hayan desechado las preocupaciones

creadas por el sistema mal llamado protector, vendrán á nuestro lado y nos ayudarán con sus consejos y sus ideas.

Pero nosotros contamos muy especialmente con la juventud que completa en estas *Asociaciones* con su fuego y su entusiasmo las altas cualidades de prudencia y de sabiduría que acompañan á la edad madura: contamos con la juventud que ha sido y será siempre el ejército de los grandes principios, de las grandes causas, y que no puede permanecer indiferente cuando desplegamos al viento la bandera de la libertad de comercio, porque esta es una bandera de progreso y de justicia, y el alma de la juventud tiene hambre y sed de justicia y de progreso. (Entusiasmas bravos.)

Yo, señores, tuve el honor de representar hace tres años á la juventud española en un congreso de economistas de todas las naciones, celebrado en Bruselas, para discutir sobre la conveniencia de la libertad de comercio. En ese congreso se acordó fundar *Asociaciones* para la propagacion de las buenas doctrinas económicas, y yo, haciéndome eco de

los sentimientos que creía ver en mis hermanos de España, aseguré que la juventud de nuestra patria no seria inferior en abnegacion y en entusiasmo por la causa de la libertad comercial á la de ningun otro pueblo del mundo. Esta promesa, hecha á la faz de la Europa, aunque por una persona de tan poco valer como yo, no quedará incumplida, y la Europa verá que la generacion que nace hoy á la vida pública nace llena de fe y de amor á la verdad, y consagra sus fuerzas al planteamiento de la libertad de comercio, que se funda en una idea cristiana, en una idea de justicia, en la idea, señores, que caracterizará el siglo xix, la idea de la personalidad del individuo y de la armonía de las leyes naturales de la humanidad. He dicho. (Grandes y prolongados aplausos.)

El Sr. Presidente: Queda constituida la *Asociacion para la reforma de los aranceles de Aduanas*. Se levanta la sesion. Los señores que gusten inscribirse se servirán pasar al cuarto segundo de la casa núm. 22, de la Carrera de San Jerónimo, donde provisoriamente se halla instalada la secretaria.

Pocos dias despues, la Junta directiva acordó en su primera reunion redactar una circular-programa, que con un folleto en que se daba cuenta de la primera reunion pública, se repartió profusamente.

Esta circular dice lo siguiente:

Sr. D.

Madrid de mayo de 1859.

Muy señor nuestro y de toda nuestra consideracion: El folleto que con estas líneas tenemos el honor de remitir á V. le dará noticia del objeto con que se ha fundado la *Asociacion para la reforma de los aranceles de Aduanas* y de las bases de su constitucion. Al establecer esta sociedad, sus fundadores no tienen otro propósito que el de prestar un servicio á la causa de la verdad y al pais en que han nacido, propagando el conocimiento de los sanos principios económicos y facilitando de este modo la reforma del sistema aduanero, que es contrario, tal como hoy se halla constituido, á los principios fundamentales de la justicia y al desarrollo de la prosperidad moral y material de nuestra patria.

El pensamiento de la *Asociacion*, como puede V. ver en los documentos que comprende el folleto adjunto, tiene por base la doctrina económica de la libertad de comercio. La libertad es la ley racional de las transacciones humanas, porque sin ella es imposible que en esas transacciones se realice la justicia, como es imposible la division natural y conveniente del trabajo, y por lo tanto, el mejor aprovechamiento de las fuerzas que la Providencia ha concedido al hombre para que pueda por medio de la satisfaccion de sus necesidades de todos los órdenes, elevarse moral, intelectual y físicamente. Sin la libertad de las transacciones se perturban además las leyes naturales que presiden á la distribucion de los resultados obtenidos por el empleo de la actividad humana, y se lleva á manos de unos individuos la retribucion que á otros corresponde, organizando legalmente el despojo, y destruyendo ó debilitando, al menos en las inteligencias, la nocion de la propiedad, que deja de ser un derecho para convertirse en una gracia concedida por el Estado, y que por el Estado puede ser á cada momento y bajo cualquier pretexto de conveniencia revocada. Sin la libertad, en fin, no puede desarrollarse

ninguna industria de una manera estable, ni existir el orden económico en las sociedades.

La doctrina que la *Asociacion* se propone generalizar y propagar es, por lo tanto, la de la libertad de comercio, sin restriccion alguna motivada en los pretestos del sistema llamado protector que domina en los aranceles de nuestras aduanas. La *Asociacion* cree que esa doctrina es verdadera, justa, conveniente, en nuestra época como en las que la precedieron y han de sucederle, en nuestro pais como en todos los paises; para las relaciones de los individuos de un mismo pueblo, como para las relaciones de los individuos pertenecientes á pueblos, provincias ó naciones distintas.

Pero de que esta sea la doctrina que la *Asociacion* profesa, y cuyo conocimiento trata de generalizar, no debe sin embargo deducirse que la *Asociacion* pretenda, ni aun que juzgue conveniente, una reforma radical inmediata de nuestro sistema arancelario. Las reformas no deben ser apetecidas sino cuando puedan hacerse de una manera estable, y apoyadas en una base firme y segura, que solo puede encontrarse en el convencimiento de la opinion general.

Además, la *Asociacion* no desconoce que en toda reforma hay que tener muy en cuenta la situacion existente y los intereses creados, para que el paso de esta situacion á la que ha de apoyarse en las sólidas bases de la libertad de comercio, se verifique sin trastornos industriales, que deben, en cuanto sea posible, evitarse con el mayor esmero.

La *Asociacion* se dirige, pues, á la opinion del pais, procurando inculcar las verdades económicas con la discusion y el raciocinio, pero no pretende reformas radicales inmediatas, ni pedirá, cuando levante su voz hasta los poderes públicos, otras medidas que aquellas que la opinion del pais vaya sucesivamente reclamando.

Tal es la doctrina que profesamos y la conducta que nos proponemos seguir, contando con el apoyo y la cooperacion de las personas ilustradas que como V. se hallen conformes con el fin de la *Asociacion*, donde caben como en terreno completamente neutral los hombres de todos los partidos y matices políticos.

Somos de V. con la mayor consideracion atentos y S. S. Q. B. S. M.

El Presidente,

LUIS M. PASTOR.

El Secretario general,

GARRIEL RODRIGUEZ.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. D. LUIS MARIA PASTOR.

Asunto de que se ocupó la sociedad.—Importacion de cereales.

Abierta a las dos y media, dijo

El Sr. Presidente: Señores: la junta directiva que tuvo á bien nombrar la sociedad en su reunion del 25 del pasado, procedió inmediatamente á su instalacion. Creyendo que no tenia necesidad de una organizacion especial, sino que por acuerdos sucesivos iria adoptando las disposiciones que considerase mas convenientes, redujose á confiar á la mesa la parte ejecutiva de los trabajos y á la junta general la deliberacion sobre los mismos.

Ante todo, debo manifestar á la reunion que nuestro pensamiento ha sido favorablemente recibido, no solo en Madrid sino en las provincias; que el *Círculo de la union mercantil*, compuesto de todas las clases del comercio, ha prestado á la Asociacion la mas cordial acogida, le ha cedido el local para sus sesiones, y, en fin, como es de interés general, todos los amigos, todas aquellas personas con cuyas simpatías contamos porque profesan nuestras mismas doctrinas, se han apresurado á manifestarnos que están dispuestas á cooperar patriótica y eficazmente al fin que todos nos proponemos. Esta ha sido la razon por que la junta directiva ha empezado por la impresion del acta de la última sesion, con el objeto de circularla en provincias y estimular á nuestros amigos á que se reunan tambien, á que adopten disposiciones análogas á las que nosotros establecemos, y nos ayuden á alcanzar el resultado que apetece. Por nuestra parte, la junta directiva eligió una comision que propusiera los medios que reputase mas acertados para el logro del noble objeto de la Asociacion, y esta comision, después de examinar todos los que la parecieron adoptables, sometió su trabajo á la junta, la cual, después de una madura deliberacion y de luminosas observaciones, aprobó unánimemente su dictamen. Estos son, señores, los antecedentes. Ahora, siendo el objeto de la Asociacion procurar la reforma de los aranceles de aduanas, debía comenzar por hacer un detenido estudio de ellos, pero como este libro contiene mas de 1,200, cerca de 1,300 artículos, para que su examen fuese mas rápido y provechoso, era preciso que se dividiese en categorías por analogías arancelarias, á fin de que pudiesen conocerse perfectamente los defectos de que adolecía y los remedios que deben intentarse. Ademas, propuso la comision y ha aprobado la junta, que se abra una investigacion amplia, completa, para reunir todos los datos, todos los elementos, todos los antecedentes, todas las noticias que podamos adquirir, con el objeto de conocer perfectamente los capitales que hay invertidos y que podrian ser afectados por la reforma; porque, señores, fiel la Asociacion á su programa, se ha propuesto que la transición á los buenos principios se haga conciliándola en lo posible con el respeto á los intereses creados.

Pero mientras la junta se ocupaba en estos trabajos de puro método, una cuestion inmensa ha surgido, cuestion en que está interesada la subsistencia de las familias, y, por consiguiente, el bienestar y la tranquilidad del país. Esta cuestion es la de cereales.

El comercio de cereales á la muerte del último monarca, cuando la nacion entró en la nueva época de reorganizacion política,

económica y administrativa, se encontraba en la situacion mas lamentable. Por todas partes existian trabas; la tasa, y otras mil preocupaciones nacidas de los errores de los siglos medios, y el comercio de granos, estaba completamente interrumpido, porque cada municipalidad creia que bajo el pretexto de que era el artículo de primera necesidad para la subsistencia de sus subordinados, tenia derecho para cohibir la libre circulacion de los granos, y las preocupaciones añejas hacian recaer sobre los pocos que se dedicaban á este tráfico la animadversion pública, con el apodo de logreros y otros epítetos. De manera que el infeliz agricultor no podia disponer del fruto de sus sudores. Era imposible, señores, que semejante estado de cosas continuase, y el ministerio dió en enero de 1834 un real decreto, ley de aquel tiempo, porque entonces no habia Cámaras, ni regian los principios del sistema representativo; decreto por el cual se trató de corregir los principales abusos: se estableció la libre circulacion en el comercio de granos, se abolió la tasa, se prohibió á los ayuntamientos que se mezclaran en este tráfico; pero sin duda no hubo fuerza bastante para aplicar enérgicamente y por completo los buenos principios. Aquel gobierno se contentó con permitir la esportacion; ya respecto á la importacion adoptó una medida de esas que se llaman de término medio, cuando queriendo conciliar extremos inconciliables se toma el camino peor: este término medio ha sido prohibir la importacion hasta tanto que el trigo suba de precio á 70 reales ó 110 el quintal de harina, y que estos precios se sostengan en los puertos por espacio de tres semanas; es decir, señores, que no basta que el mal aparezca; no basta que asome la miseria su hedionda cabeza; no basta que la crisis se presente amenazadora, sino que es preciso que se eleve á su mayor grado, de suerte que viene á suceder el caso de un enfermo á cuyo médico se le dijera que si conocia que la enfermedad era grave, le vigilase, le observase, que estudiase con toda escrupulosidad el pulso, pero que no pudiera aplicar ningun remedio hasta que se convenciese de que era mortal é incurable. Y digo esto porque efectivamente hay paridad de circunstancias en ambos casos, pues la importacion no se permite hasta tanto que los granos han subido á un precio extraordinario, y que este precio ha inluido en los mercados, siendo imposible que un capitalista haga especulaciones, que emplee sus fondos y los invierta en comprar trigo, y surta el mercado, con la seguridad de que el mismo remedio que proporciona á fuerza de sacrificios, hará que la abundancia de género procure la baratura, y entonces no puede vender su trigo, y tendrá que esportarlo. Semejante absurdo, y siento que se me haya escapado la palabra, tal vez algo dura, ha hecho que no se haya podido cumplir el decreto á que me refiero, que sus disposiciones no hayan podido llevarse á la práctica jamás, porque en el momento que asoma la carestía todos los gobiernos se han apresurado á echar un velo sobre la estatua de la ley; porque es el caso que los mismos que se oponen á nuestras doctrinas, cuando ven el peligro no encuentran para conjurarle otro remedio mas que la libertad; así como los incrédulos en materia de religion, que cuanto mas indiferentes han vivido, al

llegar al lecho de muerte son los mas fervorosos, y les falta tiempo para arrepentirse de sus errores, así nuestros contrincantes están sosteniendo trabas, inconvenientes, perjuicios, critican á los que tratan de combatirlos, pero al punto que se descubre el peligro no encuentran otro remedio mas que la abundancia del género; es decir, la proclamacion de la libertad.

En esta situacion nos encontrábamos á fines del pasado año de 1855, cuando se hallaba, por decirlo así, en incubacion esta sociedad. Se habia prorrogado la libertad hasta el 31 de diciembre, y á medida que se iba acercando el plazo, todos los que conocen estas materias y estaban interesados, acudieron á reunirse y tratar de que se corrigiesen los defectos de la legislacion. Los que pertenecian á la escuela libre-cambista pedian la continuacion indefinidamente de la libertad; otros querian que se estableciese un fuerte derecho protector; otros que este fuese módico, y no faltó alguno que desenterró el desacreditado y mohoso mamotreto de la escala móvil; pero todos, señores, convenian en los defectos de la legislacion actual, en que no podia seguir, en la necesidad de reformarla, y solo se diferenciaban en los medios. El gobierno ofreció estudiar la cuestion, y creo que seguirá estudiándola todavía; lo cierto es que el plazo se ha cumplido, que no se ha tomado acuerdo definitivo, y que las circunstancias vendrán á ser críticas. Tal es el estado de la cuestion, cuando otro acontecimiento gravísimo ha venido á despertar la atencion pública. El estampido del canon ha sonado en las márgenes del Tessino, y dos grandes potencias se han comprometido en una guerra que quiera el cielo que se quede allí, y no se estienda y llegue á penetrar en todo el Continente europeo; pero con solo la aparicion de la guerra, han venido todas las terribles consecuencias de tan funesta calamidad. Todas las naciones, no solo las beligerantes sino las enteramente neutrales, las mas cercanas, como las mas lejanas, todas se han creído en la obligacion de aumentar sus ejércitos, sus medios de defensa, de proveer sus plazas, y para ello emplean los ferro-carriles, los vapores, y todos los trasportes que el comercio necesita para su circulacion en la conduccion de infelices que van á la muerte, y de los medios de esterminio y de desolacion. Las consecuencias de esto son naturales y conocidas de todo el mundo. Por todas partes han subido los precios, se han aumentado los temores, se reconoce el peligro de que, interesada en la lucha mañana una potencia marítima, cierre la boca de los Dardanelos, impida el tráfico por el Adriático, é intercepte el estrecho de Gibraltar á los grandes mercados del mar Negro y del Báltico, imposibilitando de provisionarse á los pueblos que han menester de ese auxilio. Así es, señores, que un país esencialmente agrícola, como el nuestro, cuando la Providencia parece que se ha complacido en enviarnos una lluvia benéfica que asegura una cosecha feraz; en estos mismos momentos, cuando abrigamos la esperanza de tener gran abundancia de granos, el pan, sin embargo, ha subido en Madrid. Este hecho ha llamado la atencion de la junta directiva, que ha creído llegado el caso de tratar la cuestion de una manera especial; porque, señores, con la legislacion vigente, el mis-

mo beneficio contenido puede convertirse en daño si no se adoptan las buenas doctrinas en toda su estension. Como tenemos hoy la libertad de exportacion, si afortunadamente para la agricultura los precios se mantienen a cierta altura, el labrador puede hacer buen negocio, puede exportar y ganar, de lo cual todos nos alegraremos mucho; pero tal vez este exceso de ganancia vaya a producir una carestía, y contra este mal no hay otro remedio que la libertad de importacion, porque la libertad es como la lanza de Aquiles, que cura las heridas que hace. Concedida la libertad de exportacion, es necesario adoptar la de importacion, para asegurar la regularizacion de los precios, puesto que la una es el correctivo de la otra.

Esta es la razon que ha hecho á la junta creer que, sin perjuicio de dedicarse á sus demas trabajos, debería en los actuales momentos ocuparse inmediatamente de esta cuestion, y tratar de fijar la opinion pública en un punto de tal interés. La cuestion, pues, se reduce hoy á lo siguiente: «¿Es conveniente que subsista la legislación actual en materia de cereales, en vista de las circunstancias y de la amenaza de la guerra?» Los oradores que aquí se encuentran podrán dilucidar el asunto, con el talento y la copia de razones que han demostrado en otros debates; á mí solo me toca presentar la cuestion tal como es en sí.

Otra disposicion ha adoptado la junta directiva. Como nosotros todos obramos movidos de un convencimiento íntimo, profundo, de que nuestras ideas están en consonancia con el bien público, como no aspiramos á imponer nuestra conviccion, como queremos que nuestros trabajos no se hagan á la sombra del misterio, sino que públicamente, á la luz del día, de esta manera, con esta publicidad, queremos que se ventile la cuestion, que se discuta, que se combata; para que de la luz, del examen y del combate nazca la verdad, hemos tenido cuidado de llamar á todos los que no profesan nuestras doctrinas para que vengan y las espongan y las defiendan; yo, pues, en nombre de la junta, invito eficazmente á cualquiera de los señores que abriga ideas opuestas á las nuestras para que las manifieste aquí con independencia, para que las sostenga con lealtad y con fe, en la seguridad de que será oído con gusto y contestado con cortesía, aunque con igual calor y firmeza.

Señores: yo solo presentaré la cuestion bajo su aspecto mas lato; solo espondré á vuestra consideracion tres observaciones, tres hechos. Es el primero constantemente observado, y que lo demuestra la historia de todos los tiempos y de todos los países, que los cereales han constituido siempre la base de la alimentacion de los pueblos. Que en todos los climas, en todos los países, desde los egipcios hasta nosotros, los hombres se han alimentado de cereales, es un hecho que está fuera de toda discusion, un hecho innegable: segundo hecho: existiendo esa necesidad, y siendo el alimento la necesidad primera de la conservacion del hombre, los cereales se dan en todas partes, bajo todos los grados de latitud, pero se dan con desigualdad; en unos países como Rusia, como Egipto, como los Estados-Unidos, se produce generalmente mucho mas de lo que se necesita para el consumo; á la par que en otros, como en Inglaterra, en Bélgica y en Holanda, se produce mucho menos de lo que se necesita: en el centro de la Europa se produce próximamente lo mismo que se consume.

Pero hay ademas otra observacion, y es que jamás se ha dado en un mismo año una cosecha igual, ni una escasez general, ni una abundancia en todas partes. Cuando en un clima hay abundancia, se presenta otro

donde hay escasez; y esto se observa de tal manera que aun en el mismo continente, aun en las mismas naciones, aun en la misma provincia, aun en el mismo pueblo se ofrece á la atencion del estadista esta desigualdad. Nunca se ha dado una esterilidad tan completa, tan universal que no exista una demarcacion, un término, un rincón favorecido con una buena cosecha; tampoco se ha dado una abundancia tan universal y tan completa que no se encuentre un rincón, un término, una demarcacion en que no aparezca la esterilidad.

Tercera observacion. Existiendo esta desigualdad, si se toma el término comun y medio de cinco años para hacer la comparacion, se observará en todos los tiempos que sumados todos los productos de todos los países, se produce en el mundo una cantidad de cereales próximamente igual á la que exige el consumo, y que el exceso, si lo hay, es insignificante.

Ahora bien, señores: si estos hechos son indudables y constantes, no pueden racionalmente atribuirse á mera casualidad, sino que es preciso reconocerlos como providenciales, puesto que el alimento es la primera de las necesidades humanas, y se dan providencialmente los medios de obtener su satisfaccion con esa desigualdad en los diferentes puntos y en las diferentes épocas del mundo. ¿No debemos ver en esto una ley natural que lleva á los hombres forzosamente al comercio, á establecer relaciones entre sí, á ayudarse recíprocamente, recibiendo hoy el alimento de unos, el exceso de productos para dar á otros el sobrante que le resulte mañana? Y el ir contra las leyes naturales, ¿no es una contradiccion horrible que ha de producir, por desgracia, gravísimas perturbaciones? Sin duda alguna, señores. El hombre nunca puede faltar impunemente á las leyes eternas dictadas por la Providencia en su infinita sabiduria. ¿Sabeis cuál es el castigo de esas trabas, de ese prescindimiento absoluto de las leyes naturales? Pues es la crisis, es el hambre, es la peste, es la miseria, es la privacion de toda prosperidad, es el caos. A estas grandes calamidades se exponen las naciones cuando por medios artificiales pretenden interrumpir las leyes de la naturaleza.

Presentada, pues, la cuestion con esta generalidad, yo espero que los señores que piensan de otra manera, espondrán aquí sus razones, y que los otros que opinan como la generalidad, sostendrán tambien sus doctrinas. Por mi parte, declaro que tengo la conviccion profunda de que ha de salir triunfante la verdad de esta discusion; es decir, que ha de venirse á confesar unánimemente que el único modo de asegurar la alimentacion del hombre de una manera constante y equitativa, es respetando las leyes de la naturaleza, respetando la libertad de comercio.

He dicho. (Repetidos aplausos).

El Sr. Carballo (D. Benigno): Pido la palabra.

El Sr. Presidente: Tiene la palabra el señor Carballo.

El Sr. Carballo (D. Benigno): Acabais de oír, señores, de boca de nuestro dignísimo presidente tres cosas distintas: la proposicion del asunto que la asociacion para la reforma arancelaria trae aquí á la arena del debate, y la oportunidad de la discusion de este mismo asunto en los momentos en que la Europa asiste al sangriento drama que se está representando en los campos de la hermosa Italia, y apreciaciones además muy profundas, exactas y luminosas. Permitidme que al lado de esa brillante peroracion venga yo á poner algunas frases pobres y desaliñadas.

La cuestion de aranceles, señores, que es la de subsistencias, es una cuestion inmen-

sa, es una cuestion colosal. Si echais conmigo una mirada por el pasado, encontrareis á todos los legisladores ocupados en resolverla; la encontrareis en todas partes y en todos tiempos, lo mismo en Grecia que en Roma, lo mismo en la antigüedad que en la Edad Media, que en las naciones modernas. Muchas veces encontrareis por su camino una huella de sangre, porque encontrareis el azote cruel del hambre pesando despiadadamente sobre pueblos enteros; y encontrareis quejas, ayes lastimeros, clamores, motines, víctimas inocentes y hasta revoluciones.

De manera, señores, que no sé si deba arrepentirme de haber pedido la palabra, porque me arredran las dificultades de la cuestion y no me considero con fuerzas bastantes para decidirla. Pero ¿queréis vosotros que la economia política os resuelva el problema, que os desate el nudo gordiano, que os proporcione el antídoto saludable? Pues bien, la economia política tiene para esta cuestion concreta la misma solucion que para las demas cuestiones de su competencia: tiene un principio, tiene una idea, tiene una palabra sola que proponernos. Esta palabra es libertad. (Bien, bien). La libertad que es la ley del hombre, que es la condicion y al mismo tiempo la ley del trabajo, que es el compendio, que es el resumen, que es la síntesis de la economia política. Acercad á la luz del criterio económico todos los grandes problemas, el problema del trabajo, el problema de la industria, el problema del comercio, el del interés del dinero, el de las asociaciones de obreros, el del crédito, todos los problemas, en fin, y la solucion que á ellos dé la ciencia económica será siempre la misma: libertad siempre, en todas ocasiones, libertad tambien cuando se trate del comercio de cereales. (Aplausos).

Cuando los matemáticos resuelven sus problemas algebraicos buscan siempre una fórmula general, una expresion analítica que les dé de una vez para siempre, resueltas todas las cuestiones de la misma especie. Yo podria imitar esa conducta y seguir una marcha parecida; yo podria adoptar la fórmula de la libertad económica; yo podria demostrar que la libertad es la condicion necesaria del trabajo; yo podria contentarme con probar la conveniencia de la libertad de comercio; y si esa demostracion fuera exacta, si era verdadera, la cuestion que hoy discutimos estaria resuelta, porque lo que se demuestra respecto de la idea general se demuestra de todas las especies contenidas en ella. Si el comercio es libre por su naturaleza, todos los ramos que abraza tienen que ser libres tambien.

Pero no es mi ánimo penetrar en ese terreno abstracto de la ciencia, ni pretendo subir á ese terreno abstracto y elevado; vengo aquí á hacer unas cuantas, y nada mas que unas cuantas apreciaciones. Ya habeis oído á nuestro dignísimo presidente: el señor Pastor se ha adelantado en alguna de las observaciones que yo queria hacer. Permitaseme que repita, aunque no sea mas que ligeramente, algo de lo que su señoría ha dicho.

Reparad en la diversidad de los climas y en los diferentes grados de fertilidad de la tierra: notad que las alteraciones de la atmósfera influyen en sentido de que sean abundantes ó escasas las cosechas: reparad que las plantas no crecen ni se desarrollan de la misma manera en todos los países, que la vegetacion varía segun las localidades, que la naturaleza tiene señalados sus límites á la aclimatacion: reparad que el plátano que tan robustamente crece en América, en las islas de Africa, en las costas del imperio de Marruecos, apenas crece en las Andalucías: reparad que el nogal, que se produce en aquellas regiones de América, de

Africa y de las costas de Marruecos, no puede desarrollarse en nuestras provincias del Norte; notad que los distintos grados de calor que las plantas necesitan y la diversa calidad y condiciones de los terrenos, son causa de esa variedad y multiplicidad de vegetales que se conocen, y forman á la vez una útil y provechosa enseñanza al hombre para que no se empeñe en colocar sus capitales y su trabajo en cultivos extraños á las condiciones naturales del suelo y del clima. Consignad, en su consecuencia, esa diversidad en los grados de fertilidad de la tierra y en las condiciones de los climas.

Nos ha presentado el Sr. Pastor otro hecho importante, á saber: que la abundancia ó la escasez no son simultáneas, que jamás se ha visto que á un mismo tiempo se haya recogido una excelente cosecha en los Estados-Unidos, en la costa de Africa, en Italia, en España, en Rusia, que del mismo modo no ha existido jamás una esterilidad simultánea. Cuando una cosecha es abundante en España, quizás es escasa en Rusia y tal vez abundante en los Estados-Unidos; pero abundante ó escasa en todas partes, en España, en Africa, en Rusia, en Italia, en los Estados-Unidos, eso es imposible, porque es contra las leyes de la naturaleza. Consignad también, señores, este segundo hecho.

Asimismo nos ha dicho su señoría que con la estadística en la mano se podría demostrar que la producción general del globo, la suma total de todas las producciones de cereales, no solamente es bastante para llenar el consumo y satisfacer las necesidades de todos los habitantes de la tierra, sino que además resulta un excedente. Pues bien, consignad asimismo esta tercera importante observación.

Os he dado los antecedentes, formulad vosotros el razonamiento: os he dado las premisas, deducid vosotros ahora la consecuencia. Si tenemos variados climas, diversos grados de fertilidad en la tierra, producción desigual, abundante aquí y escasa allá; si tenemos además la seguridad de que la producción basta y sobra para satisfacer todas las necesidades de la especie, ¿cuál puede ser la consecuencia sino la libertad, el libre comercio de importación y exportación de cereales? ¿Qué lógica puede conducirnos á otro resultado? Sí, señores, este es el resultado de la ciencia; ese es el resultado que se encuentra dentro de los buenos principios, y vosotros no podeis, ni quereis, no debeis aceptar otro resultado.

La libertad, sí, señores, la libertad. Dentro de esos variados climas, de esos distintos grados de fertilidad, de esa desigual producción llena el comercio su alta, su importante, su providencial misión. Dejádsele llenar.

Dejad al comercio que viva dentro de esa libertad; dejad que tome de aquí lo sobrante y lleve allí lo necesario, que visite todos los climas, los mas cercanos como los mas remotos, que supla la esterilidad de un suelo con la fertilidad de otro, que supla á una cosecha escasa con una abundante cosecha, que enjугue todas las lágrimas, que disipe el temor, que conjure la alarma, que prevenga el peligro, que evite las crisis, que aleje todo ese séquito obligado de calamidades que vienen en pos de la miseria. (*Bien, bien.*) Dejadle la libertad; ese es su teatro: si le cortais las alas, si le impedis el vuelo, no podrá entonces llenar esa misión importantísima, no podrá colocarse á la altura en que se debiera colocar, y la cosecha abundante se quedará allí donde se ha producido, y la escasa quedará asimismo donde ha sido producida, sin alcanzar á satisfacer las necesidades humanas: vendrán entonces las calamidades, vendrán las crisis, vendrá el hambre, la perturbación de las leyes económicas, el desconcierto general, y todo eso que no debo

repetiros porque os causa horror. (*Aplausos.*)

El comercio necesita de la libertad: sin ella es imposible que el comercio viva. Vosotros no podeis prescindir de ese comercio; por consiguiente resolveréis la cuestión, como yo la resuelvo, en sentido de la libertad. Debe ser por lo tanto el comercio de cereales libre bajo sus dos aspectos de importación y de exportación: de importación, para que el excedente del extranjero pueda cubrir el déficit de nuestra cosecha en los años de esterilidad; de exportación, para que el excedente de la nuestra vaya á llenar con el de otros países el déficit del extranjero en los años de abundancia.

Yo bien sé que se me puede decir: ¿pues qué, es bastante que dejéis abiertas al comercio todas las vías? ¿Y si ese comercio no quiere responder á vuestro llamamiento? ¿Y si ese comercio no quiere ó no puede precaver los males que habeis profetizado? Señores, esta es la mas infundada, y al mismo tiempo la mas débil de las observaciones que pueden presentarse. Yo no quiero, yo no debo engolfarme hoy en las regiones de la ciencia para contestar á este argumento: si lo hiciera, me bastaría recordar que por medio del constante equilibrio de la oferta y el pedido, el comercio, lo mismo que la industria, lo mismo que los capitales, lo mismo que el trabajo del hombre, van allí en donde se les ofrece condiciones ventajosas: abandonan aquellas industrias y lugares en que no encuentran bastante recompensa, bastante ganancia, y visitan y buscan esas otras industrias y esos otros lugares donde la ganancia es mas segura, en donde la recompensa es mas considerable; y en fuerza de este constante movimiento, de este va y viene continuo, el trabajo y el capital se colocan allí donde deben colocarse; y el trabajo y el capital se combinan de una manera armónica, y se llena la gran ley de la economía política que antes os he indicado; la ley del equilibrio. Sí, señores, dejad al comercio, él cuidará de proveer vuestros mercados, y tened la seguridad de que él, en virtud de la ley de la oferta y el pedido, sacará los cereales de allí donde estén sobrantes para llevarlos allí donde hicieren falta: él tendrá constantemente abastecido vuestro mercado de granos en exacta proporción con las necesidades. En los años de carestía el alto precio será un llamamiento á sus especulaciones, y los granos extranjeros visitarán nuestros puertos: en los años de abundancia el llamamiento estará en otra parte, y nuestros granos serán exportados, atraído el comercio por el incentivo de la ganancia que en otra parte se le proporciona. Por este medio, señores, al mismo tiempo que tendreis la seguridad de que no habrán de faltar las subsistencias, podreis confiar en que su precio se fijará en una cuota casi uniforme constantemente; lo cual es un gran bien, un bien inapreciable, porque nada perjudica tanto á la producción como los cambios repentinos en el sistema general de los precios. La Inglaterra os ofrece un ejemplo práctico de la comprobación de esta verdad: una crisis permanente pesó sobre aquel país mientras no se declaró el libre comercio de cereales; desde entonces acá ha sucedido todo lo contrario, pues el precio de los granos casi no ha variado de un año á otro.

¿No habeis reparado alguna vez cuál es la conducta de los gobiernos en determinadas circunstancias? Cuando se condensan demasiadas las nubes en el horizonte, cuando la tempestad está á punto de estallar, cuando el peligro es inminente, cuando el hambre llama á nuestras puertas, ¿qué hacen los gobiernos? Declarar temporalmente la libre introducción de cereales. Pero reparadlo bien, señores; esta no es una declaración espontánea, hija del convencimiento con que se paga tributo á un principio, no; es una declaración

arrancada por la fuerza del espíritu público, que se levanta como una ola amenazadora, á la cual el gobierno no puede resistir. Es una declaración tardía, y, por consiguiente, una declaración estéril, porque el comercio, señores, lo mismo que las demas industrias, necesita moverse con holgura y con libertad, y si le faltan estas condiciones no puede dar resultados provechosos. Le es imposible funcionar dentro de un plazo limitado, porque no le es dado empeñarse en especulaciones cuyo éxito no puede proveer, porque no sabe la terminación del plazo que se le concede para obrar; todo lo cual viene á hacer que sean de ningún resultado las determinaciones que toma el gobierno en semejantes circunstancias.

Todo lo que acabo de decir os no prueba mas que una verdad: á saber, que la libertad de comercio es la sola tabla de salvación, el único puerto de refugio contra esos peligros que llamais crisis, contra esas calamidades económicas que ejercen tan temible influencia en la vida y bienestar de los pueblos.

Pero ¿y la agricultura? ¿y la producción nacional? ¿y la alarma? ¿y la queja de los productores nacionales? ¿y las reclamaciones? ¿y esos anatemas que se pronuncian contra todos los que tenemos la desgracia de profesar estas ideas y de profesarlas públicamente?

Señores, otros que vendrán despues que yo os demostrarán con la elocuencia de los números que la industria nacional, que la producción nacional no pueden salir perjudicadas en la concurrencia con los granos extranjeros, y que no hay que temer esa concurrencia ni hoy, ni mañana, ni nunca. Pero yo me concreto á otra cuestión; doy por sentado que esa concurrencia pudiera ser perjudicial, y os pregunto: ¿con qué derecho vamos á obligar á la clase consumidora, que es la mas general, á que sufra las consecuencias de la escasez y de la carestía tan solo por favorecer á unos cuantos productores nacionales? ¿qué derecho tenemos para no resolver la cuestión de una manera definitiva, y estar siempre espuestos á esas desgracias tan solo por dar oídos á ese pretendido interés por la industria nacional, á esa mentida protección por la agricultura española? Y digo, señores, mentida, porque no puede ser protección la que estaciona, la que paraliza, la que mata; la que lleva la ruma al seno de la industria. (*Bien.*)

Señores, es una cosa que deja penosísima y triste impresion en el ánimo considerar el estado que tiene nuestra agricultura. La agricultura española ha vivido siempre obedeciendo á la rutina, siempre sorda á las inspiraciones de la ciencia, siempre indiferente á los progresos que se hacen á su alrededor. La esposición de agricultura nos demostró nuestra riqueza natural, nuestros variados climas, los dones con que la naturaleza nos ha colmado, pero no nos demostró progreso agrícola, no nos demostró ciencia ni arte rural, no nos demostró nuevas máquinas, nuevas plantas, nuevos cultivos ni nuevos abonos; naturaleza, nada mas que naturaleza. Pues bien, señores, ¿quereis que nuestra agricultura permanezca siempre estacionaria? ¿quereis que siga indiferente á la voz de la ciencia y del progreso, que solo siga la senda que le trazaron nuestros padres? Pues no declareis nunca la libertad del comercio de cereales. Pero ¿quereis que se levante con vida, que pueda rivalizar con las agriculturas mas adelantadas del globo, que aproveche todas las condiciones que la naturaleza la ha dado? Pues declarad, pero declarad pronto, pero declarad de una manera permanente la libertad del comercio de cereales. (*Bien, bien.*)

¿Qué teneis que temer para España? ¿No es este el país enriquecido con tan variados

climas, cortado por tan distintos rios, en donde hay tan diversos grados de fertilidad y de produccion, rodeado por dos mares? ¿no es, señores, el suelo español el que la Providencia parece que ha señalado para que fuese el emporio de la riqueza y el desarrollo de la produccion? ¿no es España ese pais tan engrandecido por los historiadores, tan cantado por la pluma de nuestros poetas? ¿por qué ha de temer su agricultura la concurrencia de las extranjeras? Al contrario, señores, que el sol de la libertad nazca, y con él tomará proporciones gigantescas, y al suave soplo del aire de la libertad vereis cubrir el suelo de vegetacion, de verdura, de follaje, vereis trasformarse el suelo español y vestir nuevas decoraciones, vereis una distribucion natural, conveniente y útil de cultivos, de capitales y de trabajo. La libertad, pues, y nada mas que la libertad es lo que debemos pedir en favor de la agricultura.

Yo pudiera, como he dicho antes, confirmar todas estas ideas y principios con datos numéricos; pudiera con la fuerza de los números apoyar todas estas demostraciones; pero no debo olvidar que hay otros señores que usarán de la palabra despues que yo, y por otra parte tengo en cuenta otra consideracion. ¿Por ventura los números tienen mas fuerza para los partidarios del sistema protector? No, señores: cuando los reducimos á sus últimos atrincheramientos, cuando ya no tienen una razon que presentar delante de nuestra razon; cuando no pueden poner un principio delante de nuestros principios, suele asomar á sus labios la palabra *utopia*, *sueño*, *teoría*, y nos llaman utopistas, soñadores, teóricos. Pero como esta declaracion no es mas que la confesion de su derrota, ni ellos quieren combatir con nosotros, ni en los hechos encuentran armas para combatirnos. ¿Los hechos! Señores: pues qué, las ideas y los principios ¿no son el alma de los hechos? Por ventura, ¿podieran explicarse estos sin aquellos? Todo lo que pasa dentro de la naturaleza y dentro de la familia humana, todo ese gran sistema de hechos, ¿no tiene una relacion íntima, directa, perfecta con el sistema de las ideas? Y bien; ¿y combatís los principios? ¿Y nos llamais á los hechos? Pues bien; vengamos á los hechos: yo les abandonaría de buen grado los principios, las ideas todas de la ciencia con tal que quisieran abrir conmigo el libro de la historia, porque ese libro arroja tanta claridad por cada una de sus páginas, que hace imposible, despues de consultado, abrigar duda alguna.

¿Qué es lo que nos dice la historia? Que hubo un tiempo en que dominaron en absoluto los principios de la proteccion: que hubo un tiempo en que la actividad del hombre estuvo completamente anulada; una época de siervos, de gremios y maestrías, de tasa en todo y para todas las cosas, de política comercial absurda y de legislaciones bárbaras: la historia nos dice que en medio de aquellas circunstancias la idea de libertad apareció tal vez iniciada en el libro de algun escritor oscuro: la historia nos presenta la magnífica figura de Turgot, el célebre ministro de Luis XVI, que se permitió proclamar que el trabajo del hombre es el derecho mas santo, el mas sagrado y el mas imprescriptible de todos los derechos del hombre.

La historia nos dice que cuando los partidarios del sistema restrictivo se vieron humillados en este terreno se refugiaron al comercio; pero aquí luchó tambien la idea de la libertad con obstinacion y con porfía, y al fin se declaró la libertad de comercio interior, desapareciendo las trabas dentro de las fronteras de cada nacion. La historia cuenta que vencidos los proteccionistas en este terreno, se refugiaron en el comercio internacional, pero entonces se levantó esa célebre cruzada, entonces se organizó la Liga, entonces se inauguró esa

segunda época, y la libertad de comercio exterior fue declarada en Inglaterra y en otros puntos; y hoy, señores, en todos los paises, en todas partes, á todas horas y á todos los momentos se levanta un grito de libertad. (*Bien, bien.*) ¿No estamos viendo, señores, lo que pasa en Rusia, en Suiza, en la Toscana, en América y en donde quiera que dirijamos la vista?

Este es, señores, un grande argumento; ese continuo luchar de la libertad económica, ese triunfo siempre continuado, esa marcha siempre progresiva, esa creciente dominacion del principio liberal que se va extendiendo y dilatando en la historia. Contra este argumento ¿hay razones valederas? Ese dominio que ejerce la libertad, ¿qué fuerza tienen los prohibicionistas para resistirlo? ¿Qué otro principio quieren presentar delante de ese gran principio?

Yo diria á los proteccionistas:

¿Habeis visto á la libertad aparecer pobre, incipiente, como humilde arroyuelo en el libro del escritor, la veis crecer, desarrollarse, extender su dominio y convertirse en un caudaloso é inmenso rio y teneis valor para presentaros delante de ella con pretensiones de detener su carrera! ¿Vana ilusion la de los proteccionistas! ¿Estraña la lógica de esos señores! Para ellos la libertad es un principio elástico que amoldan á su placer. Lo que fue verdad respecto del trabajo y de la industria, lo que lo fue respecto del comercio interior, lo que ha sido verdad en Inglaterra, en Toscana, en otras naciones, eso ¿no puede ser verdad respecto de España, respecto de su comercio exterior, y, por consiguiente, respecto de su comercio de cereales? (*Bien, bien.*)

Permitidme, y voy á concluir, que por un momento me abandone á las dulces emociones que despierta en mi alma la contemplacion de la libertad. En donde quiera que existe la libertad, allí está el orden, la tranquilidad, la riqueza; allí un progreso sigue á otro progreso, dilatadissimos horizontes se abren á la industria humana; allí una invectiva siempre creciente; allí las altas, las grandes y nobles aspiraciones; la libertad es como el sol que fecundiza y vivifica, es como la nube benéfica que lleva á todos los climas la abundancia y la fertilidad, las grandes ideas; pero donde domina el sistema protector, no veis mas que recelo, desconfianza, temor, pequeñas miras, nunca una idea sublime viene á dirigir las manos del hombre que se mueve dentro de un pequeño espacio; en una palabra, señores, todo es grande bajo el régimen de la libertad; todo es pequeño bajo el régimen de la proteccion. He dicho. (*Prolongados aplausos.*)

El Sr. Presidente: ¿Hay alguna persona que desee hablar en contra de las ideas emitidas por el Sr. Carballo? (*Pausa.*) Tiene la palabra el Sr. Moret y Prendergast.

El Sr. Moret y Prendergast: Señores: dispensad á mi inesperienza y á mis pocos años la osadía de presentarme en este sitio, y de pretender ocupar vuestra atencion, cuando acabais de escuchar en él las autorizadas palabras de los maestros de la ciencia, y esperais con fundado anhelo que, otros no menos ilustres, os ofrezcan su elocuencia y sus ideas. Pero sobre todos cuantos aquí nos hallamos pesa un deber, y el deber es preciso cumplirlo siempre: nos hemos reunido para una gran obra, para conseguir por la mision de nuestros esfuerzos el libre desarrollo de la personalidad humana, la realizacion de la obra de Dios, y todos debemos cooperar á ella en la escala que nos sea dable, sin desconfiar de la pequenez de nuestros esfuerzos, porque Dios ha dicho que él solo verá las intenciones, y por tanto, despues de los sabios que ofrecen el rico tesoro de sus ideas, los que poseen el don de la elocuencia inflaman vuestra alma y conmueven vuestros corazones, y los ricos

ponen su fortuna al servicio de vuestra causa, justo es que la juventud os ofrezca el fruto de su alma, el entusiasmo por la verdad. (*Bien, bien; sensacion.*)

Y este entusiasmo, señores, es tanto mas necesario, cuanto que es preciso una completa fe y una conviccion suprema en la verdad de nuestros principios, para esperar su legitima solucion á través de la multitud de errores y de obstáculos de que una opinion estraviada la ha rodeado. En efecto, á la sola palabra de una crisis, leed los periódicos, asistid á nuestras Cámaras, consultad la opinion, preguntad á nuestros gobernantes, y escuchareis do quiera la prohibicion de exportar y de importar, la tasa, el impuesto fijo, la escala móvil y todos esos absurdos del absurdo sistema de reglamentacion, con los cuales el político pretende salvar su deleznable edificio, el filántropo enjugar las lágrimas de los que le rodean, cierto periodismo defender lo que él llama los intereses del pueblo, y el pobre, el desvalido que ve formarse en su derredor tal opinion, reclama á voces estas medidas, con las cuales cree asegurar su subsistencia y libertarse de lo que él llama la tiranía del rico. (*Bravo.*) Y así en esta serie de errores y de contrarias opiniones, se ven luchar y agitarse los intereses y las clases todas de la sociedad, y despertarse los malos instintos de los pueblos que tienen siempre suspendidas como una amenaza sobre las ciudades esas escenas de horror y desolacion que con vergüenza contemplamos todavia. (*Aplausos estrepitosos.*)

Pero nosotros no podemos pertenecer á ninguna de estas opiniones, nosotros no podemos creer que los intereses de las clases sean opuestos, que falten reglas armónicas al mundo, que las sociedades estén entregadas al acaso, que el mal sea el patrimonio de la humanidad, y como no abrigamos esta creencia impia, como pensamos que la Providencia ha dado al hombre los medios de desarrollarse y de perfeccionarse ayudado de sus hermanos, sentimiento consagrado por la simpatía, debemos consagrar tambien nuestros esfuerzos á deshacer esos errores y á triunfar de esos absurdos, proclamando en este sitio la voz de la ciencia y predicando sus fórmulas que demuestren la manera de conseguir la abundancia para el pobre, envolviendo el respeto para la propiedad del rico, y enseñar la union de todos los intereses para mostrar una vez mas que la ciencia no mira á las personas, que para ella no existen las clases, ni los privilegios, porque una es la palabra de Dios, y el reflejo de su divina inteligencia produce siempre la igualdad y el derecho, con los cuales se esplican todas las contradicciones, se resuelven todos los antagonismos, se armonizan todos los intereses y se prepara el reino de la justicia y la verdad. (*Bravo, bravo.*)

Al frente de los obstáculos que entre la necesidad y su libre satisfaccion se han levantado, encontramos la tasa: la tasa, esa palabra que parece responder como un eco en los momentos de crisis, sin que baste á alejarla de la opinion la dolorosa experiencia que la historia nos enseña; solo que como es una violacion de la propiedad, este recurso se reserva para los momentos supremos, por temor de ultrajar demasiado á la justicia. Pero nosotros no podemos consentirla ni aun en esa ocasion; nosotros debemos arrancarla para siempre de la mente de los pueblos, y para ello nosotros debemos decirles que la tasa en el terreno del derecho es la violacion del derecho, y en el de la utilidad, es el absurdo, porque pretende conseguir un resultado con medios diametralmente opuestos.

Y si quereis ver confirmada esta idea, volved la vista á la sociedad. Mirad al pro-

ductor: allá en su campo prepara la rica mies que va a llevar el sosten a sus hermanos y a llamar nuevas generaciones a la vida; ya espiando la nube que le trae el rócío bienhechor, ya el sol que vivifica sus campos, emplea su inteligencia aguijoneada por su interés individual en servicio de la humanidad que retribuirá después abundantemente sus esfuerzos y premiará con largueza sus afanes. Ya, satisfecho de su trabajo, prepara sus carros y carga su trigo para llevarlo al mercado donde la necesidad le reclama, cuando de pronto llega a su noticia una ley que le prohíbe vender su propiedad a un precio superior a aquel que la ley le marca. Entonces se detiene, no comprende, sin duda, cómo en nombre de la ley representante de la justicia se puede privar de su derecho al que legítimamente lo posee: no comprende que en nombre de la necesidad que él va a remediar se le despoje del fruto de sus afanes, y que a préstamo del bien público se le cause un mal, a él que es ciudadano de ese mismo pueblo que va a recibir el bien. Y tal vez el labrador se dice a sí mismo: así Dios me dió una inteligencia para dirigir mi vida y hacerme responsable de mis actos, ¿por qué el gobierno la pospone a la suya? Y si tasa mis productos, ¿por qué no tasa también el salario de mis obreros y los gastos de conducción, y la nube que cruza el cielo, y el sol que dora mis campos? (Bravos.) Y si pretende inmovilizar el precio, ¿por qué no inmoviliza también las condiciones todas de la vida que me rodea? Y no pudiendo dar crédito a sus sentidos, corre a la ciudad a averiguar la verdad, pero bien pronto la noticia se confirma y su duda se disipa, y entonces acongojado y temeroso el labrador vuelve a su casa, y encierra sus granos, y cierra fuertemente los graneros esperando que mejores días le permitan realizar sus esperanzas. Pero es tarde, el pueblo ha visto que el labrador tiene granos, y como él tiene hambre acude a la autoridad y le pide que obligue al productor a vender sus existencias, y si la autoridad resiste a tamaña monstruosidad, se arma y coge una tea incendiaria, y con ella corre a casa del propietario, el cual si defiende su propiedad, es asesinado y robado a la luz de sus graneros incendiados por el populacho que con frenética alegría se sienta sobre el montón de ruinas que ha hacinado, y celebra su triunfo con una histórica carajada que concluye con un suspiro de hambre. (Aplausos.) Viene luego la nueva estación y el nuevo año, y el labrador no arroja la semilla, ni abre la tierra su seno para recibir los nuevos gérmenes de vida, que la tierra madre amorosa se niega a criar un hijo cuando estos hijos se olvidan que son hermanos, y la melancólica nube de otoño derramará en vano su rocío sobre la tierra, porque su lluvia caerá sobre ella, inútil e infecunda, como el llanto sobre el alma del ingrato. (Bien, muy bien.) Y en tanto el débil y el enfermo, y el niño que nació a la vida en días que mas le valiera no conocer, se van lejos de un mundo donde sus hermanos le niegan su sustento, sin que los esfuerzos de la caridad puedan retenerlos un instante, porque las leyes de la economía política son inflexibles; y cuando se desequilibra la de la oferta y el pedido, es preciso o aumentar aquella o que se disminuya este.

Pero pensad ahora en el consumidor.

El pueblo, la nación, todas las clases están comprendidas en esta categoría; ellos, impelidos por el movimiento de desarrollo y de progreso que guía a la humanidad, van cumpliendo el precepto de Dios y aumentando el número de sus individuos, cuando de pronto una crisis deshace sus movimientos. Faltan los alimentos para las nuevas generaciones; y el solo temor de una escasez hace subir el precio de los existentes. A esta

amenaza la alarma cunde por la sociedad, y viéndose las clases pobres sin esperanza, acuden al gobierno, a ese supremo dispensador de gracias que no posee, y que viendo subir rápidamente los precios, suspende los efectos de las causas y tasa los granos para que el consumidor pueda vivir barato. Pero como todas las leyes de los gobiernos no pueden crear un solo grano de trigo, el hambre no se aplaca ni la necesidad se disminuye, y el catálogo de los crímenes y la lista de los que mueren y el número de los que entran en los hospitales sigue su inflexible movimiento de ascenso, que tales son las consecuencias de la perturbación del orden natural. Y así, a trueque de un beneficio exterior y pequeño, el pueblo siente extinguirse la vida en sus venas y apagarse la luz de una inteligencia que no pueden sostener sus órganos vitales, y se estanca y paraliza la producción, y la marcha toda de la civilización se detiene. (Aplausos.)

Triste, espantoso es el cuadro que la influencia de la tasa permite trazar, pero si lo creéis exagerado volved la vista las noches horribles del reinado del terror, o pensad en los tiempos en que la tasa ejercía su influencia en España, y vereis a nuestra rica patria dormirse en la cama de la miseria, arrullada por el canto que forman los suspiros del hambre.

Bien sé que me direis, pero esa tasa no existe; nuestro corazón no permite tal injusticia, ni nuestra inteligencia tal absurdo, pero si la tasa tal cual la historia nos la ofrece no la conocemos hoy, conocemos en cambio otra no menos perjudicial porque sea mas oculta, y que es tambien lo que reclaman los que confían en este recurso. Cuando llega uno de esos momentos de crisis, el gobierno, a fin de conservar el orden, manda a los panaderos que no suban el pan, y para conseguirlo ofrece a los panaderos la indemnización de este perjuicio, valiéndose para ello de un crédito mas o menos extraordinario que fija en el presupuesto y que la nación le vota. Y así se cree indemnizado el propietario y satisfecho el pueblo y arreglada la cuestión por ese recurso supremo que se llama una ley. Pero como los gobiernos no poseen una fortuna propia, esta indemnización sale de la bolsa de los contribuyentes aumentada en los infinitos gastos con que un gobierno administra sus rentas, y como todas las leyes del mundo no producen un grano de trigo, el fenómeno queda el mismo, y la cantidad de alimentos que ha de sostener al pueblo queda siempre reducida a un término fatal. Y si el pobre come el pan barato es a costa de su propia vida, porque esta masa de capital arrancada a la producción, la detiene en su curso, la arranca sus medios de desarrollo, y sus efectos caen bien pronto en el obrero que ve disminuirse su salario y escasearle los medios de emplear su fuerza; y ante su forzada inacción alejarse de su familia, esa esperanza que Dios le dió y que la ley le quita en el capitalista que ve pasar a injustas manos su fortuna, en las clases todas de la sociedad que responden a cada alza en el precio de los alimentos, y a cada perturbación en la producción con una nueva serie de desgracias y de crímenes. Pero hay mas; el propietario de granos, seguro del resultado de la alza, hace intervenir el agio en sus negocios y subir los precios hasta realizar cuantiosas ganancias, sin que sea lícito acusar su conducta, sino la ley que motiva tales abusos. Y así, señores, rota la armonía de las naciones, luchando los intereses de las clases, el pobre muere y el rico se empobrece, y no se desarrolla una nación, ni la educación y la moralidad, que es su consecuencia, descienden a las clases que mas necesitan su influencia; tanta verdad es que la violación del derecho no produce sino males. (Aplausos.)

Pero yo abandono los principios de la tasa a vuestra inteligencia, y sus efectos a vuestro corazón, para llegar a un efecto del sistema reglamentario y protector, que mas que ninguno otro merece fijar nuestra atención y obtener nuestra censura. Hablo del impuesto sobre los granos extranjeros, que a título de protección y de ayuda les impide llegar a nuestro mercado. Esos impuestos, cualquiera que sea la forma en que se quieran establecer, reconocen por base un error, y dan por resultado la miseria y el aislamiento. He dicho que su base es un error, y me he equivocado; se apoyan en una injusticia. El impuesto sobre los granos recae sobre una sola clase, la clase pobre, y redunda en beneficio de otra clase, la clase rica. El propietario de granos que posee el monopolio del mercado español, tiene el derecho de vender sus granos al precio elevado que la falta de competencia le permite; él puede abandonar las mejoras de su propiedad confiada en la protección que premia la holgazanería y el abandono; él puede decidir del precio del salario; él puede guardar sus granos e imponer la ley del mercado; él es el verdadero dueño de la nación. Y entre tanto el pobre ve todos los días que de su escaso salario viene el rico a llevarle una parte, porque el propietario, por medio del impuesto, se sienta siempre a su mesa; y si forma una familia y si aumenta luego nuevos seres, el rico le reclama una parte siempre en sus alegrías y en el aumento de los nuevos seres. Y si acaso pregunta por qué no se le permite en uso de su derecho comprar donde se venda mas barato, se le mostrará en el mapa una franja de color, detrás de la cual se convierten en enemigos los hijos de un mismo padre. (Bravos.) Y es lo mas extraño que los que tal teoría defienden son los mismos que reclaman la libre introducción de las primeras materias de las industrias, y no comprenden sin duda que el trigo es la primera materia de todas las industrias: porque es la primera materia de la vida; que si no vive el obrero, y vive desahogadamente, no es posible adelanto alguno, y que no es proteger la industria elevar sus gastos de producción. Y a eso llaman ellos justicia, al predominio de una sola clase sobre todas, y ellos predicán al mismo tiempo el respeto a la ley, cuando la convierten en instrumento de tiranía, y el santo derecho de propiedad cuando empiezan por negarlo, y la moralidad, cuando ellos son los que cambian el sublime dogma de la moral cristiana que le dice al rico, «partirás tu fortuna con el pobre», arrancando al pobre su fortuna para entregársela al rico; inhumana y absurda teoría que forma para las sienes del rico una corona adornada con las lágrimas del pobre. (Muy bien, muy bien; estrepitosos y prolongados aplausos.)

Y en vano es que esta teoría se disfraze con el antiguo nombre de escala móvil, porque ¿qué significa este desacreditado nombre, sino la inteligencia de la ley sustituyéndose a la inteligencia del particular, a quien no se supone nunca capaz de dirigir el consumo? ¿qué significa ese gravamen sobre trigos extranjeros sino la privación del que necesita de ellos, y qué importa al fin que el último término de la escala móvil descienda? Hay siempre una cantidad que no puede llegar al consumo, y en ella se le pueden aplicar todas las censuras de que es objeto el sistema. ¿Y qué inteligencia se atreverá a tener fija la atención en el mercado hasta el punto de poder comprender la oportunidad del movimiento de esta escala?

Todos estos sistemas se apoyan, pues, en un sofisma y en una falsa inteligencia de las leyes económicas, sin que yo olvide entre estos absurdos el que prohíbe la exportación, que violando el derecho del rico, privándole de sus legítimas ganancias, recae luego so-

bre el pobre, al cual no llegan los beneficios que el capital del rico, aumentado en las ganancias que pierde, derrama en la sociedad, y que siente solo el perjuicio del desnivel de los precios; porque ¿qué importa que seamos nosotros o los extranjeros los que rompan el equilibrio de los precios, si este equilibrio se rompe al fin?

Y no creáis por eso que á la protección le falta lógica, si es que lógica puede llamarse su manera de razonar. (Risas.) Los proteccionistas pretenden con su sistema hacer constante el nivel de los precios, asegurar sus rentas al propietario y su salario al obrero, y precaverse á todas las eventualidades de la producción, formando de cada nación á un tiempo su granero y su mercado, y constituyéndola en una especie de sociedad garantida por los gobiernos. Estos son los deseos y las miras de los proteccionistas, y yo me complazco en señalarlo así, porque causa en mi alma profundo sentimiento que puedan en un instante admitir las consecuencias que la ciencia deduce de sus principios, y prefiero creer, que no los comprenden, ó que una vez comprendidos abjurarian su sistema. (Aplausos: risas.)

Pero no está reservado á esa teoría de aislamiento y de egoísmo conseguir tan bellos resultados; esas ventajas son solo patrimonio de la libertad, porque solo á ella le es dado reunir los esfuerzos de los hombres para conseguir un resultado. Examinad un momento esa libertad aplicada al comercio de los granos; pensad en que cuando faltan los trigos en una nación, los que en otras sobran vienen rápidamente guiados por el interés del comercio; la variación del precio es apenas notable en el mercado, la fertilidad de un país suple la pobreza de otro, realizando por medio del interés individual el principio de armonía de la moral cristiana; el obrero, seguro en su alimentación, saca de su jornal toda la utilidad posible; la industria, descargada de aquel gravamen, se lanza á un nuevo desarrollo; la competencia y la seguridad desarrollan la vida; el interés del productor se le encuentra garantido por la distancia que no permite llegar los granos sino á un precio relativo, que siempre le deja ganancias; el interés del consumidor encuentra un número suficiente de alimentos en el libre comercio, y una mejora siempre creciente en su calidad, en la competencia; la responsabilidad de los gobiernos se disminuye en todo lo que crece la de los individuos; la seguridad de la propiedad está garantida por sí misma; el odio de las naciones se cambia en fraternidad, unen los esfuerzos de los individuos, y entonces en vez de encontrar el granero y el mercado en su propia nación, el consumidor encuentra por granero el mundo, el productor al universo por mercado, y en vez de aquella sociedad nacional garantida por la firma de los gobiernos, se forma la gran sociedad humana, bajo la razón social «la Providencia.» (Bien, muy bien: aplausos.)

Comparad, pues, aquella teoría aisladora que empezando por violar el derecho del individuo, acaba por divorciar los intereses de las naciones y convertir en enemigos á los que debían ser hermanos; que delante del mar ha levantado las aduanas impidiendo así que los hombres se acerquen, y poniendo la obra del hombre enfrente de la de Dios; comparad todo esto con el sistema armónico del libre-cambio que reúne en una sola aspiración todos los intereses, en un solo fin todos los esfuerzos, que deja libre al individuo, pero enlazándole fuertemente con sus hermanos por la asociación universal; y cuando hayáis visto frente á frente ambos sistemas, no dudareis en la elección, que no cabe esta entre las obras del hombre y las de Dios. (Aplausos.)

He concluido, señores; pero antes de abandonar este sitio, cumplo á mi propósito decir algunas palabras acerca de la oportunidad de ocuparnos en este momento, y en este sitio, de la libertad de comercio. Yo he leído en nombre de no sé qué ideas, que en los momentos en que con el cañon se discuten los intereses de los pueblos, es hasta ridículo y mezquino ocuparse de la prosaica cuestión de la libertad de comercio.

Yo, sin embargo, señores, pienso que la causa que aquí nos reúne es tan grande como la causa de la guerra, porque si allí se trata de la defensa de un pueblo, nosotros defendemos á todos los pueblos; si allí se defiende la personalidad de una nación, nosotros defendemos á la humanidad; si no combatimos una tiranía dada, es porque las combatimos todas; si no nos hacemos escuchar con el estruendo del cañon y el fragor de las batallas, el eco de nuestra voz cuando habla en nombre de la ciencia llega hasta el regio trono de los Reyes; si no tenemos miles de soldados, contamos á millones las inteligencias que abrazan nuestra idea y los corazones que simpatizan con ella; y si, en fin, no contamos nuestro triunfo por el número de víctimas, lo celebraremos teniendo á nuestras plantas para que nos sirva de alfombra, el velo del error que hoy combatimos; y si esto es respecto á la idea, no es menor su oportunidad en el momento presente. (Bravo, muy bien.) Volved la vista al mundo moderno: por do quiera se siente el viento de las revoluciones que pasa agitando las frentes y dejando en cada espíritu el germen de una idea nueva que se presiente sin conocerse; las fuerzas de la naturaleza se unen á la inteligencia del hombre para vencer los obstáculos que se oponen á la misión de las razas; el istmo de Suez, pronto roto, dejará que uniéndose los mares mezan en su inmensa cuna los continentes, que se abran nuevos caminos á la actividad del hombre y que vuelva tal vez del Oriente un soplo de la antigua brisa que animó á Génova y Venecia, á Amalfi y Barcelona; la idea del derecho cruza todas las cabezas, las clases de la sociedad se agitan en un deseo secreto; la personalidad humana ultrajada y abatida se levanta del polvo en que yacía ahorrada; la literatura que se universaliza, la filosofía de la historia que se propaga, marcan este nuevo carácter de la historia universal y humana; y en este momento supremo es preciso que todos reunamos nuestros esfuerzos para conseguir el triunfo de la idea del derecho, idea que es el fin de la civilización. (Bien.)

Y si hay alguna nación capaz de cumplir esta misión, es la España, á quien Dios tiene señalada en la historia la misión de sintetizar las ideas de la Europa. Nuestra historia toda se levanta para confirmarnoslo. Allí en la noche de los tiempos une ya los dos elementos de la civilización primitiva, el oriental sacerdotal y severo, y el griego abierto y civilizador; en ella vienen luego á luchar Roma y Cartago; en Munda César, el genio de la civilización antigua; su último golpe á las ideas que se oponían á la unidad de las razas; mas tarde el germano con su naturaleza virgen vino á recoger la idea romana que el catolicismo le preparaba, y en España, como en ninguna parte, se realizó esta síntesis, ella fue la encargada de transmitir á la Europa las ideas que la civilización árabe había conservado entre el caos de la Edad media; la España de nuestros Reyes arrojada en la balanza de la justicia, la inclinó por primera vez del lado del pueblo venciendo la tiranía de los señores feudales, y si después nos olvidáramos de nuestra misión fue porque nuestra patria, bajo la influencia de ideas extrañas, se dejó á la emponzoñada sombra del manto del absolutismo. Pero hoy que una nueva generación

se levanta y nuestra patria vuelve á la vida, nosotros, pobres héroes decayidos de la gran raza latina, que ocultamos nuestra miseria con los harapos del manto de nuestra antigua gloria, que si levantamos la vista distinguimos aun en el espacio los reflejos de nuestra antigua estrella, y si aplicamos el oído escuchamos aun repetirse nuestro nombre, nosotros debemos cobrar valor en nuestra historia y recoger las ideas de la Europa para sintetizarlas y ofrecerle la nueva idea del derecho que, predicada con nuestra galana palabra y nuestro rico sentimiento derramará un bálsamo sobre las heridas de la Europa, unirá los elementos dispersos que en su seno luchan, y conseguirá que uniendo sus fuerzas para un gran fin, esa virgen de la civilización se levante pisando la alfombra azul que el Mediterráneo tiende á sus plantas, ceñida la frente con la corona de nieve de los polos y dirija una mirada de simpatía á la América, y tienda una mano al Africa y borre la negra mancha que cubre su conciencia, y con la otra despierte de su sueño al Asia, ese niño gigante dormido en el seno de la naturaleza, que parece esperar que la vida que dió á las naciones vuelva á animarle, y así unidas las razas y los pueblos, les guíe de la mano por esa inmensa escala de la civilización, que como la misteriosa de la Biblia va á concluir en los cielos. (Estrepitosos y continuos aplausos.)

He concluido, señores; pero antes de abandonar este sitio necesito contestar á la invocación que aquí se ha hecho á la juventud. Se nos ha dicho que á la faz de la Europa se ha jurado en nuestro nombre que la juventud española no cederá á ninguna otra en entusiasmo y en valor, y la juventud ofrece no dejar sin efecto esta promesa. Y yo, que vivo entre mis hermanos, que si tengo en mi alma un sentimiento á ellos se lo debo, y que si siento una idea en mi inteligencia es porque de ellos la he aprendido; yo se muy bien que la juventud, dueña del pasado por los secretos de la historia, ha aprendido á odiar en ella las leyes de esclavos y señores, y no aplaudirá las que se dirigen á productores y consumidores; sino las hechas para hombres; que ella sabe muy bien que los sentimientos no varían por los grados geográficos, y que si el instinto de sociabilidad une á los hombres y á las familias, y al pueblo y á la provincia, no debe detenerse al llegar á las naciones, sino que debe continuar para reunir las razas y los continentes y formar la gran familia humana; que comprendiendo su misión sabe que no debe limitarla á la formación de un código de aranceles ó de una ley de cereales, porque para satisfacer sus sentimientos necesita entenderlos á todos los hombres, para aplicar su idea, buscar por teatro el universo y para calmar el fuego que quema su sien necesita redimir su frente en el seno mismo de la humanidad. He dicho. (Repetidos aplausos: varios concurrentes se acercan á estrechar la mano del joven orador.)

El Sr. Presidente: Vuelvo á invitar á todos los concurrentes para que si hay alguno de ellos que quiera tomar la palabra en el sentido opuesto, la verifique. (Pausa) al abor...

Supuesto que nadie pide la palabra, voy á formular la cuestión que ha de resolverse: ¿Oree la Asociación que convendría dirigir una proposición al gobierno de S. M. solicitando la revocación de la legislación vigente sobre cereales?

El Sr. Segovia: Pido la palabra. (Aplausos.)

El Sr. Presidente: El Sr. Segovia tiene la palabra. (Aplausos.)

El Sr. Segovia: Me atrevería á proponer á la reunión, ya que los proteccionistas no quieren salir á la palestra, no sé si por desprecio ó por desconfianza en sus propias fuerzas, que los partidarios de nuestras ideas

dijeran algunas palabras para demostrar el grave error en que viven los agricultores y productores de cereales al creerse perjudicados con la libre introducción. Considero importante que no nos separemos sin tocar este punto de tanto interés, que por otra parte es muy fácil de resolver.

El Sr. Orense (D. José María): No solo opino como el Sr. Segovia, sino que además suplicaría a los demás señores que alguno de ellos se encargase de demostrar que los errores económicos nacen de la idea funesta de que el gobierno debe dedicarse a hacerlo todo.

El Sr. Rodríguez (D. Gabriel): Pido la palabra.

El Sr. Presidente: Tiene la palabra el señor Rodríguez.

El Sr. Rodríguez (D. Gabriel): Señores: Debo empezar recomendándome eficazmente a vuestra indulgencia. No venía preparado a hablar, sobre todo habiendo de ocuparme del punto acerca del cual acaba de llamar vuestra atención el Sr. Segovia, y que debía examinar en esta reunión el Sr. Figuerola, que por hallarse indispuerto no ha podido asistir. Voy, pues, a improvisar un discurso, para que no quede sin resultado la indicación del Sr. Segovia; pero con el sentimiento que debe causarme la seguridad de no poder llenar vuestros deseos; que se necesitan fuerzas muy superiores a las mías, no ya para sostener, sino para no dejar perder en vuestro ánimo el efecto admirable que acaba de producir el bellissimo discurso de mi querido amigo el Sr. Moret y Prendergast.

El Sr. Segovia deseaba que se dijieran algunas palabras sobre la escasa ó ninguna influencia que en perjuicio de la agricultura española puede ejercer la libertad de importación de cereales. Voy a hacer ligerísimas observaciones sobre este asunto, y citaré algunos números que en este momento recuerdo, para ver si empleando números los proteccionistas se animan a contestarnos, puesto que tanta afición les tienen y tanto odio profesan a las teorías generales, que por lo visto no se han hecho para su inteligencia superior.

Habéis oído mil veces, señores, el grito principal de los partidarios de la escuela restrictiva contra la libertad de importación: sabéis que están declamando constantemente que la agricultura va a perecer; que va a padecer España una inundación de cereales extranjeros; que el productor nacional va a verse obligado a abandonar los campos. ¿Y qué es necesario, señores, que suceda para que se realicen estas funebres predicciones? Es necesario que la libertad de importación traiga a España productos bastantes para abastecer completamente nuestros mercados y cubrir todas nuestras necesidades: de otro modo, y siendo los cereales un alimento del que no se puede prescindir, no se concibe cómo pueda arruinarse su producción.

Pues bien; veamos qué cantidad de granos necesita España para alimentarse.

Suponiendo un consumo de cinco fanegas por individuo, cifra que no peca por cierto de exagerada, resultan ochenta millones para toda la nación, y si contamos además con una quinta parte de esta suma para la siembra, veremos que el total de nuestro consumo no puede bajar hoy de unos cien millones de fanegas. ¿De donde ha de venir, señores, esta inmensa cantidad de cereales?

Tendamos la vista por los centros productores del mundo todo y no encontraremos sobrantes para componer la mitad de los granos que nuestro país consume anualmente. Las únicas naciones productoras de alguna importancia son la Rusia, los Estados-Unidos y el Egipto, ó el Africa en general; pues bien, Rusia en los años medios no puede exportar mas de diez millones de fanegas, un

poco menos los Estados-Unidos y el Egipto, y las demás naciones del Mediterráneo otros diez millones; de modo que los sobrantes del mundo entero no ascienden a mas de treinta millones de fanegas, ni pasan en los años extraordinarios de cincuenta millones. Por otra parte debe tenerse en cuenta, señores, que si hay naciones que pueden exportar, hay otras que necesitan importar, y entre ellas Inglaterra, que tiene un déficit anual y constante de cerca de veinte y cinco millones de fanegas, de suerte que podría absorber casi la totalidad de los sobrantes del mundo, que son, como hemos visto, en años ordinarios, una tercera parte de la cantidad que consumen los españoles.

Pero aunque hubiera sobrantes de ochenta millones de fanegas para cubrir nuestras necesidades, no sería posible que la importación llegase a tan alta cifra por la consideración de los trasportes. ¿Donde, señores, se encontrarán buques que conduzcan una masa de cuatro millones de toneladas, habiendo de atender a los demás ramos del comercio? Nuestra importación anual de toda clase de productos no llega a un millón de toneladas, y para traerlos cuatro millones sería preciso que no solo toda nuestra marina, sino una buena parte de la marina de los pueblos del mundo se dedicara, abandonando los demás comercios, a traerlos cereales.

Además, señores, basta consultar los precios de los mercados productores de cereales y los precios del transporte para ver que es imposible, en épocas ordinarias, que puedan venir a competir en España grandes cantidades de otros países. En épocas normales vendrán cuando mas dos ó tres millones de fanegas a las provincias del Mediterráneo; y ¿qué significa un dos ó un tres por ciento de nuestra producción para decir que va a perecer la agricultura? Y los proteccionistas que en tales exageraciones incurren, ¿se atreverán a llamarnos exagerados y utopistas!

Estos datos, señores, que publiqué hace algun tiempo en un folleto, no han sido rechazados, ni aun combatidos siquiera por los proteccionistas, a pesar de la afición que tienen, segun nos dicen, a las discusiones prácticas y de números.

Pero hay otra prueba de que no puede perjudicarse la agricultura con la libertad que apetece, y es la excelente calidad de nuestros cereales. Pues qué, ¿no llevamos cereales a los países mas ricos y fértiles de Europa? ¿No hemos estado esportándolos en estos últimos años para Inglaterra? Si fueran tan malos, tan despreciables, si no pudieran resistir la competencia con los extranjeros, no se esportarían, y cuenta, señores, que si no enviamos mas cereales a Inglaterra, país que está muy próximo a España, y que es su mercado natural, debe atribuirse a otra absurda medida de la escuela proteccionista; a una medida que subleva toda razón y toda conciencia justa; a una medida contraria a los mas elementales principios del derecho. No llevamos mas cereales a Inglaterra porque los llevamos a una colonia, a Cuba, donde ejercen un irritante monopolio nuestros agricultores; a Cuba, obligada a comer nuestro pan, que es muy caro, cuando lo tiene muy cerca y muy barato en los Estados-Unidos, cuyas harinas pagan un derecho de entrada equivalente a una absoluta prohibición. Si los Estados-Unidos pudiesen llevar a Cuba sus cereales, no enviarían lo que hoy envían a Inglaterra, y esta nación se vería obligada a tomar en España lo que le faltase para cubrir su déficit.

Otro dato, tampoco contestado por los proteccionistas, es el de la cantidad de cereales que hemos introducido durante los dos años que ha sido libre la importación.

En ese tiempo, cuando los precios se ha-

bían duplicado, triplicado, y en algunas provincias cuadruplicado, es decir, cuando se presentaba un inmenso estímulo para la importación, no han entrado mas que unos siete u ocho millones de fanegas por año, de manera que lo que, merced a esa franquicia se ha introducido, solo ha servido para alimentar a los españoles durante treinta ó cuarenta días, y no ha equivalido a mas de una décima parte de lo que produce la industria del país.

La agricultura española no puede, pues, arruinarse por la importación. Al contrario, señores, esta la hará progresar con el estímulo de la competencia, obligando a nuestros labradores a que se ilustren, a que aprendan, a que abandonen las actuales prácticas de cultivo, que son poco mas ó menos las mismas del tiempo de los godos y de los árabes. (Bien, bien.)

La conveniencia de que sea perpetua la libertad del tráfico de cereales, puede verse tambien en un hecho comprobado hace dos años, y que deben consultar los señores proteccionistas; este hecho consiste en que cuando la libertad de importación se declara en la carestía, el comercio, tan poderoso siempre, es insuficiente, no puede remediar los males de la crisis. Se decretó la libertad en julio de 1856; las primeras remesas de cereales empezaron a venir en setiembre; si los precios hubieran seguido subiendo, ¿cual habria sido, señores, la situación de nuestro país! La libertad ha de existir siempre, para que el comercio tenga arregladas sus operaciones, y no se encuentre, como sucede cuando se concede la libertad en las carestías, con los mercados exhaustos, porque han salido de ellos todas las existencias para otros países que las necesitaban.

No quiero cansar mas, señores, vuestra atención (no, no) y me limitaré a estas observaciones; pero antes de separarnos creo que conviene hagamos algunas reflexiones sobre la conducta que observa la escuela proteccionista, y conste que no quiero ofender a nadie, porque hablo de la escuela y no de las personas. Nosotros hemos dado pruebas en este primer acto de la Asociación de una lealtad, de una franqueza completa; esas puertas han estado abiertas para todo el mundo, aquí han podido venir todos los proteccionistas de Madrid, y han podido pedir la palabra; los hemos escitado, los hemos estimulado a ello, y los proteccionistas no han querido acceder a nuestras invitaciones. Estos señores, que al anuncio de la creación de nuestra sociedad levantaron el grito diciéndonos lo que dicen siempre, que somos unos utopistas, que no tenemos patriotismo, que estamos vendidos al oro inglés, que tambien el oro inglés parece que anda en estos asuntos (risas), los proteccionistas, que de esta manera nos han tratado y que tenían el deber de venir aquí a repetir de palabra lo que han dicho en la prensa, no han venido, y nos han privado de su gran ejército de números y de partidarios, mayor segun ellos que las arenas del desierto y las estrellas del cielo. (Bien, bien.)

Yo, señores, sin embargo, no he extrañado esta conducta. Alguna razón habia para hacerme creer que no vendrían a este sitio.

Los proteccionistas son hombres de tradición, y poco aficionados a esta clase de debates. La historia nos dice que jamás se han presentado a discutir en estos palenques públicos; la historia nos dice que en los siete años que duró en Inglaterra la Asociación para la reforma de las leyes de cereales, en cuyo tiempo celebró centenares de reuniones, en ninguna discusión tomaron parte los proteccionistas, porque no llamo discusión a dos ó tres luchas a puño cerrado y golpe seco, a la manera inglesa (risas), que tuvieron que sostener los libre-cambistas en dos

ó tres localidades de Inglaterra. En Bélgica tres años lleva de vida una asociación análoga; se ha llamado á los proteccionistas, y tampoco han acudido á discutir, pero han hecho una cosa semejante á lo que os he dicho de Inglaterra. En Gante prepararon una horrenda silva á los libre-cambistas, y en Tournai celebraron una ridícula mascarada, llevando un muñeco que tiraron al río, rompiendo al paso los cristales de las casas de sus contrarios. En Francia también fueron invitados y no se presentaron tampoco. ¿Qué tiene de extraño que en España sigan la misma conducta?

¿En qué podrá consistir esto, señores? ¿Será que falten en esa escuela elocuentes oradores, hombres de grandes conocimientos, capaces de anonadarnos en una discusión? Oradores los tiene toda causa que es justa y que se profesa con convicción. Y para decir lo que se siente con valor y lealtad no se necesitan grandes dotes de elocuencia; basta la facilidad de expresión, y facilidad hay cuando se espresa lo que se sabe y lo que se cree. (*Bien, bien.*) (*El Sr. Morquecho pide la palabra.*) Tengo inmensa satisfacción en que mis palabras hayan movido á hablar al señor Morquecho; yo doy á su señoría las gracias en nombre de la Junta directiva, en nombre de la Sociedad, y felicito á la Escuela proteccionista, y felicito á mi patria por ser el primer país del mundo en que estas asociaciones han encontrado un proteccionista que discuta. (*Ruidosos aplausos.*) Señores, por lo avanzado de la hora, y para que el Sr. Morquecho pueda hablar estensamente, me siento suplicando á la reunión disimule el mal rato que la habré hecho pasar con mis incorrectas y desaliñadas frases. (*Aplausos.*)

El Sr. Presidente: El Sr. Morquecho tiene la palabra.

El Sr. Morquecho: Era menester que yo me encontrara dotado de un valor inmenso, colosal, para poder usar la palabra ante este respetable auditorio. Sin que tenga yo que hacer otra cosa mas que indicarlo, comprenderán todos que solo confiando en su gran benevolencia es como podría tomar parte en este debate.

Apenas habrá uno en esta reunión que profese las ideas que yo profeso, que no sea adversario mío: de modo que me encuentro solo y no tengo á mi lado otro auxilio que el que me prestan una fe profunda en la ciencia, en mis convicciones, en las doctrinas que sinceramente defiendo. Me levanto, pues, solo, cuando todos los ojos se dirigen hacia mí, cuando todos los corazones ó mejor dicho todas las cabezas, la reflexión, la razón de cuantos me escuchan escogerán mis palabras con mucha benevolencia, sí, pero también con una gran dosis de prevención.

He venido solo, y sin haberme puesto de acuerdo con ninguno de mis co-religionarios. Debo además manifestar que no pertenezco al centro único proteccionista que se ha organizado en Madrid, y que es la representación de las juntas de agricultura de toda España. Por consiguiente, cuanto yo diga es solo de mi propia personalidad: de cualquier error que salga de mi boca no puede responder nadie mas que yo.

Por otra parte, venia mas que á otra cosa, á estudiar, á observar y con ánimo de dejarme convencer de las grandes razones que se habian de alegar en favor de la libertad; pero no de la libertad armónica, no de la libertad práctica, no de la libertad aplicable, no de la libertad real. Porque es de advertir que soy el mas amante de la libertad; pero también quiero que esa libertad sea una verdad, y por eso quiero que á la libertad política, á la libertad económica, á toda clase de libertad acompañe un fondo inmenso de otra libertad, cual es la de la moralidad, único

regulador de las acciones humanas. (*Muestras de aprobación.*)

He dicho que no venia preparado, y ahora debo añadir que solo en fuerza de las continuas escitaciones que se me han dirigido (porque todos cuantos me conocen saben que profeso con fe y sinceridad las doctrinas que estoy sosteniendo), es por lo que me he atrevido á usar de la palabra. La he pedido y entro en lo principal de esta brevísima peroración, para combatir algunas de las ideas que mi particular amigo el Sr. Rodriguez acaba de esponer.

Ha entrado en la cuestión de números, y ha dicho que planteándola de este modo tal vez nos animáramos á contestarle, aunque por otro lado tenia que rehusar penetrar en ese terreno, cuando precisamente ningún proteccionista lo ha rehuido, y yo he escrito también algo de números. Creo, señores, que solo en el calor de la improvisación podría haberse permitido su señoría una afirmación de tal naturaleza, y creo también que convendrá conmigo en que al rebatir hace algunos meses esos mismos datos mas ó menos corregidos, el que tiene la honra de hablar en este momento ante tan ilustrada reunión se ocupó de la cuestión de cereales, tratándola en nueve artículos. En ellos me parece haber contestado á una porción de observaciones relativas á este asunto; me remito á ellos, pues, concretándome ahora con decir esto para que no se pueda afirmar con verdad que he tenido valor para dejar pasar desapercibido y sin contradicción alguna la oposición que al sistema protector se hace aquí, la cual se está ventilando en la prensa. Los pocos señores que me conocen saben perfectamente que he tenido la fortuna ó el atrevimiento de rebatir cuantos documentos notables se han publicado en España durante algún tiempo en favor de la libertad absoluta; y digo esto no mas que para que conste que los proteccionistas no rehuimos la discusión. Pero queremos la discusión, no precisamente en una localidad, que por respetable que sea es inferior á la masa general del país, sino que la queremos ante la nación entera.

Habia indicado el señor presidente que el tema del debate, si no estoy equivocado, consistía en probar que la libertad de importación y exportación no sería perjudicial á los intereses creados, que los libre-cambistas no quieren lastimar tampoco. Debo declarar, que si esto se consigue soy partidario en materia de cereales del libre-cambio; y no difiero de sus defensores mas que en la cuestión de oportunidad.

Así, pues, en el tema propuesto, que se limita á investigar si la libertad en la importación de cereales podría perjudicar los intereses generales del país, creo que este sería hoy su resultado; y para probarlo, me permitiré rectificar alguno de los datos emitidos por el Sr. Rodriguez sobre la cantidad de trigo que se produce por término medio en Europa y la que se puede consumir. Pero hay otro dato mas significativo, que es el regulador; y es el precio medio á que se venden los cereales en los principales mercados de Europa; de manera que cualquiera que sea el sobrante de trigo en este continente, si yo demuestro que ese sobrante es lo bastante para poder restringir la venta de nuestros productos, claro es que dejaré demostrado que la libertad en este momento será perjudicial á los intereses públicos. Dejo sentado este principio, que es hijo de mi convicción y de la experiencia, y el cual profeso con la misma buena fe con que los libre-cambistas sostienen los suyos. Cuatrocientas personas habrá aquí reunidas, y casi todas ellas lo son; pero yo no difiero de ellas mas que en la cuestión de tiempo, pues en el principio estamos conformes. Y digo en el principio, porque la naturaleza con su pro-

funda sabiduría ha derramado sobre la haz de la tierra medios materiales para producir y conservar la asociación universal de los hombres: ella, lo mismo en los trópicos que en el Norte, aunque con diversos dónes, está convidando á la humanidad para que allegue todos sus esfuerzos y auxilie en provecho propio la producción de sus frutos. Creo, por consiguiente, que cada uno de los países del mundo tiene una tierra especialísima, un clima particular, y que siendo la fuerza primera de la producción esas condiciones especiales de cada región, en vano el hombre intentaría contrariar el impulso de la naturaleza: y como los climas se encuentran diseminados armónicamente por la tierra, hé aquí por qué cada producción debe localizarse y por qué es imposible la competencia en principio, si este se ha de aplicar de una manera absoluta.

Pero hay á mas otras causas que imposibilitan la competencia. Encuentro yo que aun cuando se establezca el principio de la competencia contra los intereses creados, jamás se podrá destruir la base del edificio productor, que es la tierra, que es el clima, y que de la libertad de comercio podrá resultar que se dé una producción en un clima, en un terreno dado, pero siempre será cierto que la tierra es un capital fijo, no susceptible de alteraciones. Creo que no han explicado estas ideas los libre-cambistas.

La gran dificultad para los cambios estriba en los trasportes: precisamente por esto la producción agrícola, que es la mas vasta, es la que sale mas recargada, toda vez que los trasportes imposibilitan la competencia.

Y todo esto hará comprender que los proteccionistas, á pesar de cuanto se ha dicho, no sé si con mucha generosidad, tenemos ideas propias y aspiramos á un fin santo, á un fin noble, lo mismo que los libre-cambistas. Queremos el progreso humano, pero al mismo tiempo somos españoles y deseamos la prosperidad de nuestra patria.

He sentado, señores, sin que los libre-cambistas me lo hayan enseñado, tres grandísimas razones, creo que de algun peso y de cierta novedad á favor de la libertad de comercio en materia de cereales. Hay una cuarta, y podría indicar muchas mas, la cual consiste en la cantidad de los productos.

Es sabido que la producción en todas partes es equivalente al consumo, y nunca existe ese sobrante que se dice; pues si esto fuera cierto tendríamos hoy un almacén inmenso con los sobrantes de cada año. Pero como resulta que si en un año hay sobrantes en el siguiente viene un déficit, es un principio de economía política, que el consumo de cereales se nivela con la producción, y que á medida que es necesario mayor consumo se escita mas la producción, aunque tenga mayor coste.

Decía, pues, que las cantidades que se producen no pueden ser excesivas en años normales, razón mas para no temer la competencia extranjera, tratándose de producciones agrícolas. Todo el mundo sabe también con cuánta facilidad se forma un labrador, lo cual no sucede con los obreros de la industria: pero no por esto se puede decir que con la competencia se perjudicaría tanto la producción agrícola, puesto que no se perjudica el capital de la industria; y en una palabra, bajo cualquier punto de vista que se considere la cuestión, creo que la competencia extranjera no es tan temible como algunos proteccionistas creen. Sin embargo, no por eso me declaro libre-cambista. (*Risas.*)

Creo que debemos discutir aquí como si nos hubiéramos tratado mucho tiempo. He estado bastantes años al frente de una cátedra, y me he acostumbrado á tratar á mis discípulos con sencillez; porque la verdad no

necesita muchas flores. Tampoco es cuestion de flores y de imaginacion la que nos ocupa, sino que es cuestion de grano. (*Risas y señales de aprobacion.*)

Vengamos, pues, á la cuestion de granos. En esta cuestion no puedo ser libre-cambista, y me diferencio de estos señores en la cuestion de tiempo. Yo creo que todas las cuestiones de derecho, de filosofía, de economía, cuando se llevan á la práctica, exigen que se prescinda de ciertas cosas, de ciertas flores, por mas que sean muy buenas, cuando proceden de jóvenes tan brillantes como el que acaba de hablar.

La cuestion es muy concreta, y en ella me diferencio de los libre-cambistas, porque real y efectivamente no es un sarcasmo en mi boca eso de respetar los intereses creados: creo que es una verdad, como todo lo que escribo y pronuncio. Yo siento aquí una cosa de divino (no de divino mio) que no se contradice, que no se prostituye, y, por consiguiente, mis actos y mis pensamientos no se contradicen jamás. Quiere decir que cuando digo que se respeten los intereses creados, quiero que sea una verdad; porque de otro modo los sacerdotes de la ciencia serian los primeros apóstatas, y en el frontispicio de su templo tendrian que colocar la estatua de la Locura ó la de la Mentira. (*Aplausos.*)

Quiero, pues, que se respeten los intereses creados: esta es la cuestion dignísimamente establecida por el señor presidente. No venia preparado para el caso; al contrario, venia preparado para no hablar, y estoy hablando. (*Risas.*)

No tengo bien presente ahora la estadística de las producciones del globo; sin embargo, he dicho que hay dos cuestiones en este punto concreto: cuestion de la cantidad de trigo que se produce, para ver si la concurrencia puede perjudicarnos, y cuestion de precios. A la primera ya sabe el Sr. Rodríguez que sabré responder, porque he respondido á todo cuanto ha dicho en contra de nuestro sistema (de que yo soy personalmente responsable), que siento mucho ver abandonado de ese centro de senadores y diputados, personas distinguidas, y que yo solo, pobre pigmeo, venga á defenderlo. (*Bravos aplausos.*)

Me remito, señores, á la discusion periodística, por lo que toca á la cuestion de cantidad. Debo advertir, y es un dato de cuya veracidad respondo, que en el año 53 y parte del 54, sin estar preparada la Rusia para la produccion, exportó para el Occidente cerca de 28 millones de hectólitros de cereales.

Segun M. Lavergne, uno de los primeros agrónomos de Europa, solo el territorio llamado *Tierra negra*, que se estiende á 95 millones de hectáreas, es suficiente para alimentar á la Europa entera. Pues bien, esa Rusia, que no tiene mas que 14 habitantes por kilómetro cuadrado, mientras que en nuestro país hay 30 y en Francia 67, y muchos mas en Inglaterra, es indisputable que puede arrojar masas de trigo, á medida que las necesidades promuevan la produccion; si hoy, sin estar suficientemente dispuesta, sin tener esa vastísima red de ferro-carriles, que la cruzará dentro de poco; en una palabra, sin condiciones de produccion, ha mandado al Occidente de Europa los 28 millones de hectólitros de que he hablado, que representan 50 millones de fanegas. Y esto sin contar con el Báltico, con los Estados Unidos y con la ciudad de Chicago, que está desarrollándose de una manera prodigiosa, y que en 1856 ha exportado 3 millones de cuarteras de granos, ó sean 15 millones de fanegas de Castilla.

Mas para mí la cuestion concreta no es de cantidad, porque en general la produccion y el consumo se nivelan. Vengo, pues, á la

cuestion de precios, y ruego á los señores taquígrafos que tomen bien estos datos, que estoy seguro no rechazarán los señores libre-cambistas, por mas que vengan de unas personas que no tienen ciencia; porque los proteccionistas, con esta oscura inteligencia que Dios nos ha dado, no sabemos ni leer. (*Risas.*)

He reunido los precios del trigo en Europa durante el siglo XVIII, y en Francia y en Inglaterra durante el siglo XIX: dentro de poco tiempo se verán estos datos en un periódico que tiene la bondad de insertar mis pobres artículos, *El Fénix*. Pues bien; el precio medio durante estos cincuenta y ocho años, ha sido en Francia de 20 francos por hectólitro, y poco mas en Inglaterra durante los últimos; y como tiene 55 litros cada fanega castellana, vendrá á resultar que el precio medio del trigo durante el siglo ha sido en Francia de 42 á 45 rs. fanega castellana. Pues bien; si este es el tipo normal, resultará que desde el momento que haya un mercado en donde el trigo pueda venderse ó pagarse mejor que á este tipo, el trigo sobrante vendrá con preferencia á estos mercados, y el grano propio bajará de precio si le tiene mayor.

Ahora bien: ¿cuáles son las zonas en donde nosotros producimos el trigo? Aragon, Castilla, la Mancha, Estremadura y Andalucía, y todo el mundo sabe que es una verdadera calamidad el año que hay abundancia. Pero, señores, tenemos otra gran zona, que es la litoral de Valencia y Cataluña, en donde la produccion es mas cara, y en donde por consiguiente hay que llevar los cereales españoles sobrantes de otras zonas. Pues bien: me paso con armas y bagajes al libre-cambio, si los señores libre-cambistas me demuestran que el trigo de Castilla en estos momentos, y mientras no se realicen las condiciones que yo deseo se realicen, pueda llevarse á Cataluña, que es el mercado principal que tienen nuestros labradores, el unico punto de salida para sus trigos, al precio de 42 ó 46 rs. fanega, para poder sostener dignamente la competencia con los trigos extranjeros. Dificulto que esto se demuestre, porque sé decir de mi parte que solo el trasporte de Castilla ó Estremadura á Cataluña absorbe los 40 rs.

Creo, pues, que en la actualidad no tenemos las condiciones necesarias para la competencia, pues que faltan la instruccion agrícola, el crédito, las grandes obras de riego, los caminos, y falta tambien seguridad en los campos. A propósito de seguridad, quizás esté aquí el Sr. Gonzalez de la Vega, á quien por poco cogen el año pasado al ir á visitar unas minas en Córdoba.

Nuestros hombres políticos hace mucho tiempo que están diciendo que van á mejorar el país; pero se entretienen demasiado en cuestiones que, si bien en la apariencia son de interés general, en el fondo suelen tener otro carácter muchas veces.

Por conclusion diré, porque estoy abusando (no, no), que cuando todas esas condiciones de instruccion, de crédito agrícola, de seguridad en los campos, de viabilidad se realicen; cuando podamos sostener dignamente la competencia con los trigos extranjeros, entonces podremos proclamar la libertad del comercio de cereales, y yo seré el primero en hacerlo; pero mientras tanto, creo que no debemos arrastrarnos por teorías que si en principios son bellísimas, en la práctica traerian resultados funestos. He dicho. (*Bien, bien; aplausos.*)

El Sr. Rodríguez: Bien decia yo que cuando se profesa una causa con buena fé y conviccion, tiene buenos oradores: el discurso del Sr. Morquecho lo ha comprobado, y vuelvo á felicitarle de que mis palabras hayan dado lugar á este debate.

No voy á contestar al Sr. Morquecho;

otros señores lo harán: yo me limitaré á presentar algunas ligerísimas observaciones.

Su señoría ha negado lo que yo manifesté acerca de que los datos espuestos por mí á la reunion no fueron, cuando los publiqué, contradichos por nadie. Yo sostengo que los datos y las razones que contenia mi folleto, no han obtenido hasta ahora contestacion, par mas que diga el Sr. Morquecho. Lo que su señoría hizo en su periódico fué examinar y combatir algunas consideraciones de la esposicion que varios consumidores de cereales presentaron en 1858 al presidente del Consejo de ministros; pero no mis datos, cuya exactitud no puede negar una persona tan ilustrada como el Sr. Morquecho. El unico dato de que se ocupó uno de mis contradictores en el periódico del Sr. Morquecho, fué el relativo al tonelaje de las mercancías importadas anualmente en nuestro país, y al apreciarlo cometió la equivocacion de creer que yo hablaba del tonelaje de nuestra marina, cuando yo me referia al tonelaje total de importacion; de manera que hizo el siguiente raciocinio: «Si la cabida de nuestra marina es de 700,000 toneladas, haciendo varios viajes podrá traer muchos mas cereales que los que supone el Sr. Rodríguez.» Pero como nuestra marina es muchísimo menor, el argumento cae por su base. El autor del artículo en que se cometió tan notable equivocacion, ha sido, segun creo, subsecretario de Hacienda. (*Risas.*)

Respecto al precio de los granos, el señor Morquecho no ha dicho nada que no confirme la verdad de nuestras apreciaciones. Su señoría ha reconocido que en la mayor parte de nuestro país no compiten, no pueden competir los granos extranjeros con los nacionales.

La competencia solo podrá verificarse en Cataluña, que su señoría considera como la salida de nuestros cereales, y cuyo consumo debe asegurarse á los agricultores; pero, señores, ¿por qué los catalanes han de pagar la necesidad de proteccion que tienen otras provincias? ¿Por qué se les ha de decir que vayan á comprar el pan á Castilla, y si allí no lo hay, que no coman? El Sr. Morquecho quiere contestar á los agricultores cuando preguntan: ¿dónde vendemos? yo creo que tambien debe contestarse á los consumidores cuando preguntan: ¿dónde comemos? (*Aplausos.*) Creo, señores, que no hay justicia para imponer á Cataluña un tributo en provecho de Castilla, y que, sin necesidad de esa proteccion, y aun habiendo perdido el mercado catalan, que no necesita por cierto la cantidad de granos que en mi primer discurso dije que se importaria del extranjero en épocas normales, nuestros labradores no se verán obligados á abandonar el cultivo, porque tienen la esportacion para colocar sus granos en mercados que ya hoy están abiertos, y en los que se les abrirán adoptando la libertad de comercio para toda clase de productos, como nosotros reclamamos y deben reclamar con nosotros los agricultores. (*Bien, bien.*)

No diré mas, para no quitar á otros oradores el tiempo que necesitan para contestar al señor Morquecho. Yo he llenado el objeto que me impulsó á levantarme, repitiendo que los datos que os presenté en mi primer discurso no han sido contestados.

El Sr. Orense: Señores, yo, que me he hallado en las Cortes en la misma situacion que hoy se encuentra aquí el Sr. Morquecho, felicito á su señoría por el valor que ha manifestado para sostener sus opiniones, y ademas porque ha venido á discutir una cuestion importante en una reunion que, si no puede llamarse *meeting*, es indudablemente el embrion del *meeting*. La discusion que en este momento tiene lugar, es un gran adelanto en nuestra patria; pues yo creo de mucho interés que nos vayamos acostun-

brando á este género de reuniones, que si bien al principio pueden causar recelo á algunos espíritus apocados, al fin sucederá con ellas lo que ha sucedido con la imprenta y las Cortes. Cuando nacen todas las instituciones que tienden á dejar vuelo á la libertad, se dice por muchos que van á ser incompatibles con todo gobierno, y despues, cuando se tratan, cuando se manosean, cuando se familiarizan con ellas las gentes, se ve que puede haber gobierno, y demasiado, con todas esas cosas. Recuerdo haber leído en un viaje á Turquía á principio del siglo último, que la casa ó café de Constantinopla, donde se permitía hablar de política, se cerraba ó se demolia; y entre nosotros, señores, aun durante el período del absolutismo, todo el mundo era casi dueño de decir verbalmente lo que quisiera en medio de la Puerta del Sol, lo cual no estorbaba la gobernacion del Estado; de forma que si el príncipe de la Paz hizo tan mal ministro, no fué ni dejó de ser por las conversaciones que contra él y María Luisa se tuvieron en la Puerta del Sol. (Aplausos.) Hoy día en las Cortes ya se habla con mas libertad, y, señores, es innegable que con la libertad de discusion ganan los gobiernos, y así es que en los países regidos por un sistema de despotismo, para ser un ministro bueno se necesita que sea muy ilustrado; al paso que aquí para que sea malo ha de ser un zopenco, porque así llamaría yo á un hombre que tropezara y se rompiera la frente, habiendo quien le fuera enseñando el camino alumbrándole con un farol. Y por eso en los países donde hay gobiernos absolutos, como sucede en Turquía y sucedía entre nosotros durante los dos siglos que reinó la casa de Austria, y otro mas de la de Borbon, vienen al fin catástrofes como la que presenciamos el año 8.... Me recuerdan estos señores que vaya al grano; es verdad, me he estraviado un poco, y pláceme que á mí tambien me pongan el farol para que me ilumine. (Risas.)

Podría contestar al Sr. Morquecho con una palabra: despues de todo lo que su señoría ha dicho, hay que llegar á un dilema: «ó la proteccion es inútil, porque el vendedor y el comprador se dan y reciben generalmente su verdadero valor, ó si favorece á uno ha de ser perjudicial al otro;» ó la proteccion ha de producir el verdadero equilibrio en el mercado, en cuyo caso la accion del gobierno es inútil, porque el que vende 20 rs. de trigo, y recibe la misma cantidad en dinero, para nada necesita al gobierno, ó produce el efecto opuesto, es decir, que por 18 rs. de trigo da el comprador 20 en dinero, ó viceversa, en cuyo caso uno de ellos es engañado en 2 rs., y la accion del gobierno es perjudicial al consumidor ó al vendedor. Señores: la accion del gobierno debe estar limitada en lo exterior á la defensa del territorio y en lo interior á poco mas que á la defensa de los tribunales. Pero esta no es la idea general; la mayor parte de las gentes creen que el gobierno debe intervenir en todo, que debe hallarse, como Dios, en todas partes y á todas horas; evitar las carestías y prevenir todos los males. Me explicaré. ¿Qué es lo que estorba entre nosotros el libre cambio? La legislacion del país. Pues esa legislacion no es mas que un efecto de esa absurda intervencion que aquí se quiere dar al gobierno; yo creo que la accion de vender y comprar debe ser independiente de la accion del gobierno, que no se debe mezclar en ella. El Sr. Morquecho me dice que sí; pues entonces su señoría está vencido en la cuestion. Los Estados Unidos han llegado en este punto á una fórmula bien concreta en muchas cosas, y han dicho: «no se legislará en imprenta, etc., etc.» Contrayéndonos á la cuestion del día, nosotros debíamos decir: «No se legislará en

materia de cereales.» Aquí los males nos vienen de los que mandan y no de los que mandan en este momento, sino de los que han mandado siempre: en prueba voy á referir un hecho histórico. Hasta el siglo pasado la gran ocupacion del presidente del Consejo de Castilla, la persona mas importante de la monarquía despues del Rey, era cuidar de que no faltara pan en Madrid. Pues bien; una vez faltó, y hubo motin; y el conde de Oropesa, que era entonces presidente, cayó, obteniendo el favor del Rey D. Carlos II, el Cardenal de Portocarrero. Oropesa era partidario de la casa de Austria; pero el Cardenal favorecía á la de Borbon, y véase de qué manera la intervencion del gobierno en el mercado de Madrid produjo en España un cambio de dinastía (Aplausos y risas), y cómo los mismos gobiernos son los que mas sufren las consecuencias de su erróneo sistema.

Señores: nuestra legislacion en materia de granos es del año 34, porque siempre vamos tan atrasados, que así como estábamos estableciendo telégrafos ópticos cuando ya los habia eléctricos, legislábamos acerca del comercio de cereales cuando ya se agitaba la cuestion de la libertad. Por cierto que entonces se decía que no triunfaria en Inglaterra, porque su aristocracia se oponía; pero, señores, los proteccionistas se engañaron, porque la aristocracia inglesa, sabia, ilustrada y amante del bien de su país, perdiendo lo que fue necesario perder para ello, la aceptó, y á los pocos años la libertad del comercio de granos quedó establecida en la Gran-Bretaña.

Tambien entonces se creía, como dice el Sr. Morquecho, que el mundo se iba á inundar de granos, pero no hubo tal inundacion. ¡Así la hubiera habido! ¿Qué mayor bien para la humanidad pobre que comer mucho y barato? ¿Pero cómo había de suceder? Señores, al mismo tiempo que la agricultura, va creciendo la poblacion. Y á propósito; se ha hablado de Egipto, y sobre todo de Rusia; ¿pero de qué valen estas citas? No parece sino que los productos se dan con solo querer. ¿Qué importa que allí haya centenares de leguas si no hay capitales para el cultivo? Lejos de esa soñada inundacion, sabe el Sr. Morquecho, porque es persona ilustrada, que lo que es antiguo en el mundo es el temor de que no haya víveres bastantes para los innumerables seres que le pueblan.

De manera que todos esos señores prohibicionistas á quienes yo llamé en las Cortes constituyentes, y no me arrepiento de ello, cuákeros, que significa temblador, lo son efectivamente, pues ellos, como Cormenin en materia de subsistencias, estaban temiendo que si se establece la libertad nos vamos á hundir y va á llegar el fin del mundo.

Pues bien; habia muchos que decían: no va á haber bastante grano para el consumo de la Europa; mientras otros gritan: si abris vuestros puertos os inundarán de géneros. Todos olvidan una cosa que ha recordado el Sr. Rodriguez, y es que si bien nos traerán todos esos productos, se llevarán tambien los nuestros, si no los que salen de las fábricas, los que salen de nuestras tierras, de la ganadería y de otros ramos. De esto hay un hecho muy reciente: es sabido que en poco tiempo han salido de Galicia para Inglaterra trescientos mil bueyes, prueba inequívoca de que nuestros productos, especialmente agrícolas, hallan pronto mercados de salida.

Y todo esto, ¿qué quiere decir? Que el gobierno debe limitarse á conservar el orden material y la integridad de nuestra nacion, dejando en lo demas al comercio entera libertad, que no nos han de faltar mercados donde vender y comprar. De modo que el

gran error consiste en querer que haga el gobierno todo lo que pueden hacer los particulares. Y, señores, si de temores se tratara, yo abrigo uno: si los labradores no cultivan un año los campos, todos nos moriremos de hambre como ratones. (Risas.) Esta es una verdad que no se puede negar; pues bien, no hay ningun gobierno que obligue á nadie á que vaya á arar, y todo el mundo ara si sabe que ha de dar salida á sus frutos para que la humanidad viva, y por su propio interés: así sucederá en todo.

Es decir, señores, que en vez de dirigirnos á otra escuela, debemos dirigirnos al gobierno y decirle: el interés del gobierno está en la simplificacion de sus funciones, porque es mas fácil ocuparse de cuatro cosas que de cuarenta, de forma que lo que al mismo gobierno le importa, entre otras cosas, es la libertad en el comercio de granos; y ya que se ha suspendido la legislatura sin haber adoptado resolucion alguna sobre cereales, podría indicársele que la tomase en sentido de esa libertad, sin perjuicio de someterla despues á la aprobacion de las Cortes.

Como he escrito un folleto bastante leído, en el que he propuesto que se podía imponer un derecho de diez reales, y despues ir rebajando sucesivamente uno en cada año, no quiero que mañana se me impute una contradiccion conmigo mismo. Quiero que todo el mundo sepa que para hallar una salida á la cuestion he dicho eso; pero que mi opinion es que haya libertad completa de comercio. Creía, sin embargo, en mi deseo de transaccion, que tomándose el gobierno diez años, era este un plazo razonable para evitar á la agricultura los perjuicios que el Sr. Morquecho ha anunciado; y si bien no los temo por mi parte, de esa manera podrían conciliarse todos los intereses, y facilitarse la libertad sin el menor inconveniente. Conste, pues, que jamás rechazo los medios de transaccion con tal de que se logre el fin; y que si este se consiguiera, no me pesaría que un gobierno dijese: «Dentro de tantos años llegaremos á esa libertad completa, si bien iremos marchando hacia ella con estos ó los otros trámites; porque este término medio es menos mal que renunciar absolutamente á lo que es tan útil.» Pues qué, ¿si en el año de 1856, antes de aquellos tristes sucesos de Valladolid, se hubiera sabido que en Santander y en Bilbao habia un millon ó dos de fanegas, hubiera sido posible que se hubieran verificado? Indudablemente no; porque de haberse tenido noticia de esas existencias, nadie se hubiera alarmado temiendo una carestía.

Los temores exageran y son el peor enemigo en tales casos.

Repito que dejando á la otra escuela, debemos acudir al gobierno, decirle que en interés de su propia conservacion está el declarar la libertad del comercio de cereales, dirigirle una esposicion, partiendo del principio de que él es el que debe saber mas que ninguno, aunque generalmente sucede que sea el que sabe menos, porque es cierto que todos, como ser colectivo, saben mas que el mas sabio individuo, y ya en el siglo pasado se decía: hay uno que sabe mas que el señor Voltaire, y ese uno es todo el mundo. (Aplausos.)

El Sr. Morquecho (rectificando): Estoy enteramente conforme con el señor marques de Albaida, respecto á la baratura de las subsistencias. Verdaderamente sería el *summum bonum* de la sociedad el comer barato y sin trabajar; pero aparte de esta exageracion, estoy enteramente conforme en que la poblacion necesita cada vez mas subsistencias, tanto mas cuanto que segun el dato que he recordado en este momento, la Inglaterra, sin incluir la Irlanda, en los cincuenta primeros años de este siglo ha du-

plicado su poblacion, y es de presumir que al finalizar el siglo todo el Reino-Unido tendrá cincuenta millones de habitantes, debiendo necesitar más de cien millones de hectólitros para su subsistencia: nueva razon que viene á corroborar lo que ya he dicho antes.

Pero observará la reunion, que si bien se ha debatido lo dicho respecto á cantidades, dato en que me remitía á la discusion periodística, ninguno de los que me han contradicho se ha hecho cargo de la consideracion particular sobre la cual yo insistí, á saber: la cuestion de precios. Y era tanto mas importante que se insistiese sobre ese dato, cuanto que la proposicion del señor presidente se reducía á saber si la libre importacion de cereales perjudicaria los intereses creados.

Aquí se ha hablado mucho de si se puede ganar ó perder; pero no se ha dicho una sola palabra que demuestre que los intereses creados no van á sufrir perjuicio.

Yo respeto mucho lo que ha dicho el señor marques de Albaida en cuanto á la cuestion política: sin embargo, diré que no quiero que el gobierno se mezcle en cuestiones puramente industriales y de comercio.

Yo respeto la autonomia, solo que la comprendo de diferente modo que la presenta su señoría. Digo solamente que, en mi concepto, el Estado debe intervenir en todo aquello que tenga carácter social, dejando á la libre especulacion del individuo todo lo que comience en si y concluya en si.

Respecto á la reforma de Inglaterra, efectivamente hay que distinguir dos cuestiones; la cuestion de reforma de cereales, y la de la reforma manufacturera. La reforma de cereales se empezó á promover el año de 1838, ¿pero de qué manera?

Se ha dicho ya en otra ocasion que los libre-cambistas se proponian como ejemplo á Cobden y Bastiat; pero en mi concepto, España no está aun en condiciones análogas á la Inglaterra, para que podamos seguir esos ejemplos.

¿Y contra quién se formó la Liga? Sin duda alguna el señor marques de Albaida no lo ha estudiado bastante, y voy á permitirle rectificar lo que su señoría ha dicho. El año 38 principió la Liga sus trabajos; pero en nombre de la industria de Manchester y del condado de Lancaster, que estaba amenazado en los mercados de Europa; porque los industriales buscan como los agricultores la salida de sus géneros mas útil y provechosa, la mano de obra mas barata, y la cuestion en este caso era de vida ó muerte para la Inglaterra. De consiguiente, es claro que no podrian competir con los demas en punto á trigos, y por eso promovieron la reforma contra dos mil grandes propietarios, que eran los verdaderos monopolizadores del territorio de la Gran Bretaña; y si bien el resultado de la reforma fue el que bajaran los precios, sostengo que ciertos distritos de la Inglaterra no se han indemnizado aun de los perjuicios que entonces sufrieron, y observe-se que la cuestion que ha presentado el señor presidente, es que no se perjudicaran los intereses creados, que es lo que debíamos tratar y no se ha tratado aun.

El Sr. Orense (para rectificar): El Sr. Morquecho se ha contestado á sí mismo. Decía su señoría, y decía muy bien, que en Inglaterra va á subir la poblacion, la que tal vez llegue á fin de este siglo á cincuenta millones de habitantes; y que por consiguiente escasearán entonces las subsistencias. Pues bien: si eso ha de suceder evidentemente, si no han de bajar los precios, no existirá ese perjuicio que teme su señoría.

De modo que, aceptada la libre introduccion, como la poblacion va en aumento hará falta mas cantidad de cereales, y los precios seguramente no bajarán, si es que no

crecen. Queda por tanto resuelta por sí misma la cuestion propuesta por el señor presidente.

El Sr. Segovia: Muy pocas palabras voy á decir, y aun esas pocas no las diría si el Sr. Morquecho no hubiese hablado de que era preciso respetar los intereses creados, añadiendo que al decir esto era porque así lo sentía. El Sr. Morquecho creo que nos hará la justicia de reconocer en todos igual probidad é igual deseo.

Pero, señores, se dice con toda seriedad que es muy respetable el interés del labrador que tiene empleado su capital en una industria, solo por el temor vago, y no demostrado, como ha dicho el Sr. Orense, de que pueda arruinarse, ¿y no ha de ser respetable el interés de comer, el de procurarse á bajo precio esa primera sustancia, base de nuestro alimento?

Yo me figuro á un labrador plantado en medio de su cortijo, diciendo: «yo soy dueño de estas tierras porque la ley defiende mi propiedad, y la de lo que ellas produzcan, y por tanto puedo imponer precio á esos productos:» y vienen á él cien hombres que no son labradores, pero que tienen el capricho de comer pan todos los dias, y les dice el labrador: «yo pido sesenta reales por fanega de trigo:» á lo que le contestan cada uno de los cien hombres: «pues yo no estoy en situacion de pagarlo á ese precio, y por consiguiente mi familia tendrá que perecer de miseria.»

Diré de paso que en estos cien hombres y en este labrador no hay la division que figuran los proteccionistas, sino que hay un productor y ciento y un consumidores, porque el productor tambien consume contra lo que ha dicho el Sr. Morquecho en un artículo publicado en *La Union*, de que no era España comparable con Inglaterra, siendo nosotros un pueblo agricultor y el pueblo inglés esencialmente manufacturero, como si los que siembran el trigo no comieran pan; ó como si no supiera el Sr. Morquecho que el consumo de cereales se gradúa por el guarismo de la poblacion, y no por las clases de que esta se compone.

Pues dicen estos cien consumidores de trigo al labrador: «si tú no nos das el trigo á menos de sesenta reales, iremos á comprarlo á Rusia, donde está á bajo precio, y si no vamos nosotros precisamente, irá un amigo nuestro que se llama comerciante y nos le traerá.» Á lo cual contesta el labrador: «no ireis, porque en la costa hay una linea de aduaneros (que por mas señas pagais vosotros mismos) para impediros la introduccion del trigo barato.»

El Sr. Morquecho dice á esto: «¿y es justo que á este labrador se le arruine?» pues yo le contesto: «¿Y es justo que estos cien hombres no coman pan? ¿Quién le ha dicho al labrador: no vendas tu trigo á menos de sesenta reales?»

Señores, la razon natural basta para convencerse de que la concurrencia nunca podrá llegar mas que hasta cierto punto, porque tiene que luchar con las dificultades y recargo del transporte, de los seguros, de las comisiones, etc., etc. Vendrán, pues, los cereales extranjeros, si hay libertad de importacion; pero, ¿podrán competir con los nacionales, á menos que el coste de produccion de estos no sea disparatadamente excesivo? ¿Qué me importa á mí que se arruine un labrador, si para evitar su ruina me he de quedar sin pan? Pero la verdad es que no se ha probado que la agricultura se arruine; al contrario, nosotros somos los que demostramos que es materialmente imposible que con la libertad pueda perjudicarse nuestra agricultura. El argumento hábilmente presentado por el Sr. Morquecho se vuelve en contra de su señoría; porque en efecto, si los granos de Castilla no pueden competir en

precio con los extranjeros en el litoral de España, es imponer á esos habitantes del litoral una contribucion injusta en favor de unos productores que no han sabido producir mas barato ó que han producido mas de lo que podrian vender.

Ademas, señores, esos perjuicios que se teme van á irrogarse á la agricultura con el establecimiento de la libertad, si es que los hay, es una cosa que sucede siempre que se plantea una reforma. En nuestras reformas políticas, por ejemplo, no se ha tenido nunca en cuenta que quedaban arruinados los que medraban á espensas del monopolio. Al suprimir los diezmos, v. gr., ¿hubo nadie que dijera, qué va á ser ahora de esos pobres partícipes de diezmos? Pues, señores, á pesar de todo se quitaron. Lo mismo sucede con las invenciones de las máquinas, pues que una máquina, como sabe el Sr. Morquecho antes y mejor que yo, el primer efecto que produce es dejar sin pan á una porcion de operarios porque absorbe una porcion de operaciones, y, sin embargo, nadie ha pensado en suprimir las máquinas.

Señores, es muy tarde, y no quiero cansar vuestra atencion. Así, pues, me siento.

El Sr. Moret (rectificando): Me levanto á contestar al Sr. Morquecho en el lugar que me corresponde, en el último de todos. Su señoría ha tenido á bien contestarme por la falta de grano y la sobra de flores de mi discurso: yo, sin embargo, al hacerlo así habia querido imitar á la naturaleza, á quien siempre me pongo por modelo, porque pienso que sus leyes son el reflejo de las leyes de Dios, y viendo que ella envuelve su espiga entre hojas y entre flores, habia pretendido emplear tambien flores y hojas. Yo, sin embargo, creia haber sentado algunos principios que el Sr. Morquecho, sin duda, no ha encontrado. Yo, partiendo del examen de la personalidad humana, he sentado que mi derecho no permite que intermediarios estranos vengan á dirigir el empleo de mis facultades; y examinando la cuestion en el terreno de la utilidad, he visto que esta utilidad no existia tampoco. De ahí he partido á generalizar esta consideracion á todos los hombres, y he visto que si ellos son mis hermanos, la misma ley que me rige á mí debe regirles á ellos, llámense franceses ó ingleses, de los Estados-Unidos, ó africanos. Y para que se me diga que esto es falso, es preciso que se me muestre que los hombres no son iguales. Examinando los impuestos he rechazado el injusto impuesto que recae sobre los granos, porque en economia política es un principio incontestable, y que el Sr. Morquecho, catedrático y persona instruídísima, no debe desconocer que el impuesto debe recaer por igual sobre todos los ciudadanos. Yo creia que todo esto era un sistema lógico; el señor Morquecho me ha enseñado que en él no hay mas que flores; pero su señoría no ha tenido presente que comprendia en su calificación á los dogmas del Evangelio que yo citaba; y otra vez tendré cuidado de indicar estos dogmas cuando los emplee, para evitar al Sr. Morquecho el disgusto de mostrarle hasta dónde le lleva su palabra. Yo, sin embargo, hubiera guardado silencio, por lo que á mi persona toca, si la ironía del señor Morquecho no recayera sobre todos mis hermanos, á quienes se nos molesta con lo mismo cuando presentamos nuestras ideas. Y la juventud que reclama la proteccion para sus primeros pasos y la tolerancia para sus defectos, sabe, sin embargo, que si personas como el Sr. Morquecho le niegan su ayuda para subir á la altura en que ellos están, ella puede subir á tanta como ellos se encuentran, para desde allí juzgar á su vez á los que la rechazan sin oírle. (Bien, bien.)

El Sr. Morquecho ha dicho que á los hombres se les hable con razones, y él no lo ha

hecho así, no dignándose descender al examen de lo que yo sentaba y que tengo el derecho de continuar sentando mientras no se me demuestre mi equivocación ó mi ignorancia. Mi objeto al tomar la palabra era solo hacer la crítica de lo existente, para que, probando su injusticia, nazca la idea de la libertad de comercio que las separa. Esta era mi misión; y en cuanto á la proposición del Sr. Pastor, fuera de la cual cree el Sr. Morquecho que ha marchado la discusión, debo decirle que aquella proposición era solo incidental, y mal podría ser lo contrario cuando el Sr. Pastor nos había de antemano señalado el cuadro general. No crea por eso el Sr. Morquecho que yo rehuyo el entrar en la cuestión de números, porque también sé que viene en apoyo de nuestra teoría, y no ignoro que el precio de transporte, que hace subir dos francos el hectólitro de trigo de Odessa á Marsella, será siempre la garantía del productor de un terreno menos fértil, y no ignoro que esa teoría de los precios medios que su señoría ha indicado, es precisamente la prueba mas clara de nuestra opinión, puesto que haciendo subir el de precio muy ínfimo y bajar el de precio superior hasta un nivel comun, garantiza al consumidor sin vejar al productor. Conozco también que este movimiento no hará otra cosa que obligar á los que injustamente surten un mercado á llevar sus granos á otro, mas natural, en beneficio del consumo. Porque al fin lo que produce la libertad de comercio es solo una variación de mercado que á nadie perjudica, puesto que el productor sabe muy bien que se han de consumir todas sus existencias, y le es igual que se las compre quien quiera, sea un español ó un inglés, observación que comprueba numéricamente Mr. Michel Chévalier, y el mismo Lavergne, cuyos datos también conozco, aunque no seguramente para deducir de ellos las observaciones que el Sr. Morquecho.

Ha citado su señoría la tierra negra de Rusia que puede inundarnos de trigos, pero que no nos inunda, porque el día que desarrolle su producción será la consecuencia de un aumento de población que allí mismo demandará su cultivo, porque el Sr. Morquecho sabe muy bien que no se produce sino lo que se consume, y no se consume sino lo que la población puede consumir, porque estos tres términos, producción, consumo y población, están íntimamente unidos. En fin, el Sr. Morquecho se ha declarado libre-cambista, pero solo para el porvenir; pero, ¿cuál es este porvenir? ¿A cuándo esperamos? Nuestros padres han tenido hambre, la tienen nuestros hermanos: ¿hemos de esperar á morirnos de ella nosotros? Y no crea el Sr. Morquecho que esta es otra flor de imaginación, flores que, sea dicho de paso, usa también el Sr. Morquecho, porque puede consultar las tablas estadísticas, y ellas le dirán que cada aumento de producción crea nuevos seres que desaparecen en número igual ó mayor á la primera cosecha. Y si el Sr. Morquecho es libre-cambista, ¿por qué no predica lo que siente, por qué no lo dice? Si nuestras doctrinas son verdad, la opinión le dará tiempo, y nadie debe alarmarse por ellas. He dicho. (*Continuados aplausos.*)

El Sr. Mollinedo: No voy á decir mas que dos palabras. Se ha querido motejar á ese brillantísimo jóven por su corta edad. Señores, esto es hallarse en una completa carencia de razones que alegar en contra de la causa de que el Sr. Moret se ha declarado novel cuanto entusiasta defensor, y me parece que este jóven puede contestar á sus impugnadores lo que dijo aquel embajador de Carlos V al Santo Padre, que le echaba en cara lo liso de la suya: «Beatísimo Padre, lo que el Emperador, mi amo, ha querido mandar, ha sido un embajador; si otra hubiera sido su intención, si la cuestión fuera de barba, habría enviado un chivo.»

El Sr. Bona (D. Juan): Señores, no me hubiera retirado tranquilo de este sitio sin haber rendido el mas profundo homenaje á la juventud tan dignamente representada aquí. Se dice que está atrasada, y hoy nos ha dado la prueba mas clara de lo mucho que puede y debe esperarse de ella.

Por consiguiente, felicito al jóven Sr. Moret, que tanta admiración nos ha causado, y no á él solo, sino á toda esa falange inmensa de jóvenes que sigue su escuela, á quienes deberá esta nación su prosperidad, porque su reino está mas cerca de lo que los proteccionistas se figuran. (*Aplausos.*)

Diré de paso á la reunión que tengo sesenta y siete años, que llevo ya desde el de 1811 estudiando las cuestiones económicas y muy particularmente las que hacen relación á la tasa y á esos derechos protectores, y que solo puedo manifestar al Sr. Morquecho que los economistas reconocen ya que si la tasa es alta perjudica al comprador, si es baja perjudica al vendedor, y si es igual es inútil.

No sigo por lo avanzado de la hora y lo fatigados que deben estar todos de una discusión tan prolongada.

El Sr. Morquecho: El mejor homenaje que puedo rendir á la juventud, y muy especialmente al talento del Sr. Moret, consiste en no contestar á su breve peroración, lo cual no es ciertamente por carecer de razones. Me callo, pues, y no replico.

El Sr. Presidente: ¿Aprueba la reunión que se dirija al gobierno de S. M. una esposición solicitando la reforma liberal de la legislación de cereales?

La Asociación acordó afirmativamente.

El Sr. Presidente: la junta directiva redactará la esposición, avisará dónde ha de ir á firmarse, y la remitirá con el mismo objeto á provincias, para presentarla despues al gobierno de S. M.

Se levanta la sesión.

Eran las seis menos cuarto.

SUPLEMENTO AL NUM. 29 DE EL ECO DE LA LEY.

ASOCIACION PARA LA REFORMA DE LOS ARANCELES DE ADUANAS.

Sesion pública del 6 de noviembre de 1859.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. D. LUIS MARÍA PASTOR.

Asunto de que se ocupó la Sociedad.—Introduccion del papel extranjero.

Reunidos los individuos que componen la Asociacion, y otras muchas personas en el local de la Bolsa, plazuela de la Llena, y abierta la sesion de este dia á las dos menos cuarto, dijo

El Sr. Presidente: Señores, la última vez que la Asociacion se reunió en este sitio, encomendó á la junta directiva el encargo de redactar y presentar al gobierno de S. M. una esposicion fundada en los poderosísimos motivos que se habian alegado aquí por los elocuentes oradores que tomaron parte en la discusion, para demostrar la conveniencia de reformar la legislacion de aduanas en lo relativo á la introduccion de cereales, con el objeto principal de proporcionar la baratura y la abundancia en los artículos de primera necesidad, que son á la vez la base de los precios de todos los demás del comercio en general. Ademas se encargó tambien á la junta que procurase estudiar los aranceles, á fin de agrupar sus mil doscientos y tantos artículos en cierto número de categorías para hacer su estudio mas fácil, y conocer mejor sus circunstancias y sus defectos, y para poder despues formular las reclamaciones oportunas.

Respecto al primero de estos particulares, la junta directiva redactó inmediatamente la esposicion y la elevó al gobierno de S. M., el cual por medio del señor ministro de Fomento, á quien corresponde este asunto, tuvo la benevolencia de acusar su recibo al que en este momento tiene el honor de hablar, y de contestar que el gobierno se ocuparia del contenido de la esposicion con el interés que exigia su notoria importancia.

Respecto al segundo punto, no ha podido la junta dar por terminados enteramente sus trabajos. La Asociacion sabe que á muy poco de celebrarse su última sesion vino el estío, durante el cual se ha establecido la costumbre entre todas las personas acomodadas de abandonar su domicilio ordinario, yendo unos en busca de su salud, saliendo otros por distraccion, y marchando otros á recorrer los paises que están mas avanzados en la senda de la civilizacion y del progreso. Los individuos de la junta directiva, siguiendo en esto el impulso de la sociedad, se esparcieron por todas partes, y quedaron tan pocos para seguir consagrando sus trabajos al objeto expresado, que fue preciso proceder al nombramiento de otro segundo secretario, cargo que recayó en D. Segismundo Moret y Pendergast.

Esto no obstante, la clasificacion se llevó á cabo y está casi concluida: falta solo para darla por completamente terminada, hacer

un estudio detenido de los diferentes grupos en que se ha dividido todo el cuerpo de los aranceles: trabajo que la junta directiva cree conveniente repartir entre algunos de los individuos mas ilustrados y entendidos de la Asociacion, para que la ayuden en el desempeño de su encargo.

Ha ocurrido, ademas, en la junta otra pequeña variacion. Dos de sus individuos propusieron á la misma la permuta de sus respectivos cargos á fin de llenar mejor su cometido, de contador uno y vocal el otro; y como la junta no vió inconveniente alguno que lo estorbase, accedió gustosa á los deseos de aquellos señores, contando de antemano con el beneplácito de la Asociacion.

Por último, se ha ofrecido á la junta otra dificultad: cuando se aprobaron las bases organicas nada se estableció acerca de la duracion de los cargos de sus individuos, ni sobre la forma de reemplazarlos. Para resolver esta dificultad ha acordado la junta directiva someter este punto á la deliberacion y acuerdo de todos los socios, el dia en que termine el año de su instalacion, y despues de dar precisa cuenta de la manera cómo han desempeñado sus cargos respectivos los individuos que componen aquella, y me ha encargado ponerlo hoy en conocimiento de esta reunion. Tambien debo participar á la misma, que las ciudades de Oviedo, de Cádiz, Cartagena y Valencia, han respondido á la invitacion de la Asociacion, creando juntas directivas para secundar nuestro patriótico sentimiento, y que en Sevilla, Zaragoza, Coruña y otras, se están adoptando las disposiciones preliminares necesarias para seguir el impulso recibido.

Esto es lo que ha sucedido desde que la Asociacion se reunió la última vez: así han terminado los trabajos de la junta en la campaña de verano. Al entrar ahora en la de invierno, se encontró agitando en la esfera política una cuestion de inmensa trascendencia, cual es la reforma de los aranceles en la parte concerniente al papel. La escasez de este artículo tan importante ha llegado á tal punto que se ha hecho sentir de una manera muy notable en la prensa y en el comercio de libros; y hemos presenciado, señores, el escándalo de haberse diferido por falta de papel la publicacion de una sesion solemne de nuestro Parlamento, en que habiéndose dado cuenta del insulto inferido al pabellon español, se manifestó unánimemente por los representantes del pais que prescindirian de sus opiniones políticas y darian treguas á nuestras divisiones de partido para no tener en

cuenta otra cosa que la defensa de nuestra dignidad nacional ultrajada. Pues bien; habiéndose acordado imprimir y circular profusamente aquella memorable sesion, ¡no ha podido realizarse esta buena idea con la prontitud que el caso requeria por carecerse de papel!... ¡No parece, señores, sino que la Providencia ha querido dar este ejemplo, para que los legisladores mismos se convenzan de la necesidad de adoptar un remedio pronto y eficaz!

La junta, pues, ha creído que este era un asunto que entraba de lleno en el objeto que se propone la Asociacion, y que tiene una importancia tal, que le hace digno de cierta preferencia. Verdad es que la guerra, próxima á estallar, preocupa hoy mas vivamente que nada el ánimo de todos los buenos españoles, que no pueden menos de interesarse por el engrandecimiento y la honra del pais. Pero la junta cree tambien que no por eso deben desatenderse otras cuestiones; porque si algunos pocos bárbaros se han atrevido á faltar al debido respeto á una nacion como la nuestra, contamos con los elementos necesarios para vengar cumplidamente el ultraje, y clavar el pabellon de Castilla sobre los muros de las ciudades del Africa, mientras que los legisladores pueden aquí dedicarse á la reforma de los aranceles y á todo cuanto reclaman los adelantamientos debidos al progreso de la civilizacion.

Vamos, pues, á discutir hoy la conveniencia de pedir al gobierno la reforma de esos aranceles respecto al papel. Y es una coincidencia bien notable, señores: la primera vez que nos reunimos en este sitio fue para reclamar del gobierno de S. M. que se facilitasen los medios de llenar el alimento de la vida en bien principalmente de las clases menesterosas, y hoy vamos á pedirle que facilite su instruccion que es el alimento del alma, pues que el papel viene á constituir la primera materia del alimento de la inteligencia. Por eso la junta ha creído que debia someter inmediatamente este asunto á la Asociacion, para que resuelva si ha de hacerse esta esposicion á S. M.

En su consecuencia, yo ruego á todos los que aquí se encuentran que manifiesten con entera libertad sus opiniones, así los que las profesan en pro como los que las profesan en contra de esa idea; porque no me cansaré de repetirlo mientras ocupe este honorífico puesto; la Asociacion no pretende imponer sus opiniones, quiere, sí, hacer prevalecer sus ideas por el triunfo de la razon y de la discusion. Cualquiera que piense de otra manera que ella, tiene el derecho y la

libertad de exponer ampliamente sus opiniones y sus ideas, defendiendo todos y cada uno aquellas que profesen con la entereza propia de los verdaderos creyentes, pero al mismo tiempo con la consideración, con el respeto y con la tolerancia de los hombres que obran de buena fe.

Creo que estamos en el caso de hacer un poderoso esfuerzo; lo hemos hecho ya en otra reunión, para procurar a nuestro pueblo el pan de la vida: hagámoslo también ahora para proporcionarle el pan de la inteligencia. (Repetidos aplausos.)

El Sr. Moret y Prendergast: Pido la palabra.

El Sr. Presidente: La tiene su señoría.

El Sr. Moret y Prendergast: Señores: la primera vez que la Asociación para la reforma de los aranceles se presentó a exponer ante el público sus doctrinas, desarrollaba las consecuencias de una teoría que profesaba; mas apenas iniciado su pensamiento, multitud de objeciones se la presentaron por todos lados, pretendiendo atacar no solo las reformas prácticas que reclamaba, sino poniendo en duda la legitimidad del principio del cual las deducía. La economía política, ciencia que lo desarrollaba, fue calificada de materialista, de absurda y faltas de fundamento sus teorías, fue mirado su criterio como inútil para estudiar la historia, como efímero, y pequeño para abrazar el porvenir; y fueron juzgadas sus tendencias como excesivamente ambiciosas y atrevidas. Y como quiera que hoy no sea posible presentarse a deducir consecuencias ante la opinión sin tratar de explicar los fundamentos de la doctrina que las motiva, y como también desear contestar a las objeciones que en este terreno se le han hecho, la Asociación al empezar hoy de nuevo sus tareas, cree de su deber explicar los principios generales y los fundamentos de su doctrina, y de estos fundamentos y principios es de los que yo voy a hablaros breves instantes, si quiera la empresa sea superior a mis fuerzas, y mi palabra y mi inteligencia débiles para la inmensidad del asunto, porque yo confío en que la grandeza de las causas, puede ocultar la pequeñez de sus defensores. (Aprobación.)

Preciso es para empezar el asunto volver un momento la vista al pasado.

Hace apenas un siglo cruzaba la humanidad uno de esos períodos en que se ven prepararse los grandes acontecimientos. Después de sangrientas guerras, las naciones venían al fin a encasarse en sus límites; a las guerras religiosas sucedían las cuestiones sociales en toda su espantosa desazón; y los pueblos, llevados antes a la guerra por ideas que no conocían, empezaban a agitarse con el deseo de penetrar los misterios de una política que los oprimía sin comprenderla. En tanto el poder del hombre se aumentaba prodigiosamente: el hierro le daba las fuerzas de la naturaleza, y el vapor el poder de su aliento, mientras que unos obreros desconocidos encontraban el secreto de convertir en esclava inteligente la fuerza antes ciega y fatal de la materia; y como expresión de este movimiento, empezaban a figurar los intereses industriales en las cuestiones internacionales y en los tratados de paz. Y al paso que esto sucedía en la esfera material, en la intelectual era aun mayor el progreso, porque así como un sabio al mirar al cielo había doblado el espacio, otro filósofo, al mirar el espíritu del hombre, había doblado sus fuerzas, haciendo de nuevo su análisis, en tanto que se alzaba como un astro la idea del progreso iluminando los oscuros horizontes de la ciencia. Y entonces, cuando el espíritu iba comprendiendo su fuerza y su poder, y veía alzarse la historia de la humanidad completa y armónica como la de un solo hombre, dirigió al mundo, inmenso taller destinado a sus fuerzas, una mirada para comprender las relaciones que a él le

unían, y cuando esta mirada volvía de nuevo al espíritu como un reflejo, llevaba ya el germen de la economía política.

Y así nació la ciencia, guiada apenas por la luz del progreso y tendiendo a explicar la influencia de la vida general de las naciones sobre el individuo, y del individuo sobre los objetos que le rodeaban.

Poco después estallaba la revolución francesa, y una multitud de hechos se ofrecían a la consideración de aquellos espíritus que, dotados de una fuerza especial, sabían resistir a la influencia de los tiempos y buscar la explicación de los fenómenos que pasaban por su vista entre la espantosa confusión que reinaba en la Europa. Las crisis a que el crédito dió lugar, llevaban al estudio de las leyes generales de la circulación y del cambio. Las nuevas teorías socialistas motivaban el del salario, y la propiedad, la omnipotencia que se arrogaba el Estado, inclinaba ciertos espíritus al conocimiento de la fuerza y de la esfera de acción del individuo, y los disturbios que se sucedían en nombre de la libertad, semejantes a los de la antigua tiranía, obligaban al pensador y al filósofo a dirigir sus esfuerzos en busca de la verdadera inteligencia de una palabra que bastaba a levantar los pueblos. Y siguiendo estas diferentes tendencias del espíritu, la ciencia económica iba aceptando por bases la riqueza, la propiedad, la libertad, el cambio. Y entre estos diferentes elementos, el principio puesto a discusión iba progresando y constituyéndose, esperando que una fórmula superior viniese a comprender sus diferentes elementos. Y esta fórmula se presentó al fin. Los fenómenos hasta entonces estudiados eran solo resultados de una causa; así escapaban a su esfera muchos puntos que reclamaban un lugar en el cuadro de la ciencia; eran manifestaciones de un principio superior, y este principio era el trabajo del hombre que los lanzaba a la vida. Y en efecto, señores, preguntaos qué es esa fuerza misteriosa que va guiando a la humanidad de adelante en adelante y de progreso en progreso; fuerza que se desarrolla ante todo obstáculo, que salva todos los abismos, que ha enseñado al hombre a servirse del camello para cruzar el desierto, del tronco del árbol para atravesar los mares, del vapor para pasar los mundos, y de la ciencia para recorrer la vida; que ha sabido presentar un molino al viento, y una rueda a los saltos de agua; que encuentra una montaña en su camino y abre un túnel en sus entrañas, que halla un abismo a su paso y tiende un canal en los aires, que sabe destruir los mismos medios de que se ha valido un día, porque se agrupó en torno del castillo para resistir la invasión, y luego buscó la pólvora para destruir el castillo, y resignó sus derechos en la mano de un hombre para que los protegiera, y cuando este se negó a devolverlos, los reclamó con la voz de las revoluciones; que sabe imponerse una privación para que la lágrima vertida hoy sea el diamante que rescate la miseria de los que la recojan mas tarde; que reúne todo el pasado al presente por medio del capital y de la ciencia, y que se adelanta al porvenir por medio del crédito; preguntaos, repito, qué es esa fuerza prodigiosa, y cuando vuestra observación os la muestre universal y eterna, comprendereis que es la ley que desarrolla nuestro ser, el misterioso guía que nos lleva hacia Dios, la ley de nuestra naturaleza, que cumple incesantemente la humanidad, porque unos hombres siguen a otros hombres, y unos pueblos a otros pueblos, y cuando el sol se pone en un horizonte se levanta en otro, porque la humanidad ha recibido como la antigua vestal, la misión de conservar en el templo del universo el fuego del progreso siempre vivo. (Bravos. Aplausos.)

Y cuando esta idea ha formulado la ciencia, sus miras se han ensanchado y su horizonte se ha aclarado, y ha podido elevar la frente entre las ciencias sus hermanas, y mostrándole sus resultados explicarles el mecanismo todo de esa actividad que las había creado, y que a su vez quería comprenderse.

Mas no basta presentar el principio aislado; es preciso examinarlo en todas sus consecuencias, y probar si las leyes de su desarrollo han sido constantes en la historia, si bastan a explicar sus hechos, y si a su vez pueden penetrar la misteriosa cifra del porvenir, porque en cuanto al momento presente, como es solo la palabra la que enlaza la frase del pasado con la página del porvenir (aprobación), no hay para qué detenerse en ella.

La historia de la economía empieza con el hombre mismo.

Solo y abandonado en el principio de su vida, el hombre sentía su cuerpo lleno de necesidades, y su espíritu agobiado bajo la inmensidad del porvenir que se le ofrecía. Tenía que dominar el espacio inmenso que se ofrecía a su vista, y no contaba con otra fuerza que con su propio ser. Y esta lucha gigantesca no podía hacerse esperar: el dolor por un lado le obligaba, la esperanza le sostenía, y su instinto le decía que su alma era mas grande que aquel espacio que le asustaba, y guiado por estos sentimientos que todos llevamos en nuestra alma, el hombre empezaba a construir la escala que debía volverle al cielo: una serie de fenómenos empezó a hacer productivo su trabajo. El ahorro le permitió disponer de un momento de tiempo, y su inteligencia pudo pensar y lanzar un nuevo rayo de luz en la senda de su destino. Su instinto le llevó a buscar otro ser, y su cariño y sus cuidados los pagó el hombre poniéndole a su lado en dignidad y constituyendo la familia. La necesidad de encontrar auxilios a su empresa, de hallar quien recogiera el sobrante de su trabajo y le dieran en cambio el suyo, decidió de las primeras asociaciones. Y bien pronto, buscando nueva salida a sus productos, y en busca de nuevos materiales para su trabajo, la caravana emprendió su marcha lenta por el desierto, a cuyo final encontró otros hombres, obreros desconocidos de su misma obra que les ofrecieron incienso y mirra para elevar en el altar de sus montañas un holocausto al Dios que los reunía. (Bravos. Aplausos.)

Mas tarde la Asociación se multiplica, aparecen las naciones y los pueblos, y la historia, al encontrarlas organizadas, encuentra también cambiadas las condiciones del trabajo. Los derechos de cada hombre se han reunido en la comunidad que ha oprimido al individuo: ya no es dueño de su propiedad, ya no puede disponer de su fuerza como su razón le dicte; su posición no variará porque está encerrada en la casta, sus aspiraciones no encontrarán resultado, su mismo hogar no encerrará como antes la paz y el encanto de la familia, que viven solo en el misterio. Y en estas condiciones el ahorro no va a aumentar el capital, el instinto del adelanto queda inerte porque es inútil, y la vida de nuevas clases que se elevan no lleva sus nuevas ideas a la religión y a la ciencia, que permanecen aun inmóviles pesando sobre el pueblo que las creó, y que falto de libertad no sabe romperlas, demostrando en el atraso que tiene el oriente después de su larga vida, lo que es posible esperar del trabajo de un esclavo. (Aplausos.)

Así fue que cuando un rayo de libertad brilló en el Egipto y fecundó la filosofía y las artes, el progreso temió verse ahogado de nuevo en la oscuridad, y abriéndose un camino entre las ondas se refugió en Europa.

Nuevas instituciones mas humanas permiten ya aquí desarrollarse nuevas clases. El pensamiento y la ciencia van a ser honrados con el laurel de los bosques: la religion va a santificar la propiedad; a su vez la filosofía ofrecerá al esclavo la esperanza de la libertad, y los adelantos de las artes aliviarán su triste suerte; el viento molerá en su lugar la piedra, y ayudará a sus remos en la vela: el comercio enriquecerá a un tiempo la ciencia y las artes, y humanizará las razas: el municipio vendrá a permitir al ciudadano cuidar de sus propios intereses y disponer de su trabajo, mientras que la colonia llevará a otros pueblos los bienes de la civilización sin los males de la guerra. Pero todos estos gérmenes de adelanto luchaban inútilmente con las ideas antiguas: la falta de respeto a la propiedad, el instinto de la guerra que destruía a un tiempo al obrero y a su obra, la esclavitud que degradaba el trabajo, la organización socialista de los Estados, el despotismo, ahogaban los adelantos que la libertad iniciaba. Así fue que en vano la filosofía se hizo humana, en vano un pensador veía al sol salir sobre la frente de todos, y un moralista decía que nada humano era extraño a su pensamiento; en vano que el derecho llegase a inspirarse en la justicia; aquella sociedad, falta de vida interna, se moría, dejando que mejores tiempos viniesen a recoger el alma de Grecia y Roma. (Aplausos.)

Al empezar la Edad Media, nuevos gérmenes de vida y de progreso se adivinan entre la confusión que cubre a la Europa, como en la oscuridad de la noche se adivinan las estrellas entre las negras nubes. El pueblo germano, raza primitiva que no ha perdido con los vicios de las instituciones su fuerza, trae la conciencia del poder del hombre en su sentimiento individual: acostumbrado a la lucha y a la guerra, el germano sabe que su elevación se debe a su esfuerzo; su gerarquía está basada en el poder personal de cada individuo; su Rey es el mejor entre los mejores, y estas ideas dan una pura independencia a sus costumbres, y casi su vasallaje podrá romperse a voluntad, y la obediencia a sus Reyes estará subordinada a la conducta que observen.

De otro lado, el cristianismo predicaba este nuevo principio, enseñaba al hombre que el premio será según las obras, que el deber nace del derecho que la conciencia sanciona, que el esfuerzo de cada hombre será visto por Dios siempre, porque el que se mueve en la hoja en el árbol verá también el pensamiento de su criatura, que el pobre es nuestro hermano, y el desgraciado hijo predilecto del cielo, y de ese modo, rompía la esclavitud, fundaba su gerarquía en el mérito, elevaba para siempre la dignidad del hombre, santificaba todos los sentimientos que la razón nos revela en nuestra naturaleza, y comprendiendo en esta ley a todos los hombres, la humanidad, comprendía ya que caminaba hacia el cielo. (Aprobación.)

Y allá en el fondo de aquella sociedad, el municipio, árbol que se secaba en la atmósfera romana, cobraba nueva vida con estos dos elementos de libertad que lo habían de convertir mas tarde en el protector de el derecho mismo.

Por eso el trabajo aúdió donde la libertad y la seguridad lo reclamaban. El colono se fijó al pie del castillo, y el artesano se refugió en el municipio, y el sabio se retiró a la Iglesia. Mas tarde la libertad empezó a ahogarse en la cadena de hierro del feudalismo, y se concentró toda en la Iglesia y en el municipio. Así al pie de la Iglesia vino el esclavo a emanciparse, en sus atrios se celebraban las ferias, débil enlace de la vida de los pueblos (Bravo); para sus libros fueron las primeras vitelas, los vidrios de colores para sus catedrales, para sus misterios los primeros cantos (muy bien),

y los primeros libros para su filosofía: en el fondo de sus claustros se acogieron en silencio bajo el polvo de sus bibliotecas, los mudos testigos que guardaron la grandeza griega y romana: su lengua fue la universal, las tierras que a su lado se extendían, las únicas que se cubrían de flores en la primavera (bravo, bien), la luz de sus imágenes, la que en la noche guiaba al viajero perdido, su techo el que le acogía, sus imágenes las que protegieron los gremios y las hermandades, la mano de sus sacerdotes la que ungía los Reyes y bendecía a los caballeros que iban a defender al desvalido; imágenes cristianas eran las primeras vírgenes que del cielo arrancó el pincel de los artistas, y de sus órganos se exhalaban y se repitieron en los ecos de sus templos las primeras notas de la música de esta sociedad que era como sus suspiros, melancólicas y tristes. (Bravo. Aplausos.)

Y al lado de la Iglesia el municipio y la ciudad libre, teniendo los primeros artistas y los productos de los pueblos que sus naves traían, empezaban a hermoear la Europa y a elevarse como astros en la noche. Así Amalfi brillaba en el Mediterráneo adornada con las galas del Oriente; Venecia tenía bastantes naves para transportar los cruzados a Levante; Florencia festejaba sus campos con jardines, sus ciudades con palacios, su inteligencia con poesía; Génova y Nápoles negociaban con los mismos Reyes, y Barcelona escribía el primer Código general en que no se habla de esclavos. (Aplausos.)

Y el trabajo iba creando la civilización y premiando a los pueblos que sabían ser libres, al mismo tiempo que execraba la memoria de sus opresores; por eso mientras la catedral cristiana se destacaba en el horizonte, y las ciudades comerciales se fabricaban una corona con las glorias de la Europa, el viejo castillo feudal, negro y sombrío, se cubría de yedra y de luto, y su corona de almenas se derrumbaba lentamente, sin que otra voz que la del eco acompañara al sordo ruido de su caída. (Bravo, muy bien.)

Después de esta época, otra nueva tempestad va a oscurecer el cielo. Los esfuerzos del poder central para llegar a la unidad ahogaron muchas libertades que le habían ayudado a levantarse; las libertades políticas, reflejo de las libertades económicas, morían por todas partes, y con su muerte impedían desarrollarse los esfuerzos que se acogían bajo su manto, en tanto que las guerras consumían la vida de los pueblos y destruían las fuentes de su riqueza. Pero el trabajo volverá a buscar el medio de remover estos obstáculos; el pensamiento oprimido se desentenderá de sus opresores, las nuevas clases ennoblecidas por su trabajo, extenderán la esfera de los derechos políticos que en vano se pretende restringir, la ciencia se dirigirá a los pueblos y les enseñará sus derechos, y la industria creará nuevas máquinas que abaratarán el papel para que la voz de la imprenta llegue a todos los individuos, y sea nula la ley que pretenda ahogarla, un mundo nuevo acogera las ideas perseguidas en el continente, y mientras una política pequeña y de estrechas miras pretenda dividir la gran familia humana, el vapor borrarà sus falsos límites, la electricidad unirá sus pensamientos, y la ciencia enlazará a un solo fin las aspiraciones de su alma. Y cuando el siglo XIX llegue en la serie de los años, la filosofía de la historia y la economía política se presentarán como heraldos de su marcha para anunciar que se aproxima el día en que los hermanos puedan acercarse unidos al banquete de la vida. (Aplausos.)

Con esta luz que la historia arroja, la economía puede aventurarse en la senda del porvenir, y encuentra una solución que ofrecer a las cuestiones mas empeñadas de la

ciencia, así como una senda que trazarse en medio de tantas diferentes tendencias.

Si la propiedad es una institución, que se apoya en la naturaleza del hombre como resultado de su trabajo, si la historia nos la presenta emancipándose siempre del comunismo de la historia, preciso será continuar esta obra y llevarla a su realización; y que así, la propiedad intelectual sea tan sagrada como la material, que una ley de distribución artificial no venga indirectamente a privar de su legítima disposición al que posee, que los resultados del trabajo, cualquiera que estos sean, se consagren por la ley, que toda carga impuesta sea legítima, única manera de que sea también útil; y, en fin, que todas las consecuencias de este derecho sean respetadas, la sucesión como la adquisición, la traslación como la venta.

Si el cambio es el fenómeno universal que va uniendo a los pueblos y enlazando armónicamente sus intereses; si él acercó a los pueblos primitivos y guió las primeras naves que cruzaron el Mediterráneo; si con sus productos ha llevado las ideas y los instintos de los pueblos unos a otros, universalizando su lenguaje y perfeccionando sus artes; si él ha guiado la Europa a un mundo nuevo y descubrió nuevos caminos para llegar al Oriente, es preciso que, lejos de detenerse, se facilite por do quiera. Y así hoy, en que se borran los límites de las naciones, en que las ideas no reconocen patria, en que las exposiciones universales son el museo de la Europa, en que el genio que se alza en un país es admirado por todos los pueblos, las fronteras son una inútil barrera respetada por las fuerzas materiales y que no conocen las morales, la guerra un rayo sin brillo que quema sin alumbrar, la política basada en las combinaciones de los hombres de Estado sin acordarse para nada del derecho, una incomprensible y absurda tiranía, y la aduana, ese centinela del atraso que cuando el buque se acerca en el azul de los mares, desplegada su blanca vela como una bandera de paz, en nombre de intereses pequeños detiene a la civilización, que se adelanta, un absurdo é incomprensible obstáculo. (Aplausos.)

Y si, en fin, la libertad es la esfera en que se va desarrollando ese trabajo que forma la historia, si es la atmósfera en que crecen los gérmenes del progreso, la lógica reclama su completo desarrollo. Es preciso, ó negarla, y con ella negar todo el orden moral de la humanidad, y la responsabilidad y la conciencia, ó una vez admitida llevarla hasta sus últimas consecuencias, abrirle paso por do quiera para que el hombre pueda dirigir su mirada al porvenir y al pasado, sin que un velo le oculte el verdadero carácter de sus acciones.

De esta manera y solo de esta podrá adelantarse esa obra inmensa de la civilización, de ese modo el trabajo del hombre irá tocando a su fin, y las cuestiones que han surgido en nuestros días presentarán por si mismas su solución propia.

Yo bien sé que esta manera de juzgar las cuestiones, propia del criterio económico, merece la censura de excesivamente individualista; pero semejante aserción no puede hacerse, cuando se comprende la armonía que existe entre las fuerzas todas de la vida. Para el economista esta separación entre el individuo y el Estado no existe, esa antinomia que se pretende hallar, y de la cual es la libertad de comercio una manifestación, no la encontramos nunca. Es cierto que nosotros miramos al hombre como un ángel, pero no olvidamos que arrastra su vestidura por el cieno de la materia. Y sabemos que si él guía a la sociedad, y la dirige, sin la sociedad, sus esfuerzos serían inútiles. Porque vemos en la historia que un hombre escribió la Iliada y otro la Divina Comedia; que

hombres fueron los que reflejaron la justicia sobre un Código, y los que copiaron su imagen en el mármol, un hombre arrancó al viento el derecho de llevar nuestra palabra y la hizo imperecedera, otro descubrió entre la niebla un mundo, y un hombre, en fin, fue el que enseñó a la humanidad a encontrar su fin y su destino en su propio ser. Pero si todas estas maravillas han sido la obra de los hombres, sin la sociedad, Homero y Dante no habrían encontrado asuntos a sus cantos, aplausos a sus palabras; inútil hubiera sido el Derecho romano, Fidas no habría encontrado un templo para sus estatuas, Colón habitantes para su mundo, Gutenberg un pensamiento eterno como su fama, Kant no habría podido apoyarse en la experiencia de los siglos para su gigantesca obra, y nada, en fin, hubiera sido posible en la historia, porque la sociedad es la que guarda el rico depósito de la ciencia de nuestros padres, y la que a su vez conservará los nuestros, inmenso libro que recoge los pensamientos de la humanidad entera. Y por esto no comprendemos esa oposición entre ambos: como no la vemos entre la flor y la tierra y el cielo en que ha nacido, porque el hombre lleva en sí todos los gérmenes de la vida, y la atmósfera en que se desarrollan, es la sociedad que hace posible nuestras aspiraciones, nuestros sentimientos, nuestra naturaleza toda. (Aplausos.)

Y si este es el criterio de la economía ante el pasado y ante el porvenir, al contemplar a través de sus principios las grandes conquistas del hombre, se embellece el mundo presente, y las galas de la poesía adornan el camino de la verdad, de por sí bello.

Porque cuando a la luz de sus teorías se penetra en el hogar del artesano, a la hora en que cayendo la noche sobre el mundo, una incierta claridad reina en todas partes, y se le ve feliz y pensativo al lado del hogar que chispea, rodeado de su familia, orgulloso de su trabajo, parece que se adivina su pensamiento, y se comprende que los últimos golpes de su telar que aun se agita, le parecen los ecos de los pasos del porvenir que se acerca, a realizar sus ilusiones, que, como las chispas que a su vista saltan y se pierden en la oscura chimenea iluminándola un instante, se adelantan al misterio del porvenir y lo iluminan. (Bravos. Aplausos.)

Y cuando se recuerda que el ahorro material lleva al adelanto intelectual, que todo esfuerzo de la materia se convierte en luz en el espíritu, y se piensa que la joven griega que en la noche cruzaba con paso silencioso la estancia en que el sabio meditaba, y alumbraba la lámpara a cuya luz se escribía su inmenso pensamiento (bravo, muy bien); contribuía a ese mismo trabajo cuando con estas ideas se penetra en una de nuestras fábricas y se oyen los gigantes golpes del martillo de vapor, parece como que se oye a la mano del hombre que llama a la puerta de la eternidad evocando nuevas generaciones a la vida. (Aplausos estrepitosos.)

La locomotora que surca el espacio con su incesante latido, parece cuando lanza su agudo grito que recuerda a las generaciones dormidas la eterna misión del trabajo que les está confiada, y sin cuyo cumplimiento no tendrán parte en los beneficios que ella lleva. (Muy bien.)

El buque de vapor que cruza el Océano, y que semejante a la literatura moderna se cuida muy poco de las formas a fin de llegar al fin, semeja al correo del progreso, que demasiado lento para seguir ya sus movimientos, necesita un nuevo agente que aumente su velocidad.

Y el mundo económico no es como algunos le pintan, un mundo sombrío y horrible, donde las pasiones mas mezquinas están eternamente luchando, donde el interés y el

cálculo suceden a la virtud y el espíritu se somete a la materia; y el brillo de la historia es el brillo metálico del oro, donde el egoísmo pretende secarlo todo y el afán de mediar mata el corazón humano; mundo infame que el economista contempla desdeñosamente ocupado en recoger cifras que llamará luego verdades y pretenderá imponer do quiera, no, sino un mundo armónico en que la ciencia va descubriendo nuevas bellezas, no sujeto al interés, sino surcado por la caridad que reparte el oro de la limosna, tibio con el calor de su corazón para que no hiela al que lo recibe, en que la abnegación y la virtud tienen un premio superior al que los hombres pueden ofrecerles, sujeto por do quiera a leyes armónicas en las cuales se adivina el nombre de Dios, porque aparece escrito, en la ley de la población, en el misterioso rubor que cubre la frente de la virgen, y en el amor que estiendo un santo velo sobre el hogar doméstico: en la ley del trabajo, con la aspiración a esa gloria inmortal, único premio digno de un alma inmortal también, en la del ahorro, con el santo amor de la familia y en la de la propiedad, con esa continuación de afectos que siguen a la herencia y que son el misterioso lazo que une al padre con su hijo a través de la tumba, mundo sublime y hermoso que el economista contempla lleno de respeto pronunciando el nombre de Dios, y atreviéndose a recoger para el alma del hombre un átomo de esa inmensa grandeza. (Aplausos.)

Yo no sé, señores, si su poesía será en mis labios un infundido lirismo; lo que sí es que la ciencia que tiene un arte tan grande debe ser una gran ciencia.

He pretendido esponeros sus principios; despues de ellos vais a oír sus consecuencias; si habeis encontrado aquellos exactos, tendreis ya que admitir estas, y si así lo creéis habré cumplido mi objeto. He dicho. (Aplausos prolongados.)

El Sr. Echegaray: Pido la palabra por pro. El Sr. Presidente: La tiene su señoría.

El Sr. Echegaray: Señores: No voy a examinar la cuestion que se discute tan extensamente como por su importancia debiera hacerlo; otros oradores mas competentes que yo en la materia se encargarán sin duda de este trabajo, y no debo ni anticipar, ni, por decirlo así, desflorar argumentos poderosos, que espero lleven el convencimiento a vuestro ánimo, y hagan lucir ante la razon la justicia de la causa que defendemos: solo pretendo someter a vuestro ilustrado juicio algunas observaciones sobre la índole y la tendencia del sistema protector, ya considerado en general, ya haciendo aplicacion de sus doctrinas a la cuestion concreta que hoy nos ocupa.

Y con temor, señores, con desconfianza y con recelo levanto aquí mi voz; porque me digo y me repito sin cesar: ¿Sé yo acaso cómo se fabrica el papel? ¿Tengo idea alguna de los medios que la industria emplea para su elaboracion, ni de los recursos con que cuenta? ¿He visitado, ni aun por curiosidad, una fábrica de este producto? Pues bien, señores; si mi autoridad es nula, si mi incompetencia para tratar la cuestion presente es clara como la luz del día; si mis conocimientos especiales en esta materia son tantos y tan estensos, y tan profundos como, por ejemplo, los que en materias económicas adornan a la mayor parte de nuestros adversarios los proteccionistas (risas), ¿cómo podré yo, siendo tan ignorante, juzgar con acierto en el grave asunto que aquí nos trae? ¿Cómo podrá mi razon comprender si conviene ó no conviene que el papel pague derechos protectores a su entrada en el reino; si es ó no justo que todos los españoles compren papel donde mas barato le hallen (risas)? Y sin embargo, ¿cosa estraña! defendiendo la libre importacion del papel, defendiendo la conveniencia de tener papel barato. ¿Comprendéis

ahora toda la estension de mis dudas? ¿Comprendéis ya cuán critica es en este instante mi posicion? ¿Y no os admira mi osadía, que tan estraña peticion formula? ¿Quiero papel barato, y no tengo ni una miserable fábrica de papel que me dé derecho para levantar aquí la voz! (Risas.)

¿Qué papel haria yo, ya que de papel se trata, si de entre vosotros surgiera de repente un proteccionista, hombre de conocimientos prácticos en esta y otras industrias, de altas y profundas miras, a la par tan altas como las chimeneas de sus fábricas, tan profundas como las galerías de sus minas (risas), de esos, que tambien los hay, aunque no todos sean así, que aman a la madre patria con el santo y puro y desinteresado afecto que profesa el niño a la nodriza

«que destila en sus labios dulce leche.»

como dice el poeta (Risas)? ¿Qué podria yo contestar, si cruzándose de brazos, arrugando el entrecejo y frunciendo el labio con desden me dijera, tras una mirada de profundo desprecio: «ya que tan resueltamente pides la libre importacion del papel, dame algunos detalles acerca de su fabricacion; veamos si has estudiado este problema económico tan profundamente como yo, que 20 años há no hago otra cosa mas que papel?»

Silencio, aturdimiento, confusion por mi parte: «bravo, bravísimo, diria al fin mi contrincante; ¡no sabes cómo se hace el papel y quieres papel barato! ¡La osadía de estos libre-cambistas no tiene igual!...» mas prosigamos: ¿cuáles son las ganancias probables de esta industria? ¿A qué precio pueden traernos papel los extranjeros? ¿Debemos temer su competencia? Tú, libre-cambista radical, tú, apóstol de doctrinas deletéreas, pero hombre de conciencia (supongo), habrás examinado todas estas cuestiones con la detencion que el caso exige.

«Mi silencio continúa, mi aturdimiento crece: «ya lo he dicho, replicaria al fin; nada sé en esta materia sino que tu papel es malo y caro; que hay otro productor que me ofrece papel de mejor calidad y a menos precio que tú. ¡Soberbio! diria mi buen proteccionista; nada sabes de cuanto deberias saber, y sin embargo, nos tachas de ignorantes; eres profundamente egoísta, y nos llamas egoístas: a nosotros, que nos sacrificamos por tí y otros como tú: no ves mas que tu persona, y a tu persona lo sacrificas todo, el porvenir de nuestras industrias, el porvenir de nuestra patria; y hasta el mismo decoro nacional, hasta la independencia del país: solo hay una frase en tu boca: quiero comprar barato, quiero comprar barato: solo una idea en la mente: el bienestar de tu individuo. Desciendo a discutir contigo, me presento en el palenque armado con mi experiencia de productor de 20 años, rico en datos, en números, razones supremas en este terreno, y veo ante mí un ignorante que no ha hecho en toda su vida mas papel que el que plugo a la pérfida Albion en su maquiavelismo señalar a su candidez, ó comprar con su oro; cuya ciencia toda son cuatro palabras huecas, derecho, justicia, abundancia y baratura; y allá a su manera las baraja sacando de ellas infinitas variaciones, siempre sobre el mismo tema: la libertad comercial; cuyos argumentos parecen papeletas litografiadas en que siempre se lee lo mismo, con algunos huecos que llenar, segun la cuestion especial de que se trate: ¡oh individualistas, pequeños, ignorantes, anárquicos, mezquinos, miserables!...» Que todo esto y mucho mas nos han dicho los dignísimos, los sesudos, los templados, los graves y prudentes señores del monopolio: y heme aquí sufriendo con santa calma, con infinita resignacion el inmenso chaparron proteccionista. (Risas y aplausos.)

Mas como no hay ser débil que no se defiende, ni hombre pequeño cuando habla en

nombre de la verdad y de la justicia, y en defensa de su dignidad ultrajada, yo también me colocaría frente a frente de mi proteccionista y mirándole a mi vez de alto a bajo, a sus argumentos opondría otros argumentos, y rebatiría con razones sus sinrazones. Hé aquí lo que podría replicarle si ante mí le viera. «En cuanto a lo que a mí particularmente se refiere, razón tiene: lo mismo discuto la cuestión de libertad comercial cuando se trata de la importación de cereales, que cuando versa sobre la importación de hierros, de hullas, de algodones y de maquinaria. ¿Y sabes por qué? porque los hierros, las hullas, los algodones y la maquinaria, son la materia bruta que se arroja en un molde único, la *protección*: en él recibe siempre la misma forma, el *monopolio* y el molde es lo que quiero romper, me importa poco la materia. (Estrepitosos aplausos). Mis argumentos, en efecto (emplearé tus mismas palabras), son pa-peletas litografiadas que aplico a cada cuestión especial llenando algunos huecos, ¿y sabes por qué? porque tus teorías, ó mejor dicho tus prácticas, se resumen en una fórmula sencillísima, en una síntesis suprema.» Héla aquí: «el artículo X pagará a su entrada en el reino, como derecho protector, la cantidad H, y no haces otra cosa para desarrollar tu teoría que sustituir esta X por todos los artículos del arancel, y poner en vez de esta H el infinito catálogo de derechos que encierra ese tu libro santo.»

Es singular, señores, la pretensión de los proteccionistas. «Dios me ha dado una inteligencia que ilumina mi ser, una actividad que me devora, una conciencia cuya voz me grita siempre: eres libre, eres dueño de tus fuerzas todas, eres responsable de tus acciones, porque eres libre: vive, trabaja, perfecciona tu ser, gana el pan con el sudor de tu frente; y vivo y trabajo, y al fin jadeante de fatiga, inundado de sudor, pero alegre porque he obedecido a la voz de mi conciencia, pido el pan nuestro de cada día, y otro hombre me lo ofrece; pero entre ambos está esa línea misteriosa que se llama frontera, y en esa línea está, centinela vigilante, el agricultor protegido por la ley de aranceles, que me grita: «detente; si quieres pan compra el mío, y sino muere de hambre.» ¿Por qué? «Porque así me conviene, á mi productor, porque así te conviene, porque así nos conviene á todos, según dicen los sabios de mi escuela.» «Mientes, le replicaría yo, podrá convenirte á tí, que de esa manera consigues una ganancia ilícita, ganancia de monopolio; no me conviene á mí que soy la víctima: cederé, compraré tu pan, pero ten en cuenta, por si no lo sabes, que al obrar de esta suerte no ganas todo el pan que comes con el sudor de tu frente, sino con el fruto de mi trabajo; y si esto no es un atropello indigno de mis derechos, fuerza será convenir en una de dos cosas: ó en que yo estoy loco y mi razón no acierta á distinguir la verdad del error, el bien del mal, lo justo de lo injusto, ó en que el interés con su temblona y sucia mano tapa la boca á la conciencia» (bien, bien): y en todas partes encuentro industrial protegido por la ley de aranceles. Si tengo frío y quiero comprar vestidos para abrigarme, me llevas a tu tienda y me haces comprar las telas de tus fábricas, y casi me tienes desnudo. Si tengo hambre, me obligas á comprar el trigo de tus graneros, y casi me tienes á dieta.

¿Qué mas! Si en el papel, si en ese, al parecer, pequeño instrumento de la civilización, grande en realidad, quiero consignar mis pensamientos, también te hallo como terco obstáculo á mis deseos, también me alargas en la mano el papel de tus fábricas: ¿qué, acaso tiene alguna misteriosa preparación, gracias á la cual se negará á recibir la idea libre-cambista? (Risas.) Y siempre te encuentro en mi camino, llevándome á tus

mercados, obligándome á comprar tus productos, buenos ó malos, baratos ó caros; haciéndome pagarte un tributo en el pan, en el vestido, en el papel, en todo, y de esta suerte vienes á ser mi señor, mi nuevo señor, ¡pero qué señor feudal! que no tiene ni un nombre que evoque grandes recuerdos, ni un manto de gloria que deslumbré, ni una corona cuyo brillo ofusque, porque tu manto es de algodón y no bueno, tu corona de papel bastante malo, y tu nombre *proteccionista*, en ningún Diccionario, como no sea en el de los barbarismos, lo encuentro. (Risas y estrepitosos aplausos.) Siempre hay en tus labios grandes frases: siempre me hablas en nombre del progreso nacional, del decoro del país, de la independencia de España. Fortuna grande es la tuya, que tus intereses, los mas bastardos, han de estar en armonía con esos grandes principios, que mis intereses, los mas legítimos, hayan de ser siempre á esos grandes pensamientos sacrificados. (Bien, bien.) Esto no puedo comprenderlo, y creo que tampoco lo comprendes tú, porque te hago la justicia de creer que obras de buena fe; yo respeto á los hombres, respeto sus opiniones, pero no puedo menos de tender el látigo sobre sus errores y sobre sus vicios. Creo que la venda del interés te ciega, yo rasgaré esa venda y te presentaré un ejemplo de la verdad, ciñéndome al mismo artículo de que hoy estamos ocupándonos. Dispensad, señores, si el ejemplo que voy á presentaros es pequeño, es casi vulgar, no es digno de tan ilustrado auditorio.

La guerra de Africa ha estallado: millares de hombres van á tierra extraña á derramar su sangre luchando con hordas salvajes; muchas madres lloran á sus hijos, y en tan grande amargura no les queda mas que un consuelo. ¿Queréis saber cuál es? Yo os lo diré, pero no me atrevo... Y es, señores, que á veces los sentimientos mas profundos, las mas hondas afecciones, lo que nos lleva al cielo en alas de la felicidad, ó nos sumerge en el infierno, no acierta á expresarlo el lenguaje sino con una frase pobre, prosaica, vulgar, casi ridícula... mas vosotros me comprendereis, y no temo el ridículo: *la pobre madre espera carta del soldado*. Este es su consuelo, recibir carta de su hijo, y escribirle también: escribirle para que sepa cuánto le quiere, cuánto llora, cuánto reza, cuánto reza al Dios de los cielos por su hijo, cuánto le abrazará si algun día la Virgen se lo trae sano y salvo.

Un poco de papel, un poco de tinta! Tal es su esperanza y su consuelo: ¡pequeña y grande esperanza, pequeño y grande consuelo! (Sensación; bien, bien.) Y de la mezquina cantidad que gana con su trabajo, separa dos cuartos para comprar un pliego de papel... Si algun proteccionista me oye, dirá para sus adentros: «no son estos libre-cambistas ridículos con sus grandes arranques melodramáticos, y su estrambótico é inoportuno sentimentalismo?» Y en verdad, señores, que es ridículo que á propósito de la cuestión que se discute, venga yo aquí para hablarlos de una pobre vieja que compra con dos cuartos papel para escribir á su hijo el soldado que está en Africa.

¿Pero sabéis por qué os hablo de esta suerte? Yo os lo diré: porque ese mismo proteccionista que se ríe de mí, sale al encuentro á la pobre vieja; ¿para qué? para llevarla á su tienda; ¿para qué? para obligarla á que compre el papel de sus fábricas. Ya lo comprendo, señores proteccionistas; la cuestión ahora es distinta, cambia de aspecto; aquello era ridículo, esto ya es grave; esto es ya grande, esto es ya sublime, esto es ya digno de la mas alta consideración. (Risas y aplausos.)

De suerte, señores, que seré yo ridículo diciéndolo que hace, y no será ridículo haciéndolo que yo digo! (Risas.) En efecto, él

no es ridículo: otro nombre merece, otro adjetivo cuadra mejor.... Pero no me atrevo á pronunciar la palabra que por mi mente cruza; ya os lo dije antes, respeto las opiniones, respeto á todos los hombres, mi palabra no puede herir á ninguno porque á ninguno va dirigida, combató el error, y le combató con energía, con vigor, allí donde le hallo ó creo hallarle; me contentaré, pues, con decir: «El proteccionista que así obra comete ante la moral una mala acción, y ante el derecho un atropello indigno.»

Yo bien sé que las cosas no llegan á tal grado de exageración, que el proteccionista no sale materialmente al encuentro de la pobre vieja ni la agarra brutalmente con sus manos, ni la arrastra hácia su tienda á comprar su papel. La parte brutal del hecho no existe, al menos de este modo; pero existe encubierta bajo el hipócrita mecanismo de la protección. ¿Y sabéis cuál es ese mecanismo? Sí, lo sabéis ya por experiencia. Sin embargo, bueno es que yo os lo diga, porque la costumbre embota la sensibilidad, y conviene que de vez en cuando el recuerdo la despierte, la estimule, la aguijonee. (Bien. Aplausos.)

Tres son los personajes, por decirlo así, sintéticos que toman parte en ese juego de prestidigitación á que se llama protección; á saber: un consumidor que podrá ser el que en este instante tiene el honor de dirigiros la palabra, un productor extranjero de papel y un productor nacional de este mismo producto. El consumidor tiene 30 rs. en su bolsillo y quiere comprar papel para su uso particular, para escribir cartas á sus amigos y artículos contra el sistema protector. (Risas.) Dos tiendas se le presentan, dos productores, el uno extranjero, el otro nacional: el uno vende papel bueno y barato, el otro papel malo y caro. Naturalmente el consumidor va á la tienda del extranjero y compra el papel que necesita por la suma de 20 rs. De este modo posee el productor el papel que buscaba, y además le quedan 10 reales en el bolsillo. Tal es el estado, por decirlo así, *subjetivo* de la cuestión.

Considerada *objetivamente*, yo veo un productor extranjero que ha vendido su papel (es una fortuna); y un productor nacional que no ha vendido el suyo (es una desgracia); y entonces surge en la mente del productor nacional esta trascendental, esta elevada cuestión. ¿Cómo podría yo hacer que esos 10 rs. que están en el bolsillo del consumidor vengan á parar al mío? (Aplausos y risas); esto, se entiende, sin apelar á medios que la moral reprueba, sin que la conciencia se revuelva, sin que las buenas costumbres se alarmen. Vosotros creéis la cuestión difícilísima de resolver, la comparais quizá con la cuadratura del círculo ó con el movimiento continuo; mas os equivocáis á fe mía, que nada hay imposible para el genio del hombre de genio, ni para el genio del hombre con hambre.

Hé aquí la solución que ocurre á nuestro hombre, solución digna de un prestidigitador acreditado. ¿Habéis visto alguna vez en el teatro cómo uno de estos señores revolviendo una caja de cristal entre sus manos, y pronunciando palabras misteriosas, saca el reloj del bolsillo de un inocente espectador que desde lejos le mira con la boca abierta? Pues bien; el productor nacional ejecuta con singular presteza algo á esto parecido; para nada me toca: no atropella ni mi personalidad, ni pisotea mis derechos, ni siquiera me mira; no hace mas que buscar dos aduaneros para que cojan entre sus manos al productor extranjero y le planten de patitas en la calle; es decir, mas allá de la frontera, mientras él murmura: «protección á las industrias, trabajo nacional;» palabras cabalísticas y de mágico poder. Y cuando yo necesito papel, solo encuentro la tienda del productor nacional; á ella acudo,

y en ella dejo mis 30 rs., precio que fijó el productor nacional, único en el mercado, al género que necesito, y que antes adquiría por 20.

Brinca de gozo el productor nacional y entona un himno idem; tiento mohino y burlado mi vacío bolsillo, y mientras los aduaneros con aire marcial me vienen a pedir una peseta por haberme librado del productor extranjero, me grita este desde la frontera con una resma de papel bajo el brazo, y guiñando los ojos maliciosamente, no sé qué cosas sobre el contrabando. (Bien, bien. Risas y estrepitosos aplausos.)

A esto se llama prohibición; mas puede perfeccionarse y dejar libre la entrada al productor extranjero con tal que pague 12 reales en la frontera.

La protección atropella al débil; pero no se contenta con eso, nada la detiene; ó para emplear una frase vulgar, aunque más gráfica, *no pierde ripio*: le vereis ahora luchando con el fuerte; le vereis luchando con la imprenta, con la prensa misma.

Existe, señores, en las sociedades modernas una gran institución, que es grande, que es fuerte, porque es la *sociedad misma*: institución merced á la cual se ve, se siente, por decirlo así, vivir, respirar, revolverse, agitarse, reír, llorar á todo un pueblo; y esto, día por día, hora por hora, minuto por minuto, instante por instante: institución que es el espejo fiel de sus vicios, de sus errores, de sus preocupaciones, pero también de sus virtudes, de sus creencias, de sus sacrificios: institución agitada casi siempre por la pasión, porque la pasión y el sentimiento son móviles poderosos de la humana naturaleza; grave y severa algunas veces, porque la razón hace oír al hombre con más frecuencia de lo que se cree, su fuerte voz; aquí la vereis por el suelo, débil, mezquina, despreciada, vendida, porque la raza humana no es raza de ángeles, y hay hombres que se complacen en arrastrar por el cieno el alma que Dios les dió; allá la vereis grande, noble, generosa, valiente, porque la raza humana tampoco es raza del infierno, institución con la cual nadie puede luchar sin ser vencido: institución cuyo mágico poder se ostiende desde los palacios á las chozas, desde los tronos hasta ese otro pobre trono, hasta el pescante de un coche de alquiler que también el cochero lee los periódicos (risas): institución en que todas las clases, todas las jerarquías sociales hallan puesto; el magnate, el hombre político, el literato, el poeta, el gaceticero, hasta el vendedor de camas y de planchas mecánicas, y de píldoras y jarabes, y de miriñaques de última invención; monstruo de cien pies que á todas partes le llevan, de cien brazos que todo lo revuelven, de cien bocas que todo lo hablan, en que se mezcla lo sublime á lo grotesco, la tragedia al sainete; fotografía animada de una época; cuadro infinito que todo lo abarca en profundidad, desde las mas elevadas, desde las mas trascendentales cuestiones de la metafísica, Dios, la religión, la inmortalidad; desde los mas pavorosos problemas sociales, el derecho al trabajo, el comunismo, el socialismo, hasta la gacetilla, hasta el último chisme de una casa de vecindad, hasta el escándalo que la noche anterior dieran en un sucio callejón unas prostitutas y unos chulos; que todo lo abarca en superficie, desde los hielos de la Rusia hasta el abrasado suelo del imperio marroquí. (Aplausos.)

Pues bien; con esta gran fuerza social quiere luchar la protección: ya lo habeis oído, la nación deseaba saber si teníamos guerra con Marruecos, pedía el diario de la sesión de Cortes y no se le podía dar, ¿por qué? porque nos faltaba papel. ¡Imprenta, prensa, pensamiento, la protección os mata de hambre, os niega el papel, como nos niega el trigo! Pero no os indignéis, reid como

yo río al ver unidas tanta pequeñez y tanta arrogancia.

Al ver, señores, cuánto piden los protectionistas, y cuánto se quejan si se les quiere quitar de entre las manos el menor giron de monopolio, no puede uno menos de preguntarse, ¿estaré ciego, tendrán razón? ¿Cuáles son, pues, los sólidos cimientos de ese robusto edificio? ¿En qué consisten sus argumentos? Sus argumentos son tan numerosos como las arenas del desierto, y como las arenas del desierto, estériles: la verdad es una, como dice Pascal, el error múltiple; la verdad es que dos y dos son cuatro, el error es que dos y dos son 6, 8, 10, 100, 1,000, el infinito; infinito es el campo en que se revuelven: esta ventaja tienen sobre nosotros. (Bien, bien.)

Suponed que llega un momento de crisis para la industria A; ya vereis cómo se acerca el productor que goza del monopolio (y ya digo y repito que no me refiero á ninguno, que á todos respeto; pero es preciso que yo personifique el error que combató, ya vereis, repito, cómo se acerca al consumidor que por el monopolio padece, y con acento zalamero y cariñoso sonrisa le dice: «ese productor que allí ves, es ruso, inglés, francés, ¿qué se yo? su género es mejor que el mío, no lo niego, es mas barato, convengo en ello; pero entre un ruso y un español, ¿podrá dudar tu patriotismo? Tú y yo hemos nacido bajo el mismo cielo, el mismo suelo nos sostiene, la misma lengua hablamos, las glorias de tus padres son mis glorias, tuya es mi patria, y juntos llevamos sus dias de luto... cómprame mis géneros. (Risas generales y estrepitosos aplausos.)»

A lo cual contesto yo volviendo, como vulgarmente se dice, la oración por pasiva: «hé ahí un productor francés, inglés, ruso, ninguna simpatía nos une, y en cambio tú y yo compartimos el mismo cielo, el mismo suelo, las mismas glorias, los mismos dias de luto... véndeme tu género mas barato que ese extranjero.»

«No puedo, me arruino, oigo que me dicen.» ¡Ah! descendes del olimpo á la tierra, de la poesía á la prosa de los doblones, no lo extraño, mas permite que te conteste en el mismo tono: «no puedo comprar tus géneros, me arruino.»

Cuando la cuerda del patriotismo no vibra, tiene el protectionista la del interés: «ese hombre se lleva tu dinero, me dice,» «bien, replico, yo me quedo con su papel.» «Quedas bajo su dependencia, continúa; el día en que no te venda papel, no podrás escribir.» «Y si no me vende papel no tendrá mi dinero, y morirá de hambre.»

Cuando los groseros sofismas del numerario y de la dependencia extranjera no hacen efecto, acude á otros nuevos, se dirige á la clase pobre, que vive en las faenas del campo ó en el trabajo de una fábrica, y la dice, ¿qué te importa la libertad comercial? ¿qué te importa que triunfe el libre-cambio? Verdad es que si triunfase por el pronto tendrías pan barato, vestidos baratos, hierro barato para tus herramientas; pero ese dinero no iría á parar al productor nacional sino al productor extranjero, y la producción nacional sin mercado para sus productos, sin consumo, sin fuerzas para luchar y acosada por la competencia moriría al fin, y entonces, ¿quién daría ocupación á sus brazos? no sientas dar un exceso en el precio de los géneros al productor nacional, porque ese exceso vuelve á ti en forma de salario. Nada se me ocurre que contestar á esto: recordaré tan solo el ejemplo de aquel pobre loco que murió de sed porque le zumbaba sin cesar en la cabeza esta terrible argumentación: el agua que yo beba no se convertirá en vapor, y si no hay vapor en la atmósfera no se condensará en nubes, ni se precipitará en lluvia, y si no llueve se secarán los ríos y los manantiales

y las fuentes, y entonces ¡ay, misero! morirá de sed. (Aplausos.)

Otras veces acude al terreno del derecho, y dice: «si no me compras mis géneros, se arruina mi industria; y, ¿qué hago yo de mi actividad, de mi inteligencia ó de mis brazos? Tengo, pues, derecho á que tú, consumidor, te sacrifiques por mí, á que me des trabajo.»

Así presentada la cuestión, me agrada, es clara, es trasparente; se ve lo que se quiere y lo que se pide; se rasga la bandera de la protección, y aparece en su lugar otra; se borra la palabra «protección,» y en su lugar se escribe «derecho al trabajo.» Tal es el único derecho que pueden invocar nuestros contrarios; pero cuenta que ese derecho que invocan es el derecho de los socialistas, y solo sirve para mantener vagos y holgazanes (no me refiero en este instante á los protectionistas), ó para que las masas se lancen, fusil en mano, á las barricadas.

Ya lo veis: acuden unas veces nuestros adversarios al derecho; otras al principio de la conveniencia; ya son protectionistas desde los pies á la cabeza, ya libre-cambistas en teoría, solo en la práctica protectionistas; ora cantan las armonías de la naturaleza, ora proclaman un antagonismo radical entre la justicia y la conveniencia; como si las leyes de Dios pudieran ser contradictorias; como si la mitad de su obra fuera la negación de la otra mitad, y á eterna y estéril lucha estuviera condenada; como si la mitad de nuestro globo hubiera de hacerse pedazos para dejar paso libre al otro medio, y no volarían unidos por el espacio infinito en su triunfal carrera! (Aplausos.)

No, el principio de utilidad es armónico con el principio de justicia; no existe ni puede existir la contradicción que suponéis, y si alguna vez aparecen en falso antagonismo, debido será á lo pequeño de nuestra inteligencia que no puede abarcar á veces la verdad entera. Y aun entonces, ¿sabeis lo que la razón y la conciencia dicen? «Si allí ves lo útil y á ese otro lado lo justo, huye de lo primero, busca lo segundo;» y solo espíritus materialistas, solo naturalezas en que el egoísmo haya hecho presa; solo el sensualismo que se revuelve, ha de atreverse á levantar ante el criterio del derecho, el criterio de la conveniencia: justicia, derecho, hé ahí tu norte: derecho, que es el sello que Dios ha impreso en la frente del ser libre para que todos respeten su obra; justicia, que es la armonía de los derechos; por eso cuando mis labios pronuncian esta palabra «derecho,» mi corazón late mas aprisa, mi sangre circula mas veloz, mi cuerpo se yergue, mi frente se alza, mi mirada se eleva, no hasta el cielo, si hasta el hombre, porque, sabedlo, y no os espante la fórmula, ante el derecho de un hombre, de uno solo, nada es la conveniencia de la humanidad entera. He dicho. (Estrepitosos aplausos.)

El Sr. Presidente: Han hablado ya dos señores en pro, y vendría para que la cuestión se esclareciera mas, que, si hay alguno que piense de otra manera, usara ahora de la palabra en contra. (Después de un momento de silencio continuó). Puesto que no hay quien quiera hablar en contra, concederé la palabra al Sr. Figuerola que la tiene pedida en pro.

El Sr. Figuerola: Señores: nunca con tanto temor he tomado la palabra como en este momento. Todos estais sufriendo esa agradable impresión de la frase colorida y sentida del Sr. Moret, ayer mi discípulo, hoy mi maestro; os sentis también agitados por la chispeante palabra del Sr. Echegaray, á quien no es fácil poder ni imitar ni aun seguir de lejos, y estais impacientes por escuchar esa voz elocuente y autorizada que hace 25 años goza el singular privilegio de aguardarse con impaciencia y hacerse oír con amor mientras haya en nuestra patria posibilidad de que se reunan los

hombres y conferencien para espresar sus ideas, sus deseos y sus sentimientos, la autorizada voz del Sr. Alcalá Galiano. Mi discurso entre esos discursos, entre esa hermosa alborada, presagio de un magnífico día, y ese sol esplendente que ilumina las esferas, vendrá a ser como una nube destinada a completar el cuadro.

Los que profesan ideas contrarias á las que aquí se han manifestado, hablan siempre asegurando que no hay principios absolutos, suponen que entre la teoría económica y la práctica hay una distancia inmensa, y huyendo de la teoría para formar otra según su modo de ver, aducen datos y argumentos, pero no queriendo remontarse á las regiones de la generalidad, presentan esos datos y esos argumentos simplemente bajo el punto de vista subjetivo, individual y limitado. Pues bien, a esos datos y á esas razones quiero yo acudir tratando la cuestión aislada y concreta del papel, como la materia que ha sido el objeto de nuestra reunión. Veamos cómo todos los fenómenos, todos los hechos económicos, todas las teorías que se realizan por los contrarios de nuestras doctrinas tienen completa aplicación á este lo mismo que á los demás casos, porque, como decía perfectamente el señor Echegaray, «siempre el molde es el mismo.» Para eso he apelado á los medios que estaban en mi mano, que están en mano de todos los que aquí nos reunimos, al arancel de Aduanas, á las balanzas ó cuadros de comercio interior ó exterior, á la información parlamentaria hecha en 1855, al cuadro estadístico de todas las industrias españolas formado por la dirección de contribuciones, y en ese terreno de datos es donde yo he encontrado los argumentos para desechar completamente la idea de que el papel pueda seguir en la situación en que hoy se halla. D. Marcial Antonio Lopez y D. Francisco Canti fabricantes de papel continuo, se presentaron en 1856 ante las Cortes constituyentes, y dijeron, conformes entrambos en los datos pero con ideas completamente contradictorias, que su industria había crecido desde 1845, que era próspera, brillante, que habían llegado á establecerse en España 19 fábricas de papel continuo que mantenían á 6,000 familias, que producían 1,200 arrobas de papel diarias de á 5,000 reasmas, y que esa importante industria representaba un capital de 84 millones de reales. Aun mas; decían que el movimiento, que la circulación de esas 19 fábricas producían unos 36 millones de reales al año y que por lo tanto era preciso proteger esta gran industria, porque sino ¿qué sería de los impresores, de los editores y hasta de los autores? *Todo en España se habla hoy día por medio de la imprenta*, y es necesario protegerla. Para ello decía Canti (y he traído el documento para que no se dude de la exactitud de la cita) en la información parlamentaria (leyendo): «Y el papel, señores, tiene hoy tal consumo, y se ha hecho sentir su necesidad de tal manera, que á no haber el suficiente en España, vendría necesariamente del extranjero á precios elevados y en masas considerables. Esto no puede ponerse en duda.»

Ya lo oís, señores, esto no puede ponerse en duda. Lo dice el mismo representante de los fabricantes: pues yo he de valerme de estos datos citados por los mismos representantes para hacer algunas indicaciones, á fin de que se sepa que en España no hay suficiente papel; que se necesita que venga del extranjero, aunque sea á precios elevados, y que en esto no cabe la menor duda, pues lo han confesado los mismos fabricantes. Con el número de fábricas existentes en España se puede obtener, según cálculo de los mismos interesados, unas 300,000 arrobas de papel continuo para las necesidades de la imprenta y de la correspondencia. Pues bien; esas 300,000 arrobas las consume exclusiva-

mente el correo, según se desprende de los mismos datos oficiales publicados por la dirección del ramo el año pasado, en los que se demuestra que son 67,000 el número de arrobas de correspondencia que han salido de Madrid, y siendo esta cantidad por lo menos la quinta parte de lo que circula en España, se obtiene que solamente en el correo se consumen 335,000 arrobas de papel; de manera que España no tiene bastante para su consumo en este importante ramo, sin contar el servicio interior de oficinas, circulación de periódicos á domicilio y libros que no se mandan por el correo. Hay otra prueba evidente, y es un dato tomado de las balanzas de aduanas. No entraba, al menos oficialmente, en el año 49 papel alguno continuo para imprimir, solo 34 arrobas para escribir, creciendo desde entonces de un modo tan considerable, como prueban los siguientes datos:

IMPORTACION DE PAPEL CONTINUO.			
Años.	Para imprimir.	Para escribir.	Total.
1849	0 arrobas.	34	34
50	61	702	763
51	312	495	807
52	824	1,124	1,948
53	1,280	3,481	4,761
54	1,281	2,963	4,244
55	2,447	5,400	6,847
56	7,042	7,723	13,765
57	7,960	7,746	15,706

De modo que no se fabrica bastante papel continuo en España, cuando en nueve años, de menos de cien arrobas se ha llegado en progresión creciente hasta muy cerca de 16,000, ó sea en masas considerables y á precios elevados, como decía el Sr. Canti que sucedería necesariamente.

Aquí teneis, pues, una demostración sencilla sin apelar á la pasión ni al sentimiento, sino simplemente al raciocinio y á los cálculos, á los datos estadísticos oficiales, y á los presentados por los mismos representantes de la industria papelera, los cuales reconocían tan completamente la necesidad de papel, que decían que si faltaba el español tendría que venir necesariamente el extranjero. Y esa necesidad se ha sentido y se va sintiendo en una gradación incontestable desde la insignificante cantidad de papel que antes se introducía, á un considerable número de arrobas que ahora hay que pedir á otros mercados.

De esta manera la justificación de la necesidad puesta en boca de los mismos interesados viene á probar lo perentorio de la reforma para declarar hoy libre la introducción en el reino de este artículo, ó á lo mas tarificarlo con un módico derecho fiscal. No tengo que apelar á otros datos ni á otras razones para probarlo: basta con lo dicho; pero no olvidéis lo que ya ha dicho el señor presidente y el Sr. Echegaray. No ha habido papel suficiente para cumplir un gran servicio nacional, el de la publicación de la sesión de Cortes en el día solemnisimo para España en que se dió cuenta de la declaración de guerra á Marruecos. Y, señores; cuenta con que en esa información parlamentaria se atrevían los representantes de la industria papelera á insultar al país y á la prensa periódica, diciendo que si no daban papel era porque no se les pagaba. En el Congreso español ha podido pagarse inmediatamente el papel que se pedía para una necesidad pública, y, sin embargo, no se ha encontrado papel en cantidad suficiente. Esta fabricación, cuyos representantes la califican para exigir la prohibición de extraer el trapo como una de las mas importantes del reino, no ha podido montarse en España de una manera tal que diese todo el papel necesario para

cubrir todas las necesidades, y cuando se ha asegurado que protegiéndola las satisfarían, tampoco lo han cumplido, por mas que se la haya protegido. ¿Y cuál es esa protección que pidieron? Púsose un derecho fabuloso de introducción por arroba de papel: se fijó en 80 reales, que después fue bajando sucesivamente á sesenta, cincuenta y treinta reales, hasta que en la legislación actual ha quedado reducido á 21. Y, señores, aun á 21 reales arroba es tan extraordinario el coste de esa protección, que solamente en la Corte están gravadas las publicaciones periódicas con un gasto diario de 2,600 reales por el derecho que ha de pagar el papel. Propuso después la junta de aranceles que en vez de 21 que se pagaban, se fijaran solo 10 en el papel de imprimir, lo que ocasionó gran confusión y alboroto entre los fabricantes que esclamaron: «nos van á inundar de papel extranjero, no están niveladas las condiciones de producción y de venta.» Y, señores, los que decían que si se bajaba de los 21 reales iba á morir la industria si el Estado no la protegía y la mimaba, propusieron ellos mismos que se bajase á 15 en vez de los 10 que decía la junta de aranceles, es decir, que ellos mismos para ser protegidos como desean convenían en que podían rebajarse seis reales en arroba.

Hay mas: esos mismos que calificaban de vil y baja la primera materia de producción ó sea el trapo, gozan el privilegio de que sea uno de los cinco artículos cuya exportación está prohibida, que aun siendo vil y baja no es permitido arrojarla al extranjero y además tienen permitida la introducción de esta materia pagando un insignificante derecho: diez céntimos por arroba. Y, señores, por vil y baja que en concepto de estos productores sea la primera materia que necesitan, el trapo al fin constituye una industria para seres desgraciados, que viven en la sociedad recogiendo las migajas de la mesa del rico, y no porque sea bajo el tráfico dejan de ser los que le ejercen personas que gozan de derechos, para que su tráfico tenga tan vasto, tan extenso mercado como el de los fabricantes de papel, y si esa primera materia que recogen es despreciable, en cambio se forma con ella otra donde se graban con buril de fuego los pensamientos que han de pasar á la posteridad.

Ocupémonos de otras personas que sufren los efectos de la falta de libertad en la introducción del papel. Hablo de los impresores y de los editores.

En el lenguaje de cierta escuela que afectando formas farisaicas ni bien es proteccionista ni bien libre-cambista, y que á la manera de los juglares de la Edad Media, viste traje de dos colores, se dice que deben ser protegidas las primeras materias. ¿Pero cómo entienden esta protección? De la manera mas original que puede darse: por la libertad; es decir, que solo deben admitirse del extranjero aquellas materias que pueden llamarse primeras. Y que estas deben ser libres, deben ser francas para todo el mundo. Al menos en esto rinden tributo al gran principio de libertad. Pero aquí entran los obstáculos. ¿Qué materias son las que pueden considerarse como primeras? Las que son vírgenes de trabajo humano dicen: no intento decirsi es posible exista primera materia alguna que pueda estar virgen de trabajo humano. Lo supongo y nada mas. He aquí que según este principio dice el fabricante de papel: «yo necesito trapo como primera materia de la fabricación de papel.» Yo ofendería á vuestra razón ahora si os quisiera probar que esa llamada primera materia vil y despreciable, no es el residuo de una inmensa manipulación humana, pero una vez convertida ya en manos del fabricante en papel, en producto elaborado, en el desideratum del fabricante, ¿no deberá considerarse como la

primera materia del impresor, del fabricante de libros? Pues no, señores, ellos, los fabricantes, no lo consideran así, no ven el mundo sino desde su casa, y dicen: el papel ya no es primera materia; tú, impresor, si necesitas papel, toma el mío ó paga un fuerte derecho por la introducción del extranjero. Hasta aquí llega su error, sin acordarse que los impresores son á su vez productores que necesitan primera materia barata y mercado libre para proveerse de lo que les falta; solamente apelaré á las muchas é inteligentes personas que aquí se hallan reunidas y que acostumbran á transmitir al papel sus pensamientos, para que me digan si el papel no es para ellos primera materia, y si los obstáculos que muchas veces hayan encontrado para la transmisibilidad de su idea no se los ha ofrecido la falta de papel.

Esta es, pues, una contradicción manifiesta de los fabricantes de papel, pero no es solo esta, tienen otras.

Quieren que la exportación de las materias primeras esté prohibida para el español que intente hacer este comercio, y al mismo tiempo que su importación sea permitida: que el producto que ellos elaboran no solo se venda en el mercado español, sino que tenga por mercado el mundo. Y que toman por mercado el mundo lo prueban las aduanas, porque sale de las fábricas españolas un número crecido de resmas de papel que no servirá para imprimir, que servirá para envolver, pero que al fin es papel, y tanto es así que los datos nos demuestran que en año común del cuatrienio de 1850 á 53, se exportaron 152,000 resmas, y en el cuatrienio de 54 á 57 ha sido el término medio de 202,000 resmas. Luego el fabricante de papel tiene todas las ventajas posibles; tiene mercado en donde él puede imponer el precio de sus productos sin competencia; paga un derecho bajísimo, el más diminuto posible por la introducción de las primeras materias, y puede no solo vender sus productos en España, sino llevarlos también á todo el mundo sin pagar derecho alguno por la exportación. Cuando el productor de papel tiene todos estos derechos y beneficios, ¿han de ser *parias* los impresores? ¿no han de ser dignos de la consideración del legislador los que han de animar el pensamiento?

Supuesto lo que acabamos de indicar, fuerza es confesar la verdad. Los impresores han sido completamente olvidados por los legisladores que tanto necesitan de su trabajo. Las aduanas dan muestra de ello. Según la misma doctrina de vosotros conocida y que yo he venido á recordaros, piden los proteccionistas que las primeras materias sean libres y no devenguen derecho alguno, que las que tengan *alguna preparación* paguen un derecho mas crecido, y que las que tengan preparación mayor paguen también un derecho mayor. Pues yo pregunto á cualquier fabricante de papel, si un libro no es un producto elaborado con el papel, y si en él no hay mas cantidad de trabajo que en el papel en blanco; y la contestación que me dará es evidente; que en efecto es un producto elaborado sobre el papel, y que hay mas cantidad de trabajo fijado en el libro. Pues bien, para que se vean las contradicciones del sistema protector, basta coger ese libro de contradicciones que se llama *Aranceles de Aduanas*, y vereis en sus hojas que una arroba de papel para imprimir devenga un derecho á su entrada de 21 rs., mientras que los libros impresos solo pagan 15 rs. en arroba. De suerte que el producto mas elaborado, aquel que necesita mas manipulaciones para su confección, aquel en que hay una cantidad mayor de trabajo, tiene una barrera menos alta en favor de los impresores que la altísima y exorbitante que se opone á la intro-

ducción del producto menos elaborado, del papel, en favor de sus fabricantes.

Y cuenta, señores, que si la protección debe medirse por la importancia de la clase, el número de personas y la contribución que pagan, basta atender á los siguientes datos. Mientras los fabricantes de papel continuo son 19, solo 14 pagan contribución, y suma esta 84,000 reales. Los impresores son 424, y pagan 310,000 reales, los librerías 240 que pagan 125,000. Son 100 los litógrafos y 245 los encuadernadores. y pagan ambas clases 66,000: de modo que 1.009 fabricantes que es indudable darán trabajo á mas de 6,000 familias, quedan perjudicados en favor de 19, á cuyo vasallaje nos hallamos infeudados.

Pero dicen los fabricantes de papel como todos los industriales: es necesario igualar las condiciones de la venta. ¡Igualar las condiciones de la venta! Pues precisamente en las desigualdades de las condiciones de la venta es como existe el mercado, porquenosotros queremos ir de tienda en tienda buscando el género mas barato, buscando un producto análogo. Un comerciante de la calle de Postas, por ejemplo, puede dar sus géneros mas baratos que otro de la calle de la Montera, porque el alquiler de la habitación no es tan subido, la anaquelaria de su tienda no es tan lujosa, etc. Hé ahí, pues, cómo en la desigualdad de las condiciones de la venta se funda el consumo y la posibilidad del mercado. De suerte que si los fabricantes de este como de otros productos piden la igualdad en las condiciones de la venta, no hacen otra cosa que una petición de principio, pues pretenden una cosa que haría imposible toda venta y todo mercado.

Yo, señores, me he preguntado muchísimas veces, por qué la humanidad se ha visto hasta ahora poseída de semejante error; por qué tiene esta doctrina tantos secuaces, que hace necesario combatir á un día y otro sin descanso; y deseando darme razon á mi mismo de la sinceridad con que se profesan ideas contrarias á las que aquí profesamos la generalidad, he estudiado la cuestión y he visto que existe una causa de este error y que este error extraordinario en antiguos tiempos, aunque diseminado en nuestras ideas, no puede desaparecer de repente, porque obedece ciegamente á una condición económica, y solo cuando se modifique esa condición en que está cimentado, entonces desaparecerá esa doctrina, ó, por mejor decir, ese empirismo, porque ni aun doctrina puede llamarse cuando los interesados en que así se calificara protestan contra semejante nombre. Yo espresaré mi pensamiento de la manera que crea mas favorable para presentar el resumen de la idea de los proteccionistas.

Es una teoría, no diré una teoría, es una verdad reconocida por todos los que han saludado la ciencia económica, que los salarios buscan su nivel como los líquidos. Así es que no podemos ser remunerados abundantemente por un trabajo cualquiera en un punto dado del globo ó en una ciudad determinada, si los demas son remunerados por el suyo de una manera exigua; y en consonancia con esto, se establece un nivel para la remuneración de los servicios humanos por sí mismos, si artificialmente no interviene el legislador. Así es que el trabajo en Madrid, de cualquiera clase que sea, es remunerado en cantidad mayor que en Sevilla, en Valencia ó en Barcelona. Si por una circunstancia ó por un hecho extraordinario esa remuneración del trabajo es influida, si esa circunstancia ó ese hecho ejerce su acción sobre alguna especie de trabajo, de seguro se hará sentir su influencia sobre el nivel de los de los demas salarios, para que en aquel medio social se posean los de subsistencia indispensable.

Pues bien; desde el momento en que en un

país dado se ha concedido un privilegio ó una remuneración extraordinaria á favor de una industria cualquiera, necesariamente ha de subir el nivel del salario: y entonces todos los demas industriales como no pueden obtener el alza de una manera regular, y solo sube en virtud de privilegio, piden para sí el suyo, y si pueden, procuran obtenerlo en contra de los demas. Ante un privilegio se levanta otro para cada clase, cada gremio y si es posible para cada individuo. Los privilegios se entrelazan, se oponen unos á otros. De esta suerte se va entablando una lucha encarnizada entre las diversas industrias, puesto que cada una quiere sostener su privilegio, y entonces no hay otro remedio que buscar una condición general de privilegios para todos, esta condición constituye la igualdad. No de otra suerte se observaba en los siglos medios, en otra region, con otros hechos existentes en la vida de la humanidad, en la vida política de los pueblos, que cada suma de individuos buscaba para sí libertades que eran la esclusión de la libertad de los demas, y crecía y prosperaba una clase, y crecía y prosperaba un cuerpo mientras que eran modestas, mientras que eran exiguas la importancia y la vida de otros cuerpos y de otras clases. Pero llegaba á su vez á adquirir poder aquel cuerpo que no tenía libertad y pedía privilegios, y luego de alcanzados se colocaba con su pendón, con su santo patrono formando clase, estado, gremio ó brazo, y reclamaba para sí todas las dignidades y todas las prerrogativas que antes le habian sido negadas ó disputadas. ¿Y qué remedio ha habido para que todas estas libertades, luchando entre sí, de brazo á brazo, de ciudad á ciudad, de provincia á provincia, puedan existir? La abolición de todas para que no exista mas que una, ¡la libertad!

Hé, aquí cómo se ha verificado ese fenómeno económico. Al lado ó enfrente de una clase determinada habia otra privilegiada, con mas elementos para aumentar su producción y hacer prosperar sus negocios, puesto que tenían un mercado ilimitado mientras que sus vecinos y compañeros lo tenían limitado. Esa clase pedía también iguales ventajas, y de esta suerte creciendo el privilegio se llegó á formar una combinación monstruosa, merced á la cual procurando cada cuerpo su propia comodidad, su propio desahogo, su propia holgura buscaba el único remedio que habia, la abolición de sus privilegios para llegar á la libertad. No debo insistir mas en esta idea.

La última observación que yo pudiera hacer y que con mas bellas formas ha dirigido á la Asociación nuestro digno presidente, se refiere á esa industria especialísima que el Sr. Pastor os decía que constituye la primera materia del pan del alma. Me ha acontecido algunas veces visitar los museos, y en mis ideas económicas se me ha ocurrido al contemplar estasiado los cuadros de Murillo y de Velazquez, el daño inmenso que habia resultado para la humanidad si aquellos insignes pintores no hubieran podido trasladar al lienzo sus sublimes creaciones por falta de lienzo español. ¡Qué hubiéramos dicho si las ideas del ingenioso manco de Lepanto no hubieran podido trazarse en el papel, porque no hubiera habido papel español!

Pues esto es lo que acontece con este artículo tan modesto, tan sencillo que se presenta con formas insignificantes para reclamar un privilegio en virtud del cual se dice que viven seis mil familias, sin acordarse de que solo las ediciones que se han hecho de la inmortal obra de Cervantes en este siglo, han consumido mas papel que en todos los siglos anteriores, y han dado de comer á mucho mayor número de familias que el que sostienen esas diez y nueve fábricas de papel continuo. (Bien, bien.)

Y en nuestros tiempos en que, desenvol-

viéndose el pensamiento de Guttemberg, ha sufrido una nueva transformación que hace aun mas indispensable el uso del papel, hemos de procurar destruir todos los obstáculos que a su consumo se opongan, por una grandísima circunstancia que no tiene solamente una importancia económica, sino que la tiene tambien política y social.

Señores, en la vida de los pueblos, en el organismo de sus derechos, antes debían celebrarse las reuniones en la plaza pública, en el foro romano, donde la voz del orador, del tribuno, llegaba a los oídos de la multitud viva, apasionada, ardiente; y las tribus que debían dar su voto, lo hacían sin meditación, sin examinar las razones de la determinación que se les pedía, y de esa manera, tal vez una resolución impremeditada, conducía a la Ciudad Eterna hacia el camino de la destrucción a que mas tarde llegó. ¿Pero cuál es el cambio radical ocurrido en nuestros tiempos? Ahora el tribuno habla todos los dias, pero no en la plaza pública sino por medio del vehículo de la prensa periódica; ahora las gentes no concurren a oírle al foro, sino que la voz del orador se introduce en el hogar doméstico, va a buscarle en la soledad de su gabinete, y allí el ciudadano estudia la cosa pública; allí en la tranquilidad de la familia, frente a frente con su tribuno, el ciudadano discute con él, ve si la palabra que allí se ha estampado, si la frase ardiente que le dirige contiene un pensamiento cierto, ó si es simplemente la armonía de la forma lo que le ha seducido, la forma que puede ser allí con el escarpelo anatómicamente considerada. De modo que en nuestros tiempos el efecto eléctrico de la palabra en un momento dado, viene preparado por el periódico, y esa discusión doméstica en que se introduce la opinión, viniendo a dar solución a ideas que constituyen la vida política y social de los pueblos, se verifica por esa propagación misteriosa, fácil, del periódico que se deja a la puerta de cada habitación.

Es, pues, necesario que a esa forma de la existencia de nuestra sociedad moderna no se oponga obstáculo alguno, porque oponer obstáculos es congregarse al país en la plaza pública, cuando no puede aprender en su casa con el periódico; es excitar las pasiones en vez de llevar a cada uno el convencimiento de la razón. (Bien, bien.)

Dada esta doctrina, esta idea que vosotros aceptais, el periódico debe ser multiplicado, porque si contiene errores, como se ha dicho empleando una comparación de todos conocida, es como la lanza de Aquiles que cura las heridas que hace, porque si contiene errores, es tambien propagador de grandes verdades. Dad, pues, al periódico los medios de existencia que necesita; haced que el consumidor del periódico pueda adquirirlo con el menor dispendio posible; procurad que su productor pueda ponerlo al alcance de todas las fortunas, y entonces no solo habreis prestado un gran servicio económico, sino que al mismo tiempo habreis prestado un inmenso servicio político. (Aplausos estrepitosos.)

El Sr. Alcalá Galiano: Señores, tengo que implorar como nunca en el discurso de mi larga vida política y oratoria la benevolencia del auditorio. No estoy haciendo un cumplimiento a los que me han precedido en el uso de la palabra; pero cuantos están aquí presentes acaban de quedar encantados de los discursos brillantísimos que se han pronunciado. El uno con el fuego de la juventud, con una rica vena que corre como un raudal (porque raudal puede llamarse la elocuencia del Sr. Moret), ha invocado los grandes principios de la ciencia económica, y pasando por cima de las consideraciones históricas, ya puramente teóricas, ya prácticas, ha tenido a todos los que le hemos escuchado en un verdadero arrobamiento. El otro, el señor

Echegaray, colocado en el terreno de la práctica, concretándose a la cuestión presente, a lo que es objeto de esta discusión, tratando del papel, que es a lo que aquí somos llamados, viniendo en punto a la industria papelera, a las manos, por decirlo así, con el enemigo, cuerpo a cuerpo, ha sabido combinar dos de las cosas mas difíciles en la elocuencia; una espléndida declamación hija de una imaginación viva y ardiente, y las severas deducciones del raciocinio que no admite réplica, que son las dos cosas que recomendaba el Príncipe de la elocuencia romana y que forman el complemento del orador consumado. En seguida uno de los jóvenes que mas honran nuestra patria, economista profundo, tomando la cuestión por lo práctico, con grande copia de datos, todavía ha sabido, sin servirse del brillo de las imágenes sino solo ayudado de la fuerza de un raciocinio poderoso, cautivar la atención de un auditorio cuyo ánimo estaba ya cansado. Y, señores, ahora me presento yo. ¿Y como me presento? En primer lugar hasta los cumplimientos mismos que me ha dirigido el orador que acaba de hablar me sirven de un enorme embarazo. ¿Me ha comparado al sol, señores! ¿Pero qué sol? No el sol que vivifica los campos con sus mágicos resplandores, sino el que privado de sus rayos por una atmósfera brumosa se precipita hacia el ocaso, no presentando ya en el horizonte sino una imagen pálida y descolorida, ¿qué digo una imagen? ni aun siquiera la reducida forma de una pequeña oblea. (Bravo. Aplausos.)

El raudal de la elocuencia de esos jóvenes es un torrente de numerosos raudales, que impelido por toda la fuerza de la juventud con su magnífico y sorprendente ruido, os llenaba de placer. ¿Y qué podeis esperar ahora de este miserable anciano, a quien se ha comparado a un río caudaloso, que aun que fuera exacta esa comparación, es ya un río pequeño, es el Rhin cuando va perdiendo sus aguas, que en vez de producir un ruido que ensordezca y despierte grandes imágenes, solo deja ya oír un lento murmullo, parecido a un zumbido que cuando no molesta adormece? (Aplausos prolongados.)

Pues bien; dejémoslos ya de esas imágenes, y vamos, no a entrar en la cuestión, porque la cuestión está ya agotada, sino a sugerir algunas consideraciones que se desprenden de lo que hemos presenciado en esta reunión.

Es una cosa notable, y permitidme sobre esto llamar vuestra atención, que personas completamente separadas unas de otras en principios políticos, concuerden tan perfectamente en principios económicos. Yo, que en mi juventud tuve unas ideas de las que despues, con fundamento ó sin él, he abjurado en gran parte, porque mi conciencia y mi razón así me lo dictaban; yo, que en un tiempo profesé el radicalismo en política; yo, en quien la experiencia, tal vez engañosa, ha modificado muchas teorías; yo, que sin embargo de mi vejez conservo todavía el entusiasmo, guardo ese entusiasmo para estas cuestiones, porque veo que en ellas está la verdad, está el bien general, y tengo firme fe en el progreso en este punto, y camino tan unido con los que de mí se diferencian en todo, hasta ser un radical en materias de economía política, en materias de libertad de comercio; ¡sí, señores, soy en esto un radical!

Pero se dirá: anciano débil, ¿debes compararte con los otros radicales? La experiencia que en lo demás te ha servido, ¿de nada te ha servido en este punto? No, señores; no puede decirse tal cosa. Si la experiencia me ha servido en esas otras cuestiones, es porque en ellas no he creído ver resultados buenas; pero acerca de este punto veo que las resultados son ciertamente favorables, y que solo una masa de errores, reunida a una ma-

sa de intereses, obrando perpetuamente, engañándose entre sí y unos a otros, y ofuscando el interés a los mismos que creen obedecer a su razón y solo obedecen a sus pasiones hasta el punto de no comprender sus verdaderos intereses, todos estos obstáculos oponen tropiezos, embarazos a la marcha verdadera que lleva la humanidad en materias económicas, a la marcha hacia la libertad de trabajo, hacia esa unión fraternal, y hacia esa igualdad entre los hombres, que, no hay que engañarse, llegará día en que se verifique.

Yo, señores, sin ser lo que se llama progresista, nada mas lejos de eso, en muchas materias lo soy. Conozco que el hombre está compuesto de materia y espíritu y que tiende la vista hacia un paradero, hacia el paradero del libre-cambio, al que todos nos encaminamos, paradero al cual se puede ir por diversos caminos; y por eso, vayan en hora buena, unos por ciertas instituciones políticas, y yo con otros por distinto lado; pues muy bueno debe de ser ese paradero cuando se aspira a llegar a él, y se llegará en efecto por opuestas sendas. (Bien, bien.)

Se dirá, ¿a qué vienen estas teorías en una sociedad de libre-cambio? Señores: en primer lugar esta sociedad no se llama de libre-cambio, se llama Asociación para la reforma de los aranceles de aduanas; no estamos tratando la cuestión de libre-cambio, ocupámonos solo de otra mas concreta; de la falta de papel, que hasta los lumináres del sistema protector necesitan para difundir sus ideas; y yo creo que si alguno de ellos se encuentra aquí presente confesará en su interior que los errores, que las herejías, que las blasfemias, que la falta de patriotismo y todos los horrores que ha oído en esta reunión merecen ser refutados, y se alegrará, porque todos nos alegramos de tener papel: y no solo se alegrará de tener papel, sino que estoy seguro que este gran patriota, en medio de todo, si va a dos tiendas y en una se lo venden a 30 rs. y en la otra a 25, puesta la mano en los ojos y olvidándose de la patria, comprará el de 25 y dejará el de 30 (Risas.) Si hay uno que prefiera el papel de 30 al de 25 en igualdad de circunstancias por puro patriotismo, que se levante. Yo le reto, y le reto formalmente. (Aplausos.)

Pues bien, señores; a pesar de que el libre cambio no es el objeto de nuestra reunión, a pesar de que ni siquiera lo es la reforma de aranceles, sino que solo tratamos de un asunto determinado, ¿hemos de renunciar por eso al libre cambio? No. Pero el libre-cambio no existe todavía en nación alguna; ni aun en Inglaterra, que es la mas avanzada en materias de libertad; y este es uno de los argumentos mas poderosos que emplean nuestros contrarios. Pues entonces, ¿a qué tratar del libre-cambio? ¿Para qué? Para que se sepa a dónde nos dirigimos, porque no aconsejo yo que nos precipitemos imprudentemente en el campo de las reformas; no profeso la opinión de que es preciso avanzar de cualquier manera; no quiero yo que emprendamos una carrera por el estilo de esas que se llaman de campanario, saltando zanjas y fosos y barreras para venir a salir con la cabeza rota, y algo mas; no, no quiero esto, pero deseo que se camine removiéndolo con prudencia los estorbos, aprovechando siempre aquellas pequeñas luchas en las cuales es mas fácil triunfar, pero siempre con la mira puesta en el término de nuestro viaje, y yendo hacia él lenta, pausadamente, poco a poco, no poniendo en lucha los intereses, sino respetando hasta las preocupaciones, porque cuando las preocupaciones son muy generales hay que respetarlas; allá vamos puesta la mira en ese paradero, encaminándonos hacia él constante pero paulatinamente y con precaución. Pero si hay alguno de nuestros

contrarios que me oiga y me diga benévola-mente: yo también camino á ese paradero que tú quieres, le diré, viendo los medios que para ello elige, que es lo mismo que si uno de los señores aquí presentes al salir me propusiera dar un paseo por el Prado, y acordés ya en ello, en vez de dirigirme hacia la izquierda, que es por donde debiéramos ir, le viera torcer á la derecha como quien va á la Plaza Mayor, y advirtiéndole yo que aquel no era el camino, después de respuestas evasivas, me viniese por fin á confesar que aunque quería ir al Prado como yo, tenía antes que hacer algo en la Plaza Mayor. Pues bien, señores, así sucede con los proteccionistas. Dicen, vamos al comercio libre, pero antes tenemos algo que hacer aquí á la vuelta, y por consiguiente daremos un rodeo. (Risas y aplausos.)

Pues bien: si hemos de convenir en que el principio del comercio libre es bueno, hagamos todo aquello que á ese rumbo se encamine. Ahora, en cuanto á la cuestión particular que este día nos reúne, ya han hablado varios señores, y para mí es una cosa que no admite respuesta, y para vosotros debe ser lo mismo. Pues qué, ¿habeis oído que se haya levantado acaso una voz en contra? No: porque la falta de papel es evidente, porque la necesidad es grande y legítima, porque hay una voz mas imperiosa que todos los sofismas, que es la voz de la necesidad y de la conveniencia, y cuando las cosas se necesitan hay que buscarlas.

El fabricante cuando desea vender los productos de su fabrica, alucinándose, porque no le hago la injusticia de creer que no se alucina, ve el bien público en su bien particular, considera á los españoles como otros tantos productores, y, por consiguiente, cree hacer un acto de patriotismo defendiendo su propio interés. Y va aun mas allá; en el fu-

ror de su patriotismo, porque el patriotismo es una de las pasiones fogosas, no escasea los epítetos injuriosos á todos los que de él disienten, pero ese mismo fabricante, como ha probado muy bien el Sr. Figuerola, cuando se hace la pregunta que se nos ocurre á todos, á saber, ¿qué son primeras materias? bajo ese título quiere que le den todo lo que le conviene. El papel ha llegado á ser para España una materia primera porque hay mucho que elaborar con él, y, por consiguiente, la rebaja de los derechos de introducción que se satisface y que ya en otra época tuvo poca oposición, hoy fundadamente se puede esperar que encuentre menos. ¿Y para qué he de volver yo á repetir lo que con tanta elocuencia ha manifestado alguno de los que me han precedido en el uso de la palabra? El papel es indispensable para todo; y aunque no soy yo de los que se dejan arrastrar por ciertas ilusiones, que tanto mueven los ánimos de la multitud, ni me figuro lo que algunos se figuran en otras cosas, si creo que en la economía política así como en las cosas materiales, el progreso ha de ser grandísimo, creo que en ciertos ramos del saber intelectual nos queda todavía mucho que aprender, y que nos hallamos aun muy distantes del porvenir á que hemos llegado en otros puntos de moral y de política; creo que podemos adelantar; pero aun sin formarme esas ilusiones que algunos acarician, creo que la necesidad del papel y de la instruccion es tan grande, que no hay ninguna que le iguale.

Señores: hemos escogido un ramo en el que la victoria es fácil; pero sirva este triunfo para permanecer constantes en nuestros esfuerzos, para insistir con ardor en la cuestión de cereales, una de las mas importantes, porque aunque el pan cotidiano sea una de las cosas que todos necesitamos, da origen á

una cuestión que es en la que hay mas errores, pues á los pobres mismos se les amenaza con el hambre, cuando de lo que únicamente se trata es de la ganancia de los labradores.

Pero como el pueblo consumidor, que sería productor á su vez, es ignorante, como la pasión puede mucho sobre los hombres, y los argumentos son poderosos para escitar preocupaciones en punto á cereales, es absolutamente preciso que nos preparemos para dar una mas reñida batalla. Otros puntos nos quedan todavía, y para arribarlos permanecemos unidos; tengamos presente lo que nos ha dicho uno de nuestros socios recordando á Bastiat: «que él mismo no daría en absoluto el libre comercio á la Francia, hasta que la opinion estuviese preparada.»

Preparemos, pues, la opinion. Las cuestiones que ahora se tratan son mas útiles que las políticas, mas fecundas en resultados, y como mas nuevas en España, son mejor acogidas en todas partes y discutidas con mas empeño, con mas interés que aquí. Seamos incansables en propagarlas, y algun día obtendremos el premio, la dicha de aumentar la prosperidad pública, que es el premio mas dulce que puede prometerse el hombre cuando las ideas por que ha abogado, lejos de ser perjudiciales á su patria, lejos de ser ideas de utopia loca y de preferencia á favor de los extranjeros, son beneficiosas al país. He dicho. (Prolongados aplausos.)

El Sr. Presidente: La junta ha redactado una esposicion para dirigirla al gobierno de S. M. pidiendo la rebaja de los derechos arancelarios del papel. Los señores que gusten firmarla podrán hacerlo ahora mismo.

Se levanta la sesion.

Eran las cuatro.

Exposicion que eleva á S. M. la Asociacion para la reforma de los aranceles de aduanas en solicitud de que se reforme la legislacion vigente sobre introduccion del papel extranjero.

SEÑORA:

La Asociacion para la reforma de los aranceles de Aduanas tiene el honor de dirigirse á V. M. en solicitud de que se reforme la legislacion vigente sobre introduccion del papel extranjero que se emplea para la imprenta y la escritura, en el sentido que reclaman los buenos principios de la ciencia económica, á la vez que los intereses legítimos de una industria que puede considerarse como la mas respetable de todas, porque realiza el empleo mas noble de la actividad humana. La propagacion de la verdad, la difusion de las luces entre las clases menos adelantadas, la discusion de los asuntos que interesan mas profundamente al progreso de las sociedades, la manifestacion, en una palabra, del pensamiento por medio del periódico ó del libro, se hallan hoy restringidas, con grave perjuicio de la civilizacion y de la justicia, por la llamada proteccion que nuestra ley de Aduanas ha querido conceder á la industria papelera, merecedora sin duda alguna, como todas las demas, de que el poder público le asegure la integridad de su libertad y de su derecho, pero no de un monopolio, injusto en su esencia y perjudicial para el desarrollo de los otros ramos industriales.

Que el mal es grave, lo prueban, señora, las numerosas y repetidas quejas de la prensa periódica, y mas que nada el lastimoso atraso de la libreria en nuestro país. Conoció ya este mal el gobierno de V. M., cuando de acuerdo con la junta consultiva de aranceles propuso á las Cortes en el año de 1855 que los derechos del papel de imprimir, entonces como hoy de 21 rs. 60 cs., por

arroba en bandera española, se redujesen á 10 rs., considerando esta rebaja como una transaccion equitativa entre el derecho existente y la completa franquicia que este artículo debería disfrutar mas adelante.

No fue este proyecto de ley de aranceles discutido por las Cortes, como tampoco el presentado en 1856 por el gobierno, en que se fijaba en 11 rs. por arroba el impuesto, y la cuestion quedó sin resolver, continuando en pie los males que la legislacion producía, y que fueron aumentando á medida y en proporcion del desarrollo de la riqueza y de la industria del país, cada vez mas ávido de ensenanza, como mas conocedor de las inmensas ventajas que de ella puede reportar para sus adelantos morales, intelectuales y materiales.

La Asociacion, señora, firmemente convencida de que habla en nombre de la opinion general del país, cree que es llegado el momento de realizar esta importante reforma, cuya conveniencia han reconocido los mismos fabricantes al declarar ante una comision de las Cortes en 1855 que admitian como suficiente un derecho de 15 rs. en arroba. La reforma podría consistir en una rebaja inmediata de los derechos, y en la fijacion de un plazo corto é improrrogable para establecer la completa franquicia ó un derecho puramente fiscal.

Esta rebaja, cuando menos, deberá ser para el papel de imprimir la que se propuso á las Cortes en 1855, y fue apoyada por los representantes del gobierno ante la comision parlamentaria que se ocupó de los aranceles con poderosísimas razones, que no pudieron rebatir los industriales interesados en la conservacion de los derechos; re-

bajándose en la misma proporcion los derechos del papel de las demas clases. El plazo para la completa franquicia podría ser cinco años, tiempo mas que suficiente, y cuya concesion solo se funda en el deseo de no producir un cambio demasiado repentino en las condiciones de la industria papelera, atendiendo mas á consideraciones de equidad que de justicia.

En este concepto, la Asociacion para la reforma de los aranceles de aduanas, á V. M. con el mayor respeto

Suplica: que sin perjuicio de que el gobierno adopte por sí las medidas que caben dentro de sus atribuciones, se someta á la aprobacion de las Cortes un proyecto de ley reformando la legislacion relativa á la introduccion del papel de que se hace uso para la imprenta y la escritura, con arreglo á las bases siguientes:

1.ª Desde luego se reducirán los derechos del papel para imprimir al tipo propuesto en 1855 por la junta consultiva de aranceles y aceptado por el gobierno, rebajándose en la misma proporcion los correspondientes al papel de las demas clases.

2.ª Estos derechos se irán disminuyendo cada año, de modo que al fin del quinto quede completamente libre la introduccion de este artículo, sin distincion de bandera, ó gravada con un derecho puramente fiscal.

Madrid 6 de noviembre de 1859.—Señora.—A L. R. P. de V. M.—Siguen las firmas.

Editor responsable, D. J. G. de Barreda.

IMPRENTA DE LA ESPERANZA,
Á CARGO DE D. MIGUEL ARCAS Y SANCHEZ,
calle de Peralta, núm. 8.

SUPLEMENTO AL NUM 8.º DE EL ECO DE LA LEY Y LA ESPAÑA JURIDICA.

(AÑO II.)

ASOCIACION PARA LA REFORMA DE LOS ARANCELES DE ADUANAS.

Sesion pública del día 29 de enero de 1860.

PRESIDENCIA DEL SR. VICEPRESIDENTE D. GREGORIO LOPEZ MOLLINEDO.

Asunto de que se ocupó la Sociedad.—Cuestion de cereales.

Abierta á las dos menos cuarto, dijo

El Sr. *Presidente*: Señores: nuestro digno presidente está enfermo: yo no estoy muy bueno tampoco, pero he tenido que venir á reemplazarle porque ya convocada la reunion no podía aplazarse. Todos saben que se hizo una esposicion sobre importacion de cereales hace largo tiempo, la cual no ha producido ningun fruto hasta ahora. En su consecuencia se ha redactado otra que despues de la sesion podrán firmar todos los señores que gusten, la cual se leerá tan pronto como la traiga el Sr. Echegaray. Abrese la discusion: el Sr. Alzugaray tiene la palabra.

El Sr. *Alzugaray*: Señores: espero que me concedais por breves momentos vuestra atencion, porque solo breves momentos voy á abusar de ella. Si siempre es un acto digno de censura desear el mal de una persona, es siempre laudable pretender que una institucion vieja, carcomida y llena de errores funestimos, desaparezca de la sociedad. De esta manera considero yo la proteccion, y por esto hoy, con una osadia sin justificacion y sin ejemplo, levanto mi voz en este sitio, donde han resonado las de otros eminentes oradores para desear que desaparezca ese sistema que en mi concepto, como en el de todo el mundo, camina hácia su ruina.

Que la proteccion se muere, nos lo manifiestan numerosos sintomas que vemos por do quier: el nacimiento de esta notable Asociacion, los brillantes oradores que brotan de su seno, el entusiasmo con que el público acoge sus doctrinas, el eco que responde de todas las provincias, la falta de defensores del sistema contrario, y sobre todo un suave murmullo de libertad que se escucha, un vago desecho de próximas mudanzas que se siente y un profundo quejido que se exhala de los pechos de todos los que no pueden vivir sin privilegios, ni medrar sin monopolios.

¿Qué quieren decir sino en el fondo de sus artículos los adversarios del libre-cambio cuando combaten estas ideas? Cada una de sus palabras dirige á la Providencia la siguiente súplica «¡la proteccion se muere, salvad á la proteccion!» súplica, señores, que no vacilo en calificar de temeraria, porque es tanto como decir: desaparezca el derecho, húndase la sociedad, continúe el imperio del error, matematos toda idea de progreso, destruyamos toda aspiracion generosa, y cuando hayamos llegado al fin de obra tan meritosa, entonces podremos admirar las armonias de la doctrina proteccionista. Y no creais que exagero al retratar de este

modo la proteccion. No os opongais á sus deseos y cobráis nueva vida; permaneced unidos en su presencia, y vereis cuán formidables son los obstáculos que opone á las mas nobles aspiraciones, cuán pronto matará la personalidad humana, oscurecerá la inteligencia; y á donde quiera que vayais encontrareis á la proteccion trazando misteriosos signos, pronunciando fórmulas cabalísticas, presentando errores en vez de verdades rancias, preocupaciones en vez de razones, disfrazando el egoismo con el nombre de justicia, el interés individual con el manto de la utilidad pública, y teniendo siempre en boca las palabras conveniencia general, razon de Estado, intereses creados, desarrollo de la industria, lucha de razas, antagonismo de pueblos y otras mil frases no menos pomposas, propias para que el engaño cunda y el error se perpetúe.

Si los proteccionistas me escucharan, acaso asomaria á sus labios una sonrisa incrédula y me dirian que á pesar del maléfico influjo de su sistema, el mundo ha continuado caminando al adelanto. Pero yo contestaria que no han sido ellos los que le han impulsado creando obstáculos, sino el espíritu de libertad que cernia sus alas sobre mezquinas instituciones, oponiendo constantemente al *pereat mundus* de su deseo, el *fiat lux* de la justicia.

Señores: abrid la historia y lo vereis constantemente confirmado. Donde quiera que aparece una injusticia se levanta una protesta; donde se escucha un acento de infortunio se percibe un aliento de consuelo, y cuando el error triunfa y la iniquidad domina, cuando parece que ha muerto toda esperanza y que ningun remedio queda para la sociedad acongojada que es entonces patrimonio de sofistas y semillero de egoismo, levanta su cabeza vengadora la Revolucion.

Ese es el punto á donde nos conduce la proteccion; impulsa la sociedad á un negro abismo, y cuando esta desesperada hace un postrer esfuerzo para salvarse aun á costa de una perturbacion social, entonces grita: «Ved á dónde nos conduce el espíritu de libertad, ved las lastimosas consecuencias de esas utopias que diariamente se proclaman.» Pero no es la libertad la que produce esos males, no es responsable de ellos la justicia, no es el derecho quien causa revoluciones. El sistema protector que ataca el derecho, anatematiza la justicia y proscribela libertad (*aplausos*), es el único responsable de esas horribles represalias que conmueven la sociedad, el sistema protector es causa de

ellas, porque ¿cómo no ha de recoger lástimas quien ha sembrado infortunios!

Ademas, señores, los pueblos no necesitan del sistema protector para seguir su marcha majestuosa hácia la perfeccion: los hombres no necesitan de sus consejos para pensar; bastante tiempo han sido dóciles instrumentos de los que pretendiendo interpretar sus deseos se han opuesto á sus legítimas aspiraciones. Pero ahora la idea del derecho ha descendido á la conciencia de la humanidad, y una dolorosa esperiencia de muchos siglos ha enseñado á los hombres á comprender la libertad; de tal modo, que desafío al mas ilustrado de todos los proteccionistas á que me cite un adelanto cualquiera, un triunfo del hombre sobre la naturaleza que no se deba en su mayor parte al espíritu de libertad.

Y bien, señores, ¿de qué nace la oposicion de los proteccionistas á la libertad? quiero suponer por un momento y en absoluto que solo tienen en cuenta sus principios, que olvidan por completo sus intereses particulares, que no tratan de otra cosa mas que de señalar el camino de la perfeccion. Si los oyéramos dirian que la libertad es vana quimera, que es un fantasma con que audaces reformadores pretenden esclavizar á la humanidad; que el hombre necesita un guia que le conduzca constantemente; que cada nacion debe ser fortaleza inexpugnable que se oponga á las invasiones de las demas; que el libre-cambio arruinará la industria nacional, matando el espíritu de independencia, el noble orgullo de raza; que las naciones mas adelantadas inundarán con sus productos nuestros mercados, que no podremos sostener la competencia, que cesará el trabajo, se secarán las fuentes de la riqueza pública, los fértiles campos quedarán yermos, nuestras numerosas fábricas se hundirán en el polvo, y el hambre y la miseria con su funebre séquito de crímenes y de vicios pasearán su livida faz por nuestra desgraciada patria. Hé aquí cuál seria su lenguaje si vinieran á este sitio á combatir nuestras doctrinas; pero no los creais. La libertad no puede dar tan menguados frutos. Miradla como, por el contrario, va fertilizándola todo, cómo emancipa los hombres y los pueblos, cómo mejora la condicion de los seres, de tal modo que todos los adelantos que se promueven en el mundo son debidos á su bienhechor influjo.

Pero dicen bien los proteccionistas al asegurar que el hombre necesita un guia constante y desinteresado que le conduzca, y este guia es su razon; pero la proteccion que

quiere sustituir la razon de uno solo á la de muchos, ¿cuándo creará que ha llegado el momento oportuno de declarar mayor de edad á la sociedad para que pueda caminar libre de molestias y á veces de ignorantes pedagogos? (Aplausos.)

Señores, los intereses de los pueblos no son antagónicos, la naturaleza lo demuestra. El Oriente completa el Occidente, y ambos hemisferios de la tierra con el sol, la luna y los demas astros forman los mágicos eslabones de esa invisible cadena que liga á Dios con la humanidad. ¿Blasfemarian los proteccionistas de Dios negando las armonías de la naturaleza? Pues entonces, si aceptan las armonías del todo, ¿cómo se atreven á negar las armonías de las partes? No, las naciones no pueden ser rivales sino contemplándolas bajo el prisma extraño de una mezquina imaginación; no, Dios dotó á todos los países de la tierra de fértiles campos, de altísimas montañas, de frondosos bosques, de profundos valles, de caudalosos rios, puso en sus entrañas riquísimos metales y coronó su cabeza con ese brillante y azulado pabellon de estrellas, no para que los hombres se destruyeran en continuas luchas, sino para que fraternizaran en amorosos coloquios. Pero los proteccionistas han destruido la obra de Dios y han convertido sus amenos valles en fosos profundos, las montañas en fortalezas inaccesibles, han impedido el curso de los rios, esclavizado al majestuoso mar y esplotado las entrañas de la madre tierra en beneficio de unos pocos y en perjuicio del mayor número de sus queridos hijos. No, señores, no es cierto que el libre-cambio arruine la industria nacional, porque esta ruina resentiria á la industria de las demas naciones que nos necesitan como nosotros á ellas. Nuestro trabajo siempre proporcionará satisfacciones á la humanidad, que nos recompensará con otras no menos agradables; y si alguna industria perece al plantear el libre-cambio, no será culpa de la libertad, sino de la proteccion que ha distraído trabajo y capitales de su verdadero objeto para emprender industrias sin condiciones de vida. La nacion mas adelantada siempre necesitará de la que mayor atraso tenga, porque en la admirable repartición de bienes que plugo á la naturaleza darnos dotó á las unas de lo que á las otras faltaba; y el hambre y la ignorancia tampoco podrán apoderarse de un pueblo, como dicen los proteccionistas, sin que los demas acudan en su auxilio, porque es tambien ley de la naturaleza que el hambre y la ignorancia de los unos afecte dolorosamente al estómago y á la inteligencia de los otros. (Bien.)

Y no temais tampoco esa inundación de productos extranjeros, que no llegará nunca á ahogarnos; porque si es verdad que los productos se cambian por productos, necesario será que demos para recibir, y aun cuando permaneceriamos ociosos cultivando las bellas artes, por ejemplo, y otras naciones nos dieran gratuitamente lo que necesitáramos, ¿qué mas podíamos desear? Pero no sucederá así; examinad los pueblos de la tierra, los pueblos salvajes del Africa, la Oceania y la América, que no conocen ni el desarrollo de la civilización ni las dulzuras de la industria, que son pueblos casi primitivos, que nada tienen y á quienes todo hace falta. Pues bien; observad cómo la Europa, ese inmenso taller de la humanidad les proporciona cuanto necesitan, pero no gratuitamente, sino por otros servicios que á su vez la Europa necesita.

Y, señores, ¿cuál de las dos partes que contratan pierde en este reciproco cambio? ¿Son los pueblos semisalvajes que nada tienen? ¿Son las naciones cultas que acuden á llevarles sus productos? ¿Y no podréis deducir de este espectáculo dos consecuencias perfectamente conformes con nuestras doctrinas? ¿No podréis deducir que con el libre-cam-

bio ganan las dos partes contratantes, y que cuanto mas atrasado se encuentra un pueblo mas ventajas consigue con la libertad de comercio? Y si los proteccionistas, por acaso, niegan esto, preciso será que nieguen tambien la lógica, que es el enemigo mas irreconciliable que tienen sus ideas.

Pero yo quisiera que me contestaran los proteccionistas á una pregunta: ¿No os parece, les diria, que tanto mas aceptable es una institucion, cuantas menos causas de perturbacion lleva en su seno? Y como creo que me contestarian afirmativamente, les volveria á preguntar: ¿Y no os parece que es menos ocasionado á alterar la tranquilidad social el sistema de libertad que el sistema de proteccion?

El sistema protector se funda en la injusticia, porque protege á determinadas industrias y á ciertos hombres en perjuicio de otros hombres y de otras industrias.

Pero industria nacional es tanto como trabajo nacional, y al establecer los proteccionistas como dogma de sus doctrinas que debe protegerse á aquella, manifiestan que todo servicio de su nacion debe ser alentado y recompensado. ¿Y lo hacen así? No, ni podrán hacer otra cosa dentro de sus principios económicos, porque la lógica del error es la inconsecuencia. Protegen á determinadas industrias y se cruzan de brazos al escuchar los clamores de las otras sus hermanas. ¿Por qué no estiendo los efectos de la proteccion á todo trabajo nacional? Bien saben el motivo de hacerlo así. Porque estando todas las industrias igualmente protegidas nada conseguirian, y ademas, proclamando la proteccion como principio, se declaraban abiertamente socialistas, invocando el derecho al trabajo, á la asistencia, á la instruccion y á todos esos derechos que califican de errores, aunque son necesarias consecuencias de sus principios.

Por eso para detenerse en medio de su camino se hacen injustos, y escogiendo el trabajo mas conforme á sus inclinaciones ó que mas les interesa, lo elevan sobre los demas, creando el privilegio y estableciendo derechos para que no traspasen las fronteras los productos extranjeros que, mas baratos, podrian hacerles competencia, autorizan el mas irritante monopolio. Sacrifican al consumidor para proteger, no la industria nacional, sino una pequeña parte de ella, y no ven que la proteccion matando la concurrencia, impide el desarrollo de la industria en general; y mientras tanto, el mayor número de sus hermanos, con iguales derechos á los suyos, solo á costa de enormes sacrificios consiguen rara vez lo que les hace falta. Así, pues, el sistema proteccionista produce dos cosas perjudiciales, el privilegio y el monopolio; pero ademas la proteccion aumenta el fraude. ¿Sabéis quién favorece al contrabando? Solo los proteccionistas impidiendo la entrada de los productos extranjeros, imponiéndoles crecidos derechos y odiosas restricciones, hacen del contrabando una necesidad para los individuos y los pueblos. Llenan nuestras cárceles de seres desgraciados, riegan nuestras costas y fronteras con sangre nacional, dando por resultado, y esto es lo mas grande, que la clase mas numerosa de nuestra sociedad simpatice con los hombres osados que infringen la ley y se atreven á romperla.

Pero sigamos examinando las funestas consecuencias del sistema protector, fundado en la injusticia, porque mata la libertad, establece el monopolio, protege, siquiera sea indistintamente, el fraude, y nos impulsa á la guerra; los pueblos como los individuos necesitan vivir en sociedad, su ley es el progreso, su vida es el comercio material é intelectual, y los proteccionistas aislando á las naciones escitan los odios de raza, manteniendo entre los pueblos la rivalidad y la envidia. Un pueblo no puede existir sin las condiciones que exige su desarrollo, y como

esas condiciones no las encuentra muchas veces dentro de sí mismo, necesita acudir á los demas; de aquí nacen las luchas que lamenta la humanidad y que con tanta frecuencia destruyen la paz del mundo. Examinad sino una por una todas las guerras que registra la historia: ved esas luchas de dominacion y conquista, ved esas otras de civilizacion, observad cuántos tesoros se han perdido, cuánta sangre se ha derramado para abrir nuevos horizontes á la industria y nuevos mercados al comercio. Todos estos hechos prueban que cuando un pueblo se rodea de ejércitos numerosos, y defiende sus puntos con formidables escuadras, cuando renuncia á toda comunicacion y levanta en sus fronteras baluartes y murallas se espone á continuados asaltos de las demas naciones, que al fin fuerzan sus murallas, destruyen sus baluartes, echan á pique sus navés y destrazan sus ejércitos. (Aplausos.)

Un pueblo no puede aislarse sin recurrir á la fuerza, y la fuerza encuentra tarde ó temprano su castigo. Bajo el régimen de la proteccion cada uno aspira á dominar á los demas, su último fin es vender mucho y comprar poco, su único objeto es imponer á los demas sus leyes, y como todos piensan igualmente, los ejércitos se aumentan, los mares se pueblan de flotantes fortalezas, los hijos de los pueblos y sus tesoros se consumen en improductivas luchas, y feliz el mundo si puede mantener por un momento ese equilibrio europeo que el menor soplo viene á destruir.

Por el contrario, bajo el sistema de la libertad, la guerra cesa, el ejército es innecesario, la marina de guerra permanece ociosa, los pueblos no lloran la sangre de sus hijos ni cuentan la pérdida de sus tesoros, y la paz se conserva inalterable en todas las naciones, pues ninguna tiene interés en alterarla. Y tened en cuenta, señores, que la guerra en el exterior es lo mismo que la revolucion en el interior; y si la proteccion es causa de la primera, lo es tambien de la segunda. Efectivamente, crea injusticias á su alrededor, interviene en todos los actos humanos, acostumbra á fiarlo todo á la omnipotencia del Estado, y destruye las nobles aspiraciones del individuo, introduciendo el elemento de la fuerza en las transacciones humanas, y ahogando todo espíritu de libertad. Cuando se llega á este punto la lucha entre el consumidor y productor empieza, el uno invoca su interés personal como argumentos, el otro pide pan al Estado, el trabajador pide descanso, el jornalero pide ocupacion, el fabricante pide el *maximum* del salario, y el operario el *minimum* de trabajo, el agricultor agua para regar sus campos, el sacerdote almas que convertir, el abogado pleitos que sostener, el médico enfermedades que destruir, el cirujano miembros que cortar, y cuando un dia estos clamores se hacen mas numerosos, cuando el Estado se reconoce impotente para acallar accediendo á los deseos de todos, acude á la fuerza y entonces la sangre corre, el tumulto crece, la industria se arruina, el trabajo se paraliza, el capital se esconde, y debajo de unas ruinas sangrientas y humeantes, sale un horrible gemido que maldice por millares de bocas á la funesta proteccion. (Grandes aplausos.)

Ved ahora, señores, el reverso del cuadro con la libertad; bajo su amparo los productos se cambian por productos, los servicios por servicios; la concurrencia mata el privilegio y disminuye el interés del capital haciendo mejor la suerte del proletario; la ley permanece inalterable sin inclinarse á ningun lado, porque es la justicia, y el Estado no interviene en la sociedad sino para castigar el crimen ó premiar la virtud; todos se lanzan al trabajo y fían en él y en su moderacion su bienestar. En qué parte de este cuadro cabe la revolucion?

Abi teneis, pues, todas las consecuencias del sistema protector; todas las causas de perturbacion que encierra. Fundado en la injusticia, produce el monopolio, el fraude, la guerra, la revolucion. Esas son sus consecuencias, porque los proteccionistas han creido, como creyó en otro tiempo el Rey Sábio, que podrian perfeccionar la obra de Dios, sustituyendo á sus eternas armonias las concepciones de su limitado entendimiento.

Pero Dios que dió al hombre la razon y la conciencia, la primera para obrar con libertad y la segunda para precaver el mal, no pudo someter la humanidad á la ley de la contradiccion sino á la ley de la armonia, y si los intereses son armónicos, el hombre es libre por naturaleza, y la libertad se aleja por su esencia del mal, ¿por qué rechazan la libertad los proteccionistas? ¿Qué sería hoy del mundo, si en vez de sofocar las nobles aspiraciones de la libertad se la hubiera ayudado en la triunfal carrera?

Pero los proteccionistas en todas ocasiones, en todas las épocas se han puesto siempre frente á frente de la libertad y han querido destruirla, ignorando que al mismo tiempo se destruian á si mismos. Hoy por fortuna observamos por todas partes el benéfico influjo de la libertad: vemos á la Francia caminando en pos de ella, y á la Inglaterra que quiere escribir en letras de oro esa carta en que el Emperador se adhiere á la causa de la moderna edad. Vemos tambien la declaracion de puertos francos hecha por nuestro gobierno; esperamos que se declaren otros, y todo nos hace esperar que la era de la libertad se aproxima felizmente. Esa fue la razon que tuve para deciros al principio que el sistema de la proteccion estaba muerto, porque veo en la fria calma de sus parciales, en su profundo silencio síntomas seguros de que el sueño de la muerte se ha apoderado de sus inteligencias.

Que duerman en paz; el libre-cambio no alterará jamás ese reposado sueño. He dicho. *(Repetidos aplausos).*

El Sr. Presidente: Se va á leer la esposicion que antes he anunciado se iba á presentar á la firma de los señores presentes.

Exposicion á S. M. que se leyó en la sesion.

SEÑORA:

La Asociacion constituida en esta corte para promover la reforma de los aranceles de aduanas, tiene la honra de elevar á V. M. la mas respetuosa súplica con el objeto de que se révoque ó modifique convenientemente la ley sobre importacion de cereales, sustituyendo á la prohibicion la libre entrada de granos, ó, á lo mas, estableciendo un derecho módico que calme todo temor, pero que no rechace de nuestros mercados el trigo extranjero, como hoy por desgracia sucede.

Las poderosísimas razones en que la Asociacion se funda para solicitar esta medida, son ya conocidas de V. M., y por otra parte se hallan consignadas en la esposicion que presentó hace pocos meses. Sin ser su ánimo repetir hoy lo que entonces espuso por estenso, cree, sin embargo, conveniente recordar los principales puntos que comprendia la mencionada esposicion.

Que el decreto de 1834, considerado como ley protectora de la industria agricola, no cumple bajo este punto de vista con su objeto, y que su influencia en las crisis alimenticias es altamente perjudicial al pais, y en especial á la clase pobre, son verdades que la Asociacion cree haber demostrado plenamente; que el único medio de prevenir los males que la actual legislacion en esta materia acarrea al pais, consiste en sustituir al principio que hoy rige el principio opuesto, templado, si la prudencia de V. M. así lo

conceptúa oportuno, por un corto derecho de importacion, es hasta tal punto evidente para todos aquellos que han penetrado en el fondo del problema, que ni la menor duda, ni el mas pequeño recelo puede turbar su invencible convencimiento.

Pero si aun pudiera abrigarse algun temor sobre la conveniencia de la medida que la Asociacion solicita, bastaria recordar lo que la ciencia económica enseña, y lo que la experiencia, por decirlo así, diariamente comprueba, para alejar todo recelo.

Solo la libertad de importacion y esportacion puede hacer que los precios, nivelándose constantemente, oscilen siempre alrededor de un tipo medio. El fenómeno de la alternativa de cosechas, buenas algunos años, malas ó medianas otros, fenómeno constantemente repetido y digno de particular atencion, viene á ofrecernos una prueba palmaria de este principio, y es como un vínculo de paz y de union entre los pueblos.

La agricultura, por otra parte, nada debe temer de la libertad: los datos numéricos que la Asociacion consignó en su primera solicitud, demuestran que no hay sobrantes en los paises extranjeros para inundar nuestros mercados, como temen algunos, ni aun para causar en ellos una perturbacion que amenace el porvenir de la industria agricola.

Por último, señora, si la guerra de Italia terminó, y no existen ya las razones que, fundada en este hecho, presentaba la Asociacion, ha estallado en cambio una nueva guerra que afecta mas directamente nuestros intereses, y en que nuestra honra está comprometida. La esportacion de grandes cantidades de trigo para el ejército de Africa producirá indudablemente un vacío en los mercados de la Península, cuya inmediata consecuencia será una alza en los precios de los cereales; y prueba anticipada, por decirlo así, de esta verdad, es la carestía del trigo en Málaga, Sevilla, Cádiz y otros puntos del litoral.

La nacion, señora, ha emprendido una lucha aunque gloriosa, difícil; hace esfuerzos nobles y generosos para sostener dignamente su buen nombre; el pueblo da sus hijos, que es dar su sangre; las clases acomodadas sus fortunas; todos, sus corazones. Dar pan barato al pueblo sería siempre una gran reforma económica; darle hoy pan barato, es darle nuevas fuerzas para alcanzar nuevas glorias. La Asociacion, al elevar esta súplica á V. M., cree adivinar los sentimientos y las aspiraciones de su corazon.—Señora.—A. L. R. P. de V. M.

El Sr. Presidente: ¿Alguno de los señores presentes quiere decir algo acerca de la esposicion? (momentos de silencio).

Ahora deseo saber si alguno quiere decir algo en contra del discurso que se acaba de pronunciar, pues si hay alguno puede hacerlo, seguro de que todos tendremos mucho gusto en oírle y mayor aun en que nos convenza (pausa).

El Sr. Alegre: Pido la palabra en pro.

Siento que nadie pida la palabra en contra, tanto mas cuanto que veo en la reunion algunos proteccionistas decididos. Les suplico por última vez hablen (otra pausa).

Puesto que no hay ninguno que quiera honrarnos con luces el Sr. Alegre tiene la palabra en pro.

El Sr. Alegre: Señores, despues de haber escuchado las elevadas consideraciones presentadas por nuestro apreciable compañero el Sr. Alzugaray, permítame que siguiendo las inspiraciones de una buena voluntad, me ocupe por breves momentos del importante tema sujeto de nuevo á discusion, acerca del cual se han pronunciado desde este mismo sitio brillantes y concienzudos discursos.

El criterio ilustra el juicio, perfecciona el pensamiento, y el jóven para formarlo necesita comunicar sus ideas buenas ó malas,

ciertas ó falsas, sobre cualquiera de las cuestiones que se agitan en el seno de la sociedad; porque al comunicarlás recibe casi siempre la mas viva de las satisfacciones al descubrir las sublimes armonias que Dios ha derramado en todas sus obras. Si yo no estuviera persuadido de que la tolerancia acompaña siempre á la ilustracion, jamás me hubiera decidido á tomar parte en discusion alguna ante tan respetable público, compuesto de personas de todas clases, entre las cuales figuran venerables ancianos que llevan impreso en sus blancas cabezas el noble título de veteranos de la ciencia, y jóvenes distinguidos que guiados por la antorcha de la fe corren presurosos á consagrar las primicias de su inteligencia, el fruto de largos y penosos estudios en aras de la verdad. ¡Dichosos ellos que saben despreciar la cinica sonrisa del escéptico, elevándose sobre las debilidades de la vida!

En todas las naciones del mundo y en diferentes épocas, sin duda porque el espíritu del bien es patrimonio de la humanidad, célebres filósofos, insignes escritores, apóstoles de la libertad levantaron su voz y pagaron no pocas veces con la vida sus arranques de virtuosa independencia protestando contra el error y el vicio; protestas que dieron por resultado la abolicion de la esclavitud, que privaba de su dignidad al Soberano de la creacion y convertia en simples instrumentos de placer á esas bellas criaturas, que nos guardan cuidadosamente en la niñez, nos encantan en la juventud, y nos sirven de consuelo en la ancianidad del infortunio, en el infortunio de la ancianidad: con la servidumbre que colocaba á una clase de la sociedad en condiciones injustas y degradantes, porque es injusto y degradante todo lo que se opone á la igualdad, elevado sentimiento nacido con el cristianismo; que ennobleció el trabajo y la honradez, y que por fin concluirá por apagar la fiebre de la lucha y el despojo, que tantos males esparce en su rededor.

Mas se dirá: ¿Por qué despues de las innumerables conquistas alcanzadas por la civilizacion, aun se conspira, se teme y hasta se llega á desconfiar de lo porvenir? ¿Por qué esos cambios que á cada instante vemos en las ideas? ¿Esos continuos alardes y rápidas trasformaciones en los sistemas? ¿Esas pertinaces luchas interiores y exteriores?

¿Será que los intereses individuales son antagónicos, y que la reprobacion lanzada por Dios á la frente del primer hombre, nos inclina fatalmente á presenciar ese combate silencioso y temible, que no pocas veces conmueve hasta los cimientos de la familia?

Así quieren consignarlo ciertas escuelas que en medio de su arrogancia se califican á sí mismas como el *non plus ultra*. Pero yo no creo que el Dios que ha puesto al lado de la sed la fuente, al lado de la necesidad la satisfaccion, junto á la conciencia la responsabilidad; que ha creado ese órden físico que admiramos, donde para mayor concierto están equilibradas las fuerzas de atraccion y repulsion, haya depositado en el hombre el noble instinto de la vida como un prolongado tormento, como una lucha sin objeto.

No y mil veces no: levantad la vista y bien pronto sentireis la atraccion del deseo: seguid las huellas de ese astro que marcha de Oriente á Occidente, y comprendereis que la fe tiene su primer altar en el corazon: no dudeis nunca del divino plan de la Providencia, porque los que dudan son condenados como Ixión á no abrazar mas que nubes.

Señores: para nosotros la vida es el movimiento: así el hombre siente la necesidad, y no encuentra otro medio de poder contrarrestarla que aplicar sus facultades á la produccion de las cosas que le demanda su existencia.

El hombre con respecto á la sociedad es principio, medio y fin, mas siendo su natura-

leza contradictoria y estando por lo tanto obligado á caminar entre el bien y el mal sintiendo á cada momento la necesidad apremiante de vivir, encuentra en el trabajo el germen de su desarrollo, tanto físico como moral é intelectual, porque el trabajo fija la órbita de sus goces, cautiva sus mejores deseos, refleja las mas puras satisfacciones, y al recoger sus frutos encuentra no solo una recompensa real, sino que llenó su interior de encanto se estasia con los dulces himnos que todos los seres elevan al Criador.

El trabajo, pues, siendo libre por naturaleza, nace de la voluntad en union con la inteligencia, que destruyendo todos los obstáculos que interrumpen su marcha triunfal, vuela en alas de ese sentimiento misterioso que llamamos deseo, hácia la mutua protección, hácia la asociacion, donde se esconden nuevas necesidades, nuevas satisfacciones.

Con efecto, la libertad es la única base razonable del trabajo, y su division uno de sus caracteres mas esenciales: las necesidades son infinitas, los medios de satisfacerlas innumerables, y en su satisfaccion se descubren á la par que diversas aplicaciones de las facultades humanas, la separacion de las ocupaciones, el germen de las relaciones sociales, el espíritu de la civilizacion. Por este motivo, si, las necesidades se multiplican, porque tan pronto como acercamos á los labios la copa del deseo, sentimos nuevos deseos que se suceden los unos á los otros como las hojas en los árboles, como las olas en el Océano, y no se concibe mas medio para combatir las que el trabajo; si la creacion y aumento de productos representa una porcion de esfuerzos divididos; si la riqueza supone el conjunto de las cosas gratuitas y onerosas que responden al empleo de nuestras facultades, no pudieron haberse concertado sin libertad, sin division, sin convenciones voluntarias.

Hay mas: por lo mismo que el hombre es una personalidad dueña de sí misma, él por sí solo concibe, ejecuta y goza, siente la privacion y aspira á remediarla con todos los recursos que se hallan al alcance de su actividad; y como la necesidad le acompaña siempre, y el temor y la esperanza jamás le abandonan, descubre en el trabajo un elemento poderoso de poseer todo lo que le rodea; por lo tanto su derecho se extiende á producir y cambiar, comprar y vender, traer y llevar, una vez que todas estas operaciones son otras tantas fuentes de inapreciables beneficios. Y como la necesidad variable por naturaleza constituye el motor por excelencia del hombre, nadie como este puede comprender su estension y los recursos mas fáciles y menos penosos para amortiguar sus efectos, ya que no le sea dado destruirlos. Pues ahora bien; si el hombre es libre porque sin la libertad no seria mas que una simple modificacion de la naturaleza, sin conciencia de su existencia, sin razon, sin responsabilidad; si la necesidad mecándole en la cuna le acompaña en su larga peregrinacion, habremos de deducir lógicamente que el hombre necesita elegir libremente el trabajo que considere mas fecundo en resultados, sin violencias extrañas, sin monopolio de ningún género, sin que nadie pueda atentar contra tan sagrada propiedad.

Porque, señores, ó es preciso reconocer que la causa esencial de nuestras facultades es el movimiento, que debemos hacer uso de ellas para satisfacer las incesantes necesidades que nos aquejan, ó que las hemos recibido para entregarlas al sueño, á la quietud. Si lo primero, yo no concibo mas base de su progresivo desenvolvimiento que la libertad, mas gérmenes de las relaciones sociales que los cambios, ni mas sistema que la marcha pacífica del espíritu humano hácia las regiones de ese mundo oculto entre los celajes del porvenir. Si lo segundo, entonces dejemos

estinguirse el fuego santo de la inteligencia, rompamos los sagrados lazos que nos unen con el Creador, ahoguem los mas puros sentimientos del corazón, el entusiasmo por la verdad, la fe del amor, el aroma de la virtud, la virtud de la generosidad, disponiéndonos á atravesar el penoso desierto de la vida, sin mas guía que el ciego instinto, sin afecciones, sin recuerdos, llevando por enseñanza la fria esperanza de la nada. (*Bien, bien.*)

Señores, la sociedad es el estado natural del hombre; está fundado sobre sus sensaciones, sobre la utilidad de los socorros recíprocos, en una palabra, sobre el plan de la creacion. El hombre solo ni podría vivir ni desarrollarse, ni hacer uso de sus facultades, porque la miseria, la ignorancia y el trabajo le sirven de cuna. Lo mismo, aunque no en tan grande escala, sucede á las naciones, puesto que estas, en su verdadera acepcion, no son mas que miembros dispersos de la gran familia humana, los cuales, á semejanza de los rios, que separados por grandes distancias, siguiendo cursos distintos, fertilizando diversos lugares, van á confundir sus aguas á ese piélago inmenso y majestuoso donde el hombre siente toda su grandeza al luchar con las olas, el viento y las tempestades.

La situacion topográfica, el clima, las costumbres y el grado de civilizacion, son otras tantas señales inequívocas de la mision especial que tienen que cumplir. Es verdad que hoy por todas partes se levanta la voz de los intereses nacionales, cual si fuera el precioso talisman de la felicidad: es verdad que se halla roto el lazo natural que debiera unir á todos los hombres, á todos los pueblos, porque aun hoy á la respetable imagen del Derecho se la sienta en el banquillo de los acusados ante un consejo de soberbios anfitriones, encargados de conservar el templo del Privilegio, que amenaza ruina; pero no temais; la voz de la justicia se hace oír tarde ó temprano. Dos poderes, dos voluntades, como dijo un célebre escritor, iguales é independientes no constituyen la armonía, sino la guerra; la guerra es el combate, y el combate es la muerte de uno de los combatientes.

No; no es cierto que las naciones estén condenadas al aislamiento, y que sus esfuerzos sean mejor dirigidos cuando se encaminan á crear una vida propia independiente de las demas. Los Estados del continente Europeo y hasta los de la humanidad entera, bajo el aspecto de la necesidad, componen una máquina admirablemente combinada donde todas las partes están recíprocamente unidas, todas las ruedas dependientes entre sí, y cuyo movimiento obedece á la gran ley de la unidad en la variedad. Y si esto es cierto, ¿por qué se admiten los beneficios de las máquinas que ennoblecen al hombre, perfeccionan los productos, los aumentan y ponen al alcance de todos, y se rechazan los beneficios aun mayores de esa otra máquina llamada Universo, que tiene por taller el espacio, por agentes los elementos naturales, por obreros á los hombres de todas las regiones, y por mercados donde derramar sus productos el Oriente y el Occidente, el Norte y el Mediodía.

Por otra parte, señores, ¿cuál es el objeto de todas las conquistas de la inteligencia, de los descubrimientos que á cada paso se hacen por la ciencia, de todas las glorias del progreso y la civilizacion? Ensanche las facultades ó el poder de la especie humana: procurar con mas eficacia la satisfaccion de las necesidades, librarse de la esclavitud de la materia y del monopolio del hombre; en una palabra, producir mas bienes con menos trabajo. Pues bien: si, como no puede dudarse, el precio de las cosas está en relacion directa con la abundancia ó sea con la oferta, nacida de las economías introducidas en el trabajo; si la perfeccion y baratura

de los objetos tanto artísticos como industriales (entre los cuales se comprenden los cereales, puesto que no son mas que un producto de la industria agrícola) sigue el curso de la competencia, origen tan económico como real del estímulo y la emulacion; si los cambios no constituyen mas que una compra-venta de trabajo, ó servicios, acelerados por la intervencion de la moneda como signo de su valor, y cuya existencia con el extranjero no se comprende sin dependencia mutua, sin reciprocidad; si los salarios se elevan con la demanda y el bajo precio de los productos, ¿cuál es la causa de no ser proclamada y bendecida por todos la libertad de comercio? ¿cómo puede ser perjudicial, cuando fundada en las leyes naturales reconoce y declara inviolable la integridad de las facultades humanas; estrecha mas y mas el bienestar de cada uno con el de todos; sustituye á ese laberinto de trabas, de preocupaciones, de luchas desiguales, de gabelas y desastres que se llama proteccion la asociacion voluntaria de los intereses, la combinacion de todos los esfuerzos, el espíritu de mutuo engrandecimiento, la generalizacion de las recompensas del trabajo, los encantos del amor, el derecho, en fin, que servirá de invencible dique á las crecientes olas de las pasiones?

Bien sé que todo esto es en vano, porque los pontífices de ese nuevo culto llamado proteccionismo, consideran heréticas nuestras doctrinas por su simple enunciacion, y tan solo aciertan á preparar la venda de la autoridad. Mas no se diga con tan marcada insistencia que nuestro sistema es quimérico, que nuestras pretensiones son infundadas; porque, señores, nosotros repetiremos en todos los tonos, aquí y en todas partes: O la proteccion es buena ó es mala: si es buena, estendámosla á todo, derramemos por doquier sus inmensos beneficios, no desistamos hasta que la humanidad se cubra con este bello manto, en cuyo caso habremos realizado el reinado del socialismo radical; es decir, la absorcion por ese Dios panteista llamado Estado ó Comunidad de todas las facultades individuales: si por el contrario la proteccion es mala, porque mutila el cambio, atenta contra la propiedad, alienta el desorden con el monopolio, conserva el terrible antagonismo entre lo útil y lo justo. ¿Por qué no se la proscriba de nuestras leyes? ¿Por qué no se la maldice y se rompen una á una las páginas de su dolorosa historia?

¿Por qué? Porque si la proteccion contribuye á disminuir la produccion, evita la remuneracion directa de los servicios, presenta obstáculos mil á la concurrencia, en cambio hace que los intereses de todos desaparezcan ante el de unos pocos, los cuales, hijos de la fortuna (si por fortuna se entiende la ruina del prójimo), se constituyen en verdaderos dueños de la agricultura, de la industria, de las artes, del comercio, en una palabra, del mercado, donde no hay mas medida de valor que su capricho, ni mas oscilaciones de precio que las de su capricho, ni mas productos, ni mas géneros, ni mas fraudes que los que su capricho les sugiere. Sistema racional y real de los proteccionistas... el capricho. (*Aplausos.*)

Aquí teneis en este dilema los términos precisos de la cuestion que nos ocupa. O se proclama la proteccion para todos, en cuyo caso se legitima el comunismo, ¡el comunismo, señores, que aunque fue sostenido por grandes pensadores extraviados algunas veces por los mas rectos impulsos del corazón, sueña con apagar los derechos naturales del individuo, aceros del pensamiento que señalan su elevada mision! O la proteccion solo se extiende á algunos, lo que considero arbitrario é inmoral. Porque, ¿quién tiene autoridad bastante para hacer semejante distribucion? ¿Será el Estado? Si tal se asentara, preciso seria esclamar que viviamos en

la infancia de la sociedad, que no sabemos ni de dónde venimos ni a dónde vamos.

Desde cuándo se ha probado la legitimidad del Estado ó gobierno para contrariar las leyes naturales, para intervenir, sin notoria injusticia, en todas las funciones de la vida, en la organizacion, así del trabajo como de la produccion y distribucion de la riqueza? Residirá este derecho en alguna clase de la sociedad? ¿Dónde están los títulos de semejante delirio? Pues si ni el Estado ni ninguna clase de la sociedad tiene facultades para justificar la proteccion, y si los individuos todos en general están interesados en disminuir su trabajo y aumentar sus satisfacciones, en vencer paulatinamente y hasta donde les sea dado los obstáculos naturales y destruir los obstáculos artificiales que retardan el concurso de los bienes derramados por toda la faz de la tierra, el consorcio de las inteligencias, la union de los hombres, el triunfo de la fraternidad, ¿dónde está el criterio, el fundamento, la moralidad, la razon de ser de ese rompimiento de la vida colectiva, de la proteccion? Y en definitiva, ¿qué guarda entre sus pliegues el proteccionismo? La injusticia y nada mas, porque su sistema es una serie de contradicciones, sus códigos son fórmulas variadas de privilegio, sus defensores las sombras del egoismo, su pasado triste en demasia, su presente vacilante, su porvenir... el olvido. (*Aplausos, bien*).

Señores: las relaciones son el alma de la vida, como la dependencia la vida del comercio. Por eso cuando observamos que en el mundo físico como en nuestro propio organismo, todo está unido, armonizado, deploremos mas y mas esas rivalidades que existen entre pueblos y naciones. Porque si la envidia y los celos entre los individuos son pasiones devoradoras que nos traen y nos llevan hácia el desprecio, hácia el delirio, hácia la deshonra; que tan pronto halagan nuestro corazon como nos hacen huir para que no lleguemos á escuchar el sarcasmo del ridiculo, ¿qué estravios, que males no producirán, entre pueblos que se entregan á sus locas ilusiones por no comprender que su interés está armonizado con el interés universal?

Esta afirmacion, la critica mas severa no puede rechazarla; porque si el capital de una nacion es igual al producto menos el consumo, y si con la libertad de comercio cada nacion puede dedicarse á desarrollar los gérmenes especiales que encierre su territorio, obteniendo de este modo la savia de las producciones naturales, resultará necesariamente un aumento considerable de productos, que combinados por medio de la concurrencia, del libre-cambio, elevarán, el capital de la humanidad.

Si, señores: la libertad, que como el apacible soplo del aura refresca los campos, es tan necesaria á la agricultura como á la industria, como á las artes, así al productor como al consumidor, á los intereses nacionales como extranjeros. Pues qué, ¿hay alguna nacion civilizada que pueda desear razonablemente la decadencia de otra con quien conserva relaciones? Yo creo que no, y ademas creo que está en el interés de Europa que España ú otra nacion cualquiera, desarrolle lo mas posible su agricultura. Este aserto tiene su fundamento. Si, como no puede dudarse, la produccion es la causa esencial del consumo y del mayor desarrollo de la poblacion, y la agricultura es uno de sus principales elementos y rico manantial de subsistencias, cuanto mas importancia tome, cuanto mas estienda sus beneficios, cuanto mas se perfeccione, tanto mas se aumentará la poblacion y crecerá la necesidad de comprar los productos de la industria extranjera, con lo cual se manifiesta la armonia de intereses entre las naciones.

Ademas, si el territorio español reúne cir-

cunstancias como ninguno para la prosperidad de la agricultura; si esta, como dijo el ilustre Jovellanos, es la profesion que mas ha sentido los amargos efectos del monopolio; si produce bastantes cereales, ¿a qué la proteccion? ¿No tiene bastantes garantías en la buena calidad de sus productos y en la diferencia de precios ocasionada por los gastos de transporte? Si, por el contrario, no produce todos los cereales necesarios, en este caso nadie puede desconocer que la proteccion ó los obstáculos que entorpezcan la importacion de los mismos es perniciosísima y causa de terribles perturbaciones.

La razon es muy sencilla: la produccion de cereales es la mas eventual y mas espuesta á contrariedades; de aqui la escasez y la abundancia, el alto y el bajo precio, si es que los sabios de todas las causas no guardan el secreto de algun procedimiento extraño, suficiente para corregir esta desigualdad.

¿Qué representa, pues, la proteccion en épocas de abundancia? ¿Cuáles son sus trofeos en su lucha con la escasez? Primero: un atentado contra el derecho que todos tienen á disponer de su propiedad; despues la desesperacion de los agricultores que impulsados por el deseo natural de la ganancia, llevarian de buen grado sus productos á otros mercados donde la necesidad fuera mayor, la demanda de mas importancia, el precio por consecuencia mas elevado, y, por último, la pérdida para la nacion del capital que el cambio reportaria á los productores; pues todos sabemos que al lado de la propiedad particular crece el nivel de las cosas comunes.

Las consecuencias de la prohibicion en épocas de escasez son palmarias y de todos sobradamente conocidas: el hambre, la miseria, y en todo caso la impotencia, puesto que cuando tal sucede, el precio de los cereales es mas bajo en los mercados extranjeros que en los nacionales. De lo cual se deduce que la proteccion ó sea la prohibicion mas ó menos estensa de exportar ó de importar, es unas veces perjudicial y otras desastrosa.

Quizás se nos objetará que todos estos inconvenientes se subsanan con una famosa concepcion ecléctica, conocida con el nombre de escala móvil. Prestadme atencion: vamos á atacar en este último reducto á nuestros hábiles adversarios.

Estamos en una plaza sitiada: los encargados de su defensa dicen: cuando los víveres son abundantes, el arte de la guerra aconseja elevar por todas partes muros y fortificaciones que no puedan destruir los enemigos, que no puedan dominar mas que esas aves de paso llamadas *contrabandistas*; cuando los víveres escasecen, cuando se comiencen á sentir algunas privaciones, será preciso aceptar parlamentos, convenios honrosos, ó, lo que es lo mismo, la intervencion diplomática; así como proponer un abrazo, la reconciliación á todo trance tan pronto como el formidable gigante de la miseria, al frente de sus hambrientas legiones, nos tienda su descarnada mano en señal de dominación.

Examinemos el plan y eficacia de estos genios que no pueden vivir mas que la triste vida de la guerra. Prescindiendo de que este sistema de ataque y defensa, contrario á la ciencia, ha contribuido á conservar el monopolio injusto y perjudicial á todas luces, como creemos haber probado, ¿no es imposible en su aplicacion y dado á grandes complicaciones? De otro modo, ¿quiénes son los intérpretes de esta combinacion? ¿quiénes los sabios encargados de examinar los grados que marque el termómetro de las necesidades públicas? Sus partidarios nos contestarán... el gobierno. ¿Siempre lo mismo! Sin pararnos á demostrar, porque está en la conciencia de todos, que nada hay frecuentemente mas perjudicial que un gobierno que

tiene la pretension de ser paternal, como dijo con harta conocimiento el cautivo de Santa Elena; no comprenden que nadie puede hacerlo como el individuo que trabaja, porque siente la privacion, que ahorra, porque la reproduccion de las necesidades le obligan á ser previsor, que busca la asociacion, porque en ella desenvuelve todos los recursos de su actividad; desconocen que con semejante escala se da muerte á las grandes operaciones del comercio, que procuran en circunstancias criticas provechosos recursos; ignoran que la libertad es un saludable correctivo, lo mismo contra las crisis de la industria que contra la escasez de cereales, porque solo bajo su amparo el comercio puede compensar la escasez de productos sentida en un país con la abundancia de otros, y evitar las perturbaciones nacidas muchas veces de la sobreabundancia; porque solo con la libertad se evitan las violentas oscilaciones de precios tan peligrosas para todos, y especialmente para las clases pobres, una vez que es cosa comprobada que las subsistencias en el seno de la concurrencia hacen lo que los líquidos, que buscan su nivel; porque, en fin, solo de este modo se realiza el fecundo pensamiento de la asociacion de los mercados?

Para mí nada tiene de extraño que se aparente despreciar razonamientos tan sencillos. El error tambien tiene designado su puesto; pero, á semejanza de las nubes, no hace mas que cubrir por breves momentos el sol de la verdad para que este brille despues con mas viveza y derrame por todas partes sus dorados rayos.

Voy á concluir: no quiero abusar por mas tiempo de vuestra atencion, de vuestra indulgencia. Sensacion y trabajo, deseo y satisfaccion, esto es lo que todos conciben. Elevar el nivel de la satisfaccion sobre el de la necesidad; disminuir los rigores del trabajo por el empleo de nuevas fuerzas, de nuevos elementos; levantar el ánimo de la prevision sobre el abandono y el aislamiento, hé aqui la sintesis de nuestro sistema.

Si, señores; el amor, la libertad y la asociacion únicamente son fecundos. Con estas hijas del cielo el comercio volará por todos los países llevando los atributos de la Abundancia; con ellas se sorprenderán cada vez mas los secretos de la creacion; con ellas se evitarán las perturbadoras consecuencias de la lucha forzada y el despojo favorecido; con ellas los representantes de la autoridad serán, mas respetados, consagrándose á remover los obstáculos que paralizan el desenvolvimiento de nuestras facultades, y conservar la justicia y el orden que nace de los intereses legítimos; con ellas desaparecerán las Aduanas protectoras, simbolo de la rapaz política de un Emperador romano, y fiel espejo donde se refleja la imagen del sistema prohibitivo; con ellas cesará ese falso antagonismo que separa los individuos, hace enemigos á los pueblos y levanta barreras de odio entre las naciones, porque la paz será uno de sus mejores laureles; con ellas, en fin, se nos presentará cada vez mas risueño el porvenir. He dicho. (*Prolongados aplausos.*)

El Sr. Bona: Pido la palabra en pro.

El Sr. Presidente: Vuelvo á hacer la invitacion que antes he hecho, y ahora con mas motivo, puesto que este segundo discurso es un segundo guante dirigido á los señores proteccionistas. Si alguno de los señores que pertenecen á esa escuela, nos honrase con un discurso en impugnacion de lo que se acaba de decir, ademas de ilustrarnos, haria un poco mas variada la discusion. (Pausa.) Siento, señores, que nadie responda á este llamamiento, no por mí sino porque soy el eco de mis dignos amigos. Puesto que nadie quiere hablar en contra, tiene la palabra el Sr. Bona, que la ha pedido en pro.

El Sr. Bona (D. Félix): Señores: voy á ser breve y á tratar sin preámbulos en el terreno

práctico la cuestión que es objeto del debate, puesto que en el terreno abstracto ha sido tratada con extraordinaria maestría por los dos oradores que me han precedido en el uso de la palabra.

Si los libre-cambistas tratamos la cuestión en tésis general, dicen los proteccionistas que vagamos por el campo de las abstracciones y de las teorías, que prescindimos de las modificaciones de la práctica y de las condiciones que en la esfera de los hechos alteran las leyes generales. Otras veces nos acusan de poetizar las cuestiones del trabajo, como si en la esfera de la economía política no cupiera el sentimiento y la poesía, no cupiera lo bello. Por tanto, yo, el mas prosaico de los aficionados al estudio de la economía política, voy á limitarme á tratar la cuestión de cereales en el terreno puramente práctico, citando datos y cifras.

Antes, sin embargo, me permitiré impugnar algunos argumentos que en folletos y en artículos sueltos, ya que no en discursos, han espuesto nuestros contrarios recientemente con motivo de estas discusiones.

Uno de los mas peregrinos empleado contra la libertad del comercio de cereales, es que con la libertad se abaratarían los trigos.

Precisamente esto es lo que se busca, la baratura. Si la libertad no diera por resultado abundancia en la cantidad y disminucion en el precio, ¿á qué pedirla? Entre los intereses del productor á quien conviene la carestía, y los del consumidor á quien interesa la baratura, son siempre mas atendibles los de este, porque es el que paga y el que á su vez da otro producto en cambio del que recibe. Este argumento que los libre-cambistas repetimos sin cesar, jamás ha sido contestado victoriosamente.

No me detendré á impugnar otro argumento mil veces aducido por los proteccionistas, y mil veces refutado, y el cual consiste en decir que la proteccion conviene al fomento del trabajo nacional, porque si se fundara este argumento en un principio exacto, nos conduciría necesariamente á la supresion de las máquinas, de los caminos de hierro, en una palabra, á emplear en lugar de azadones para cavar la tierra, nuestras propias manos, puesto que si el objeto es aumentar el trabajo y no los productos, mejor, para conseguirlo, sería abolir todos los medios que tenemos hoy de ahorrarlo.

Otros varios sofismas, por el estilo de los que ligerísimamente acabo de refutar, podrían darme ocasion para estenderme; pero solo me he propuesto impugnar dos argumentos que de puro repetidos y manoseados parece imposible que continúen esponiéndose contra la doctrina libre-cambista. Dejando, por consiguiente, esta parte puramente teórica, pasare desde luego, y segun he indicado, á tratar la cuestión en el terreno de los números.

Comenzaré por Inglaterra, que es la primera nacion del mundo que ha establecido la libertad de comercio para la introduccion de los cereales extranjeros. A pesar de que hoy la medida general de todos los valores, la moneda, ha disminuido considerablemente de valor, en cambio en la Gran-Bretaña los productos en general alcanzan precios mas bajos desde 1846 en que se hizo la reforma, obteniendo así productores como consumidores, no solamente la ventaja de tener por término medio el trigo mas barato, sino tambien la de que las oscilaciones del alza y baja de este mismo trigo han disminuido extraordinariamente, proporcionando así á todo consumidor la facilidad de hacer un presupuesto aproximado de su consumo anual, y con arreglo á este presupuesto medir sus fuerzas y procurarse los medios de cubrir sus necesidades.

Tomando la cuestión desde primeros de este siglo, hallaremos que durante la existencia del sistema restrictivo, las oscilaciones en

alza y baja del precio del trigo han sido estremadas en Inglaterra, dando con esto motivo para que tan frecuentes acciones y reacciones restringieran el consumo con perjuicio de los productores y consumidores.

En el primer decenio, es decir, desde 1800 á 1810, el precio medio ordinario del trigo que debía regularse á 50 rs. la fanega castellana, osciló desde 58 á 119, de donde resultó, no solo una carestía continuada, sino que ademas hubo alzas que debían perturbar el mercado en todos conceptos. Es verdad que entonces tuvo Inglaterra guerras con España y Francia; pero en el segundo decenio desde 1810 á 1820 los precios oscilaron entre 65 rs. y 106, desde 1820 á 1830 entre 44 y 68, desde 1830 á 1840 entre 39 y 70, y desde 1840 á 1846 entre 50 y 61. Vemos, por consiguiente, que á pesar de la disminucion del valor en cambio de los metales preciosos y de la moneda, el trigo siguió bajando á medida que algunas reformas parciales iban preparando la gran reforma de 1846.

Desde este año á 1854 los precios han sido desde 38 á 72 rs. fanega. Es decir, que con la libertad, Inglaterra ha alcanzado el precio mas bajo que han tenido los trigos desde principios del siglo, y que á pesar de la crisis de 1846, por efecto de la pérdida de gran parte de las cosechas de Europa, y á pesar de la carestía que en todo el mundo produjo la guerra contra Rusia, y la pérdida casi total de las cosechas de este gran centro de produccion de cereales, el precio máximo de los trigos en el mercado inglés no ha pasado de 72 rs. fanega, ó sean 72 shelines quarter, puesto que el shelin vale 5 rs. próximamente, y el quarter contiene unas cinco fanegas castellanas.

Contra estos argumentos de hecho á que tan aficionados se muestran los proteccionistas, á que dan un gran valor, y los cuales yo no puedo considerar decisivos, porque en materia de datos se espone el economista á olvidar alguna de las diferentes concausas que contribuyen á un fenómeno dado, y por consiguiente á deducir una regla general de un caso particular, contra estos datos, repito, los proteccionistas solo han contestado aduciendo los malos resultados que segun su opinion ha producido la libertad de comercio en Turquía y Portugal.

El ejemplo de Turquía desde luego se comprende que es *contraproducentem*, porque mal puede ser ejemplo de los malos resultados de la aplicacion del principio liberal un pueblo sometido al mas duro de los despotismos. Poco importa que en Turquía haya aranceles de aduanas liberales, si allí nadie tiene segura su propiedad, ni puede por consiguiente ser libre el trabajo en ninguna de sus esferas de accion, ni es posible saber si el impuesto ó cualquier otra exaccion destruirá en un día el fruto de una industria activa y productora. La intolerancia y el fanatismo musulman, el despotismo del gobierno turco y otras muchas causas de atraso que obran en Turquía, hacen que el ejemplo de esta nacion, lejos de ser argumento en prueba de los malos resultados de la libertad económica, es por el contrario prueba de los males que acarrea la restriccion y el despotismo. (Aplausos.)

Respecto á Portugal, uno de los proteccionistas mas distinguidos á quien aludo, y á quien no nombro porque ignoro si está presente, ha dicho que los productos de sus aduanas no progresan á pesar del régimen liberal de sus aranceles. Al efecto cita como prueba una estadística de los ingresos de Portugal desde 1849, en la que aparece que desde este año hasta el de 1853 hubo una disminucion notable, si bien desde 1853 á 1858 vuelve á notarse un aumento progresivo; pero el señor proteccionista á quien aludo no ha tenido presente que siendo una gran parte de los ingresos de aduanas portuguesas producto de los derechos que pa-

gan ciertos artículos destinados á hacer el contrabando con España, estos ingresos debieron disminuir desde ese año de 1849 en que el gobierno español hizo una reforma arancelaria que atrajo á la importacion legal gran cantidad de los artículos que venían de contrabando por la frontera portuguesa, despues de pagar sus correspondientes derechos en el reino lusitano.

Creo, señores, que tratando la cuestión en la esfera de los hechos, contesto á la acusacion que siempre nos dirigen los proteccionistas, de que no tratamos las cuestiones en el terreno de los números; pero aun en ese terreno, no acuden á esponer aquí sus opiniones cuando nosotros les citamos. Como escritores, vamos á los periódicos y tampoco en la prensa nos contestan, limitándose á publicar artículos y folletos, en los que entresacando tal cual frase de nuestros escritos, se apoderan de aquellas que mas les convienen, insistiendo siempre en que nosotros tratamos la cuestión en tésis general, y absteniéndose de impugnar los argumentos de hecho que les presentamos. Por esta razon, y ya que los proteccionistas se nos presentan á la manera de sombras fantásticas que parecen tocarse, y á las que nunca se llega á alcanzar, me voy á permitir esponer aquí algunos datos que he publicado en varias ocasiones, que nunca han sido contestados, y que en mi concepto resuelven la cuestión en ese terreno práctico que prefieren los proteccionistas. Estos datos se refieren á la competencia que los trigos rusos y norte-americanos pueden hacer á los españoles.

Si los trigos extranjeros pudieran inundar nuestros mercados hasta el punto de obligar á los labradores españoles á suspender el cultivo y dedicar sus tierras á otra produccion, un libre-cambista no vería en esto sino la prueba de que en España no se debían cultivar. Pero los proteccionistas que creen ó afectan creer que, una vez destruido un género de produccion, las fuerzas que en ella se empleaban no pueden aplicarse á otro mejor, aducen como gran argumento que el día en que la libertad del comercio de cereales se establezca en España, los trigos de Odessa, Dantzick y los Estados-Unidos mas baratos que los nuestros, vendrían á la Península, harían competencia á la produccion nacional, y la destruirían por completo, empobreciendo nuestro país. Voy á demostrar que, en término racional, esto no puede ser jamás exacto.

El término medio de los precios del trigo en Odessa y los puertos de Rusia es de 30 á 40 shelines por cuartera, cerca de 30 reales por fanega española. Vamos á ver cuánto cuesta el transporte de este trigo desde Dantzick á Odessa y Londres, teniendo en cuenta que si hay mayor distancia marítima desde los puertos del mar Negro á los ingleses, porque es preciso atravesar el Estrecho, la diferencia está sobradamente compensada, respecto á la pequeña economía que podríamos obtener en los fletes importando esos trigos en España, con la facilidad de retorno que tienen los buques que cargados de trigo van á Inglaterra y pueden volver igualmente fletados de otros productos. En cambio para venir de Dantzick á los puertos de España en el Mediterráneo hay que atravesar tambien el Estrecho. El resultado de la importacion en Inglaterra de 100 cuarteras de trigo, ó sean 500 fanegas castellanas compradas en Dantzick á 30 shelines... es por término medio, en tiempos normales, y cuando la regularidad de las operaciones mercantiles permite hacer el negocio en buenas condiciones, el siguiente:

importación por mes ó por año debía resultar necesariamente algo mayor. Este modo de hallar términos medios podrá ser muy hábil, pero no revela el respeto que los hombres de ciencia deben tener á los hechos de que se sirven en sus discusiones, y que deben presentarse tales como la mas imparcial observación los ofrece, y no mutilados ó desfigurados, para que se ajusten á las exigencias de lo que con ellos quiere demostrarse.

Lo mismo exactamente puede decirse del otro dato que yo presenté, relativo á la cantidad que esportan anualmente las naciones productoras de cereales. Nuestro adversario, para demostrar que esta cantidad es mayor que la que yo suponía, toma la esportación de Rusia en 1853, año extraordinario, la suma con la de los Estados-Unidos en 1856, año extraordinario tambien, y luego añade, aunque sin citar cifras, la esportación que se hace por los puertos del Báltico, como si estos puertos no fueran rusos, y no hubiesen ya sido tomados en cuenta. Lo repito, señores, ¿es esto serio? ¿Es permitido hacer estadística de esta manera? Los datos obtenidos así, ¿no son el resultado de un artificio inadmisibles, en vez de la expresión de la verdad? Los números que presentamos deben ser ciertos, cuando, solo desfigurando los hechos, pueden ser combatidos. Que hagan los proteccionistas sus cálculos por un período de muchos años, que busquen el término medio, si saben ó si quieren, y verán cómo vienen á parar á los mismos datos que presenté en la última reunión.

Ademas, para demostrar que las cantidades esportadas eran mayores que las que yo decía, hace nuestro adversario un raciocinio muy curioso. Quiere probar que el déficit permanente de las naciones donde la producción no basta para el consumo, es mayor que la cantidad que yo supuse esportaban las naciones productoras, y partiendo del principio de que la población está siempre en armonía con las subsistencias, asegura que los sobrantes de cereales han de ser iguales al déficit, y por lo tanto mayores que los números de los libre-cambistas. ¡Lastimosa confusión entre las subsistencias y los cereales! Los cereales son subsistencias, pero no constituyen todas las subsistencias, y se concibe perfectamente que el déficit en los cereales puede compensarse con otra clase de alimentos, como sucede en Inglaterra con la patata y las carnes. Inglaterra consume una cantidad de cereales mucho menor que la que consumiría si los encontrase á buen precio, y prueba de ello es que importa en los años de baratura todas las cantidades que se le presentan; habiendo llegado en algunos años sus importaciones á sumas inmensas, que todavía son menores que el verdadero déficit de su mercado, teniendo en cuenta su población y lo que en otros países consume cada individuo.

Pero lo mas notable es que, procurando probar que el déficit es mas considerable que la cifra de los sobrantes que yo presenté en la sesión última, los proteccionistas trabajan sin saberlo en favor de nuestra causa. En efecto, si en el estado actual del comercio de granos hay todavía necesidades no satisfechas, aunque la producción aumentase mucho todavía en los países que pueden hacer competencia al nuestro, no debemos temer que el exceso venga á los mercados españoles, donde ordinariamente no existe déficit; sería absorbido por las naciones que necesitan mas de lo que el comercio puede hoy proporcionarles.

Tales son las objeciones que se han dirigido á nuestros números. ¿Y sabéis qué consecuencia deduce de ellas el escritor proteccionista? Pues bien, asegura que si se decretase la libertad de comercio, vendrían todos los años á España de 8 á 10 millones de fanegas de cereales. Parece imposible que dejes de reconocer que durante una crisis, la

cual los precios se han duplicado, triplicado, y aun cuadruplicado, no han entrado mas que ocho y medio millones de fanegas, nueve si se quiere, se pueda formalmente asegurar que entrará la misma cantidad, cuando los precios descendan y esté el mercado en sus condiciones normales. No; si la libertad de importación se estableciera, en los años normales no vendrían mas que dos á tres millones de fanegas á las costas del Mediterráneo, con gran ventaja de los habitantes de esas costas que no deben vivir sacrificados á los intereses de la mal llamada protección. La justicia sería mas respetada, y la agricultura no perecería, porque no puede perecer con tan pequeña entrada, ni es la industria agrícola solamente el cultivo de los cereales. Ademas de que esa entrada proporcionaría salidas equivalentes, abriendo á nuestras industrias nuevos horizontes, de que hoy están privadas por la prohibición y el monopolio. (Aplausos.)

Es preciso, señores, que destruyamos esa prohibición y ese monopolio: es preciso que trabajemos un día y otro día por medio de esposiciones, por medio de artículos en la prensa, por medio de discursos para que desaparezca la legislación vigente sobre cereales; legislación absurda en teoría, irrealizable en la práctica, como lo demuestra de un modo evidente un hecho muy digno de apreciarse. Desde el año 34 hasta el día, no ha habido una sola crisis en que no se haya visto obligado el gobierno á suspender el real decreto, ley de cereales, sin aguardar la autorización de los Cuerpos colegisladores, porque la necesidad apremiaba y la legislación era impotente para el remedio. Conocéis el real decreto de 1834 tan bien como yo, y no es cosa de perder el tiempo examinándolo detenidamente. Pero voy á permitirme someteros una sola observación, que hace ver de una manera palpable cuáles serían los efectos de su aplicación en una crisis, si posible fuera dar entonces á sus prescripciones el debido cumplimiento.

Dice uno de los artículos del real decreto de 1834 que la importación solo se permitirá cuando el precio del trigo haya llegado á 70 reales, conservándose á esta altura durante tres semanas y en los principales mercados litorales de tres provincias limítrofes. Pues bien: supongamos que hubiera un gobierno tan rígido en la observancia de la ley que se empenase en sostenerla durante una crisis; supongamos que en una población importante como Barcelona pasa el precio del trigo de 70 rs.; supongamos á las clases trabajadoras como están siempre en esos conflictos, sin poder alimentar á sus familias, y que se presentan á la autoridad pública para que deje entrar el trigo que está allí cerca, en Marsella, en las Baleares, y figurémonos á la autoridad contestando á sus reclamaciones con el texto de la ley en la mano. «Es verdad, les diría, tenéis hambre, el precio ha pasado del límite fijado por el legislador para permitir que la libertad venga á disminuir los padecimientos de los consumidores. Hace una semana que os veo miserables y hambrientos; vuestras penas me parten el alma, pero no puedo permitir que entre el trigo extranjero, por dos razones: primera, que no hace mas que una semana que tenéis hambre, y la ley exige que esteis hambrientos durante tres semanas consecutivas. (Risas y estrepitosos aplausos.) Segunda razón, que es preciso que tengan hambre en Castellón y en Tarragona. (Nuevas risas y aplausos.) ¿No es esto soberanamente ridículo? Si, vuestra risa lo prueba, pero lo ridículo se convertiría en horrible, y la risa se cambiaría en indignación, si considerásemos á esos pobres trabajadores volviendo á sus casas, y les oyésemos repetir esa misma respuesta á sus hijos cuando llorosos y estendiéndose hacia ellos las débiles manos, les preguntasen si

traían pan para aplacar los horribles dolores del hambre. (Grandes aplausos.)

Los proteccionistas calificarán quizá mis palabras de exageraciones. Desgraciadamente aquí la exageración no existe, y para convencerse de ello bastaría que hubiese un gobierno bastante poco ilustrado para empeñarse en sostener la legislación durante una crisis. Quiera Dios que esto no suceda; quiera Dios que los gobiernos que tenga en lo sucesivo nuestro país, ya que no modifiquen la legislación vigente, como la razón y la experiencia lo reclaman, imiten la conducta de sus antecesores cuando la carestía de nuevo nos amenace.

No hay exageración. Para convencerse de ello basta examinar las tablas de la mortalidad de las clases inferiores, que sigue paso á paso los movimientos de los precios de las subsistencias, porque la subida del precio va siempre unida á la baja de los salarios, sucediendo lo contrario de lo que supone esa gran mentira del proteccionismo, según la cual los salarios suben ó bajan á medida que aumentan ó disminuyen los precios de las subsistencias. La escasez de los alimentos, que es una calamidad para todas las clases, lo es en mayor escala para las inferiores. La compra de las subsistencias absorbe mayores sumas; la venta de los otros productos disminuye, las fábricas, todos los ramos de la industria se paralizan, y siendo menor la necesidad y el pedido de trabajadores, el tipo de los salarios tiene que descender forzosamente. Mas tarde, si la crisis dura mucho, el salario podrá volver á subir y llegará á proporcionar con el precio de las subsistencias; pero ¿sabéis cuándo? Cuando la emigración y la muerte hayan aclarado las filas de las clases trabajadoras. Si sucediese lo que dice la escuela proteccionista, esas clases estarían á cubierto de todas las crisis sociales, y vosotros sabéis cuán diferente de los supuestos proteccionistas es la realidad que presenciámos. (Bien, bien.)

He molestado ya bastante vuestra atención (no, no) y me sentaría, sino fuese porque creo que antes de separarnos debemos protestar contra esa abstención de los proteccionistas, que no quieren aprovechar las ocasiones que les ofrecemos para que demuestren la verdad de su doctrina. Y es ahora mas extraño este retraimiento del debate, porque, según se dice, se ha formado una sociedad proteccionista con el objeto de combatir nuestros esfuerzos, probando que defendemos un individualismo anárquico, un materialismo sin vida, un cosmopolitismo quimérico y otras muchas cosas por el estilo. (Risas.) Ahora bien; esa sociedad debía estar aquí representada por algunos de sus individuos, porque este es el puesto de honor para ella.

Acaso me diréis que obro con alguna ligereza, acusando ya á la nueva sociedad de no cumplir con el primer objeto de esta clase de instituciones, porque su creación es muy reciente, y puede suponerse que se estará preparando para venir á combatirnos, y en la reunión próxima nos honrará con su presencia, ya que hoy no ha podido hacerlo.

Tal vez así suceda, y lo deseo ardientemente, pero no lo espero, porque he visto que en un artículo de no sé qué periódico, hablando de esa sociedad se nos dice que los individuos de ella no quieren espectáculos ruidosos ni buscan aplausos, lo cual significa que no celebrarán reuniones públicas á donde nosotros podamos ir. Entonces me preguntareis, ¿para qué se crea esa sociedad? Siento mucho no poder contestaros: yo no lo sé; yo no comprendo que se reúna una sociedad proteccionista sino con el fin de obrar sobre la opinión pública, contrarestando la poca ó mucha influencia que nosotros ejercemos. Si ha de limitarse á las manifestaciones de la prensa, la sociedad no hace falta, por-

que tanto como ella pueden hacer particularmente sus individuos.

Pero sea cual fuere el objeto de esa sociedad, me parece que antes de separarnos debemos darle un consejo leal: debemos decirle: si quieres que el país te respete, si quieres tener alguna influencia en la opinión pública, dirígete sin temor á ella, imitando nuestra conducta; recuerda que las sociedades que hoy no hacen esto, no viven con el espíritu de nuestro siglo; no te espongas trabajando en la oscuridad á que se te aplique el dictador de sociedad de buhos. (Risas.)

Debemos decirle también que si sus individuos no quieren venir á honrarnos con su presencia, nosotros iremos á discutir con ellos donde quieran, ahorrándoles el trabajo de venir aquí, sin incomodarnos porque no nos paguen la visita.

Yo, por mi parte, y creo que puedo ofrecer lo mismo en nombre de mis compañeros, estoy dispuesto y me ofrezco á presentarme á discutir en todas las reuniones públicas que quieran celebrar los proteccionistas.

Espero que oirá este leal consejo la nueva

asociación, teniendo en cuenta sus intereses al mismo tiempo que su dignidad, porque nuestro consejo es además un reto cortés, pero solemne, que le dirigimos á la faz del país que nos oye y ha de juzgarnos á todos. (Bien, bien.)

Y dejando por hoy al *Círculo económico español*, que creo se llama así, y por cierto que ese título me parece poco franco y casi de proteccionista vergonzante, porque también podría llamarse *Círculo y nuestra sociedad y económica y española (risas)*, que tanto derecho tenemos á estos títulos como nuestros adversarios; dejando por hoy al *Círculo* hasta que se constituya y sepamos lo que se propone hacer, concluiré repitiendo que es preciso que destruyamos la legislación vigente sobre cereales; que es preciso que cada uno contribuya por su parte con todas las fuerzas de que disponga, para que el gobierno siga la senda que ya hoy la opinión pública en esta cuestión le señala, y para que esa opinión se convierta á los principios de la libertad de comercio en todas las demás cuestiones industriales. Así adquiriremos títulos al apre-

cio de nuestros semejantes; títulos imperecederos, porque nuestra causa, además de ser la causa de la utilidad general, es la causa de otro principio más alto, del principio del derecho y de la justicia, cuyo triunfo podrá estar más ó menos lejano, pero es seguro; y todo el que haya puesto aunque solo sea un grano de arena en el edificio que ha de constituirlo y consolidarlo, podrá cerrar los ojos á la luz de la vida, diciendo: mi paso por la tierra no ha sido completamente inútil para la humanidad. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

El Sr. Presidente: Se levanta la sesión. Eran las cuatro menos cuarto.

Editor responsable, D. J. G. de Barreda.

MADRID 1860.

IMPRENTA DE LA ESPERANZA,

Á CARGO DE D. MIGUEL ARCAS Y SANCHEZ,
calle de Peralta, núm. 8.

SUPLEMENTO AL NUM 18 DE EL ECO DE LA LEY Y LA ESPAÑA JURIDICA.

(AÑO II.)

ASOCIACION PARA LA REFORMA DE LOS ARANCELES DE ADUANAS.

Sesion pública del día 15 de abril de 1860.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. D. LUIS MARÍA PASTOR.

Asunto de que se ocupó la Sociedad.—Introduccion de maquinaria, hierro y carbon extranjero.

Abierta á las dos menos cuarto, dijo

El Sr. Presidente: Señores: desde que tuvimos el gusto de reunirnos la última vez, muy poco interesante puedo comunicar á ustedes acerca de las interioridades de la Asociacion. Esta continúa recibiendo constantemente demostraciones de adhesion de todas las provincias.

La junta directiva ha seguido haciendo el estudio de los 1,300 artículos de que consta el arancel, trabajo de suyo muy engorroso, y al cual se dedica con especial preferencia, porque es la única manera de reunir convenientemente todos los datos necesarios para que la Asociacion pueda hacer al gobierno de S. M. las oportunas reclamaciones.

Pero si en el interior de la Asociacion nada ha ocurrido que sea digno de ponerse en conocimiento de la misma, en cambio en el exterior de ella han tenido lugar dos importantes acontecimientos. Es el primero el tratado de comercio celebrado entre Francia é Inglaterra. Este grande acontecimiento, que no lo es solo en sí mismo, sino que también porque revela que la Francia ha entrado, aunque no de lleno, en el sendero del libre-cambio, si bien á primera vista parece que no ha de influir notablemente en España, es en mi concepto de la mayor importancia. Todos los que me escuchan saben que existen en nuestro país muchas personas de grande influencia, para quienes el ejemplo de lo que pasa en el vecino imperio es una razon poderosísima para obrar, y que creen sinceramente que conviene desde luego aceptar las reformas allí planteadas.

Quizás no han sido hasta ahora para nuestra nacion muy ventajosas, al menos en mi humilde opinion, las que de allí se han importado; pero podríamos obtener una segura compensacion si imitásemos en este caso el ejemplo, acercándonos hacia el libre cambio. Hay además otro motivo que nos debe dejar satisfechos, y es que habiéndose adoptado en gran parte los principios libre-cambistas en una nacion tan rica, tan adelantada, tan poderosa y tan grande como la Francia, se han de desarrollar allí naturalmente los gérmenes de la riqueza pública, y, por consiguiente, no tardarán en conocerse las inmensas ventajas de semejante medida; y debiéndose tales resultados allí á los principios en que se funda el tratado de comercio, de inferir es que nosotros también procuremos alcanzarlas adoptándolos mas tarde ó mas temprano.

Por otra parte, una de las consecuencias mas trascendentales de esa medida es que

la España se queda ya, digámoslo así, separada, aislada de las demas naciones de Europa en esta parte. La Inglaterra sigue con perseverancia su marcha de reforma económica: su arancel va á quedar reducido á cuarenta artículos. Bélgica, Alemania, Holanda, Suiza, Rusia, siguen también el camino del libre-cambio, y hace algunos años que continuamente están reformando en este sentido sus aranceles. Es imposible que nosotros permanezcamos aislados y mudos espectadores á vista de esos ejemplos.

El segundo acontecimiento importante es la formacion de un Circulo económico creado en Madrid, á lo que parece para contener los estragos que está haciendo el libre-cambio. Estas creo que son las espresiones testuales que se han empleado. Nosotros podríamos felicitarlos grandemente de este acontecimiento si tuviéramos la esperanza de que ese Circulo ó sus mantenedores habian de venir aquí á discutir con nosotros ó admitirnos en sus reuniones á que discutamos con ellos. Pero no abrigo la menor esperanza de que esto suceda; y respecto de esto, tengo que hacer una breve advertencia. Ayer se publicó en un periódico el siguiente párrafo:

«Mañana á las tres de la tarde celebran junta general los individuos del Circulo económico español en los salones de la Asociacion de ganaderos del reino, sito en la calle de las Huertas. Para el mismo dia, como saben nuestros lectores, ha sido diferida la sesion que en la Bolsa debian celebrar los individuos de la Asociacion para la reforma arancelaria, motivo por el cual los proteccionistas que se hallaban decididos á sostener sus principios, no podrán discutir con los libre-cambistas.»

Podría inferirse de la lectura de este suelto que la Asociacion habia diferido la celebracion de esta junta por temor de que acudiesen á ella los proteccionistas. Esto es completamente inexacto; mucho antes de que se supiera la reunion de ese Circulo anunciada para hoy, se habian circulado las papeletas de convocacion para esta reunion, en las que terminantemente se invita á la discusion á cuantos gusten tomar parte en ella; pues dicen así:

«Esta Asociacion celebrará, con el permiso de la autoridad, una reunion general el domingo 15 de abril á la una de la tarde en el local de la Bolsa de Madrid, para discutir sobre la conveniencia de que se reforme la legislacion vigente relativa á la introduccion de carbon, fierros y maquinaria.

La Asociacion invita á tomar parte en el de-

bate á todas las personas que puedan ilustrar el asunto con sus conocimientos.»

Por consiguiente, si esos señores no han concurrido á esta reunion, no ha sido por culpa nuestra; la Asociacion los ha invitado y los invitará siempre porque nosotros queremos que vengan; pero no vienen, y mucho temo que no vendrán nunca; y lo temo, señores, porque considero que su causa no es para discutida, que su causa no es defendible en público. La proteccion puede defenderse en el fondo de un gabinete haciendo fórmulas y sofismas que forman una serie de argumentos ajenos al fondo de la cuestion, aceptables solo para aquellas personas que no la profundizan, ó á quienes el interés los hace aparecer de otra manera; pero esos argumentos son como la cera que se derrite en el momento que se presentan á la luz, y los argumentos proteccionistas se deshacen á la de la discusion. Por eso temo que los proteccionistas no concurrirán jamás á este terreno; y si así no fuese, sería para mí una gratísima sorpresa, porque yo quisiera efectivamente engañarme, desearia que los proteccionistas concurriesen aquí á sostener sus doctrinas, que se presentasen al debate, que obrasen como ha obrado la Asociacion. Todos los señores concurrentes lo recordarán: desde el momento que tratamos de defender una doctrina vinimos á este sitio, y aquí, en público, con la puerta abierta á todo el mundo, empezamos á deliberar, por qué veníamos á defender la causa de todos, la causa de la libertad y la justicia para todos. Cuando se sostienen doctrinas de tamanía importancia, se procede siempre así; reunirse á puerta cerrada de terminado número de personas, negando la entrada á las que no piensan como ellos, es demostrar que allí no se puede hablar con franqueza, con confianza; es dar á entender que allí no se sustentan las verdades de la ciencia, sino los intereses de determinadas personas. (Muy bien.)

El Sr. Mollinedo: Pido la palabra.

El Sr. Presidente: La tiene V. S.

El Sr. Mollinedo: Quisiera que el señor presidente se sirviera contestarme á una pregunta. Así como la Asociacion ha invitado á tomar parte en la discusion á los que sostienen ideas contrarias á las que nosotros defendemos, ¿ese llamado Circulo de los proteccionistas permite que nosotros vayamos á él para sustentar entre ellos nuestras doctrinas? Esto es lo que desearia saber, pues en caso afirmativo creo que la Asociacion entera debe trasladarse y se trasladará al Circulo de nuestros contrarios.

El Sr. Presidente: Contestaré al Sr. Molli-

nado que en el hecho de no haber recibido la Asociación invitación ni escitación de ninguna clase, en el hecho de no haber tenido noticia de esa reunión del *Círculo* sino de una manera vaga y de no haber este obrado como la Asociación, que ha invitado públicamente a sus adversarios a tomar parte en la discusión, es claro que los proteccionistas no permiten la entrada en el local de sus conferencias mas que a los partidarios de sus doctrinas.

Terminado este incidente, voy á manifestar á la Asociación la orden del día y las razones por que la hemos elegido. Señores, hoy vamos á tratar de carbones, hierros y máquinas; en esto la junta directiva ha sido lógica. Empezamos nuestras tareas tratando de la ley de cereales, es decir, ocupándonos del pan, que constituye el alimento de la vida material; continuamos examinando la cuestión de la conveniencia de rebajar los derechos que pesan sobre el papel, que puede considerarse como el pan de la inteligencia, y hoy sometemos al debate la necesidad de la misma reducción respecto á carbones, hierros y máquinas llamadas propiamente el pan de la industria. El hierro necesita al menos un 50 por 100 de carbon para su fabricación, las máquinas necesitan de hierro, y máquinas, carbon y hierro constituyen el medio de alimentar y atender á todas las necesidades del hombre. Desde la casa en que vivimos, la cama en que dormimos, el cuchillo con que partimos el alimento, la navaja con que nos afeitamos; desde la pequeña aguja con que las señoras hacen sus delicadas labores hasta la locomotora que transporta á largas distancias instantáneamente los efectos de comercio; desde el compás y el bistor del hombre científico hasta las herramientas de casi todos los oficios, en todo entra el hierro como principal elemento de la fabricación. Por eso hemos creído que, siguiendo el orden lógico de las cuestiones, corresponde el tercer lugar, entre las que deben llamar nuestra atención, á los hierros.

Pero, señores, hay en esta ocasión una particularidad muy digna de notarse. Nos hemos lamentado siempre de que no hayan venido aquí nuestros adversarios á defender sus principios, á esponer los fundamentos en que se apoyan sus doctrinas: pues bien, por una de esas casualidades que acontecen en la vida, y aunque no podía presumirse que sucediera, se va á presentar uno á sostener los principios proteccionistas con aplicación al carbon, como interesado que es; mas no por sí, sino en representación de otros. Ese adalid es nada menos que el presidente de la Asociación.

Si, señores: el que tiene la honra de dirigiros la palabra es dueño en una gran parte de una mina de carbon: por consiguiente, en cuanto se trató de reclamar la atención del gobierno para hacer desaparecer los derechos sobre los carbones extranjeros, pueden conjeturar los señores que me escuchan el efecto que esto produciría en mis consocios. Así es que éstos me decían: «Ya que la suerte nos ha deparado la singular coincidencia de tener entre nosotros nada menos que al presidente de la Asociación libre-cambista, ¿no podremos esperar que se haga una escepcion en favor nuestro? ¿No podrá tratarse de otro asunto? ¿No podrá ocuparse esa corporación de todo lo demás, dejando esta cuestión por ahora? Los carbones constituyen una industria escepcional: no son como esas industrias malamente llamadas nacionales que se desarrollan con máquinas traídas de Inglaterra, que se ejercen con operarios venidos del extranjero y que necesitan de productos ó primeras materias del extranjero tambien. Nada de eso: los carbones forman una industria verdaderamente nacional, existen en las entrañas de nuestro país, son buenos, los obtenemos de excelente

calidad y los vendemos extraordinariamente baratos. Merecen, por tanto, cierta predilección. ¿Y es posible, añadan, que no haya V. escarmentado todavía; V. que ha sido víctima de esos principios del libre-cambio? ¿Es posible que aun insista V. en defenderlos sin perdonar esa misma industria del carbon en que tanta parte tiene?...»

Ahora me tomaré la libertad de molestar á la Asociación, participándole el hecho á que se referian mis amigos, porque de él puede deducirse efectivamente un poderoso argumento aplicable al caso presente. Así como hoy soy dueño de una mina de carbon, en el año 41 fui tambien participe en grande escala de una fábrica de papeles pintados, cuando á la sazón no habia mas que otra en Madrid, y esa sumamente atrasada, pues se hallaba montada como las del siglo pasado, sin haber adoptado los adelantos posteriores. Como no éramos mas que dos los productores de papel pintado, fácilmente nos pudimos poner de acuerdo: entonces se despachaban de 40 á 50,000 rollos de papel, y se conseguían no escasas ganancias, no obstante los gastos considerables que teníamos que hacer, pues era enorme el coste del papel blanco que era preciso comprar en Valladolid y trasportar á Málaga, donde habia de hacerse la fabricación. Pero en fin, á pesar del gasto, se ganaba no poco, porque se vendia á bastante precio. Pero quiso la suerte que viniera un libre-cambista que pudo alcanzar una reforma, por la cual en este punto se disminuyeron tan considerablemente los derechos impuestos, y que eran á la sazón equivalentes á la prohibición, que de hecho vinieron á quedar rotas las barreras proteccionistas, y desde aquel momento, como que se facilitó la introducción, vino lo que tanto temen los proteccionistas: la inundación del papel extranjero. Sabido es que esta industria está en París mas adelantada, y por consiguiente puede exportar mayor suma de productos á un precio muy bajo, por una consideración muy obvia. Una vez facultada la introducción del papel pintado, como en París se hacia una fabricación tan considerable que escudía de las necesidades del consumo, y era preciso adoptar continuamente mejoras que aumentasen la venta, escitando con la variedad el gusto de los consumidores, todos los años se elaboraba el papel con nuevos moldes; y entonces ese resto, ese saldo que resulta y que solo representa un exceso en los beneficios obtenidos, pueden darlo á cualquier precio, y en el momento en que se encontraron los fabricantes ese boquete abierto lo trajeron aquí y lo vendieron de cualquier modo, en términos de que el papel que estaba en París á 40 francos la pieza, se dió en Madrid al año siguiente á dos duros, despues de haberse aumentado los gastos de trasporte, derecho y demás. La consecuencia era natural y no podia sorprendernos; nuestra empresa se arruinó. Éramos cuatro socios que teníamos en ella sesenta mil duros, de los cuales me correspondían una gran parte; y la representación de ese capital se encuentra hoy hacinado en unos centenares de rollos en el desvan de mi casa. Esto, á primera vista, es doloroso, y no debe extrañarse que al recordármelo mis consocios actuales les pareciera el argumento concluyente; pero, á pesar de todo, yo les replicaba: verdad que yo perdí en aquella especulación doce ó catorce mil duros por efecto de la adopción de la doctrina del libre-cambio; es verdad que dos ó tres hemos perdido; ¿pero el país no ha ganado? Indudablemente. En lugar de los sesenta mil rollos de papel que entonces se producían, se venden ya trescientos ó cuatrocientos mil: si antes se vestía de papel una habitación como una casa de lujo, hoy se viste toda la casa, desde el salón hasta la escalera: en vez de las dos fábricas que enton-

ces existían, se han creado otras, y en vez de una tienda donde se vendía papel, hay ya cuarenta en Madrid y otras en las provincias. Por consiguiente, nosotros perdimos personalmente una suma considerable; pero el país ha ganado, y hoy el propietario que antes necesitaba mil duros para adornar unas cuantas habitaciones, gasta apenas 10,000 reales para vestir una casa entera. De forma que la generalidad ha ganado; dos ó tres hemos perdido. Luego considerada la cuestión con la elevación conveniente y la imparcialidad debida, hay que confesar que la reforma del arancel por la cual ha sido permitida la introducción del papel extranjero, ha sido útil y beneficiosa para esta industria en sí misma, y, sobre todo para el país en general: otro tanto sucederá siempre que la reforma tenga que arrollar una industria violentamente planteada. (Bien, bien.)

Sin embargo, insistiendo mis consocios en su propósito, hemos hecho una transacción, que consiste en que yo esponga aquí leal y francamente los argumentos que tienen para oponerse á cualquier rebaja, por ahora, en los derechos de introducción de los carbones, para que la Asociación decida sobre la validez de sus razones y las del sistema contrario. A mí se me ha dicho: «no podemos sostener la competencia con los carbones ingleses por varias causas: primera, porque los ingleses trabajan en una grandísima estension, su consumo es inmenso, cuentan por toneladas lo que nosotros por arrobas, y sus gastos, por consiguiente, son pequeños respecto á la totalidad de los productos; segunda, porque los ingleses tienen sus minas á la orilla del mar, y medios fáciles de trasportes, y nosotros carecemos de ferro-carriles para trasladar desde la costa al interior nuestros carbones, y tercera, porque los ingleses tienen máquinas perfeccionadas, buenas herramientas, mientras que para nosotros, en cambio de todo esto, hasta el simple aguzamiento de esas mismas herramientas es un gasto de consideración por el gran coste del acero, cuando á los ingleses es esta atención imperceptible. De manera que nos es de todo punto imposible sostener la competencia.» Tales son los argumentos que se me han hecho y que yo presento á la consideración de la Asociación sin esforzarlos ni disminuir su fuerza, sino con imparcialidad y en su desnudez.

Voy ahora á indicar la contestación que desde luego les he dado. Resumidas las consideraciones de nuestra desventaja, resulta que no competimos con los extranjeros porque no tenemos ferro-carriles, ni máquinas, ni consumo. Pues bien, ¿cómo tendremos mayor consumo, máquinas y caminos, con la protección ó con el libre-cambio? Esta es la cuestión. Si la protección nos da vias férreas, y hierro barato, y máquinas, estoy por la protección; pero en caso negativo, no puede negarse la ventaja del libre-cambio. Ahora bien: respecto á caminos no hay mas que dejar hablar á la experiencia, no hay mas que observar lo que está á la vista de todo el mundo. Señores, los ferro-carriles, esto es sabido, no hubieran podido construirse sino apelando á eximir de derechos de introducción al hierro que en ellos se empleara; de consiguiente, ¿quereis tener caminos? pues venga el libre-cambio. ¿Quereis tener hierro barato y máquinas? pues bien, como las máquinas se hacen del hierro, y el hierro con el carbon, si el carbon está barato, os daremos fácilmente hierro barato y herramientas baratas; pero la protección con sus derechos encarece el carbon, y de aquí que escasee el hierro y que no haya máquinas.

En cuanto á la estension del consumo, ¿en qué circunstancias será mayor, con carbones baratos ó con carbones caros? La contestación es terminante. Si se abre la puerta á los productores ingleses, vendrán, es cierto, miles

de toneladas de carbon. Pero, ¿vendrán regaladas? No, señores, vendrán para alimentar nuestras fábricas, y habrá mas producción de hierro, y por consecuencia se aumentará el consumo, y en vez de cien mil quintales se consumirán cien mil toneladas. Es pues evidente que con la rebaja de los derechos del carbon y el hierro, este país cambiara completamente de faz.

Yo podría hacer una demostración minuciosa, pero como no quiero ocupar largo tiempo la atención de la junta, me limitaré a presentar brevísimas consideraciones. Tengo de antiguo reunidos algunos datos que entregaré a los taquígrafos para su publicación, y sobre ellos voy a hacer, aunque ligeras deducciones, las suficientes, sin embargo, para convencer a la reunion de la excelencia de nuestra doctrina. Señores: siempre que se trata de estas cuestiones, se habla de proteger los intereses creados, y este es el poderoso argumento a que apelan en son de triunfo nuestros adversarios. Pues vamos a estudiar esos intereses. Veamos quiénes y cuántos son los interesados en el carbon barato y en el carbon caro, en el hierro barato y en el hierro caro, y para esto basta hacer una comparación fundada en datos oficiales, auténticos,

irrebatibles, puesto que están sacados de la estadística publicada por las direcciones del ministerio de Hacienda:

Interesados en el hierro caro.

	Núm.	Rs. vn.	Cén.
Altos hornos.	14	19,600	»
Demenor importancia	111	51,800	»
Hornos de fundicion de hierro.	4	747	»
Hornos de segunda fundicion de id.	50	46,666	»
Ferrerías de afinar y estirar hierro con martinets y cilindros.	55	29,983	»
Id. de preparacion de id. para clavos, herraduras, etc.	3	3,500	»
	237	152,296	»

Total 237 interesados que pagan al país por contribucion 152,000 y pico de reales. Vamos a ver ahora los interesados en el hierro barato:

	Número.	Rs. vn.
Talleres en que se usan tornos y plataformas para cepillar piezas de hierro.	19	44,333
Idem para hacer mecánicamente clavos, tachuelas y puntas de Paris.	37	6,183
Idem de construccion de clavos a mano.	65	15,167
Idem de arcos, camas, cunas y otros objetos.	20	28,000
Idem de hebillas, corchetes ó alfileres de hierro.	1	467
Almacenistas por mayor de hierro y acero.	123	241,418
Mercaderes de ferreteria y quincalla, á saber:		
Tiendas de alambre, obras de ferreteria, etc.	320	182,630
Idem constructores ó mercaderes de estufas y chimeneas.	647	402,535
Idem de instrumentos de matemáticas.	36	15,656
Idem de cuchillería y navajas.	151	30,628
	1,154	631,449

Mercaderes ambulantes de hierro y acero.	266	9,310
Artes y oficios sobre objetos de hierro y acero, á saber:		
Armeros.	520	38,593
Herreros.	15,453	695,417
Cerrajeros.	1,261	74,718
Caldereros.	1,070	62,857
Romaneros.	24	1,747
	18,328	873,332

Sastres.	6,698	588,454
Modistas.	95	10,705
Casulleros.	11	2,975
Bordadores.	29	11,456
Cotilleros.	133	13,638
Encajeras.	32	9,392
Pasamaneros.	61	21,065
Cordoneros.	276	58,830
Tapiceros.	16	11,468
Pertenecientes al arte de albanilería.	5,729	257,070
Artes y oficios de imprenta, librería y encuadernacion.	1,009	498,796
Otros oficios como estereros, barberos, peluqueros, etc.	7,723	319,254
Carniceros, castradores, etc.	6,601	380,727
Profesores de cirugía, dentistas, callistas, albéitares, etc.	21,773	2,445,249
Maestros de obras de albanilería.	1,730	168,735
Carpinteros, ebanistas y demas que trabajan la madera.	20,038	1,214,463
Zapateros.	11,808	645,119
Guarnicioneros.	1,038	75,049
Alpargateros, albarderos, etc.	4,924	219,816
Industria de trasportes, coches, carros, caballerías, etc.	26,074	785,895
Porteadores con caballerías mayores y menores.—Por cuenta propia, contribuyentes con 60,519 caballerías.	29,650	2,004,055
Por cuenta ajena; contribuyentes con 51,874 caballerías.	24,271	515,466
Colonos.	595,635	107,000
	785,367	12,107,339

Total, 785,467 interesados que pagan de contribucion mas de 12 millones.

Pero debe observarse que estos son los interesados en primer término que son la multitud de comerciantes, fabricantes y consumidores de hierro en grande escala, y los infelices que viven de diferentes oficios ó profesiones que necesitan para su uso de herramientas, en cuyo caso se encuentran los carpinteros, herreros, zapateros, y en fin, señores, hasta individuos del bello sexo, como las modistas (*Risas.*) Sí, señores, porque todos ellos, cual mas cual menos, necesitan para el ejercicio de sus profesiones de instrumentos en cuya fabricacion entra el hierro; pero además la carestía de estos objetos refluje en toda la masa de consumidores, de manera que el mal de la exorbitancia del precio recae sobre casi todas las clases de la sociedad, si no todas, pues hasta los dueños de casas hacen un gasto de un 10, 12 ó 15 por 100 en las reparaciones de las mismas, y mas aun en su construccion, gasto que en último término vienen a pagar todos los inquilinos. Resulta, pues, que están interesados en la carestía del hierro poco mas de 150 entidades que pagan por contribucion ocho mil duros escasos, lo cual indica que, ó esos señores representan un capital muy pequeño y una produccion respectivamente exigua, cuando á tan corta cantidad ascienden sus utilidades, que, como es sabido, son las que sirven de base para la imposicion de los tributos, ó, lo que es increíble, y yo no supongo, defraudan al Estado ocultando su verdadera riqueza, y entonces habria aquí una mala fe y una nueva injusticia irritante en hacer que las cargas publicas sean menos graves para los mas favorecidos, mientras la mayoría de contribuyentes son perjudicados, porque, pudiendo buscar los artículos de hierro y las primeras materias para su produccion en el extranjero donde podrian adquirirlas á precios módicos, tienen necesariamente que tomarlas á otros excesivamente elevados que encarecen sus productos con daño de los propios intereses del fabricante, y mucho mas de los consumidores. (*Bien, bien.*)

Vamos ahora á examinar la cuestion en su mayor generalidad; para poder apreciarla en toda su importancia.

El consumo de hierro en España no se puede fijar de una manera absoluta, porque no existen datos reunidos en que poderse apoyar; sin embargo, tengo uno aproximado; y como pienso quedarme muy corto en las aplicaciones, me parece que no se podrá tacharme de exagerado, ni rechazar el supuesto de mi argumentacion.

En la informacion parlamentaria que tuvo lugar para la reforma del arancel intentada en 1855, acudieron todos los interesados en ferrierías y altos hornos (porque á eso siempre acuden). Allí manifestaron todos sus argumentos, y recuerdo que uno de aquellos señores dijo que el hierro inglés habia logrado *asomar la cabeza en España, pero que no habia metido el cuerpo*; de donde inferí yo, que si la metáfora era exacta, se habia introducido la quinta parte del consumo, porque esa es la proporcion que guarda respecto á estension la cabeza con el cuerpo. (*Risas.*) No trato de tomar el argumento así; pienso suponer que no sea mas que la cuarta parte. Pues bien, si por esta cuarta parte se han introducido este año ciento setenta mil quintales próximamente, segun aparece en un estado que he formado, y entregaré para su publicacion, sacado de la estadística oficial publicada por la direccion de aduanas, quiere decir que el total del consumo era poco mas ó menos por valor de unos 600 millones de reales. Es decir, que esta no pequeña cantidad es lo que el país invierte en el hierro que necesita para cubrir todas sus atenciones. De este hierro le suministra una cuarta parte el extranjero, por cuya introduccion

se pagan sesenta millones de reales que percibe el Estado. El hierro está cargado de una manera exorbitante, como os demostrará alguno de nuestros amigos. Hay artículos en que se paga un 200 y un 300 por 100; pero yo solo tomaré los datos oficiales del gobierno, y según lo que de ellos aparece, resulta que han entrado en 1858, en diferentes partidas del arancel, por una suma de 127 millones de reales por los derechos, de la cual se han pagado 64 millones de reales, escluidas las máquinas, lo cual da un término medio de 50 por 100.

Pero como se observará en el estado á que me refiero (1), y en el cual no he incluido el alambre, los artículos mas importantes como son el hierro batido y forjado en barras de una pulgada de grueso al menos, el colado y labrado en balcones, candelabros, planchas para la ropa, cuyas dos solas partidas forman mas de la mitad del total de la introducción, pagan 63 y 66 por 100; debiendo tenerse presente tambien que los valores están exagerados, como que se han aumentado á ellos los gastos hasta el puerto.

¿Cuál es el resultado de esto? Que de esos 600 millones de que el país no puede traer del extranjero mas que la cuarta parte, los 400 millones restantes los suministra nuestra industria; pero como esos artículos están recargados con tan fuertes derechos, que yo no quiero suponer mas que de un 50 por 100, la consecuencia natural es que los efectos manufacturados se vendan en España lo menos por el doble de lo que deberían valer

sin la protección, obligando al país á dar 600 millones por una cosa que debería obtener por 300.

Pero no es eso solo: si al menos eso que el consumidor pierde lo ganaran otros, por ejemplo, los mismos protegidos ó el Estado, habría compensación. Pero no es así; el consumidor pierde 300 millones, el Estado solo saca de ellos los 60 millones que cobra por entrada de esos artículos; y de los 240 millones restantes solo se aprovechan 20 ó 30 millones los privilegiados, porque como hacen el hierro con carbones recargados que les cuesta doble de lo que valen, les sale su construcción mucho mas cara, y vendiendo por un precio doble del que obtendrían sin la protección, no ganan sino 10, 12 ó 20 por 100; de modo que sin la protección de los 600 millones que hoy se gastan en hierro podrían ahorrarse 200 ó 300, quedando otros 200 millones que podrían dedicarse á otras industrias.

Concluyo, pues, con que como productor y á pesar de las razones que aleguen mis compañeros, deseo y pido que se quiten todos los derechos del carbon, y que se rebajen, como es justo, los del hierro: y tengo el convencimiento íntimo de que lo que me ha pasado á mí pasará á otros quince ó veinte, es decir, que algunos perderán en un caso dado, porque su industria no se encuentra establecida sobre buenas bases; pero que en cambio ganará siempre el país con la libertad de la contratación, pues es la única manera de que entre desde luego en vía de progreso. He dicho. (*Muestras de aprobación.*)

zas, que son bien escasas, en la justicia de la causa que defiende.

Por otra parte, como nos ha dicho muy bien nuestro digno presidente, la cuestión no ofrece novedad alguna para los que concurren á este sitio. En esta sesión, cuarta que la Asociación celebra despues de constituida, se va á hacer una cuarta edición de las doctrinas proclamadas en las tres anteriores, de los clamores arrancados desde este sitio por algunos de mis dignos compañeros. Venimos pidiendo pan desde los primeros momentos, y hoy repetimos la demanda.

Empezamos, bien lo sabeis, pidiendo pan material para todas las clases; aquí se espusieron razones evidentes en pro de la necesidad urgente de modificar nuestra ley de cereales; con la lógica inflexible de los números se hizo ver que nuestra agricultura no puede sufrir menoscabo con esta mejora; hicimos, por dos veces, una esposicion al gobierno llamando su atención sobre este asunto de vital interés. Abrimos despues la discusión relativa á la conveniencia de dar mas franquicia á la introducción del papel extranjero, porque nuestras fábricas no son suficientes á cubrir las necesidades siempre crecientes de nuestro desarrollo intelectual; nos dirigimos tambien al gobierno pidiendo pan para el pensamiento, y hoy con el mismo afán, con el mismo ardor, con igual convencimiento venimos á pedir pan para la industria. Ya lo veis; los libre-cambistas no han hecho hasta aquí otra cosa que pedir pan, y siempre pan.

Y triste es decirlo! la junta directiva de la Asociación tiene el convencimiento de que esta vez sus peticiones tendrán el mismo éxito que en las anteriores, sabe de cierto que no han de ser atendidas: tiene el íntimo convencimiento de que se cansa en balde llamando á una puerta de hierro, á través de la cual solo encuentra oídos de mercader, pero no por eso cesará de dar alabonazos. La Asociación marchará siempre con afán y perseverancia, sin desmayar jamás, hacia el fin que se ha propuesto, que no es otro que el de difundir por todas partes las sanas ideas económicas, que han de hacer un día la felicidad de este país tan ávido de mejoras materiales como cansado de luchas fratricidas y fanatizado por falsos errores. Hé aquí por qué, aun á trueque de ser señalados como molestos y monótonos, y de incurrir en el epíteto de constantes pediguños, venimos pidiendo una y otra vez pan para las clases pobres, pan para el pensamiento, pan para la industria. (*Bien, bien.*)

Que nada hemos merecido en nuestras peticiones al gobierno, bien lo sabeis: hasta ahora se ha mostrado sordo á nuestros clamores; las esposiciones que habeis firmado han quedado archivadas, relegadas al olvido. La ley de cereales es la misma que combatíamos aquí con energía; consta de los mismos artículos y prescripciones que tenía antes de estender desde este sitio ideas salvadoras; las clases pobres, que son las que han de reportar mas ventajas de la modificación que anhelamos, están hoy como estaban antes á merced de las malas cosechas, y solo se espera, quizá, para alterar la legislación vigente respecto á cereales, á que el hambre con su descarnada mano llame á nuestras puertas, con todos los horrores que mi digno amigo el señor Rodríguez ha manifestado en las dos sesiones en que tratamos de este asunto, con la brillantez que todos admiramos.

Y en la cuestión del papel hemos adelantado algo? Además del escándalo que dijo el señor Presidente habíamos presenciado y dado al mundo entero de no poder publicar con la profusión que se deseaba, por falta del papel suficiente, la célebre sesión en que se declaró la guerra al imperio marroquí, han ocurrido posteriormente otros hechos no me-

(1).	Cantidades.	Valores.	Importe de los derechos.	Tanto por 100 del valor.
Hierro batido y forjado en barras al menos de 1 pulgada de grueso, quint.	677,491	54.199,280	34.346,369	63'458
Colado en balcones, candelabros, planchas para ropa. id.	113,210	13.585,240	8.948,188	65'868
Forjado en manufacturas ordinarias. piezas.	25,843	6.263,360	3.853,461	61'524
Batido y forjado en barras de menos de una pulgada grueso. id.	61,263	5.882,400	3.551,411	60'374
Colado en lingotes. id.	341,095	5.409,836	3.353,461	61'908
En aroslejes para pipería. id.	"	8.974,335	3.228,849	35'97
Herramientas para artes y oficios. . . id.	"	9.008,712	980,468	10'884
En clavos y tachuelas desde 25 líneas en adelante. id.	20,480	2.560,000	1.268,402	49'54
En id. id. hasta 25 líneas. id.	"	1.602,400	710,124	41'358
Labrado en candados, bocados, cerraduras, etc. id.	"	3.688,250	758,100	20'550
En planchas llamadas toles. id.	"	1.239,600	413,302	33'339
En anclas, cables y cadenas. id.	"	2.507,785	367,606	14'702
Aceros fundido en barras y de cementación. id.	"	2.835,875	606,999	21'404
Navajas, cortaplumas, cuchillos, trinchantes de todas clases en dos partidas. docenas.	172,799	3.481,537	571,084	16'253
Agujas de todas clases y tijeras para costura. id.	116,039	3.186,310	501,816	16'064
Camas. unidades.	21,237	1.099,890	286,539	26'109
Palas. docenas.	42,783	684,628	186,826	27'294
Colado ó forjado en muelles, guadañas, rejas de arar y cadenas de ronzal. quintales.	2,245	577,300	158,679	27'483
En tubos. id.	10,483	704,055	129,740	18'470
Máquinas. id.	118,604	40.381,027	1.622,442	4'017

Si hubiese algun señor proteccionista que quisiese tomar la palabra y decir algo contra lo que yo he espuesto, todos tendríamos mucho gusto en oírle, y así se animaría el debate. (*Momentos de pausa*)

El Sr. Monasterio: Pido la palabra.

El Sr. Presidente: Puesto que no hay ningun proteccionista que hable, tiene la palabra el Sr. Monasterio.

El Sr. Monasterio (ingeniero de minas): Señores: la cuestión que está hoy sometida al debate es una de aquellas cuestiones tan claras y sencillas, que no se necesitan grandes esfuerzos para llevar el convencimiento,

si ya no lo tiene, al ilustrado auditorio que nos favorece, ni há menester, para ser comprendida en todas sus fases y consecuencias, de las galas de la elocuencia, con que según los proteccionistas, vestimos nuestras doctrinas para deslumbrar al público con brillantes y utópicas teorías. Hoy se trata de una cuestión práctica, una cuestión puramente de números, cuestión grave y severa, como lo son todas las cuestiones de estadística. No estrañéis, pues, que quien mas carece de dotes oratorios ose hoy levantarse á tomar parte en el debate, á esponer lealmente sus opiniones, confiados mas que en sus propias fuer-

nos censurables. La prensa toda nos ha denunciado no hace muchos días que ha habido periódico de provincias que ha tenido necesidad de imprimir los números en papel de color, á guisa de cartel de teatro, por falta de papel blanco en que poderlo hacer y que ha habido otros que han tenido que tirarse en papel mas reducido, por no encontrarse en los almacenes igual al en que venían haciendo sus tiradas. ¿Podrá estar mas justificada la necesidad de abrir las fronteras al papel, venga de donde quiera?

Con estos antecedentes, ¿qué clase de esperanza podemos abrigar de ser atendidos esta vez? Ninguna ciertamente; pero no importa: si no hallamos hoy el remedio del mal que nos aqueja, no por eso desmayaremos; sufriremos el dolor con calma, y procuraremos ganar terreno en la opinion, seguros de que mas ó menos tarde la llaga encontrará el bálsamo cicatrizante.

Entrando ya en el fondo de la cuestion que hoy se somete á exámen, me voy á permitir decir cuatro palabras, ó, mejor dicho, citar cuatro cifras, para hacer ver que la *proteccion* que hoy tienen nuestros carbonos perjudica á las demas industrias, sirviendo de remora á su desarrollo, sin beneficio alguno de la industria protegida. Sin grandes esfuerzos podría probar que en caso análogo se encuentran el hierro y la maquinaria; pero esta es tarea que dejo á mis compañeros, que sabrán desempeñarla mas cumplidamente que yo pudiera hacerlo.

¿Será preciso que os haga ver aquí la importancia que tienen los carbonos en la civilización y en la vida de los pueblos? ¿Será preciso que os diga que el valor total del carbon consumido en el globo en 1857, á pesar de ser un artículo que no vale mas que un real ó real y medio al pie de mina, ha ascendido á 930 millones de francos, que escede en mucho al de los metales preciosos explotados en el mismo año? ¿Será preciso que yo recuerde que al carbon deben los ferrocarriles su importancia y su creciente desenvolvimiento, que el carbon ha hecho al hombre rey de los mares, dirigiendo sus naves á despecho de los vientos mas contrarios, y que al carbon deben, en fin, su vida las industrias mas adelantadas? No creo que sea necesario decirlo; bastará traer á la memoria que con razon ha cambiado este combustible su modesto nombre por el de *diamantes negros de Inglaterra*, porque á él debe esa nacion su gran poderío y su pujanza. Si alguno lo dudara no tendria mas que recorrer cualquier ciudad industrial de aquel reino, Manchester, por ejemplo, en cuyos alrededores, en un corto radio de 32 kilómetros, hay tantas máquinas en actividad, que representan una fuerza motriz de 1.200.000 caballos-vapor, que consumen 30.000 toneladas de carbon diariamente, lo cual equivale á un consumo anual de 9 millones de toneladas. ¿A quién deben su origen aquellas majestuosas columnas de humo, emblema de la vida de tantos establecimientos, de la actividad de tantos obreros, de tantas inteligencias? Al carbon, solo al carbon.

Ademas, bien lo sabeis; el carbon representa hoy el tipo, la fórmula dinámica del movimiento, de la actividad, de la vida de los pueblos. Si medio kilogramo de este combustible quemado en el hogar de una máquina de vapor, da vapor de agua bastante para producir un esfuerzo igual al que desarrolla un hombre de mediana fuerza durante un día, y una tonelada es la medida de esta misma fuerza del obrero durante un año entero, ¿no os admira el pensar que Inglaterra, con el carbon que encierra su suelo, dispone de una fuerza latente igual á la de un ejército de 400 millones de hombres vigorosos, que es el doble del número de hombres adultos que existen en el globo? ¿No os asombra ese ensanche gigantesco

que da el carbon á la personalidad de una nacion tan favorecida con este precioso combustible? ¿No veis cómo multiplica sus fuerzas? ¿Poder admirable de nuestra industria moderna! ¿Habrán, pues, motivos para llamar al carbon, como le llama un célebre economista, el pan de la industria? ¿Estará justificada nuestra demanda de hoy al presentarnos en este sitio pidiendo pan para nuestra industria?

Descendamos al terreno práctico, pues supongo que sin necesidad de traerlos á la memoria los datos que acabo de presentaros, estábais bien convencidos de la importancia del carbon. La primera y natural pregunta que se ocurre es esta: ¿Nuestro suelo ha sido tambien favorecido con este combustible de inestimable precio? ¿Y si lo ha sido, contamos con la cantidad suficiente para las necesidades de nuestra industria? Esta es en mi concepto la verdadera cuestion que se somete á discusion en este momento, y de la cual me voy á ocupar.

Nosotros contamos felizmente en nuestro pais con cuencas carboníferas abundantes, si bien no están aun desarrolladas en toda su estension porque, por desgracia, ni tenemos apenas vias férreas, ni contamos con grandes medios de trasporte general. Así es que aunque hay provincias en que estas cuencas han podido tomar un gran vuelo, el consumo del carbon explotado está limitado, puede decirse, con raras excepciones, á la misma provincia sin estenderse ni aun á la mas próxima.

Figura en primer término nuestro distrito asturiano, donde vienen haciendo aquellos industriales laudables esfuerzos para elevar la producción del carbon á una grande escala y facilitar su adquisicion á sus hermanos, sin que hasta hoy hayan podido exportar, segun los datos recientemente publicados por la *Revista minera*, sino 80.000 toneladas anuales de hulla, ofreciendo al consumo de la misma provincia el resto hasta 100.000 que producen, y 10.000 quintales de cok, con mas 37.500 de hulla y 15.000 de cok que necesitan las empresas metalúrgicas de Avilés, Mieres y Sabero, y el establecimiento nacional de Trubia, confiado á la direccion del cuerpo de artillería.

Vienen despues la provincia de Córdoba, con su notable criadero de Espiel y Belmez, que ofrece al mercado, casi esclusivo en su provincia, 14.000 toneladas de hulla, y 2.500 de cok. Palencia, con 8.000 de hulla y 400 de cok. Sevilla, con sus minas de Villanueva del Río, que producen 4.500 de hulla. Girona, con su criadero de San Juan de las Abadesas, cuyos productos se estiman en 3.000 toneladas de hulla y 800 de cok. Y vienen, por último, Teruel, Búrgos, Cuenca y alguna otra, donde la industria carbonera está solo en embrión.

Reasumiendo los datos á que me refiero, España, segun el estado actual de su industria carbonera, produce para el consumo en junto, 170.900 toneladas de hulla y 23.750 de cok: y como de esta cantidad, siquiera sea muy inferior á la que necesita para su industria, solo puede disponerse para el comercio de cabotaje, único posible hoy en nuestro pais, de una pequeña parte que no llega á 100.000 toneladas, la consecuencia natural que deduciremos es que si es insuficiente para el consumo, forzosamente habremos de acudir por el resto á otro mercado, estén ó no nuestros carbonos nacionales defendidos por la proteccion.

Para hacer esto mas palpable hubiera deseado ofreceros datos auténticos comparativos entre la producción disponible y el número de toneladas introducidas del extranjero en los últimos años, para de este modo ver en qué relacion está el producto con que podemos contar con la cantidad que necesitamos para el consumo de

nuestra industria; pero desgraciadamente los datos que el gobierno publica, como todos saben, no son muy exactos y nos obligan á andar, digámoslo así, á oscuras en este particular.

En nuestro pais la ciencia de la estadística no está aun muy adelantada, y los escasos datos que ven la luz pública, suelen estar compilados las mas veces por manos muy subalternas y poco entendidas. Así no es extraño ver que en las balanzas de Aduanas se presente bajo la denominacion de *carbon mineral* no solo el carbon tal cual sale de las entrañas de la tierra, esto es, la hulla, sino el cok que es un producto artificial extraído de aquella, combustible muy diferente del primero, puesto que el cok es á la hulla lo que el carbon á la leña de que procede.

Sin embargo, por esos mismos escasos datos publicados, se sabe que han entrado en España en el año de 1858, 316.527 toneladas de carbon mineral. Si comparamos esta cifra con la producción total, vemos que aun tenemos que acudir al mercado extranjero por un doble del carbon que produce nuestra industria; y si estudiamos bien los puntos de consumo, á donde como hemos dicho no puede llegar sino una pequeña cantidad del combustible indígena, la comparacion nos dice que apenas encontramos en nuestra madre patria la cuarta parte del carbon que nuestras necesidades reclaman con insistencia. Y si esto es tan palpable como lo demuestra una cuenta sencilla de aritmética, ¿cómo puede justificarse la proteccion? La proteccion se comprende cuando haya dos artículos que pueden competir con corta diferencia y de los cuales puede decirse, sin perjuicio, que se use del uno con preferencia al otro; pero cuando el pais no tiene el alimento suficiente para su industria, ¿no tendrá necesidad de acudir á otro mercado, sea el que quiera, que le dé carbon? ¿Es que la proteccion disminuye las necesidades? ¿Es que aumenta la producción? La lógica enseña que si hay que importar un triple mas de lo que producimos, hay que permitir la introduccion, y permitiéndose es injustificable de todo punto la proteccion.

Ademas es muy fácil probar que en este caso especial, la proteccion en nada favorece ni aun á los mismos industriales protegidos. Para hacerlo mas claro, voy á citar un ejemplo.

Segun los datos que el gobierno ha publicado, se han exportado del distrito de Asturias por el puerto de Gijón en el año 1858, 66.107 toneladas de carbon mineral, de las cuales han salido 42.500 con destino al Mediterráneo y el resto al Océano. Supongamos que un distrito metalúrgico lleno de amor patrio por la industria de su pais, dijera á un carbonero, por ejemplo, «me vas á dar todo el carbon que necesito, con preferencia á los demas,» veremos si este pacto puede cumplirse entre dos distritos de algun movimiento y citemos dos distritos importantes; el de Asturias, por estar á la cabeza de la producción carbonífera, y el de Cartagena como uno de los principales consumidores de cok en su industria metalúrgica. Veamos qué consumo necesita el distrito de Cartagena y qué alimento puede darle el distrito de Asturias. Hoy, el distrito de Cartagena consume de 40 á 50.000 toneladas de cok para ofrecer al mercado cerca de 400.000 quintales de plomo que esporta, á mas 4.000 toneladas de hulla para sus fábricas de desplatacion, máquinas de vapor, etc. El distrito de Asturias puede esportar 66.000 toneladas de hulla con las cuales podrá hacer 33.000 de cok; de consiguiente suponiendo que Asturias tratara de alimentar el consumo que necesita el distrito de Cartagena, y cumplir su convenio, aun resultaria un déficit de 17.000 toneladas de cok mas 4.000 de hulla, que seria preciso ir á pe-

dir á otro productor; es decir, sería medio cerrar una boca para dejar abiertas todas las demas, porque otros muchos puntos del litoral tambien necesitan del carbon, y si Asturias no lo facilitaba habrian necesariamente de acudir á otros puntos para surtirse. Y Cartagena, señores, á quien cito con tanto gusto, porque he sido testigo del desenvolvimiento de su industria y de la clase de obstáculos con que ha luchado hasta colocarse, como lo esta hoy, á una grande altura en la esfera metalúrgica, por tratar con ventaja los minerales de plomo mas pobres que se beneficiaban en la actualidad, ¿es justo que esté recargada con este fuerte tributo? ¿Y qué ventaja reporta el distrito de Asturias con que el de Cartagena tenga que pagar dos millones de contribucion por la introduccion del carbon extranjero? Si Asturias no la obtiene, ¿la obtendrá otro distrito? ¿la obtendrá Córdoba? Responda por mi el distrito de Linares, que estando á las puertas del erialero de Espiel y Belmez, tiene que traer de Inglaterra á un puerto del Mediterráneo el cok que necesita para la fundicion de sus escorias y arrastrarlo desde allí por tierra al centro de Sierra-Morena. ¿La sacará Villanueva del Río? Mucho menos. Apenas tiene el carbon preciso para las necesidades de su recinto. ¿La reportará Gerona? Se favorece con ella el desarrollo de sus minas de San Juan de las Abadesas? Qué mas quisiera Barcelona que encontrar tan cerca de su casa, en vez de ir á buscarle al extranjero, el alimento de sus fábricas. En una palabra, recorriendo distrito por distrito no encontraremos ventaja en imponer una contribucion á una industria en favor de otra, pues ni aun la protegida obtiene ganancias con la proteccion.

Pero se dice, como ha indicado muy bien nuestro digno Presidente, nosotros no podemos daros el carbon que necesitáis, porque no tenemos medios de trasporte; esperad que tengamos hierro barato, que tengamos máquinas; pasad un poco de hambre hasta que nosotros podamos daros alimento. Para mí esto es lo mismo que si un padre dijese á sus hijos al oírles pedir pan: «Yo puedo daros el pan que me pedís; pero ese pan será de una mano extraña, tal vez enemiga; esperad á que yo recoja mi cosecha y tenga trigo, y construya un molino para molerlo, y haced los materiales para hacer un horno, y busque arbustos que me presten combustible, y entonces podré cocer y daros un pan amasado con mis propias manos: aguantad hasta entonces vuestra hambre.» ¿Qué diríamos de un padre que contestase á la demanda de sus hijos de esta manera? Llamáramosle cruel y desnaturalizado.

Pues esto mismo dice la proteccion: quiere que la industria coma el pan de su suelo; pero la quiere obligar á esperar á recoger la cosecha, cuando no ha hecho apenas sino sembrar el grano: no ha empezado á construir el molino, no tiene materiales para edificar su horno, ni ha acopiado aun el combustible. Esto, señores, no es justo ni posible; la industria tiene necesidades que no admiten espera. Y aun si esta espera fuese corta y limitada, podría, hasta cierto punto, transigirse con ella. Pero, ¿cómo ha de ser corta ni limitada? Pues qué, ¿la explotacion de una mina de carbon hasta ponerla en estado de una produccion normal y abundante se improvisa en tres dias? Pues qué, ¿después de llegar á las capas codiciadas á través de muchos sacrificios, no hay que luchar con dificultades sin cuento, con las aguas que embarazan el curso de los trabajos, y las mas veces con un enemigo todavia mas temible, con los gases explosibles, que ponen en un inminente peligro la existencia de los trabajadores? No hay que fortificar esas mismas excavaciones que dejan huecos monstruosos? No hay que tener á la mano un bosque de

donde sacar madera á propósito para hacer esas fortificaciones? ¿Todo esto se improvisa? Tarda algunos años en prepararse convenientemente, y la industria no puede sufrir hambre tanto tiempo en espera del pan de su propio suelo: la industria tiene necesidades del momento, y es preciso satisfacerlas; sino hay con qué hacerlo en mercado propio, forzoso es acudir al ajeno. (Bien.)

Ademas de esto, ¿qué conseguiríamos con esperar? ¿Se cree que las naciones de que hoy nos surtimos han de amenguar sus productos y han de llegar á ser tributarias de nuestros carbones, ó por lo menos, que no temeremos ya su competencia? No, señores; sensible es decirlo, estamos en una minoría que podemos llamar vergonzosa. No quiero comparar nuestra produccion con Inglaterra, que se eleva á 65 millones de toneladas por año y que ha llegado á producir el último, segun mis noticias, hasta 72 millones, de los cuales no esporta mas que la décima parte consumiendo el resto en su territorio: vengamos á Bélgica, nacion de poco mas de cuatro millones y medio de habitantes, que produjo en 1857, 8.883.902 toneladas y de las cuales solo esportó 2.888.012, consumiendo en su casa el resto. Pasemos á Francia, que aunque no es nacion muy adelantada en este ramo tiene cinco millones y medio de toneladas de produccion; y necesita hasta once millones para su consumo, y veremos que aunque elevemos nuestra cifra de produccion á 200.000 toneladas, siempre estaremos, como he dicho, en una minoría vergonzosa, por lamentable que sea. Pero algunos abrigan la esperanza de que nuestra industria carbonera irá en aumento á medida que va descendiendo la de las naciones vecinas; y que cuando nuestros intereses materiales se desarrollen cuando la Península esté cruzada por ferrocarriles, nuestros carbones podrán hacer una ventajosa competencia á los extranjeros. Pluguiera al cielo que así fuera! Pero esto no está tan próximo como algunos creen, y aunque lo estuviera, mucho me temo que la lucha sea de un enano con un gigante, de una tímida paloma con un feroz halcon. Siempre, ó por lo menos durante mucho tiempo, estaremos en minoría y seremos vencidos.

Esta minoría resulta aun mas lastimosa, si comparamos nuestra produccion con la restante del globo; y digo esto, porque si los proteccionistas esperan á rebajar los derechos del carbon cuando llegue el dia en que podamos hacer competencia á otras naciones, abrigan una ilusion, una quimera.

Datos debidos á uno de los ingenieros mas distinguidos del cuerpo de minas de Prusia, M. de Carnal, demuestran que la cantidad de carbon explotada en el mundo en 1857 se elevaba á la suma de 125 millones de toneladas; nosotros concurriríamos á ese mercado con 200.000, es decir, un milésimo de la produccion general; por consiguiente no hay que pensar en el triunfo, siempre en la lucha estaremos debajo, por muchos esfuerzos que hagamos.

Este enorme consumo ha asustado á algunas personas hasta hacerles temer si continuando así, y aun aumentando, como es fácil, llegaremos á quedar sin combustible. Afortunadamente no han faltado ingenieros, entre ellos el mismo M. de Carnal, que se hayan ocupado de esta cuestion y hayan deducido con fundamento hasta qué tiempo podamos contar con el combustible hoy descubierta. El consumo de 125 millones de toneladas representa próximamente una masa de carbon de una milla geográfica cuadrada de un espesor de seis pies. El terreno hulle-ro reconocido en el globo asciende á 8.000 millas cuadradas: la potencia media de las capas de carbon reunidas de toda esta superficie llega á 31 pies; de manera que la masa de carbon conocida forma un cubo de 10 millas de lado. Comparando esta con la

del consumo anual, se puede deducir que el terreno producirá carbon para 36.000 años. De seguro que los proteccionistas querrán que paguemos hasta entonces los derechos protectores.

Y no se crea que en esto se exagera, pues la potencia media de 31 pies que se ha citado, es mas bien baja, si se tiene en cuenta que la cuenca de Lieja cuenta 55 pies, la de Staffordshire 131 y la de Ruhr 134. No hay, pues, que abrigar temores de que falte pan para la industria; podrá haber escasez en un pais, pero esto se compensará con la abundancia de otro. Inglaterra solo puede satisfacer al consumo de hulla en Europa por 4.000 años.

Por tanto, si la competencia no puede existir nunca; si la produccion de nuestro pais jamás puede ser bastante para sus propias necesidades, ¿cómo puede justificarse la proteccion? ¿en favor de quién resultará esta proteccion? ¿por qué se ha de dar? ¿qué ventajas reportará á los carboneros el que las demas industrias del pais tengan que pagar una contribucion por introduccion precisa é indispensable de carbon extranjero? Ninguna. ¿Pues qué! los dos millones que se pagan en la costa de Levante y otros muchos que pagan varios puntos del litoral por este concepto, ¿son tal vez para hacer un puerto en Asturias, para construir alguna línea importante de ferro-carriles, para armar naves con que sostener un activo comercio de cabotaje, cambiando carbon por otros productos? Nada de eso; entran solamente en las arcas del Estado; y el gobierno, en su alta sabiduría, los da la aplicacion que tiene por conveniente. ¿Por qué se le ha de llamar, pues, derecho protector?

Voy á concluir diciendo que al promover la Asociacion este debate, no tiene esperanzas de conseguir resultado alguno por el pronto. Nuestra mision va mas allá. Se dirige á ir inculcando poco á poco estas ideas, que, por creer son las verdaderas, sostenemos con fe, para que un dia pueda hacerse justicia. Los pocos individuos de la Asociacion que venimos trabajando en favor de las doctrinas económicas, quedaremos altamente satisfechos si conseguimos fijarlas indeleblemente en el ánimo de todos los que nos escuchan. Nos hemos propuesto, en una palabra, ir hacinando los materiales para construir un gran templo en que se rinda un dia un santo culto á la diosa de la Justicia, á quien los proteccionistas tambien adoran, segun dicen, si bien la visten con el traje del egoismo y de la conveniencia de unos pocos. Contamos para esto no solo con la opinion, que, mal que pese á nuestros contrarios, va ganando terreno, sino tambien con otros dos elementos muy poderosos: el progreso de los pueblos, ante el cual ceden todas las pre-ocupaciones por rancias y añejas que sean, y la doctrina de fraternidad que vamos difundiendo. Nuestro triunfo será mas ó menos tardío, pero seguro. Quizá otra generacion venga á dar forma á todos estos materiales que venimos acopiando y toque á ella el terminar el edificio. Mis votos hoy se dirigen á que, si no nosotros, nuestros hijos vean cerrar la bóveda de este templo y que ondee pronto en la mas alta de sus agujas una bandera, en que esculpidas en caracteres de oro se lean estas palabras: *Libertad de comercio.* (Aplausos.)

El Sr. Rodríguez: Señores, mi único objeto es recordaros un hecho muy importante que ha indicado ya con mucha oportunidad el señor presidente, y que viene en comprobacion de todas las consideraciones que han presentado mis dignos compañeros: hecho que demuestra evidentemente en mi concepto que la proteccion todo lo esteriliza, todo lo mata: hecho que prueba que con la proteccion es imposible que se creen en España industrias estables, arraigadas, verdadera-

mente nacionales: hecho que prueba que la aduana en vez de dar sombra favorable á la industria, como piensan sus adeptos, es como aquel árbol envenenado que mata á los que bajo sus ramas se acogen.

Recordareis, señores, que en el año de 1855 presentó el gobierno á las Cortes un proyecto de reforma arancelaria. Apenas tuvieron noticia de ese proyecto los protegidos se alarmaron y acudieron con multitud de reclamaciones, solicitando, por último, luego que se convencieron de que con sus lamentos no podían impedir la reforma, que se abriera una amplia información parlamentaria para discutir su conveniencia.

Accedieron las Cortes á esta petición, y se presentaron los industriales ante la comisión de diputados á exponer sus observaciones. Cada clase de productores estaba allí representada por los mas importantes individuos de su seno; el interés del fisco estaba representado también por funcionarios que habia designado el gobierno; los únicos intereses que no tuvieron allí representación fueron los intereses de los consumidores.

Hoy no sucedería lo mismo, y permitidme que haga un pequeño paréntesis, para dar esta buena noticia á nuestros adversarios, puesto que según el periódico á que se ha referido en su discurso el señor presidente, se han decidido ya á discutir. Hoy no sucedería lo mismo, porque desde 1855 las doctrinas económicas han hecho grandes progresos en nuestra patria; se ha fundado la Sociedad de economía política; se ha organizado esta Asociación, y si hoy se abre otra información parlamentaria con el objeto de tratar de una reforma de aranceles, los intereses del consumidor, esto es, los intereses de la justicia, al mismo tiempo que de la utilidad general estarán representados por nosotros, que acudiremos allí y opondremos un discurso á cada discurso, un argumento á cada sofisma, un número verdadero á cada número inexacto, aceptando, si, las reformas parciales y graduales para evitar en lo posible perturbaciones, cuya responsabilidad no sería nunca por cierto del libre-cambio, sino de la protección, que creó los gérmenes, pero protestando sin tregua ni descanso con toda la energía de nuestro convencimiento contra el absurdo principio de la protección, y contra las pretensiones de los que, cegados por su interés, quieren sin saber lo que quieren, como dijo un célebre orador de la liga inglesa, sustituir al feudalismo de los señores de noble sangre, el feudalismo de los señores del algodón, del hierro, del carbon y de la maquinaria. (Aplausos.)

En la información parlamentaria de 1855 no hubo libre-cambistas; los proteccionistas estuvieron, como suele decirse, en familia. (Risas.) Así es que no se le ocurrió á nadie que el principio de la protección pudiera ser materia cuestionable, y solo se ocuparon del tanto de la protección. Y se observó un fenómeno notabilísimo; se observó que, á pesar de estar en familia, á pesar de no haber allí un solo libre-cambista, á pesar de que todos militaban bajo una misma bandera, y partían del mismo principio, todos eran entre sí enemigos. Todos creían justa, conveniente, indispensable la protección para su industria especial; todos rechazaban, con mas ó menos franqueza, como perjudicial, la protección que á las demás industrias se concedía. Todos eran libre-cambistas para las industrias á que no estaban dedicados; proteccionistas solo para la industria propia. Allí se vió, señores, claramente el profundo antagonismo que crea entre las industrias el llamado sistema protector. Allí se vió además la inconsecuencia de nuestros adversarios, que tomando por lema de su bandera la protección al trabajo, se olvidan de proteger todo el trabajo que carece de capitales y de influencia política, y no conciben que haya

peligro en admitir la competencia que puede disminuir el salario del obrero, cuando se estremecen de espanto ante la competencia que puede disminuir las ganancias del capitalista. (Bien, bien.)

Pues bien, en esa información parlamentaria, demostración hecha por los proteccionistas de lo absurdo del proteccionismo, entre las muchas cosas curiosas que hay, se distingue la discusión sobre hierros, carbones y máquinas. Los productores de esas tres clases de artículos aparecieron en abierta contradicción, y arraistrados por el deseo de defender la protección de que disfrutaban, se dijeron mutuamente grandes verdades, verdades muy duras; se dijeron hasta lo que podríamos llamar palabras mayores (risas), por supuesto con aquella moderación y aquel decoro que correspondían por la importancia del asunto y lo respetable de la reunión. (Nuevas risas.)

Los representantes de la fabricación de hierro probaron con excelentes argumentos que el derecho asignado á los carbones extranjeros les impone una carga extraordinaria que imposibilita el desarrollo de su industria. De acuerdo con los fabricantes de hierro, estuvieron los de maquinaria en cuanto al carbon, pero no en cuanto á los derechos de los hierros, y demostraron también con muy buenas razones, que interin se conservase el arancel actual para dichos artículos, sería imposible que se aclimatase la fabricación de máquinas en España, á menos que se pudiese á la importación de máquinas extranjeras un arancel muy alto y proporcionado al de los hierros y carbones. Pero á esto se opusieron, con razones no menos poderosas, los carboneros y los herreros, que anunciaron que si se dificultaba mas la entrada de máquinas extranjeras, se verían obligados á abandonar sus respectivas industrias.

¿Puede estar, señores, mas patente el antagonismo? Pero aun hay mas; todavía puede deducirse una consecuencia mas importante de la información parlamentaria, y es que las tres industrias que con la protección tienen tan poca vida, podrían arraigarse y desarrollarse en nuestro suelo, si para todas se adoptase la libertad comercial. Para probarlo, basta leer las palabras de los mismos industriales. Impresas están y puede verlas todo el mundo.

Dijeron los representantes de la industria ferrera, que si pudiesen obtener el carbon á bajo precio, al precio que tiene en los puertos ingleses, podrían competir con todos los hierros de Europa y no se opondrían á ninguna baja en los derechos de introducción. Esto es bien claro, y lo primero que exige es la libertad de los carbones.

En cuanto á estos, los que representaban los intereses mineros dijeron varias veces que sus carbones eran tan buenos ó mejores que los ingleses, y que si encontrasen facilidad de transportes y fletes baratos, no temerían la competencia de nadie, ni aun en los puertos del Mediterráneo. Satisfágaseles con la supresión del derecho diferencial de bandera, suprimanse los derechos de los hierros y las máquinas, permítase á nuestra marina crecer con la libertad de comercio, y tendremos, pues, industria de carbones sin necesidad de derechos.

Los fabricantes de máquinas fueron igualmente explícitos, y manifestaron que no temían la libertad de comercio si se aplicaba también á los hierros y carbones. Así, por confesión de los mismos interesados, si cada uno de ellos necesita la protección, es porque están protegidas las otras industrias, y las tres podrían vivir por sí solas, si la protección para todas se suprimiese.

Y en vista de esto, señores, ¿podrá defenderse todavía el sistema llamado protector? ¿Puede ser verdadero y racional un sistema

que convierte en enemigos irreconciliables á tres industrias que deberían ser hermanas, que serían hermanas si existiese la libertad de comercio? ¿Puede ser racional un sistema que imposibilita la producción, un sistema que de tres industrias, que podrían bajo el régimen de la libertad arraigarse y crecer constituyendo industrias verdaderamente nacionales, hace industrias raquíticas, plantas de estufa, débiles cañas que tiemblan al menor vientecillo reformador de los aranceles? ¿Puede ser racional un sistema que convierte á la actividad humana en nuevo Prometeo, atado á la roca y roído en las entrañas por el buitre insaciable del proteccionismo? (Aplausos.)

No; ese sistema no puede ser racional. No; ese sistema no puede servir para crear en los pueblos industrias estensas y poderosas. Lo mas que podrá hacer es enriquecer á unos pocos hombres á costa de todos, y aun eso solo en el caso de que se aplique únicamente á algunas industrias privilegiadas, que si á todas se aplicase, si hubiese justicia relativa á lo menos en el sistema protector; si en lugar de impedir la competencia solo para ciertas industrias se impidiese para todas, como la lógica lo exige, ni aun habria esos pocos hombres enriquecidos. La miseria y la barbarie serían generales; nadie absolutamente podría escaparse de ellas. (Bien, bien.)

Concluyo. Si se quiere que en España haya industria de carbones, de máquinas y de hierros, es preciso que se supriman los derechos de los carbones, de las máquinas y de los hierros. Esto es lo que se deduce lógicamente de la información parlamentaria de 1855, que no pueden recusar nuestros adversarios, puesto que ellos exclusivamente fueron sus autores. (Prolongados aplausos.)

El Sr. Mollinedo: Señores, me levanto á hablar con mucha repugnancia, porque no estoy acostumbrado á hacerlo, y carezco de dotes oratorias: si lo hago, es únicamente por acceder á los deseos de mis dignos compañeros. Voy á ser muy breve, y al prometerlo debo advertir que cumpliré mi palabra.

Yo quisiera que para tratar de la protección se tomara como base los hierros y los carbones, porque de este modo se sacaría una demostración sencillísima contra ella. La mena de hierro en España cuesta próximamente lo mismo que en el extranjero; el carbon tiene también un precio igual; la mano de obra importa lo mismo ó tal vez menos. Y sin embargo, ¿en qué consiste que los hierros están tan caros en nuestro país? No lo sé, supuesto que en las máquinas que tienen que construir los fabricantes para fabricar el hierro no tienen mas coste que el del transporte de Inglaterra, el insignificante de los fletes, y un 2 por 100 de derechos.

Pero ¿qué resulta con esta protección? Que cuando hay que hacer alguna obra importante en España no tiene otro remedio el mismo gobierno que impone los derechos protectores que suprimirlos por completo. Así es que para introducir los sifones del Canal de Isabel II, los tubos de la Casa de Moneda y los materiales de los ferro-carriles que están construyéndose, ha sido necesario que el gobierno prescinda por completo de esos derechos. Y ¿sabéis á cuánto ascienden los que debían haber ingresado en el Tesoro por tales conceptos? A 314 millones de reales.

Estos argumentos son hechos mas bien que argumentos, y yo desearia que los contestaran los señores proteccionistas. Nada mas tengo que decir.

El Sr. Bona (D. Félix): Voy á decir solamente dos palabras, pues ya la Asociación ha oido cuantos datos pudiera desear de boca de los Sres. Pastor, Monasterio y demás que han ilustrado el debate. Voy á concretarme á citar dos notables hechos.

En la mano tengo una exposición del director general de ingenieros de la armada

al señor ministro del ramo, esposición reciente é íntimamente relacionada con la cuestión que nos ocupa, acerca de la cual hace revelaciones de la mayor importancia. Todos conocemos, señores, la importancia de la marina de guerra en una nación que cuenta cerca de cuatrocientas leguas de costas; todos hemos sido testigos del entusiasmo con que la mayoría de la nación ha apoyado una guerra que nos había de dar, ó al menos así lo creían la mayoría de sus defensores, una preponderancia grande y hasta peso é influencia en las decisiones de la política y congresos de la diplomacia del mundo. Para obtener este primer lugar entre las naciones, tan ambicionado por todos los españoles, lo que desde luego se necesita es una buena marina de guerra, y para tenerla es indispensable que antes contemos con una buena marina mercante que nos permita aprovechar los grandes elementos de producción y de riqueza que encierra nuestro suelo, marina mercante bastante poderosa para alimentar el comercio exterior. Pues bien, señores, el ingeniero general de la armada dice al gobierno tratando de carbones y de hierros, y después de demostrar que la actual marina de guerra por el número de buques es insuficiente para cubrir las necesidades á que se destina en tiempo de paz, que mientras los hierros y carbones extranjeros no puedan producirse ó obtenerse en España con mas baratura, los gastos de esta marina de guerra subirán á una cantidad doble de la que debería invertirse en ella; y en efecto, dice (son sus testuales palabras):

«La industria del hierro subordinada á la del carbon de piedra, pues cada quintal de hierro exige para su confección siete quintales de este último, existe solamente en escala muy efímera en los parajes menos productores de carbon, dando al mercado una cantidad que no llega á la quinta parte del mezquino consumo que se hace en nuestro suelo y que podría duplicarse en el término de cuatro años: industria que necesita la imposición de un derecho triple del que paga en Francia y muy superior al de nuestros géneros estancados, pues llega hasta el 200 por 100 de su valor en los países donde se produce: aun hay mas; aprovechándose los especuladores de las diferencias que existen entre los derechos del hierro fundido, ó sea en lingotes y el hierro maleable, diferencia cuya causa no me es dable comprender, suministran casi exclusivamente al comercio, como hierros españoles, los que únicamente proceden de las fundiciones mas inferiores del Reino Unido; añádase á esto que la mayor parte del carbon es extraño, y fácil será de comprender la legitimidad de esta primera materia y la inferioridad conocida de un material que debería ser el primero en calidad de Europa, y lo poco que hay que esperar de que prosperen así, no solo su industria sino la de los importantísimos ramos que con ella están enlazados, pues el trabajo del hierro no puede existir donde vale esta primera materia cuatro veces mas de lo que debiera; así se comprende también cómo una cadena, una anilla, una máquina, el casco de un buque, pueden valer puestos en España y pagados sus gastos y derechos, menos de lo que costaría la introducción ó confección del material para fabricarlas; y si un ejemplo fuera necesario, bastaría citar que la cañería de hierro colado que lleva el agua á la Carraca costó en Inglaterra unos 4,000 pesos fuertes, y tuvo la marina que abonar por los derechos de aduanas sobre 17,000 en la administración de Cádiz. Y sin embargo, aquella cañería no hubiera podido fabricarse en el país en aquella época; y en el día, aun cuando se pudiera, no podría ejecutarse con la brevedad, economía y perfección respectiva con que está ejecutada.»

Y esto, señores, lo dice el director general

de la armada, un hombre facultativo que antes de venir á ocupar dignamente el primer puesto en el ramo ha estado al frente de uno de los primeros arsenales de la Península, como lo es el del Ferrol, y allí ha podido ver las necesidades de la construcción naval y de la marina de guerra, y por eso se lo dice al gobierno manifestándole que sobre esta clase de productos no debe imponerse mas de un 25 á 50 por 100; pues añade que lo que ha costado 4,000 duros en Londres ha salido aquí por 17,000; de manera que ya no es un 50 lo que paga el hierro, sino un 425 por 100, según confesión de una de las personas mas competentes y caracterizadas. Y si esto es respecto á la marina de guerra, respecto á la mercante, elemento del comercio, base de aquella á quien surte de buenos marineros, respecto á la marina mercante tan necesaria como la de guerra, pues la de guerra no tiene otro objeto mas que protegerla y garantizar sus intereses y el decoro nacional, ¿cuáles no serán los inmensos perjuicios que sufrirá una industria en la cual el carbon y el hierro entran como principales elementos? Sobre este punto, y á reserva de ampliar con mas detalles los datos que ahora espongo cuando corrija las pruebas del discurso que están tomando los señores taquígrafos, y que ahora omito á fin de no molestar demasiado la atención de Vds. con pormenores, siquiera sean de sumo interés, me limitaré á hacer el relato de un hecho de los mas escandalosos que puedan registrarse en la historia económica de una nación. Es un hecho que se refiere también á la marina.

Señores, los hombres que sientan palpar en su corazón el mas mínimo sentimiento de humanidad, al recordar una tormenta en la

mar, y al pobre marino luchando con los elementos desencadenados, y al comerciante que tiene confiada su fortuna á las poderosas olas del Océano, experimentan un sentimiento de compasión extraordinario en el momento que se les habla de un naufragio, de una borrasca, de un buque que se ha estrellado contra las rocas. Pues bien; esto, que en todas partes es una desgracia, lo ha convertido el sistema proteccionista en un medio inicuoamente fiscal para espoliar al pobre naufrago. La idea proteccionista que pesa sobre la imposición de los hierros, no se contenta con pesar sobre el comerciante que tranquilamente hace un negocio mas ó menos lucrativo. Esa idea ejerce en el naufrago un maléfico influjo, y sobre los efectos que se salvan del buque estrellado, allí está para decirle: «De estos efectos lo primero que hay que pagar son mis derechos: ese hierro que has salvado del desastre puede venir á perjudicar á los productores nacionales, y es preciso que tú, pobre naufrago, sobre el dolor de tu naufragio, sufras la pérdida de una parte de ese resto de tu fortuna que has podido recoger, para que los productores nacionales no se quejen.» Y esta hecho, que ha ocupado las columnas de *El Clamor Público* en 1850, época en que yo era redactor de dicho periódico, creo conveniente repetirlo hoy para que sirva como de los mas formidables argumentos contra el absurdo sistema proteccionista.

En enero de 1850 el bergantín sueco *Hilda Carlotta* naufragó en la costa de Galicia, y fue salvado por un buque inglés, que lo llevó al puerto de Vigo. Allí se vendieron buque y cargamento en subasta, pagando los derechos de arancel, y hé aquí el resultado.

	Producto en venta pública.	Derecho pagado en aduana.	Producto líquido.
Casco y útiles del buque.	44.868'19	4.003'5	40.865'14
5,585 piezas de tablonazo.	32.580	7.399'16	25.180'15
1,822 quintales 77 libras de hierro en plancha.	83.292'25	74.657'13	8.635'12
	160.741'10	86,060	74,681'10

Tanto por ciento á que equivale lo pagado en la aduana.

	Sobre el valor en venta.	Sobre el líquido.
Buque y útiles.	18'92	9'80
Tablazon.	22'71	29'38
Fierro.	89'63	86'68

De manera que el hierro pagó sobre el producto líquido un 864 por 100; de manera que no hay solamente la contribución para el fisco, sino un impuesto sobre la desgracia... ¡Es horrible, señores, al hombre que ha perdido la mayor parte de su hacienda decirle que los miserables restos que ha salvado son para el fisco también! (Aplausos.) Pero hay mas; como este es el producto líquido de la venta, y en él no están deducidos los gastos de salvamento, y como estos representan cantidades considerables, como aquí hay muchas veces lanzado á la ventura capitales anticipados que no corren riesgo, y que es preciso tomarlos por un préstamo á la gruesa porque no solo se paga el interés del dinero, sino también el riesgo de no cobrarle, resulta que, bajo otra fórmula, lo que hace el gobierno por medio de todos estos impuestos y estas gabelas ideadas por la protección es espoliar completamente al pobre naufrago que tiene la mala ventura de que su buque se estrella contra las rocas de

nuestra Península. En este terreno sí que con razón pueden decir los extranjeros que el *Africa* empieza en los Pirineos. (Aplausos.)

El Sr. Marcartu: Señores: aunque ninguna autoridad tiene para vosotros mi palabra, yo os ruego concedais alguna indulgencia á las que os voy á dirigir, no ya en nombre del derecho que proclama por todas partes la libertad de la personalidad humana, sino en nombre del interés de la industria nacional. Yo, productor de carbones españoles, como nuestro digno presidente, pido la libre introducción de carbones extranjeros; sigo el relevante ejemplo de los liberales fabricantes de sederías de Inglaterra que han solicitado de Cobden mas franquicias para las sederías francesas que las convenidas en el último tratado de comercio celebrado entre el vecino Imperio y el Reino Unido.

Al solicitar la libre introducción de carbones no divorcio la justicia de mi interés, que son los intereses de la clase productora. Bien es verdad que yo no hubiera consagra

do un trabajo á una industria que no fuera productiva, porque no puedo dar aliento y fortuna á mi existencia á costa de la sangre y de la fortuna de los demás; porque yo abomino á toda industria fratricida que concluye por ser suicida, como son todas las industrias mal nacidas que necesitan proteccion de los mas en favor de los menos. Dejando la santa enseña del derecho y tomando la punzante arma del interés, me propongo demostrar á los titulados proteccionistas de la industria nacional,—que deberían decir como Cervantes: «*aunque nos llamamos padres, somos padrastrós de la industria nacional*,»—que el porvenir de los carbones españoles está en conceder hoy libre la entrada á los carbones extranjeros.

A este propósito me basta el daros una idea del consumo actual de carbon en España y en otros países, el que conozcáis las necesidades del día y de lo porvenir, y el que indagueis los obstáculos que se oponen al consumo deseado tanto por productores como por consumidores.

La estadística imperfecta é incompleta de la producción indígena y los graves errores que se encuentran en los documentos oficiales que recientemente ha publicado el gobierno, hacen imposible toda investigación exacta del consumo del carbon mineral y de la proporcion en que entran á satisfacerle el combustible español y el extranjero. Los datos menos erróneos me hacen estimar la producción indígena en 200,000 toneladas anuales. La importación apreciada por el gobierno español presenta la siguiente ley, durante los diez últimos años:

En 1849.	2.667,808 quints.
1850.	4.032,424
1851.	4.160,464
1852.	4.368,518
1853.	5.328,730
1854.	3.302,004
1855.	3.002,240
1856.	3.561,515
1857.	4.650,581
1858.	6.330,550

De seguida vais á conocer el consumo y la producción indígena de algunos Estados de Europa:

Años.	Producción.		Consumo.	
	1859	1857	1859	1857
Gran Bretaña	68,000,000	8,853,902	62,000,000 tonel.	6,000,590
Bélgica				11,900,000
Francia				516,527
España				

Y ahora podreis deducir el siguiente consumo y la correspondiente producción por habitantes:

	Consumo.	Producción.
Gran Bretaña	2,066 tonel.	2,260
Bélgica	1,521	1,795
Francia	0,322	0,175
España	0,031	0,015

Estos números nos escriben las siguientes tristes consecuencias: un inglés consume tanto carbon como 64 españoles; un belga tanto como 47 españoles; un francés, tanto como 12 españoles. Mas sensibles nos son las relaciones de la producción: un inglés produce tanto carbon como 1,165 españoles; un belga, tanto como 900 españoles, y un francés, tanto como 105.

Pero nuestro país y nuestros habitantes no tienen condiciones para producir y consumir el combustible que la Gran Bretaña, que Bélgica, que Francia producen y consumen.

El territorio ibérico, bañado por los dos mares mas concurridos del mundo, territorio peninsular y último confin meridional y occidental del continente; territorio donde se habla un idioma que se conoce en Europa, América y Asia, y donde nace una marina intrépida y aventurera, está llamado á ser uno de los principales centros de las comunicaciones de Europa con las demás partes del globo: la situación y configuración del territorio y el carácter navegante del pueblo que descubrió las Indias de Oriente y Occidente, traerán á quemar carbon en sus dilatadas costas á los vapores de todas las partes del mundo. Solo los buques trasatlánticos que salen de Liverpool y otros puertos de Inglaterra consumen 71,000 toneladas anuales.

La España minera de los fenicios, de los cartagineses y de los romanos, dejó á la España de nuestros días grandes tesoros en sesenta años, de hierros, plomos, zinc y cobres, tesoros ya bien conocidos en toda Europa. Id hoy mismo á Inglaterra y encontrareis por do quiera el plomo de Almería, Adra y Cartagena, el plomo español; tornad á Bélgica y Silesia y encontrareis toda la calamina cantábrica, calamina española que puede necesitar el consumo de zinc en Europa; volved á Swansea y encontrareis importándose en todas direcciones el cobre de Huelva, cobre español; viajad por todo el continente, y encontrareis siempre el cinabrio español de Almadén, y cuando abramos del todo los puertos casi hoy cerrados al comercio de todas las naciones, vereis que se exportarán á todos vientos, hierros, plomos, zincs, azúques y cobres españoles despues de haber quemado en su fundición múltiples proporciones de carbon mineral.

La España agrícola con grandes superficies para el cultivo, escasa población y aun mas escaso ganado, deberá emplear el vapor en las labores de su tierra y consumir en la industria agrícola el combustible que con el agua sustituirá ventajosamente al trabajo de sangre.

La España fabril no tendrá un día menos condiciones de ser para los tejidos de seda, que Francia é Italia; para los de lana y algodón que Bélgica é Inglaterra.

El obrero cantabro y catalán no es inferior al obrero inglés, aunque inferior sea su jornal, y las primeras materias de aquella fabricación son exóticas donde se consumen. Y aun cuando fuera mucho menor que en Inglaterra el consumo de carbon de la industria fabril española, recordad que Manchester y sus alrededores queman diariamente 30,000 toneladas ó 9,000,000 anuales.

Nuestras poblaciones están á oscuras de la luz del siglo; para mantener el pálido alumbrado de Madrid necesitamos al año 10,000 toneladas de carbon de piedra; y para dotar con la misma intensa luz á las cuarenta y nueve capitales de provincia que abrigan mas de 1,500,000 habitantes, son necesarias mas de 60,000 toneladas de combustible, y para iluminar tan imperfectamente á todas las poblaciones mayores que la capital de provincia Soria, con 5,000 habitantes, poblaciones que suman mas de 4,300,000 almas, no bastarán 150,000 toneladas de carbon. Las fábricas de gas de la Gran-Bre-

taña, consumen anualmente 10,156,490 toneladas. La locomotora española baja veloz á nuestros puertos, traspone nuestras montañas y corre hoy sobre 1,242 kilómetros de carril de hierro devorando anualmente 140,000 toneladas de carbon; en 1862 debemos tener una red de 2,600 kilómetros de hierro y consumir 290,000 toneladas de carbon, en 1864 mas de 4,000 kilómetros de carriles gastarán 460,000 toneladas de carbon.

La marina del Estado consume hoy 185 mil toneladas de carbon mineral, y el material en construcción asegurará un consumo de 270,000 toneladas desde 1865.

El alto precio que han dado al carbon vegetal el atraso de nuestra industria forestal y la destrucción de nuestros montes, obligará también á consumir en usos domésticos grandes cantidades de carbon mineral.

Os he demostrado:

Que la España, como nación peninsular y estrema de Europa, como madre de una grande par e de los pueblos civilizados, será nación marítima y naviera que deberá consumir millones de toneladas de carbon:

Que su población diseminada pide la celeridad del vapor y sus pesados y cuantiosos productos el carril de hierro para traficarlos á costa de muchos cientos de miles de toneladas de carbon:

Que sus poblaciones, iluminadas con gas, necesitan mas de 150,000 toneladas anuales de carbon:

Que las condiciones industriales del país y de sus habitantes, idénticas á las de Inglaterra y Bélgica, originarán un consumo de muchos millones de toneladas:

Que el siempre creciente precio del carbon vegetal originará el consumo doméstico del carbon mineral en grande escala.

Y ¿cómo no hemos llegado á este consumo? ¿Es que no tenemos carbones en España ni nos conviene adquirirlos del extranjero?

Se puede estimar en mas de 120 leguas cuadradas la extensión de las cuencas carboníferas conocidas en España. Figuran al Norte, como en Inglaterra las de Newcastle, las de Asturias y toda la región hidrográfica del Duero y las de San Juan de las Abadesas en Cataluña; al Mediodía, las de Belmez y Espiel, Gales español, y las de Villanueva; en el interior están las provincias de Teruel, Soria y Cuenca. En Asturias, Castilla, Andalucía y Aragón, al lado del combustible, tenéis el mineral de hierro, los fundentes y las arcillas refractarias para elevar establecimientos siderúrgicos que competirán ventajosamente, andando el tiempo, en calidad y precio de productos á los que ennegrecen el cielo de Inglaterra, Escocia, Gales y Bélgica, con cuyos países tenemos muchas condiciones industriales idénticas y en contraposición de las desfavorables del Imperio francés.

Y la explotación de los carbones de España se hará con mas economía que la de los carbones ingleses, prusianos, belgas y franceses. Aquí tenemos el combustible sobre la superficie de la tierra, y los jornales baratos; pero es bien notoria también su escasez y carestía en los de consumo por los crecidos gastos que originan los trasportes. Así liberales y restrictionistas pedimos la construcción de caminos de hierro, aunque por caminos muy diversos: los liberales nos dirigimos á la industria, al interés particular y colectivo demostrando, y yo podía añadir por mi parte prácticamente, el lucro prometido á los capitales que se inviertan en estas empresas de trasportes de carbones; los restrictionistas, poco afectos á estudiar, y menos aun á interesarse en nada sin el socialista seguro de riesgos por el Estado, se dirigen á este para que los garantice beneficios con subvención al capital ó al rédito en la empresa de trasportes de carbones, que, como todas sus empre-

sas, llaman *nacional*, que, al decir de ellos, como toda industria nacional, debe ser *protegida*; esto es, debe consumir á las demas. Ved cómo los restriccionistas, los que se llaman hombres prácticos de orden y gobierno, dedican su trabajo sin sobresalto á cualquiera empresa, confiados en que, si los resultados no corresponden á sus esperanzas por inhabilidad del trabajo en la concepción ó en el desempeño, el Estado se encargará de pagarles pérdidas y ganancias y de proteger su ignorancia... que tienen el orgullo y poco patriotismo de llamar *nacional*; y comparad estos padrazos de la nacionalidad con los liberales, verdaderos protectores del capital y trabajos nacionales, hombres racionalmente prácticos que no gastan sus fuerzas en empresas utópicas, y que cuando se frustran sus cálculos, en vez de imponer con la fuerza el castigo de su ignorancia, como lo hace el recaudador del fisco, imploran en son mendicante, pero honroso, la caridad pública ó privada.

En la cuestión presente, los restriccionistas piden subvenciones para la empresa nacional de los caminos de hierro en las cuencas carboníferas; nosotros pedimos transportes para hacer caminos. Y no hay caminos porque no hay transportes, y no hay transportes porque no hay caminos.

La falta de ilustración de los capitales españoles que moteja de visionarios muchas empresas racionales y realizables, que no solo no descifra el porvenir de muchas industrias sino tampoco conoce su existencia; esta falta de ilustración de los capitales que quisiéramos protegerían á su manera los proteccionistas, para dar la muerte, hace que no se construyan los caminos de hierro destinados á unir los puntos que tienen grandes elementos naturales de producción y de consumo, porque hoy no existe este consumo y aquella producción que existiera tan luego como el vapor los enlazase. Pero demos libre entrada á los carbones, y aumentaremos el consumo intensivo y extensivo; los carbones extranjeros crearán y fomentarán industrias verdaderamente nacionales que realizando ya un importante consumo de carbon aseguran rendimientos á los capitales constructores de los caminos de hierro de las cuencas carboníferas; y se construirán aquellas y se explotarán estas; y el carbon nacional que puede competir en precio con el extranjero se quemará en las fábricas á que el último dé vida; y quizás el mismo camino de entrada para el carbon extranjero lo fuera mas tarde de salida al nacional.

Que contruidos los caminos de hierro nuestros carbones competirán con los extranjeros, lo dicen los siguientes precios á que la tonelada de aquellos se podrá vender en los principales puntos de consumo,

	Reales.
En Madrid, el carbon de Vergaño y Orbó, á.	192
Málaga, el carbon de Belmez, á.	120
San Carlos de la Rápita, de Teruel, á.	90
Gijón.	65

precios á que no se venderán los carbones ingleses.

Pero no son realizables estos precios ni puede haber consumo del carbon nacional sin camino de hierro, y este sin grande consumo que cree él hoy mas barato carbon extranjero.

Y para que conozcáis lo gravoso de los derechos arancelarios que en España pesan sobre los carbones, os diré los que se cargan en Francia y Portugal por tonelada.

TARIFA ANTIGUA.	TARIFA MODERNA.
	Rs.
En Francia.	
El carbon pormar, del Norte.	13,69
— por tierra ó mar de Gascuña.	6,84
El coke.	
Una mitad mas que el carbon.	Desde 1864 lo mismo que el carbon.
	Rs.
En Portugal.	1
En España.	»
En bandera española.	35,20
— bandera extranjera.	45,10

Esta ominosa relacion de 45,7 y 1 que respectivamente devengan los carbones en España, Francia y Portugal, os dirán mas que lo que yo pudiera añadirlos.

Hé aquí por qué he dicho que el inmediato engrandecimiento de la industria carbonífera española está en la libre introducción de los carbones extranjeros. Hé aquí por qué yo, productor, me rebelo contra esos mal llamados abogados de la clase productora que, en vez de patrocinar, atacan nuestros intereses; contra los que os privan del calor, de la luz y del movimiento, condiciones de la existencia moral y material del hombre; contra los que prefieren daros muerte de frio, antes que calor extranjero; contra los que os dejan navegar por oscura y ruinosa callejuela, como en tiempo del Rey D. Pedro, antes que consentir os alumbrase la maléfica luz de la Albion; contra los que os relegan al quietismo de los vegetales en medio del movimiento civilizador, antes que daros remolque con vapor extranjero.

El proteccionismo quiere que comais caro, que tengais hambre, porque no os consiente vivir vida española con pan extranjero; que os heleis, porque no os podeis abrigar con tejidos ingleses ni pieles suizas, ni calentaros con carbon escocés, ó que el sol os quemee porque no debeis usar el parasol francés, aunque el viento que os hiele venga del Pirene, ó el sol que os abrasa de Africa; que al nacer no os vacuneis, porque no os cureis la fiebre con la quina del Perú, ni calmeis vuestra excitación con el opio de la China, porque la quina y el opio son plantas extranjeras; que si el plomo español ó extranjero exige á nuestra vida una amputación para salvarla, no empleeis el instrumento quirúrgico de allende nuestra frontera; que si un monge inventó la pólvora, no la usemos aunque se use contra nosotros; que si Guttemberg descubrió la imprenta, no la aceptemos hasta que una invención española sustituya sus prodigios; que si otro extranjero nos anuncia un nuevo planeta, no le contemos en el catálogo de los planetas españoles; que cuando se nos sorprende con la brújula, el telescopio y el cuadrante solar, desechemos orgullosos estas maravillas hasta que robemos á la naturaleza española secretos nacionales para viajar por los mares; que cuando un genovés nos ofrezca un nuevo mundo, ni oigamos al genovés ni aceptemos el nuevo mundo; que no tomemos la locomotora inglesa, ni el barco de vapor americano, y viajemos, no ya en la diligencia, de origen extranjero, sino en el rocínante, hasta que un español nos haga viajar por los aires....

El sol viene de Oriente: cerremos nuestros ojos hasta que creemos un sol español; pon-

gamus aduanas á los rios, cuyas ánforas están mas allá de España, para que no perjudiquen al valor de los rios nacidos en territorio nacional; preguntad á las nubes si el aire que nos traen es extranjero para no respirarle, si la lluvia que fecundiza nuestro suelo viene del otro lado de las fronteras para detenerla y proteger la lluvia indígena contra el benéfico maná nacido en tierra extranjera, y dejad que el rayo español caiga sobre nuestras cabezas por no usar el maldito pararrayos de Franklin, y que el granizo nacional destruya nuestros campos, que no debemos entregar á la pérdida invención extranjera del seguro.

Por fortuna de la humanidad, la estrella del proteccionismo se cae súbitamente hacia su ocaso. Al derrumbarse en el vecino imperio el hasta ahora soberbio capitolio del feudalismo industrial, ha dejado hondamente conmovidos todos los templos de la Inquisición del trabajo, desde el nacimiento del Nawa hasta la desembocadura del Tajo; y cuando todos los pueblos liberalizan sus aranceles, cuando Inglaterra multiplica la exportación de nuestros vinos, cuando Portugal fomenta la de nuestros aguardientes, cuando Bélgica nos ofrece su libre admisión de caldos y lanas de España porque otorguemos á todas las naciones libre entrada de carbones y hierros, el triunfo de la libertad económica es indudable.

El movimiento reformista de Madrid tiene eco entre las peñas de Covadonga y sobre las columnas de Hércules; pide en la liberal Censura libertad para los puertos de Africa y en la plácida ciudad del Cid la union aduanera de España y Portugal, de estos dos pueblos hermanos por la naturaleza, por la religion, por el idioma; que el mismo cielo les cobija, que las mismas aguas les bañan, que un mismo destino les escribe el tiempo. Y para que sigais con el entusiasmo civilizador que os alentó á comenzar esta grande evolución de la Península ibérica, oíd el animoso eco que sale de la tumba del laureado poeta español:

«Si quereis que el universo os crea
Dignos del lauro en que ceñís la frente,
Que vuestro esfuerzo enérgico y valiente
Digno tambien del universo sea.»

El Sr. *Presidente* invita de nuevo á las personas que crean deber combatir las ideas de la Sociedad, para que tomen la palabra, y despues de un momento de silencio, concede la palabra á

El Sr. *Sanromá*: Señores: yo quisiera hablaros de máquinas, de hierros y de carbones; quisiera haceros un discurso eminentemente práctico, tan práctico como pudieran desearlo, si no en el fondo, porque esto seria imposible, al menos en el carácter, los proteccionistas, esos grandes amigos de la práctica. Pero confieso que me es muy difícil: yo no puedo, aunque quisiera, citar dato alguno despues de los muchos aducidos por los dignos compañeros que me han precedido en el uso de la palabra: yo soy extraño á la parte técnica de la cuestión, y aunque libre-cambista, no conozco de cerca otra máquina que la vieja y gastada del proteccionismo, ni otros hierros que los pesados hierros con que el proteccionismo quiere seguir oprimiendo el pais y los consumidores. (*Risas y aplausos.*) Tengo, pues, que renunciar á mi deseo y limitarme á hablaros con el corazón, á haceros un discurso de mero sentimiento.

Hace próximamente un año que en este mismo local se inauguró la Asociación española para la reforma de los aranceles de aduanas. Ha llegado el momento de proceder á su primer balance. Digamos con franqueza y de buena fe si al lanzar á la arena de la discusión la idea de la libertad de comercio hemos conseguido algo ó si han sido completamente estériles nuestros esfuerzos;

y si hemos obtenido algun resultado que lo sepa el país, que lo sepan nuestros adversarios, para que por nuestras conquistas de hoy adivinen nuestras conquistas de mañana, esas conquistas que habremos logrado, no por el sentimiento de la dominación y de la fuerza, sino por el espíritu de una noble propaganda, esas conquistas que hacemos siempre con luz, es decir, bajo el imperio de la razón y en debates abiertos y solemnes, esas conquistas que llevan inscrito en su bandera el mote sublime de libertad y progreso, sin tener en ella ni una sola mancha de sangre.

Y que hemos conseguido algo, señores, lo prueba la diferente conducta que respecto á la Asociación siguen hoy nuestros contrarios. Cuando ellos se apercibieron de nuestros primeros clamores, nos miraron con indiferencia y hasta con desprecio: entonces nosotros éramos para ellos unos pobres visionarios, discípulos arrancados á la escuela que veníamos aquí á recitar las lecciones aprendidas de nuestros maestros; especie de niños que nos entreteníamos alrededor de una mesa jugando á las teorías, en medio de un apiñado círculo de espectadores y curiosos. Pero hé aquí que en menos de un año hemos crecido prodigiosamente: hoy ya somos para ellos algo serio, *ya tenemos malicia (risas)*, ya representamos algo temible: los locos, los visionarios, los niños, han pasado á ser los individualistas disolventes, los cosmopolitas quiméricos, los materialistas sin vida, sobre todo los anárquicos, los revolucionarios de pura raza. Debemos daros cuenta de ese cambio de táctica tan extraño.

Señores, es un hecho que el proteccionismo viene imperando en las altas regiones oficiales, y es otro hecho, y al declararlo vereis que soy muy franco, que si la opinion no ha sido hasta hoy en España muy favorable á la proteccion, tampoco le ha sido hostil; y es un tercer hecho que si la emancipacion del trabajo ha sido una de las mas grandes, radicales y saludables reformas de nuestro tiempo, el comercio, sin embargo, seguia tenazmente atado al carro de las añejas tradiciones de la balanza mercantil y del régimen prohibitivo. Me direis que alguna que otra vez, y me refiero principalmente á los años 49 y 55, solian intentarse ó realizarse proyectos de reforma arancelaria; pero esos proyectos, tenedlo bien entendido, porque nos conviene que no se estravie la opinion, estaban siempre basados, mas en una idea *fiscal* que en la idea *económica* que aqui se propaga. Eran inspirados mas bien por el deseo de buscar aumentos en los ingresos del Tesoro abriendo las puertas á los productos extranjeros, que por la idea mas alta y mas fecunda de separar el capital de las industrias artificiales atrayéndolo hácia las industrias naturales, que son el patrimonio legítimo del país. Y cuando esto acontecia, y cuando se echaban á volar los primeros anuncios de reforma, los proteccionistas despertaban sobresaltados, se arrojaban del regalado lecho del privilegio, tomaban la posta para trasladarse á Madrid, poblaban las antecámaras de los ministerios, se hacian á toda prisa nombrar diputados de una junta de fábricas, de una provincia ó de la nacion, que cualquiera de estos cargos les era indiferente, corrían desalados á las comisiones del Parlamento, y allí gritaban, suplicaban, gemían, lanzaban al aire las huecas voces de industria nacional amenazada, de graves intereses comprometidos, y nos hablaban de miles de obreros pendientes de sus labios, y nos citaban números, muchos números, números, señores, que no eran los que resultaban de la estadística oficial, sino los que resultaban de sus libros de caja. Mentidos libros de caja que declaraban lo que á cada uno de ellos podia perjudicar la reforma, no lo que para el país entero podia tener de

beneficiosa. (*Bien, bien.*) Estas campañas terminaban siempre con un acuerdo pacífico entre el gobierno y los proteccionistas. En este acuerdo se partía de un tipo de proteccion necesario. Era aquello el mas peregrino regateo que darse pueda. Se disputaba si habia de fijarse un 25, un 30 ó un 60 por 100, y hecho el arreglo cada cual volvia tranquilamente á su tienda, y el gobierno dejaba pasar algun tiempo para que los señores proteccionistas pudiesen descansar de su tribulacion pasajera y dedicarse á atesorar nuevos números en sus ya célebres libros de caja (*Risas y aplausos.*)

Todo esto, señores, ha variado por completo. ¿Y quién lo ha hecho variar? No lo atribuyais á orgullo, pero estoy comprendido á decir la verdad. Esto lo hemos hecho variar nosotros, precisamente nosotros; porque de hoy mas se sabe que la campaña de la libertad de comercio no será nunca interrumpida: de hoy mas se sabe que la enfermedad que aqueja á los proteccionistas no es transitoria; es una fiebre lenta que los consume, que los devora, que acabará por hundirlos en la huesa. Como los Reyes Católicos levantaron la ciudad de Santa Fe á dos pasos de Granada dando con ello testimonio de que no abandonarían sus reales hasta ver colgadas del regio cinto las llaves de la ciudad morisca, así nosotros hemos construido este fuerte avanzado, y no lo hemos de abandonar hasta que hayamos dado buena cuenta de los últimos restos del despotismo industrial y del monopolio. (*Entusiastas bravos.*)

¿Creeis que los proteccionistas no conocen este intento nuestro? ¿Qué se han hecho sus grandes oráculos antes tan parleros? No contestan á nuestros argumentos; no buscan nuevas razones, si es que hallarlas pudieran en el arsenal de sus eternos sofismas para defender su causa; lo que hacen es procurar desacreditarnos á los ojos del país y del gobierno, queriendo arrojar sobre nuestra frente el anatema, el desprecio general y hasta la calumnia. No importa: están desconcertados, porque se enojan; se enojan, luego nos odian; nos odian, luego nos temen. Está bien: que nos teman, eso queremos, que nos teman. *Oderint dum metuant.* (*Aplausos estrepitosos.*)

Señores: desde un principio hemos sido muy explicitos para manifestaros nuestras intenciones. Os hemos dicho siempre: tenemos una doctrina y una política. Como doctrina, queremos que queden desde luego abolidas las prohibiciones, todas las prohibiciones, incluidas esas pocas que existen en el Arancel. Queremos que inmediatamente se alee la barrera puesta á la importacion de los cereales extranjeros: queremos que desde luego se rebajen los derechos protectores á un máximo de 15 por 100, y que en cortos, muy cortos plazos vaya descendiendo hasta un tipo puramente fiscal. Queremos que reforme honradamente nuestra viciosa Ordenanza de aduanas: que se introduzcan radicales alteraciones en las Ordenanzas de marina en las que podríamos encontrar la explicacion de alguno de los casos que con tanta elocuencia ha explicado el Sr. Bona, y queremos por fin que se reforme gran parte de los tratados internacionales, haciendo desaparecer esa extraña distincion entre naciones muy favorecidas y menos favorecidas. Como política podíamos disponer de dos medios: ó aspirar á que se realizasen inmediatamente nuestros principios, por leyes ó por decretos administrativos, ó seguir imbuyendo aquellos principios en la opinion pública. Nos direis que lo primero no lo hemos conseguido. ¿Qué nos importan los decretos administrativos si no están apoyados en la opinion general? Las medidas del gobierno no pueden producir, en la mayor parte de los casos, sino reacciones, cuando la opinion no las ha pro-

vocado. A que las provoque la opinion tendemos, y las conquistas de la opinion son lentas, pero seguras. ¿Qué significa la lentitud al lado de la constancia? No somos impacientes; por eso tenemos fe.

Os he dicho, señores, que yo nada entiendo en materias de maquinaria: ahora os digo que no quiero entender nada ni necesito entender nada para declarar que precisamente la historia de la maquinaria es la mas evidente demostracion de las ventajas que produce la libertad de comercio. Recordad sino uno de los principales aforismos de los proteccionistas. Dicen ellos: la proteccion ha de estar en razon directa de la importancia de la industria protegida y del grado de atraso relativo en que esa industria se encuentra. ¿Es importante la maquinaria, es reciente? De ella son tributarias hoy todas las industrias. La maquinaria nació ayer, ha crecido hoy, y, sin embargo, está sacrificada á los intereses de los carboneros y de los herreros, porque mientras que los artículos que constituyen las primeras materias de las máquinas, los alambres, por ejemplo, los aceros, los cobres, los mismos carbones y los hierros de todas clases forjados, estrados ó cotados; las limas, las herramientas pequeñas están protegidas con un derecho arancelario que va desde 10 á 50 por 100 (derecho escrito, porque en la práctica ya sabemos que llega al 200 y al 300); mientras esto sucede, la maquinaria no tiene mas que un derecho desde 2 á 10 por 100, es decir casi un tipo fiscal comparado con los otros. ¿Dónde está aqui la lógica proteccionista? ¿Vendrá diciendo que las máquinas viven de sus hierros y carbones, sin advertir que precisamente sus hierros y carbones se realizan por las máquinas que estraen los unos y forjan los otros? ¿O tal vez para que la maquinaria no se ponga á la altura arancelaria de sus hierros adoptará el lenguaje patriarcal de los Sismondi y decretará la supresion de las máquinas? No lo hará, porque el país lo acogeria con una carcajada terrible, la gran carcajada del siglo, del siglo que coronaria de rosas y laureles la parte del ilustre inventor de la filatura mecánica, y por befa y escarnio les pondria á los proteccionistas la coroeza, y en la mano la rueca y el huso de los tiempos de Hércules. (*Muy bien.*) No confesarán que su sistema camina á la abolicion de las máquinas, pero en la práctica así se verifica, y ya hemos visto que relativamente á los artículos que constituyen las primeras materias de las máquinas, no se hallan estas protegidas.

No es esto solo: sino que la maquinaria vive en España á pesar de grandes contradicciones. Sí, señores. Hay en primer lugar la circunstancia de que los artículos y las primeras materias necesarias para las máquinas pagan al peso cuando las máquinas pagan por avalúo; y cuando se crea una sociedad explotadora de un ferro-carril ó una empresa de otra clase, se obtiene desde luego un real decreto permitiendo la libre introduccion de las máquinas extranjeras. Pues repito que á pesar de esto la maquinaria se ha desarrollado mucho en España de poco tiempo acá. Díganlo sino doscientos y tantos talleres de construccion que poseemos. La célebre *mule-jenny*, que introdujo una revolucion completa en la industria algodónera, fue perfeccionada sin proteccion, sin patente de invencion siquiera, en Cataluña, en Berga, llevando desde entonces el nombre de Bergadana.

Señores: yo pienso que el enemigo mas acérrimo de la proteccion es la maquinaria, porque hace que se produzca mas, mejor, mas rápidamente y mas barato, mientras el proteccionismo nos hace producir menos, peor, mas lentamente y á precio mas alto. Y hé aquí por qué aun teniendo en cuenta el grado de proteccion concedida en otros paí-

ses á la maquinaria, nunca ha sido tan alto como el dado á las otras industrias. Yo me represento la maquinaria, diciéndole al proteccionismo: «no quiero que se mezclen mis pontificos con los tuyos; los tuyos se llaman Carlos V, Isabel de Inglaterra, Cromwell, Colbert; los míos se llaman Watt, Arkwright, Jacquart, Stephenson; necesito esta distinción para que no se confundan mis progresos con los que dices haber realizado; porque así se verá que la importancia de la marina inglesa no data del Acta de navegación sino de los tiempos del loco Fulton, y así se verá que lo que se llama industria inglesa no data precisamente de los decretos del siglo xiv ó del siglo xvi, sino de la época en que la filatura y los telares mecánicos se aplicaron á las manufacturas. Antes de ese tiempo la Europa era tributaria de la India para muchos productos: hoy día la India recibe nuestras muselinas, nuestros percales, nuestras sedas; es decir, que bajo el punto de vista industrial, por las máquinas y no por la fuerza del proteccionismo, hoy día el Oriente está de rodillas ante el Occidente. (Bien, bien.)

Concluyo, señores, refiriéndome otra vez á la conducta de los proteccionistas. Me refiero á su conducta en el momento presente, á la misma hora en que tengo la honra de hablar. El señor presidente nos ha leído una oticia inserta en un periódico, según la cual parece que en este mismo instante, en

esta misma hora de las tres y media los proteccionistas se hallan reunidos en el llamado Círculo económico español. Todos nos preguntamos: ¿qué hace este círculo? ¿en qué se ocupa? Porque, mientras no se nos conteste de una manera categórica, tenemos derecho para suponer que semejante círculo no existe sino sobre el papel, y que solo se trata de prevenir la opinión general con la idea de que existe alguna cosa que se llama círculo, de que se están ocupando en algo los proteccionistas para contrarestar nuestra propaganda. Yo, señores, creo que si el círculo existiera, porque hasta he llegado á dudar de su existencia, mandaría aquí sus representantes, ó nos abriría sus puertas. ¿Cómo se explica su retraimiento? ¿Sería una vulgaridad decirnos que los proteccionistas temen la luz, y nosotros la buscamos; que los proteccionistas rehuyen la discusión, y la adoramos nosotros? Yo veo, señores, que la atmósfera del libre-cambio lo domina todo: la veo en Rusia, en Alemania, en Suiza, en Italia, en Inglaterra, en las repúblicas americanas: yo la siento en el reciente tratado de comercio entre Napoleón y la Gran-Bretaña: la veo desplegarse en el Continente europeo desde la grande Asociación aduanera que acaba de crearse y está presidiendo en Francia Dolfus, ese fabricante ilustre que ha querido quemar sus privilegios manufactureros con tanta hidalguía como la aristocracia del vecino imperio quemó sus privile-

gios políticos y civiles en la inmortal noche del 4 de agosto. Nosotros vivimos en esa atmósfera, la respiramos. Por esto nos presentamos siempre en público con la sonrisa en los labios, porque el siglo nos sonríe, el siglo nos felicita y nuestro corazón está de fiesta. Los proteccionistas por el contrario, representantes de un régimen viejo y decrepito lloran su vejez, y como todos los que lloran, buscan el silencio y el recogimiento. Es verdad, señores; sería mejor en público, se llora mejor en las soledades. Que sigan en su retiro, sea en buen hora. Si algún día tienen á bien abrirnos las puertas de su claustro, iremos allí á consolarlos: si persisten en mantenerlas cerradas los abandonaremos á sí mismos á sus eternos ayes y lamentos. He dicho (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

El Sr. Presidente: Se levanta la sesión. La Junta directiva continuará en sus trabajos, y avisará oportunamente para la próxima reunión.

Eran las cuatro y media.

Editor responsable, D. J. G. de Barreda.

MADRID 1860.

IMPRESA DE LA ESPERANZA,

Á CARGO DE D. MIGUEL ARCAS Y SANCHEZ,
calle de Peralla, núm. 8.

EL ECO DE LA LEY Y LA ESPAÑA JURIDICA.

(AÑO II.)

ASOCIACION PARA LA REFORMA DE LOS ARANCELES DE ADUANAS.

Sesion publica del dia 20 de mayo de 1860.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. D. LUIS MARIA PASTOR.

Asunto de que se ocupó la Sociedad.—Exámen de las consecuencias que tendrá para España el tratado de comercio celebrado entre Francia é Inglaterra

Abierta á la una y media, dijo

El Sr. Presidente: Señores, con arreglo á las bases aprobadas por la Sociedad, deberíamos habernos ocupado en este día ó en otro inmediato dentro del presente mes, en presentar á la Asociación el resultado de las cuentas del año pasado, para proceder luego á la renovación de la Junta directiva. Pero hallándose tan próxima la estación en que es preciso renunciar á las reuniones públicas, y habiéndose convocado las Cortes para el 25 del presente, la junta ha creído sería conveniente aprovechar el momento para discutir un asunto tan importante como el que está sometido á vuestra deliberación y dejar la reunión, destinada á la renovación de la Junta, para el próximo mes de junio.

La mesa ha escogido el tema de que ya tendré conocimiento la Asociación, tema del mayor interés; y por eso ha considerado oportuna su discusión antes de dar fin á nuestras tareas en la presente campaña. Para que esta discusión tenga lugar con la mayor copia de datos posibles, y oyendo todas las opiniones, la junta se ha apresurado por mi conducto á oficiar al presidente de un *Círculo económico* que se ha creado últimamente en esta corte, invitando á sus individuos á que nos honrasen con su asistencia, dando así al debate mayor interés é ilustrándole con la opinión de personas tan entendidas. El señor presidente me ha contestado en términos que me hacen esperar que nuestras esperanzas no saldrán fallidas, y que tendremos el gusto de ver á algunos de esos señores alternando con nosotros en la controversia.

El señor secretario dará cuenta de estas comunicaciones.

El señor secretario leyó dichas comunicaciones, que dicen lo siguiente:

1.ª «Debiendo celebrar esta Sociedad el día 20 del presente mes en el local de la Bolsa, á la una de la tarde, una reunión para examinar las consecuencias que tendrá para España el tratado de comercio celebrado entre Francia é Inglaterra, y discutir las razones que de este exámen puedan deducirse en favor de una reforma liberal de nuestros aranceles de Aduanas, lo pongo en conocimiento de V. E. para que se sirva invitar á los individuos del *Círculo*, de que es V. E. digno presidente, á fin de que tomen parte en la discusión, contribuyendo de este modo á ilustrar con sus conocimientos un punto de tanta importancia, ó al menos honren la reunión con su asistencia. Dios, etc.—Madrid 14 de mayo de 1860.—Luis Pastor.—Excmo. señor mar-

ques de San Felices, presidente del *Círculo económico español*.»

2.ª «He leído con satisfacción, como presidente del *Círculo económico español*, el atento oficio que con fecha 14 nos dirige V. E. en nombre de la Asociación para la reforma de los aranceles de Aduanas, á fin de que los socios del *Círculo* acudan á tomar parte en la discusión pública que la Sociedad, dignamente presidida por V. E., se propone tener el día 20, acerca del reciente tratado comercial franco-ingles. Por el art. 15 de nuestro reglamento corresponde á la junta de socios de número determinar la conducta que debe seguirse en la discusión y controversia pública, y como dichos socios solo han celebrado la sesión inaugural, nada hay resuelto sobre el particular. La actitud individual de los miembros del *Círculo*, sin embargo, según la base tercera, ha de ser respetada, y la corporación no será responsable mas que de los acuerdos tomados por mayoría. Así cabe perfectamente que los individuos del *Círculo* sostengan bajo su responsabilidad las doctrinas que consideren mas acertadas y justas. Y en este concepto, daré á conocer con gusto la escitación de V. E., no obstante el corto plazo que media hasta el día 20. Dios, etc.—Madrid 15 de mayo de 1860.—El presidente, marqués de San Felices.—Excmo. Sr. D. Luis Pastor, presidente de la Asociación para la reforma de aranceles de Aduanas.»

El Sr. Presidente: Tienen hasta ahora pedida la palabra los Sres. Carballo, Roman Leal, Moret y Prendergast y Morquecho y Palma. Puede usarla el Sr. Carballo.

El Sr. Carballo (D. Benigno): Señores, no me propongo hacer un discurso. Voy solamente á decir unas cuantas palabras con objeto de abrir la discusión. El tiempo es muy precioso y ya habeis oído de boca de nuestro digno presidente que nos espera hoy un gran debate, ó por lo menos, que estas son nuestras esperanzas; no me atrevo, pues, á robaros unos instantes que necesitáis para escuchar de boca de nuestros adversarios los argumentos que tienen que hacer contra la doctrina del libre cambio.

Un tratado de comercio entre Francia é Inglaterra; una simple convención celebrada entre dos naciones, sería ciertamente una cosa de escasa importancia, y de poco valor para discutida aquí, si ese tratado no tuviera una gran significación, si no fuera porque ese tratado significa que la idea de la libertad comercial comienza á ejercer su saludable influencia en una nación vecina, que tiene una gran historia; si no fuera porque ese tra-

tado es la prueba de que nuestra causa ha hecho una nueva conquista; si no fuera porque ese tratado demuestra que en el horizonte de la civilización francesa comienza á aparecer la idea de la libertad comercial, y porque de aquí se desprende un motivo mas para que aparezca también en el de la civilización española. Deteneos algunos instantes conmigo, y os demostraré esta verdad.

Hace poco menos de un año, unos cuantos meses nada mas, que nos reunimos en este sitio por la vez primera. La Asociación para la reforma arancelaria deseosa de propagar las ideas del libre cambio, de preparar la reforma de los aranceles y, sobre todo, de abrir un palenque de discusión amplia, amplísima á nuestros contrarios, se ha reunido aquí varias veces. Vosotros acudisteis al llamamiento desde los primeros momentos, quisisteis oírnos, quisisteis asistir á la lucha que suponíais empeñada entre una vieja idea que se llama protección, y una idea nueva llamada libertad de comercio; y vuestras esperanzas quedaron completamente fallidas, porque nuestros adversarios no acudieron al reto; pero en el momento en que visteis espesadas nuestras ideas y nuestros principios con la elocuencia, con la verdad, con la valentía que tiene la palabra de mis amigos y compañeros, la dispensasteis vuestras simpatías y vinisteis cada vez mas animados á este sitio. La nación entera correspondió á nuestro llamamiento y nos dió claras muestras de que no se siembra en vano, cuando la semilla se arroja en un campo tan fecundo como es la inteligencia de los españoles. (Bien, bien.)

Mientras que esto pasaba en España, y nosotros contribuíamos por estos medios á propagar los sanos principios económicos, un acontecimiento importante ocurría en Europa. Un respetable anciano, inclinado ya bajo el peso de los años, un personaje que debeis conocer, atravesaba el canal de la Mancha, y pisaba las playas de Francia con el pensamiento de hacer en aquel gran país una gran conquista. El anciano de quien os hablo es un gran conquistador: habia asistido á mas de cien combates; su hoja de servicios es una brillante hoja, y sus triunfos de los mas grandes ó por lo menos de los mas útiles que registra la historia. Era un antiguo jefe de las huestes libre-cambistas de Inglaterra; próximo ya al sepulcro, tal vez en el último tercio de su vida, viendo que el tiempo desaparecía delante de sí, volviendo la vista á lo pasado y recordando como los viejos guerreros la vida de los campamentos, la sangre afluía á su corazón, su amor por la libertad

revive, su entusiasmo crece, y arrastrado por el impulso de su ardor marcial se dijo a sí mismo: «¡Oh! no estoy satisfecho; yo quiero una página mas para mi brillante historia, un laurel mas para mi corona. La libertad de comercio vive en Inglaterra, es menester que viva tambien del otro lado del Canal. Salgamos para Francia, yo la escojo para teatro de mis operaciones. Allí, en donde el espíritu francés se declara hostil á la nacion inglesa; allí, donde se revuelven y agitan las pasiones y parecen levantarse como la ola embravecida, amenazando la tranquilidad de mi patria; allí, donde el horizonte parece cubrirse de negras nubes, y todo anuncia que una tempestad va á descargar sobre este suelo de Inglaterra; allí, en medio de ese pueblo impresionable, sediento siempre de gloria militar, en esa nacion valiente, entusiasta por todo lo bueno y por todo lo malo, por todo lo grande y por todo lo pequeño; allí debes desenvainar de nuevo la espada, viejo soldado. Salgamos para Francia.» (Aplausos.)

Señores, y salió para Francia, y atravesó el Canal y pisó el suelo francés. No venia acompañado de aparato militar, ni traia cañones rayados ni carabinas á la Minié; venia solo, enteramente solo, con una maleta de viaje y un baul lleno de muestras de todos los géneros de fabricacion inglesa. (Risas.) ¡Advinais ya, señores, el nombre del personaje que os he retratado? ¡Habré sido tan mal retratista que no habré acertado á dibujaros con verdad los rasgos característicos de su fisonomia? Yo creo ver asomar ese nombre ya á vuestros labios; pero por si acaso me engaño, por si acaso he retratado mal, yo haré lo que hacen los malos pintores... escribiré el nombre debajo del retrato. Este personaje se llama Mr. Cobden. (Aplausos.)

Acojéis este nombre, señores, con cariño; tiene para vosotros grandes simpatías. No lo extraño, porque va acompañado de grandes recuerdos, ha merecido bien de los amantes de la libertad, la Inglaterra le debe gran parte de su actual riqueza y poderío, y sus triunfos, sus glorias valen mas, mucho mas que las de esos grandes capitanes cuyos hechos ha llevado la fama en alas del viento al través del tiempo y del espacio. Sigámosle, señores, en sus jornadas. ¿Creeis que va á París á establecer una asociacion? ¿Creeis que va á celebrar algunas conferencias? ¿Que va á formar algunos discípulos que, como otros tantos apóstoles, vayan de departamento en departamento, de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, predicando la idea de la libertad comercial? ¿Creeis que va á fundar alguno ó algunos periódicos, á escribir alguno ó algunos libros en los cuales se siembre esta buena semilla con la esperanza de recoger ópima y abundante cosecha? No; nada de esto hace. En otras circunstancias esto hubiera sido lo mejor, porque se hubiera dirigido á la opinion para que ella hubiera promovido la reforma. Pero su antigua esperiencia le aconseja que hoy debe seguir otro rumbo. El viejo soldado, el decidido campeón del libre-cambio se dirige al palacio del emperador, y el hombre que hoy rige los destinos de la Francia recibe á ese conquistador que por todo acompañamiento lleva, como os he dicho, una maleta y un muestrario de productos: le escucha, oye sus observaciones, examina sus muestras, las estudia y á los pocos dias aparece en el *Moniteur* la carta del emperador dirigida á su ministro de Estado, y se celebra el tratado entre Francia é Inglaterra: ese tratado es el advenimiento de la libertad de comercio á la Francia. ¡Honra y prez al viejo economista! ¡Honra y prez á Cobden, que nos trajo esa conquista mas para la libertad! (Aplausos.)

Y, señores, ¿qué significa ese tratado? Ciertamente debe tener una alta significacion. Hay un hecho que se presenta desde luego á nuestra consideracion, y nos induce á creer-

lo así. En el momento en que aparece, la Europa entera, preocupada entonces como hoy por los grandes motivos que la agitan, le dedica su preferente atencion. No hubo un periódico político ó científico en Francia, en Alemania, en España, en Inglaterra, en Rusia, en todas partes, que no se ocupara de él: no hubo pluma bien cortada que no escribiera sobre él alguno ó algunos artículos. Por muchos dias la prensa en todos los matices escribió en sus columnas como asunto preferente de sus apreciaciones: carta de Napoleón III á su ministro de Estado; tratado de comercio entre la Francia y la Inglaterra. Los economistas batieron palmas y entonaron himnos de triunfo: algunas provincias del Imperio se alarman; se escriben folletos en contra del tratado, y comisiones de protectionistas entran en París y conferencian con el Emperador. ¡Y qué, señores! Una simple convencion, un tratado celebrado entre dos naciones, ¿es un hecho bastante para producir este movimiento? ¿No es verdad que bajo ese tratado hay un acontecimiento mas grande? ¿No es verdad que tiene otra significacion mas importante? Si la tiene, ya lo habeis oido: es que la idea liberal comercial empieza á alumbrar el horizonte de la Francia, de ese pais que suspiraba por la libertad, y esa libertad se manifiesta hoy por el conducto mismo del hombre que rige sus destinos.

Me parece que escucho ya la voz de nuestros adversarios; me parece que estoy oyendo formular sus argumentos. ¿Cómo, economistas, libre-cambistas, aceptais una reforma que se verifica por medio de un tratado de comercio? ¿Pues no sabeis que los tratados se celebran bajo la base de la reciprocidad? ¿No sabeis que un tratado de comercio supone concesiones mútuas entre las partes contratantes? ¿No sabeis qué significa la creencia de que la importacion extranjera es dañina á la industria nacional? Para celebrarlo se hacen tanteos, se estudia la situacion de cada industria y de cada pais, se pesan y equilibran las condiciones, y cada una de las partes cree haber salido gananciosa, merced á la astucia y habilidad de su diplomacia. Y si un tratado de comercio parte de una idea protectionista, si está basado en la protection y vosotros le defendeis, abjurais de vuestros principios, os poneis en completa contradiccion con vuestras doctrinas, y por consiguiente desde hoy no debeis llamarnos libre-cambistas, sino esencialmente protectionistas.

Este argumento, señores, seria una verdad; tendria todo el valor, toda la fuerza, toda la lógica que se quisiera si se tratara de los tratados de comercio que se celebraban en la antigüedad, si nos refiriéramos á los tratados que se ajustaban cuando en el mundo existia eso que se llamaba balanzas de comercio; cuando la política de las naciones era de desconfianza y de recelo, cuando se creia que la riqueza de un pais no se podía asegurar sino a costa de la ruina de otros paises, cuando la diplomacia significaba mentira y engaño; pero hoy las ideas económicas son otra cosa; hoy un tratado comercial es el último ó casi el último. Notad que esa nacion deja reducidos á cuarenta el número de los artículos de su arancel, y comparad este número con los que tiene el arancel español. Son muchísimos los que se declaran de libre importacion, y has a los mismos vinos, ese producto agrícola sobre que tantas veces se habian fijado los protectionistas para demostrar que esta nacion no es enteramente libre-cambista, sufren una rebaja considerable. Otro tanto sucede con los aguardientes, papeles pintados y otros muchos que seria enojoso y prolijo enumerar. Y para que no podamos abrigar duda alguna acerca del carácter de la reforma, el ministro inglés declara en el Parlamento que dicha reforma

es general para todas las naciones, y no exclusiva para la Francia, y, sobre todo, se lleva á cabo cuando Gladstone se encuentra en los presupuestos con un déficit de 55 millones de duros. Y sin embargo, no se arredra y pasa adelante, porque el pais clásico de la libertad no se detiene ante los obstáculos que se oponen al triunfo de un gran pensamiento. Si, señores, esta es la conducta de la Inglaterra, de ese centinela avanzado de la idea liberal, iniciador de las reformas económicas. Su nombre debe ser pronunciado en este sitio con elogio y con respeto, pues cuando bajo el punto de vista de la libertad la comparamos con esas naciones en donde las reformas económicas, ó no se verifican nunca, ó tienen lugar tardia y trabajosamente, no podemos menos de recordar aquello que Virgilio ponía en boca de un sencillo pastor al comparar á Roma con las pequeñas y miserables aldeas:

*Verum hæc alias inter caput extulit urbes
Quantum lenta solent inter viburna Cupresi.*

Pero en donde está la grande importancia del tratado es respecto de la Francia, porque la Francia ha sido esencialmente protectionista, y hoy es ya decididamente libre-cambista. ¡Cosa extraña, señores! La Francia, la nacion cuya historia tiene páginas tan brillantes, la nacion que dió al mundo los primeros economistas, la que produjo genios como Turgot, la que en su gloriosa revolucion proclamó el principio de la libertad del trabajo entre otros grandes principios y libertades; la Francia, que envuelta en las bellas formas de su literatura ha propagado el liberalismo que predomina en todo el continente, la que quizás cuenta mayor número de celebridades en todos los ramos del saber, la nacion en cuyo seno se han levantado los mas eminentes economistas, la patria de Say, de Bestiat, de Chevalier y de otros muchos defensores ardientes de la libertad comercial; esa nacion cuya tribuna parlamentaria ha sido tal vez la mas celebrada del mundo, la Francia, que ha tenido siempre el genio para cantar la libertad, y la filosofía y la economía política para demostrarla, es sin embargo la nacion en donde mas ha dominado el sistema protector. ¿Cómo se concilian extremos tan opuestos? ¿Cómo se explica que una nacion con tantos timbres y con tanta gloria sea sin embargo protectionista?

Yo no puedo entrar en esplicaciones acerca de todas las causas que han producido esta situacion, y se opone á ello el que el objeto de esta discusion es puramente económico y no político; haré, no obstante, una indicacion, y es que el liberalismo y la movilidad se manifiesta siempre en Francia en el sistema político, en tanto que la administracion ha sido siempre la misma, el importuno tutor ó protector que acompaña al hombre desde la cuna hasta el sepulcro, sin abandonarle en ninguna de las manifestaciones de su vida, como trabajador, como hombre político, hasta como literato. Si, señores; hoy el P. Lacordaire ha necesitado antes de entrar en la Academia francesa la autorizacion del gobierno. Pues si esta es la idea dominante en aquel pais, ¿no ha de tener una gran significacion un tratado de comercio donde quedan abolidas todas las prohibiciones, donde se reducen á un 30 por 100 los derechos protectores, donde claramente se rinde tributo á la idea de la libertad comercial? ¿Cómo no han de ejercer influencia unos documentos tan importantes como son los discursos pronunciados y los informes dados por los consejeros de Estado M. Roger y otros al Emperador, donde están clara, terminantemente espuestas las doctrinas libre-cambistas? ¿No ha de tener importancia cuando se trata de un pais eminentemente protectionista, una concesion de esta naturaleza? He aquí la significacion que tiene el tratado de comercio. Y si vosotros

descendiérais á examinar su arancel y viérais ese conjunto de nombres, de rarezas, de derechos, de prohibiciones, de tantas cosas diversas, os convenceríais de la inmensa importancia y significación de la reforma.

Observad, señores, y voy á concluir para no molestar mas vuestra atención, el saludable efecto que la reforma comercial ha producido en Francia. Ese país por naturaleza impresionable y volcánico que con tanta facilidad recibe una ú otra impresión, en el momento que ve declararse la libertad de comercio la acepta con entusiasmo, y ved cómo su prensa dice: reconocemos y aceptamos la reforma, solamente como un paso en la senda del libre-combio; pero queremos otro paso; que este sea el primero, y que continuemos adelante hasta el completo triunfo de la idea para descausar entonces como el viajero fatigado que solo acepta una mala posada como un reposo para llegar mas fácilmente al fin de la jornada. Hoy la reforma que se nos concede es la mala posada donde descansamos un momento, con la esperanza de emprender nuevamente el camino hasta llegar al término de nuestro viaje, al definitivo triunfo de los principios liberales. (*Bien, bien.*)

Un progreso en la senda de las reformas económicas, el advenimiento de la libertad de comercio en Francia, una conquista mas hecha por las ideas que profesamos, todo esto significa el tratado de comercio anglo-francés. Seamos nosotros, señores, algun tanto egoistas; ya que el bien ha entrado en la casa del vecino, abramosle las puertas de la nuestra; ya que la libertad de comercio raya en el horizonte de la civilización francesa, que raye tambien en el de nuestra civilización. A examinar las razones que de este tratado pueden deducirse en favor de una reforma liberal en nuestros aranceles, somos llamados aqui. Estudiar vosotros estas razones, entrad ya de lleno en el fondo de esta cuestión; yo me limito á plantearla como indiqué al principio. Contraed mas especialmente á este punto vuestras observaciones, y no olvideis los estrechos lazos tanto de comercio como de industria, que nos unen con esos dos países. Entre tanto saludemos la reforma desde este sitio de la Bolsa de Madrid, y con ese amor puro que se profesa á las doctrinas verdaderas; con esa fé, con ese culto que se tributa á las ideas cuando las ideas son grandes, y han de traer la felicidad para las naciones, démosle nosotros nuestra bienvenida. (*Aplausos prolongados.*)

El Sr. Presidente: El Sr. Roman Leal tiene la palabra.

El Sr. Roman Leal: Señores, bien sabe Dios que siento en lo mas profundo de mi alma hallarme frente á frente de esa juventud que reúne tanto talento, tanta elocuencia, y que tiene todas las simpatías de mi pobre corazón, porque como yo, ama la libertad, sentimiento purísimo bajo cuya influencia magnética todo espíritu noble se engrandece. Pero al mirarme aqui por la vez primera en el uso de la palabra, cara á cara con los que estimo mis amigos, sin duda esperais verme sacar del bolsillo izquierdo un infolio de apuntamientos, y os preparais en vuestras sillas á recibir la descarga cerrada de mis guarismos y de mis datos; tranquilizaos, señores. Yo no considero, ni puedo considerar la cuestión general que forma el fin de todas vuestras discusiones como el combate de la libertad contra el monopolio; porque entonces no seria cuestión científica, seria la lucha de los intereses exclusivos contra los intereses generales en los que estaria el mio, y me veriais pelear en vuestras filas como el último soldado en punto á pericia, como el primero, en cuanto á decision y arrojo; pero repito que para mí la cuestión es científica, y busco la verdad con ardiente deseo, porque la verdad para el entendimiento es como la luz para

los ojos, y así os declaro, que ni hoy, ni mañana, ni nunca, enajeno ni enajenaré mi conciencia al oro de los privilegiados; porque yo, señores, que he visto crearse así mismo las castas divinas por el imperio de la fuerza y de la usurpación introduciendo en los huesos de la humanidad el clavo de la servidumbre con el martillo de la tiranía; yo que he visto al feudalismo alzar la picota para el vasallo aun despues de haber predicado Jesucristo la igualdad de los hombres ante Dios, precursora de la igualdad de los hombres ante la ley; yo que he llorado las grandes catástrofes ocasionadas á la humanidad por todas estas cosas, yo que he sentido inflamarse mi espíritu con los vapores de la sangre humeante, ¿cómo puedo ni podria enajenar mi conciencia á los que aborrece mi corazón? No, señores, no, la cuestión no es de privilegios, no es de monopolio, no es de intereses exclusivos, porque «la libertad no se decreta,» Krause os lo dice, y así observadlo, cuando la humanidad no puede soportar el peso de los privilegios odiosos, los derriba; cuando se siente abrumada por las cadenas de la esclavitud, las rompe; pero cuando necesita de la ciencia para arreglar sus intereses, discute. La cuestión es científica; vosotros lo habeis confesado pidiendo la discusión. Muchos buscamos la igualdad aunque por distintos caminos; muchos queremos que la humanidad forme una inmensa y dilatada pero sola familia; muchos rechazamos la guerra; muchos amamos la paz; muchos deseamos la alianza; muchos vivimos con la dulce esperanza de ver cumplido el principio cristiano, que confunde las razas en la pila del bautismo. (*Aplausos.*)

Embarazado me veria, señores, si hubiera de oponerme á las doctrinas económicas del Sr. Carballo por lo que ha dicho en su brillante y razonado discurso que todos acabais de oír, porque su señoría, al hacerse cargo del tratado de comercio celebrado entre Francia y la Inglaterra, ha visto en él una manifestación de progreso, un paso mas hacia la libertad de comprar y vender, y en este punto no creo que se le pueda negar cierta parte de razon al Sr. Carballo. Tambien su señoría ha hablado bastante de reformas en general sin determinar época y condiciones; ¿y quién puede oponerse á las reformas? Yo necesito gracia, y al dirigiros hoy por primera vez mi pobre y humilde y desautorizada palabra, os pido vuestro beneplácito para entrar un momento en consideraciones generales acerca de la doctrina general tambien, y espero que la benevolencia, compañera inseparable de la ilustración, que os reconozco, hará que escuchéis sin impaciencia mi pobre voz hasta que haya pronunciado la última palabra de mi discurso.

El Sr. Presidente: Puede su señoría, señor Leal, hablar con toda la latitud que considere conveniente, y la mesa y la reunion le oirán con suma complacencia.

El Sr. Roman Leal: No otra cosa esperaba yo, señor presidente, y debo ante todo dar gracias á la Asociación por tan amable deferencia.

Señores: estudiemos al hombre, si queremos conocer su naturaleza, y evitemos que al buscar la luz nos envuelvan las tinieblas, al buscar la verdad se abra el abismo de los errores, al realizar el progreso, violentas reacciones opongan un obstáculo mas á la magestuosa marcha de la civilización. El filósofo que dijo que no hay nada en la sociedad que no haya estado antes en el individuo, solo estableció una regla de criterio; pero la ciencia que en la conjunción de todos los elementos se forma, no puede satisfacerse con esta sola parte del conocimiento. Mucho es el individuo; en el fondo de su conciencia la verdad de la naturaleza se retrata, hé aqui la inducción. El

lleva á la sociedad el producto de sus observaciones y su trabajo, pero de la sociedad recibe en cambio sus primeras ideas y sus primeros auxilios. En este comercio reciproco de mútuas prestaciones de afectos, de necesidades, da tanto como recibe; por consiguiente, su trabajo es individual y colectivo, y solo así puede explicarse que, enlazándose unas generaciones con otras, los trabajos acumulados por los siglos hayan podido metamorfosear este mundo que el hombre recibió ineulto, poblado de malezas y cubierto de espinas: hé aqui el elemento histórico, segunda regla de criterio. Separadas las dos, la luz del pensamiento solamente alumbra la mitad de la esfera de la verdad. Negar el sentido íntimo seria negar al ser racional que piensa, que desea y obra; negar el criterio histórico seria negar la humanidad que comunica sus ideas, sus afectos, sus necesidades. Es preciso, por lo tanto, combinar la libertad del individuo con el poder social, y en esta combinaciones triban nuestras diferencias, al menos, señores, las mías. Pero en estas diferencias hay las condiciones de una cuestión científica, porque tiene su parte fundamental, su parte crítica y su parte práctica, y no puede llegarse á las dos últimas sin haber estudiado la primera. Por mi parte creo que puede considerarse vuestra teoría económica formando dos grandes grupos, uno que hace relacion á la libertad de comprar y vender, y otro que se refiere á las facultades del Estado para intervenir en esas operaciones individuales. Procuraré hacer algunas ligeras observaciones.

Señores: la cuestión de la libertad de comercio es una cuestión eminentemente científica, que afecta por una parte á los intereses generales de la humanidad, y por otra al interés particular de los pueblos. Que el hombre cambie sus productos sin restricciones de ninguna especie parece á primera vista un principio de sentido comun, pero luego que se estudia la complicadísima madeja del organismo social, el sentido comun se retira para dar lugar á las difíciles combinaciones de la ciencia. Yo no comprendo, señores, la libertad general de comercio sino con todas sus condiciones generales y en todas sus consecuencias. ¿Pero ha llegado la humanidad á estas condiciones generales? Esto podrá ser la última fórmula de la perfectibilidad humana; este día vendrá con la sociedad universal, pero antes es necesario civilizar al mundo; vendrá, señores, cuando la humanidad se reuna en un grupo de confederaciones. Habrá razas, habrá colores distintos porque existirán las influencias de los climas, pero habrá inteligencia de prestaciones, habrá intereses reciprocos. Me direis, sin embargo, que esas condiciones generales están en la naturaleza, porque las diferencias de los climas y la variedad de terrenos, dan las diferencias de los productos y el cambio puede verificarse sin inconvenientes. Teneis razon, los elementos están en la naturaleza, pero el trabajo está en el hombre, la dirección del trabajo en la sociedad, y el tiempo ha sido escaso para cortar las cien mil cabezas de la Hidra salida de las aguas del diluvio; y los errores inveterados, y las preocupaciones arraigadas, y el aislamiento en que hasta ayer han vivido los pueblos, no han permitido que las ciencias, que las artes que ilustran el trabajo, hayan podido desarrollar esos elementos hasta elevarlos á condiciones proporcionales en unos y otros pueblos; esta es la grande obra reservada al progreso de la especie humana. La civilización de Europa tal vez pueda algun día, próximo, resistir la competencia en todos sus productos, pero la civilización de Europa no es la civilización del mundo. Por mi parte sospecho que la última fórmula de la perfectibilidad humana está muy lejos todavia, porque creo que el

mundo es demasiado joven, y por ahora, ni agitan mi sueño, ni conturban mi reposo los fatídicos pronósticos del Apocalipsis.

Esto en cuanto a la cuestión general: ven-gamos ahora a su aplicación a los diferentes países de Europa, que es lo que mas os intere-sa y á mi tambien. ¿Cómo, cuando y de qué modo ha nacido la teoría económica que con tanto talento defendéis? ¿Qué circunstan-cias la hicieron precisa? ¡Ah, señores! Si su-piérais el culto que yo rindo á ese gran pa-tricio de la Inglaterra, á ese abogado de las subsistencias del pueblo, á ese orador singu-lar, á ese hombre simpático que levanto su voz elocuente contra la tiranía monopoliza-dora de las castas privilegiadas, os admira-ria. Estoy seguro que ninguno de vosotros le mira con mayor respeto. Pero, ¿cuáles eran las circunstancias de Inglaterra? Esos hom-bres, amenazados por las revueltas olas del Océano, sin otra aproximación a la humani-dad que el Estrecho de Calés, con reducida superficie de tierra ingrata, envueltos en la pesada bruma de una atmósfera sombría que con su negro manto protege los instintos egoístas y perversos de aquellos habitantes, eternos enemigos de su especie durante lar-gos años, encendiendo la tea de la discordia, llevaron las guerras civiles y toda clase de calamidades á los pueblos que no pudieron reducir á colonias, echándoles al cuello las pesadas cadenas de la esclavitud para que, entretenidos con las desgracias de su casa, no sospecharan que mientras tanto establecían ellos fábricas manufactureras de todo género, y se abrían caminos y mercados en todo el mundo, sedientos de oro ya, no contentos con explotar á la humanidad, se explotaron á si mismos. Los primogénitos de la aristocra-cia eran agricultores, los segundos industria-les; los primeros quisieron aumentar sus ren-tas, y recargaron grandemente los produc-tos extranjeros; y los americanos, viendo que se les cerraba el mercado inglés, llevaron sus productos á otra parte y rechazaron las ma-nufacturas de Inglaterra, ¡y el pueblo no te-nia pan y se moría de hambre!

En estos momentos exclamaba Cobden: «Es-to es absurdo, esto no puede continuar; los americanos son gentes avisadas y perspicaces, y todos los que los conocen bien, saben que no hubieran sufrido la tarifa actual, si nosotros, escuchando sus primeras proposicio-nes, hubiéramos tomado sus productos agri-colas en cambio de nuestros productos ma-nufactureros: es menester que pidamos, no la rebaja de los derechos, sino su abolición completa, absoluta; y pronto, inmediatamen-te, antes hoy que mañana, porque sino pe-receréis de hambre.»

¡Ah, señores! en aquellos momentos, en aquellas circunstancias tambien yo hubiera unido mi voz á la de Cobden. Pero señores, ¿son las mismas las condiciones del vecino imperio? Son las mismas las circunstancias de España? Estas dos naciones se han desar-rollado naturalmente sin el apoyo de leyes inicuas, y la fuerza social y la individual, unidas casi siempre, han venido de consuno elaborando esta gran obra; de manera que no hay necesidad de la estirpación pronta y ra-dical de un abuso que no existe; solo hay lugar á las reformas que aconseja la ciencia, el estudio y las circunstancias de localidad, á las reformas que lleva el progreso consigo. Libre Dios de oponerme á estas reformas, cuando yo nada tengo de exclusivista, ni de fanático, ni de retrógrado.

Por lo demas, el feudalismo ha desapare-cido hace mucho tiempo en España; el car-denal Cisneros le abrió una herida mortal, y poco despues exhaló su último suspiro quan-do los señores, trocaron la lanza y el es-cudo por una librea bordada de oro. Nosotros hemos caminado durante largo tiempo á la ca-beza de la civilización. Cuando en todas las legislaciones del mundo existían recuerdos

masó menos determinados de aquellas terri-bles trabas que el derecho romano imponia al comercio con el nombre de fórmulas estrictas de derecho, nosotros escribíamos en el *Orde-namiento de Alcalá*: «De cualquier modo que conste que uno quiso obligarse, quede obli-gado.» Señores, tratándose de mi querida patria, yo quisiera que en este momento pu-diera sostenerse la competencia de todos los productos, porque esto seria señal de que no se habia torcido nuestra marcha en el camino de la civilización; esto seria señal de que no habíamos malgastado nuestra fuerza en lu-chas fratricidas, de que no habíamos perdido nuestra virilidad en estériles disputas, de que habíamos empleado en el fomento de nuestra riqueza las horas largas perdidas en degollarnos entre hermanos. ¡Ah! ¿Que vuest-ra generosa impaciencia no traiga nuevas calamidades á mi patria! ¿Que no vean mis ojos que los que destruyeron vuestras fábricas y quemaron vuestras naves, vengan á echarnos á puntapiés de nuestros talleres!

No tenemos caminos, no tenemos merca-dos, procuremos evitar una invasión estran-jera en el terreno de la industria, mucho mas trascendental, mucho mas peligrosa que en el campo de las armas, y demostremos al mundo, que si los españoles saben oponer sus pechos indomables al fuego mortífero del cañón, á pesar de su imaginación meridio-nal, tienen bastante juicio para resistir al ca-lor de las ideas.

Señores: el mundo moderno camina al desarrollo de la libertad en todas sus esferas, pero la libertad no es el resultado de la vo-luntad; voluntad tienen los brutos, y sin em-bargo son entes necesarios. La libertad es el producto del consorcio de la inteligencia y de la voluntad. Así el hombre es libre en el estado de salud. La demencia no quita la vo-luntad, pero el loco es irresponsable, de don-de se deduce que la libertad es dirigida por la razón; suprimid la razón y la libertad es imposible; pero cuanto mas ilustreis la razón, mas óptimos serán los frutos que recojais de la libertad.

Volved los ojos al organismo social. La familia es su base; el padre lo es todo en la infancia del hijo, porque en este, la razón supone poca cosa. Así en las sociedades pri-mitivas el Estado lo es todo, porque la civi-lización de los pueblos tambien supone poca cosa, pero viene un dia en que la razón se desarrolla y llega la juventud; entonces el padre pierde su fuerza, pero aumenta en obligaciones, porque tiene que atender por una parte á la educación intelectual del hijo y por otra á la dirección de sus sentimientos. He aquí en mi pobre concepto la situacion actual del mundo moderno. En Europa el Estado ha perdido su fuerza, pero ha crecido en obligaciones, porque tiene que presidir á la aplicación de todos los descubrimientos de las ciencias y de las artes. Para mí el Es-tado tiene grandísimas obligaciones que cum-plir, y estas obligaciones las cumple sin que pueda decirsele: retírate desde luego.

La cuestión concreta que forma el fin de este debate lo prueba de una manera palpa-ble. Mirad la Francia dividida por intereses distintos, por opiniones diferentes. Esto lo ha reconocido tambien el Sr. Carballo. Pues ahora bien; yo os pregunto: Si las indivi-dualidades hubieran de arreglar sus intere-ses de comercio con Inglaterra, en vez de un tratado ¿no se daría al mundo el espectáculo de una guerra dolorosa?

Pero, señores, yo veo en ese tratado que se declaran libres algunos artículos y que se rebajan los derechos de otros; pero veo tam-bien que se estipulan grandes reservas, y so-bre todo veo á la Inglaterra mas cauta y mas egoísta que Francia, llenar el tratado de válvulas de seguridad para introducir en él las modificaciones que aconseje la experien-cia. Y cuando veo todas estas cosas me con-

venzo de que no puede juzgarse de una ma-nera absoluta acerca del resultado de este tratado para cada una de las naciones con-tratantes. ¿Cómo, pues, juzgar de las conse-cuencias que puede traer para los intereses generales de España? El tiempo ilustrará in-dudablemente nuestro juicio, pero mientras tanto solo podemos calcular con arreglo á los principios generales de la ciencia. En medio de todo, si hay dos naciones en condiciones proporcionales para resistir la competencia en muchos productos, son la Francia y la Inglaterra.

Ese tratado ha venido preparado por otra porción de tratados que ha celebrado la In-glaterra con Holanda, Bélgica, Cerdeña y las Dos-Sicilias. Venia ademas preparada esta reforma por una porción de leyes, entre ellas la de febrero y abril de 1832, las de junio de 1836, la de julio de 1840, la de mayo de 41, las de 45, 46, 56, 57 y 59, y otras mas que conocéis mejor que yo y cuyas fe-chas no recuerdo en este momento.

En España hay que empezar por la refor-ma de unos aranceles, que presididos por la ignorancia y teniendo mas en cuenta los aumentos de los productos del Tesoro, que el favor debido á la industria la perjudican, por-que han recargado las primeras materias sin duda porque era mas fácil y menos engorro-so formar listas de artículos por el alfabeto que por categorías (*Bien, bien.*)

Tened presente, señores, que una de nues-tras principales riquezas es la agrícola, y que de setenta y cinco millones de fanegas de tierra, faltan por explotar treinta y cua-tro millones; no olvidéis que es preciso des-arrollar la población estableciendo un buen sistema de colonias: no olvidéis que todas estas reformas necesitan tiempo, medida, y grandes sacrificios: no olvidéis que el siste-ma económico que rechazais ha creado grandes intereses que son legítimos, y que estos intereses afectan no solo á las clases acomodadas, sino sobre todo al pueblo, por-que no hay consumidores que no sean pro-ductores á la vez: no olvidéis que la con-fianza es la base del crédito, palanca podede-rosa del mundo económico, y si introducís la alarma se retiran los capitales, se paraliza el trabajo, y multitud de obreros quedan en la miseria. Reparad por una parte, que el des-arrollo industrial no solamente mejora los productos, sino que los da de diferentes cla-ses al mercado, y así la riqueza, la media-nia y la pobreza, se ayudan mutuamente y pagan menos caro, porque pagan juntos los diversos estados de la industria humana. Re-parad por otra parte, que muchas industrias no se producen en las grandes fábricas, sino que se hacen por los obreros en sus casas con pequeños telares. ¡Ah! estoy seguro de vuestros buenos sentimientos, y no puedo dudar que no queréis por medio de una re-forma radical condenar á las angustias del hambre á estos infelices hasta el punto de que maldijeran á la Providencia por haber-los hecho nacer en un terreno donde la so-ciedad les obligaba á cultivar el olivar y ca-bar la viña, cuando sus manos delicadas y su constitución débil no podia soportar ese tra-bajo. Estoy seguro que no queréis esto, porque sois españoles antes que cosmopolitas, porque sois filósofos y sabéis que el hombre, si generaliza sus sentimientos sin partir de la particularidad, los debilita, y para llegar á lo mas es preciso subir de lo menos. Tal es la ley del corazón humano: amar á los hijos antes que á los amigos, á los amigos antes que á los vecinos, á los vecinos antes que á los paisanos, estimar la casa antes que el pueblo, el pueblo antes que la nación, la nación antes que el mundo. Por esta razón os decia al hablarlos de la sociedad universal, que habrá razas, y en ellas se determinará siempre algun sentimiento de nacionalidad, pero os decia tambien que habrá intereses

recíprocos cuando los pueblos se encuentren en condiciones proporcionales, desapareciendo entre ellos el antagonismo en una mutua concordia. Caminemos á este fin, señores, sin entorpecer con nuestra impaciencia un solo día la marcha del progreso humano. (Aplausos.)

Siento, señores, que la fatiga y una indisposición que en este momento me incomoda mas de lo que yo quisiera, me impidan dar á mi discurso la estension que deseara, ni comunicar á mi palabra el fuego que necesita, ni seguir un encadenamiento lógico en mis ideas.

Vosotros, señores, estais prestando un gran servicio á nuestra patria, lo digo con placer, y con la lealtad que vengo demostrando en todo mi discurso; sí, un gran servicio, porque llamais la atención del país hacia sus verdaderos intereses tan mal estudiados, apartándole del campo estéril de la política, que solo produce miasmos envenenados: pero no marchiteis vuestros laureles con un radicalismo trastornador. Reparad, señores, que la cuestión económica es complicadísima en España, porque son muy diferentes sus climas, muy distintos sus terrenos, muy diversos los productos que proporciona, y no convirtais la reforma en desastres que originan violentas y lamentables reacciones.

Por lo demás, señores, yo estoy tranquilo, porque sé que la ley del progreso es indeclinable, y se cumplirá á pesar de todos los obstáculos que á su imperio se opongan, porque el hombre, como el Fénix, renace de sus propias cenizas. Siento las desgracias de la humanidad, pero la ley del progreso es indeclinable, porque la verdad, como el sol, recoge su luz en los oscuros y tormentosos horizontes, para resplandecer con nuevo brillo cuando ha pasado la borrasca. Deploro las grandes catástrofes del género humano, pero la ley del progreso es indeclinable, y la sangre no podrá borrar nuestra senda, ni el humo cegar nuestros ojos, ni los cadáveres oponerse á nuestro paso.

He dicho. (Aplausos prolongados.)

El Sr. Presidente: La concurrencia habrá notado que he concedido la mayor latitud al señor orador que acaba de hablar, por ser el primero que lo ha verificado. Yo desearía poder hacer lo mismo con todos; pero atendiendo al corto tiempo que puede dedicarse á estas reuniones, suplico á los oradores que tienen pedida la palabra, que se concreten completamente al punto objeto del debate. Puede usar de la palabra el Sr. Moret.

El Sr. Moret: Señores: Grande es la satisfacción que siento al tener hoy el honor de dirigiros la palabra; satisfacción que nace de dos causas: de vernos reunidos en este sitio para examinar uno de los hechos mas notables de esta época de grandes acontecimientos, hecho que revela el triunfo de nuestra doctrina, realizado para mayor solemnidad por dos grandes potencias de la Europa; y de mirar que al fin los individuos del *Círculo económico español*, abandonando el silencio en que hasta ahora se habian encerrado, se presentan á defender su opinión en este sitio. Y en verdad, señores, que no podíamos esperar tan gran éxito con tan pequeño combate; porque al oír las elocuentes palabras del Sr. Roman Leal, hemos visto que su señoría ama la libertad como nosotros; que, como nosotros, la busca, separándole tan solo una pequeña cuestión de tiempo, que nada puede significar á los ojos de la ciencia; y por lo tanto, nos hemos convencido que el *Círculo económico* no es nuestro adversario, ni nuestro enemigo, sino que conspira á nuestro propio fin; porque si esto no es cierto, y si yo me equivoco, preciso será creer que la poderosa inteligencia del Sr. Leal, apenas se ha presentado frente á la verdad que nosotros defendemos, amándola como á la luz los ojos; ha tenido que abandonar el oscuro campo de

la protección y se ha puesto á nuestro servicio, defendiendo nuestra propia idea con su galana palabra. (Aprobación, aplausos.)

No seguiré, sin embargo, á su señoría en el terreno que ha elegido; tal empeño me apartaría de mi propósito, que es concretarme al último tratado de comercio entre Francia é Inglaterra; pero en el curso del debate y en las observaciones que tendré el honor de presentar en apoyo de nuestras doctrinas, se ofrecerá ocasión de contestar á sus argumentos.

Señores: de grandes é inmensas consecuencias es el último tratado entre Francia é Inglaterra; mas á fin de no molestar demasiado tiempo vuestra atención, y de complacer al mismo tiempo á nuestros adversarios, muy dados á cálculos y á números, yo me valdré solo de estos, tanto para demostraros los resultados que en ambas naciones ocasionará el tratado, como las consecuencias que podemos deducir para nuestra patria.

Sabeis que Inglaterra viene reformando sus aranceles desde el tiempo de Huskisson: pues bien, los resultados de las reformas realizadas, conocidas ya hoy, nos pueden servir de guía para calcular los efectos de las nuevas reformas que motiva el tratado. Mas os citaré tan solo las que desde 1842 á 1853 se han operado, para que sirvan de base á nuestro raciocinio.

En 1842 se verificó una reforma en las Aduanas del Reino Unido, que vino á dar por resultado una rebaja anual en los derechos de importación de 100 millones de reales. Considerad la alarma y el temor de los proteccionistas ingleses ante esta irrupción de productos extranjeros que iba á caer sobre Inglaterra: todas las calamidades juntas no igualaban á esta plaga: las industrias similares perecerían todas; la independencia nacional peligraría; el extranjero vendría á esclavizar el gran país de la libertad; y ante aquella nueva catarata, mayor que la del Niágara, que caía sobre Inglaterra, iban á desaparecer y á sucumbir los grandes gérmenes de prosperidad que se iban desarrollando.

Ved, decían los defensores de la protección: el sistema seguido hasta hoy; nos ha asegurado el desarrollo de una prosperidad siempre creciente; nuestro comercio de exportación aumenta todos los años 151.500,000 rs. (1.515,000 libras esterlinas), y es por lo tanto una quimera ó un delirio abandonar tan seguros adelantos, por ese porvenir que los libre-cambistas nos ofrecen, incierto al fin como todo porvenir.

Mas á pesar de sus quejas la reforma siguió adelante; y, ¿sabeis lo que sucedió? Una cosa muy sencilla: lo contrario de lo que decían los proteccionistas. (Risas.)

Dejando á un lado los grandes gastos que en ese período obligaron á hacer á la Inglaterra los acontecimientos políticos, y que pudo soportar sin resentirse en nada su prosperidad; y teniendo solo en cuenta la cifra oficial que arrojan sus Aduanas, encontramos que su comercio de exportación aumentó anualmente 430.400,000 rs. (4.304,000 libras esterlinas): de manera, que aun suponiendo continuase el movimiento señalado por los proteccionistas, ó sea un aumento de 151.500,000 reales, todavía presenta la comparación de ambas cifras, una diferencia de 278.900,000 rs. por año, á favor de la rebaja en los derechos protectores.

Resulta, pues, que si una rebaja de cien millones produjo un aumento en la exportación de 278.900,000 rs., la industria inglesa se desarrolló en una proporción de 250 por 100.

Con estos datos podemos ya examinar el presente tratado de comercio: las concesiones que en él se hacen á la libertad, representan una rebaja en los derechos de introducción, de 173.700,000 rs. (1.737,000 libras esterlinas). Pues bien, con estas rebajas

la industria del país debe realzar un nuevo adelanto, sufrir una nueva transformación, y conseguir con ella nuevos desarrollos, nuevos progresos. Basta para convencerse de ello, recordar las cifras anteriores, pues sin contar con los nuevos adelantos, con el bienestar de las clases sociales, con las nuevas industrias que este movimiento desarrollará, dejando á un lado todo esto, prescindiendo hasta de la santa ley del progreso, que nos inspira nueva confianza en el porvenir á medida que mas se conocen sus resultados; y atendiendo solo al frío cálculo de los números, hallaremos que Inglaterra verá aumentarse su industria en una cantidad superior dos veces y media á las que la rebaja efectuada representa, es decir, que su comercio de exportación aumentará 433.750,000 reales. (Aplausos.) Y pensad ahora, señores, lo que esta cifra representa, penetrad bajo esa helada capa de las cifras, y vereis que este movimiento industrial representa la vida de las clases pobres, y el desarrollo de todas las fuerzas del país británico; porque esa riqueza creada llega á la fábrica de la ciudad, al mercado de la aldea, á la casa del obrero, á la cabaña del pastor, á la choza del mendigo; y allí se presenta bajo la forma de una máquina para sustituir el trabajo mecánico del obrero, de un vestido para el aterido cuerpo, de un pedazo de pan para el hambriento estómago, de un rayo de luz para la ignorante inteligencia, ó de una limosna y un consuelo para el que, luchando con la miseria, quizá miraba cruzar ante su vista el fantasma del crimen; porque como todos somos hermanos, no pueden unas clases realzar su bienestar sin estenderlo á todas; porque cuando la humanidad llega á ver cenida á su frente una corona de gloria, ella misma la arranca de sus sienas y arroja sus pedazos á las clases inferiores para que la formen un día mas esplendente diadema. (Estrepitosos aplausos.)

Volvamos ahora los ojos á la Francia. Escalva su industria de la protección, carece de los primeros elementos que necesita para su vida: hulla, máquinas, hierros, hilos, todo lo importa de la nación vecina y todo á su vez se lo impide la protección. ¿Qué consecuencias va á traer para ella esta nueva reforma? Miradlo á la luz de los principios del libre-cambio, y vereis que estos elementos de vida, esta baratura en los productos y en las primeras materias, esta competencia, este nuevo impulso al trabajo, á la inteligencia, á la vida del país, representara en breve un aumento en el poder industrial, un desarrollo, nuevas familias llamadas á la vida, nueva felicidad para las clases pobres, nueva gloria para la Francia.

Tal vez la esperiencia no realice estos pronósticos, no corresponda á estas esperanzas, pero yo me anticipo á este resultado, yo desde este sitio lo proclamo ahora, para que nunca se nos formule un cargo, porque desde ahora decimos que si Francia no toca los brillantes resultados que ha dado á Inglaterra la libertad de comercio, solo á ella debe culpar, porque no ha sabido aceptar completamente un principio que no puede defenderse á medias, porque ha dudado en entregarse en brazos de la libertad. (Aprobación.)

Porque Francia necesitará nuestros cobres y nuestros vinos, y en vez de recibirlos directamente como la libertad los llevaria, nuestros productos buscarán la bandera inglesa, y cubiertos con ella entrarán en Francia, haciendo así sentir á su industria perjuicios que no tocaria á ser consecuente con la idea de libertad que ha proclamado.

Pero volvamos los ojos á nuestra patria; el punto sometido hoy á nuestro examen nos presenta ocasión para algunas observaciones. Muchas veces he contemplado con sorpresa el atraso de nuestra industria; muchas

veces he mirado con profundo dolor á nuestro país, que un tiempo guió á la civilización, marchar hoy el último de todos en el camino del progreso: y cuando le he visto tan decayido, me he preguntado á mi mismo qué causa ha podido arrojarnos en el polvo á nosotros, descendientes de una raza de héroes. ¿Será, he pensado, que carecemos de aptitud para la industria? No, porque allá por el siglo xv teníamos ya las primeras industrias de lana y hierro, y los primeros mecanismos para el hierro llevaron largo tiempo el nombre que nuestra patria les pusiera. ¿Será que hemos perdido nuestra antigua energía, que se ha estinguido el valor y el entusiasmo en nuestro pecho? ¡Oh! No, que un enemigo feroz ha osado levantar su mano hasta tocar el escudo de nuestro pabellón, y ha huido desfavorido á esconderse en sus guaridas ante el aliento no mas de nuestras huestes. (*Estrepitosos aplausos.*)

¿Será tal vez que nuestra inteligencia es tan pobre que no puede comprender los adelantos industriales, ni ponerse al nivel del progreso de otros países? No, que para responder á esa acusación se levanta siempre en la historia la memoria de Cristóbal Colón, que dió á nuestra patria un mundo, porque solo en nuestra patria halló quien comprendiera su pensamiento. (*Aprobación.*) Acaso será que carecemos de elementos para el trabajo, ¿y es tal nuestro suelo, qué ninguna riqueza, que ningún elemento nos ofrezca? No, que yo he mirado en derredor de nuestra península y he visto á mi patria manejar la lanzadera, y hacer hervir el vapor en Cataluña; golpear el hierro, y tejer la lana en las provincias del Norte; cubrirse con un dorado manto de espigas en las Castillas; reclinarse, vestida de flores y de frutos sobre las verdes colinas de Valencia; y destilar el nectar de los Dioses, ceñida la corona de laurel y de azahar en la hermosa Andalucía; y alzarse así entre todos los países, feliz y rica en dones de la naturaleza, y bendita entre todas las naciones. (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

Si, pues, ninguna de estas causas motiva el atraso industrial de nuestra patria, preciso será buscarlo en alguna otra, y en verdad que no podríamos preguntarlo á personas mas competentes que á los mismos industriales. Y en efecto, ellos han señalado la causa: ¿y sabéis cuál es? La protección: en la solemne información pública del año 54, todos estuvieron conformes: no podían competir con el extranjero, no podían rivalizar con los productores de otros mercados, porque sus gastos de producción eran mayores: el fabricante de algodones, tenía caras las máquinas y caro el combustible; la industria de hierros carecía de carbon de piedra á buenos precios: los productores de carbon no eran mas felices respecto de la maquinaria; al mismo tiempo, carecían de medios de transporte, y los empresarios de caminos os contestan que no pueden hacerlos porque no encuentran esos grandes centros de producción, que les hacen útiles sus trabajos; todos, en fin, competirían con el extranjero y no temerían la lucha á conseguir mejorar sus condiciones de producción.

La manera de evitar este daño, de salvar estos inconvenientes, es bien sencilla; mejorar esas condiciones de producción; dadles mas barato el hierro, el carbon, las máquinas, ó, lo que es lo mismo, declarar libres los productos que les son necesarios, y habreis dado á la industria lo que necesita; lo que ella misma pide; y por tanto al ver que esta libertad mejoraría las condiciones de producción, al pensar que á su vez esta producción aumentaría los mercados, y por tanto haría posible la construcción de los medios de transporte, nosotros tenemos el derecho de decir á los proteccionistas: en nombre de la industria y del trabajo nacional que defendéis, en nombre de la industria de algodón, de la in-

dustria de los hierros, de la del carbon, de la del papel, paso á la libertad, plaza al derecho. (*Aplausos.*)

Mas al pensar en los efectos que el tratado ha producido en nuestra industria, resaltará mas necesidad de hacer en los aranceles la reforma que pedimos. Voy á presentaros un solo dato: nuestra exportación de vinos de Jerez por el Norte iba en aumento cada año: sin embargo, el máximo que habia sacado en los tres últimos fue el de 10.100.000 rs.: pues bien, en este año, á consecuencia de haber disminuido los derechos en el arancel inglés, la exportación del mes de abril ha sido de 14.160.000 rs.

Hemos tocado, pues, una ventaja considerable á consecuencia del último tratado comercial. Mas como los productos se cambian en último término por productos, este aumento deberá traducirse en una mayor importación de géneros extranjeros: pero hé aquí que la protección no lo permite, y la ventaja que iba á tocar nuestra industria queda amortiguada por la protección que se le ha dado. Pensad al mismo tiempo en que Inglaterra, para poder aceptar esta cantidad de vinos, necesita dar otros productos en cambio, ó, lo que es lo mismo, aumentar su industria, y tendreis completo el fenómeno; esto es, aumento de importación, desarrollo de la industria para pagar productos con productos, aumento de exportación, necesidad de importación para cobrarse de lo enviado, ó, lo que es lo mismo, aumento de libertad, desarrollo de industria, aumento de vida.

Ved los proteccionistas, nos dicen: cerrad la entrada á los productos extranjeros; impedid la competencia; la necesidad tendrá que buscar al productor nacional, y cada nación conseguirá desarrollar así una cantidad inmensa de recursos propios, de vida propia, que constituirá su vida. Mas el sofisma está patente: esos productos, cuya entrada se prohíbe, no son mas que primeras materias de otras industrias, es decir, elementos para ese mismo trabajo nacional que tanto interés les merece; el papel lo es para los impresores, libreros, encuadernadores, etc.; el hierro para las mil industrias de construcción que hoy existen; el carbon de piedra para todas; y cada una, en fin, es la fuente y el origen de multitud de operaciones industriales: de donde resulta que aun dado caso que la protección consiguiera al cabo de largo tiempo ese desarrollo del trabajo nacional, lo cual no estoy dispuesto á conceder de modo alguno, solo habria logrado aplazar para el porvenir lo que la libertad realiza desde luego.

Mas suelen los proteccionistas indicar que esta cuestion va unida con la de nacionalidad, y dar el nombre de patriotismo á la defensa que hacen de su atrasado sistema; nosotros les contestaremos tambien en ese terreno. No hemos creído nunca que el trabajo sea la riqueza, y no hemos deseado por tanto que nuestra patria trabaje eternamente; pensamos, por el contrario, que el esfuerzo de cada pueblo y de cada hombre crea una satisfacción de que todos se aprovechan y de que gozamos todos: del esfuerzo de Colón, del trabajo de Wat, de la obra que cortara el Istmo de Suez nos aprovecharemos todos; y por esto nos parece absurdo un sistema que nos impide tocar las ventajas que los adelantados sociales nos traen, solo porque no las hemos conseguido nosotros. Mas si rechazais los productos extranjeros, solo porque no son creados en nuestro país, ¿por qué no rechazais tambien el vapor y la electricidad, y la hélice, y los adelantos de las ciencias todas, que son al fin productos de inteligencias extranjeras? (*Aplausos.*) ¿Y por qué no abandonais vuestro sistema, puesto que lo inventó un ministro extranjero? (*Risas.*)

Tal vez penseis que amais á vuestro país mas que nosotros, deseándoles este trabajo continuo, este esfuerzo sin término, separa-

do de los demas pueblos, aislado de sus hermanos, doblada la frente eternamente, como si sobre él pesara solo la maldición que cayó sobre el primer hombre; nosotros, por el contrario, creemos que es amar á su país, evitarle el sufrimiento, impedirle que haga lo que, existiendo ya hecho, es un inútil esfuerzo; y nuestro bello ideal seria verle recibiendo las ofrendas de los demas pueblos, disminuido en lo posible el trabajo material, marchar así al frente de los pueblos, desempeñando el mismo papel que desempeña el genio entre los hombres. (*Aplausos.*)

Concluyo ya, señores, pero no lo haré, sin invitar al Sr. Leal á que se decida á defender francamente la libertad. Y puesto que ha visto á la humanidad arrastrarse dolorosamente por la historia, y sufrir dolores sin cuento, y quebrar mas tarde sus cadenas, la casta, la esclavitud, la servidumbre, quemire tambien hoy la desgracia y las lágrimas de una clase, que no se detenga ante los absurdos que motivan este sufrimiento, y puesto que no son menos absurdos, porque sean pequeños, se ponga del lado de aquellos que los combaten y continúe la obra de la libertad hasta vencer los últimos obstáculos. Tal vez oirá en derredor suyo algunos gritos de terror y de espanto; no importa, los que lanzan tales quejas son aquellos que, habiendo edificado hace dos siglos un edificio con las ideas de Colbert, y habiendo encerrado á cada pueblo dentro de las estrechas y mezuquinas proporciones de sus fronteras, le ocultaron la grandeza de la morada que Dios le habia destinado al colocarle en el mundo, y que hoy, al ver que su obra se agrieta y se rompe y se arruina, por todas partes levantan las manos para sostener los escombros, y nos gritan que la ruina universal nos amenaza, sin comprender que á través de esas ruinas se percibe ya el azul del cielo que antes nos ocultaba, y que ya comprendemos hoy que al desplomarse ese edificio proteccionista, levantará todo lo mas un poco de polvo en su caída; y que por tanto, los que amen el progreso como su señoría, necesitan abandonarlos á si mismos, ponerse á nuestro lado y no vacilar, ni dudar en la defensa de la libertad que dicen que tanto ama, porque no ama bien quien siempre duda. He dicho. (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

El Sr. Presidente: El Sr. Morquecho tiene la palabra.

El Sr. Morquecho: Señores, no esperéis de mí un discurso brillante tal como el que acaba de oír la reunión. Mi locucion es difícil, y por consiguiente formo mas empeño en presentar datos, en presentar argumentos, que no en hacer esos discursos llenos de una poesía que yo envidio y que verdaderamente cautiva el ánimo. Obedeciendo á la indicación muy oportuna del Sr. Presidente, quisiera concretarme á la cuestion que nos ocupa; porque no obstante lo que ha dicho el Sr. Moret, con esa galanura que todos admiramos, y yo como el que mas, es preciso conocer que no se ha hallado dentro del terreno del debate.

Hemos venido aquí á examinar simplemente el tratado de comercio celebrado entre Francia é Inglaterra, y las consecuencias que ese tratado puede traer á nuestra industria, no á presentar principios contra principios. Si bien es cierto que mi compañero y amigo el Sr. Leal ha entrado en ese terreno, despues de la indicación del Sr. Presidente, creo que debemos contraernos al tema que es objeto del debate.

Siento mucho que los señores defensores de la doctrina libre-cambista hayan apreciado este tratado de una manera bastante contraria al juicio que me ha merecido. Habiéis oído á el Sr. Carballo, que con esa galana palabra, con esa fluidez de dicción que le es propia, ha hecho la relación del viaje de ese

nuevo Alejandro que ha pasado desde Inglaterra á Francia como á conquistar un nuevo imperio. Habeis oido tambien al Sr. Moret, que ha presentado á la Francia proteccionista como humillada, como rebajada, como muy inferior en potencia, riqueza é industria á la Inglaterra. Habeis oido tambien, y por cierto que lo extraño, de parte de los señores libre-cambistas, de parte de los hombres que como yo quieren que las naciones sean gobernadas por el triunfo de la razon, que las naciones establezcan sus leyes cuando la ciencia y la verdad han triunfado en la opinion: habeis oido, digo, cómo ensalzan el triunfo de sus doctrinas, debido en esta ocasion á la voluntad de un déspota. La Inglaterra, señores, mas cauta en ese mismo tratado.....

El Sr. Presidente: Ruego al Sr. Morquecho que se contraiga á la cuestion sin hacer alusiones de este género.

El Sr. Morquecho: En el calor de la improvisacion se me han escapado esas palabras. Los señores libre-cambistas, al aceptar el triunfo de sus doctrinas demanos de Luis Napoleon, hacen abstraccion completa del sistema de gobierno de Francia, que está dominada por el Emperador. Pues bien, el triunfo de la libertad en Francia se debe á un acto del Emperador, uo en manera alguna á ese nuevo Alejandro, á ese venerable anciano libre-cambista, que yo tambien respeto; y como este precisamente es el primer punto que han iniciado los partidarios de su escuela, yo afirmo en primer lugar, aun teniendo que tomar la cuestion de muy atrás, que ese triunfo de la reforma no es debido ni á Cobden ni á sus doctrinas: yo afirmo en segundo término, que ese triunfo no se debe tampoco á la opinion; y yo afirmo, en resumen, que el tratado de comercio tiene un origen y un fin esencialmente políticos.

He dicho ya que no quisiera perder el tiempo en largas digresiones; pero necesito probar mi tesis con la escasez de medios con que cuento, afirmando y protestando á la vez, como protesto, que aquí no podemos disentir con toda la detencion apetecida, y que probablemente seremos vencidos, pero que no lo seremos en otra parte. (El Sr. Rodriguez: Pido la palabra.)

Se ha dicho que el *Círculo económico español* no quiere asistir á estas discusiones, que el *Círculo económico español* no quiere discutir. Los individuos que lo componen, como se indica en el oficio leído por el señor secretario, no pensábamos hablar en nombre del *Círculo*; pero yo, en justa defensa y en contestacion á las indicaciones que aquí se han hecho, debo decir que nosotros podremos ser arrollados con torrentes de elocuencia, pero no seremos vencidos, y nos retiraremos á nuestro campo, al campo donde se consiguan firmemente los hechos y los guarismos, y allí la victoria será nuestra. Porque, señores, (yo apelo á la conciencia de la reunion) ¿qué orador que no convencia al señor Moret puede hacerse cargo de esa serie interminable de frases que habeis oido? ¿Es posible valorar en una improvisacion todos los datos, todos los números? Yo tambien haré ver cuán difícil es discutir en estas reuniones sobre cuestiones de datos y de números. Así, pues, si la sociedad libre-cambista cree que está en su derecho y en su interés el hacer la propaganda de palabra, yo respeto este medio, pero á lo menos deseo que no se nos niegue el que nos asiste á los que queremos tratar la cuestion de hechos y de cifras en el periódico, en el folleto y en el libro. Allí nos encontrarán siempre dispuestos: allí estaremos constantemente defendiendo nuestra bandera.

Hecha esta digresion, paso á demostrar mi afirmacion. Decis que Cobden ha conseguido un gran triunfo, que vuestras ideas se irradian por todas partes, que nuestra doctrina

libre-cambista se ha introducido en ese imperio francés; pues yo os digo que estais en desacuerdo con vuestros amigos los libre-cambistas franceses. Estos no opinan como vosotros. Lavergne y Baudrillard han dicho precisamente que era un tratado impuesto y no fundado en la opinion; y lo han dicho á voz en grito. Los libre-cambistas ingleses ademas, y el mismo lord Palmerston y el ministro de Hacienda que ha citado mi amigo el Sr. Carballo, han hecho declaraciones terminantes sobre lo que yo he afirmado. Uno de los cargos mas fuertes que la oposicion ha hecho al gobierno en el Parlamento inglés ha sido el de que ese tratado se ha celebrado contra los principios de la escuela. ¿Y qué ha contestado lord Palmerston? que era preciso aprovecharse del estado de la Francia, y que puesto que el Emperador Napoleon tenia facultades para hacerlo, era conveniente no desperdiciar la ocasion. Por consiguiente, segun confesion de los mismos ingleses, ha sido una concesion del Emperador. Yo recomiendo á la reunion la lectura de la estensa memoria que ha presentado el ministro de Hacienda Gladstone al Parlamento inglés; en ella se dice terminantemente, y si se pone en duda la leere, porque la traigo aquí, que ese tratado era político, que las relaciones entre Francia é Inglaterra siempre han tenido este carácter. Por consiguiente, no es una conquista para vosotros, no es una nueva corona para vuestra escuela; es una medida esencialmente política, y si quereis mas pruebas de ello, yo os las daré, aunque creo que bastan las que he presentado. Por ahora comenzaba la guerra de Italia: hacia muchos años, segun las leyes que ha citado mi amigo el Sr. Leal, que se venia preparando el resultado principal conseguido por el tratado. El año 56 anunció de una manera solemne el Emperador que para el año 61 se abolirian las prohibiciones en Francia. Vino la guerra de Italia, y en 11 de mayo del año pasado hizo entender que se aplazaba indefinidamente la cuestion de las prohibiciones. Era el 11 de mayo, los ejércitos de Francia fueron á Cerdeña; se firmó despues el tratado de Villafranca, y allí el Emperador queria hacer al Pontífice presidente de una confederacion italiana; es decir, que queria realzar su poder colocándole á la cabeza de esa confederacion.

El Sr. Presidente: Ruego al Sr. Morquecho que considere si lo que está diciendo corresponde á la cuestion que nos ocupa.

El Sr. Morquecho: Hacia esta excursion, señor presidente, porque queria dejar consignados ciertos hechos que, en mi concepto, esclarecen el origen y naturaleza del tratado: voy á pasar sobre este punto con la rapidez posible. Los hechos son que posteriormente al tratado de Villafranca han ocurrido esas agregaciones ó anexiones de grandes territorios; pero estos no han sucedido sino despues de enero, y ¡Dios sabe lo que sucederá en lo futuro! Quiere decir que entre el tratado de Villafranca y los otros acontecimientos hay una fecha que es la de 5 de enero, día en que el Emperador dirigió la carta á su ministro, y hay otra que es la del 23 del mismo mes, ó sea la del tratado de comercio.

Por consiguiente, si á las declaraciones del ministro inglés agregais este conjunto de hechos que rápidamente he recordado, creo que os convencereis, como yo lo estoy, de que este tratado no es de modo alguno arrancado á la proteccion por el triunfo de las ideas del libre-cambio, sino que es un tratado esencialmente político; y, señores, los tratados políticos, cuando no se fundan en los intereses de los pueblos, no tienen larga vida. Y anuncio desde luego, y lo creo de fácil demostracion, que Francia rechaza ese tratado, porque es esencialmente proteccionista; y si lo dudais, recordad lo que han dicho los ingleses, lord Palmerston y el *Morning-Post*;

lo de que son tan pocos los libre-cambistas en Francia, que se pueden contar con los dedos, incluyendo al jefe del Estado. Pues bien, señores; los tratados hechos de esta manera, se rompen á cañonazos. ¡Dios sabe lo que sucederá dentro de poco tiempo! Ese tratado nada significa para vuestras doctrinas, y, por consiguiente, no os envanezcáis. Pero ya que habeis hablado contra la proteccion, ya que habeis presentado á Francia como decaída, y habeis dicho que no podrá prosperar por la sencilla razon de que ha adoptado á medias la doctrina libre-cambista, necesario es que yo justifique el imperio del sistema protector, en el cual creo ha de fundarse el engrandecimiento de las naciones atrasadas como la nuestra.

Desde luego anticipo que no por ser amigo de la proteccion soy enemigo de la libertad política, y debo recordar que los autores del sistema protector en Francia han sido los creadores de la república, los hombres que se han sacrificado por la libertad de Francia; digo mas, los autores de la libertad del mundo.

El año 86, bajo la influencia siempre funesta de los libre-cambistas, se concluyó el tratado de Eden, cabiendo la parte principal á M. Dupont de Nemours. (Pide la palabra el Sr. Alcalá Galiano.) Señores: aquí tengo que repetir que no dudo que seremos arrollados por la elocuencia de los libre-cambistas, pero no vencidos. Veo levantarse ante mi la gran figura del Sr. Alcalá Galiano. Entre el señor Alcalá Galiano y yo, humilde orador, hay una cuenta pendiente, y yo me alegro mucho de que pida la palabra para que podamos medir la importancia de nuestras respectivas razones, á pesar de la desigualdad de la lucha. (Bien, bien.)

Sigo adelante con mi discurso. La segunda proposicion que quiero demostrar, de la misma manera que la anterior, consiste en que bajo el régimen proteccionista, bajo ese régimen establecido por los padres de la libertad del mundo, por los republicanos del 91, y defendido por los del 48, bajo ese régimen cuya consolidacion data del año 14, al paso que en Inglaterra ha imperado por dos siglos, se ha verificado un grandísimo desarrollo de la riqueza pública; porque tenga en cuenta el señor Moret que Inglaterra ha necesitado doscientos años de proteccion para llegar al estado de prosperidad en que hoy se encuentra. Pues bien, Francia, á pesar de no haber dominado en ella nuestro sistema mas que unos cuantos años, ha mejorado, repito, de un modo extraordinario en fuerza y virilidad, y la condicion y bienestar de las clases menesterosas, de esas clases que todos deseamos favorecer, son preferibles á las que disfrutan los obreros ingleses.

Siento que por la restriccion que el señor presidente ha puesto al debate, no pueda mi amigo el Sr. Rubio, que venia preparado para ello, entrar en la cuestion del derecho y del Estado, cuestion que, digase lo que se quiera, se ha tratado ya aquí en diferentes ocasiones. (Pide la palabra el Sr. Rubio.) Ojalá que esta escitacion mueva á nuestros contrarios á entrar en este debate.

Por mi parte, no solo vuelvo á repetir que ha mejorado la fuerza y la virilidad de Francia y el bienestar de las clases pobres, sino que he de añadir mas; y ruego á la reunion que lo tenga bien presente, porque voy á sentar una proposicion que creo horrorizará á los libre-cambistas, á esos que están siempre pregonando la gloria de Inglaterra.

El Sr. Moret se ha fijado en probar los progresos de Inglaterra bajo su régimen de libertad; pues yo le anuncio (y esta es la primera parte de mi segunda proposicion) que la Francia ha prosperado y mejorado en riqueza y en condiciones de produccion mucho mas, proporcionalmente hablando, que Inglaterra, la una bajo el sistema protector, y la otra bajo

el sistema liberal de los últimos años: yo me comprometo á demostrar con hechos esta segunda parte de mi proposición.

No voy á hacer una estadística de la Francia, y me limitaré á tres puntos generales, porque mis indicaciones son bastante conocidas, y bastará que las recuerde.

Primera prueba. La riqueza de un país se revela de muchas maneras, se manifiesta en muchos órdenes de cosas. Pero siguiendo una esposición sucinta, me fijaré tan solo en unos cuantos hechos capitales. La riqueza de Francia se revela, porque en el momento en que tiene que tomar parte en alguna gran lucha, esa nación acude al crédito particular como hizo el año pasado, cubriendo por suscripción y con exceso el empréstito de los 500 millones de francos. Es decir, que allí hay ahorros particulares, hay bienestar en las clases, suficientes á proporcionar al Estado tan enorme cantidad; y todo eso realizado en horas. Todo el mundo lo sabe: esto no lo puede hacer un país que no está rico. Ahora bien, cuando un país hace esto, regido por el sistema protector, el país es fuerte y viril, y los efectos justifican al sistema.

Otro de los hechos que lo prueban consiste en que sin perjuicio del empréstito se han cubierto las obligaciones para la construcción de ferro-carriles por un valor de 250 millones de francos. Esto no lo hace un Estado pobre, sino muy poderoso. Francia ha gastado, pues, por un lado el importe de las tres cuartas partes del empréstito y los 250 millones de francos para ferro-carriles; y además ha invertido en nuevos títulos de la deuda otros 140 millones, total 765 millones de francos, ó cerca de 3,000 millones de reales, desembolsados por los particulares de una nación pobre y entregada á las miserias del proteccionismo.

Pero hay mas: si un sistema económico se justifica por los resultados que produce, veamos otros nuevos resultados del sistema protector. No quiero cansar la atención del auditorio, y por lo tanto me limitaré á citar algunos guarismos que prueban lo que ha progresado Francia en la producción de la hulla, de los hierros y de los algodones, que son los principales ramos de la industria inglesa. No me detengo á probar que en general los productos manufacturados en Francia han mejorado en cantidad, en calidad y en precio, de tal manera, que bajo ese régimen detestable, á juicio de nuestros adversarios, el coste de fabricación en los hilados se ha reducido á la décima parte, según M. Alcan, profesor del Conservatorio de Artes de París.

La producción hullera de Francia era en 1816 de 9 millones de quintales métricos, y en 1857 de 79 millones. En hierro fundido producía dos millones de quintales métricos por el año de 1826, y se ha elevado á ocho y medio millones de quintales métricos en 1857. En 1813 consumía la industria algodonera ocho millones de kilogramos de algodón en rama, y hoy elabora nada menos que 80 millones de kilogramos.

Pero voy á demostrar que también se ha mejorado notablemente el bienestar de las clases trabajadoras; y aquí hago la declaración de que al defender las ideas proteccionistas no defiendo solo al capitalista; parto de otro principio mas alto, mas grande, cual es el de la protección al trabajo, porque yo considero que debo defender al trabajador, que es el mas débil, y cuando sostengo los principios proteccionistas para mi país, es porque quiero trabajo para las clases menesterosas, que no tienen mas riqueza ni mas capital que este mismo trabajo.

Podiera citar muchos números que tengo aquí; podiera decir cómo se encuentran comparativamente con los ingleses los trabajadores de Saint-Dizier, de Roubaix y Tourcoing, de Elbeuf, de Lille y otras poblacio-

nes industriales importantes; pero no lo haré por no prolongar demasiado mi discurso. En general afirmo, y me reservo demostrar, de modo que nadie lo ponga en duda, que la suerte del obrero francés es mejor que la del obrero inglés, el cual trabaja mas y mejor, no gana mayor jornal y tiene que comprar subsistencias mas caras. Pues un sistema que mejora la situación de las clases obreras, que piden pan pero que no pueden comprarlo mas que con su trabajo, está justificado desde luego.

He concluido la primera parte de mi segunda proposición. La segunda, porque soy aficionado á este orden de esposición, se reduce á que *bajo el régimen odiado de la protección, la Francia ha hecho mas progresos, proporcionalmente hablando, que la Inglaterra bajo ese magnifico y decantado sistema de la libertad, que con tanto calor defiende esta sociedad.* Es decir, los individuos que componen la Junta directiva, porque esta reunión creo que no esté compuesta solo de libre-cambistas, y por eso cuando me dirijo á la sociedad, entiéndase que lo hago á los señores que la dirigen.

Voy á demostrar con hechos y números la verdad que antes he manifestado. Ruego al público me dispense si me valgo de tantos números. Preciso es que cuestiones tan importantes como esta y que tan profundamente afectan al porvenir de las naciones, se ilustren con hechos y números; porque estos son los que justifican los sistemas. Y hé aquí por lo que yo no convengo en la conveniencia de esta clase de discusiones; porque el público se fatiga de que se le presenten muchos números, cuando los resultados y los números, repito, son la justificación de los sistemas económicos. Yo me limitaré á citar los mas precisos, reservándome para otra parte el hacerlo de todos los que traía dispuestos. Y para probar que la Francia ha prosperado proporcionalmente mas con su régimen proteccionista, que la Inglaterra con el suyo libre-cambista, reduciré la demostración á cuatro puntos principales, fijándome en la exportación, á que se referia mi amigo el Sr. Moret; porque es el hecho que en cierto modo resume otros muchos hechos. Entiéndase, señores, que los números que voy á citar proceden de periódicos y libros muy autorizados y de las *balanzas oficiales*, que si no reúnen toda la verdad, dicen al menos la mas valedera en estas cuestiones. Pues bien; con estos datos daré á conocer la exportación de Francia y la de Inglaterra en hilados y tejidos de algodón; haré ver la marcha de los cambios entre esas dos naciones; consideraré el desarrollo general de su comercio, y, por último, haré una ligera indicación respecto á la balanza comercial de Inglaterra del año 59. Esto de números es mas bien para los señores taquígrafos, y por tanto les ruego los tomen con toda exactitud.

Señores, la Francia en la exportación del ramo de algodones (no quiero leer el estado en todos sus detalles y leeré solamente el resumen tomado de las *balanzas oficiales* de dicho país de 1840 á 1858) ha ganado; á pesar de vivir esclava del sistema protector, un 78 por 100, mientras que la Inglaterra, que goza de todas las ventajas del sistema liberal, de ese sistema tan ponderado aquí y que se quiere introducir en España, aunque no estamos en condiciones para ello, como luego demostraré, solo ha mejorado en un 75 por 100. Si los resultados justifican los sistemas, ¿cuáles son mas significativos? ¿Los de Inglaterra mejorando su exportación en un 75 por 100, ó los de Francia con su 78?

Vamos ahora á los cambios respectivos entre nación y nación. Los datos que voy á citar ahora, por si mis adversarios gustan consultar el origen, están tomados de los *Anales del Comercio exterior* del año de 1859, periódico oficial de la Francia. El resumen de es-

tos datos arroja lo siguiente, y no temo comprometer mi humilde reputación garantizando la verdad de estos números. Importación media anual desde 1847 á 58 de Francia en Inglaterra, 279 millones de francos. En el mismo periodo la Inglaterra ha vendido á Francia, por valor de 126 millones de francos, como media anual, resultado en favor de la Francia 153 millones; es decir, que Francia con ser proteccionista ha vendido mas que la eminentemente liberal Inglaterra. (*Unavoz entre los concurrentes:* No permitiendo entrar los géneros ingleses.) Yairé á eso; cada cosa en su tiempo y los nabos en Adviento. (*Risas.*)

No conozco al caballero que me ha interrumpido; si hubiera tenido paciencia hubiera visto que yo me referia al comercio general de Francia proteccionista con Inglaterra libre-cambista.

Señores, yo no he estado mucho tiempo en Inglaterra, tampoco en Francia; pero tanto en una nación como en otra se hacen magnificas balanzas, que vienen á este país y se pueden estudiar. Pues de estas balanzas se desprende que el término medio del movimiento comercial en Francia en los dos años del 56 y el 57, ha sido de 4,585 millones de francos; el del periodo de los 15 años precedentes (1841 á 1855) fue de 2,700 millones. Hechos los cálculos correspondientes resulta un progreso de 143 por 100. Los números respectivos á Inglaterra son 8,075 millones de francos, 6,000 para un media anual de los 15 años, y un mejoramiento solo de 34 por 100.

Señores, contra estos datos nada puede replicarse, y mientras los señores que se sientan en ese *Círculo* no puedan destruir las *balanzas oficiales* publicadas por Inglaterra y Francia, estos datos los condenan constantemente. Y, señores, téngase en cuenta que esto sucede en un país en que, como he dicho, solo ha dominado el sistema protector durante cuarenta y tantos años.

Ultimo dato, y bastante curioso, señores, digase lo que se quiera. Hay naciones que todavía tienen la buena costumbre de llevar cuenta de lo que compran y venden, lo cual creo es necesario, porque así las naciones como los particulares deben saber lo que producen, y lo que consumen. Este dato consiste en que la balanza inglesa en 1858-59, presenta una importación superior á la exportación en 96.869,630 libras esterlinas: hecho notable y que origina movimientos económicos cuyo examen omitiré.

Se me figura haber demostrado con los datos que he tenido la honra de citar, que Francia ha ganado en poder, en riqueza y en capital, y que sus clases trabajadoras se hallan mucho mejor que las de Inglaterra, que todo el mundo sabe cómo se encuentran. También creo haber demostrado que la Francia, no obstante el ominoso régimen de la protección, ha aumentado en movimiento comercial, y hecho, relativamente hablando, mas progresos que la Inglaterra, mecida por las suaves brisas de la libertad.

Mi tercer punto es el verdadero punto de la cuestión. Yo venia preparado con los datos que he citado para salir al encuentro de nuestros adversarios, porque como hace ya cuatro años que nos conocemos, siquiera sea por el medio de la prensa, yo habia ya visto venir á los libre-cambistas, y estaba preparado con estos datos y otros muchos mas de que no haré uso mientras que á ello no me vea obligado. Vamos, pues, á ver de nuevo si el tratado es un triunfo de la causa libre-cambista, ó si, por el contrario, es, como todo el mundo sabe, un acto político, hijo de la tortuosa marcha de ciertos hombres, que hoy regalan un pedazo de pan y mañana arrebatan una pierna ó un brazo de un cañonazo.

El Sr. Presidente: Ruego al señor Morque-

cho se contraiga del todo á la cuestion, sin volver á hacer alusiones políticas.

El Sr. Morquecho: Vamos á examinar ese tratado, y para esto casi nos basta su artículo 1.º «El Emperador se compromete á permitir la libre introduccion de los géneros británicos» (británicos nada mas; las restantes naciones sin duda no lo son, y en especial nosotros que, como no tenemos ejércitos ni poderosas fuerzas navales, no podemos aspirar á intervenir en los negocios de Europa;) se compromete, digo, á admitir dichos géneros con un derecho máximo de 30 por 100. Ahora bien; si los libre-cambistas consideraran como derecho no protector un 30 por 100, me paso con armas y bagaje á sus filas.

El tratado, como he probado, es una convencion política antes que comercial, y por lo cual creo que nuestros adversarios han cantado con demasiada precipitacion las glorias de esa que dicen conquista de Cobden. Creo que debían haber esperado un poco, pues todavía nadie sabe lo que resultará de esa aparente concesion del Emperador de los franceses á las doctrinas libre-cambistas. Pero sea como quiera, Francia se compromete á hacer todo lo que he dicho solo respecto á Inglaterra. Y bien: ¿cuál es la importancia de esa concesion? Se lava á quedar absorta la reunion cuando oiga un hecho notable; pero antes debo declarar, que no reniego de las concesiones; que soy de los liberales que marchan, pero no á saltos, sino pausadamente y con seguridad; que nosotros no somos enemigos de las reformas, pues sabemos que los derechos de los consumidores son muy respetables, y que es preciso y conveniente para la industria el estímulo de la competencia, que vivifique y no destruya. Para apreciar la reforma capital que el tratado entraña, la supresion de las prohibiciones en Francia, prohibiciones absurdas, es preciso saber que Francia vende al extranjero; que Francia lleva al mercado universal muchos artículos similares que protege con la prohibicion; es decir, que está prohibiendo una cosa que produce y vende después al mercado universal. Y, ¿cuál es el valor de los artículos prohibidos por el arancel, y que producidos en Francia salen a competir ventajosamente? La cuarta parte de la exportacion. Este régimen, señores, es absurdo. Pues bien; con un sistema económico que da esos resultados, todavía se figura el Emperador que hace un gran sacrificio, levantando las prohibiciones. ¿Y qué ha hecho por su parte Inglaterra? ¡Ah! Inglaterra, según se nos ha dicho por el señor Carballo, acaba de dar con este convenio el último paso en el camino de las reformas. Pues, Sr. Carballo, si esta es la última reforma que necesita hacer Inglaterra, yo puedo asegurar á su señoría que todavía ese país protege con derechos prohibitivos algunos artículos importantes. El tratado de comercio no ataca á la prohibicion del tabaco, ni los altos derechos de la sedería, ni la prohibicion de la *dreche*, ni la *prima* que goza el lúpulo, ni ciertos libros, ni los derechos sobre el papel; de manera que Inglaterra tendrá que adoptar otras reformas, y hoy por hoy se halla lejos de haber dado el último paso en esa senda.

Se me figura, señores, que nos hemos alucinado un tanto, á propósito de ese pueblo, con la concesion que se nos dispensa respecto á nuestros vinos; y entiéndase que si la Gran Bretaña rebaja los derechos que han pagado los vinos, es porque estaban fuertemente gravados con un derecho espantoso, que para los de inferior calidad, pasaba del 500 á 600 por 100, de 151 francos por hectólitro; esto es, unos 94 reales por arroba sin distincion de clases.

Ya veis, pues, señores, que acerca de los vinos españoles ese país se hallaba en la necesidad de introducir algunas modificaciones en sus aranceles, en obsequio de las clases

consumidoras y pobres, porque era horrible lo que ha estado pasando en este punto.

También diré que la escala gradual del tratado dista aun bastante de lo que debe ser una escala fiscal. No se ha adoptado para medir la fuerza de los vinos los areómetros comunes, sino el particular de Syke, cuyos grados están en la proporcion de 18 á 10 con el centesimal. En la primera categoría se admiten los vinos de 18º con un derecho de un schelling por gallón; de manera que aparece ser un vino de superior calidad según el areómetro inglés, pero no según los areómetros comunes; y por consiguiente los vinos españoles tendrán que pagar los mayores derechos de las otras categorías, porque nuestros vinos tienen mucha riqueza alcohólica. Repito, pues, que todavía es preciso que adelante mucho Inglaterra en cuanto á los derechos sobre vinos y espíritus.

Proceda examinar, si quiera fuera con rapidez, la indole y condiciones de los *aranceles españoles*; pero no entraré en ese intrincado laberinto. Diré tan solo que no defendiendo nuestros aranceles en todas sus partes; que defendiendo el principio, y no su aplicacion; que en medio de todo, tales aranceles han sido mas liberales que los de Francia; y que aun después del tratado de comercio, serán también, mas liberales en algunos ramos, en el caso de que se adopte el derecho protector de 30 por 100.

¿Y son nuestras condiciones de produccion iguales á las de Francia, y sobre todo á las de Inglaterra? Esta es la gran cuestion, es toda la cuestion.

Indicada la indole del tratado franco-inglés, en sus puntos esenciales, voy á examinar las consecuencias que este tratado tendrá para España, que es el segundo miembro de la proposicion que debemos discutir. (Murmulló.) Veo que la reunion está impaciente, y por lo tanto me concretaré cuanto me sea posible. Los Sres. Carballo y Moret han pretendido probar dos ideas, y yo he tenido que refutarlas antes de llegar á la materia principal del debate.

Digo, pues, que Francia continuará con sus puertas cerradas, menos para las primeras materias; y las que de estas podemos llevar hay dos importantes: la lana y los corchos. La Inglaterra nos abre las suyas para los vinos, que son uno de los grandes ramos de nuestra riqueza, y que tienen un inmenso porvenir. Nosotros, y sea dicho de paso, debemos llevar nuestros caldos á los Estados Unidos y á los pueblos del Norte de Europa, estableciendo reformas convenientes; y como el porvenir de nuestra agricultura está en nuestros vinos, razon tenemos para pedir al Estado proteccion y condiciones ventajosas para su desarrollo, diferenciándonos de los señores de enfrente, de los señores libre-cambistas, de los individualistas por otro nombre, que fian todo progreso al interés individual. Mientras que nosotros sostenemos que el Estado debe intervenir en todo lo que tenga carácter social, nuestros adversarios quieren que el Estado lo deje todo á la accion individual, pues de este modo aseguran se mejorarán y enriquecerán las clases pobres; como si fuera posible, señores, que esas clases abandonadas á su impotencia pudieran prestarse mutuamente la proteccion que les dispensa el Estado, y que tanto necesitan para llegar á ese perfeccionamiento que es el ideal de todos los sistemas. Esta es la doctrina de los señores de enfrente. (Muchos señores: No, no.)

El tratado, señores, puede ejercer algun influjo en la opinion, el influjo del ejemplo, y hay que prevenirla contra las deducciones de los libre-cambistas, que se han apoderado de esta cuestion con bastante impaciencia para apoyar sus doctrinas y hacerlas mas aceptas al público. Para ello necesito examinar y comparar las condiciones de unos y

otros países, ó sea de Francia é Inglaterra con nosotros.

El Sr. Moret ha trazado un magnifico cuadro; le ha revestido con las galas de su florida elocuencia, porque de sus labios, señores, no salen mas que bellezas de estilo y brillantes flores que arrebatan la imaginacion de su auditorio. Pero en mi concepto ha cansado en vano su inteligencia buscando las causas de la imposibilidad en que están nuestros productores de competir con los extranjeros en ciertos ramos importantes. ¿Dónde están las causas que nos impide competir? ¿Cuáles son? Ya ha oido la reunion de qué manera equivocada las ha explicado el Sr. Moret, y por eso debo fijarlas con distincion y claridad.

Señores: cuando en el organismo del hombre la sangre no es bastante nutritiva, todos los órganos sufren; cuando una atmósfera encierra miasmas deletéreos y carece de condiciones aparentes, los seres vivos padecen, y de un modo análogo; cuando un país, cuando el estado social no reúne grandes elementos de vitalidad, cuando no puede llevar á los individuos su savia vigorosa y fecunda, los individuos progresan con lentitud, porque no siempre pueden orillar los obstáculos sociales que los detienen; y todos los deseos del mundo son impotentes para crear lo que no existe, para crear esa fuerza, necesaria al progreso que todos apeteecemos. El interés individual, señores, de que nos hablan los libre-cambistas, abandonado á sí mismo, es débil, es pequeño, es insuficiente en muchas ocasiones, y necesita la alta y benéfica proteccion del Estado en el desenvolvimiento de la industria.

Voy á enumerar ahora las ventajas de que goza Inglaterra y las condiciones de la produccion en aquel país. La Inglaterra, en primer lugar, tiene los hierros, las hullas y las máquinas con mas abundancia y mayor baratura que ningún país del mundo, y no nos hagamos ilusiones: siempre tendremos mas caros que los ingleses el hierro, la hulla, las máquinas, que son hoy día los poderosos elementos de civilizacion. Siempre nos aventajará Inglaterra en estos productos, mientras no se modifiquen ciertas condiciones especiales de nuestro país, y necesitemos comprar ó traer de Inglaterra dichos elementos de produccion.

¿Qué otras favorables condiciones reúne Inglaterra? Señores, todo el mundo lo sabe; allí hay capitales abundantes, seguros y baratos; y el capital es la savia de la produccion, es la fuerza motriz de la industria. ¿Qué nacion tiene mas capitales que Inglaterra? ¿Cuál es el signo por donde podemos apreciar su importancia? Ya sabéis que son los descuentos y el interés del dinero. Pues bien, todos los días estamos viendo la variacion que sufre el descuento en Inglaterra, hora fijo en el uno y medio, hora en el 2 ó 3 por 100. ¿Y á qué interés se obtiene en España el dinero? Todo el mundo sabe también que el pobre agricultor, que lo necesita para arrojar la semilla al campo, ¡espanta decirlo! tiene que acudir á la usura y malgastar el capital que habria de invertir en recoger su cosecha, en pagar un interés de 15 á 20 por 100. Y bien, señores, los capitales, que son una condicion indispensable para la industria, no se pueden improvisar, porque son el fruto de los ahorros particulares, y así es como se han formado en Inglaterra á la sombra del sistema protector, que ahora ese pueblo desprecia, porque no le necesita; en esa Inglaterra, que en sus cinco Bancos reunidos no mas, y fundados con un capital de 100 millones de francos, habia depositados el año pasado la enorme suma de 996.376.950 francos.

Son también condiciones de produccion los *trasportes baratos* y fáciles; la destreza de los obreros y la moderacion relativas de

sus salarios; la estension del mercado consumidor, la estabilidad de las instituciones civiles y políticas, y hasta puedo señalar otro elemento, hijo de la Constitución inglesa, en todo lo cual verá el señor Moret cuáles son las causas ó circunstancias que dan una inmensa superioridad á la industria de aquel país: este último elemento es la libertad de testar, la facultad de vincular ó de establecer mayorazgos, que yo ni aplaudo ni vitupero en este momento, pero que tiene la ventaja de que el heredero recibiera la propiedad moviliaria, sin las modificaciones que sufre en los países donde no existe semejante institución.

Nosotros no podemos luchar hoy con los ingleses, ni en hullas, ni en hierros, ni en máquinas, ni en algodones.... (Murmulllos).

Señores: no doy a mi discurso la milésima parte de la estension que me proponía darle (risas); digo mal, la décima parte. Pero voy á permitirme, entre los datos que estoy citando, hacer una indicación sobre el colosal desarrollo que tiene la industria algodonera británica.

El capital empleado en el comercio de algodones se estima en 60 ó 70 millones de libras. Viven con su comercio 4 millones de personas, y cuenta 500,000 hiladores. En 1856 había 2,210 platras, 28 millones de usos, 299,000 telares, con una fuerza de 97 mil caballos de vapor. El algodón empleado en 1859 ha sido de 1,181 millones de libras en peso, y el valor total de las exportaciones ha sido de 130.513,185 libras esterlinas, figurando los hilados y tejidos de algodón por 47.920,720 libras esterlinas.

Aun para la industria lanera tiene Inglaterra 2,000 fábricas, 3 millones de usos y 52,000 telares.

Pero, señores, ¿para qué me fatigo en demostrar á los señores libre-cambistas las dificultades de la lucha que van á entablar Francia é Inglaterra en algunos ramos; lucha que, respecto de nosotros, deben rechazar los hombres que tengan el sentimiento de la nacionalidad, de la conveniencia y de la justicia; lucha tan desigual como lo sería la de un ejército de marroquíes contra un pobre soldado español. (Murmulllos.) Pues este sería el caso de la industria británica en libre competencia con la nuestra.

Voy á leer una frase sencilla, pronunciada en el Parlamento inglés por un compañero de ese ilustre Alejandro, por una persona compañera de glorias y fatigas de ese famoso Mr. Cobden, por el conocido economista Mr. Brigh.

Un francés, viene á decir Brigh, se contentaría al fijarse en los artículos en que la Francia nos hace concesiones: nos da cinco veces mas que no la damos. Entre los artículos que debemos vender, figuran: 1.º Los metales, que exportamos por valor de 17 millones de libras esterlinas. 2.º Las máquinas por 4 id. 3.º La euchería por 4 id. 4.º Los hilados de algodón por 9,50 id. 5.º Los tejidos de id. por 37 id. 6.º Los hilados de lino por 1,60 id. 7.º Las telas de id. por 4,30 id. 8.º Los hilados de lana por 3 idem. 9.º Los tejidos de id. por 12 id. 10. La loza por 1,25 id. 11. Los cueros por 1,25 id. Total, 95 millones de libras esterlinas.

La Inglaterra, ha repetido el Times, proveerá á la Francia de todos estos artículos.

Pues bien, señores, si Inglaterra ha de vencer á esa Francia, en cuya exportación figuran por la cuarta parte del valor total los artículos prohibidos en su arancel, y que se venden por tanto en el extranjero, ¿con cuánta mas razón y facilidad no vencerá a España, exhausta de capitales, sin buques de transporte, sin grandes mercados, sin esos otros elementos de la guerra pacífica de la industria?

Aquí traigo otro estado que no quiero leer

por no fatigar la atención del auditorio. (Murmulllos. El señor Presidente agita la campanilla.) Creo que estoy dentro de mi terreno. El señor Presidente nos decía: venid á discutir, venid á sostener vuestras ideas en frente de las nuestras. Así, pues, señores, tened paciencia, y ya que hemos venido déjenos discutir con la estension que creamos conveniente á la causa que defendemos, sin obligarnos con esas interrupciones á abandonar la palabra; y ruego al señor presidente que me sostenga en el uso de ella.

El Sr. Presidente: Perdón V. S., Sr. Morquecho; yo no he interrumpido á su señoría; he tocado la campanilla para mandar que le traigan agua. (Risas.)

El Sr. Morquecho: Por lo demás me honran mucho esas interrupciones, y agradezco al público que me interrumpa. (Muchos señores: Nadie ha interrumpido á su señoría, señor Morquecho.) Decía, señores, que traigo otro estado, porque traigo muchos estados en mi bolsillo. (Risas.) Este de que ahora hablo se refiere á los transportes, y para abreviar os leeré solo el resumen. (Leyó.)

	Kilómetros
Ferro-carriles ingleses.	15,813
Caminos vecinales de Francia.	83,000
Carreteras imperiales en id.	36,000
Rios navegables.	8,000
Canales.	4,200
Ferro-carriles.	9,076
Carreteras de toda clase en España en 1855.	9,534
Líneas navegables.	693
Ferro-carriles en explotación.	1,242

Este sencillo cuadro revela cuáles son las diferencias, cuáles las ventajas y desventajas de cada país para entrar en competencia.

¿Es posible que el interés individual construya en un momento en nuestro país, por el arte de *birli birloque*, ese inmenso número de líneas férreas y los demás medios de comunicación? No puede hacerlo sino con mucho trabajo y á fuerza de ahorros. Y, nótese bien, que Francia, á quien vencerán los ingleses, según Brigh y el Times, nos lleva muchas ventajas en punto á los medios de transporte.

¡Ya á hablar de la marina, condición, también, de producción, y de la misma manera podría describir el grandioso imperio colonial de la Inglaterra; pero todo el mundo sabe que tiene estaciones en todos los mares, que su poder se estiende á todos los puntos del globo, que tiene un mercado inmenso en esos doscientos millones de indios, á quienes trata con arreglo á ese sistema que es, sin duda, el que se nos quiere imponer á nosotros. Sobre todo esto podría decir mucho; pero concluyo repitiendo que las grandes causas de la desigualdad en nuestra producción, en cuanto á hullas, hierros y máquinas, en punto á capitales, á salarios y transportes, y por lo que toca á la estension del mercado, á la índole y á la estabilidad de las instituciones civiles y políticas, impiden por ahora que aceptemos la libre competencia con la nación inglesa y aun con la Francia. Y aquí vuelvo á decir lo que ya he indicado: soy amigo de la libertad; pero también lo soy de la igualdad. Mientras existan naciones rivales, mientras exista una nación que ponga su veto para que nuestro valiente ejército no llegue en sus conquistas de Marruecos mas allá de la conveniencia de esa misma nación. (El señor Presidente agita la campanilla.) Sr. Presidente, esta es una idea y una espresion de economía política. Digo, señores, que mientras existan naciones rivales, á quien debamos mirar unas veces como amigos poco fieles y otras como enemigos declarados, lo cual sucede hoy y sucederá por mucho tiempo, es preciso que cada país se dote de las condicio-

nes necesarias de producción para vivir en la paz como en la guerra, y no tener que acudir al extranjero, como nos ha sucedido á nosotros en la de Africa, para la cual hemos necesitado muchas cosas, que nos las han hecho pagar á buen precio. Nos han hecho falta carbones, y esos generosos isleños, si bien no han llegado á declarar contrabando de guerra al carbon, como ya intentaron el año pasado, nos le han vendido á un precio exorbitante; y cuenta, señores, que lo que no han hecho hoy lo podrán hacer mañana. Las naciones deben vivir, no solo para el presente, sino también para el porvenir; y cuando no están en condiciones de producción deben buscarlas, antes de permitir la ruina de sus fuerzas productoras con la lucha desigual é injusta de los productos extranjeros.

Por todas estas razones, yo rechazo vuestras doctrinas; porque creo que en lugar de traer con ellas la prosperidad para mi país, le sumarán en la mayor miseria. Es muy fácil hablar de libertad y proclamarla; pero ¿con que condiciones contamos para el planteamiento de ese bello ideal?

Concluyo protestando, que al defender nosotros las ideas proteccionistas, defendemos el trabajo nacional, no el monopolio, y el bienestar posible de las clases menesterosas, que no tienen otra riqueza mas que su trabajo.

También me proponía hablar de dos fantasmáticas que suelen traernos á colación los señores libre-cambistas; pero apuntaré solo una idea. ¿Sabeis cómo se llaman? Señor Don Consumidor y señora Doña Baratura. ¿Sabeis quién es Don Consumidor? Es un caballero particular. (Risas.) Ya recordareis que en la zarzuela de este nombre aparece un personaje que quiere comer tres ó cuatro veces al día, y todas ellas manjares delicados, y muchos por la módica cantidad de seis reales. Pues ese es Don Consumidor: un ser monstruoso que tiene boca y estómago para digerir, pero no piernas ni brazos para trabajar. Señores: en la sociedad no existe eso; siempre he visto á los señores de esa otra escuela clamar en favor de los consumidores, sin acordarse nunca de los productores mas que para calificarlos con los epítetos mas duros. Se habla de cereales, ¡pienso caros productores que tienen muerto de hambre al pueblo! Se habla del papel, ¡pienso cuos productores que levantan una barrera á la inteligencia para que no pueda transmitir al papel sus concepciones! Se ocurre hablar de carbones, de hierro y de máquinas. ¡Piensan fames productores, pues por su culpa no podrán contar con ninguno de estos tres elementos de riqueza é industrial! Lo mismo podrán decir, lo mismo dirán de todos los mas importantes ramos de producción. Pero ¿cómo quedaria el Estado que por la competencia se quedase sin miembros productores?

En cuanto á la baratura solo recordaré que los libre-cambistas, y entre ellos Baudrillard, han dicho con mucha oportunidad: Marruecos es un país barato, Francia algo menos, é Inglaterra muy caro. Ahora bien, ¿cuál es el mejor, el que revela mas civilización, la baratura de Marruecos ó la carestía de Inglaterra?

Creo, señores, que aun á riesgo de haberme abusado de vuestra benevolencia, he podido mantener mi bandera, y concluyo protestando de nuevo que soy amante de la libertad y de la igualdad, y que al defenderlas creo defender los intereses de las clases trabajadoras y el y poco acomodadas de la sociedad. (Aplausos prolongados.)

El Sr. Rodríguez (D. Gabriel): Señores, empezaré mi contestación al señor Morquecho dando á nombre de esta sociedad las gracias á nuestros adversarios, por haber accedido á la invitación que les dirigimos, para que honrasen con su asistencia y con su palabra estas discusiones.

cusiones, y felicitándome de que al hacerlo hayan creído que podían tratarnos con toda la confianza de amigos íntimos, usando de la facultad de discutir con la extensión que lo ha hecho el señor Morquecho y Palma, que ha ocupado con su discurso tanto tiempo, que apenas nos queda espacio para contestarle dentro de los límites ordinarios que debe tener la duración de reuniones como la presente. No le dirijo por eso un cargo. Su señoría está en su casa y puede usar y abusar de su derecho.

Cumplido este deber, voy á ocuparme en contestar al Sr. Morquecho, que empezó atacando el discurso de mi querido amigo el Sr. Moret, porque en él, según su señoría, no había mas que flores y bellas imágenes, sin argumentos que tuvieran relación con el tema que se discute; escusándose por este motivo de la obligación de contestarle. El señor Morquecho padece una equivocación. En el discurso del Sr. Moret hay algo mas que imágenes y flores; hay argumentos muy sólidos, que han oído todas las personas presentes; hay números, á que tan aficionados son nuestros adversarios, y no es indigno, por lo tanto, de que el Sr. Morquecho lo refute, ni merece la abstención á que respecto de él se ha condenado su señoría, y que, siendo como es el Sr. Morquecho tan aficionado á combatirnos, podría compararse á la del hambriento que se negara á tomar el pan, porque se le presentaba en una cesta llena de hojas de rosa.

Otro error padece su señoría al creer que los discursos, cuando tienen una forma bella y llevan las galas del ingenio, son declamaciones inútiles para la discusión de la verdad. No; la declamación no consiste en la belleza de la forma; se puede declamar de todos modos; se puede declamar hasta con los números, como lo prueba el discurso de su señoría que, á pesar de contener tanta copia de datos, no puede para lo que discutimos considerarse sino como una continua declamación; declamación con la que ha venido su señoría á demostrar la exactitud de una frase pronunciada por nuestro dignísimo presidente en una de las sesiones anteriores, y contra la cual ha protestado hoy el señor Morquecho. El Sr. Pastor dijo que la causa del proteccionismo no es para discutida en público, y el Sr. Morquecho lo ha comprobado, porque discutir no es pronunciar un discurso preparado, prescindiendo de las razones presentadas, antes por la parte contraria. Discutir es hacerse cargo de los argumentos del adversario, seguirle en su terreno, analizar sus juicios y sus afirmaciones, tratando de probar que no tienen racional fundamento. (*Bien, bien.*) Esto no lo ha hecho su señoría, que ni siquiera se ha creído obligado á discutir el tema propuesto, sobre el que apenas ha dicho nada, empleando la mayor parte de su largo discurso en demostrar que Francia por la protección está en situación mas próspera que la libre-cambista Inglaterra, y presentando datos mal apreciados por su señoría y que nada prueban, mezclados con frecuentes alusiones políticas inoportunas y poco convenientes en estas reuniones, cuya existencia podrían comprometer. Aquí no podemos salir del terreno puramente económico y del tema que para la discusión se ha fijado, siendo completamente extrañas á esta sociedad, cuyo objeto es la reforma de los aranceles con arreglo al principio de la libertad comercial, las cuestiones relativas á la naturaleza y á las atribuciones generales del Estado que, según nos ha indicado el Sr. Morquecho, habían pensado nuestros adversarios traer hoy al debate. Aquí debemos prescindir por completo de las opiniones y apreciaciones políticas, que podrían, lo repito, matar estas reuniones. Nuestros adversarios deben tener esto muy presente para que no pueda decirse, siquiera

sea sin fundamento, que su objeto al venir aquí ha sido, mas bien que atacar el libre-cambio, hacer imposibles las sesiones públicas de la Sociedad libre-cambista. (*Bien, bien.*)

(*El Sr. Morquecho pide la palabra para rectificar. También la pide el Sr. Rodríguez San Pedro.*)

El Sr. Rodríguez: Ni estaba en su lugar tampoco el cargo de contradicción, que el señor Morquecho nos ha dirigido, fundándose en lo que supone que son nuestras opiniones políticas. Esta sociedad en política no defiende ningún principio determinado; caben en ella hombres de todos los partidos. Y es muy extraño que nos dirijan un cargo por eso los individuos del *Círculo económico español*, donde hay hombres de opiniones tan opuestas, que...

El Sr. Presidente: Sr. Rodríguez, suplico á V. S. que se concrete al tema que discutimos.

El Sr. Rodríguez: Abandono este punto obedeciendo la indicación del señor presidente; y voy á los argumentos con que ha combatido el Sr. Morquecho el tratado de comercio entre Francia é Inglaterra.

Para su señoría, este tratado tiene un origen y un fin político. Podrá esto ser verdad; pero ¿qué nos importa? ¿Acaso dejará el tratado por eso de tener una altísima importancia económica? ¿Dejará de producir grandes efectos en el estado económico de dos poderosas naciones, y por consiguiente en el de todas las naciones del mundo? Y el fin inmediato del tratado, ¿no será facilitar el comercio y las transacciones? Bajo este punto de vista, podemos y debemos estudiarlo y aplaudirlo, viendo en él un gran paso práctico hacia la libertad comercial.

También nos ha dicho su señoría que no se debe el tratado á Cobden sino á Napoleón III, y ha insistido mucho en esto al hacerse cargo de algunas observaciones del señor Carballo, como para disminuir la importancia del gran economista. Es exacto, señor Morquecho: no es Cobden el autor del tratado; no es quien lo ha planteado en Francia ni en Inglaterra; como que Cobden ni es Emperador de Francia, ni siquiera ministro. (*Risas.*) Pero ha influido poderosamente para que el tratado se hiciera; ha convencido ó ha contribuido á convencer al Emperador; y su firma figura entre las que han autorizado el convenio. Sin atribuir á Cobden méritos que no tiene, puede reconocerse lo que se debe á su influencia, y decir de él todo lo que ha dicho el Sr. Carballo.

Que el tratado no es una aplicación tal, como nosotros la deseamos; del principio de la libertad comercial, ha dicho también el Sr. Morquecho, y una prueba de ello es que fija los derechos protectores en un 30 por ciento. Es verdad, la reforma que el tratado hace no es la libertad comercial, pero es un paso hacia ella y por eso la aplaudimos y la saludamos con nuestros plácemes. No es todo lo que queremos, pero es un adelanto, lo cual no puede negar el Sr. Morquecho, si compara lo que deja el convenio, con lo que antes de él había en Francia.

Su señoría, para hacer ver que nosotros no podíamos aplaudir el tratado, nos decía después: «¿Como aceptais un derecho protector del 30 por 100! Si lo aceptais, puedo pasarosme á vosotros con armas y bagajes.»

Nosotros no aceptamos ni ese derecho protector ni ninguno, por pequeño que sea, y precisamente por esto nos alegramos y celebramos como un adelanto la sustitución de las prohibiciones ó de derechos muy crecidos, por otros que no son tan elevados. Pero si su señoría está dispuesto á ponerse á nuestro lado, con tal que aceptemos un derecho del 30 por 100, ¿por qué no estuvo con nosotros en la cuestión del papel? ¿Por qué no combate con nosotros la prohibición de los

careales? ¿Por qué no pide con nosotros una reforma de los aranceles donde hay tantos artículos que tienen derechos muy superiores á ese tipo? (*Bien, bien.*)

Fuera de las observaciones á que acabo de contestar, el Sr. Morquecho apenas ha dicho nada sobre el tratado de comercio. Su discurso se ha dirigido principalmente á probar que Francia está en mejor situación que Inglaterra; que ha progresado mas que Inglaterra en los últimos tiempos, gracias á la acción del sistema proteccionista, y para probar esto, su señoría, que nos ha dicho que le era imposible examinar los pocos números citados por el Sr. Moret, nos ha traído datos y números en tal abundancia, que no parece sino que se proponía ocupar nuestro modesto y poco extenso diario de sesiones, con todos los datos de la estadística de Francia de *Moréau de Jonnés*, y de todos los libros estadísticos de Inglaterra, y del *Anuario* de España, y hasta del folletito recién publicado en Francia por Casimiro Perier, sobre el último tratado de comercio. (*Risas.*)

Pero aunque los datos son abundantes, de nada pueden servir para lo que el Sr. Morquecho se propone. Los números no pueden emplearse como su señoría los emplea, ni es posible deducir de ellos las consecuencias que su señoría deduce. Si esto fuera posible, si fuera permitido hacer de los números el uso que hemos visto hacer al Sr. Morquecho, lo digo francamente, señores, renegaría de la aritmética. (*Aplausos.*)

Pues qué, ¿es permitido sacar consecuencias de los números, considerándolos aislados, sin tener en cuenta todos los elementos que entran á constituirlos? ¿Se puede decir que Francia es mas próspera y rica, y gana mas que Inglaterra, porque en sus exportaciones ó importaciones, ó en la producción de este ó del otro artículo haya aumentado su riqueza en un tanto por ciento durante los últimos años, mayor que el que á Inglaterra correspondía? No, señores. De semejantes comparaciones, por sí solas, nada se deduce. Si tuvieran alguna fuerza, yo podría probarle al Sr. Morquecho que hoy mi situación económica es mas próspera, y que obtengo mejores resultados de mi actividad que Rostchild; porque en los últimos diez años, por ejemplo, puedo haber aumentado en un 100 por 100 mi fortuna, mientras que Rostchild la ha aumentado en una proporción muchísimo menor. (*Aplausos estrepitosos y prolongados.*)

No es fácil que yo recuerde todos los datos que ha presentado el Sr. Morquecho en apoyo de sus opiniones, ni lo necesito, porque me basta presentar á la sociedad algunas consideraciones generales para destruir todo su efecto. Si Francia ha crecido tanto por la protección; si tan prósperas y adelantadas están sus industrias, ¿por qué la mayor parte de los productores franceses se han opuesto con tanta fuerza al tratado? Esto, ¿no prueba que temen la competencia de la producción inglesa? Y si la temen, ¿será porque estén tan adelantados como los ingleses? No; Francia es muy rica seguramente; es una nación poderosa; pero no está á la altura á que ha llegado la Inglaterra, gracias á la libertad de comercio. Compárense los elementos naturales con que una y otra nación cuentan, y se verá que en proporción de esos elementos, la Inglaterra, mucho menos favorecida, va delante de la Francia en población, en bienestar, en capitales, en crédito, en todo lo que constituye el progreso económico, en fin, como el mismo Sr. Morquecho lo ha reconocido al ponderarnos el poder inglés en la última parte de su discurso.

Como prueba de la mayor prosperidad de la Francia, nos ha citado su señoría los últimos empréstitos y el gran empleo de capitales en la compra de rentas del Estado, añadiendo la circunstancia de que casi todo el empréstito cubierto en pocas horas, se había pa-

gado en oro. Y decía el Sr. Morquecho: He aquí la demostración de que en Francia hay muchos capitales ahorrados. Pues bien, en esos ahorros veo yo una prueba de la inferioridad de la Francia. En esos capitales en numerario, inmediatamente disponibles para los empréstitos, y que tanto buscan la colocación en rentas del Estado, veo la falta de buenos empleos industriales, veo el atraso industrial. Si en Inglaterra es menos fácil reunir en tan poco tiempo tan enormes cantidades de numerario, es porque los capitales, aunque mas abundantes, encuentran empleos y están ocupados en la producción. Y como el crédito está mas desarrollado, el numerario puede ser y es en Inglaterra mas escaso, sin que por esto sea menor la suma de capitales, ni sean difíciles las transacciones. Dar la importancia que da el Sr. Morquecho a la abundancia del oro, es retroceder a los siglos XVII y XVIII en ideas económicas, para profesar las absurdas teorías de la balanza mercantil, que hoy casi todos los proteccionistas han abandonado, y que no creía pudiera defender una persona de tan claro talento como el Sr. Morquecho. Yo sabía que su señoría era proteccionista, pero no balanzista; y me ha sorprendido ver que se ha apoyado para demostrar sus ideas en la conocida teoría que considera como ganancia para una nación el exceso de las exportaciones sobre las importaciones. Inglaterra, en efecto, nos ha dicho no ganó tanto como la Francia en sus transacciones comerciales, porque la importación que hace de productos franceses, es mayor que su exportación para Francia.

No creo necesario, señores, entretenerme en demostrar que este modo de apreciar las balanzas es de todo punto inaceptable; pero haré una observación al Sr. Morquecho, y es, que aun cuando no lo fuera no podrían los números que ha presentado considerarse como una prueba. Pues que, ¿no sabe su señoría que las balanzas oficiales no pueden dar nunca una idea exacta del comercio de las naciones? ¿No ve que en ellas, aun prescindiendo del error que se comete en el cálculo de los valores, faltan siempre los valores del comercio de contrabando, que representan sumas inmensas en los países regidos por la protección?

Yo podría decir mucho mas todavía sobre los números del Sr. Morquecho, pero lo creo innecesario, después de haber destruido las bases en que se apoyan. Y lo creo ademas innecesario, porque nosotros no damos a los números la importancia que les dan nuestros adversarios. Para nosotros los números no son nada ni significan nada sin la idea. (Bien, bien.)

Por los números no se puede ni probar ni destruir la verdad de las leyes y de los principios de la ciencia económica, que tienen su fundamento en la naturaleza del hombre, y que pueden esponderse y demostrarse hasta la evidencia sin el auxilio e independientemente de los números. Estos no sirven sino para comprobar la verdad en casos particulares, y solo en cuestiones concretas y parciales deben emplearse. Y entonces deben usarse con sumo cuidado, sin exigir de ellos mas que lo que pueden dar naturalmente, examinándolos con la mayor escrupulosidad, y huyendo de caer en el viejo sofisma *Cum hoc, ergo propter hoc*; deduciendo, como hoy lo hacia el Sr. Morquecho, de la simple coexistencia de dos hechos, que el uno ha de ser consecuencia necesaria del otro. (Bien, bien.)

Pero se dirá: tambien vosotros haceis uso de los números. Es cierto, pero los usamos siempre dentro de sus verdaderos limites; los usamos solo para casos concretos y como comprobación, no como prueba de nuestras teorías; los usamos sobre todo para convenir a los que reconociendo la verdad y la conveniencia general de nuestros principios,

temen que esta ó la otra industria pueda padecer con las reformas liberales. Jamas los hemos usado ni los usaremos de otra manera, porque recordamos aquella frase de un escritor francés, que decía: *Bestia como un número ó como un hecho*, y sabemos, que aunque se acumulen carretadas de números y se barajen y mezclen y combinen en todos sentidos, no es posible obtener de ellos la demostración ni la refutación de una teoría. (Aplausos.)

Nada prueban, pues, las comparaciones del Sr. Morquecho, que incurre en un error al atribuir la gran prosperidad de la Inglaterra al mucho tiempo que ha vivido esta nación sometida al régimen protector. No; los grandes progresos de Inglaterra son de fecha muy reciente; son debidos a los adelantos de las artes y a las reformas liberales que en el orden económico ha hecho en todo lo que va corrido de nuestro siglo. Si al sistema protector fueran debidos, ¿por qué Francia, donde ese sistema es tambien muy antiguo, tanto, que se debe su aplicación a Colbert y no a los liberales del siglo XVII, como ha dicho su señoría, no ha progresado tanto como la Inglaterra? ¿Por qué no ha progresado España? ¿Por qué no han progresado, en fin, todas las naciones que al mismo tiempo que Inglaterra, y muchas de ellas, antes, sometieron la industria al régimen de la protección? La verdad es, señores, que el progreso económico se ha verificado en todas partes, a pesar de la protección y no por ella. (Bien, bien.)

Creo, señores, que os he molestado demasiado (no, no), y estoy fatigado tambien. Voy a concluir en breves palabras, presentando algunas observaciones sobre ese sistema de denigramiento de nuestro país que siguen los proteccionistas, para demostrar la verdad de sus doctrinas. España, dicen siempre, no puede competir con las demas naciones; abrir las puertas a la libertad comercial, equivale a matar todas nuestras industrias, sumiendo en la mas completa miseria al país. Esto equivale a decir que España no tiene elementos naturales para la producción; que aquí no puede aclimatarse ni desarrollarse ninguna industria, en cuyo caso, lo natural seria que en lugar de empeñarnos en sacar fruto de tierra tan ingrata, la abandonásemos, emigrando en busca de otra patria mejor.

Pero esto no es exacto. En España hay tantos elementos naturales para crear y desarrollar industrias fuertes, poderosas, verdaderamente nacionales, como en el país mas favorecido del mundo. La naturaleza ha hecho mas por nosotros que por la Inglaterra, país donde apenas hay ricos elementos naturales para un corto número de producciones, como las del carbon y los hierros, y España podrá ser, tanto como la Inglaterra en el desarrollo económico, si permite que los elementos que posee respiren el aire vivificador de la libertad. (Bien, bien.)

Pero hay mas, señores. Aunque no contamos con los grandes elementos naturales que poseemos; no debería temerse que con la libertad nos faltasen industrias y productos para pagar las importaciones extranjeras. Hay que contar en la industria con la inteligencia y la actividad humana, cuando la competencia las escita, y vemos pueblos, donde faltando toda clase de elementos, la inteligencia y la actividad han bastado para crear industrias gigantes. Considerad el ejemplo de la Suiza: su población es solo de diez millones y medio de habitantes; no tiene costas; está separada de las demas naciones por altas montañas; carece de primeras materias; la nieve cubre su territorio durante muchos meses del año, y sin embargo, trayendo el carbon y el algodón, y la seda, y el hierro, y las máquinas desde muy lejos; teniendo que atravesar sus importaciones y exportaciones otros pueblos que tienen altos aran-

celes aduaneros; produce géneros de algodón que compiten con los de Inglaterra en la India, y géneros de seda que compiten con los franceses en todo el Levante, y sostiene un comercio internacional, que, habida cuenta de la población respectiva, es tres ó cuatro veces mayor que el de España. (Aplausos.)

¿Tendremos nosotros menos inteligencia que los suizos? No; pero los suizos tienen abiertas las puertas a la competencia; viven bajo el régimen de la libertad, porque en sus aduanas se pagan únicamente derechos fiscales que apenas escuden y casi nunca llegan a uno y uno y medio por ciento del valor. Tengamos confianza en la libertad, señores, y veremos que en nuestro país produce los mismos efectos. Tengamos confianza y fe en la libertad, y veremos que para aumentar la estabilidad y la fuerza de las industrias, para crear industrias verdaderamente nacionales, para aumentar el bienestar de todas las clases sociales, para levantar, en fin, nuestro país, en el orden económico a la altura que le corresponde, basta la libertad; basta, señores, sustituir en todos los ramos el enérgico aguijón de la competencia a la mortífera sombra del monopolio. He concluido. (Prolongados aplausos.)

El Sr. Presidente: El Sr. Morquecho y Palma para rectificar.

El Sr. Morquecho: Voy a ser muy breve para no molestar vuestra atención. Comienzo por manifestar que de nada de cuanto he dicho me retracto.

Muchas de las observaciones del Sr. Rodríguez son poco conducentes, puesto que no contestan a ningún punto principal de mi discurso, y sino poned el suyo en frente del mio y con esto tendreis la mejor contestación. No quiero prolongar el debate y me concretaré a rechazar el cargo que me ha dirigido el Sr. Rodríguez de haber defendido la teoría balancista, así como el cargo de haber tocado la cuestión de intervención del Estado; cuestión sobre la cual no he hecho mas que ligeras indicaciones, y cuestión que afirmo desde luego y me comprometo a probar se ha tratado en esta sociedad en diferentes ocasiones. El Sr. Rodríguez, por último, se ha puesto en contradicción con los señores que han usado de la palabra antes que su señoría. O yo estoy enteramente trastornado, ó el Sr. Carballo considera como un triunfo de la doctrina liberal el tratado de comercio entre Inglaterra y Francia: tratado que segun creo haber probado, no es triunfo de una teoría económica, sino resultado de consideraciones políticas, en lo cual parece que ha convenido en cierto modo el Sr. Rodríguez, dándole así la razón.

La hora es demasiado avanzada y he hablado largamente. Doy pues gracias a la sociedad, que ha tenido la bondad de escucharme; porque era grande, muy grande el deseo que yo sentía de dar un público testimonio de que no rehúimos el debate, y me ha sido preciso entrar en consideraciones mas extensas, de lo que me proponía; consideraciones que aun podría prolongar, segun dije antes, porque la materia es vasta.

El Sr. Rodríguez (D. Gabriel) (para rectificar): Dice el señor Morquecho que no he tenido razon al suponerle partidario de la teoría balancista. Yo he debido creer a su señoría partidario del sistema de la balanza, porque solo siéndolo se puede apreciar la diferencia entre las exportaciones y las importaciones de la manera que lo hizo el señor Morquecho, como recordará perfectamente la sociedad.

Dice tambien su señoría que aquí se ha discutido otras veces la cuestión del Estado. Esto no es exacto. La asociación para la reforma de los aranceles no se ha ocupado, ni puede por su índole ocuparse en el examen de esta grave cuestión.

Ha dicho, por último, el Sr. Morquecho,

que existe contradicción entre mis opiniones sobre el tratado y las de mis compañeros, que lo han celebrado como un importante triunfo para nuestra causa. No creo que exista semejante contradicción. Como antes he dicho, el régimen que el tratado establece no es la libertad de comercio, pero es un gran paso dado hacia ella, y en este concepto podemos aplaudirlo y celebrarlo, considerándolo como un verdadero triunfo para la doctrina que profesamos.

El Sr. Rubio: Con el mas profundo sentimiento voy á molestar por breves momentos la atención de la Sociedad. Había pensado no hacer uso de la palabra, á pesar de las escitaciones de mis amigos, y solo la alusión que de mi persona ha hecho el Sr. Morquecho, me ha obligado á variar de propósito, cabiéndome el disgusto de tener que inaugurar mi peroración censurando ágramente el inconveniente giro que se ha dado á la discusión.

De frente por la vez primera en España dos escuelas económicas que con fé en el corazón se disputan el honor de regir los destinos del mundo, creía yo que el debate sería digno, que se le daría toda la amplitud que por su importancia merecen los grandes intereses que se ventilan; pero desgraciadamente he visto lo contrario, llegando nuestros adversarios hasta el punto de suponer en nosotros fines aviesos, los de matar, por ejemplo, la Sociedad, suposición que yo, como hombre honrado, no puedo menos de rechazar enérgicamente. (Murmillos y aplausos.) (El Sr. Rodriguez (D. Gabriel): Pido la palabra.) Uno y otro día se viene diciendo que los que pertenecemos al Círculo económico español rehúimos la discusión, que no tenemos fé en nuestras ideas, que nos avergonzamos de manifestarlas en público, que somos, en fin, como los buhos, que apenas nace el día de la discusión nos escondemos en los agujeros de nuestras misteriosas logias; y cuando escitados por tan provocativas calificaciones venimos un día á demostrar que á los hombres que, como nosotros, tienen fé en nuestros principios, no les asustan las discusiones públicas; cuando una vez queremos entrar en la lid esponiendo nuestras teorías sobre las bases en que las dos escuelas descansan, se nos cereña la palabra bajo el frívolo pretexto de que nos salimos de la cuestión, como si en las precedentes discusiones no hubiera sucedido otro tanto, con la mas completa aquiescencia del señor presidente.

Nosotros esperábamos mas de vuestra galantería; nosotros pensábamos que de buena fé nos retábais, y abrigábamos la confianza de que os mereceríamos la mas cordial hospitalidad; grandemente nos equivocábamos, y lo siento por vosotros. El público imparcial os juzgará con su inexorable fallo, y de hoy en adelante sabrá que los pretendidos buhos se atreven á dejar ya sus oscuras madrigueras, y que no se ciega su vista ante los decantados resplandores de vuestra ciencia. (Murmillos.)

Yo había pensado hacer una esposición de mis teorías económicas, partiendo del principio que profeso, muy en armonía con el que forma la base de las creencias del Círculo económico español. Porque el Círculo español, señores, no ha consignado todavía otra fórmula mas que la de la suprema intervención del Estado en los límites de la justicia y de la conveniencia; esta es su fórmula sacramental, y ella sola es la que obliga á sus individuos, habiendo las mas profundas diferencias en las cuestiones prácticas y de mera apreciación; así que yo por mi parte estoy casi con vosotros en la cuestión que se está hoy debatiendo, pero entre vuestra escuela y la mía media un abismo, supuesto que vosotros lo encomendáis todo á la acción individual negando el Estado, mientras que nos-

otros, sin desentendernos de los derechos del individuo, levantamos muy alto á aquella grande é importantísima entidad.

El Sr. Rodriguez (D. Gabriel): Pido la palabra para rectificar, y si me lo permite el Sr. Rubio, lo haré antes de que continúe su señoría.

El Sr. Rubio: Puede su señoría hacerlo.

El Sr. Rodriguez: Mi objeto es deshacer inmediatamente dos equivocaciones en que incurre el Sr. Rubio. La primera consiste en suponer que aquí se ha dicho que los proteccionistas han venido con el fin de destruir esta Sociedad haciendo imposibles sus reuniones públicas. Eso no es exacto. Yo he dicho que al oír el discurso pronunciado por el Sr. Morquecho podría haber quien creyera que traíais tal intención, y dejando esa intención á salvo, repito que vuestra conducta y vuestros discursos pueden tener, sin que lo queráis, ese resultado, y por eso he protestado y protesto de nuevo enérgicamente contra el empeño que manifestais en discutir cuestiones que ninguna relación guardan con lo que se discute; cuestiones para las cuales no habeis sido invitados, cuestiones que tienen un carácter político y que nos están espresamente vedadas por la autoridad pública al concedernos permiso para esta reunión. Esto no es poner obstáculos, si de buena fe queréis discutir con nosotros; por el contrario, es facilitar la discusión, que será imposible, si os empeñáis en no respetar el tema sometido al debate. Y es bien extraño que os quejéis de que no se os deja hablar, despues del disenso del Sr. Morquecho. La segunda equivocación consiste en suponer que aquí se ha tratado otras veces la cuestión de la naturaleza y atribuciones generales del Estado. Eso no es cierto tampoco. Nunca se ha discutido aquí esa cuestión, porque está fuera del objeto de esta Sociedad, pero aunque se hubiese tratado no sería una razón para tratarla hoy, porque no nos hemos reunido para eso. El tema sometido al debate es el examen de las consecuencias del tratado de comercio celebrado entre Francia é Inglaterra.

El Sr. Rubio: He oído las esplicaciones del Sr. Rodriguez, y á fe que extraño mucho su indicación, pues nunca entró en mi mente la idea de ocuparme de materias políticas, que me consta se hallan prohibidas en este lugar. El Sr. Rodriguez sabe muy bien que la teoría del Estado puede ser espuesta bajo diferentes aspectos en sus relaciones con el individuo, que el Estado ejerce ó puede ejercer funciones políticas, económicas y sociales, y yo pienso solo ocuparme, aunque por brevísimos instantes, del Estado bajo su aspecto económico y social, y muy especialmente en cuanto se relaciona con el tratado de comercio del vecino imperio.

El Sr. Presidente: Sr. Rubio; suplico á V. S. que se concrete al tema.

El Sr. Rubio: Supuesto que la palabra Estado es para el señor presidente una palabra peligrosa vedada en este recinto, yo voy á procurar sustituirla con otra que no ofrece tantos inconvenientes y usaré de la palabra administración ó gobierno para acallar los escrúpulos de su señoría.

Decía, señores, antes, que la fórmula sacramental de mis teorías era el Estado (se me había olvidado la prohibición del señor presidente, diré el gobierno) interviniendo, armonizando, regulando los intereses muchas veces opuestos y la aspiración ilegítima de los individuos, porque, señores, cuando uno es mas fuerte que yo y abusando de su superioridad pretende limitar mi derecho, ¿no necesito recurrir á la fuerza pública que me proteja contra semejantes desmanes? Claro está que sí, y esta fuerza es el Estado, digo, el gobierno. (Murmillos.)

El Sr. Presidente: Sr. Rubio, yo no puedo permitir que su señoría continúe de esa

manera. Apelo á la prudencia y al buen juicio de su señoría.

Varios señores: Que se lea el tema. Un señor Secretario lee el tema que dice: «Esta Asociación celebrará, con el permiso de la autoridad, una reunion general el domingo 20 de mayo á la una de la tarde en el local de la Bolsa de Madrid, para examinar las consecuencias que tendrá para España el tratado de comercio celebrado entre Francia é Inglaterra, y discutir las razones que de este exámen puedan deducirse en favor de una reforma liberal de nuestros aranceles de Aduanas.»

«La Asociación invita á tomar parte en el debate á todas las personas que puedan ilustrar el asunto con sus conocimientos.—El Secretario general.—Gabriel Rodriguez.»

El Sr. Rubio: Voy á complacer al señor presidente entrando de lleno en la cuestión del tratado y huyendo de la nefanda palabra que hasta ahora no he usado sino con relación á la economía política, pero ruegole encañecidamente á su señoría que me permita decir dos palabras antes sobre la mentirosa fórmula del individualismo, reducida al célebre *Laissez Faire* que en su diccionario quiere decir libertad. Yo, señores, que soy muy liberal en política, yo, que he militado siempre en las filas mas avanzadas de los partidos liberales.... (Fuentes murmullos.—Varias voces:—Basta, basta. El señor presidente ajita la campanilla: Algunas voces:—No nos importan las opiniones de V.

El Sr. Rubio: A mi me importa mucho consignarlas, porque se concluya de una vez de suponernos amigos de las restricciones, para que se sepa que los que admitimos la fórmula que proclama el Círculo económico español; somos los únicos que defendemos de veras la libertad en todas sus múltiples manifestaciones, porque la libertad no es mas de una, y esta consiste en el poder (obsérvese que no me contento con decir derecho) que todo hombre tiene de ejercer como mejor le parezca todas sus facultades, y satisfacer todas sus necesidades sin otra limitación que el respeto de los derechos de los demás con arreglo á los principios de justicia sancionados por la misma naturaleza ó por la ley escrita. (Murmillos.)

El Sr. Presidente: Señor Rubio, suplico á V. S. de nuevo...

El Sr. Rubio: Conozco la impaciencia del señor presidente, y voy á ocuparme del tratado francés. Ya indiqué antes que en materias arancelarias estoy muy cerca de los individualistas, porque creo que hay otros mil medios mejores y mas eficaces que el arancel para proteger los intereses nacionales; pero esto no obsta para que no mire yo con mucho respeto cualquiera reforma que se intente liberalizando el arancel. Yo os entregaría con gusto ese tan temido libro si vosotros me concedierais á la vez otros medios de protección que puede poner en planta el gobierno para alentar y vivificar las industrias.

Si examinamos el tratado de comercio francés que tantas alabanzas os ha merecido, encontraremos que su espíritu está calcado precisamente en los grandes principios de nuestra escuela. El Emperador Napoleon ha rebajado algunos artículos del arancel, es verdad, y creo yo que ha obrado perfectamente; ¿pero sabeis con qué condiciones? ¿conoceis las circunstancias de aquel pueblo? Pues yo sé deciros que mientras el soberano de la Francia cerecena á ciertas industrias especialmente agrícolas alguna parte de sus habituales ganancias con mano pródiga, las reintegraba con otra ejerciendo su elevada misión protectora en la verdadera acepción de la palabra. Todos sabeis los grandes trabajos de utilidad pública que se están emprendiendo en la Francia, todos conocéis las cuantiosas sumas consagradas á las mejoras

agricolas, entre las cuales figuran la rotación de los terrenos comunes de los pueblos, la apertura de caminos vecinales, el saneamiento de los terrenos por medio de bien combinados canales, la repoblación de los montes descuajados en su mayor parte por vosotros ó por vuestra escuela, y bien fácil es comprender que si á un labrador se le rebaja un real de la ganancia de la venta de su vino, y por ejemplo le devuelven dos en caninos, en mejoras sanitarias, en el aumento de leña, en crédito, etc., etc., todavía saldrá ganancioso. Por esta misma razón, cuando vea yo que mi país se encuentra en condiciones análogas á las del vecino imperio, cuando vea que se establece el crédito agrícola, que se multiplican los medios de comunicación interior, que se comandita, en fin, por el gobierno á todas aquellas industrias que necesitan su auxilio, cuando esos 450 millones con que anualmente contribuye hoy la agricultura al sostenimiento de la administración, se le devuelvan con creces si es necesario, como los buenos principios de la economía política lo aconsejan, entonces un tratado caleado en el espíritu protector del de la Francia, será en mi concepto una gran conquista para la prosperidad nacional. Que el Estado sea verdaderamente protector de los derechos de todos los españoles, y entonces qué importa que se abran de par en par las puertas de la nación á los productos extranjeros; pero en España, en que desgraciadamente nada de esto se practica..... (Murmullos.)

El Sr. Rubio: Supuesto que no queréis discutir aun despues de haber limitado mi discurso al examen del tratado de comercio que se discute, concluyo diciéndoos que mas amante yo que vosotros de la libre discusión, y deseando que se deslinden perfectamente los principios de las dos escuelas económicas para que el público juzgue de parte de cuál está la verdad, voy á presentar una proposición en la primera reunion que celebre el Circulo, pidiendo que se abra una amplia discusión sobre la teoría del Estado y del individuo; y si el Circulo acepta mi idea, os dejo emplazados para la lucha. (El Sr. Rodriguez: Aceptamos el reto.—Muchos señores: Si, si, allá iremos.) en la inteligencia que no me asusta ese socio llamado policia con que queréis achicar la discusión, porque si el Circulo muriese, lo que no espero, sosteniendo los principios que le son tan queridos, moriria con honra prestando un eminente servicio al país, y entonces yo confio que renaceria despues con mas prestigio y vigor. He dicho. (Fuertes murmullos y gran agitacion.)

Los Sres Sanromá, Canalejas, Alzugaray, Rodriguez (D. Gabriel) y Rodriguez San Pedro piden la palabra.

El señor presidente reclama el orden y concede la palabra al Sr. Alcalá Galiano.

El Sr. Alcalá Galiano: Señores: voy á decir algunas palabras, muy pocas, no las que pensaba haber pronunciado cuando la pedi para contestar á una frase del Sr. Morquecho; su señoría ha anunciado que tiene que ajustar conmigo cuentas antiguas; y como yo, por desgracia, tengo pocas cuentas que ajustar en este mundo, he olvidado esa pendiente á que se refiere su señoría, de quien poco he sabido hasta ahora. Por lo tanto, no puedo entrar en ese debate. Me levanto únicamente para contestar al Sr. Rubio, á quien he oido enlazar la cuestion de libertad de comercio con la de la que tienen los hombres de diversas opiniones políticas, para pensar como gusten sobre puntos que no son de libertad de comercio; haciendo ver que este es un terreno abierto á todos, así á los que buscan el progreso por la autoridad, como á los que quieren alcanzarlo por medio de la opinion pública, que formentada y bien dirigida acaba siempre, señores, y en todas las materias,

por dominar completamente á la autoridad. (Aprobacion.)

Señores: se nos ha dicho que cantamos victoria por el tratado de comercio entre Inglaterra y Francia; sí, hasta cierto punto cantamos victoria; hasta cierto punto nos alegramos, como aquel, que ve una deuda antigua, y que desea cobrar, en manos de un deudor moroso, le debe agradecer que le dé alguna cantidad, cuando él ya no esperaba obtener nada; no renunciamos á cobrar la totalidad de la deuda, pero no somos impacientes y aguardamos sin disgusto á que por uno ó por otro medio, y si hoy, mañana, nos vayan satisfaciendo una deuda, á cuyo completo pago aspiramos. Y he aquí una contradicción de nuestros contrarios. Todos los días nos están diciendo, en calidad de reproche: ¿qué teorías tan bellas! ¿qué encantadoras imágenes presentan los libre-cambistas! Pero cuando se llega á la realidad, esta dista grandemente de esas ideas tan hermosas; hombres imprudentemente radicales en economías políticas, ¿queréis trastornar la sociedad de nuevo? ¡Ah! no, todo lo contrario; queremos, si, cobrar nuestra deuda, pero ya lo he dicho, no de repente, no en su totalidad, sino poco á poco, sin quebranto para el deudor, sin peligro para la sociedad; por esto nos resignamos con lo que hoy se nos da y dejamos para otra vez lo restante. (Aplausos.)

Para nosotros, lo mas importante es que la deuda haya sido reconocida. Este es el punto de vista bajo el cual consideramos la cuestion los que profesamos los principios del libre-cambio, principios que yo por mi edad ya no veré realizados, pero cuyo triunfo de seguro celebrarán mis hijos, contentándose yo, cual otro Moisés, con ver desde las lejanas alturas la tierra de promision. (Aplausos.) Si, esos principios trinnfarán; pero no somos tan insensatos que aventuraremos su resultado por nuestra impaciencia. Por esto cantamos el tratado de comercio entre Francia é Inglaterra; sabemos, señores, que ese tratado no es la completa adopción de nuestras ideas, que no establece la libertad de comercio; pero dá hácia ella un paso; no pido yo ahora para mi país lo que el Emperador de los franceses acaba de dar á Francia; eso y mas ha de establecerse en España, y no por la voluntad de un hombre, sino por otra mas alta y mas trascendental, por la voluntad de la opinion pública, que nos ha de dar la mas completa victoria. (Aplausos.)

Pero, señores; se nos ha echado en cara que usamos mucho las galas de la diccion. Es verdad; hay materias que sin poderlo el hombre remediar, parece que llevan consigo las galas de la elocuencia; muchos de los discursos pronunciados han tenido formas hermosas; pero, ¿por qué desconfiar de ellas? ¡Habremos de parecernos á las mujeres feas, que cuando ven una bella se complacen en suponerla malas cualidades ocultas de que ellas carecen, con el fin de desprestigiar el valor de sus encantos, y disimular su rabia y su derrota? Y nótese que esas feas alguna que otra vez, observando lo que ha brillado en las bonitas, comprenden que lo bello siempre es bueno, y suelen arrebolarse para parecer menos feas; pues entre los discursos que aquí hemos oido con gusto; entre esos discursos que para algunos tienen el mérito de la aridez, porque suponen que la aridez es la fuerza de la solidez, así como la solidez es la fuerza del raciocinio, entre esos discursos ha habido alguna que otra tentativa al floreo, á la alegoría, á la brillantez de las formas, que es preciso confesar ha sido poco afortunada. (Aplausos prolongados.)

Por último, ¿qué sacaremos de esta reunion? Una cosa muy clara. Tres personas se han presentado con la idea de combatir la libertad... (Varios señores piden la palabra.) Señores, tres personas han hablado, son mu-

chos los que tienen pedida la palabra, pero solamente tres han usado de ella, y esos lo han hecho para combatir las doctrinas que aquí predominan. Uno ha tratado una cuestion muy importante, sin duda, pero ajena al objeto de la discusión y de nuestras reuniones; otro ha pronunciado palabras alarmantes y acaloradas, pero poco oportunas; y en cuanto al que ha sido mas concreto, en cuanto á este señor proteccionista que me ha recordado una cuenta pendiente que yo ciertamente tenia y tengo olvidada, no ha hecho mas que sostener su bandera con razones mil veces dichas, y no diré, por cortesía, mil veces refutadas; habiendo la particularidad de que ha razonado como pudiera haberlo hecho en un gabinete, emitiendo doctrinas no siempre acordes, de varias escuelas, y valiéndose de las antiguas doctrinas de la balanza mercantil; pues diga su señoría lo que quiera, el sistema de cálculos basados sobre la importación y exportación de las naciones, será siempre sistema balancista. En fin, señores, lo que debe sacarse de esta reunion es la demostración de que el libre-cambio va obteniendo ventajas; pues ya, y desde luego se discute; enhorabuena caute cada partido victoria; enhorabuena nadie se confiese vencido; nosotros, por nuestra parte, creemos que nuestras ideas, que los principios que sostenemos han alcanzado grandes ventajas en Francia; que el día de un completo é indisputable desmoronamiento se aproxima para la proteccion; pero mientras tanto sostenga cada uno sus ideas con entusiasmo, pues al cabo será la victoria de aquel que hubiere luchado con mas ardor en defensa de los principios mas convenientes. He dicho. (Aplausos prolongados.)

El Sr. Presidente: El Sr. Morales y Gomez; puede hacer uso de la palabra.

El Sr. Morales y Gomez: Señores, siento en el alma tener que molestar vuestra atencion, aunque solo sea por breves momentos, porque conozco cuán fatigados se encuentran los ánimos despues de cuatro horas de discusión; y no se me oculta la dificultad con que teneis que prestaros á escuchar mi desautorizada voz, cuando todavia resuena en vuestros oidos la siempre jóven y elocuente del Sr. Alcalá Galiano. Pero como no ha bastado para dar á conocer suficientemente el carácter con que se presentaban en este sitio los proteccionistas, la lectura de la atenta invitación dirigida por esta Asociacion al Circulo económico español, y la no menos atenta contestación dada por el señor presidente del mismo, que habeis oido de boca del señor secretario al principiar la sesion, antes bien el Sr. Moret y Prendergast ha supuesto en su discurso que el Circulo estaba representado oficialmente; como las indicaciones de otros señores hayan dado á nuestra presencia en la lucha una significación que no tiene; como se ha dicho por el señor Rodriguez que veniamos con un plan combinado anteriormente; como las palabras del Sr. Rubio que habeis recogido con aplauso os hayan hecho formar una esperanza que creo no podreis ver realizada; y como, por último, señores, el debate ha tomado un carácter poco grato para todos, me veo obligado á dar algunas explicaciones que creo indispensables, procurando dejar bien deslindada la respectiva posición de dos escuelas opuestas en principios, contestando al mismo tiempo á las reiteradas acusaciones que se han dirigido á los proteccionistas, por no haber tomado parte en estas discusiones defendiendo su sistema, y al Circulo económico español por la forma que da á sus trabajos. (Bien, bien.)

Debo principiar repitiendo, con las indicadas comunicaciones, que el Circulo económico español no se halla representado en este sitio, y mas aun, que creo no lo estará en lo sucesivo, si he de juzgar por las opiniones emitidas en la comision, á que tuve la honra

de pertenecer, encargada de redactar la invitación que aquella Sociedad dirigió á sus cooperadores, y porque obrando de otra suerte, quedaría desnaturalizado el principal objeto que nos proponemos realizar, y el verdadero carácter que deben tener esta clase de asociaciones. Por lo tanto, todo cuanto aquí se ha dicho, únicamente puede afectar á las personalidades; solo sobre ellas recae la responsabilidad, de ningún modo sobre una escuela, y mucho menos aun sobre una Sociedad, que, repito otra vez, no se halla representada.

Si algunos señores han creído conveniente venir á defender las doctrinas proteccionistas, lo han hecho por cuenta propia, y no solo no han traído planes combinados con determinado objeto, mucho menos con el que el Sr. Rodríguez en un momento de acaloramiento ha supuesto dando despues satisfactorias explicaciones, sino es que ni aun les constaba quiénes iban á tomar parte en la discusión.

No insistiré mas sobre este punto, y al hacerme cargo de los otros que dejo indicados, permitidme que os diga que no veo una gran utilidad en que vuestros deseos se realicen, viniendo los proteccionistas á tratar las cuestiones que se agitan en este sitio, y que se ha explicado su ausencia de una manera poco modesta; que las acusaciones dirigidas al *Círculo económico español*, donde figuran respetabilísimos nombres, han sido un poco ligeras, y el objeto que se propone dicha Sociedad lastimosamente comprendido.

Al decirlos que no veo un resultado beneficioso con la asistencia de los proteccionistas á vuestras sesiones, no vayais á creer que soy enemigo de la discusión, no; lo amo tanto como el primero, porque en ella, puestas en noble competencia las opiniones individuales, y despojándose mutuamente de los errores, de las preocupaciones, resulta pura y bella la verdad, y poco importa que esta no sea proclamada, porque al fin, no hay ninguno tan apasionado y ciego que no acierte á descubrirla, no hay ninguno que no la sienta agitarse dentro de su conciencia (*Aplausos.*)

No condeno por lo tanto vuestras reuniones, y creo al contrario muy conveniente que os asociéis para realizar vuestros principios, que procureis uniformar vuestros esfuerzos; mas para esto, ¿es precisa la asistencia de vuestros adversarios? ¿Es conveniente? Consultad el objeto de la asociación, la forma de vuestras sesiones; consultad el carácter de todas las sociedades particulares.

Yo no sé si habré acertado á comprender uno y otro; pero si lo he conseguido, si la asociación para la reforma de aranceles se propone realizar la idea libre-cambista resolviendo en este sentido las cuestiones que se vayan presentando, si estas reuniones tienen por objeto discutir aquellas y elegir los medios mas adecuados para plantearlas con arreglo al libre-cambio, influyendo en el gobierno por medio de exposiciones, y en la opinion pública por medio de la publicidad, ¿no comprendéis que sería un obstáculo invencible veros detenidos en vuestra obra por numerosos adversarios? Porque forzoso será que en las deliberaciones, puesto que les dais voz, les deis tambien voto, como á todos y cada uno de los socios, y entonces la ley de la mayoría pesará sobre vuestros acuerdos, ó de no hacerlo así, será decirles: venid á dar razones, y nosotros seremos jueces. Aquí se han traído exposiciones sobre la importación de cereales, se han discutido, y es indudable que si hubiesen tomado parte un gran número de proteccionistas, el medio propuesto hubiera quedado por tierra, y con él uno de los principales objetos de la Asociación.

Quiero suponer por un momento que no

llame preferentemente vuestra atención el resultado de estos acuerdos, y que el móvil verdadero sea el triunfo de los principios que constituyen el sistema del libre-cambio sobre los del sistema proteccionista. ¿Creéis que la suerte de dos escuelas puede encerrarse dentro de este recinto, y empeñada la lucha entre los partidarios de uno y otro bando, librarse la batalla definitiva que concluya con uno ú otro sistema? Imposible. Las ideas viven y luchan en mil campos á la vez, y de poco serviría que estos ó los otros apareciesen vencidos para que se declarase la escuela derrotada, porque semejante á la Hidra de las siete cabezas, renacería en mil puntos lo que en uno se creía estirpado; y aun prescindiendo de que nadie se atrevería á llamarse representante legítimo de un sistema, y aun logrando reunir los que con mas razón pueden ser tenidos como tales por sus escritos, por sus talentos, lo cual es irrealizable, las cinco ó seis reuniones que celebráis al año y la corta duración de ellas, que hace aparezcan pesados discursos como el del Sr. Morquecho, apoyados en numerosos datos, harían infructuosa vuestra tarea.

Estas consideraciones me explican la ausencia de los proteccionistas, que habeis atribuido á otras causas que ya no quiero nombrar siquiera, sin tener en cuenta que se agrupan bajo esa bandera grandes eminencias que pueden muy bien disputaros el don de haber hallado la verdad en economía política, y defender su sistema con la elocuencia que tienen acreditada en momentos solemnes.

Fácilmente se comprenderá ya, por cuanto dejo dicho, el objeto tan beneficioso cuanto digno, que se propone realizar el *Círculo económico español*, y la forma que dará á sus trabajos. Voy á demostrarlo en breves palabras, pasando por alto las calificaciones que ha merecido por parte de algunos señores pertenecientes á la asociación, manifestando de este modo el amor que profeso á la discusión, y el odio á cuanto pueda convertirse en su daño.

El *Círculo económico español* tiene por objeto dilucidar las cuestiones económicas que afecten al presente y porvenir de la nación, bajo el principio de una protección razonada y justa, difundiendo sus doctrinas, y adoptando por medio de acuerdos las resoluciones que juzgue convenientes para hacer valer su ventajoso sistema ante la opinion y ante el poder legislativo.

En sus reuniones no podrán tomar parte mas que los socios, los cuales adoptarán por mayoría de votos las reformas que consideren oportunas, á medida que las necesidades de los pueblos en materias económicas tengan que traducirse en leyes nuevas. De manera que la discusión lo será todo, presentando ancho campo para ella, las mayores ó menores restricciones, las reformas mas ó menos liberales que caben dentro del sistema protector.

Ahora bien; comparad vuestra asociación, donde si tratáis de encerrar la suerte de las dos escuelas libre-cambista y proteccionista, pretendéis una quimera; donde si tratáis de uniformar vuestros esfuerzos tomando acuerdos, concedéis á vuestros adversarios un fácil medio de impedirlos, puesto que al darles voz no podeis negarles voto, á no ser que, como os he dicho, los llameis para que os combatan, reservándoos el derecho de fallar; comparad, os digo, vuestra asociación con el *Círculo económico* que uniformalos esfuerzos de sus individuos, busca los medios de aplicar el salvador influjo de su sistema en razonadas y uniformes discusiones, decide sobre su manera de obrar por mayoría de sus socios, y deja la lucha de principios para mas adecuado terreno, y decidme quién ha interpretado con mas acierto el verdadero objeto de estas sociedades particulares, á las

cuales se lleva ya hecha profesion de un determinado sistema que se trata de aplicar con acierto, dejando que luchen noblemente los opuestos ante los dos únicos jueces que legalmente pueden reconocerse: la opinion y el legislador; ante la opinion con el libro, el folleto, la prensa; ante el legislador con razonadas peticiones, con proyectos de ley que algunos de vuestros partidarios como algunos de los nuestros, tienen derecho y ocasion de proponer.

En apoyo de estos asertos vienen cuantas sociedades se han formado con la mira de conseguir el triunfo de un principio que va siempre escrito en su frente, y que sería inútil empeño tratar que desapareciese ni un solo momento. Como vosotros «libre cambio» y el *Círculo «proteccion»*, tenían los jacobinos en Francia, cuando se agitaba la revolución que conmovió al mundo todo, inscrito en la frente de su sociedad política, un determinado principio que se proponían realizar, y lejos de admitir discusión sobre este principio, impedían que tomaran parte en sus sesiones los que no pertenecían á la sociedad, y no admitían en ella á los que no profesaban su sistema, excluyendo á muchos que por su conducta se hacían sospechosos; despues de sujetarlos á las purificaciones de que no se vieron exentos ni el célebre Danton, ni Camilo Desmoulins. Pensaban con razon que siendo uno de los medios mas frecuentes para lograr su objeto las peticiones, y decidiéndose por votación si habian de ser llevadas á la asamblea, fácilmente podrian destruir estos medios, y cuantos se juzgase necesario emplear, aquellos á quienes perjudicaban, dándoles parte en sus deliberaciones. Trataban, por ejemplo, de que se presentase á la asamblea una peticion sobre los empleados aristócratas, que el gobierno habia respetado por sus especiales conocimientos, y que segun los asociados, trabajaban para echar abajo el principio revolucionario, sirviendo á la causa de la reaccion; discutiase el medio propuesto, se votaba; ahora bien: si hubiesen admitido en la discusión á los que llamaban reaccionarios, ¿no era probable que la peticion hubiese quedado ahogada? Y si esta suerte esperaba á todas las demas resoluciones, ¿para qué agruparse bajo una bandera, para qué tratar de uniformar los esfuerzos?

Hé aquí la razon que tiene el *Círculo* para no admitir en sus discusiones mas que á los socios.

Creo haberos dado las explicaciones necesarias para que mutuamente nos conozcamos y quede cada cual tranquilo en su puesto; y hubiera deseado que estas explicaciones fueran hechas al principiar la sesion, para evitar el giro que esta ha tomado últimamente.

Os doy gracias por la benevolencia con que las habeis escuchado á pesar de que en ellas os he dirigido algunos cargos como medio necesario de defensa, y concluiré haciéndoos una súplica. Cesen, señores, de una vez para siempre esas continuas acusaciones que no dicen bien entre hombres dedicados con tan plausible estímulo á buscar la verdad, y á contribuir con sus estudios á la prosperidad y bienestar de la patria, pues aunque por distintos caminos, todos buscamos el mismo fin.

Celebre sus brillantes reuniones la asociación, que si yo no veo en ellas el resultado que otros esperan, no por eso, vuelvo á repetirlo, llego hasta condenarlas; no; los respetables nombres que figuran á su frente, á los que me complazco en rendir el debido homenaje, me lo impedirían siempre; y entre aquellos dos opuestos extremos caben tan lucidos torneos, donde justan guerreros cuyos blasones forman el orgullo de la nación que los cuenta entre sus hijos, y apuestos donde, que demuestran ya por su notable brio y amor á la gloria, cuantas conquistas

esperar a nuestra España, en un terreno donde nunca se vió vencida, y al que siempre iremos con la ventaja de una lengua rica y sonora, y de una meridional imaginación. ¡Ojalá que yo también pudiese tomar parte en vuestros combates! Mis escasas fuerzas me lo impiden, y si alguna vez me arrojo á ello, será confiado en la bondad que hoy me mostráis tan grande, y teniendo en cuenta que hay derrotas que no mortifican por las altas dotes del vencedor. (Aplausos.)

El Sr. Presidente: El Sr. Moret tiene la palabra para rectificar.

El Sr. Moret: Señores: unas breves palabras para contestar á las del Sr. Morales. Ya lo habeis oido; el *Círculo económico* es semejante á nuestra asociacion; como ella, tiende á propagar y á defender una idea; pero en vez de hacerlo como vosotros, ante el público, por medio de la discusion, retando á los adversarios de la doctrina que sustentamos y convirtiéndolo á la nacion en juez, el *Círculo económico*, cree necesario para su obra retirarse un poco de ese terreno en que pueden apreciarse sus fuerzas porque todo el mundo las ve, y todo lo mas á que aspira es á predicar su idea por el libro, el periódico, el folleto, medios todos de valor indudablemente, pero que no pueden compararse á la fuerza de la palabra. Asi, pues, el público puede juzgar; en la defensa de nuestros principios ambos emplearemos el folleto, el libro,

el periódico, pero mientras el *Círculo económico* se defenderá en este punto, la asociacion seguirá adelante y abrirá la discusion pública, á fin de que ese don precioso de la palabra que da vida y voz á las ideas que el pensamiento engendra, haga patente nuestra convicción, nuestra energia, la fuerza de nuestros principios, sin preparacion, sin arte, como cabe en la obra meditada; y á esta convicción, á esta prueba es á la que renuncia el *Círculo*, y como no lo atribuireis nunca á la falta de oradores, puesto que el Sr. Morales solo bastaría para borrar esa idea, os será preciso pensar que el *Círculo económico*, como todas las asociaciones proteccionistas de Europa, se ve en la necesidad de retirarse de la discusion, porque se siente sin fuerzas para ella. (Aplausos.)

Peró me resta aun otra cosa que decir á nuestros dignos adversarios. Es la primera vez que nos honran con su presencia, y sin embargo la sesion ha estado algo lejos de representar el aspecto que yo esperaba; mas bien que la discusion de un principio científico, parece que nos reúne el deseo de luchar como antiguos rivales. Y esto, señores, no debe esperarse de vosotros: esto sería concluir con nuestras reuniones públicas, acabar con este elemento de discusion, y vosotros, sin embargo, protestais que amais la discusion. Pues bien, si esto es cierto, mostrádnoslo; yo, en nombre de la asociacion,

os invito á continuar estas tareas. No demos el triste ejemplo de hacer inútiles nuestros esfuerzos: no dejemos, como en un campo de batalla, sembrado el suelo de trofeos, y ostentando solo los restos de los combatientes sin que se escuche una voz que cante el triunfo de una idea, que proclame la victoria de un principio. Salvemos una vez siquiera ese obstáculo de la política, que tantas grandes ideas ha esterilizado en España. Tal vez esto exigirá algunos sacrificios; no importa, así tendrá mas mérito nuestra obra. Pensemos, pues, en nuestra patria, y ante ese nombre, que basta á inflamar todos los corazones, y á entusiasmar todos los ánimos, dejando á un lado nuestros sentimientos personales, luchemos por el triunfo de nuestras ideas; prodiguemos nuestras doctrinas para que nuestra patria elija la mas digna, y así los que nos sucedan podrán decir de nosotros. Sino pudieron ser grandes por sus hechos, lo fueron por sus deseos.—He dicho. (Prolongados aplausos.)

El Sr. Presidente: Atendiendo á lo avanzado de la hora, se levanta la sesion.

Eran las seis menos cuarto.

MADRID.—1860.

EDITOR RESPONSABLE, D. J. G. DE BARREDA.

Imprenta de los Sres. Arcas y Montoya, calle del Barco, 25, bajo.

SUPLEMENTO AL NUMERO 55 DE EL ECO DE LA LEY Y LA ESPAÑA JURIDICA.

(AÑO III.)

ASOCIACION PARA LA REFORMA DE LOS ARANCELES DE ADUANAS.

(AÑO SEGUNDO.)

Segunda sesion pública celebrada el día 20 de enero de 1861.

PRESIDENCIA DEL ESCELENTISIMO SEÑOR DON LUIS MARIA PASTOR.

Asunto de que se ocupó la Sociedad. — Principios económicos en que se apoya el sistema llamado protector.

Abierta á la una y media, dijo

El Sr. Presidente: Señores, en la última sesion que la Asociación celebró en este sitio, se acordó elevar al Congreso de los diputados una exposicion solicitando la reforma de los aranceles de Aduanas en el sentido que consideramos mas beneficioso á los intereses públicos. Aprobada la exposicion y firmada por un gran número de individuos, fue presentada al Congreso, como todos habrán tenido ocasion de leer en los periódicos.

Recordarán muchos de los señores concurrentes que al terminarse la discusion sobre aquel punto concreto, pidieron algunos individuos la palabra, y que al usarla uno de ellos, se elevó á consideraciones generales acerca del criterio con arreglo al que debia resolverse el tema que se debatia. Entonces, á instancia de uno de los miembros de la Asociación, siendo la hora muy avanzada y no permitiendo el objeto especial de la reunion que se promoviese un debate general sobre puntos no señalados en el programa, me vi en la precision de interrumpir al orador en el uso de la palabra. Pero á fin de que la cuestion de principios, entonces suscitada, pudiera dilucidarse ampliamente, acordó la junta directiva en el acto que en la próxima reunion, que hoy se verifica, nos dedicáramos á tratar de ella.

Así pues, hoy vamos á ventilar el punto de partida de las dos escuelas económicas que se disputan el triunfo en la esfera de los principios, la libre-cambista, y la proteccionista. La primera cree que la manera mejor de desarrollar la riqueza pública consiste en dejar al interés particular y á las leyes naturales el cuidado de seguir el camino que guía á ese fin. La segunda cree que se llega mejor á tan importante objeto por medio de restricciones y de la intervencion del Estado. Este es, por tanto, el punto culminante que separa á las dos escuelas; y á fin de dilucidarlo con toda amplitud, se ha redactado el tema de un modo perfectamente claro y concreto, que es el siguiente:

Las doctrinas de la Escuela proteccionista están en armonia con las leyes económicas que rigen el fenómeno de la produccion, ó bien ocasionan verdaderas perturbaciones en el orden natural de las sociedades?

Y por lo tanto:

¿Contribuye el sistema protector al desarrollo de la riqueza pública, ó bien ocasiona una pérdida real y efectiva á las naciones?

Escusado es decir en qué sentido resuelve el problema cada una de las dos espresadas escuelas. Debo, sin embargo, advertir para el buen orden de la discusion, que sobre la materia del debate hay una cuestion mas elevada. La escuela libre-cambista cree que no solo no es conveniente, sino que es injusta la intervencion del Estado en el ejercicio de los derechos individuales, porque su poder no alcanza hasta restringirlos: por el contrario, las escuelas proteccionista y socialista sostienen que el Estado no solo debe dirigir, sino tambien restringir el derecho particular. Pero como esta cuestion se halla fuera de nuestro alcance, como seria peligroso tratarla en este sitio y espuesto á invadir el terreno de la política que nos está vedado, considero oportuno anticipar ahora que nosotros concedemos, por via de hipótesis, para que pueda tratarse la cuestion ampliamente en el terreno puramente económico, que el Estado tiene aquel derecho. Por consiguiente, el debate ha de versar sobre si es ó no conveniente que el Estado use de la facultad de dirigir y restringir la accion individual, dado que sea justa esta intervencion. Nosotros creemos que no es conveniente, antes bien perjudicial, aun suponiendo que el Estado deba ejercerla. Hago esta advertencia, para que los

señores que combatan nuestras doctrinas no tengan necesidad de entrar en una cuestion que seria peligrosa, y que es desde luego inútil, toda vez que hacemos semejante concesion para evitarlo.

Me permitiré otra recomendacion. Habiendo en este recinto bastantes oradores que desearian tomar parte en la contienda, suplico á todos que se limiten en sus discursos para que haya la debida proporcion entre el ataque y la defensa, y para que podamos oir á cuantos gusten hablar. Creo que en un discurso de media hora ó de tres cuartos de hora hay espacio bastante para sostener una tesis; y por consiguiente recomiendo á los que hablen que se limiten lo posible para que todos puedan traer al debate sus opiniones y se pueda decidir con mayor facilidad el tema puesto á discusion.

El Sr. Echegaray tiene la palabra.

El Sr. Echegaray: Señores: Inútil es que yo os diga cuánta importancia tiene la cuestion que hoy vamos á discutir. No se trata ya de tal ó cual problema práctico; no hemos de ocuparnos ni hemos de hablar de hierros, de algodones, de la maquinaria ó del papel: se trata de la cuestion, por decirlo así, madre; de la altísima cuestion de principios. Está por una parte, segun nosotros, la libertad comercial fundada en la economía política, ciencia de todos los países y de todos los siglos; por otra parte el sistema protector, sistema empirico que no tiene, á nuestro juicio, base alguna estable y valedera. Está de un lado, á juicio de nuestros dignísimos adversarios, el sistema protector, único sistema con el cual pueden llegar nuestras industrias á ese grado de prosperidad y engrandecimiento á que todos deseamos que lleguen; está del otro lado el libre cambio, que es para ellos una verdadera utopia, una ilusion funestísima, una funestísima mentira. Se hallan, pues, frente á frente bandera contra bandera, y doctrina contra doctrina, la proteccion y el libre cambio. Y ya que de tan importante punto vamos á ocuparnos; ya que todos los que aquí estamos reunidos, lo mismo los proteccionistas que los libre-cambistas, venimos animados del mismo buen deseo, tenemos el mismo afán para buscar la verdad, tenemos el mismo entusiasmo por lo que como bueno y justo defendemos; ya que igualmente puros son los móviles que á discutir sobre esta materia nos impulsan, procuremos discutir tranquila y desapasionadamente con calma, con templanza, y como buenos amigos. Y pues soy el que tiene la honra de iniciar el debate, y soy tambien, lo diré francamente, uno de los que mas necesitan esta recomendacion, porque á veces mi modo de decir me lleva, á pesar mio, á la ironía, yo prometo ser hoy templado, prudente y frio: yo haré lo que de mí dependa para que, como antes dije, como buenos amigos discutamos.

¿Y por qué no, señores? Si es cierto que los libre-cambistas hablan á veces de proteccionistas y de fabricantes, y les acusan, y les persiguen, y sobre ellos descargan recios golpes, no es al proteccionista, que al fin y al cabo es un hombre que defiende lo que cree bueno con lealtad y nobleza, á quien se dirigen y á quien acusan; no es tampoco al fabricante, honrado y simpático padre de familia que trabaja y se afana para los suyos, á quien nuestros golpes se dirigen; es tan solo, señores, la idea, la escuela, la doctrina la que combatimos; mas se trata, fuerza es decirlo, de un monopolio y de un monopolio odioso, y como á veces el escritor dramático necesita crear un personaje que represente y simbolice, y dé cuerpo y vida á tal ó cual idea, á tal ó cual pensamiento, á esta ó aquella situacion moral, así tambien nos vemos obligados á veces, no solo por la indole especial de los problemas, sino por las demostraciones mismas que empleamos, nos vemos obligados, repito, á crear ese tipo, ese personaje, eso que se llama fabricante, y ese otro personaje que se

llama proteccionista: el primero, simbolizando el monopolio; el segundo, haciendo el papel de defensor del monopolio; pero ni uno ni otro, podeis creerme, se parece á ninguno de los que personalmente conocemos. Son tipos, y nada mas que tipos.

Hechas, pues, estas advertencias preliminares, entremos en materia, y ante todo recordemos lo que ya nos ha dicho el señor presidente. La cuestion de libertad comercial se halla intimamente enlazada con un problema económico, con un problema de derecho, con un problema de moral, casi pudiéramos decir que con una cuestion política; pero de todos estos problemas, de todas estas cuestiones que son fases diversas de un todo, solo uno podemos discutir; el que hace relacion á la utilidad ó no utilidad del sistema libre-cambista, á la conveniencia ó no conveniencia del sistema protector.

Podrá haber entre nosotros, es decir, entre los libre-cambistas, quien crea que el sistema protector no solo es perjudicial al país, sino que es mas, que es injusto, que vulnera y lastima derechos sagrados del hombre; podrá haber otros que crean lo contrario, que defiendan la existencia de un derecho social superior al derecho que ellos llaman individual; mas sea de esto lo que fuere, y sean cuales fueren las diferencias que entre nosotros sobre este punto puedan existir, es lo cierto que estamos conformes, perfectamente conformes en que el sistema protector es ruinoso, es perjudicial al país, es contrario al orden natural de la sociedad, y que por lo tanto unos y otros lo combatimos: lo que creemos que además de ser perjudicial es injusto, porque es injusto y porque no es conveniente; los partidarios y defensores del derecho social sobre el derecho individual, porque lastima grandemente los intereses del país, y porque, según esto, aunque el Estado tenga derecho para establecer el sistema protector, *no debe usar de este derecho*. Protestando, pues, que no me ocuparé para nada de cuanto á la justicia ó al derecho se refiere, y si solo de lo que haga relacion al aspecto económico del problema, voy á entrar desde luego en materia. ¿Qué es, señores, el libre cambio? Un escritor ingeniosísimo que reúne al ingenio y á la gracia profundidad de pensamientos, ha dicho que el libre cambio es el cambio libre, y difícil es dar una definicion mas exacta con menos palabras.

Y bien, señores, y perdonadme lo vulgar del ejemplo: ¿convenirá al país, ó será, por el contrario, altamente perjudicial á sus intereses, que yo compre con plena libertad un par de botas en la calle de la Montera, ó será mejor que vaya á la Carrera de San Gerónimo? ¿Podré comprar trigo en Marsella, ó habré de ir á Castilla? ¿Podré comprar algodones en Inglaterra, ó será forzoso que los compre en Cataluña? Mas aun, porque los ejemplos que voy á presentar son análogos á los que he presentado: ¿podré traer cantantes extranjeros, ó tendré que contentarme con los que encuentre por las noches en las esquinas de las calles, ó en medio de las plazuelas? ¿Será lícito y honesto estudiar la ciencia que sabios extranjeros enseñen, ó deberé encerrar mis conocimientos en el círculo que los sabios del país me tracen?

La verdad es, señores, que si tales preguntas se hicieran á quien nunca hubiera oído hablar de proteccion ó de libre cambio, á quien ignorara lo que estas palabras significan, y fuera completamente ajeno á estas luchas, la verdad es, repito, que se quedaria lleno de asombro y de admiración, y con tanta boca abierta, sin comprender cómo podian ponerse en duda cosas tan claras, cómo podian tan singulares preguntas hacerse en tono formal, y quizá creyendo que pretendían burlarse de su ignorancia, contestase con un grosero «¡toma! compraré todo eso donde me agrade, donde mejor y mas barato lo vendan.» «Inocente, cien veces inocente, le diria yo: no comprarás todo eso donde te agrade, donde mejor te parezca, donde mejor y mas barato encuentres esos productos, que ya los aranceles te arreglarán las cuentas y te sentarán las costuras.» ¡Ahí es nada comprar las cosas donde se encuentran buenas y baratas! (Risas.)

Y sin embargo, si se dejase que ese hombre continuara marchando por la senda del libre cambio, por donde instintivamente ha comenzado á caminar, por esa senda que á su ruina y á la ruina del país entero conduce, es lo cierto que por ella continuaria marchando tranquilo y satisfecho con la sonrisa en los labios, la tranquilidad en la conciencia, sin que el remordimiento le quitara el apetito ó fantasmas aterradoros vinieran á turbar su sueño de hombre honrado, cuando ese hombre tenia sobre sí un crimen de lesa nacion, cuando era traidor á su patria, cuando era otro segundo conde don Julian, que ya que no á moros, á productores extranjeros, que peores son que moros para algunos, abria traidor y desleal las puertas de su patria. (Risas y aplausos.)

Yo someto esta consideracion á vuestro juicio, aunque de paso, y sin darla gran importancia. Yo creo que si el libre cambio fuera tan malo como se dice, algo sentiria en mi interior, alguna voz de alerta me daria la conciencia, y la verdad es que hasta la fecha no experimento el menor remordimiento por defender como mis débiles fuerzas lo permiten, el libre cambio. Pero este argumento, lo confieso, no tiene gran fuerza, puesto que podrian replicarme los proteccionistas que tampoco ellos tienen remordimiento alguno por ser partidarios del sistema protector, y lo que en último resultado sacamos en limpio es que unos u otros tenemos la conciencia de cal y canto. (Risas.)

Así, pues, el sentido comun es, por decirlo así, libre-cambista, y libre-cambista es todo el mundo, por lo menos cuando trata de comprar; pero esto no basta, dirán los proteccionistas, y tendrán razon: es preciso estudiar mas despacio el problema, porque quizá encontremos bajo el bien aparente, el mal; y al contrario de lo que nos refiere la fábula, tal vez se oculte el leon, el terrible leon, bajo la piel del asno.

Ya sabemos qué es el libre cambio; veamos qué es la restriccion, qué es el sistema protector.

El sistema protector es la negacion del cambio: no es, ciertamente, una negacion total; pero es al menos una negacion parcial. El sistema protector limita el cambio, traza un círculo dentro del cual debe quedar encerrado, y dice y sostiene que si encerrado en estos límites es bueno, puede ser funestísimo cuando, por decirlo así, se le saque de quicio. Por lo tanto, ni los proteccionistas, ni sus teorías, ni aun la realizacion práctica de sus doctrinas hacen otra cosa que mutilar el cambio, que pegarle algun tajo y tal cual cuchillada; pero yo probaré que si no va mas allá la escuela proteccionista, si no destruye el cambio por completo, es porque es inconsecuente, porque no es lógica, porque no apura los principios que sienta hasta sacar de ellos todo lo que de ellos se puede sacar; pero que, ó la lógica no es lógica, ó los principios no son principios, ó el sentido comun está como los ahorcados por los pies, cabeza abajo, ó los principios de la escuela proteccionista conducen lógica, necesaria, fatalmente á la negacion completa y absoluta del cambio.

Suponed, señores, que las Aduanas se derrumban, que los aduaneros como ejército en derrota salen dispersos y fugitivos en todas direcciones, y que las fronteras quedan francas y libres... y no hay que alegrarse, que no pasa todo ello de ser una hipótesis. (Risas y aplausos.) ¿Cuáles serán las consecuencias naturales de esta; por mas que se diga, libertad natural tambien? Que la corriente comercial que antes llegaba á la Aduana y en la Aduana se estrellaba y ante ella retrocedia, saltará ahora por encima de la frontera, y pasará de uno á otro país. Que el comercio se extenderá por todas partes, y el cambio unirá por múltiples y variadas relaciones los habitantes de un pueblo á los habitantes de otro pueblo, que tenderá, por decirlo así, mil hilos indivisibles que, cruzándose en todos sentidos, formarán una vastísima red de relaciones comerciales que cubrirá todos los países civilizados de la tierra. Mas hé aquí que en este punto llega la escuela restrictiva, y frunciendo el entrecejo y mirando colérica de reojo, clama que las cosas no pueden quedar así, que es preciso cortar, hacer pedazos esa red comercial (permitidme que continúe con la imagen). Y yo pregunto, en primer lugar, ¿por qué? en segundo lugar, ¿por dónde? Es decir, por qué es preciso hacer trozos la red comercial, y por dónde es preciso cortarla, de qué tamaño han de ser los pedazos; en una palabra, yo quisiera que los señores proteccionistas nos dijeran por dónde piensan meter su acerada tijera. (Risas.) Yo veo, señores, en el cambio una serie, una progresion; veo, en fin, una continuidad de términos. Veo que principia el cambio por dos hombres, y que en último término cambia la mitad de la humanidad con la otra mitad: pues bien; ¿en qué grado intermedio deberemos detenernos? ¿Cuándo el cambio cesará de ser bueno y comenzará á ser malo? ¿Será cosa que hagamos añicos la red comercial, que destruyamos por completo el cambio? ¿Será cosa que cada hombre viva aislado, sin comercio, ni contacto, ni relacion alguna con los demas? ¿Que solo consuma lo que él mismo produce? ¿Que vivamos cada uno de nosotros dentro de una verja de hierro ó metido en una jaula, y que de esta suerte se convierta el mundo en una casa de fieras parecida al jardin de plantas de París ó al jardin de fieras de Londres, y de nosotros cuide algun proteccionista y nos limpie la jaula, y nos prepare el baño, y nos enseñe á los habitantes de otros planetas que vengan á visitar el nuestro para hacer estudios prácticos sobre el régimen protector en toda su pureza? (Risas y aplausos.) La dosis de restriccion parece algo fuerte. Pues bien; abramos las jaulas, salgan los hombres y den las gracias á la escuela proteccionista, que este pequeño desahogo les permite.

¿Pondremos una Aduana al extremo de cada calle?

«No tanto, no tanto,» dicen los proteccionistas. Bien; dejemos que las gentes pasen libremente de unas calles á otras.

¿Cercaremos las ciudades de murallas y pondremos Aduanas en las puertas?

«No tanto, no tanto,» me repite la escuela proteccionista.

Sigamos, pues, y notad, señores, que la restriccion va retrocediendo ante nosotros; que cuando en nuestra calle la veíamos y á la puerta de nuestra casa la encontrábamos; que cuando cara á cara y de cerca la hemos mirado, nos ha parecido fea, monstruosa, absurda, ridícula; y tan fea, y tan ridícula, y tan absurda, y tan monstruosa, que sin discutir ni escuchar razones la hemos enviado enhoramala. (Bien.) Ya está lejos, ya está en los límites de la provincia, y ya porque está lejos no nos parece tan fea ni tan repugnante.

¿Quedará en la provincia? No: allá ha estado algun tiempo; mas tambien fue preciso darla pasaporte para la frontera, y en la frontera la encontramos hoy, si bien temerosa de que se la envíe aun mas lejos.

Y ahora pregunto yo: ¿por qué el cambio ha de ser libre entre individuos de un país, y no ha de serlo cuando se trata de dos na-

ciones? ¿Por qué el cambio es bueno hasta la frontera, y malo cuando se ensancha algo más el círculo? ¿Qué clase de género es este, que ni más ni menos que ciertos géneros se averían al pasar la línea, se avería este al pasar la frontera?

Debemos, señores, para contestar a esta pregunta, ver en qué se funda el cambio, cuál es su base, cuál es su razón de ser. Permitidme que, siquiera sea ligeramente, porque más bien que de dar demostraciones, trato de plantear el problema con toda la claridad que me sea posible, permitidme pues, repito, que brevemente examine este importante punto.

El cambio se funda en la división del trabajo, y una y otra noción están íntimamente enlazadas. Negar el cambio, es negar la división del trabajo, como limitar ó mutilar la división del trabajo, es limitar ó mutilar el cambio.

Y bien, señores, la división del trabajo ¿es buena ó mala? ¿obedece a las leyes naturales, ó se ve forzado el legislador a fabricarlas por su cuenta? ¿tiene límites naturales, ó no los tiene? En una palabra, ¿se ha ocupado Dios de este fenómeno, ó lo ha dejado en el olvido? Porque si la división del trabajo es conveniente, y buena, y natural, y obedece a las leyes naturales, y tiene límites naturales también, y Dios se ocupó de este gran fenómeno económico, el cambio es también bueno, y útil, y es de todo punto innecesario que los proteccionistas quieren establecer divisiones, y límites, y leyes arbitrarias y caprichosas.

Pero la economía política contesta a todas estas preguntas.

La economía política dice, y enseña, que no todos los hombres tienen las mismas aptitudes ni los mismos talentos; que no todos sirven para todo, y que por lo tanto, es natural, es conveniente que cada uno haga lo que mejor pueda hacer para que de esta suerte se aprovechen todas las fuerzas productivas, todos los talentos, todas las aptitudes; y esto en todas las esferas, en toda clase de trabajos y de ocupaciones, porque solo así puede llegar a su máximo el bienestar, el adelanto, la civilización de un país: esto, repito, lo mismo tratándose de productos materiales, que de las mas elevadas aspiraciones del alma.

Así, creeria ridículo y monstruoso convertir, por ejemplo, en poeta, al que ha nacido para ser postillon de diligencias, y por el contrario, obligar a que caminase por una mala carretera, y sobre un mal rocín, con la gorra de piel y el látigo al que ha nacido para volar con alas de oro y nacer por las azules y brillantes regiones de la poesía, ó para cruzar, por las poderosas alas del águila sostenido, las terribles regiones de las tempestades y los rayos.

Y de igual suerte que no todos los hombres tienen la misma disposición para todo género de trabajos, así cada fuerza productiva, cada elemento material, cada pedazo de tierra, cada país tiene, por decirlo así, una virtud distinta, y solo debe dedicarse a la industria en que mejores resultados puede dar. Nada mas absurdo, señores, que empeñarse en criar el té, el café y la caña de azúcar en el polo, y en querer convertir la zona tórrida en una gran fábrica de hielos, y en un criadero de osos blancos del Norte.

No, porque cada fuerza natural, principiando por el hombre y concluyendo por la última molécula; porque cada pedazo de tierra, cada gota de agua, cada rayo de luz sirve para algo determinado; por esto la división del trabajo es un principio general, es un principio científico; por eso la división del trabajo es conveniente siempre; por eso se aplica a los pueblos como a los individuos; por eso la competencia, ley natural de la organización de las sociedades, mata las industrias artificiales, raquíticas, que no tienen ni pueden tener elementos de vida y desarrollo.

Yo bien sé lo que a esto me podrán contestar, los proteccionistas: sí, dirán, la división del trabajo es una gran cosa, es la base, el fundamento de los grandes progresos industriales; pero echais en olvido otro principio que nosotros tenemos muy presente, y que es superior a la ley económica de la división del trabajo. Sois individualistas, y para nada os acordais del principio de nacionalidad; mas nosotros, que creemos superior el interés del país a todas vuestras leyes económicas, ponemos en primer término la nación: ponemos un escalon mas abajo la economía política.

Y qué, señores, ¿será cierto que olvidamos los intereses del país, que negamos la existencia de las naciones, que echamos en olvido el principio de nacionalidad? ¿Pues qué! decir que las leyes económicas son leyes del orden natural, y como leyes creadas por Dios, universales; decir que la verdad, que la ciencia, no es nacional, sino humana, que si existen leyes para el cambio, estas leyes regirán lo mismo cuando cambien dos españoles que cuando cambie un francés con un español; decir que si la división del trabajo es buena, naturalmente buena y conveniente, lo es lo mismo aplicada a dos pueblos que a dos individuos; decir todo esto, creer todo esto, proclamar en voz alta, que la verdad es universal, ¿es acaso negar la existencia de las naciones, es negar el principio de nacionalidad, es ser individualista, y anárquico, y tantas otras cosas como dicen que somos?

¿Pues qué! ¿la ciencia, no es superior a la nación?

Por ventura caen los cuerpos de distinto modo en Francia que en España? ¿Caen en España hacia abajo, y hacia arriba en Fran-

cia? ¿Dilata el calor los cuerpos en Inglaterra, y los contrae en Italia? ¿Sale el sol en Rusia por Occidente? ¿Cambia de color la virtud con la situación geográfica de un pueblo?

Pues si las ciencias todas, lo mismo las del orden material que las que al hombre como ser inteligente y libre se refieren, son, no nacionales, sino humanas; si no hay una física y una química para cada pueblo, ¿por qué ha de haber eso que se llama economía política nacional? ¿Lucida y chistosa cosa fuera, señores proteccionistas, una economía política para cada nación! ¿Una economía política para España, otra mayor para Francia, otra muy grande para Rusia, otra mas pequeña para Suiza, y otra economía política chiquitita para la república de Andorra! (Risas y aplausos.) No es negar la existencia de las nacionalidades decir que toda ley general, que toda corriente natural debe y puede romper por la frontera y pasar de un pueblo a otro; así, señores, rompe el río que al mar se dirige, la frontera si a su pasola encuentra; así pasa por encima de la Aduana la nube impelida por el viento; porque no es la frontera, porque no es la Aduana límite natural de estas corrientes; así pasará también el comercio, y el trabajo y la industria, como hoy pasa la ciencia, el arte, la poesía, el amor, la amistad por encima de la frontera; por eso trabaja el chino para el español, el ruso para el inglés, el americano para el europeo; por eso admira el español las obras inmortales de la poesía alemana, y admira también el alemán los cuadros de nuestros pintores; por eso pueden profesarse verdadera amistad el hijo del polo norte y el habitante de la zona tórrida; por eso se aman una española y un francés con santo y puro amor que la sociedad respeta, que la Iglesia vendice, y que aunque no haya pagado derechos al pasar la frontera, no por eso, señores proteccionistas, no por eso es amor de contrabando. (Risas y aplausos.) No es negar la existencia de las naciones defender que el libre cambio es superior al principio de nacionalidad, no; porque las naciones existen, y porque no deben existir rotas, dispersas. Separadas unas de otras, por eso es preciso algo superior a ellas, que sin destruirlas ni negarlas las aproxime, las una, las armonice. Y del mismo modo que en alta mar cuando dos buques van al abordaje, echan ganchos y garfios y cadenas de hierro, que los unen y los sujetan, y uno contra otro los oprimen, así, señores, es forzoso también echar de un país a otro, de una a otra nación garfios y cadenas que las aproximen, y las unan fuertemente, y fuertemente las opriman, porque de esta suerte puede realizarse el gran abordaje de la civilización. (Aplausos.) Pero estos garfios de que en la anterior imagen os hablaba; esos fuertísimos lazos de unión, esas cadenas que aproximan unos pueblos a otros, existen; pero esas fuerzas que los impelen y los obligan a unirse, existen también. Hay cadenas de hierro, las hay de oro, las hay de bellísimas flores.

El comercio, la industria, el trabajo, el interés personal, aunque esto parezca un tanto prosaico, son, repito, cadenas de hierro que unen a las naciones, y que ciegamente pretenden romper los proteccionistas.

Pero además de estas grandes fuerzas naturales, hay por fortuna otras de un orden mas elevado, que los proteccionistas por una inconsecuencia respetan, aunque no siempre: une a los pueblos, como he dicho, el comercio, el trabajo, el interés: pero también los une la ciencia, el arte, la poesía, la religión, la amistad, el amor; la simpatía por los mismos sentimientos morales, el amor a las mismas virtudes, el odio a los mismos crímenes, la admiración por las mismas bellezas, la adoración al mismo Dios; une a los hombres de un pueblo con los hombres de otro pueblo, la armonía de sus naturalezas, de sus almas, de sus corazones; los une la religión, que a todos cobija bajo su manto, como esa bóveda azulada que se llama cielo envuelve a todos los pueblos de la tierra en su inmensa concavidad, y sobre todos los pueblos pesa dulcemente como invitándolos a eterna y fraternal unión. (Aplausos.)

Tal vez digan los proteccionistas que todo esto es música celestial, y aunque mucho dudo que sea música, y mas aun que música celestial sea, como hoy me he propuesto estar galante con nuestros dignísimos adversarios, daré de mano a imágenes y floreos, y saltando de uno a otro polo acudiré a otro género de pruebas.

Supongamos que el principio de nacionalidad sea superior a las leyes económicas; que solo a los intereses del país debamos atender para decidirnos, ya por la protección, ya por el libre cambio; y bien, el país ¿gana con el régimen restrictivo? Esto es lo que vamos a ver bien pronto. Yo probaré, y probaré por medio de números, pero de números que equivalen a verdaderas fórmulas algebraicas, que el sistema protector es, no solo la ruina del los consumidores, sino la ruina del país.

Supongamos, señores, que se presenta en el mercado un consumidor que desea comprar hierro, y que a este fin trae, para dar en cambio de este producto, otro producto, que para fijar las ideas supondré que es una cantidad determinada de plata, por ejemplo, 100 rs.

Supongamos, además, que el productor nacional le ofrece por estos 100 rs. un quintal de hierro, al paso que el productor extranjero le ofrece dos quintales del mismo metal.

Si domina el sistema restrictivo cambiará los 100 rs. por el quintal de hierro que le ofrece el fabricante protegido, y la riqueza to-

tal del país, después de haberse verificado el cambio, en cuanto á dicho cambio se refiera, estará medida por 200 rs.; á saber: 100 reales en manos del productor, y un quintal de hierro, que vale otros 100 rs., en poder del consumidor.

Así, pues, la riqueza nacional, no lo olvideis, es relativamente al caso que nos ocupa, y suponiendo que rige el sistema protector, de 200 rs.

Si, por el contrario, el sistema económico que el país ha adoptado es el sistema del libre cambio, el consumidor cambiará su plata por los dos quintales que le ofrece el productor extranjero, y la riqueza total después del cambio será, ó estará medida por 3 quintales de hierro, que como cada uno en el país vale ó se aprecia en 100 rs., tienen el valor de 300 rs.

La riqueza nacional está en segunda hipótesis; es, pues, de 300 reales, es decir, 100 rs. mas que en el caso anterior, y advertid que estos 100 rs. de ganancia no son otra cosa que el valor del quintal de hierro que nos ha dado el productor extranjero sobre lo que nos ofrecía el productor nacional; lo cual prueba una verdad clara y evidente por otra parte, que en el cambio con otras naciones ganamos, y ganamos todo lo que nos dan de más sobre lo que la industria nacional nos ofrece.

Y esta demostración, señores, que mil veces se ha dado ya, es clara, sencilla, es terminante: variad el ejemplo, sustituid á unos números otros, á unos productos otros productos; multiplicad los resultados por los mil y mil cambios que entre dos naciones tendrían lugar, y hallareis lo que el libre cambio nos haría ganar, y lo que la protección nos hace perder.

Yo bien sé lo que á esto dirán los proteccionistas: «¿y ese productor, ese pobre productor de hierros que perece, que se arruina, que bajo el látigo de la competencia tiene que dar por 50 rs. lo que le ha costado 80, qué hacemos de él, señores libre-cambistas?»

Pues qué, les replicaría yo, ¿no hablábamos de intereses generales, no hablábamos del interés del país, no habíamos convenido en que el principio de nacionalidad es superior á todo? ¿Cómo os atreveis á levantar vuestra voz, señores proteccionistas, en defensa de un individuo? ¿Cómo nos hablais de los intereses de tal ó cual clase, cuando de mas altos intereses se trata? ¿No veis que vuestro lenguaje es individualista? ¿No veis que al levantar vuestra voz en favor de los productores contra el país, plagiais el lenguaje de los libre-cambistas en defensa de los consumidores?

Y en el ejemplo anterior veis que ha sucedido una cosa que grandemente ha de maravillarnos: teníamos á la vista, por decirlo así, tres intereses: el interés del consumidor, el interés del país, el interés del productor; y he aquí que los dos primeros se abrazan estrechamente y dejan en un rincón olvidado, solo, completamente solo al interés del productor; que en ese rincón morirá (no en verdad su legítimo interés, sino su monopolio), que en ese rincón morirá, repito, sin que nadie se le acerque, á menos que vosotros, que habeis sido sus íntimos amigos en vida, no vayais á ayudarle á bien morir. *(Risas y aplausos.)*

Todavía sé lo que á esto podreis contestarme: teneis aun una salida; malilla es, pero salida es al fin, y como tan pocas sois tener á vuestra disposición, seguro estoy que aprovecharéis esta. Me direis: «sí, el país gana por el pronto; pero ¿y después? ¿habeis meditado, señores libre-cambistas, en lo que viene después?» Algo hemos meditado en ello; pero os daremos gusto, meditemos mas.

El productor nacional, decís, se arruina con el libre cambio; la industria nacional perece; grandes elementos de progreso y de bienestar quedan destruidos; gérmenes fecundos de producción se agostan en flor, y las fuerzas productivas del país caen en la inercia. Todas estas fuerzas, continuas, todos estos elementos de progreso, todos estos gérmenes hubieran podido desarrollarse con una protección nacional, y de este modo hubiéramos podido crear industrias fuertes y robustas; y al fin tendríamos esos mismos productos que ahora nos traen los extranjeros, aun mas baratos, aun mejores que los que hoy nos ofrecen; todo era cuestión de esperar 4 ó 5 siglos: esto último no lo dicen ellos, lo digo yo. *(Risas generales.)*

Pues bien, aceptemos el argumento en toda su fuerza: la industria, ¿necesita protección? Protégasela. ¿Necesita instrumentos de producción el productor nacional? Démole instrumentos de producción. ¿Necesita ganar? Hagamos que gane siempre. ¿Necesita salir de esa atmósfera de miseria que á su alrededor se crea, según decís, la competencia? Démole una atmósfera en que á sus anchas respire. Y después de haberle dado todo esto observemos que si le hemos protegido ha sido desprotegiendo á otros (perdonadme el verbo). Si le hemos dado instrumentos de producción, ha sido quitándolos á otros productores. Si hemos hecho que gane, ha sido á costa de otros que han perdido. Si hemos fabricado una atmósfera en que puede respirar desahogadamente, ha sido creando en alguna otra parte el vacío. Pues qué, si se protege á ciertas y determinadas industrias por medio de la ley, ¿no se perjudica grandemente á otras industrias? Y aun sin ir tan lejos, esos miseros consumidores á quienes sacrificamos en beneficio del productor, ¿no son productores tambien? Pues qué, el padre de familia que tiene que educar y dar carrera á sus hijos, que tiene que desarrollar aquellas in-

teligencias que tambien son fuerzas productivas, ¿no necesita que el pan, que los vestidos, que todo esté barato?

Pues qué, el jornalero ¿no necesita que el alimento con que ha de recobrar sus perdidas fuerzas esté barato?

Pues qué, el periodista ¿no necesita encontrar barato el papel en que ha de hablar al pueblo de sus derechos y de sus libertades?

Pues qué, la huerfana que gana un pedazo de pan trabajando noche y día, ¿no necesita que esté barato ese pedazo de pan, no sea que alguna vez la miseria la arroje en el hediondo lodazal de la prostitución? ¿Que tambien las buenas costumbres son algo, y valen algo, y figúrome que valen por lo menos tanto, señores proteccionistas, como una fábrica de algodones! *(Aplausos.)*

Pues qué, esos millones de pequeños productores, ¿nada valen, nada son, nada bueno puede esperarse de ellos? ¿No necesitan, como el industrial protegido, protección tambien? ¿No tienen talentos, fuerzas productivas, elementos de riqueza que desarrollar? ¿No necesitan una atmósfera como el productor privilegiado? ¿Por qué protegéis á los menos con perjuicio de los mas, y con perjuicio del país?

Lo que haceis, señores proteccionistas, permitidme que os lo diga, es vestir á unos cuantos con vestidos de relumbron, y los enseñais públicamente con gran pompa, y los paseais por las calles á son de trompeta, y no veis que tras la industria protegida está la industria perjudicada; y no veis, porque el relumbron os deslumbra, que tras lo que brilla está lo que no brilla, la miseria y el hambre. *(Bien, bien.)*

Haceis lo que ciertas familias que, amigas del lujo y de la ostentación, van al teatro á butaca, y arrastran en paseo blondas y sedas: el que las ve en público, solo ve el bienestar, el lujo, la riqueza; en una palabra, la apariéncia; el que las viera en el interior de su casa veria la miseria, el hambre, y quizá el vicio. Vosotros tambien sois amigos del lujo; tambien quereis darnos industrias de lujo y de ostentación; tambien quereis arrastrar blondas y sedas nacionales; el que os ve en exposiciones públicas, por ejemplo, ve la apariéncia, el relumbron, la mentira; el que viera el país mas de cerca, quizá viera que ese lujo es causa de hambre, de miseria, y quién sabe, del vicio tambien. *(Bien.)*

Voy á concluir; pero antes voy á concederos cuanto querais que os conceda: voy á aceptar vuestro criterio, y con vuestro criterio voy á probaros que no sois lógicos, que no debeis deteneros donde os deteneis.

Nos acusais de individualistas; decís que solo al interés del individuo atendemos, y que este error es grave y trascendental, porque sobre el individuo hay otra cosa que es mas, que vale mas; hay una unidad de orden superior: la nación. Y yo os pregunto, aceptando vuestro criterio: aceptando ese principio de sacrificar al interés de un ser, de una unidad superior, el interés de otro ser inferior, si sobre el individuo está la nación, ¿no hay algo sobre la nación? Si porque la nación es mas que el individuo imponéis silencio á este cuando aquella levanta su voz; si porque recorriendo la serie llegais á la nacionalidad, yo os pregunto, repito, ¿por qué os deteneis á la mitad del camino? ¿Es estológico, es esto ser consecuente con los principios? Pues qué, sobre la nación, ¿no está la humanidad? ¿Por qué nos llamais individualistas anárquicos, cuando vosotros debierais llamaros, vosotros mismos, algo á esto parecido? ¿Por qué á todas horas veis en el ojo ajeno la paja de un individualismo absurdo, cuando traéis enredada en las pestañas la viga de un nacionalismo bárbaro? *(Aplausos.)*

O no aceptar un principio, ó ser lógicos: si preferís la protección al libre cambio, porque la nación es mas que el individuo, debeis preferir el libre cambio al sistema protector, porque la humanidad es mas que la nación. Y observad que hay armonía entre estos extremos; que defender el interés del consumidor, es defender los legítimos intereses de la humanidad; que nuestro individualismo y nuestro cosmopolitismo unidos dan la armonía; que vuestro nacionalismo es un término medio, absurdo, y discordante.

Cuando así os veo condenar al individuo por egoísta, y pequeño, y humilde; á la humanidad por ser noción demasiado elevada y grande, me figuro que os asomais al balcón de una elevadísima torre, y que mirando al suelo, y contemplando la base, decís con desprecio: «¡qué bajo, qué humilde!» y que levantando la vista al cielo, y contemplando la aguda flecha que se clava en las nubes, decís: «¡qué alto, qué orgulloso!» y que mandais destruir los cimientos por humildes, derribar la parte superior por vana, y que creéis formalmente que os vais á quedar suspendidos en el aire, como dicen que está el zancarrón de Mahoma, realizando de esta suerte la suma perfección y la suma sabiduría de un término medio. He dicho. *(Aplausos prolongados.)*

El Sr. Presidente: Si alguno de los señores presentes gusta hablar en sentido contrario, creo esta la ocasión mas oportuna, puesto que ya ha hablado uno en favor del libre cambio.

El Sr. Oscariz: Pido la palabra, en sentido en parte contraria y en parte favorable.

El Sr. Morquecho: Pido la palabra en contra.

El Sr. Presidente: El Sr. Morquecho tiene la palabra.

El Sr. Morquecho: Señores, debo comenzar mi pobre discurso escusando la impertinencia, y quizás la osadía con que me presento en este sitio a sostener mis convicciones y la doctrina proteccionista. No pretendo abusar de la benevolencia de la reunion; pero ya recordará esta, que habiéndosenos hecho el cargo de que nos ocupábamos de la cuestion de principios cuando se presentaba la cuestion de hechos, y por el contrario queríamos dilucidar la cuestion de hechos cuando se nos retaba en la de principios, yo tenia una obligacion de salir a este palenque, para que no se nos inculcase, con razon al menos, de que abandonábamos el terreno del debate. Vengo, pues, a cumplir un deber, y quizás sea la última vez que tenga que abusar de vuestra benevolencia. Por estas razones, yo os la imploro con todo encarecimiento.

La cuestion que se debate hoy es muy importante. No tengo necesidad de encarecer esta importancia despues del escelente discurso que habeis oido al Sr. Echegaray. Siento que no se puede ventilar en toda su estension: la lucha que vienen sosteniendo hace tiempo proteccionistas y libre-cambistas, no se reduce precisamente a la cuestion de libertad de comercio ó de proteccion aduanera; es mas alta, es un combate que tiene grandes proporciones, en que se contraponen los principios fundamentales de la organizacion de la sociedad. Tiene, pues, indispensablemente las justas proporciones que tambien ha indicado el señor presidente.

No abordaré, pues, la cuestion en toda su generalidad, en toda su importancia; mi propósito se reduce á tratarla bajo el punto tal vez mas insignificante, ó á lo menos en su parte mas transitoria; y á este propósito, debo decir ante todo que soy yo verdadero consumidor, en el concepto en que usan de la palabra los señores libre-cambistas. No soy fabricante, no soy propietario; pero soy el hombre que ama la ciencia, que procura defender sus convicciones, que ama la prosperidad de su patria; y el impulso de estos afectos me obliga á no separarme de la constante lucha que en todos los terrenos sostengo con los libre-cambistas. Hechas estas ligeras advertencias, voy á entrar en materia.

Ha dicho el Sr. Echegaray que si se presentara al hombre de mas mediano criterio la cuestion de si era preferible comprar aquí ó allí, desde luego la resolveria en el sentido de la libertad. No lo estrañaria. Esta cuestion es demasiado complexa, demasiado importante; y el sentido comun, poco ilustrado acerca de los intereses del hombre y de las naciones, es probable que se equivocara, si contestase como contestaria tal cual nos ha dicho su señoría. Pero este argumento es harto débil para que yo me detenga á refutarle.

Ha preguntado despues ¿qué es la proteccion? ¿qué es la libertad de comercio? Y el Sr. Echegaray, con ese espíritu epigramático y picante, que yo le envidio, con esa imaginacion brillante que le permite hacer interesantes ó desagradables, á su placer, todas las cosas de que trata, ha presentado el sistema protector como lo concibe, no como lo concebimos y defendemos nosotros; de manera que, forjándose fantasmas y castillos de naipes, nada mas fácil que destruirlos con un simple soplo. Ha dicho que la ley comun, la ley general (y si no lo ha dicho, á esto viene á reducirse cuanto ha indicado respecto de ambos intereses), que la tendencia general del mundo es la economia de fuerzas. Por consiguiente, siempre que se presenta al mercado un producto mas barato (porque esto significa tanto el ejemplo que el Sr. Echegaray ha citado como su doctrina), siempre que se compre un artículo mas económico, gana la nacion y gana el consumidor, y únicamente puede perder el productor, porque hay economia de fuerzas y ventaja en los servicios.

Ciertamente, la division del trabajo es la piedra angular en que está fundada la grandeza de la industria moderna, y hasta este punto ha dicho muy bien el Sr. Echegaray, que proteccionistas y libre-cambistas estábamos de acuerdo. Pero la division del trabajo y el cambio, no es la única ley que rige al fenómeno de la produccion, y es menester que examinemos otros principios, otras leyes no menos esenciales.

Al fijarse su señoría en esas condiciones de la produccion, ha pasado por alto otra que no es, repito, menos importante y esencial que es la division del trabajo y el cambio consiguiente. Esta ley es la de que la produccion y el consumo son correlativos, dos hechos coexistentes en cierto modo, necesariamente complementarios uno de otro; de manera que, hablando económicamente, nadie puede producir sin consumir, como no puede concebirse el consumo sin la produccion. Es decir, que las salidas, el mercado, son una condicion necesaria para la produccion, porque esta no se concibe sin la salida, sin la buena venta de los productos.

Pues bien, si el mercado es condicion tan importante, si el consumo es la funcion complementaria de la produccion, consideraciones en que no ha entrado el Sr. Echegaray, porque se ha detenido á la mitad del camino, no deben tenerse muy en cuenta, no deben hacerse valer para resolver la verdad de los sistemas, para defender el sistema protector? Es indudable que así, y creo no se puede olvidar de modo alguno la ley del mercado, cuya ley, como ha dicho el libre-cambista Lavergne, no tiene excepciones. El buen mercado es uno de los principales elementos para el desarrollo del trabajo y la prosperidad de las industrias; y así es como se ha dicho que las diferencias de agricultura dependan de las diferencias del

mercado. Preguntad á Young sobre la superioridad de la agricultura británica respecto de la francesa, y él os dirá que todo el secreto está en el mercado de la primera. Recorred todos los paises, recordad la historia, y vereis que la produccion se desarrolla, que la agricultura crece á medida que se constituye un mercado mas estenso. Esto creo que puede decirse que es axiomático, que es un principio fundamental de la ciencia económica.

Veamos ahora las consecuencias de estos principios, y disculpadme si uso alguna vez un tono dramático, pues en cuestiones de principios es preciso proceder de una manera lógica y severa.

Una vez conformes en que el buen mercado es la gran condicion de la produccion, en que el mercado explica los grandes desarrollos de las industrias, lo mismo en la agricola que en las fabril y comercial, para mí la cuestion que, como ha dicho el Sr. Echegaray muy bien, queremos resolver con la mejor buena fé, por mas que en algunas ocasiones haya entre nosotros alguna animadversion, pues el fin siempre es noble, patriótico y humanitario, la cuestion se reduce á lo siguiente: ¿es conveniente la libertad comercial, la competencia absoluta del sistema libre-cambista, ó es conveniente la proteccion, la competencia relativa del sistema protector? Esta es toda la cuestion.

Ahora bien; si la competencia absoluta priva al mercado, restringe el mercado, y consiguientemente disminuye la produccion, la potencia productiva, la riqueza, y daña al bienestar y al crecimiento de la poblacion de un pais determinado, esa competencia será funesta y debe rechazarse. Si, por el contrario, la competencia limitada ó relativa fomenta la produccion, la riqueza, el bienestar y la poblacion, claro es que será la que convenga. (Bien.) Noto señales de asentimiento. Pues bien: me alegro mucho de que estemos de acuerdo hasta este punto.

El Sr. Presidente: Si el Sr. Morquecho gusta, puede pasar á este sitio.

El Sr. Morquecho: Aquí me considero mas desembarazado: ahí pareceria que estaba prisionero entre enemigos: (Risas.) agradezco al señor presidente la indicacion; pero me encuentro bien, y creo que desde aquí podré hacerme oír de los señores que me honran con su atencion.

Decia, señores, que hasta ahora estábamos de acuerdo; pero desde ahora quizá aquí principie nuestra discordancia, porque desde ahora se nos presenta á la vista el gran hecho de las nacionalidades, que no estimamos de igual modo. Y como quiera que este hecho es importante, real y positivo, yo hubiera deseado que el tema objeto del debate se hubiera formulado de otro modo, y que en lugar de considerar las leyes económicas respecto al orden natural de las sociedades, y digo esto sin que quiera dar motivo á contestaciones, habria sido una redaccion mas exacta decir con «relacion al orden real y positivo de las sociedades.» Las nacionalidades son un hecho desgraciadamente positivo, y no por reconocerle como le reconocemos entendemos ser enemigos de la humanidad; pues nosotros queremos tambien que se realice el ideal de justicia, de igualdad y de mancomunidad entre todos los hombres y entre todas las naciones. Empero tenemos presente que en la actualidad Europa cuenta cuatro millones de soldados, en los cuales se consumen inmensos capitales perdidos para la produccion, y esta circunstancia revela por sí sola la necesidad absoluta de fijarme mucho en los intereses nacionales y defender esas entidades destinadas sin duda á realizar los varios fines de la Providencia en el orden humano. Pero el hecho indudable es que las grandes naciones de Europa están á cada instante sintiendo la necesidad de recontar sus ejercitos y de robustecer su máxima. ¿Y con qué objeto se mantienen? No hay para qué decirlo: y esto no obstante, ¿quereis lanzarnos á un mundo imaginario, quereis marchar en alas de la utopia y sacrificar á teorías no bien asentadas aun ni aceptadas por la generalidad, grandísimos y esenciales intereses, despreciando el gran hecho de las nacionalidades? Esto no sería prudente ni digno de personas que quieren conducir al pais, por medio de las ideas, á su regeneracion económica.

Pues bien; si las naciones existen como miembros poderosos de la humanidad, preciso es que procuremos que se conserven y desarrollen, ya que en lo sucesivo puedan ser, con efecto, armónicos sus intereses, ya que dejen de serlo á la presente. Pero, mientras llega el día en que puedan echarse esos garfios de hierro de que nos hablaba el Sr. Echegaray, hoy por hoy, aunque se pusieran puentes y cadenas de oro, los intereses de las pasiones son encontrados, son antagónicos; nos hallamos en estado de guerra, y esta situacion, nacida de causas mas profundas que las puramente económicas, tiene que fluir necesariamente en nuestras resoluciones sobre las leyes arancelarias aplicables á un pais.

Viniendo á la explicacion de todo lo que ha dicho respecto al mercado, es indudable que este será invadido por los productos mas baratos, el hierro, por ejemplo; pues el consumidor irá á comprar allí donde encuentre mas baratura, y entiendan que ahora examino la cuestion colocándome en el punto de vista de la nacionalidad. Luego me haré cargo del otro argumento hecho por el Sr. Echegaray; el del interés de los individuos.

¿Quién será el dueño del mercado? ¿el productor que tenga mejores condiciones de produccion, ó el que las tenga peores? ¿el que pre-

sente al mercado productor mas caros ó mas baratos? Esta es la cuestion, y lo es de sentido comun. Si los ingleses, por ejemplo, presentan hullas mas baratas que nosotros, arrojarán del mercado nacional al productor del país. Y entonces, señores, cuando el extranjero monopolice nuestro mercado en hullas, en hierros, como en trapos, en telas, y en otros géneros principales, cuando no haya salida para los artículos nacionales, ¿quién alimentará nuestra población y la hará desarrollarse? ¿quién pagará las contribuciones, quién sostendrá nuestro ejército, nuestra marina? ¿quién levantará nuestro pabellón a la altura en que ha podido levantarse despues de los años que ha regido el sistema protector? ¿Será el productor de Rusia, ni el inglés, ni el de los Estados-Unidos? No, señores, siempre tendrá que ser el productor nacional. Si somos débiles, si somos pobres, si no producimos, de seguro que no vendrán los extranjeros a darnos ni su sangre ni su dinero.

Concretémonos a la realidad. ¿Quién será el que se apoderará del mercado? Aquel que disponiendo de mejores condiciones de produccion, produzca mas, mas barato y mas bueno. Y ¿cuáles son las condiciones generales de produccion? Todos las sabeis, y hago esta declaracion para que no se crea que vengo a dogmatizar ni a dar lecciones; pero no puedo menos de recordar esas condiciones, para establecer un paralelo. Las hullas, los hierros, la maquinaria, los capitales, la capacidad industrial de los individuos, los transportes, el mercado mismo, como grande y poderoso estímulo de la produccion: estas son, en el orden económico, las condiciones generales de produccion.

En cuanto al orden social, sabido es cuánto importan las instituciones y el espíritu de orden y de libertad de los pueblos; porque la seguridad, la justicia y la libertad, son las garantías que la sociedad ofrece, si debe ofrecer, a los individuos para que ejerzan su actividad y logren el desarrollo de su trabajo y de su produccion. Ahora bien; yo desafío, es decir, yo reto de una manera respetuosa, pero muy solemne a los señores que están enfrente de mí. Si se presentan las hullas y los hierros ingleses en el mercado nacional, y lo mismo digo de sus tejidos y de los trigos rusos, ¿podremos nosotros sostener nuestras respectivas industrias? ¿Quién comprará al productor nacional? (El Sr. Echegaray pide la palabra para rectificar.) Para mí, esta es la gran dificultad, la tremenda pregunta contra el libre cambio. No dudo un momento en asegurar que no podemos competir en ninguno de esos principales artículos, porque no estamos en condiciones iguales de produccion.

En cuanto a los capitales, que son el alma de esta produccion, de todas las industrias, ¿podremos competir con los extranjeros? No; una porcion de causas de todos conocidas, sociales y políticas mas que económicas, han hecho que escaseen los capitales, pero no han permitido hacer ahorros; por todo lo cual en este concepto somos muy inferiores. ¿Y en cuanto a transportes? ¿Qué diferencia entre los transportes y los medios de comunicacion que tenemos en España con los que tiene la Inglaterra, la Bélgica, y aun la Francia! Si entráramos despacio a examinar esta materia, nada me sería mas fácil que demostraros una enorme desigualdad. Y en capacidad industrial, en instituciones de orden y de libertad, ¿no somos tambien muy inferiores, mucho menos potentes? Pues bien, si por regla general no contamos con las condiciones de produccion con que cuentan las naciones extranjeras, ¿cómo queremos presentarnos en el mercado a sostener con ellas la competencia, y la competencia absoluta, que es tener lo que vosotros deseais? ¿No se nos arrebataría nuestro propio mercado? Creo que en esto debemos estar de acuerdo. Y no sé me hable de las producciones rurales del globo, y de que no todas pueden obtenerse en las mismas latitudes. Nos decía el Sr. Echegaray con elocuente voz, que no es posible aclimatar en el Norte las producciones del Sur. Convenido; pero sobre ese punto ya adelanté algunas ideas en otra ocasion, que no creo conveniente repetir ahora; mas ¿se podrá decir lo mismo de las industrias manufactureras? ¿Habíamos de abandonar los elementos que hoy hemos reunido, cediendo el campo a los rivales, sacrificando esas industrias que son cosmopolitas en cierto modo, que se pueden establecer allí donde hay hombr'es, donde hay capital, donde hay capacidad industrial? Pues yo digo y sostengo que mientras no mejoremos nuestras condiciones de produccion, los extranjeros invadirán nuestro mercado, y las consecuencias de esta invasion son fáciles de calcular. Es evidente, pues, que no podemos admitir mas que una competencia relativa, una competencia restringida, una competencia justa.

Dicen los libre-cambistas, servicio por servicio; concedido tambien; pero la equidad, segun vosotros, consiste en la remuneracion de los servicios; y si el productor nacional se encuentra con obstáculos que él no puede vencer, que son resultado de nuestra historia, de nuestras revoluciones, de nuestro modo de ser, de nuestras instituciones, ¿no sería soberanamente absurdo é injusto arrojarle del mercado é impedirle la produccion, porque tiene obstáculos superiores de que él no es responsable? ¿No sería esto la mayor, la mas insensata, la mas atroz de las iniquidades?

Se me dirá tal vez que nuestra mala situacion no se remedia con el sistema de la competencia relativa, que sostiene la escasez y la carestia; pero aunque por este sistema la produccion sea menor y

mas cara, a lo menos habrá produccion, tendremos seguro nuestro trabajo, y desde el momento en que haya produccion habrá consumo, y quiere decir que con el progreso mas ó menos lento que vayamos haciendo en las condiciones de produccion, esta se irá aumentando tambien, y de esa manera habremos realizado la economía de potencia, sin dejar de ser una nacion independiente, y llegaremos tambien a la mayor libertad posible de comercio.

Esto bajo el punto de vista del interés nacional. Por lo que atañe al interés individual, lo que he dicho de las naciones es aplicable a los individuos: yo creo que no sea justo ni útil sacrificar al individuo, llámese agricultor, carbonero, ferrero ó como quiera, empeorando sus condiciones de existencia y desarrollo. Demasiado le perjudica esta especie de organismo ó mecanismo de que forma parte, porque yo confieso que es mala la máquina de una nacion, cuando necesita mantener restringida, muy restringida la libertad comercial. Pero la culpa de esto no la tienen ni los proteccionistas ni los libre-cambistas; ya sabemos de quién es. La verdad es que el mal mecanismo existe, y existiendo es preciso que el gobierno diga a todos los individuos: te impido, es cierto, que compres aquí ó allí, con absoluta libertad, pero en cambio ten entendido que te garantizaré tu trabajo, no como un derecho al trabajo, sino por el deber político y moral que tengo en asegurarte las condiciones de produccion, para que vivas y prosperes, para que de la reunion de la vida y de la prosperidad de todos los individuos, surja radiante y poderosa la vida y la prosperidad de las naciones.

Creo, pues, que he demostrado que la competencia relativa que garantice la existencia del mercado nacional para la produccion nacional, es la única posible, la única conveniente. Por tanto, entiendo haber sostenido mi tesis y dado la suficiente contestacion, segun mis fuerzas, al discurso del Sr. Echegaray. (Aplausos.)

El Sr. Echegaray: No pretendo contestar al notable discurso del Sr. Morquecho, porque para ello sería preciso que pronunciase otro nuevo discurso, y bastante he molestado ya vuestra atencion, aparte de que sería esto de todo punto inútil, cuando los señores que me sigan en el uso de la palabra, y que en defensa de la libertad comercial se levanten, cumplirán mejor que yo pudiera hacerlo esta tarea.

Solo pretendo hacer dos ligerísimas rectificaciones.

El Sr. Morquecho nos ha dicho que aun cuando el libre cambio a primera vista pueda parecer bueno, aun cuando el sentido comun diga que lo es, podrá no serlo en realidad. Su señoría tiene razon, y precisamente por esto no he dado gran importancia a dicha observacion, que solo de paso he presentado. He dicho que el libre cambio a primera vista parece inocente y sencilló: que no parecia tan malo ni tan monstruoso como dicen los proteccionistas que es; pero he añadido que esto no bastaba, que era forzoso estudiarlo mas a fondo, y aun he dicho que quien sabe si encontraríamos el león bajo la piel del asno.

El sentido comun es el crepúsculo de la razon; pero en el crepúsculo hay sombras que solo desvanecen el sol, y el sol es la ciencia.

Ha dicho además el Sr. Morquecho que la produccion y el consumo son fenómenos correlativos, que son hechos coexistentes, y que, por lo tanto, a mayor consumo mayor produccion. Razon y mucha tiene su señoría. Yo habia olvidado este argumento, y es sin disputa un gran argumento en favor de la libertad comercial. Doy gracias al Sr. Morquecho por habérmelo recordado. Abramos las fronteras, dejemos que entren los productos que los extranjeros nos traen; facilitemos de este modo el consumo, y como, segun dice el Sr. Morquecho, el consumo y la produccion coexisten, como aumentando el consumo aumenta la produccion, nuestra produccion aumentará con el libre cambio, y la justísima observacion del señor Morquecho prueba cuán infundados son los temores de los que creen que la libertad comercial es la ruina de las industrias. Lo repito, el Sr. Morquecho tiene razon en decir que existe esa perfecta armonia entre la produccion y el consumo de la riqueza. (Bien, bien.)

El Sr. Morquecho: Seré muy breve. He dicho, en efecto, que son correlativas la produccion y el consumo, que son dos hechos coexistentes; de aquí he deducido, y el Sr. Echegaray debia haber dicho todo lo que yo manifesté, que sin mercado no se concibe produccion, y que si antes de crear mercado nacional abrimos las puertas de él a los productores extranjeros, mataríamos la industria.

El Sr. Figuerola: Pido la palabra.

El Sr. Echegaray: Si se deja entrar libremente a los productos extranjeros, claro es que esos productos vendrán al mercado, y por tanto que habiendo productos habrá mercado.

El Sr. Figuerola: Con la ventaja que da siempre el plantear las cuestiones, el Sr. Morquecho ha venido a cumplir un compromiso de honra, y a sostener los principios de la escuela proteccionista. Yo he concurrido a la reunion con el deseo de oír al señor Morquecho, el cual ha probado una cosa, y es, que no necesita dar grandes dimensiones a un discurso para hacerle proporcionado, bello é interesante, y que tampoco es preciso hablar de *omnia scibili* para que, tratada una cuestion convenientemente, lo sea de una manera agradable. Pero el Sr. Morquecho ha producido en mí la misma desilusion que me produce siempre el deseo de encon-

trar un principio proteccionista, porque, señores, de buena fé lo he buscado. Hijo de un país donde predominan las doctrinas que profesa el orador que acaba de hablar, estudiando la economía política, mas de una vez he sospechado de mí mismo y he planteado la duda de si tenían razón los proteccionistas, cuando todos los que me rodeaban pensaban lo contrario que yo. Y me propuse investigar hasta donde mis fuerzas alcanzan los grandes principios de la ciencia y las doctrinas de eso que se llama la escuela proteccionista. Hoy esperaba oírlos, pero otra vez me he encontrado tan desilusionado como siempre, porque el Sr. Morquecho, que en un principio ha sentado premisas bellas de las que todos aguardábamos una demostración, y á las que con plácemes y movimientos de cabeza dábamos nuestro asentimiento como diciendo: «sí, eso es, con todo lo que va explicando estamos conformes, ese es el terreno en que todos nos colocamos,» el Sr. Morquecho, sin embargo, cuando ha llegado el momento de la demostración, lo que nos ha ofrecido ha sido, en lugar de razones, la declamación, llenando nuestros oídos con las sonoras palabras: *la invasión, la competencia destruida, el equilibrio*, pues habéis de advertir que los principios de la escuela proteccionista se parecen á los de una escuela de saltimbanquis, en que figura el equilibrio siempre. (Risas.)

Pero, señores, ¿qué son doctrinas, qué son principios? Toda persona sensata entiende por principio una ley observada constantemente, y que constantemente se reproduce, cuyos fenómenos aparecen desde el instante en que se ponen en contacto la causa y el efecto, sin que deje de suceder así, y de igual manera en todos los puntos, tiempos y países. (El Sr. Rodríguez San Pedro pide la palabra.) Esto es lo que se llama principio, y conviniendo en esta explicación, podremos entendernos mas fácilmente; á menos que no profesen la doctrina de muchos proteccionistas que niegan haya principios absolutos; doctrina errónea, á mi juicio, pues lo que únicamente podrá suceder, es que según los tiempos deben aplicarse los principios ó sufrir modificaciones por la utilidad y las conveniencias públicas aconsejadas, pero el principio incontestable ha de ser para merecer este nombre.

Pues bien, si el Sr. Morquecho no es de esos proteccionistas acomodaticios, de esos que dicen que no hay principios absolutos, aquí debía haber traído los suyos, aquí debía haberlos demostrado. Desgraciadamente no lo ha hecho. ¿A qué se reduce todo lo que ha dicho? Ha convenido en que el cambio debe existir, en que es una consecuencia necesaria de la división del trabajo. Pero, ¿es ó no un principio la división del trabajo? Era imposible que la ilustración del Sr. Morquecho le permitiera contestar negativamente: era imposible que desconociera que por la limitación de la naturaleza humana, que en la imposibilidad de ser omnipotentes, que por la limitación de las facultades y las aptitudes individuales, debemos dedicarnos á uno ú otro trabajo parcial, porque no nos es dado dedicarnos á todos y practicarlos con igual perfección. De aquí la división del trabajo, sobre la que no me atrevo á hacer nuevas indicaciones. Y bien, si hay diferencias de aptitud, si hay limitación de facultades, si con universalidad absoluta no podemos dedicarnos á todas las ciencias, ni á todas las horas del día y de la noche, consecuencia necesaria es que unos hombres se apliquen á unas cosas y otros á otras, para que mutuamente se presten mayor auxilio y reciban un servicio proporcionalmente mayor.

Esto es natural, esto es evidente, y desde el momento en que es reconocida la división del trabajo, es forzoso reconocer el cambio. ¿Y qué es el cambio? Tampoco me atreveré yo á dar lecciones al auditorio que tiene la bondad de escucharme, aunque el Sr. Morquecho ha dicho con mucho acierto que podía tener algo de didáctica esta discusión, porque se refería á principios. Yo citaré un ejemplo de mi amigo el Sr. Echegaray. ¿Cuándo se realiza el cambio? Cuando hay desigualdad de condiciones, porque si hubiese igualdad, si hubiese equilibrio, como dice el Sr. Morquecho, no se verificaría el cambio. Si yo supiera fabricar un gabán (permitidme este ejemplo vulgar) con tanta perfección y en tan poco tiempo como mi sastre, no iría á mandarle que me lo construyera, pues me lo construiría yo. ¿Y por qué voy á un industrial á que me construya una prenda de abrigo que me hace falta? Porque no tengo la aptitud, ni la vocación, ni la destreza necesarias para hacerme la prenda que necesito. Este es el cambio: nos prestamos mutuamente servicio por servicio; el industrial dándome un traje, y entregándome yo otra cosa equivalente.

Por consiguiente, el cambio procede de la desigualdad de las condiciones en que nos hallamos para satisfacer nuestras necesidades, y de la igualdad ó equivalencia de los servicios que nos ofrecemos reciprocamente, y en esta desigualdad de condiciones y equivalencia de servicios estriba precisamente el beneficio del cambio. Esto es elemental, y yo ofendería la ilustración del auditorio si me detuviera mas en ello; he debido, sin embargo, recordar estos principios, porque el Sr. Morquecho nos ha llevado á otro terreno que no es verdaderamente el de la división del trabajo y el del cambio. Después de haber reconocido su señoría estos dos principios, en los que creo estaremos conformes, ha dicho, ó ha venido á decir que el termómetro del cambio es el mercado, y citando á Lavergne, autor al que profesa su señoría particular predilección por las doctrinas

que sustenta, citándonos también al inglés Arthur Young, ha dicho con esto que el mercado es lo que prueba la gran riqueza de la Inglaterra comparada con la que tiene la Francia; y luego ha añadido que la cuestión quedaba reducida á saber si lo que conviene es el mercado universal ó el mercado limitado ó restringido. (El señor Morquecho pide la palabra para rectificar.)

Hasta aquí llegan nuestros plácemes y nuestro asentimiento; desde aquí en adelante, el Sr. Morquecho no ha derivado las deducciones lógicas que debía sacar, y por eso pedí la palabra. Ha dicho su señoría que el consumo era el complemento de la producción; yo diría al revés, que la producción es el medio del consumo, porque producción y consumo no son sino dos elementos de una idea final, de la realización del problema del trabajo.

Pero, señores, ved cómo el Sr. Morquecho y los proteccionistas se olvidan de la primera atmósfera que les rodea; ved cómo se olvidan de la atmósfera de la familia. Decid, señores: en vuestras casas, ¿cuántos son los productores, cuántos los consumidores? ¿No habéis visto en la familia que hay ancianos inválidos para el trabajo; ó niños que aun no pueden proporcionarse el alimento, que les es imposible producir, pero que necesitan consumir, y que es preciso darles el sustento y el abrigo? ¿No comprendéis que ese niño puede venir á ser productor en su día, y á sostenerlo ayudará á su padre cargado de años que se convierte entonces en consumidor? Pues en toda familia los productores son el jefe de ella, la esposa, y tal vez el hijo que llega á mayor edad; pero es mucho mas crecido el número de consumidores que alberga, pues en la mayor parte de las familias son mas los individuos que necesitan recibir los medios de subsistencia que los que pueden proporcionarlos.

Ahora bien; el hecho económico mas importante para esas familias, será el que se procure la abundancia en sus consumos, que se procure, aun para aquellos seres que no tienen familia, para los esposos que han sido olvidados de sus padres, para los desheredados de inteligencia ó de salud, para quienes la civilización tiene asilos que les faciliten el consumo en la proporción suficiente á cubrir sus necesidades. El que ponga trabas al consumo, el que impida con restricciones que se provea de medios de existencia á tantos infelices, no ha calculado sin duda que comete un crimen, que se convierte en asesino de la sociedad. (Aplausos.) El interés de las sociedades, pues, acorde con el interés de las familias, piden á la par que no haya limitación en aquello que representa cantidades de objetos que deben ser consumidos.

Véase como en el terreno de la economía política nos encontramos al mismo nivel de los deberes morales, de los deberes de justicia y de todas esas obligaciones del hombre; hasta de las políticas, vedadas en este recinto, y á las que el Sr. Morquecho hubiera apelado, porque creía que podría y debería tratarlas, á no haber oído la prudente indicación del señor presidente.

El consumo no es el complemento de la producción; al revés, la producción es el medio necesario del consumo. Pero dice el señor Morquecho: el mercado será el termómetro; ¿se necesita para que haya mucho consumo un mercado restringido, porque con el mercado restringido escitaremos la producción? ¿De quién? ¿De todos los hombres, pues todos deben concurrir al auxilio de cada uno? No; sino de determinados hombres, de los que estén encerrados en el círculo de una legislación, dentro de una nacionalidad. Y aquí el Sr. Morquecho incurria en el extremo de que ya nos ha hablado el Sr. Echegaray al ocuparse del principio de las nacionalidades. El mercado restringido, según su señoría, es el escitante de la producción; es verdad, pero será el escitante de una producción restringida que carece de mas perfecto mecanismo, mientras que la división del trabajo entre todos los hombres produce mas energía, menos fatiga, mas ahorro de tiempo y mas facilidad de producción.

El Sr. Morquecho lo que hace es mutilar este mismo principio capital en que antes había convenido, y dice: «El mercado será invadido por los productores extranjeros.» ¡Invadido el mercado! ¡Hé aquí el abuso de la metáfora! Si su señoría hablase en sentido recto, vería que así habrá en el mercado abundancia de productos, y la abundancia es lo que necesitamos; que habrá competencia de productores, lo cual ocasionará la baratura que tan necesaria nos es, y que el mercado tendrá abundancia, no solo por la competencia de los productores, sino también por la de consumidores, porque los mercados desaparecerían si á él no fueran mas que productores. Vea el Sr. Morquecho de que haya muchos consumidores que puedan presentarse con aptitud de pedir en el mercado, y no tema porque el mercado desaparezca, y prefiera en lugar de un mercado sin límites un mercado restringido.

Pero dirá su señoría, y me anticipo á esta contestación que pudiera darme: los consumidores, al marchar á ese mercado á pedir el cambio de servicios, es menester que vayan dotados de medios de solicitar ese cambio, ese trueque, porque sin esos medios el cambio no puede verificarse. Tiene razón su señoría: no hay coche en Madrid para todas las personas que desean tenerlo, sino para aquellas que están en disposición de sostener su coste. Entiende el Sr. Morquecho que no podrán dedicarse muchas personas á la producción, si los productos de otros países invaden los del país propio; y su señoría nos citaba como ejemplo de su aserto dos industrias, la del

hierro y la de las hullas. Pues precisamente con ese mismo ejemplo voy yo á demostrar á su señoría que no es muy acertado en sus cálculos.

Hay en nuestro país, en ese mercado restringido por los aranceles españoles, una industria de hierros que vive contra toda la protección que el gobierno ha querido dispensarla, porque esta protección es la mas funesta que pudiera imaginarse. Me refiero á una industria importantísima y que constituye una educación completa, la de la fabricación de máquinas, de ese agente poderoso con que el hombre domina la naturaleza. No basta tener hierro, sino que son precisas máquinas de hierro.

Pues bien; para proteger una industria cualquiera, la de los algodones, por ejemplo, se puso en los aranceles á las máquinas que esta industria necesitara importar del extranjero, de esos pífidos ingleses á quien tanto teme el Sr. Morquecho, un derecho al valor de 3 por 100. ¿Y cuánto dirá la reunion que paga el hierro en barras ó lingotes que necesitan introducir las fabricas que existen en España de construccion de máquinas? Pues paga el 110 por 100. No sé si esto se llamará protección, pero es una cosa chistosa que los productos manufacturados, es decir, las máquinas, solo paguen ese 3 por 100, y las primeras materias paguen el 110 por 100. Esto combate el principio que el Sr. Morquecho ha querido sostener, pues á pesar de que esa industria tiene que luchar con tan desventajosas condiciones de produccion, se construyen en España máquinas.

Si el principio proclamado por su señoría fuese cierto, lo sería para todos los casos, y entre ellos para el caso importantísimo que acabo de citar; no siendo así, díganos el Sr. Morquecho: ¿que protección es esa que hace que el producto elaborado pague el 3 por 100, mientras que el que le sirve de primera materia tiene que pagar un 110 por 100?

Como este pudiera presentar otros ejemplos para demostrar las deducciones ilógicas de los proteccionistas: la escuela proteccionista ha creído que debía imponerse ese 110 por 100 á las primeras materias, para que así las minas de hierro den pronta y fácil salida á sus productos, no teniendo que temer que el hierro extranjero venga á hacerle competencia, aun á riesgo de hacer una cosa absurda é inconveniente, y hacer que las máquinas de hierro, que como hierro deban pagar el 110 por 100, como máquinas ya construidas solo paguen el 3.

Esta demostracion es tan evidente que basta abrir las páginas del arancel, aunque no es necesario verificarlo para convencerse de esta verdad. Cualquiera que haya querido introducir una máquina ó cualquiera que haya querido construirla, sabrá las monstruosas diferencias que ofrece el artículo hierro. El Sr. Morquecho nos ha hablado de la nacionalidad, del equilibrio, y á la verdad que no sé si el equilibrio pudiera establecerse en este caso y otros que pudiera citar, pero no quiero abusar de la indulgencia que el concurso me dispensa. ¿Qué equilibrio hay establecido? ¿Quién tiene la aptitud, la omniscencia necesaria para establecer el equilibrio entre las cosas que han de entrar del extranjero y las que no han de entrar? ¿Quién ha dicho al Sr. Morquecho que porque la agricultura española produzca en abundancia ciertos artículos, como, por ejemplo, el trigo, se ha de prohibir la entrada de los trigos extranjeros, porque sino habria una inundacion en el mercado? Pues qué, ¿está Dios tan en favor de los españoles, que siempre nos haya de dar abundantes cosechas, y tan en contra de la pérdida Albion y de las demas naciones, que siempre les ha de privar de ese beneficio, para que tengan necesidad constante del pan español? ¿No puede suceder que por los temporales ó por cualquier otra causa se pierdan en España las cosechas, al paso que allí sean abundantes?

Tengan en cuenta el Sr. Morquecho y los que profesan sus ideas, que esas leyes providenciales que hacen que los hombres se unan en estrechos lazos y se repartan equitativamente los productos de la tierra y que no aspiren á que surja un antagonismo eterno, que se levante una barrera insuperable que imposibilite esos medios de union, esas leyes providenciales son las que hacen que los hombres se entiendan, se abracen y dispongan para sí y para sus familias de esos medios de consumo que su señoría habia olvidado al presentar á los hombres solo bajo el carácter de productores. He dicho. (Aplausos.)

El Sr. Morquecho: A pesar de que he repetido cómo entiendo las relaciones del consumo y de la produccion, el Sr. Figuerola no ha tomado en cuenta lo que he consignado, y por lo tanto tengo que manifestar otra vez que no es el consumo el termómetro de la produccion. No he dicho eso: he dicho que la produccion y el consumo son hechos correlativos, coexistentes, complementarios uno de otro, y de este principio místico deducia yo un corolario terminante, y es que si el consumo es razon suficiente de la produccion, y viceversa, la produccion del consumo, desde el momento en que por la competencia de los extranjeros se nos prive del mercado, se nos privará de la vida: la produccion perecerá, y pereciendo la produccion, no hay cambio. El Sr. Figuerola ha olvidado mi consideracion fundamental, porque yo, siendo lógico con los principios establecidos, consecuente con el hecho de las nacionalidades, dije que nuestras condiciones de produccion son muy diferentes á las de los extranjeros, y que no podemos competir. ¿Por qué se pasa por alto esta inferior-

idad en que nos hallamos? ¿Por qué? Yo repito mi reto, y lo repetiré cien veces, y cuando se quiera entraremos en el parangon de nuestro país y los demas. Demuéstreseme que hay igualdad de condiciones de produccion; demostradme que en hullas, en hierro, en máquinas, en capitales, en capacidad industrial, en mercado, en trasportes, en virtud, en espíritu de libertad y en los demás elementos directos é indirectos, para la produccion de las riquezas somos iguales á los extranjeros, y entonces se habrá contestado á mi principal argumento. He dicho ya lo suficiente para justificar el sistema protector, y esta será mi última rectificacion.

El Sr. Figuerola: Dice el Sr. Morquecho que no he querido admitir su reto; ¡pues si le he contestado ya! He dicho que debe haber esa desigualdad de que se lamenta, pues si las condiciones de produccion de los países fueran idénticas, no habria cambio. (El señor Morquecho: Cambio es equivalente á servicio.) El servicio es el que ha de ser equivalente, y en esto creo que convendremos todos; lo que no ha de ser equivalente es la condicion de produccion, pues cambiar cosas idénticas seria ocioso, y ridiculo, y absurdo. No cambiaremos, por ejemplo, carbones con carbones ingleses. Bueno que para no necesitar de las hullas inglesas tratemos de explotar nuestros centros mineros, pero mientras tanto que el productor nacional siga dando por 10 lo que el extranjero ofrece á 6, esta circunstancia debe tenerse muy presente, pues la economia de la adquisicion de lo que necesitamos, es una de las mas importantes condiciones de produccion; de consiguiente no cambiamos hullas nacionales por hullas inglesas, pero seria absurdo que no cambiáramos por ellas nuestros vinos de Jerez, por ejemplo. Y así es como hemos traído barras para nuestros ferro-carriles desde Inglaterra ó de Bélgica, sin esperar, como se dijo en Francia, para tener ese rápido medio de locomocion, á que se hicieran en el país. Hemos trocado servicio por servicio, dando nuestros productos, obtenidos con condiciones ventajosas de que los ingleses carecen, por la hulla, y las por ellos fácilmente estraidas que necesitábamos y nos faltaban. (Bien, bien.)

El Sr. Presidente: El Sr. Oscariz tiene la palabra.

El Sr. Oscariz: Señores: haciendo uso de la invitacion que se ha hecho, aunque sin significacion política, ni científica, ni literaria, voy á permitirme tomar parte en esta discusion.

La discusion es el crisol donde se depuran los ideas, y así como el calorico es el poderoso elemento del mundo físico, así la expansion de la inteligencia es el elemento de la civilizacion. Nada mas fecundo en resultados, nada mas oportuno, atendido el estado actual de la ciencia económica, que estos debates públicos dirigidos á esclarecer los principios trascendentales de la misma. Digno es de imitacion el ejemplo que nos dejaron los Cobden, los Thompson y otros célebres economistas, cuyos elocuentes discursos en favor del libre cambio produjeron una eficaz emulacion en la juventud mas ilustrada de Inglaterra.

Señores, confiado en la participacion que se concede al público en esta conferencia, he tomado la palabra, no con la convencion satisfactoria del que se propone enseñar, sino con el deseo del que trata de aprender, por cuya razon despues de haber explicado el señor de Figuerola con su acertado criterio y especial conocimiento de la ciencia la verdadera significacion de los principios económicos relativos al tema que se discute, y suscribiendo á los extremos de su doctrina, únicamente haré observar los precedentes de la escuela proteccionista, con el objeto de indagar por medio de la historia si tal sistema ha producido algun resultado beneficioso á las naciones.

Desde luego se advierte que todo sistema restrictivo al que pertenece la escuela proteccionista, se opone al libre uso de las facultades individuales. Sus defensores abrigan temores ilusorios al sostener que una nacion con el libre tráfico puede hacerse tributaria del extranjero, quedando supeditada á la concurrencia de mejores productos. Segun este exclusivismo, un Estado ó nacion debiera producirlo todo para no necesitar de estraños auxilios, teoria que se opone á las leyes de la naturaleza, puesto que si determinados productos agrícolas son susceptibles de aclimatacion, la mayor parte no son susceptibles de traspasar su respectivo grado de latitud. Así la zona tórrida presenta la vegetacion mas lozana y admirable de todo el globo; y si la gallarda familia de las palmeras refleja el ardiente sol del Ecuador, los sauces y musgos buscan los hielos del polo. El reino animal y mineral tiene sus climas con el vegetal, y la inmensidad de los mares no presenta en todas las costas la misma especie de pescados, porque tiene sus climas como la tierra. Es verdad que algunas montañas en una localidad dada presentan latitudes de lejanos climas, que algunos productos han seguido la marcha de las colonias: esto, cuando mas, será una escepcion; y aun en el supuesto de que una nacion pudiera aclimatar en su suelo todos los productos conocidos, solamente desarrollaria una parte de ese gran todo llamado riqueza, á no ser que, como todos los fisiócratas, considerasen la agricultura como el único manantial de la misma. Sabido es que las artes y el comercio crean productos y añaden valor á los que proceden de la agricultura.

El principio económico de la division del trabajo está indicado por la misma naturaleza, la cual demuestra en la variedad de sus fenómenos la unidad de sus leyes. Siendo tanta la diversidad de climas, el comercio se encarga de poner en manos del hombre los pro-

ductos de todos ellos; pero el sistema restrictivo es el muro ante el cual se estrellan los beneficios de la industria, como las olas contra una roca. Por su nimia solicitud ha creado el privilegio sin notar que del privilegio al monopolio no hay mas que un paso, pues cuando una industria está eximida de la concurrencia y apoyada en la acción de un gobierno, sus ganancias no son el pago de los servicios productivos, sino una verdadera contribución impuesta al consumidor. ¿Y por qué razón los intereses del productor han de ser preferidos sobre los del consumidor? Se dirá que por la concurrencia una nación mas atrasada en industria puede ser víctima de otra mas adelantada; mas debe de considerarse que cuando se impide la exportación de un producto, resulta que los capitales se dirigen a la obtención de otro mas favorecido; y al contrario, si se impide la importación, la industria nacional, si no cae en la postración, se mueve con una vida lánguida por falta del estímulo de la concurrencia; y como consecuencia de tal premisa, se crea el inconveniente del contrabando y la necesidad de guarecer la periferia de un Estado con una estensa red de Aduanas.

Respeto sinceramente el derecho constituido, pero en el terreno científico no dejo de conocer que el consumidor no siempre tiene la paciencia de esperar a que los productos de la industria nacional se perfeccionen, y los busca a su precio natural en el extranjero, si quiera sea gubernativamente. Del sistema prohibitivo se desprende de un modo fatal el grave inconveniente que ya observó el sabio economista Say al consignar que, «cuando se obliga al importador a pagar un derecho, entonces se da al productor el privilegio de subir los precios de los productos análogos otro tanto como importa el derecho, y se hace pagar esta ventaja al consumidor, y lo confirma con el ejemplo de que si se introduce una docena de platos de loza que vale tres francos, y se exige un franco en la Aduana, el negociante exigirá cuatro francos al consumidor, lo que a su vez hará el fabricante del interior, y dicho se está que este no habrá pagado el franco de recargo.

Por otra parte, el comercio exterior conduce al país productos que no posee y aumenta visiblemente su riqueza, como lo demuestra el ejemplo irrecusable de Inglaterra, cuya prosperidad la encontraba Smith en su libertad de comercio, y en la facultad de exportar sin pago de derechos. Efectivamente, la acción del Estado y la libertad individual, semejantes a las fuerzas de atracción y repulsión, deben marchar en un equilibrio inalterable y perpetuo a la consecución de la felicidad social. Alterar sus límites, es desviar a la humanidad de la prolongada línea de su progreso.

Los pueblos que tienden a la civilización necesitan instituciones que sean paralelas a sus adelantos, porque dos cuerpos con distinta velocidad no pueden marchar juntos.

La idea del libre cambio, fuerte, vigorosa, llena de vida, dejará indudablemente muy atrás a la achacosa escuela proteccionista, que apenas podrá seguir la velocidad del siglo.

La sociedad tiende a generalizar su existencia; el hombre ya no mira como enemigo al que no es de su raza; las rivalidades de clases no son tan crueles como en pasados tiempos; los odios de pueblo a pueblo se van extinguiendo; la ciencia ha pasado de lo particular y concreto, a los principios generales, de analítica a sintética; la legislación, los códigos van ajustándose a las conquistas hechas por el hombre en su libertad moral y política, y cuando el genio de la industria y del comercio bate sus alas por todos los ámbitos del mundo, permanecerán los defensores del proteccionismo estacionados bajo el inmenso farrago de su sistema reglamentario? El comercio exterior impulsa los intereses de la industria, inocula la civilización en los parajes mas remotos, escita el desarrollo de la riqueza pública, pone en competencia los incentivos del trabajo, hace mas asequibles y baratos los productos, estiende las aplicaciones de los inventos y favorece el crédito público, base hoy día de la preponderancia moral de las naciones; por eso Montesquieu le caracterizó con tanta exactitud como ingenio al decir «que la historia del comercio es la historia de las relaciones de los pueblos,» sin embargo de que era partidario de las restricciones. Pero ya desde tiempos antiguos le habia llamado Plutarco profesion honrosa, que estrecha las relaciones de países extranjeros, y hace alianzas con los reyes. Los cartagineses entonces, y los holandeses en la época moderna, debieron su preponderancia al comercio que tan activa y osadamente hicieron aun en las costas mas lejanas.

Las mismas hordas bárbaras del Norte llegaron a exigir en sus tratados de paz condiciones favorables al comercio, y si Constantinopla pudo sostener sus invasiones con inmensos tributos, lo debió a los recursos que le producian sus relaciones comerciales.

Los romanos, celosos hasta el fanatismo de su régimen político, obreros infatigables del monumento de sus leyes, mas atentos al espíritu de conquista que a enlazar sus intereses con los demás pueblos por la vía pacífica y legal del cambio, descuidaron el desarrollo del comercio; bien que con los trofeos de la guerra adornaba la ciudad eterna.

En medio de la ruina universal del imperio, los pueblos no podían subsistir sin el comercio exterior; así es que durante la Edad Media el comercio europeo se dividió en comercio de Levante y del Norte. El primero le sostuvieron los pueblos litorales del Mediter-

ráneo con los productos del Asia, desde el siglo diez al doce, y el segundo produjo la liga Anseática que fomentaba la riqueza de las ciudades flamencas. Allí donde el comercio cambiaba de ruta se transformaba el aspecto de los pueblos. Venecia, Génova, Florencia y Pisa, que habian recibido de las cruzadas el impulso iniciador de su colosal comercio, perdieron su esclusiva importancia cuando Colon trazó en el Océano la primera y mas brillante página de la historia moderna. Los descubrimientos de españoles y portugueses abrieron un dilatado horizonte a la política y al comercio, y cambiaron la situación económica de las naciones, así como las cruzadas habian arruinado el castillo feudal, y como los pueblos germanos, motivaron la division territorial del mundo romano, sentando la piedra angular de las naciones modernas.

Si hubiera de seguir minuciosamente la marcha del comercio, veríamos cómo sale de su crisálida, por decirlo así, y va conquistando sucesivamente nuevas franquicias y prerogativas; pero siendo mi objeto probar, con el irrecusable testimonio de la historia, que la sociedad tiende insensiblemente al libre cambio, y atendiendo a que reconocidos talentos han desarrollado con la mayor elocuencia el tema propuesto en esta discusión, tan solo cumpla a mi débil alcance indicar algunos ligerísimos precedentes de la ineficacia de la doctrina proteccionista. Todos deseamos la felicidad posible y el desarrollo de la riqueza de la nación, con la diferencia de que unos caminan a tan laudable fin poniendo y removiendo obstáculos alternativamente, y el libre-cambista se agita en una esfera mas amplia y desembarazada. ¿Y acaso las trabas que han aprisionado el comercio han producido en algun tiempo benéficos resultados? Si los gremios apoyaron un día a la industria contra las invasiones de una nobleza codiciosa, fue una institucion subsidiaria entonces que produjo sus resultados positivos, pero que despues los produjo negativos. Merced a las prohibiciones, ciento cincuenta mil flamencos desterrados de su patria fueron a crear la industria inglesa en tiempo de Isabel de Inglaterra.

Merced a las mismas, cuando Colbert, el gran ministro de Luis XIV, habia trazado caminos y canales, restablecido las rentas, cuando habia abierto talleres y fabricas, fomentando el comercio y creando una marina importante, la revocacion del edicto de Nantes concluyó por comprometer la riqueza de Francia, ahogando en su germen tantas mejoras, pues cerca de un millon de desterrados llevaron su inteligencia y su industria a Prusia, Suiza, Holanda e Inglaterra, cuya prosperidad decidieron. Merced a los 800,000 judíos y 900,000 moriscos que salieron de España a verter sobre la costa de Africa las lágrimas de su acerba desgracia, las artes y la agricultura quedaron abandonadas. Tal vez aquellos monarcas creyeron indispensable sacrificar a toda costa los intereses materiales a los morales en favor de la integridad de sus Estados; pero esta indole de consideraciones son ajenas de mi propósito y del objeto de la cuestion.

El elemento histórico es inseparable de todas las ciencias sociales, puesto que despues de examinada la teoria de un principio científico, debe de indagarse la utilidad que ha producido su aplicación. M. Thiers le ha usado para defender el proteccionismo, y nosotros no debemos desdenarle para combatirlo. Deplorables han sido los errores, desastrosas las consecuencias de pasados gobiernos, que por ignorancia de los principios económicos llegaron a recargar con abusivos derechos la causa motriz de la industria y de la agricultura. De esta indole fueron algunas leyes dictadas por Felipe II, y entre ellas la ley 10, lib. 5.º, tit. 23 de la Recopilación, que imponía seis años de destierro al labrador, con pérdida de la cuarta parte de sus bienes, si hiciera y vendiese pan del trigo de su cosecha. No fue mas acertado el mismo monarca cuando prohibió a los portugueses el comercio con los holandeses, pues estos en compensación se dirigieron a la India, de donde arrojaron a los portugueses, de modo que la prohibición se convirtió en su favor, resultando que en Portugal se introdujo el desorden en la administración, y la libertad comercial fue restringida en alto grado, pues como agrupaban las mercaderías en Lisboa sin darles salida, su comercio fue debilitándose, hasta que ingleses y holandeses se aprovecharon de la rica herencia de sus colonias; y si cito con especialidad a Felipe II, es porque en su reinado afluía a España un torrente de metales preciosos procedentes de la América, y porque las rentas escedían a las de todos los príncipes cristianos reunidos; y sin embargo, muchas de sus empresas se malograron por falta de dinero, dejando con todas sus restricciones una deuda enorme. Razon tuvo despues el Consejo de Castilla cuando decia a Felipe III, «que la causa de hallarse el pueblo en tan miserable estado, nacia de la raíz de los demasiados pechos y tributos de que estaba cargado.»

Si la guerra, según dice M. Thiers, es la mas fuerte de las protecciones, debia de haber resultado España la mas favorecida, pues no la faltaron guerras exteriores; y aun en este supuesto, al considerar los beneficios de la industria con los efectos de la guerra, no podríamos menos de exclamar con un poeta latino: *Quis fuit horrendus qui prohibuit enses.*

Las hostilidades de dos naciones no apagan los intereses de las neutrales.

En tésis general es preciso conocer que la protección exclusiva

desvirtúa notoriamente la utilidad de las Aduanas en el concepto que sus adeptos las comprenden, que la riqueza de las naciones es incompatible con el sistema moderno de la balanza del comercio, en razón á que pretende que todo se produzca dentro del país, y que un ejemplo patente es nuestra misma nación, que á fuer de protegida ha marchado lentamente en su industria, a pesar de que Felipe V rebajó los derechos de Aduana, y el gran Carlos III, para reponer la decadencia de la agricultura, hizo traer grano extranjero, que repartió entre los pobres labradores.

Ahora bien; con el sistema, proteccionista, ¿qué importa al hombre hacer saltar las rocas, cambiar el curso de los ríos, abrir canales, elevarse al capricho de los vientos ó abismarse en las sinuosidades de las minas, si los productos que adquiere con tan heroicos sacrificios han de sufrir la tortura de un complicado arancel? Un justo *laissez faire* es el medio mas á propósito y espedito para que la industria se mueva con sus propias alas; pues según el citado economista Say, «cuando la intervención del gobierno se ejecuta á espensas del Tesoro público, es gravosa á los contribuyentes, y al consumidor, cuando se cobra anticipadamente un impuesto sobre la mercancía, porque la encarece,» debiendo de observarse que por el comercio con el extranjero se ha visto escocer la suma de importaciones á la de exportaciones. Las trabas é impuestos según el mismo, pueden ser un inconveniente necesario; pero suponerlos útiles á los intereses de los administrados, es desconocer los fundamentos de la prosperidad de las naciones, es ignorar la economía política.

De intento hago mérito de este autor porque no tiene nada de alarmante respecto de otros mas modernos que por no ser prolijo podría citar, pero que en otra ocasión procuraré examinar hasta donde mis débiles fuerzas lo consientan.

Por las profundas reflexiones aducidas en esta ilustrada reunión por los defensores de las doctrinas que suscribo, se ve sin género de duda que la escuela proteccionista es un edificio desmoronado por la acción del tiempo, y sobre cuyas ruinas ondeará algún día el pabellón del libre cambio.

En un recipiente tan pequeño no puede caber la expansión de la libertad moderna, por lo que concluyo diciendo que todos los autores modernos que han adquirido un eterno y glorioso nombre en la ciencia económica, son partidarios de la libertad de comercio. (Aplausos.)

El Sr. Rodríguez San Pedro: Señores: no pensaba yo venir tan tarde á la discusión: creí hablar inmediatamente después del señor Figuerola, y así hubiera tomado de él, como maestro, el magnífico método y el nutrido estilo que domina siempre en los discursos de su señoría cualquiera que sea el objeto sobre que versen.

Pero como quiera que no ha podido ser así, voy á comenzar siguiendo el sistema de los señores libre-cambistas, haciéndoles algunas concesiones para que así podamos hablar sobre un mismo punto y dirigirnos por las mismas reglas. Nos han concedido estos señores como hipótesis, que nuestro sistema puede ser justo; yo creo que esto no es una concesión, pero sin embargo, como tal la tomaré.

El Sr. Figuerola ha sentado como principio absoluto el del libre cambio; y justo y natural y lógico era que así lo hiciese su señoría por cuanto siendo libre-cambista, era forzoso que buscase en ese principio el principio universal que domine á todos los fenómenos económicos. Yo estoy con su señoría, quiero estarlo, le hago esta concesión; pero el cambio, por ser principio absoluto, por ser principio que domine toda la economía política, en concepto de su señoría, ¿es acaso incondicional? ¿Es tal vez un principio generador, un principio tan radical que no admita ninguna clase de modificaciones? Los cambios ¿no pueden ser iguales y desiguales, fructíferos ó perjudiciales, buenos ó malos? Claro está que cuando el cambio se presenta solo, cuando el cambio no necesita moderador porque es bueno de por sí, el cambio absoluto, el cambio libre es una verdad. Pero como quiera que yo no entiendo por el libre cambio lo que entiende el Sr. Echeagaray con un ilustre autor, el cambio libre; como yo en esto no veo mas que una trasposición de palabras que no es por cierto el lleno de la verdad, de ahí que no admita como perfecta esta definición que su señoría nos daba, y que considere que el cambio necesita condiciones que lo moderen y regulen, y tanto las necesita, que, en el terreno de las relaciones de los individuos y de las naciones entre sí, he oído muchas veces al mismo Sr. Figuerola que son indispensables estas condiciones, y creo que su señoría estará conforme todavía con esa regla, porque su señoría parte del principio de que no hay libertad sin regla, y de la necesidad por consiguiente de que los individuos estén sujetos á una ley dada por el poder supremo, por el Estado, por algo, en fin, que modele y regule el cambio.

Pues ahora bien; ¿no comprendéis todos vosotros que si se ponen dos personas á cambiar y la una abusa de su fuerza, de sus condiciones, de su posición, de su superioridad, el cambio que se verifique será desigual, será la injusticia, la fuerza, la explotación, en una palabra, del hombre por el hombre? Esto es una cosa, innegable: el cambio en dos individuos es bueno en tanto cuanto está sujeto á reglas, porque si algunas veces se coloca un individuo frente de otro, y el uno abusa de su superioridad, sea cualquiera la causa de ella, el cambio que realicen no puede ser ese principio protector, ese principio generador de las relaciones económicas; no será

mas que el espolio. Por esta razón yo entiendo por cambio lo que debe ser, esto es, el cambio con iguales condiciones. Nos encontramos, pues, con que se puede abandonar á los individuos á sí mismos para que efectúen el cambio, porque hay un Estado que da la regla, el método, el sistema, y por consiguiente, contra los abusos que pueden perturbar el fenómeno llamado cambio hay una represión.

¿Pero es lo mismo cuando los individuos comercian entre sí, que cuando comercian naciones con naciones? No; desde luego se comprende que no puede ser así, porque si el cambio entre dos individuos puede estar sujeto á una ley, no puede hacerse lo mismo con el verificado entre dos naciones, porque entre dos naciones no hay ley; y digo que no hay ley, en el sentido puramente humano, en el sentido de que no hay un poder superior que pueda imponer la ley á esas naciones, ni una potencia superior que la conceda su sanción sino que las naciones tienen que cuidar por sí mismas de la conservación de sus intereses. De aquí se deriva y nace naturalmente otro principio que es el principio del egoísmo nacional, del interés nacional, de la conservación nacional; en fin, de la aplicación de ese principio que establece *si vis pacem para bellum*.

Pues bien, señores, si la situación de los individuos es tan distinta de la de las naciones, claro es lo imposible de aplicar ese principio en absoluto, y lo que hay aquí no es mas que una confusión de los principios y reglas que rigen á los individuos, con los principios y las reglas que deben regir á las naciones; siendo así que están en muy diversas condiciones, siendo así que las mas tienen que apoyar su derecho en la fuerza de las bayonetas, y los otros lo apoyan solamente en la ley. De modo señores, que esta confusión es la mas perturbadora de cuantas pueden presentarse; de modo que debe de quedar sentado que las naciones tienen que prepararse para el cambio de una manera que no pueden prepararse los individuos.

Pero quiero prescindir de esta base, que me parece irrefutable, y voy á ocuparme del cambio que entre sí pueden tener las naciones. Suponed dos con las mismas condiciones ó con condiciones naturales diferentes, porque las condiciones de la naturaleza nadie puede igualarlas, y quiero suponer que existe esa ley, esa regla, ese poder superior que puede exigir el cumplimiento de los deberes, lo cual es bastante suponer. La verdad es que no se puede negar que un individuo, por sí mismo, es un productor cien veces mas débil que otros que por virtud de la privación hayan constituido el ahorro, ó sea el capital. Porque yo creo que lo mismo los señores que militan bajo las banderas del libre cambio que los que militamos bajo las del proteccionismo, que cuantas escuelas pueden abrigarse dentro de la economía política, todos creen como un principio inconcuso, y cierto que el capital es una fuerza poderosa de producción, y que no se forma de otra manera que con el ahorro. Suponed, pues, que el individuo se encuentra en determinadas condiciones de producción, y que observa que con ellas le es imposible presentarse, no ya en el mercado nacional, sino ni aun en el de su propio suelo, y que hay otro productor que tiene mejores condiciones que él, porque á las naturales reúne las artificiales creadas por sí mismo del ahorro, que es el capital; ¿qué hace entonces aquel individuo si impone privaciones, amontona óbolo sobre óbolo, pieza sobre pieza, y forma un pequeño capital bastante para ponerse en condiciones iguales de producción? Entonces nace el cambio, porque hasta entonces era imposible que naciese.

Pues bien, señores; ¿qué es lo que entonces hacen las naciones? Se encuentran frente á frente con intereses exclusivos y egoístas, con otros que tienden al monopolio de lo que se llama mercado general, y como calculan que puede llegar día en que estos las dominen, le imponen también privaciones y crean lo que se llama el capital nacional, que no es única y precisamente el capital de los individuos, sino la suma de otras cosas que influyen en la producción, y que son independientes del individuo. Así, pues, este capital nacional representa, no solo el capital aumentado por los particulares, sino también los instrumentos de producción, entre los que se cuentan como principales los instrumentos de aproximación que se llaman caminos, canales, barcos y otra porción de cosas que tienden al engrandecimiento del individuo, favoreciendo al mismo tiempo á la nación. Pues bien, si esto es verdad, claro es que todo aquello que tiende á favorecer la acumulación del capital, tiende á favorecer la producción.

Con esto queda demostrada la primera parte del tema; pero voy á sentar otro principio, que es el de la competencia. Nos dicen que el cambio es mas poderoso y enérgico á medida que los productos que se presentan son mas abundantes y mas baratos; y yo voy á demostrar que lo que sucede precisamente con eso es hacer desaparecer la baratura haciendo desaparecer la competencia. Porque, señores, si es verdad, y en esto se funda ese principio, que los distintos suelos y las distintas naciones tienen diversas condiciones de producción, también lo es que aquellas que no tienen elementos naturales bastante poderosos en ese sistema de libertad no pueden producir aquellas cosas que producen otros suelos mas favorecidos, y por consecuencia vendrá á suceder que nuestra España, por ejemplo, que se encuentra en condiciones peores de producción en muchos productos manufactureros, y en otros naturales que forman la base de la in-

dustria agrícola, llegaría a encontrarse sin producción apenas; y entonces, ¿qué sucedería? Que se cambiaria con malas condiciones y se compraría mas caro en lugar de comprarse mas barato, porque como nadie que lleva un producto al mercado abarata el precio sino en cuanto se le hace la competencia con otro producto, y no teniendo nosotros productos similares, ¿dónde estaría la competencia? ¿dónde la baratura? Esto es innegable.

Se me dice que la competencia no sería ya en nuestro país, sino fuera. A mí me gusta ir a buscar al contrario en sus tiendas, y batirlo allí. Tampoco esto sucedería, y me alegro que algunas personas confiesen que no podríamos sostener la competencia con el extranjero; pero vamos, en fin, al argumento.

Suponed que en un país donde haya facilidad de producción de ciertas materias, sean mas de uno, mas de diez y mas de veinte las personas y los capitales que se dediquen a la producción de esas materias. Entonces, simultáneamente, con ese aumento de producción vendría la ruina de las demás naciones no tan favorecidas, y se presentarían en mayor suma las grandes crisis y las necesidades de estos países, porque por mucha que fuese la producción de esas naciones favorecidas, nunca sería tal que bastase para cubrir abundantemente las necesidades del mundo entero, que estarían llamadas a satisfacer. Entonces aquellos productores, abusando de sus fuerzas, cerca los unos de los otros y unidos por el interés de no dejar a ninguna industria, a ninguna producción extranjera disputarles la supremacía de cualquier mercado, acudirían con todos sus productos, exagerándolos, si lo creían necesario, a luchar contra aquella industria naciente, débil como todas en sus primeros pasos, y la abrumarían bajo el peso de su tirano monopolio. Teniendo aseguradas ganancias exorbitantes al precio limitado de un mercado hambriento, no querían someterse al reducido que les señalase la concurrencia, y su único móvil sería destruir esta, matando toda riqueza naciente; y una vez muerta, volverían a su sistema primitivo, esto es, a reponer sus fuerzas y a sacar de ellas mayor provecho y ventaja. Y esto no ha sucedido así solamente en teoría, sino que acontece todos los días, como lo acredita la historia.

Y hablando de la historia, voy a otro de los argumentos que se presentan ordinariamente por la escuela libre-cambista. A aquella cuestión está enlazada la de si la división del trabajo efectivamente aumentaría la producción, y si tendríamos, por tanto, mayor suma de riqueza y prosperidad universales. Yo pregunto: ¿acaso han variado las condiciones de la humanidad y las de los mercados? ¿Qué es lo que ha sucedido, por ventura? ¿Ha sucedido jamás que cuando las fuerzas humanas eran libres, que cuando podía decirse que los fenómenos económicos podían ir donde querían, había la suma de prosperidad universal que hoy existe? ¿Se han visto alguna vez productos tan varios, tan buenos y tan baratos como ahora? Contesté por mí la historia. Siempre nos muestra el mismo resultado; cuando se ha practicado el sistema de la libertad absoluta, nos presenta una nación dueña de los mares y de la tierra, cuya dominación se extiende a todos los mercados, nacionales y extranjeros, imponiéndoles su propia conveniencia y provecho. ¿En qué consiste ese gran escándalo del mundo antiguo, donde hay una república mas poderosa que las demás, que domina a todas ellas, que se hace señora del universo y que mantiene a los pueblos sujetos a su yugo en un estado del que a duras penas pueden levantarse? ¿Qué ha sucedido en la Edad Media? ¿No recordais que durante ese período se han ido sucediendo en el imperio del comercio universal Génova, Venecia, Holanda, cuyo engrandecimiento dependía de su mayor ó menor protección? ¿No habeis visto a la Inglaterra, que por medio de la protección ha arruinado a la próspera Holanda cuando aquella gritaba *mare clausum*, mientras que esta proclamaba *mare liberum*?

Y yo pregunto todavía: ¿hubo tanta independencia, hubo tantos elementos de producción, hubo tanta competencia, hubo tanto cambio y tantas buenas condiciones económicas como existen al presente, en que el sistema protector, sino domina en todas partes, ha preparado al menos la situación actual? Yo pido que se me cite un solo período de la historia del universo que nos pruebe las ventajas de esa proclamada libertad comercial; y con tal que se me presente, diré: teneis razon, a esa causa se debe, y no a las que yo me refiero. Cuando esto se verifique, cuando encontremos pueblos ricos que por el sistema protector, a vuestros ojos funesto, se hayan arruinado en pocos años mientras los demás creciesen a la sombra de la libertad, entonces confesaré que la causa de ello es la que vosotros decís. Entre tanto, repito mi deseo de que se me cite un solo momento de la historia que me desmienta; y yo, en cambio, presentaré ejemplos a millares que prueban que tal libertad absoluta ha sido existente con la ruina de las naciones que han tocado las desastrosas consecuencias del rigorismo de ese principio fatal. Y cuenta que naciones prósperas han visto desaparecer su inmensa riqueza, sus cuantiosos capitales y despues su ruina, y han tenido que mendigar su propio sustento, y vender la independencia por un pedazo de pan al extranjero.

Señores, el vecino imperio, del que no há muchos meses se nos decía que entraba en ese camino, al cual se nos presentaba como la estrella que había de guiarnos al portal de Belén donde ha de na-

cer el libre cambio, el vecino imperio, que adoptó el sistema de la libertad a fines del siglo pasado, en cuatro ó seis años que tardó en estallar la revolución, vió arruinada su industria, aniquilada su riqueza y su independencia comprometida. (*Una voz*: No.) ¿Que no? ¿Quereis mas ejemplos? pues voy a presentarlos. Recordad a Portugal, recordad que celebró un tratado comercial con Inglaterra: pues bien, Smith, ese hombre previsor, ese maestro en la ciencia económica, decía a los ingleses: habeis celebrado un tratado que os arruinará; pues qué ¿quereis vosotros, que apenas teneis dos dedos de tierra, luchar en productos agrícolas con Portugal, que tiene un clima tan suave, un cielo tan benigno, una tierra tan fecunda? Adam Smith añadía: habeis pactado el cambio de vuestras manufacturas con los productos agrícolas de Portugal, y le habeis dicho: tú eres fértil, rica en territorio, abundante en granos, produces riquísimos vinos de Oporto; danos todo eso; nosotros te daremos manufacturas; y habeis hecho bien, porque ¿para qué quereis molestaros, para qué quereis cansaros, para qué quereis agotar vuestras fuerzas, para qué quereis luchar inútilmente contra vuestra propia naturaleza? ¿Y qué ha sucedido, señores? ¿No vemos hoy a Portugal casi palpitante cadáver y próximo a ser devorado por el leopardo inglés? Pues bien, el gran Smith, juzgando por vuestros principios, preocupado como vosotros lo estais, creía que ese tratado sería una gran ventaja para el primero. ¿Y qué sucedió? Ya lo habeis oído.

Véase, pues, como todos los ejemplos que podais citarme son contraproducentes, porque todos prueban que si llegan al libre cambio las naciones es por medio de la protección. Nos decís que no es por la protección, sino por la división del trabajo por donde se va a la libertad comercial. Pues eso mismo venia a pactar Portugal, toda vez que pactaba, siendo ante todo un país agrícola, el comercio y el cambio de sus granos y de sus caldos por manufacturas inglesas.

Por consiguiente, en el terreno de la historia, en el terreno de los hechos ¿se puede presentar principio alguno que sea a menos de una preocupación extrema bastante a legitimar la teoría libre-cambista en materia de comercio?

Por el contrario, tenemos la protección que, no mirada en absoluto, porque así no debe mirarse, dice: pues qué los pueblos no tienen genio poderoso para vencer todos los obstáculos en todas partes, si bien poseen facultades naturales para luchar dentro de su territorio, apoyemos el desarrollo de esas facultades: sea en buen hora agrícola el que por la naturaleza está llamado a serlo; sea en buen hora industrial si su genio lo reclama; y si no tiene capital, cualquiera de los dos le aconseja que lo cree como lo crea el individuo, imponiéndose privaciones. Esto es lo mismo que se dice al individuo: no tienes capital, crea el ahorro; y cómo? por medio de la privación.

Por consiguiente, ahí teneis vuestros mismos principios, vuestra lógica, vuestro mismo criterio, que se vuelven contra vosotros como una espada de dos filos. Quereis aplicar a las sociedades el criterio individual: pues ahí lo teneis; que acabareis por ser proteccionistas, porque lo mismo que pedis para un individuo que se llama hombre, habeis de pedir para el individuo que se llama nación. Al individuo le dais condiciones de igualdad; pues dádselas también a la nación.

Pero acaso se me dirá que estos argumentos caen por su base, puesto que se fundan en la suposición de que la nación existe, y puesto que las naciones no deben existir, sino que debemos perderlos todos en ese inmenso mar que se llama humanidad. Señores, no es esta ocasión para tratar asunto tan vasto: creo firme y poderosamente, y en esto quizás me aparte de mis amigos, que las naciones son un hecho providencial, son una necesidad para que el individuo se desarrolle, y que no es posible la libertad, la igualdad y la fraternidad sin la organización de ese cuerpo que se llama nación.

Pero como quiera que sea, pues esto basta a mi propósito y quiero sujetarme al tema, la verdad es que las nacionalidades existen, la verdad es que son un hecho que a todos domina; la verdad es que ni las teorías del libre cambio ni las de la protección son poderosas a prescindir de ese hecho para concluir con las naciones, y para refundirlas en la fraternidad universal: por tanto es preciso, si hemos de ser lógicos, que marchemos con ese hecho.

Por lo demás, ¿qué puede ser un sistema que se dice aplicable a la unión de todas las naciones, si para su aplicación han de desaparecer estas, y desapareciendo estas no hay medio ni materia sobre qué aplicarle, puesto que por lo menos era preciso aplazar su aplicación para cuando las naciones hubiesen desaparecido? Mas esto nunca lo concederé: para mí las naciones no desaparecerán; creo que la humanidad misma no puede existir si ellas no existen.

Preciso me será concluir, porque deseo oír, como vosotros, a cuantos puedan hablar esta tarde en sentido contrario. Buseo la verdad como el Sr. Figuerola y como todos los libre-cambistas: quisiera encontrarla lo mismo que ellos quieren; pero creo hasta el presente, con una convicción tal que me figuro inquebrantable, que con el sistema del libre cambio es imposible que se consigan esos fines, ese objeto a que aspiran todos los hombres que se dedican al estudio de las ciencias. (*Aplausos prolongados*.)

El Sr. Rodríguez (D. Gabriel): Señores, la reunión debe estar

ya fatigada, y será, por lo tanto, muy breve, aunque podría decir mucho sobre las ideas emitidas por los Sres. Morquecho y Rodríguez San Pedro.

Empezaré felicitándome de que los proteccionistas hayan simplificado sus doctrinas hasta el punto de tomar ya por única y exclusiva bandera la teoría del alemán Federico List. La mayor parte de los sofismas que antes presentaban nuestros adversarios han desaparecido casi por completo, y hoy solo queda en pie el proteccionismo que distingue entre la economía política cosmopolita y la que llama *nacional*. Lo podeis deducir de los argumentos y hasta de las apreciaciones históricas que hoy se nos han presentado aquí. El proteccionismo, pues, se ha encerrado en su última ciudadela, y en ella está ya hoy toda la fuerza del sistema, por mas que algunos de sus partidarios desbandados sostengan aun sus primeros principios y hagan de vez en cuando algaradas en el campo libre-cambista. Por consiguiente, examinando y refutando la teoría de List, queda contestado todo lo que acabamos de oír, todo lo que aun queda en pie, contrario á la doctrina que los individuos de esta Sociedad defendemos. (*Bien, bien.*)

La teoría del célebre economista alemán, y digo célebre por el ruido que ha hecho, no por su mérito verdadero (*risas*), se apoya en dos distinciones: una entre la economía política cosmopolita y la economía política nacional, y otra entre las fuerzas productivas y los valores cambiables. Examinad los argumentos empleados por los Sres. Morquecho y San Pedro á la luz de estas dos distinciones, y vereis que no hay en ellos otra cosa, porque todas las consideraciones que han presentado son consecuencias y deducciones de aquellas. A la distincion entre dos economías ya ha contestado anticipada y casi proféticamente el Sr. Echegaray, demostrando que no puede haber mas que una ciencia para la humanidad entera; pues si hubiera dos economías, caeríamos en el ridículo con tanto gracejo indicado por dicho señor de tener que adoptar una economía política muy grande para Rusia y otra muy chiquitita para la república de Andorra. (*Risas.*) Y es que el economista alemán, el gran maestro de la ciencia proteccionista, el pontífice de su escuela, tenia muy malas cualidades para maestro; porque empezaba por ser muy mal estudiante. El mismo lo reconoce diciendo en el prefacio de su libro que una vez, despues de haber estudiado un poco de economía política, se le ocurrió la idea del «sistema nacional», y desde entonces no quiso entrar en mas averiguaciones, y se lanzó al terreno de la práctica. Como Fray Gerundio, dejó los estudios y se metió á predicador. (*Risas y aplausos.*) Así es que era tan grande su ignorancia en la materia que pretendia enseñar, que no cita un solo economista cuyas ideas no desfigure lastimosamente. Díganlo las teorías y los principios de Smith, de Ricardo, de Malthus, de Say, tan injustamente juzgados y maltratados por el maestro proteccionista.

Pero dejemos, señores, la persona de List, y veamos sus doctrinas, defendidas por los Sres. Morquecho y Rodríguez San Pedro. Han dicho estos señores: es preciso que haya igualdad entre las condiciones de producción de los países que cambien. Y esa igualdad ¿en qué consiste? Segun ellos, en que tengan igualdad de capitales, igualdad en los medios de transporte, igualdad en su capacidad industrial. Mientras estas igualdades no existan, List y sus discípulos, fundándose en la citada teoría y distincion entre las fuerzas productivas y los valores, suponen que la nacion menos favorecida ha de arruinarse por el cambio, y por lo tanto es necesario que cada nacion procure ponerse al nivel de las otras, desarrollando sus fuerzas por medio de la proteccion. Pero en este punto se les podría hacer una observacion muy sencilla. Si, como aseguraís, vuestro intento es realmente crear y desarrollar esas fuerzas, ¿por qué las hemos de crear con la Aduana y no por otro medio mas directo? ¿Por qué no preferís las subvenciones ó primas á los industriales? No se conseguiría así mejor el objeto, y sobre todo de una manera mas sencilla y menos ocasionada á abusos? Así, aun supuesta la necesidad de crear por la accion del Estado esas fuerzas productivas, no hay una razon que abone vuestro desastroso sistema aduanero. (*Bien, bien.*)

Pero ¿para qué esa igualdad de condiciones de producción? ¿Para qué hace falta que las naciones tengan iguales medios de producción, ni que haya entre ellas igualdad en los de transporte? Para nada absolutamente. Al contrario, la desigualdad de medios productivos es la primera condicion del cambio, como ha dicho muy bien el Sr. Figuerola, y ninguna nacion puede ganar mas, proporcionalmente, en sus transacciones con las otras, que aquella que tenga menos condiciones de producción y esté mas atrasada en el desarrollo de su riqueza. Sucede con las naciones lo mismo que con los individuos; á los pueblos les conviene, cuando quieren satisfacer sus necesidades, encontrar en derredor de sí mercados numerosos y pueblos ricos, en que sean abundantes los capitales y esté muy desarrollada la producción, como conviene al individuo, para cambiar, que lo rodee gente mas rica y no una manada de haraposos. (*Aplausos.*) Además, señores, el individuo que cambia no puede cometer esos errores que tan lamentables le parecen al Sr. Rodríguez San Pedro: ni en los cambios de individuo á individuo, ni en los de nacion á nacion, que no son sino un conjunto de cambios de individuo á individuo, puede haber nunca esa injusticia que suponen nuestros adversarios cuando hay libertad, porque en que haya li-

bertad consiste precisamente la justicia de las transacciones, á menos que se admita el principio de justicia en la contratacion de la manera que lo proclama la escuela proudhoniana. En efecto, señores, ¿en qué consiste la justicia del cambio? En que cada uno de los que cambian tenga libertad completa; en que no esté sometido á ninguna fuerza que le obligue á tomar, por un precio mayor que el que él quiera dar, el producto que se le ofrece. No puede haber injusticia mientras no haya una presion exterior, y, por consiguiente, no se comprende esa explotacion del hombre por el hombre de que nos habla el Sr. Rodríguez San Pedro. En la teoría de Proudhon, á la que parece inclinarse en esta materia el Sr. San Pedro, sin perjuicio de apoyarse en List, en la teoría de Proudhon hay, si, injusticia en el contrato cuando no se da igual cantidad de trabajo por ambas partes. Pero ¿cuál puede ser el remedio contra esa soñada injusticia? ¿La proteccion? No; el remedio es la tasa, que sin embargo combaten hoy, aunque en otro tiempo la aceptaban, los proteccionistas: el remedio es que el gobierno ó la autoridad pública examine todos los productos que salen al mercado, que midan las horas de trabajo que cada uno representa, el capital en cada uno invertido, y que no permita verificar cambios sino sujetando todos los artículos á un precio fijado por la ley. ¿Aceptais ese medio? Si no lo aceptais, no nos habéis de injusticia de la libertad en el cambio. (*Bien, bien; aplausos.*)

No, no puede haber nunca, no hay injusticia cuando el cambio es libre. La injusticia solo puede provenir de que sea obligado el individuo á dar un precio fijado por la fuerza, ó á tomar una cosa contraria ó diferente de la que desea. Lo único que podrá haber en un cambio hecho libremente, es un error individual y un daño para el que lo cometió; pero ese daño es inevitable, y se aumentaría sustituyendo al criterio individual en el cambio, el criterio del Estado, porque este es de todo punto incompetente para saber qué es lo que conviene en cada caso particular á cada individuo, y no puede nunca saberlo tambien como el individuo mismo, por sabio que supongamos al primero, por ignorante que supongamos al segundo. (*Aplausos.*)

Pero se nos habla tambien del interés de la nacionalidad por List y sus discípulos, y yo les preguntaré: vuestros argumentos sobre los daños que pueden ser consecuencia del cambio libre por la desigualdad de condiciones, ¿son el fundamento en que se apoya la proteccion nacional? Pues aplicadlos lo mismo que á las naciones, á las provincias, á los pueblos y á los individuos. Si es preciso para que una nacion no se arruine al cambiar con otra, que tenga iguales condiciones de producción que ella, lo propio debe decirse de provincia á provincia, de pueblo á pueblo, y hasta de hombre á hombre. (*Bien, bien.*) Si los proteccionistas no quieren las Aduanas mas que en las fronteras, tienen forzosamente que abandonar todas sus razones del orden económico, y refugiarse en el argumento de la posibilidad de una guerra, que es lo único en que pueden diferenciarse dos naciones de dos provincias ó individuos.

La cuestion está reducida, pues, á averiguar si por el peligro de una guerra convendrá que se prohiban los cambios internacionales, es decir, si conviene curarse en salud para cuando uno esté enfermo. (*Risas.*) Antes de pasar adelante, se me ocurre una observacion. Si porque la guerra es un riesgo para la industria se modifican las leyes económicas generales, que son de todos los tiempos y de todos los países, como ha reconocido el Sr. Morquecho, ¿por qué no se modifican igualmente esas leyes por otros riesgos semejantes ó muy superiores quizás? ¿Por qué no han de variar las leyes constitutivas del cambio por las heladas, la pérdida de las cosechas, las epidemias ó cualquiera otra calamidad? Pues si no hay motivo para que varíen por eso, ¿qué motivo existe para que cambien de naturaleza por el temor de la guerra? Ninguno ciertamente. La guerra es un riesgo como los que acabo de citar, y parece extraño que la guerra sola domine las leyes naturales cuando están por estas dominados todos los demas riesgos. (*Bien.*) Pero dicen los proteccionistas que, en el caso de una guerra entre dos naciones, queda perjudicada la menos favorecida en condiciones de producción, que imposibilitada de cambiar con la otra, tendrá que suspender la satisfaccion de sus necesidades, viéndose espuesta á morir de inanición. Y hé aquí cómo esos señores, tan enemigos del cambio, quieren prohibirlo, no porque sea malo, sino por el temor de que algun día pueda interrumpirse. (*Bien, bien.*) Ahora bien; ¿es verdad que podrán suspenderse completamente los cambios y verse una nacion en el triste estado que nuestros contrarios suponen? No, señores; eso no puede suceder nunca, porque cuando estalla la guerra entre dos países, podrá suspenderse el comercio directo, público y manifiesto entre ellos; pero no cesarán las transacciones con los demas países, ni aun el comercio secreto entre los dos que se hallen en guerra. El interés individual, no solo no se arredra tan fácilmente por las consecuencias de la guerra, sino que tal vez se aprovecha de esta circunstancia. Así tenemos á los ingleses vendiendo fusiles á los cipayos para resistir á sus compatriotas en la India; y en tiempos anteriores, hemos visto el gran ejemplo del bloqueo continental de Napoleón, en que, á pesar de su odio á Inglaterra, todas las naciones hacian contrabando con ella, y le llevaban, aunque por mas alto precio, los productos que necesitaba. (*Bien, bien.*)

Además, señores proteccionistas, ¿quereis que prohibamos absolutamente todos los cambios? ¿Sí ó no? Si quereis lo primero, decidlo terminantemente, y pedid que dentro del país se cree todo. ¿No lo quereis porque os parece absurdo? ¿Admitís con vuestro maestro que la prohibición no debe ser absoluta, sino limitada á ciertos productos? Entonces, sabedlo, no habeis conseguido nada para el caso de una guerra, y todo el aparato proteccionista es completamente ilusorio. Al explicar la teoría de la necesidad de crear fuerzas productivas con preferencia á los llamados en el tecnicismo proteccionista valores cambiablos, sedice que es preciso dejar entrar libremente las primeras materias, y prohibir ó dificultar la entrada de los productos manufacturados. Pues bien; en caso de una guerra, la misma dificultad habrá para adquirir las unas que los otros, y tendrán que suspender su acción por falta de materia esas fuerzas productivas, con tantas privaciones y penalidades creadas.

Este argumento no tiene contestación. Si con la guerra muere el comercio, morirá el de las primeras materias como el de los artículos manufacturados, y de nada habrá servido prepararse con la protección, que nociva en tiempo de paz, hará que durante la guerra haya mayor cantidad de máquinas, de fábricas, de capitales, de fuerzas productivas, en fin, inútiles, sin empleo posible por falta de alimento. (Aplausos.)

Otro argumento presentaba el Sr. Rodríguez San Pedro, que se puede contestar con argumentos del Sr. Morquecho, el cual no está en algunos puntos de acuerdo con su señoría, y esto me recuerda una observación que otras veces he indicado ya, y es, que apenas se encuentran dos proteccionistas que estén completamente conformes en todos los fundamentos que constituyen su doctrina, aunque esa doctrina la hayan adquirido de los mismos libros y de los mismos maestros, en tanto que nosotros los libre-cambistas no discrepamos nada en el modo de apreciar las bases de que se apoya todo nuestro dogma.

Decía el Sr. Rodríguez San Pedro: si hubiera libertad de comercio, los extranjeros nos traerían sus productos á muy bajo precio mientras tuviéramos algo que darles en cambio, y cuando nos hubieran arruinado, subirían el precio de sus artículos. Pero si tenemos algo que darles en cambio de lo que nos traen, será porque tengamos industrias propias, cuyos productos convenga á los extranjeros adquirir en España, en vez de producirlos en su país directamente, y si las tenemos, serán diferentes de aquellas cuyos productos nos traigan, y no podrán morir, antes bien prosperarán y progresarán grandemente con el mercado que fuera del país se les abre, y con la baratura de todos los objetos debidos á los otros ramos de la producción, para los que no haya buenas condiciones naturales en España. ¿Se dirá acaso que los extranjeros nos venderán con pérdida artículos similares á los de nuestras industrias propias, para matarlas? ¿Que cálculo tan equivocado! ¿Qué supuesto tan absurdo! ¿Qué pobre idea tienen los señores proteccionistas de las inteligencias extranjeras! Los productores de otros países que tienen su utilidad en conseguir grandes mercados, ¿habían de imponerse una pérdida en sus cambios con nosotros, sin mas objeto que el de matar nuestras industrias? Pues qué, ¿no es evidente que de este modo destruirían con gran daño suyo el mercado de nuestro país? ¿Cómo no se ve que el interés de los extranjeros está en que produzcamos mucho? Si, como decía el Sr. Morquecho, la producción y el consumo son correlativos y no se puede vender sin comprar, y viceversa, principio que recomiendo á la ilustración del Sr. San Pedro, ¿no es evidente que ese ridículo maquiavelismo que se supone en los extranjeros se volvería contra ellos, sucediéndoles lo que al fabricante, á quien para ganar mas, se le ocurriese amorar su clientela? No; cuando se establece el libre cambio, los extranjeros no realizarán los supuestos imaginarios de los proteccionistas. Pero hay mas todavía y es, que aunque los realizasen, aunque nos trajesen con pérdida sus productos, no nos arruinarían. Si alguien en esto se arruinaba, serían ellos; si algunas industrias morían por tan estravagante modo de practicar el comercio, serían las industrias extranjeras, no las de nuestro país. (Aplausos.)

Es muy tarde, señores, y aunque mucho podría decir aun sobre este asunto, no quiero insistir mas en él. Ocasiones habrá de ampliar estas ideas, puesto que ha de continuar la discusión pendiente, porque supongo que no serán los Sres. Morquecho y Rodríguez San Pedro los únicos proteccionistas de España que se resuelvan á venir á discutir con nosotros.

Voy ahora á hacer, siquiera sea rápidamente, algunas consideraciones sobre las noticias históricas que nos ha presentados el Sr. Rodríguez San Pedro con respecto á Portugal. Tiene su señoría demasiada fé en su maestro, y ha tomado como el Evangelio las apreciaciones del célebre List, cuando no hay libro que esté mas lleno de errores históricos que el suyo.

Decía el Sr. Rodríguez San Pedro: «preséntese una sola nación en que la libertad de comercio no haya producido perjuicios, y una sola en que la protección no haya traído bienes. ¿Que se le presente una nación? Todas, Sr. San Pedro; ¿que se le presente una época de la historia? Todas, absolutamente todas. En todos los tiempos y en todas las naciones la libertad de comercio ha producido el desarrollo de la riqueza pública: esto es lo que se encuentra en la historia, cuando

do se estudia bien; cuando la historia se desfigura, como han solido desfigurarla los proteccionistas, no se encuentra mas que lo que en ella se quiere encontrar. No debo detenerme en esto, porque el señor San Pedro no ha presentado pruebas, y me limitaré á decir algunas palabras sobre el ejemplo de Portugal, en el que su señoría ha condensado, por decirlo así, toda la fuerza de sus consideraciones históricas, citándonos el famoso tratado comercial, conocido con el nombre de tratado de Methuen.

Los proteccionistas habrán estudiado tal vez con detenimiento la historia de este tratado, pero olvidan un hecho principalísimo, y es que en el mismo día y en el mismo año 1703 que se firmó este, se firmó otro tratado político entre Inglaterra y Portugal, que tiene treinta y tantos artículos, cuyo tratado es el que ha producido los males políticos que Portugal experimentó despues, y que los proteccionistas achacan al tratado comercial. Olvidan que Inglaterra tenía un gran interés en que se realizara el tratado político; olvidan que Inglaterra no quería firmar el comercial; que Portugal insistió en que este se llevase á cabo para decidirse á firmar el político; olvidan que este es el que tenía entonces por las circunstancias de Europa verdadera importancia, y dejan á la sombra sin prestarles atención alguna los principales elementos que deben tenerse en cuenta, para explicar la decadencia de Portugal. Esto, señores, es dar tormento á la historia, para que declare contra el libre cambio. Pero además el tratado de Methuen ¿es proteccionista ó libre-cambista? Es proteccionista puro, señores, y por consecuencia, los malos resultados que haya podido dar culpa serán de la protección, y no de la libertad de comercio. Para probar que el tratado de Methuen fué verdaderamente proteccionista, basta referir lo que en él se acordó. En uno de sus artículos se establecía que los vinos portugueses entrarían en Inglaterra con una ventaja de la tercera parte del derecho que se exigía á los vinos de Francia y de las otras naciones, y en otro se decía que los portugueses admitirían los productos manufacturados de lana de Inglaterra, con solo un derecho de 15 por 100. Ahora bien: ¿qué eran sino protección y monopolio ese derecho y aquella prima que se concedía á los vinos portugueses á su entrada en Inglaterra? Luego el tratado fué esencialmente proteccionista, fué dictado por el espíritu protector, luego las malas consecuencias que para Portugal haya producido, culpa son de la protección. (Bien.)

Este tratado, pues, que no fué hecho por instigación de los maquiavélicos ingleses, sino á ruego de los portugueses, que querían desarrollar por ese medio la industria de vinos, es un ejemplo que se vuelve contra los adversarios de la libertad de comercio.

Pero hay mas, señores: el proteccionismo que dictó este tratado, no se dió con él por satisfecho. Se creó en aquella nación despues una compañía privilegiada que era la única que tenía derecho á exportar los vinos al extranjero, y esta compañía se dió unos estatutos calcados sobre los de la inquisición de Lisboa. ¿Cálculense lo que serían los tales estatutos! (Risas y aplausos.) En ellos se establecía hasta pena de muerte para los que exportaran vinos que no hubieran pasado por manos de la compañía. ¿Se quiere mas para explicarse el por qué de la decadencia de la industria portuguesa? ¿Hay necesidad de decir mas para comprender las calamidades que sobre Portugal pesaron? ¿Qué extraño es que murieran todas las industrias, cuando se les quitaban los capitales, atrayéndolos con el artificio de la prima y del monopolio á la industria de vinos? ¿No se comprende que esta industria favorecida robó á las demás los elementos de producción? Esto, por lo que hace á la ruina de las demás industrias: pues en cuanto á la de vinos, bastaba y sobraba la misma compañía ya mencionada del marqués de Pombal para dar al traste con ella, y por consiguiente, como ella solo quedaba, gracias al sistema proteccionista, para acabar con todo. (Risas y aplausos.)

Podría aun decir mucho sobre este asunto. Podría hablar de lo que fueron despues del tratado de Methuen las relaciones comerciales con Inglaterra y la industria de Portugal, haciendo ver cuán equivocados están en sus apreciaciones sobre este asunto nuestros adversarios; pero no quiero cansaros mas, ni creo tampoco que las cuestiones históricas merecen la importancia que les dan los proteccionistas. Para mí, sobre la historia están las leyes de la ciencia y los principios; la historia debe confirmarlos, y cuando se estudia completamente los confirma siempre; cuando presenta con ellos alguna contradicción, es, y no puede ser por otra causa, porque la historia está incompleta. (Bien, bien.)

Lo he indicado ya, señores; la decadencia de Portugal hay que buscarla en causas mas altas. Antes del tratado de Methuen, habia empezado esa decadencia con la separación de España, continuando despues por las condiciones mismas de Portugal, como nación pequeña. Sabido es que por la política de los siglos anteriores las naciones pequeñas no podían existir desgraciadamente, sino como un satélite de otras mayores, y Portugal, si no hubiera sido un satélite de la Inglaterra, lo habria sido de otros pueblos, podó que no empleó el único medio de evitarlo, que era continuar unido con España. (Bien, bravo; aplausos.)

El Sr. Presidente: Sr. Rodríguez...

El Sr. Rodríguez (D. Gabriel): Concluyo, señores, dando gra-

cias á la reunion por la benevolencia con que ha escuchado mi desaliado discurso, y rogando á los señores proteccionistas continúen asistiendo á estos debates, y honrándonos con su presencia y sus discursos. Si así lo hacen, yo estoy seguro de que acabarán por ser libre-cambistas y sentarse á nuestro lado. (*Bravo; aplausos estrepitosos.*)

El Sr. Rodriguez San Pedro: Voy á rectificar varias especies vertidas por el Sr. Rodriguez: como son muchas y muy importantes, me veré obligado á ser mas largo de lo que quisiera, no obstante lo avanzado de la hora, el cansancio de la reunion y el mio propio.

Comienzo por felicitarle de que yo, con mis débiles fuerzas, y leyendo unos cuantos autores, haya ido á dar en el mismo punto de vista y de partida que el célebre alemán Federico List: es cosa, señores, que honra á una pobre inteligencia como la mia, el haberse elevado, sin saber las doctrinas de otra mas alta, á principios absolutamente iguales.

A propósito de las contradicciones en que, según el Sr. Rodriguez, hemos incurrido el Sr. Morquecho y yo, me haré cargo de una bastante grave en que ha incurrido su señoría. Al combatiré á mi combatiendo á List, de quien me suponía discípulo, decía que yo estaba muy apegado á mi maestro; pero después ha dicho que mi teoría era una mezcla de Proudhon y Federico List; de modo que yo quedo aun por clasificar, me quedo con mi propio individuo, esto es, que soy yo.

Vamos á una cuestion de principios que es muy importante por la afinidad que tienen tanto la proteccion como el libre cambio con ciertas escuelas filosóficas, por no decir políticas. Es comun, es frecuente, es un reproche habitualmente usado el llamarnos socialistas á todas horas, en todos los tonos y con la mas profunda conviccion. Pero ¡cosa singular! que antes no había sucedido; nos encontramos ahora con que los partidarios del libre cambio, al menos el Sr. Rodriguez, que es uno de los mas distinguidos entre los mas distinguidos, es socialista puro, porque desea, en odio á las Aduanas, pues solo admite el derecho fiscal, el que se forme por el Estado el capital nacional: (No, no.) esto es, le parece tan solo mas natural; pero aun así, siempre está mas cerca del socialismo que de las Aduanas. Admite como hipótesis mas hacedera que el Estado subvencione y dé primas, que cree premios, que facilite dinero á la industria, en una palabra, que la establezca él mismo. Esta podrá no ser la doctrina del Sr. Rodriguez, pero á su señoría le parece menos repugnante que la Aduana; luego está mas cerca del criterio socialista que del nuestro.

Pasemos á otro punto. Cada rectificacion que tengo que hacer va á destruir por su base el credo libre-cambista. Decía el Sr. Rodriguez, y estoy conforme, que los proteccionistas vemos la historia á nuestra manera, que presentamos de ella lo que queremos y omitimos lo que nos conviene. Pero ¡cosa tambien singular! los libre-cambistas hacen lo propio, y nos echan en cara que al juzgar con criterio económico el tratado de Portugal con Inglaterra no hayamos mencionado otro tratado político y unas cuantas medidas mas que en la primera nacion se tomaron, y que no lo hayamos considerado, el político, se entiende, bajo un criterio económico, como si en este mundo no hubiera otra ciencia que la economía. ¿En qué quedamos? ¿Hay ó no hay naciones? ¿Hay algo mas ó menos que la economía? ¿Hay ó no intereses que dominen esa misma economía? Voy á seguir con el tratado de Portugal; se ha dicho tambien sobre esta cuestion que no sería por las doctrinas libre-cambistas por lo que ese tratado fué funesto, sino por lo que tiene de proteccionista; miden el tratado, no por el fin que se propone, sino por los accidentes que contiene, de modo que hacen de estos la cuestion principal. Yo pregunto: ¿será debido á la proteccion el resultado de este tratado, porque fuese pactado por una persona ó por otra, como al fin y al cabo lo que quiera sea que se practiquen los principios libre-cambistas? Por tanto, cuando el resultado de ese tratado fué ruinoso, poco importa el modo y por quién se formara.

Paso á otra cuestion. Ha dicho tambien el Sr. Rodriguez que nosotros habíamos inventado dos economías políticas, de las cuales, repitiendo la palabra feliz del Sr. Echegaray, era una chiquirritita y otra mas grande, y eran la economía individual y la nacional. He extrañado este argumento del Sr. Rodriguez, porque sin duda ha olvidado mis palabras; precisamente he dicho que no admitía dos criterios, que solo recogía uno de ellos, que de su escuela solo un principio cardinal tomaba para manifestar que, aplicando á las naciones lo que se aplicaba al individuo, daba diferentes resultados, según las condiciones de tiempo y de lugar. Que la nacion no es el individuo, dije, y esto es obvio, es elemental. Quede, pues, sentado, que lo que rechazan los libre-cambistas es la aplicacion absoluta, indeterminada de ese mismo criterio. Yo he dicho: mostradme el criterio individualista, quiero verlo; y el Sr. Figuerola nos lo dice, lo explica; ¿y qué resultados dá? La ruina para la nacion, el absurdo para el individuo. Por consiguiente, no he espuesto mis doctrinas en toda su estension; pues no he dicho todo lo que quería sobre cada uno de los puntos concretos sometidos al debate. Unicamente he dicho: mostradme un criterio, que con ese criterio he de combatirlos.

Voy á concluir ocupándome de una cosa que se tiene por muy importante. Senos presenta continuamente el argumento de la guerra, y jamás cuando se presenta se culpa á los libre-cambistas de los desastres económicos que produce: cuando uno tiene la costumbre de mirar las cosas á través de cierto prisma, lo vé todo del mismo color y con la misma estension. Esto sucede con el tal argumento; nosotros no decimos nada, absolutamente nada de eso que nos atribuye. Verdad es que creemos que la guerra puede existir; que las naciones tienen que prepararse para ella y mirarla como una cosa muy posible; verdad es que hemos dicho que era preciso prepararse en la paz; pero no es esto decir que nosotros veamos que sea constante el peligro de una infraccion de las relaciones internacionales. Nosotros reconocemos su posibilidad y queremos sea prevenida: lo que rechazamos es que se deba luchar con las fuerzas puramente individuales, y no con las facultades, la prevision y el libre albedrío que Dios concedió al hombre.

Esto es muy diferente, y por cierto se enlaza con otro argumento del Sr. Rodriguez, el cual debo rectificar. Nosotros no queremos la doctrina proudhoniana; no queremos la igualdad absoluta de medios; lo que queremos es la condicion de igualdad en las nacionalidades. Queremos, si es preciso, que el hombre se asocie al hombre; que reunidas estas dos voluntades y estas dos fuerzas, vayan á combatir obstáculos que por sí solos no podrán combatir: es preciso que un hombre tenga mas dominio sobre la materia para lograr suponer condiciones de desarrollo; pero dentro de estas condiciones, que él sea dueño de modificar el empleo de su autoridad. Entonces ya puede verificarse la igualdad de medios.

Concluyo, pues, manifestando que por nuestra parte no queremos ni creemos, como se quiere indicar, que el Estado lo haga todo: lo que queremos es que el Estado haga lo que le corresponde, y que el individuo haga lo que le concierne. Es decir, que reconocemos dos esferas de actividad del individuo; una que es puramente individual, otra como miembro de una gran sociedad que se llama nacion. De consiguiente, estableciendo estas dos esferas, claro es que no queremos, como se nos atribuye, que el individuo haya de ser sustituido precisamente por el Estado en su libre iniciativa, sino que el Estado se valga de él como poderoso elemento de fuerte impulsión. Eso sería si se hiciese lo que quiere el Sr. Rodriguez. He concluido.

El Sr. Rodriguez (para rectificar): Parece que el Sr. Rodriguez San Pedro se ha ofendido porque le he llamado discípulo de Federico List. Yo no tenía intencion de ofenderle. Dice que ha llegado á las ideas de este escritor sin saberlo; le doy la enhorabuena por ello. Unicamente le observaré que al decir en alguna parte de mi discurso que tenía tambien ideas proudhonianas, no me puse en contradiccion, porque estas ideas no están reñidas con el sistema de Federico List, y por consiguiente se puede ser discípulo á la vez de este y de Proudhon.

Me ha acusado el Sr. Rodriguez San Pedro de socialista, que es el cargo que mas me ha dolido. (*Risas.*) Su señoría no me juzgó bien. Yo dije, que proteger directamente era, no bueno, sino menos malo que proteger por medio de la Aduana; y porque yo piense así no se puede decir que estoy mas cerca del socialismo, porque este no consiste en la clase de medios que se emplean, sino en la naturaleza de las cosas; y tan socialista es el que protege con la Aduana, como el que protege con medios directos.

Ha dicho tambien su señoría que todas las cuestiones las juzgáramos solo con el criterio económico. Estamos tan lejos de hacerlo así, que precisamente culpamos á nuestros adversarios porque atribuyen á causas puramente económicas, como el tratado de Methuen, efectos que tienen otra procedencia.

Debo rectificar uno de los hechos que antes he citado: dije que los derechos que habían de pagar las lanas inglesas á su entrada en Portugal, se habían fijado en un 15 por 100. El Sr. Sanromá me indica que el derecho fué un 23 por 100; es decir, mas proteccionista que lo que yo había supuesto. (*Risas.*)

El Sr. Rodriguez San Pedro ha dicho tambien que no defiende la doctrina de las dos economías, y ha tergiversado mis ideas suponiendo que yo hablaba de una economía política nacional y otra individual. No es eso; se trata de una ciencia nacional y otra cosmopolita, y esta distincion la hace sin duda alguna el Sr. Rodriguez San Pedro, puesto que por el hecho de la nacionalidad, pide para las naciones lo que no pide para la humanidad, para las provincias, para los pueblos y para los individuos. Si hay una sola economía, no puede hacerse diferencia y aplicar un criterio económico dentro de la nacion, y otro fuera.

En cuanto á la guerra, dice el Sr. San Pedro que debemos tener en cuenta el interés nacional, y preparar al país para ella. ¿Olvida su señoría que por el sistema protector no se crea una produccion verdaderamente nacional, sino que se favorecen las industrias de unos individuos á costa de las de otros? No hay una industria nacional protegida, sino industrias particulares protegidas con los elementos que de las demás industrias, á quienes se perjudica, se toman, á menos que los proteccionistas encuentren algun medio de

dar á un país lo que dentro de ese país no existe. He dicho. (Bien, bien.)

El Sr. Presidente: Tienen pedida la palabra los Sres. Carvallo, Alcalá Galiano, Moret y Prendergast, Solernou, Ramirez, Sanroma y Canalejas, los cuales la usarán en la próxima sesión, pues siendo

avanzada la hora, creo que debemos terminar la de hoy con la reafirmación del Sr. Rodriguez.

Se levanta la sesión. Para la próxima se avisará oportunamente, y seguirá discutiéndose en ella el mismo tema. Eran las cinco y cuarto.

EDITOR RESPONSABLE, D. M. ARCAS Y SANCHEZ.

MADRID, 1861.—IMPRENTA DE MIGUEL ARCAS Y SANCHEZ,

calle del Barco, núm. 20, cuarto bajo.

SUPLEMENTO AL NUMERO 48 DE EL ECO DE LA LEY Y LA ESPAÑA JURIDICA.

(AÑO II.)

ASOCIACION PARA LA REFORMA DE LOS ARANCELES DE ADUANAS.

(AÑO SEGUNDO.)

Primera sesion publica celebrada el dia 25 de noviembre de 1860.

PRESIDENCIA DEL ESCELENTISIMO SEÑOR DON LUIS MARIA PASTOR.

Asunto de que se ocupó la Sociedad. —Esposicion al Congreso solicitando la reforma arancelaria.

Abierta la sesion á las dos menos cuarto, dijo

El Sr. Presidente: Vamos á inaugurar la segunda campaña de nuestra predicacion, y ciertamente que si corresponde á los resultados que hemos tenido en la primera, no podremos estar descontentos del fruto que cogemos de nuestro trabajo.

Con efecto; en el ultimo año se ha despertado en España una aficion desconocida á los estudios de la ciencia económica; en muchas provincias se han formado asociaciones parecidas á la nuestra, se han tenido reuniones, se han discutido las materias que podian contribuir al sostenimiento de los intereses de nuestra predicacion, y por ultimo, se han estendido por todas partes nuestras ideas en los periódicos, no solo de la capital, sino tambien de otras provincias de España. En Madrid, en todas las corporaciones científicas, las academias, el Ateneo y otras semejantes, se ha dado preferencia á las cuestiones económicas, y tambien los periódicos de la corte han dado treguas en mas de una ocasion á la polémica política para discutir y tomar parte en la dilucidacion de las cuestiones económicas.

En el extranjero, no contentos ya con llevar los adelantamientos en que nos han precedido al grado que todos conocemos; no contentos ya con los esfuerzos que se hacian dentro del mismo pais, han pretendido hacer, por medio de Congresos internacionales, que se reunan todas las personas afectas á estas materias, para tratarlas, para dilucidarlas, para ponerse de acuerdo sobre ellas, para procurar soluciones científicas que contribuyan á dar unidad á la propagacion de las buenas doctrinas. De esto ha sido un ejemplo el último Congreso celebrado en Laussane para tratar del impuesto. A él fuimos invitados varias personas particularmente, y tambien lo fueron esta Asociación y la Sociedad libre de economía política de Madrid. Estas corporaciones tuvieron la dignacion de designar al señor Figuerola, al Sr. Carvallo, al Sr. Marcoartú, al Sr. Alonso Pesquera y al que tiene la honra de dirigir la palabra á esta reunion para que en su representacion concurriéramos al Congreso. Así lo hicimos, y yo aprovecho esta ocasion para manifestar públicamente mi gratitud por la benévola acogida que en aquel Congreso se nos dispensó.

Allí se trataron todas las cuestiones referentes al impuesto, no solo en su parte científica y teórica, sino en su aplicacion á la práctica. Allí concurrieron celosos defensores y ardientes impugnadores de todas las diferentes escuelas y doctrinas. Allí el impuesto único rompió lanzas con el impuesto múltiple, el progresivo con el proporcional, el impuesto sobre el capital con el impuesto sobre la renta. Por último, llegó su vez á la materia que es objeto de nuestros trabajos, de nuestras reuniones; á las Aduanas.

Al tratar de Aduanas, la comision propuso una resolucion categorica, terminante, que deseo que conste aquí. Las Aduanas, dijo, mientras subsistan, no pueden ser reconocidas sino bajo un aspecto puramente fiscal. Pues bien: á pesar de lo terminante de esta declaracion, no hubo una sola voz que se levantara á impugnarla; no hubo tampoco otra que tuviera necesidad de defenderla; así que la votacion fue unánime. Tenemos, pues, la satisfaccion de que sea nuestro favor el fallo de tan respetable Congreso, de una corporacion á que fueron invitadas todas, y á que asistieron muchas de las personas mas competentes en Europa en materias económicas.

Bajo esta favorable impresion vamos á inaugurar nuestros trabajos.

La junta directiva de esta Asociación, al tratar de emprender nuevamente nuestras tareas, ha creído que hallándose reunidas actualmente las Cortes, nada podíamos hacer mejor que dirigirnos á la representacion nacional pidiendo que se empezara á reformar el vigente arancel. Pero si bien estuvimos completamente conformes en la

conveniencia de esta peticion, se suscitaron algunas diferencias respecto á la forma en que debíamos hacerla; es decir, á si deberíamos dirigirnos á la representacion nacional pidiendo que se llevase la reforma al mayor grado posible, elevando nuestro arancel al perfeccionamiento á que se ha elevado en muchas naciones, ó si deberíamos limitarnos á pedir que se le purgara de los absurdos, de los defectos, de las inconveniencias de que está plagado. Lo primero hubiera sido lo mas conforme á nuestro patriotismo, á nuestro deseo, á nuestras opiniones; pero una razon de prudencia y prevision nos hizo optar por el segundo medio.

Con efecto, si la Asociación se hubiera dirigido al Congreso pidiendo que se reformase la legislacion de Aduanas para que llegase al grado de perfeccion que tiene en Inglaterra, los Estados-Unidos y Suiza, ¿qué se hubiera dicho? Hubiera comenzado el movimiento y el clamoreo de los proteccionistas diciendo que queríamos perturbar el pais introduciendo innovaciones peligrosas; que no estábamos en condiciones análogas á las de esos paises cuya imitacion solicitábamos; que se iban á trastornar infinitas de intereses creados, y tal vez se nos hubiera llamado anarquistas y revolucionarios, para ensordecer al pais con esos gritos é impedir que se hubiera llevado á efecto la reforma. Pero cuando nos limitamos á pedir que se nos conceda lo que en la Constitucion del Estado está establecido, á saber, el respeto á la propiedad, la garantia de la propiedad, la abolicion de la confiscacion, cuando pedimos que se evite todo ese género de inconvenientes, trabas y perjuicios que sin beneficio alguno para el Estado se imponen al comercio, ¿qué podrán decirnos los mismos adversarios nuestros, los proteccionistas? Si lo son de buena fé, se unirán á nosotros y cooperarán á que nos libremos de los terribles efectos de la exageradamente restrictiva legislacion de Aduanas.

Hé aquí por qué la esposicion que hemos redactado contiene solo cuatro puntos cardinales.

Primero. Que se fije el término mas breve posible en el cual desaparezcan todas esas prohibiciones tan atentatorias al sagrado derecho de propiedad, garantido por la Constitucion del Estado, y suprimiendo la confiscacion, abolida ya por la misma Constitucion.

Segundo. Que la reforma de los aranceles se realice aunque sea solo bajo las mismas bases que la que se estableció en el año 1849, pero haciendo que sea una verdad y que los 1,300 artículos del arancel se agreguen por su orden á cada una de las cuatro categorías que en aquella ley se designaron: y como desde entonces han pasado bastantes años, razonable será que sufran alguna rebaja los derechos allí señalados.

Tercero. Que se declare abolido el monstruoso derecho diferencial de bandera, al menos por el pronto, con todas aquellas naciones que nos concedan la reciprocidad.

Cuarto. Que se corrijan las ordenanzas de Aduanas purgándolas de las trabas, de los inconvenientes y ritualidades inútiles que entorpecen las operaciones del despacho del comercio.

Por último, tambien se reclama que si, como ha sucedido en otras ocasiones, creyese el Congreso que necesitaba oír á los industriales en representacion de los intereses productores, se admita tambien y se oiga á algunos individuos de esta Asociación en representacion de los intereses de otra clase no menos respetable, no menos atendida, que es la de los consumidores, que representa nada menos que los nueve décimos de la poblacion de España.

A esto está reducida la esposicion que se ha redactado, y que se someterá, concluida que sea la sesion, á la firma de los que quieran adherirse á este pensamiento.

Después de redactada la esposicion, la junta tuvo la bondad de encargarme manifestara aquí los motivos en que la habíamos fundado, y yo voy á hacerlo con la brevedad que me sea posible.

Señores, hace un siglo que la ciencia económica puso en evidencia el grande error y el absurdo de lo que se llamó sistema mercantil ó balanza de comercio, en el cual se fundaron en el siglo XVII todos los aranceles vigentes hasta hace poco. La verdad fue tan perfectamente puesta de manifiesto, que desde entonces no ha habido quien de frente se atreva á ponerla en duda y á combatirla. Pero los grandes intereses creados á la sombra de aquel error, no dejaron por eso de adoptar las medidas convenientes para continuar disfrutando del monopolio, y entonces dijeron: «cierto, la libertad es innegable, la libertad es el fin, pero al fin se debe caminar por la prohibición y la protección.» Tanto valdría decir que la virtud es buena, pero que para llegar á ella es menester marchar por el camino del vicio. Este erróneo raciocinio, acompañado de terribles amenazas y lúgubres augurios acerca de las desgracias y calamidades que traería el planteamiento de la reforma destruyendo grandes intereses creados, lograron por de pronto mantener alarmada la opinión y suspendida por algún tiempo la aplicación de lo que la ciencia había demostrado. Pero no pudieron durar mucho semejantes paradojas. La Alemania y la Inglaterra fueron las primeras que rompieron la valla y se atrevieron á ensayar en la práctica el principio teórico reformando su arancel; la Alemania, sobre todo, porque si la protección hubiera sido una verdad, en ninguna parte hubiera producido resultados mas ventajosos que en aquel país, en que agrupadas una porción de nacionalidades en un pequeño espacio, era muy fácil resguardar las fronteras. ¿Pero cuál era el resultado? que no podían andarse veinte pasos sin tropezar con una Aduana, y por consecuencia, el comercio no podía vivir.

La Prusia se puso al frente de la reforma y estableció el famoso Zollverein con los derechos meramente fiscales, á pesar de los muchos esfuerzos que para evitarlo se emplearon, porque los países meridionales mas aferrados á la protección han puesto siempre obstáculos. Siguiéron la reforma otros países, y todos observaron que en lugar de aquellas amenazas, en lugar de aquellos terribles augurios que se habían hecho acerca del resultado que produciría la aplicación de la teoría á la práctica, en lugar de aquellas ruinas que se habían anunciado, de aquella perturbación, de aquella falta de trabajo para los que estaban dedicados á la industria, la riqueza creció y el comercio se desarrolló por todas partes en una proporción desconocida, y la prosperidad se aumentó por donde quiera que se iban planteando los nuevos principios.

A este ejemplo ya no se pudo resistir, y casi toda la Europa siguió aquel camino con una sola, ó, por mejor decir, con dos excepciones: Francia y España.

La Francia ha estado oprimida bajo las ligaduras de la protección hasta este año. La Francia tenía un industrialismo que había llegado á constituir una especie de organización feudal. Todos los industriales franceses se habían puesto de acuerdo, y á fuerza de sacrificios enormes y de una actividad y una perseverancia dignas de mejor causa, habían conseguido ejercer cierta presión, cierta influencia en el poder público, hasta el punto de conseguir que contra ella se estreallasen los esfuerzos de tal cual ministro que quería poner un correctivo para librar al país de aquellos humillantes abusos.

La Francia, pues, consiguió durante la monarquía que el sistema protector prevaleciese. Llegó la revolución del año 48, y entonces tuvo la desgracia de que se apoderara de ella el socialismo, y como el socialismo tiene las mismas doctrinas que la protección y reconoce el mismo principio, pues si el uno ataca á la propiedad, el otro no la respeta, el resultado fue, que, puesto de acuerdo, el principio conservador con el principio revolucionario, que son los dos ejes sobre que gira la política de las naciones, el sistema protector prevaleció y el libre cambio no pudo salir de la situación en que se hallaba. Pero si era fácil por medio de escritos pagados que la verdad se desfigurase, no era posible fueran desconocidos los hechos.

La Francia, émula y rival de la Inglaterra, deseosa de competir con ella en todo, veía que podía hacerlo en el número y clase de sus ejércitos y de sus buques, pero no en el desenvolvimiento de su comercio y de su riqueza. La Francia observaba que la Inglaterra, desde Huskisson en 1825, hasta Gladstone en 1860, había ido constantemente rebajando todos sus impuestos y aun suprimiendo algunos, y que sin embargo su Tesoro había ido recaudando mas á proporción de que el pueblo pagaba menos, mientras que ella, aumentando todas sus contribuciones y creando otras nuevas, jamás podía conseguir sino lo necesario para sus gastos. Observaba que la Inglaterra había tenido como consecuencia de este sistema, mas de una vez, excedentes de consideración, en términos de que, en el año 53 hubo una empeñadísima discusión para saber qué había de hacerse de una diferencia considerable que había quedado del presupuesto de ingresos, y después de opinar unos por la amortización de parte de la deuda, y otros por una nueva rebaja de las contribuciones, se adoptó una determinación media; mientras que Francia, por el contrario, lejos de tener sobrantes, aumentaba constantemente su deuda. Observaba también la Francia que los billetes del Echéquier, que son los que en Inglaterra representan la deuda flotante, estaban exclusivamente destinados al objeto de su creación, es decir, á cubrir las intermitencias del presupuesto durante el ejer-

cicio de cada año, pero que concluido este se recogían y se cangeaban por otros nuevos, sin dejar ningún remanente; mientras que ella, por el contrario, veía crecer considerablemente su deuda flotante hasta el punto de llegar hoy á cerca de mil millones de francos. Veía además que la Inglaterra, á pesar de rebajar sus aranceles hasta el punto de no exigir derechos mas que por diez artículos, los había elevado hasta cobrar 2,400 millones de reales, mientras que ella con sus restricciones, con su arancel elevadísimo, con sus infinitas trabas, nunca había podido recaudar arriba de 750 millones. Observaba también que la Inglaterra, á pesar de la desventaja de su territorio, así en estension como en calidad, había elevado su comercio hasta la enorme suma de 33,000 millones, mientras que ella, con una población un sexto mayor, teniendo muchas leguas de costa é infinitos puertos en un litoral mucho mas benigno que la Inglaterra, y con muchas mas y mejores condiciones que esta, no había conseguido elevarlo ni aun á la mitad. Calculaba que la Inglaterra pudo hacer la guerra de Crimea sacando la mayor parte de los gastos del impuesto, porque lo había rebajado notablemente y con anterioridad, y cuando llegó el caso de apelar al crédito, lo había hecho de tal manera, que para el año de 1886 había de haber amortizado completamente la deuda que por este motivo contrajo, al paso que ella, por el contrario, desde el primer momento tuvo necesidad de acudir al crédito, y lo repitió una y otra vez hasta el punto de que la precipitada paz de Villafranca no fuera tal vez ajena á esta necesidad reconocida y apreciada por el Emperador en todo lo que valía. Tengo motivos para hablar así porque cabalmente me hallaba á la sazón en París, y conocía perfectamente la situación financiera en que se encontraba la Francia para poder comprender que esta tenía mas importancia de la que por el pronto se le dió.

La Francia observaba que por consecuencia de estos resultados, la Inglaterra, á pesar de la llaga de la Irlanda y de la constante emigración á sus numerosas colonias, había elevado su población á un término medio superior al que por regla general se observaba en las demás naciones de Europa, es decir, á un 1, 95 0/10, cerca de un 2 por 100; mientras que ella permanecía estacionaria, no llegando ni á la mitad de ese término medio. Francia, pues, se encontraba con que si bien podía competir con la Inglaterra en la parte de ostentación y de oropel, no lo podía hacer de ninguna manera en riqueza y en bienestar. Conocía además que tenía ese gusano roedor de la deuda que se había elevado en ella de una manera extraordinaria, mientras que Inglaterra era quizá la única nación que en 1860 tenía una deuda menor que á principios del siglo, al paso que ella no solo no había seguido su ejemplo, sino que solo durante el actual imperio la deuda había crecido de cinco mil millones á ocho mil; vió que no podía forzar el crédito mas de lo que ya lo había forzado, y por fin reflexionó que solo por el libre cambio podía aspirar á restablecer su situación financiera.

Ciertamente que no seré yo quien elogio la manera con que la Francia ha entrado en el camino del libre cambio. Parecía natural y razonable que si se había convencido de las ventajas de este sistema, lo hubiera abordado franca y lealmente por medio de los poderes públicos y no contrayendo compromisos con cada nación en particular. Pero en fin, poco importa el modo de abrazar la reforma con tal que la haya comprendido, y estoy seguro de que empezará pronto á gozar de las ventajas que ha producido donde quiera que se ha establecido, y de que esa nación llegará á ser tan feliz como puede y tiene derecho á serlo, y entonces será cuando haga una revolución completa y entre de lleno en el buen camino para reconstruir sobre mejores bases todo su sistema económico.

Y bien, señores, á la vista de estos ejemplos, ¿hemos de permanecer nosotros estacionados? Cuando todas las naciones han reformado sus aranceles, ¿hemos de dejar el nuestro tal como está? y cuenta que es el mayor y mas cargado de todas partes, como voy á demostrar.

La Rusia, ese país del que no se dirá que es amigo de innovaciones, ese país en que está reconocido todavía el feudalismo; en el que á pesar de los esfuerzos del Czar todavía permanece esclava una gran parte de la población, ese país en el que hay grandes territorios en donde no han penetrado todavía los primeros albores de la civilización, ese país ha reformado su arancel, lo ha reducido á 300 artículos de mas de mil de que constaba, ha quitado todas las prohibiciones y cambiado los medios de protección, reduciendo los derechos á tipos puramente fiscales y dejando libres las primeras materias y los artículos de primera necesidad y de gran consumo.

El Austria, de la que tampoco se dirá que es un país amigo de novedades, ha reformado asimismo su arancel dejándolo reducido á 80 artículos, con derechos uniformes y perfectamente basados en principios exactos, dejando también libres, á imitación de la Rusia, los artículos de primera necesidad.

La Dinamarca, la Noruega y la Suecia han hecho lo mismo, y esta última ha llevado en el año actual al mayor grado de perfección su reforma, aboliendo completamente el derecho diferencial de bandera, quitando todas las protecciones y dejándolas reducidas á derechos puramente fiscales.

La Holanda fue una de las primeras naciones que después de la Inglaterra ha reformado sus aranceles en un sentido puramente fiscal, aboliendo todos los derechos protectores.

La Cerdeña entró también, desde luego, en las buenas ideas, y hoy tiene un arancel que puede decirse modelo. El conde de Cavour es tan eminente político como grande economista, y tal vez han contribuido mucho las reformas arancelarias a colocar a esa nación en el grado de prosperidad en que hoy se encuentra, y que le ayudará a dar cima a la grande empresa en que está empeñada.

La Bélgica, a pesar del funesto ejemplo que tenía en su vecina la Francia, y del influjo que había ejercido sobre ella para que mantuviera el monopolio, merced a los esfuerzos de algunos insignes economistas que han estado preparando el terreno para la reforma, ha llegado a abordarla y hoy tiene un arancel arregladísimo, habiendo abolido el derecho diferencial de bandera, y no conservándolo mas que con aquellas naciones que no le conceden el derecho de reciprocidad.

La Suiza, ese pueblo admirable, sóbrio y activo que, colocado por la Providencia en el riñon de Europa, entre algunos peñascos; ese pueblo que a fuerza de actividad y laboriosidad ha conseguido convertir sus montañas en campiñas y sus grandes lagos en pequeños mares surcados constantemente por el vapor; ese pueblo que ha horadado sus montañas y ha extendido sobre su suelo una inmensa red de ferro-carriles que le pone en comunicacion con todas las capitales de Europa; ese pueblo que no tiene puerto alguno, y que ha de ir a buscarlo muy lejos atravesando por países extranjeros; que, a pesar de todo esto, consume 12 millones de kilogramos de algodón, mientras que nosotros con una población siete veces mayor, no consumimos mas que 21; ese pueblo que ha llevado allí todos los refinamientos de la civilización; ese pueblo que ha logrado elevar su agricultura y su industria al mayor grado de desarrollo posible; ese pueblo que tiene que ir a buscar a lejanas tierras la primera materia para traerlo a sus fábricas y elaborarlo, y que tiene que sacar los productos atravesando países extraños, sin embargo, compite con la reina de la producción algodonera, con la Inglaterra; y donde precisamente en donde está bien asentado su trono omnipotente; ¡en la India! (Aplausos. Bien, bien.)

Pues bien, señores; ese país tiene el arancel mas módico y mas reducido que se conoce. Está limitado a tres capítulos: el primero, de las cosas que pagan por unidades o cabezas; el segundo, que es muy corto, de las que pagan por valor, y el tercero, de las que pagan por unidades de 100 kilogramos. Los derechos por unidades o cabezas empiezan en 30 cént., 0,50, 0,60, y suben hasta 1, 2 y 6 francos. Los derechos al valor empiezan en 30 cént., y no pasan de 10 por 100; y por último, los que pagan por cada 100 kilogramos, empiezan por un derecho también de 0,30, 0,50, 0,60, hasta uno, dos, tres, cuatro, seis, y hasta un maximum de 30 frs. en alguno de aquellos artículos mas ricos que tienen un gran valor en un pequeño volumen.

En el continente americano, allí donde quiera que se consolida una nacionalidad, se admiten los principios libre-cambistas, y ahí están los Estados-Unidos que, a pesar de la influencia que sobre ellos ejerce la parte meridional que aboga por la esclavitud, de que es partidaria, tienen un arancel de los mas liberales, reducido a siete categorías, cuyos derechos son 30, 24, 19, 15, 12, 8 por 100, y la última sin derecho.

La Grecia, tan luego como salió del dominio del Sultan, reformó su arancel, y de una extensión extraordinaria que tenía, lo dejó reducido a unos 500 artículos.

Pero, ¿qué mas? La Turquía, donde si no han llegado a penetrar aun las verdades de la ciencia, tampoco ha penetrado el error, si bien es verdad que no hay un arancel general, sino que los realiza por medio de tratados con las diferentes naciones, se funda en la base de un derecho señorial de 9 por 100 sobre todo lo que sale, y de 5 por 100 de todo lo que se introduce, estableciendo algunos derechos especiales según es el grado de favor y las relaciones amistosas que tienen con el Sultan las diversas potencias.

Portugal, por último, también admite el libre cambio, y en este mismo año ha hecho una notable reforma en sus aranceles.

Visto esto, echemos una ojeada, siquiera sea rápida, sobre nuestra nación.

Nuestro arancel consta de 1,300 artículos; es decir, el doble del mayor que se conoce, y estos artículos son todos independientes, sin ningún orden, sin ninguna categoría, sin ninguna relación los unos con los otros; y, señores, de este desorden se hace gala y ostentación. Con nuestro arancel sucede lo que acontece cuando se quiere presentar una lista de personas cuya susceptibilidad no se quiere herir al ponerlas en este ó en el otro lugar, y que para evitarlo se toman las letras con que principian los apellidos y se colocan por orden alfabético. Esto precisamente es lo que se ha hecho en nuestro arancel, en el que se observa una completa anarquía y una completa desigualdad. Cada cosa en él es un capítulo aparte, un artículo separado, un derecho especial sin relación alguna con los que le preceden ni los que le siguen.

Y no solo no existe división y agrupamiento por ciertas categorías para reunir en una cierta clase los objetos análogos, sino que,

por el contrario, un mismo artículo se subdivide en cinco clases diferentes, según ciertas circunstancias accidentales. Los abanicos, por ejemplo, pagan de un modo si el varillaje es de madera, y de otro si es de metal, y de otro si tienen piedras. Las pieles tienen mas de veinte clases diferentes: las de oso pagan un derecho diferente de las de león y de tigre, las de carnero que las de gato; las de conejo que las de zorra, y así de las demas.

Y, señores, ¿qué razón de justicia y de equidad, ni qué consideraciones de ningún género pueden existir para que subsista tal diferencia entre objetos de una misma clase? Si al menos se diferenciáran los artículos cuando son de procedencia nacional de cuando lo son de una exótica, se comprendería esta división; pero nada de eso; todos los artículos están mezclados confusamente sin distinción ni categoría, pues las establecidas en la ley de 1849 no han salido del texto de aquella, y no se han aplicado al arancel.

De aquí resultan varios inconvenientes, como ya he dicho, siendo el primero y mas principal el que los avalúos son interminables, porque hay que hacerlos exigiendo un número extraordinario de empleados y dando lugar a continuas equivocaciones, cosa por cosa, artículo por artículo. Pero hay mas, y este es otro inconveniente; como la industria ha recibido tanto desarrollo, como en la actualidad se hacen continuamente nuevas construcciones de materias diferentes, y se le dan tan nuevas y tan vastas aplicaciones, acontece con frecuencia que se presentan al adeudo muchos artículos que no guardan analogía con los del arancel, ó que, por el contrario, la tienen con dos ó tres de los establecidos en él. En este caso se promueven fácilmente contiendas entre el empleado de la Aduana que pretende que un artículo omitido en el arancel tiene mas analogía, por ejemplo, con el hierro, porque es el que paga mas; mientras que el comerciante persiste en que esa analogía es mas marcada con el caucho, que adeuda menos. Para resolver esta duda, es preciso acudir a la dirección de Aduanas: se envía a ella una muestra, la dirección pasa el expediente al ministerio, el ministerio lo pasa a la junta de aranceles, esta examina el asunto y oye el dictamen de peritos, y entre tanto el comerciante no puede espender su género, porque no sabe lo que le cuesta, y para activar la decisión del negocio tiene que estar haciendo antesalas en la dirección de Aduanas todo el tiempo que podía estar en el mostrador despachando sus artículos. (Bien, bien.)

Estas no son teorías, son hechos de todos los días, de que habrán sido víctimas algunas personas de las que están aquí. Tenemos, pues, los graves inconvenientes del inmenso número de artículos que grava el arancel, y de la ausencia completa de una clasificación mas ó menos ordenada.

¿Y qué resultados produce esto? Vamos a verlo, valiéndonos de los mismos documentos publicados por el gobierno. En la última estadística publicada en 1855, aparece que el producto de las Aduanas fue de 261 millones; pues bien, los 143 artículos primeros pagaron 256 millones, es decir, el 97 por 100, mientras que los restantes mil ciento y tantos hasta los 1,300 artículos, solo devengaron 7 millones, esto es, únicamente el 3 por 100. Calcúlese ahora qué de entorpecimientos, qué de dilaciones, qué de trabajos, qué de molestias, qué de sueldos inútiles representan esos 7 millones recaudados en todas las Aduanas de España entre todos esos artículos; qué de perjuicios se han ocasionado a los comerciantes, que tienen que hacer doscientas hojas de registro y doscientas cuentas si traen doscientos artículos; qué de empleados se necesitan para hacer todas las operaciones necesarias; y después de todo, cuán insignificante es la suma que corresponde líquida al Estado por cada uno de los géneros introducidos ó esportados. Estas son las consecuencias del actual sistema.

Pero no es lo peor que el arancel sea tan defectuoso, sino la forma de plantearlo, que es mas viciosa todavía. Tenemos prohibiciones; ¿y cuál creéis que es el criterio de esas prohibiciones? Vais a saberlo: parece que para perjudicar a un hombre en su riqueza, en su reputación y en su bienestar sería preciso tomar las mas esquisitas precauciones y acumular tales pruebas, que no quedase la menor duda acerca de la culpabilidad. Sin embargo, no es ese el criterio que en la practica se aplica en nuestro país: supongamos un infeliz viajero que recorre la Inglaterra, y que encontrando allí géneros de algodón mas baratos que los de España, invierte en ellos la mitad de su capital: supongamos que vuelve por Francia, y que se encuentra con otros varios artículos que pueden prometerle alguna utilidad, y gasta en comprarlos la otra mitad de su fortuna; hecho esto, compra en París una escopeta que le gusta, con ánimo de cazar, y se concerta con un paisano que se conviene en conducirla a él y transportar sus géneros hasta España. Llegan a la frontera y entran en la Aduana: el vista saca el instrumento, que se llama cuenta hilos, y empieza por decir que las telas inglesas tienen mas ó menos hilos; si llegan a 27, el comerciante es un excelente ciudadano, y una persona digna de toda consideración; paga los derechos y viene tranquilo a su casa a gozar las preeminencias de un buen ciudadano; pero si por desgracia encuentra el vista que solo tiene 19 hilos, entonces todo cambia de aspecto; aquel hombre es un perverso, debe ser perseguido y encarcelado, con tanta mas razón, cuanto que va armado con una escopeta, y es entregado a los tribunales: la

misma suerte cabe al infeliz carretero por el solo delito de haber venido portando los géneros, que son decomisados, juntamente con el carruaje y mulas. En vano clama el infeliz conductor protestando de su inocencia, de su ignorancia, de su inculpabilidad. El no pudo reconocer los fardos, ni conocía, ni tenía por qué conocer los terribles efectos del cuenta hilos... Todo en vano; la ordenanza es inexorable. Esto es horrible: es injusto; pero está arreglado á nuestra ley. Y ¿puede darse un absurdo mayor que el de hacer depender de un cuenta hilos la libertad, la propiedad, el bienestar de una familia? (*Bien, bien.*)

Pues además de este hecho diametralmente opuesto á los principios de justicia, voy á referir otro que todavía es mas terminante, porque no parte de suposición alguna, sino que es real, positivo, esta hoy pendiente en la direccion general de Aduanas. En el mes de abril último vino un buque cargado de cajas de azúcar desde la Habana á Cádiz; pero al llegar á Sanlúcar naufragó: sin embargo, logró su dueño salvar algunas cajas de azúcar que, naturalmente, estando empapadas de agua se estaban deshaciendo en la Aduana, donde se depositaron aquellas. En vano reclamaba el infeliz propietario que se vendiera cuanto antes el azúcar, segun previene la instrucción, porque el administrador de aquella Aduana decia que era contra ordenanza semejante venta en Sanlúcar, y que era preciso llevar el género á Cádiz. El dueño insistía, alegando los gravísimos perjuicios que se le irrogarian en la tardanza, y fue necesario consultar á Madrid, como es costumbre; se hizo la consulta, la direccion la resolvió accediendo á la solicitud; y entre tanto, el azúcar se derretía. Al cabo de tres meses hizose la tasacion con los empleados, y graduaron en 1,500 el número de arrobas de azúcar existentes, tasándolas al precio de 10 rs. cada una: se hizo pública subasta, y hubo sin duda confabulacion, pues que nadie se presentó á tomar el azúcar por mas precio que el de tasacion. Entonces el dueño manifestó que él se quedaba con el azúcar, abonando un 5 por 100 sobre el tipo de la tasacion; pero los empleados le dijeron: «Ese derecho nos corresponde á nosotros con arreglo á ordenanza, y daremos ese 5 por 100.» Se acudió á la direccion, y esta lo acordó así; se hizo nueva subasta, y se vendió el azúcar á 20 rs., de los cuales solo 10 percibió el dueño, aplicándose los otros 10 á los empleados. Este hecho parece increíble, pero es exacto: los empleados que tasaron el azúcar en 10 rs. las arrobas salvadas, recibieron como premio de la equivocacion padecida la diferencia de 10 á 20 rs. del precio en 2,700 arrobas, en lugar de las 1,500 calculadas. Esto parece una usurpacion al infeliz naufrago que perdió en la Aduana lo que la Providencia le permitió salvar del naufragio; pero es perfectamente legal, segun decision de la direccion general del ramo.

Ahora bien: si nosotros presentamos á las Cortes estos hechos positivos, y prescindiendo de toda apreciacion científica y de toda teoria reclamamos justicia fundados en el texto de la ley y en consideraciones, no solo de conveniencia sino de decoro nacional, ¿es posible que no sea oída nuestra voz? Hé aquí las razones que ha tenido la junta directiva para hacer la esposicion en los términos en que se ha redactado: nosotros podremos decir á la representacion nacional: «Venimos á pedir que se respete la propiedad garantida en la Constitucion del Estado; que se ponga fin á tantos atropellamientos é injusticias. Venimos á pedirlos lo que no nos podeis negar, lo que tenemos derecho á exigir: que ya que no lleguemos á la altura en que se hallan los Estados Unidos y la Inglaterra, que no seamos al menos los españoles por mas tiempo de peor condicion que los siervos y vasallos del Czar de Rusia y los súbditos del Sultan de Constantinopla.» He dicho. (*Aplausos prolongados.*)

El Sr. Martínez Monroy: Pido la palabra.

El Sr. Presidente: La discusion versará acerca de los cuatro puntos que comprendé la esposicion que el señor secretario se servirá leer.

(El señor secretario Rodríguez leyó dicho documento, que se hallará al final.)

El Sr. Presidente: Se promueve la discusion sobre estos cuatro puntos; los señores que gusten pondrán su firma al pie de la esposicion que estará sobre la mesa. Abrese, pues, la discusion, y tiene la palabra el Sr. Martínez Monroy.

El Sr. Martínez Monroy: Señores: todos habreis asistido poseídos del mas vivo placer y del interés mas profundo á la primera representacion del *Otello* ó de *Francesca de Rimini*; recordais el efecto desagradable y extraño que, al bajarse el telon del primer acto, os ha producido el trocar la deleitosa versificación, las terribles situaciones y los elevados pensamientos de Sakspeare y de Silvio Pellico, por el desahucio grunido de los cuatro mal templados violines que entretienen el filosófico sopor de los durmientes del entre-acto? Pues ese mismo efecto os producirá sin duda el escuchar mi voz, despues de haber oído la siempre elocuente y sabia de nuestro digno presidente. Ea, pues, señores; levantaos y salid á fumar á los pasillos; estamos en pleno entre-acto.

Pero sea de esto lo que quiera, es menester hablar algo sobre la conveniencia y la justicia de reformar en sentido liberal los aranceles vigentes de Aduanas; y aunque ya el Sr. D. Luis Maria Pastor, con singular acierto y conocimiento, ha dejado casi agotada la ma-

teria, yo voy á decir algo de lo mucho que sobre el caso se me ocurre, porque la tela, como suele decirse, es sumamente larga de cortar. Bien sé, señores, que bajo este modesto título *Reforma liberal del arancel* se oculta, no hay para qué disimularlo, uno de los hechos mas trascendentales é importantísimos para nuestra patria, una de las evoluciones mas grandes del progreso humano, una de las conquistas mas notables de la moderna civilizacion; y bien sé, asimismo, que mis fuerzas son pocas para tratar tamaño asunto, siquiera imperfectamente. Sentada, pues, esta verdad, que todos vosotros sabeis tan bien como yo, que vuestra tolerancia é ilustracion pueden haceros momentáneamente olvidar, y que yo os recuerdo, no tengo acerca de ella absolutamente nada mas que decir.

Ni me arredra tampoco el temor de que los señores muñidores del monopolio, los venerandos apóstoles de la carestía me acusen de venir aquí á hacer efecto con cuatro frases pomposas y huecas, como á vosotros en otro tiempo injustamente os acusaron, porque precisamente voy solo á ocuparme de cuestiones muy sencillas y concretas, tratadas como yo puedo y sé, á la *pata llana*; y porque despues de todo, creo que, por vida mia, vale mas dedicarse á hacer efecto, que dedicarse á hacer hambre. (*Aplausos.*) Oportunísimo es, señores, que en estos momentos os reunais y pidais con ahínco y constancia la apetecida reforma, porque, como lo habeis oído, vuestra peticion irá á parar al seno de la representacion nacional; y aunque yo en verdad calzo pocos puntos en esto de achaques parlamentarios, he llegado á pensar que los Parlamentarios son, ó deben ser, menos sordos que los gobiernos á las reclamaciones de los pueblos.

Es tan extraño, tan extraño lo que viene sucediendo de mucho tiempo acá con la tantas veces perdida y muchas mas anunciada revision de los aranceles! Figuraos á un ministro (y no aludo á este ni á aquel; infinitos hay donde escoger), figuraos, digo, á un ministro sentado gravemente en la *ex-suspirada* poltrona y sosteniendo en la diestra la balanza de la justa administracion, en la que pesa escrupulosamente los derechos y las necesidades de los pueblos que fijan ávida y ansiosamente los ojos en las menores oscilaciones del fiel: figuraos que una representacion de los periodistas, por ejemplo, en la que se atreven á decir que no tienen papel para servir á sus suscritores, y piden que se les permita comprar uno muy bueno y muy barato que se les ofrece á dos pasos de la misma puerta de su casa, viene á caer en uno de los platillos de la balanza: esta empezará á inclinarse naturalmente de este lado: figuraos que en seguida viene á caer en el mismo platillo un grito de dolor, de acerbó dolor, de los autores (y digo grito de dolor, porque estos tales suelen no tener ni aun papel para hacer la solicitud, ni dinero para comprarle sellado) y la balanza continúa inclinándose del mismo lado. (*El señor Carbó pide la palabra.*) Supongamos que cae aun en el platillo con sabido el derecho de los editores de obras que tienen que imprimir y venderlas caras, mientras que las ven entrar por las fronteras mas baratas despues de impresadas, que el mismo papel que á ellos se les obliga á comprar... Este derecho cuidan los editores de echarle en el platillo metido dentro de su propio bolsillo; y, como nunca pesan mas los objetos que en el vacío, la balanza continúa inclinándose de este lado sensible, casi rápidamente... Y figuraos que caen, por último, en el tal platillo, las lágrimas de los traperos (ya sabeis cuánto pesan las lágrimas de los pobres) que claman por que se imponga un fuerte derecho á la importacion del trapo de los extranjeros con que se fabrica nuestro papel, y por que se levante el derecho de esportacion que pesa sobre el trapo nacional, pues este privilegio arruina su industria, tan respetable al cabo como la de otros que son menos en cantidad si en calidad mayores... y entonces la balanza se precipita decididamente, y se convence y echa mano á la campanilla, y los postulantes se preparan á cantar el *Te Ministrum laudamus*, elevando los brazos al cielo... de la antecámara gubernamental... cuando de repente se inclina la balanza del lado opuesto y el mismo gobernante se asombra, y la gente jura y patea, y se come los puños no sé si de rabia ó de hambre, y el sentido comun silba que se las pela, mientras que allá en el fondo del otro platillo, donde ha caído como llovido de las nubes, se agita desesperadamente un craso y proveyto fabricante de papel que grita en son de triunfo y en bastante mal chapurrado español: «¡Proteccion, señor ministro; proteccion para la industria española!»

Por de contado, señores, que esta es acaso la primera vez que mis labios pronuncian la palabra *proteccion*: yo no he llamado nunca al sistema protector mas que *despojo*, despojo autorizado y garantido hoy por el arancel que nos rige; ley, como suele decirse, del embudo, conjunto abigarrado de injusticias y de majaderías. (*Aplausos y risas.*) Y, señores: si los absurdos que el arancel contiene tuvieran bulto y se amontonaran unos sobre otros, el tal librote formaría una columna que, teniendo por base el buen sentido aplastado, llegaría hasta sabe Dios dónde, tal vez hasta el planeta Júpiter; y aun los mismos habitantes del tal planeta, si los tiene, que de seguro están muy ajenos de tarifas y de derechos diferenciales... aun ellos gritarian absurdo, absurdo! al ver ascender estúpidamente la columna arancelaria. (*Aplausos.*) Y esto, señores, no puede continuar así, no solo porque está la idea de lo justo escarnecida, no solo porque está el comercio encadenado y oprimido, sino hasta por una mera atencion de policia y de ornato público.

¡Que el arancel protege nuestra independencia nacional! ¡Que evita que dependamos de los productos extranjeros! ¡Es verdad! Seguramente los que eso dicen olvidan que muchas veces es necesario el té chino para aplacar la indigestión del garbanzo castellano (*risas*); seguramente esos señores no toman jamás café, ó si le toman, será del que se cria en los estensos cafetales de nuestra clásica Mancha; seguramente no se permitirán nunca saborear sus aforismos económicos entre un par de sorbos de Champagne ó de Burdeos, ni consentirán que sus señores vistan trajes ingleses ni se adornen con encajes belgas, como si una nación pudiera vivir sola y aislada en medio del admirable concierto del mundo, y sin corresponderse para nada con sus hermanas; como si aquí pudieran tener su asiento todas las industrias imaginables, como si nuestro templado clima tuviera la obligación de producir y sostener á un tiempo mismo osos blancos y cocodrilos, sentido común y aranceles como el que nos rige. (*Aplausos.*) ¡Válganos Dios! ¡Por independencia nacional! ¡Cómo se entiende! ¡Comprar el trigo extranjero!... ¡Qué falta de patriotismo! Comprad solo el de algún español, que os le venderá mucho mas caro, es cierto, pero que al fin y al cabo os venderá trigo español... ¡Pues ahí es nada!... ¡Tener el honor de ser muerto de hambre por un compatriota! (*Aplausos.*) Yo, señores, lo digo francamente con todo mi corazón: prefiero comer en ruso, á morirme en castellano.

Id, señores, id á la mayor parte de las fábricas de fundición de nuestro litoral, y ved de qué carbon se surten: de *cook inglés*; ¿y por qué? porque el carbon de unas minas españolas no sirve para la fundición, y el de otras, que sirve, cuesta muy caro puesto al pie de la fábrica, ó porque no hay caminos, ó porque es difícil la explotación, ó por cualquier otra causa. Y esto sucede á pesar de los monstruosos derechos impuestos en el arancel. Y esto sucede con la mayor parte de los artículos que el arancel contiene: ¡valiente independencia nacional nos asegura el arancel!

Yo sé que podrá decirse: «en buen hora que se reforme el arancel en el sentido que habeis propuesto; pero ved, reparad que vais á lastimar intereses muy respetables creados á la sombra de esa legislación; reparad que hay muchos derechos adquiridos que vais á menoscabar.» ¡Intereses creados! ¡Derechos adquiridos! Frases son estas que ya van picando en historia. ¿Sabeis lo que para mí quieren decir intereses creados y derechos adquiridos? Quieren decir, no solo que se os está despojando, sino que se os está despojando desde mucho tiempo. ¡Hola! señores monopolistas, ¿conque teneis derechos adquiridos á la carestía? en hora buena; nosotros los tenemos mucho mas antiguos y respetables á la abundancia: vosotros, que siempre invocais vuestros derechos cuando se trata de liberalizar el arancel, ¿por qué no os acordais de los nuestros, de los que tenemos los consumidores cuando se trata de gravar alguna nueva mercancía con un fuerte derecho protector? Por supuesto que yo no quiero perder el tiempo demostrando que en ninguna de las rebajas arancelarias que se han efectuado en diferentes épocas y en todos los países, inclusa España, se ha lastimado jamás derecho alguno, ni se ha inferido agravio á ningún interés legítimo, como dicen los defensores del despojo, anunciando á campana herida la ruina de la industria... antes bien el comercio y la misma industria han prosperado y se han desarrollado. Así ha sucedido hasta con la fabricación de los tejidos de algodón en nuestra misma España despues de la última reforma.

Pero vosotros me direis: ¿pues cómo es esto que ellos mismos, los gananciosos, se oponen siempre á la reforma? Yo os lo diré. Para mí hay dos razones. La primera es la cordedad, el miedo infundado pero invencible que naturalmente, y como por costumbre, tienen á toda innovación, pues se les figura siempre que va á lastimar sus intereses. Un ejemplo de esto lo teneis muy reciente en lo que ha pasado con la renta de correos. Se organizó este servicio poniendo el precio de nueve cuartos á cada carta da media onza, y arreglando el desbarajuste que antes habia, y hubo personas que anunciaron á la renta de correos que perderia. En efecto, no perdió, y el gobierno se decidió á organizar el servicio por medio de sellos de franqueo, cuyo precio se fijó en seis cuartos, y entonces aquellas mismas personas anunciaron que infaliblemente la renta se hundia; pero tampoco se hundió: lejos de eso, se aumentó la cantidad que por este concepto se recaudaba. Se estableció poco despues el franqueo forzoso, y se bajó el precio de los sellos á cuatro cuartos.... y volvieron á exclamar los timoratos: «ahora sí que se pierde la renta de correos» y la renta de correos subió al doble: pues bien, yo estoy seguro, señores, de que si mañana se vendieran los sellos á dos cuartos, esos *prácticos*, para quienes de nada sirven las lecciones de la práctica, tornarian á predecir la ruina de la renta, y la renta subiria, señores, necesariamente subiria: es preciso hacer comprender á los productores que mientras mas abaraten y mejoren sus productos, habrá mas consumidores, habrá mas máquinas, mas trabajo, mas naves, mas fábricas, mas brazos; habrá hasta mas caminos, muchos mas medios de comunicación, muchos mas medios de consumo, y habrá, por último, como necesaria consecuencia, un alza en los precios. ¿Ni cómo se comprende otra cosa, señores? ¿Cómo se comprende que la miseria de un pueblo provenga de la abundancia de productos? ¿Cómo se comprende, señores monopolistas, que no

comamos precisamente porque tengamos muchas y muy buenas cosas que comer?

Vacilo, lo confieso, al decir la segunda razón que tienen para oponerse constantemente á la reforma; pero, en fin, seré franco, y la diré. Figuraos que alguna que otra vez uno que durante el día es simplemente un protegido fabricante, se convierte durante la noche, casi sin saberlo y sin malicia, en honrado contrabandista, y que mientras están cerradas las puertas legales á los productos extranjeros, él trata de despacharlos en su fábrica como si fueran tan españoles como el mismísimo D. Quijote.

Ved aquí una de las mas pingües ganancias que puede proporcionar la protección del arancel. Por de contado que al decir esto no trato de establecer una regla general, y, en todo caso, dejo siempre abierta la puerta á lo consabido de «las honrosas excepciones, etc., etc.»

¿Sabeis, señores, cómo se me figura á mí que debió hacerse el arancel? Oídlo. Se dijo: «Vámos á ver cómo nos gobernamos para producir en el país el mayor grado de carestía sufrible por el paciente Job (es decir, por el pobre pueblo); vámos á sacarle, sin que lo note, porque de otro modo no lo toleraria, un impuesto que cobrarán algunos fabricantes y agricultores, y ademas vámos á ver cómo metemos en las arcas del Tesoro todo el dinero que podamos, gravando con derechos (impuestos casi todos á ojo de buen cubero, como suele decirse, pero siempre inmensamente crecidos,) á todos los artículos de mas circulación y necesario consumo. Y aquí empezó esa larguísima lista de 1,300 y tantos artículos, de cuyos nombres no quiero acordarme, lista engalanada de vez en cuando con partidas tan vulgarmente comprensibles y tan útiles para el objeto que el arancel se propuso, como la *alpinia galonga*, el *andropogon esquenanto*, los *bubones galbaníferos* y otras mil cosas tan estúpidas como estas, de cuyos nombres no me acordaria aunque quisiera.... (*aplausos*) y aquí se fulminó aquella terrible sentencia de prohibiciones, en que figuran en amigable consorcio el *cinabrio* con los *libros obscenos*, y los *zapatos* con los *misales* y *breviarios*, y aquí, en fin, vinieron á caer los consabidos *derechos protectores* sobre objetos tan importantes como los *libabotas*, los *saca-corchos*, los *rompe-nueces* y los *raspalenguas* (*aplausos*), y qué sé yo cuántos mas.... ¡Pues y las *coloquintidas*! ¿Sabeis, señores, lo que son *coloquintidas*? ¡No!.... Yo no soy fuerte en la botánica; así es que os lo explicaré diciendo que son una especie de meloncillos sumamente amargos, llamados vulgarmente *tueras*; ¡y luego no querrán que sea el arancel causa de muchas amarguras! ¡Y ni aun se decidirán los monopolistas á hacer desaparecer del arancel este artículo, siquiera para que se nos quite el amargor de la boca! Y hay que advertir que esta partida, como otras mil del catálogo, es perfectamente inútil, pues las tales *tueras* son tan numerosas en nuestro país, como los disparates en el arancel, y el que se dedicase á importar *coloquintidas* en nuestro suelo, habia de ganar tanto dinero como el que fuese á criar puercos á tierra de moros, que no comen carne. (*Risas y aplausos.*)

Bien sé que se nos dirá: «Os quejais de vicio, señores libre-cambistas; ¿pues no os declararon ya libres doscientos y tantos artículos del arancel en la reforma practicada en el año de 53?.... Es verdad, digo yo, y así constaron por algún tiempo en el arancel; pero tambien es verdad que á poco fueron otra vez muchos de ellos recargados con exorbitantes derechos... y por cierto que no puedo yo alanzar, por mas que me devano los sesos, el criterio que presidió á este conato de libertad arancelaria; oíd: los peines, los cepillos, las tijeras, las navajas y demas objetos de este jaez estaban y están fuertemente cargados en el arancel con derechos protectores; el jabón tambien lo estaba y lo está: pues bien; se dejaron estos artículos gravados con los mismos derechos; pero la partida 225 que dice: «Cajas de madera con cepillo, tijeras, jabón, etc.» fue declarada libre... ¿Se propondría acaso el reformador favorecer de esta manera la industria manufacturera extranjera? Porque de otro modo, no lo comprendo: otro de los artículos declarados libres fueron ¡cosa rarísima! los floretes... y sobre todo, ¡cosa *plus quam* rarísima! otro de los artículos que con mucha insistencia declara el arancel completamente libres en su introducción es... ¡estremeced!... ¡los cuernos! (*Aplausos.*) Y no los cuernos así como quiera, sino toda clase de cuernos. (*Estrepitosos aplausos.*) Digo que los declara libres con insistencia, porque no se contenta con espresar que están libres de derechos las *astas de toda clase de animales*, sino que mas adelante añade, por si no le hubiéramos entendido, *los cuernos de ciervos*, y hasta los *cuernuelos*.... En fin, señores, no hay un cuerno en el mundo, grande ó chico, cualquiera que sea su clase y condición, por quien no tenga vivísimas simpatías el arancel de Aduanas. (*Risas y aplausos.*)

Pero hay mas, y esto es grave, gravísimo. Nosotros nos contentariamos con que el arancel fuera consecuente consigo mismo, con que en la asignación de derechos estuviera conforme con las bases que constan en la ley que le encabeza, que debieron servir de norma para su confección, y que él mismo explica; pero vais á oír una cosa que no podrá menos de escandalizaros. Dicen las bases insertas en la ley. (*Léyó.*)

De modo que el maximum de derechos que en todo caso puede imponerse á un artículo, es el 50 por 100 sobre su valor: pues bien; aquí tengo apuntados nada mas que cinco artículos, que todos ellos

pagan, han pagado y seguirán pagando muchísimo más que ese máximo señalado por la ley. Esto, señores, es un verdadero escándalo... ¡Oid!

Se han introducido en España por valor de 54.199,280 rs. de hierro forjado o batido en forma de barras, que han pagado de derechos 34.346,369 rs.; es decir, el 64 por 100... ¡Esto es monstruoso, señores! Pues de hierro colado en balcones, planchas de ropa, candelabros, etc., se han introducido 13.585,240 rs., que han pagado 8.948,185. De hierro forjado en manufacturas ordinarias 6.263,360, que han pagado 3.853,528. De hierro forjado, estirado o batido en barras de menos de una pulgada 5.882,400, que han pagado 3.551,411 reales, y de hierro colado en lingotes 5.407,536, que han pagado 3.353,461 rs.; es decir, señores, que hay artículo que ha pagado a su introducción en el reino más del 69 por 100, cuando la ley, cuando el arancel mismo previene que no adende ninguno más del 50 por 100... Y no cito otros artículos que aquí tengo, y que pagan mucho más, porque me causa rubor de que en España sucedan estas cosas. Solo os advertiré que estos datos que he leído, son perfectamente oficiales, son los publicados por el mismo gobierno; no hay de particular en ellos sino que los valores de los artículos están muy exagerados, con el santo objeto de hacer aparecer mucho menos el tanto por ciento que han pagado... ¡Ved qué remordimiento de conciencia! Ahora bien: se me figura que pedir más lógica y justicia, sería una insigne, una descomunal gollería. Pero veo que voy a cansar vuestra atención con cosas que tendréis sabidas de memoria, y así es que trataré de imponerme todas las restricciones posibles (no, restricciones no, porque esto olería a proteccionismo), pero sí la mayor concisión, y consecuente con este sistema, voy, para concluir, a referiros un suceso de cuya certeza podéis estar seguros, pues me ha ocurrido a mí mismo, y el cual os probará que hasta bajo el aspecto meramente literario, hasta en su forma externa el arancel es, usando una palabra propia de mi país, y que me permitireis por lo gráfica, un engendro soberanamente cursi. En efecto; revolviendo cierto día ese libro, encontréme de manos a boca con una partida que me hizo temblar de espanto. Dice así a la letra: «Art. 1.061. Seseleos críticos, etiopicos, masilienses y pelopenenses...» (*Risas y aplausos.*)

¿Qué será esto, Dios mío, qué será esto? Díjeme un si es no es contrariado y con espantados ojos. Estos serán sin duda restos de ruinas griegas, tesoros de la antigüedad clásica, códices egipcios, palimpsestos simbólicos...; sin embargo, enteramente, porque yo soy algo aficionado a la arqueología y a las artes, y sería triste gracia que, inocentemente, faltase a la ley, introduciendo de una manera casi clandestina de vuelta de alguno de mis viajes seseleos críticos, ó etiopicos, ó masilienses... ¿o acaso pelopenenses! (*Estrepitosas risas.*)

Busqué con ardor las misteriosas palabras en vocabularios y panléxicos... nada... pregunté su significado a varios amigos sabios y no sabios... nada... me decidí, por fin, desesperado, a recurrir al señor administrador de la Aduana mas próxima, y entonces... nada también... solo me contestó, encogiéndose de hombros y enderezándose la consabida muletilla: «¡si quiere V. que consultemos a la dirección!» ¡Consulte V.! le dije; y la dirección, al cabo de tres meses y medio, y después de oído un concilio de doctores *in utroque*, nos sacó de dudas diciéndonos que eran... ¡cominos, señores!... (*Risas y aplausos.*) ¡Valgame Dios! y yo que veía todos los días, sin saberlo, a los seseleos críticos, etiopicos, masilienses y pelopenenses en el fondo de mi modesta puchera!... Pero hay todavía más, señores; continuad leyendo en el mismo renglón de los seseleos, y encontraréis que tienen asignado un derecho de 65 céntimos libra... es decir, la columna de derechos está arreglada al sistema métrico decimal, y la de al lado, que fija las cantidades o medidas de los objetos, está arreglada al sistema antiguo... ¿Necesitais más, señores, para convenceros de que el arancel es un absurdo de los mayores, ó, por mejor decir, el mayor de los absurdos? De qué es, como si dijéramos, el género *zarzuela* de la literatura económica; ó la columna *mingitoria* de la arquitectura proteccionista? (*Prolongados aplausos.*)

Creo, señores, haber demostrado, aunque imperfectamente y a la ligera, que los principios en que el arancel se apoya son injustos é inconvenientes, que causan perjuicios en vez de reportar ventajas al comercio y a la industria, que la asignación de los respectivos derechos en el arancel tampoco está conforme con sus mismas bases, que está hecho contra la ley, y que esa ley, atendiendo a su mera redacción, es un conjunto informe de sandeces y mamarrachos. Por consecuencia de todo, concluyo, que es urgentísima la reforma de ese arancel, que es una necesidad perentoria, hasta por decoro nacional, por nuestra propia dignidad, rebajada a los ojos de todas las demás naciones, pues todas están en este punto más adelantadas que nosotros: me siento, al fin, señores, dándoos gracias por la hospitalidad con que habeis acogido en el asilo de vuestra bondad a mis pobres palabras sin hacerlas pagar siquiera un derecho de merecida censura, pues conozco que en algunos momentos os habré hecho pensar que asistais al comentario de alguna disposición emanada del ilustrado rey del Código ó de los sabios y profundos legisladores de *Monomolapa*. (*Aplausos.*)

El Sr. Carbo: Señores, no pasareis conmigo un rato tan gustoso como el que os acaba de proporcionar el Sr. Monroy, porque además de que yo no poseo la facilidad y el chiste que su señoría, creo que la cuestión es seria y no debe tomarse a risa, limitándome a contestar a una de las alusiones que se han hecho relativamente al papel.

Desde luego no me parece bien el modo con que su señoría ha tratado de los fabricantes de papel a quienes ha declarado usurpadores y ladrones, con notoria injusticia y grandísima inconveniencia. (*El Sr. Monroy pide la palabra para rectificar.*) Os pido me dispenseis, porque como catalán que soy, me espresaré en mal castellano, y sin más preámbulos voy a la cuestión.

Ha dicho el Sr. Monroy que en España no había papel, y que los editores y libreros se ven obligados a traerlo del extranjero porque no fabricamos el suficiente para abastecer el consumo del país. Esta aseveración es inexacta; en España se fabrica no solo todo el papel necesario, sino un gran exceso mas, y de ello es irrefutable prueba esa misma escasez del año 1859, pues si no hubiera habido esa abundante fabricación, no habría podido hacerse un periódico. (*El señor Segovia pide la palabra.*) En España contamos diez y nueve fábricas de papel continuo; tomando por tipo ó término medio lo que produce una fábrica, que son 50 arrobas diarias, y multiplicando por los días de labor que hay al año, que no son mas que 250, pues de los 365 días solares hay que descontar las fiestas y los domingos, y además los dos meses de verano en los años normales, durante los cuales se supone que las fábricas han de estar paradas por la falta de aguas; pues bien, tomando por tipo lo que fabrico yo, que no soy de los que mas hacen, en España se fabrican trescientas ochenta mil arrobas de papel continuo, es decir, para imprimir; pues todavía no está aquí desarrollada la industria del papel de lujo y de fantasía. Véase, pues, con cuánta ligereza obró el gobierno al rebajar los derechos del papel de imprimir. Segun los datos que publica la *Gaceta* del 3 de febrero próximo pasado, en diciembre de 1859 los derechos de timbre pagados por la prensa importaban la cantidad de 126,009 rs., que a razón de 30 rs. por arroba, da el resultado de haber consumido los periódicos españoles en solo un mes 4,308 arrobas de papel, equivalentes a un consumo anual de cincuenta y ocho mil trescientas veinte y tres arrobas. Me direis que no todo el papel que consume la prensa periódica va timbrado y paga derechos; teneis razon; pues bien, suponiendo que el número de periódicos y publicaciones que se quedan en los puntos donde se publican es igual al que circula de unas provincias a otras y sale de la Península para Ultramar, y calculando en otro tanto que el timbrado el papel que no satisface timbre, tendremos que el consumo anual de la prensa periódica en nuestro país es de ciento ochenta y ocho mil arrobas de papel. Si restamos esta cantidad de las trescientas ochenta mil arrobas que, como he dicho, produce la fabricación española, queda todavía un sobrante de consideración. ¿Y acaso con este sobrante no hay lo necesario para dar abasto a todos los pedidos del ramo de librería de nuestro país?

Si, señores, es bastante, y la prueba es que hasta el año 1859 no se presentó la escasez, y voy a decir por qué se experimentó entonces. En los años 56, 57, 58 y 59, y principalmente los tres últimos, hubo carestía de aguas extraordinaria; así fue que las fábricas tuvieron que estar paradas. Entonces sí que la fabricación no producía lo suficiente para el consumo; de manera que si en los años anteriores no se hubiera fabricado con exceso, desde el primer año de la anormal falta de aguas a que me refiero, se hubiera ya tocado la falta de papel; no se notó, sin embargo, en ese año, ni tampoco en el 57, pues se echaba mano del papel fabricado con anterioridad, y lo mismo sucedió el año 58, a pesar de que las carestías de aguas continuaban; pero llegó el año 59, y precisamente tenía que experimentarse la escasez de papel, pues se habían agotado todas las existencias.

Seguramente se me dirá: pues bien, para evitar esos conflictos, otórguese la libertad de introducción a ese artículo, ó cuando menos, rebajense sus derechos arancelarios. A esto es a lo que los fabricantes os oponéis. Sí, señores, nos oponemos, porque eso sería ahogar la industria de nuestro país, que no puede de manera alguna luchar con la francesa, que es con quien habría de sostener la competencia. La primera materia son los trapos, y sabido es que en las fábricas el precio de la manufactura está en relación directa con el coste de las primeras materias. Pues bien, vamos a comparar los trapos españoles con los franceses, con cuyos fabricantes hemos de rivalizar en baratura. Resulta, señores, una tercera parte menos costosa la producción francesa. Pero además, hay para nosotros otra grandísima desventaja. Francia, con la mitad de superficie, tiene una población doble que España; por consiguiente, como los habitantes son los que producen los trapos, naturalmente habrá mas abundancia de esta primera materia en el vecino imperio que en nuestro país; de modo que, si se siguiera esta regla, el precio del trapo allí sería la mitad que aquí. Pero he dicho que el menor coste de su producción no es mas que una tercera parte; parece, pues, que hay contradicción, pero esto se explica observando que en Francia hay una tercera parte mas de fabricación de papel que en España, y así mismo una tercera parte mas de consumo.

Os he hablado de una desventaja. Hay otra. Las fábricas de productos químicos en España son muy raras, porque entre nosotros se halla muy descuidada la enseñanza industrial, pues mientras se pensaba en pedir rebajas de los derechos arancelarios, no se educaba a los industriales imponiéndoles en la parte científica, y así es que nos hemos visto precisados a seguir el sistema rutinario, y a fabricar de la propia manera que fabricaban nuestros abuelos, sin poder aplicar los adelantos modernos porque nos faltaba la instrucción, que es el origen de todo perfeccionamiento; y de aquí proviene esa escasez de luces que se nota en nuestros industriales, y esa falta de gusto que se advierte en nuestras manufacturas. Hoy, por fin, conocemos esa enseñanza, siquiera sea imperfectamente; pero así y todo, si antes de ahora la hubiéramos tenido, no habría podido el Sr. Monroy decir que los fabricantes somos hasta cierto punto unos ignorantes, unos imbéciles. (El Sr. Monroy: Yo no he dicho eso.) Después de haberos manifestado las desventajas que impiden a la industria papelera española luchar con la francesa, y de haber demostrado las causas excepcionales que produjeron la escasez de papel del año último, me parece que no debo decir más para llevar a vuestro ánimo la convicción de que los fabricantes de papel pedimos una protección que es necesaria. He dicho.

El Sr. Martínez Monroy: No ha sido mi ánimo llamar ladrones ni a los señores proteccionistas ni a los fabricantes de papel, y todos cuantos me escuchan saben que no han salido de mis labios palabras tan mal sonantes. Yo no quiero mal a los señores fabricantes de papel, de quienes el Sr. Carbó se ha constituido en representante; declaro que merecen todo mi respeto; pero declaro también que yo les adoraría con tal de que se uniesen a mí para pedir la libre introducción del papel extranjero.

En España podrá muy bien fabricarse todo ese papel de que el Sr. Carbó nos ha hablado; pero lo cierto, lo indudable es que ha faltado papel, y que nosotros tenemos el derecho de que se nos deje comprar papel donde le haya y al precio que su dueño nos le dé. Por lo demás, debo advertir al Sr. Carbó, que ha criticado el uso que he hecho de los chistes tratando esta grave materia, que los chistes no han sido míos, sino del arancel, y que si los tales chistes le disgustan, puede muy bien, en su cualidad de prohibicionista, reclamar que se imponga en el arancel un fuerte derecho de introducción a los chistes.

El Sr. Carbó: Señores, me parece haber oído que el Sr. Monroy ha dicho que los fabricantes eran usurpadores. Si efectivamente es así, no creo que hay gran diferencia entre usurpadores y ladrones, y por eso tomé la palabra.

El Sr. Martínez Monroy: Repito al Sr. Carbó que yo no quiero mal a los señores fabricantes de papel: ellos no tienen la culpa de que la legislación les proteja por medio de un irritante monopolio: la culpa es de la misma legislación: no tengan miedo los fabricantes de papel; no empiecen ya a quejarse... estamos en un país donde no se llevan a cabo muy pronto las saludables reformas: ellos no deben hacer sino comer y callar, o a lo más decir con nuestro Quevedo:

Sabe a acibar la perdiz
Que para comerla compro;
Pero si me lo regalan,
Sabe a perdiz cuanto como.

El Sr. Segovia: He pedido la palabra para decir muy pocas, cuando me pareció que el Sr. Carbó enunciaba un hecho que es notoriamente inexacto, y para tranquilizarle al mismo tiempo respecto de algunas expresiones vertidas en el discurso del Sr. Monroy. Pero como sobre este punto ya he dado su autor las oportunas explicaciones, prescindiré de él y pasaré a contestar al Sr. Carbó, no sin decir antes que debemos felicitarnos todos porque se viene aquí a abogar en favor de los fabricantes.

El Sr. Carbó ha cometido lo que se llama una petición de principio, y voy a probarlo. Si no nos encontramos en España en disposición de luchar, lo natural es que no se luche inútilmente; si no estamos adelantados, si aun estamos en el aprendizaje, si no es posible la competencia, entonces ¿por qué se fabrica? El que no sabe ¿por qué se pone a fabricar? Me parece está una cuestión incidental, y por tanto nada más digo acerca de ella, porque no quisiera que la discusión se desviase del principal objeto del debate.

Por lo mismo voy a rectificar el hecho enunciado por el Sr. Carbó. Ha dicho que la fabricación produce lo bastante para el consumo de España, y esto es notoriamente inexacto. Aquí hemos hablado en una de las sesiones celebradas por la Asociación, y si fuera menester se volvería a hablar acerca de este punto con gran copia de datos positivos y oficiales que presenté mi distinguido amigo el señor Figuerola. Pero ahora no se trata de eso: hoy es día festivo; para mañana, que es día de trabajo, invito al Sr. Carbó para que si gusta acompañarme venga conmigo a casa de muchos editores, y ellos le podrán decir si hay o no escasez de papel. Yo mismo puedo decir al Sr. Carbó que he sido encargado de la publicación de una obra de 30,000 ejemplares, y la corporación literaria por cuya cuenta se imprimió, ha tenido que tirarla en un papel inferior al que su deber le obligaba por no haberse encontrado papel suficiente de la calidad que se necesitaba. El papel tiene una circunstancia que también

concorre en otros artículos del arancel; no basta fijar el número y el peso, sino que es necesario también tener en cuenta la calidad; por ejemplo, el vino, pues naturalmente el de Valdepeñas no se puede comparar con el Champagne y el Burdeos.

El papel siempre será inferior en número al consumo, porque es uno de los elementos que contribuyen al desarrollo de la literatura, de la instrucción pública, de la moral, que se hallan escritas sobre el papel. Importunaria a la reunión si yo tuviera que repetir los datos presentados en otras ocasiones, y que ya están impresos; pero si el Sr. Carbó lo exigiera, los leería para su satisfacción. El hecho indudable hoy es que imprime el gobierno y los cuerpos colegisladores, los editores y la prensa, las provincias industriales y las que no lo son; y si fuera cierto lo que ese señor nos ha dicho, que hay papel abundante, ¿en qué consiste que está más caro que en ninguno de los demás países donde se imprime en el mundo?

El Sr. Carbó: Ha dicho el Sr. Segovia que si no podemos competir, no debemos lanzarnos a la lucha. En España nos encontramos en circunstancias muy desfavorables para competir con los franceses, y es preciso dejar la fabricación tal como está; de otro modo, no pudiendo competir, tendríamos que cerrar las fábricas, y no se haría más papel en España. No insistiré más sobre esto.

Respecto del segundo punto enunciado por dicho señor, sobre que hay muchas clases de papel, debo manifestar que yo no lo he negado; lo que he dicho es que fabricamos suficiente papel en tiempos normales, y que si se dejó sentir carestía en el año anterior fue a consecuencia del mal tiempo que nos hizo, en los años de 57, 58 y 59. Creo haber dicho lo bastante.

El Sr. Segovia: Si no se puede fabricar papel cuando no llueve, ¿cómo nos vamos a componer supuesto que es necesario imprimir en tiempo seco como en tiempo lluvioso para que se lea y se estudie en todas las estaciones del año?

El Sr. Carbó: No pretendo que siempre se tenga que imprimir en tiempo seco, porque esto sería un absurdo. Si el tiempo está seco cuando hay una carestía muy considerable, en hora buena que se rebajen los derechos de introducción del papel; pero no rebajarlos cuando no concurren esas circunstancias extraordinarias y anormales, porque si esto se verifica, la industria española no puede subsistir.

El Sr. Presidente: El señor de Solernou tiene la palabra.

El Sr. Solernou: No voy a ser muy molesto, pues tengo que reducirme mucho en atención a lo avanzado de la hora: voy únicamente a hacerme cargo de dos de las proposiciones anunciadas por el Sr. Carbó. Convencido de que nuestra industria está muy atrasada, quisiera, como buen español, verla muy floreciente, como lo desean todos los libre-cambistas; y esto debemos aquí decirlo muy alto, porque se nos dice un día y otro día que no queremos que las industrias prosperen, que somos disolventes, y que todo lo sacrificamos al triunfo de nuestra idea de cosmopolitismo y de la libertad de los cambios.

El Sr. Presidente: Rogaría a su señoría que se ciñese a la cuestión.

El Sr. Solernou: Mi objeto, señor presidente, es consignar que nosotros no deseamos la ruina de la industria nacional; todo lo contrario: que queremos verla próspera y floreciente, y además, que los temores manifestados por el señor de Carbó en cuanto a los perjuicios que se inferían a la industria papelera nacional son exagerados, puesto que aun con la rebaja de derechos de 9,60 cént. rs. por arbo de papel para imprimir introducido en bandera española, todavía la producción exótica de este artículo se halla gravada a su introducción en España con un 30 por 100 sobre el valor de factura. Sin embargo, me concretaré a la cuestión.

Por virtud de mis observaciones he adquirido el convencimiento de que nuestras industrias no saldrían perjudicadas hoy con la liberalización de nuestros aranceles, y esto voy a probarlo con hechos y con números, puesto que los señores proteccionistas son tan aficionados a números y a hechos.

En el extranjero, y muy particularmente en Francia, la fabricación del papel tiene un tipo fijo, tipo que no baja de 50 a 52 gramos de peso por metro cuadrado, resultando de aquí que el papel de ciertas formas se hace imposible su introducción, ni con la mas mínima esperanza de utilidad; más bien de pérdida.

El Sr. Presidente: Ruego de nuevo al Sr. Solernou se ciña a la cuestión que es objeto del debate, considerando que lo que está diciendo no tiene relación con ella.

El Sr. Solernou: Permitame el señor presidente manifestarle que deseaba desvanecer las objeciones del Sr. Carbó, en cuanto a los quebrantos que para su fabricación teme del decreto sobre rebaja de los derechos de introducción sobre el papel, pero aceptando su respetable precepto, voy a contraerme aun más a la cuestión.

Los señores proteccionistas, y dispénsenme que me dirija personalmente a ellos, puesto que ellos son los que nos hacen el cargo, pretenden lanzar sobre nuestras frentes una acusación que yo me creo en el deber de rechazar. Nos han dicho que nosotros no respetamos los intereses creados. Voy a hacerme cargo de esta acusación, señores, porque advertir debo que cuando en el año 1857 me tomé la libertad de iniciar la cuestión de

la liberalización de los aranceles de Aduanas en España, lo hice de una manera tan comedida, tan prudente, cual requería el estudio que desde mi niñez tuve lugar de hacer en uno de los centros más laboriosos de nuestro país del estado de nuestras industrias manufactureras; y teniendo muy en cuenta el progresivo y rápido desarrollo de las mismas, teniendo muy en cuenta los grandes intereses creados, de aquí mi opinión emitida en la fecha citada, de que respetando estos intereses y derechos creados, era ya tiempo de que nuestra patria saliese del estado de transición en que había entrado, merced a la tímida reforma arancelaria efectuada en 1841 y 49.

Yo, señores, amo como el que más el progreso industrial de mi país, y deploro con el Sr. Carbó el que no nos encontremos al nivel de las naciones más adelantadas, porque por mis venas también circula la sangre catalana, y me complace y tengo un noble orgullo en proclamarlo solemnemente aquí en medio de vosotros, que yo también en mi niñez he ennoblecido mis dedos con el manejo de la lanzadera, como ennoblecieron los suyos mis padres, hasta pasar al Nuevo-Mundo a comerciar en los productos que supieron antes aprender a fabricar.

Se nos dice, pues, que no respetamos los intereses creados, y voy a aducir un hecho que tiene una íntima conexión con la cuestión que es objeto del debate; hecho que probará una vez más que respetamos esos intereses, y que, lejos de perjudicar las industrias nacionales, deseamos verdadera y no ficticiamente protegerlas. El hecho es el siguiente. Por virtud del tratado de comercio celebrado entre Francia é Inglaterra, se permite en Francia la introducción del plomo inglés con el pago de derechos solo de 3 frs. por 100 kilogramos, mientras que los de otras procedencias pagan 5 frs., más 2 décimos, que los hace subir a 6 frs.

Además, desde 1864 en adelante, todo derecho de introducción sobre el plomo de procedencia británica, será abolido en Francia.

Ahora bien: hasta ahora hemos tenido una exportación muy regular de este mineral para el vecino imperio, y puede calcularse el inmenso perjuicio que sufrirá nuestra industria minero-plomiza si no seguimos el camino abierto a nuestra vista, con fijar aquí que solo por uno de los puertos del Norte de Francia, y no de los de primer orden, por el de Dunkerque, según un estado que tengo en mi poder de nuestro celosísimo y entendido vicecónsul en aquella plaza, se introdujeron procedentes de España plomos por valor de 7.535,993 reales en 1855, de 10.100,510 en 56, y de 7.170,480 en 57.

Y si esto, señores, es por un puerto de la poca importancia que Dunkerque, ¿qué no se importará por los del Havre y Marsella? Considérense pues los graves daños que nuestra industria minera de plomos sufrirá dejándole cerrar uno de los más pingües mercados de exportación, si dejando de seguir nosotros, como he dicho, el camino abierto a nuestra vista, y apoyados en la base de la reciprocidad, que es hoy el más firme vínculo, el lazo más indisoluble que une a unos pueblos con otros, no liberalizamos nuestros aranceles para que nuestras producciones tengan ventajoso acceso en los mercados extranjeros. Y ved comprobada con lo que acabo de manifestar mi aserción sentada al principio: pues repetir debo que si deseamos que se liberalicen nuestros aranceles de Aduanas, no es porque pretendamos perjudicar los intereses creados; lo es, sí, porque deseamos que prospere y se fomente la industria nacional: quede esta declaración terminantemente consignada, así como la de que, si llega el caso, probaré con hechos irrefutables que aquella, más que temer, debe desear el planteamiento de nuestra doctrina.

Y tratándose de Francia y España, con mayor motivo, pues existe de antiguo entre ambas naciones, no diré un tratado de comercio, pues lleva el nombre de paz y amistad; su fecha es la de 15 de agosto de 1761, conocido con la denominación de «*pacto de familia*». Pues bien: por ese tratado se estableció que los buques españoles puedan hacer el comercio de cabotaje hasta en Francia, y viceversa; y esto que no se lleva hoy a cabo porque lo esteriliza y hace ineficaz nuestro arancel, y el que para nosotros rige en la nación vecina, sería inútil de todas maneras mientras no se reformen en el sentido que venimos proclamando.

Aquí debo concluir, porque la hora es muy avanzada, y además no quiero privarme con esta muy escogida é ilustrada reunión, del gusto de oír la galana y elocuente palabra de oradores dignísimos, que sabrán hacer de ella un uso muchísimo más brillante que quien en este momento cesa de molestar vuestra benévola atención. Hé dicho.

El Sr. Presidente: El Sr. Sanromá tiene la palabra.

El Sr. Sanromá: Señores: los oradores libre-cambistas que me han precedido en el uso de la palabra, han manifestado que la reforma general de nuestros aranceles de Aduanas es, no solo conveniente, sino necesaria. Yo voy a concretarme a un punto más reducido; voy a demostrar que en nuestro actual arancel, hay un artículo cuya reforma, ó, mejor diré, cuya supresión inmediata es, no solo conveniente y necesaria, sino además una cuestión de decoro, de alto decoro nacional. Me refiero á las prohibiciones.

Veamos si por lo menos en este punto tenemos de nuestra parte á los proteccionistas, tola vez que estos señores dicen que ellos son españoles sobre todo, y tienen siempre en sus labios las pomposas frases de honra y prestigio nacional.

Los proteccionistas han dicho, no una, sino repetidas veces, y no de una manera embozada, sino explícita y terminante: «Tened entendido que nosotros no abogamos por las prohibiciones; que no queremos una protección exagerada, sino solamente razonable; conservados el tanto por ciento del arancel; aumentádnosle un poquito más, por caridad os lo pedimos, y os abandonamos de buen grado las prohibiciones.» Esto, repito, lo han dicho los proteccionistas de España, y si no ha sido aquella su fórmula, al menos ha sido aquel su pensamiento.

Pero cuenta que no hablan así los proteccionistas de todos los países. En Francia, por ejemplo, cuando la última campaña de Italia, al anunciar Napoleón III aquellos proyectos de reforma arancelaria, que por cierto ha realizado en este mismo año, los proteccionistas del vecino imperio se alarmaron; concitáronse, como de costumbre, y le dijeron al Emperador en un manifiesto: «No ha llegado aun el momento de levantar en Francia las barreras mercantiles; la industria francesa no tiene todavía condiciones de competencia para poder luchar ventajosamente con otras extranjeras. Ved que nos vais á comprometer y á arruinar, y sabed que lo que tendrá la culpa de esa calamidad, son los derechos protectores. Ya estamos desengañados; los derechos protectores no son más que una hábil maniobra de los libre-cambistas para ir preparando el campo á su doctrina. Tened, pues, entendido que el partido proteccionista francés no abogará de aquí en adelante por los simples derechos protectores; abogará por la prohibición pura, neta y absoluta.» Señores: con franqueza, al ver esa *entente cordiale* entre los proteccionistas españoles y los franceses, ¿qué debíamos hacer nosotros los partidarios de la libertad? Nada: cruzarnos de brazos, y aguardar á que se nos dijese cuál es el medio más fácil y á propósito para crear artificialmente la industria nacional. Pero dejemos á un lado cuestiones de la familia proteccionista. Os digo que la supresión inmediata de las prohibiciones, es una cuestión de decoro y de verdadero prestigio para el país.

Hace un año, si alguna vez se nos ocurría hojear el arancel, cuando nos encontrábamos con cinco artículos prohibidos á la exportación y con diez y seis á la importación, sin contar con otros once correspondientes á las tarifas especiales; nos consolábamos volviendo los ojos á Francia que, á pesar de sus ínfulas de país más civilizado, cerraba la entrada á treinta artículos y la salida á diez y seis. Pero sabida es la transformación que se ha verificado en el vecino imperio á consecuencia del tratado de comercio con la Inglaterra, habiendo desaparecido casi todas las prohibiciones, á escepción de las comprendidas en las leyes de cereales, leyes que allí se han hecho una cuestión vital por los proteccionistas.

Y á todo esto, señores, ¿qué les ha pasado á aquellos fabricantes que, cuando la guerra de Italia, se daban por muertos hasta el punto de estar haciendo las esquelas de convite para sus funerales y que querían no solo el mantenimiento de las prohibiciones existentes, sino una nueva edición de ellas corregida y aumentada? ¿Han muerto? No, señores, ni siquiera han estado enfermos; y á juzgar por el desarrollo que ha tomado la industria en Francia después del tratado de comercio, según manifiestan los datos publicados en el *Moniteur* y en el *Constitutionnel*, esos fabricantes se disponen á vivir indefinidamente. Por mi parte, Dios les conceda larga y próspera vida, ya que no ha querido otorgarles el santo don de profecía. (*Bien, bien.*)

Pero vamos á lo que nos conviene. Decía que ahora, cuando se dirijan cargos á nuestra nación porque conserva todavía algunas prohibiciones, no podremos decir como antes: los franceses nos acompañan. Ni podemos citar tampoco el ejemplo de otros países, porque las prohibiciones han desaparecido no solo de Francia y de Inglaterra, sino de Suiza, Holanda, Bélgica, el Zollverein, y hasta de Austria, Rusia y Turquía, como ha observado muy bien el señor presidente. Pues si bien es verdad que en el imperio del Czar se conservan todavía algunas, no son con carácter protector sino exclusivamente político, como sucede con los tées, cuya importación por mar está prohibida allí con objeto de facilitar por tierra las comunicaciones con el Celeste Imperio, y activar de esta manera la propaganda que las razas eslavas están haciendo de medio siglo á esta parte en dirección al Asia Oriental.

Es decir, que en materia de prohibiciones somos ya el único ejemplar que se enseña en Europa á los curiosos á manera de una antigüalla de museo: es decir, que cuando todos los pueblos han marcado las prohibiciones con el hierro de la infamia, nosotros las distinguimos, las acogemos al calor de preocupaciones groseras: es decir, que nosotros usamos y aun lucimos ese vestido viejo, sucio y raído, esos inmundos harapos que todos los pueblos cultos han arrojado ya por la ventana. (*Bien, bien.*)

No lo dudeis, señores: el sistema de las prohibiciones en el orden material es el bloque peninsular, y en el orden político un perpetuo ataque á la dignidad y nobleza de las naciones.

Ha indicado el Sr. Martínez Monroy que podrán suponer nuestros contrarios que nos quejamos de vicio. Lo supondrán, porque en 1841 teníamos 55 artículos prohibidos, y ahora apenas pasan de dos docenas. ¡Como si, atendida la marcha de las ideas libre-cambistas en Europa, no fuesen tan absurdas las pocas prohibiciones

de hoy, como las muchas que teníamos ayer! Proteccionistas: ó renegais de las prohibiciones, ó las aceptais como única necesidad; en el primer caso, borrád del cuadro de vuestras doctrinas hasta la última sombra de prohibición; en el segundo, sed lógicos, por favor, una vez siquiera; no limiteis las prohibiciones á cinco, ni á diez, ni á veinte artículos; aplicadlas inflexiblemente á todos aquellos que tengan en el país similares, cuyo monopolio ós convenga. (Aplausos). (El Sr. Morquecho pide la palabra). Me alegro de que el señor Morquecho tome parte en el debate, porque alguno de vosotros poco versado tal vez, como yo, en achaques arancelarios, querrá saber de boca de un proteccionista el motivo que pudieron tener los gobiernos para establecer las prohibiciones. Los proteccionistas contestarán inmediatamente, que el objeto de la prohibición de exportar, fue facilitar abundantes y baratos á la población é industrias nacionales los artículos de primera necesidad y las primeras materias que produce el país, ó bien evitar que aquellos objetos sean robados por los extranjeros en beneficio de su población é industria respectivas. Si os extraña la palabra robar, os diré que pes la que usarían de buena gana los proteccionistas de pura raza, para quienes el comercio que hacen los extranjeros en un país afecta casi siempre la forma de robo; casi roban si compran, y casi roban si venden.

En efecto, con arreglo á los principios de la escuela proteccionista pura, cuando los extranjeros se nos llevan artículos de primera necesidad, si bien dejan dinero, arrancan la sustancia del país, y cuando traen sus producciones se llevan nuestro dinero, que entonces, por un raro contrasentido, pasa á ser del mismo modo la sustancia del país. Me direis que este era el lenguaje de la escuela mercantilista del siglo XVIII: yo os contestaría citándoos el nombre de un español del siglo XIX, fabricante, por mas señas, y escritor economista, á su manera, el cual se lamentaba de que los 25 millones que, por compra de trigo, arinas y otros comestibles, salieron en diciembre de 1855 de un puerto de España, con destino á Rusia y los Estados Unidos, no pudiesen volver y se quedasen allí para fomentar el comercio y la producción extranjera. Nosotros, para quienes robar es pura, lisa y llanamente apoderarse con violencia de las ajenas haciendas, no llamamos robo á semejantes compras y ventas; por el contrario, calculando que la violencia puede ser física ó moral, calculando que son víctimas de esta última aquellos consumidores que pudiendo destinar, por ejemplo, 10 rs. para obtener un producto barato y de buena calidad del extranjero, tienen que gastar 20 rs. para adquirir el producto nacional de bastante peor clase, creemos que bajo el imperio de las leyes protectoras se obra una especie de despojo, que si se podía llamar robo, sería por la fuerza lógica de las cosas. ¿Qué queréis, señores? En esto estamos de acuerdo con el sentido común, con el Código penal y con el diccionario de la lengua, y decimos con Boileau: *J'appelle chat un chat, et rolet un fripon*. (Risas y aplausos).

Creo que estábamos hablando de las bases, de los principios de que habían partido los gobiernos para prohibir la exportación de algunas mercancías. Se dice que el gobierno quiere conservar en el país todo lo que puede constituir un elemento de nacionalidad, todo lo que tenga carácter de gloria nacional, del mismo modo, sin duda, que se conserva la espada del Cid en la Real Armería. (Risas). Pues siendo esto así, casi podríamos calcular los primeros artículos, cuya exportación debería prohibirse. Empezar por prohibir que vayan al extranjero nuestras grandes capacidades é ilustraciones de la cátedra, de la tribuna, de la milicia, del foro, del teatro; prohibid que nuestros médicos de gran fama vayan á curar la salud de los extranjeros, siquiera para que de este modo puedan dedicarse exclusivamente al cuidado de los cristianos viejos; prohibid que los mayordomos españoles pasen al servicio de un señor extranjero; que los pobres jornaleros faltos de trabajo lo soliciten fuera de su patria, que nuestros ingenieros industriales se pongan al frente de establecimientos manufactureros de Bélgica, de Holanda, de Inglaterra, de Francia, de los Estados Unidos; prohibid, prohibid sobre todo y muy severamente la terrible emigración del capital nacional, y lanzad el mas furibundo anatema contra aquellos capitalistas españoles que lleven su osadía hasta el punto de interesarse en empresas extranjeras, que suscriban empréstitos como los de Francia y el Piemonte, ó se hagan concesionarios de líneas férreas en los Estados romanos y en Portugal. Esto sería lógico, aunque tuya en los últimos límites del absurdo. Acaso solo por este absurdo, no por faltarles razones, dejan de atreverse á ello los proteccionistas mas intransigentes. Pues si aquellas cosas no se prohíben, ¿qué es lo que se prohíbe? me preguntareis. Os invito á que lo veais por vosotros mismos en el arancel. Los artículos cuya exportación del reino se prohíbe terminantemente, no son ni artículos de primera necesidad, ni las primeras materias que pueden servir de base á grandes industrias; los artículos que el arancel procura conservar en el interior del país como el oro en paño, los que han merecido una atención privilegiada, son... digámoslo de una vez: el corcho y el trapo viejo. El trapo, *matéria vil y despreciable*, como no la llamó yo, pero si la llamaba en la célebre información parlamentaria del año 1855 un fabricante de papel, es decir, un hombre que vive del trapo viejo y que probablemente habrá llegado á ser elector y hasta elegible por la gracia de Dios

de los trapos viejos (risas), y el corcho, producción reducida á un rincón de España. (Aplausos).

¿Y qué ventajas ha encontrado el país con la prohibición de exportar el trapo viejo? Cuidado, que si el Sr. Carbó se ha constituido en defensor de la industria papelera, debe tener en cuenta que la base de la protección que disfruta no es solo la prohibición de exportar el trapo, sino la facilidad con que entra el trapo extranjero cargado con muy pocos derechos, y la dificultad de que entre el papel también extranjero aun despues de la última reforma. ¿Pueden pedir mas mimo los papeleros? Se asegura que la producción de papel es suficiente para abastecer el mercado nacional. Que se lo pregunten á los editores, á los libreros, y sobre todo á los periodistas. Se lo pregunto al Sr. Carbó, y me dice que sí. ¿A quién debemos creer? Me permitirá el Sr. Carbó que, sin perjuicio de dar á su palabra toda la autoridad que le corresponde, me decida por la opinión de los que tienen que salirse de sus fábricas.

Para defender la prohibición de exportar el corcho decían los proteccionistas en la información parlamentaria de 1855: «aunque su producción está reducida á una pequeña porción de España, no obstante mantiene mas de treinta mil personas, y pone en circulación un capital de mas de 15 millones de reales». Saquemos la consecuencia, si porque una producción, cualquiera que ella sea, sostiene cierto número de brazos y lleva á la circulación un capital determinado, debe prohibirse la exportación, entonces la prohibición deberá ser tanto mas rigurosa cuanto mayores sean el número de brazos y el importe del capital que represente. Y pues, la elaboración de vino de Jerez, de aguardientes y de aceites, representa mayor número de brazos y capital que el corcho, prohibid también la exportación de estos artículos, y prohibid, no la importación, como se hace, sino la exportación de nuestros cereales, porque las tierras ocupan la tercera parte cuando menos de nuestros operarios y capitales. Pero ¿cómo puede ser eso, cuando la exportación de estos artículos atrae tantas riquezas al país? El cómo sería eso, yo no lo sé: preguntádselo á los abogados del corcho. (Muy bien).

Hemos hablado del arancel de exportación; digamos ahora dos palabras acerca de la prohibición de importar. Aparte de algunos artículos cuya importación está prohibida para favorecer los monopolios del Estado, como la sal, el tabaco y los azúcares, ¿sabéis en qué razón se fundan la mayor parte de las prohibiciones? En la salud física y la salud moral de los españoles; la salud física, como sucede tratándose de ciertas preparaciones químicas que podrían ser perjudiciales, y la salud moral, como sucede respecto á ciertas pinturas obscenas y á ciertos libros irreligiosos ó inmorales. No vengo á combatir esas prohibiciones, porque para hacer la crítica de ellas, tendrían que engolfarme en principios y consideraciones del todo ajenas al objeto, que hoy nos ha reunido en este lugar. Las cito únicamente para que resalte una de las contradicciones mas extrañas y absurdas de nuestro arancel de Aduanas.

Observad, señores, el aire particular de beatitud y celo paternal que manifiesta el arancel al prohibir la introducción de algunas mercancías; al alejar de nuestro alcance todo aquello que pueda darnos, todo aquello que pueda envenenar nuestros cuerpos ó inflacionar nuestras almas; parece indicar que nos quiere sanos, robustos, virtuosos y hasta santos. Pero entonces ¿por qué nos dificulta la alimentación y el vestido, impidiendo la entrada de cereales extranjeros, por lo menos hasta el caso de extrema necesidad, es decir, hasta que empecemos á morirnos de hambre (bien), y la importación de muchas telas de algodón, que es uno de los elementos principales que tienen las clases menos acomodadas para resguardarse de la intemperie? Por supuesto que no voy á entrar ahora en la cuestión de cereales ni en la de los algodones, y esto por dos motivos: primero, porque una de ellas se ha tratado ya aquí ampliamente, y los proteccionistas que han debatido con nosotros en este mismo sitio, nos han dicho que no sostienen la prohibición absoluta que no se oponen á la introducción de cereales extranjeros con tal de que se imponga cierto derecho de importación, sean diez, doce ó mas reales en fanega, mientras no tengamos ferro-carriles; y en cuanto á los algodones, porque la creo cuestión batallona; aunque en sentido distinto que los proteccionistas. Yo la considero magna, porque sin la cuestión de los algodones acaso no hubiéramos tenido necesidad de venir á este sitio; porque sin la cuestión de los algodones no se sostendrían muchas prohibiciones y muchos altos derechos del arancel. Dia llegará en que venga aquí la cuestión algodonería, y para cuando nosotros la destinemos una sesión especial, que espero será muy en breve, yo invito á nuestros adversarios á que traigan sus espadas bien afiladas; aunque, si he de hablar con franqueza, yo bien calculo desde luego lo que dirán: Sí, señores, me parece que los estoy oyendo: dirán que suprimir las prohibiciones sobre ciertos géneros de algodón, y suprimir, ó siquiera rebajar, los derechos sobre otros, equivaldría á arruinar la industria de una provincia importantísima. Esto dirán seguramente, sin perjuicio de esclamar mañana, cuando haya una exposición universal en París ó Londres, ó general en Madrid, ó provincial en Barcelona, que la industria algodonería de la provincia de España á que nos referíamos, se halla en estado de competir con los extranjeros. Y esto no es suposición mia; este lenguaje le habreis oído muchas veces, quizás hace pocos dias, de boca de los apóstoles del proteccio-

nismo. Hoy se les amenaza con un movimiento arancelario en sentido liberal, y se apuran, se reúnen y gritan que la industria está en mantillas, que está atrasadísima, que carece de condiciones de competencia; pero llega un día de fiesta en que la industria se viste de gala, llega un día en que conviene hacer efecto á los ojos de algún alto personaje, y ese día todo es grande, todo es lisonjero, todo está á la altura del siglo y de los adelantos modernos, todo tiene las condiciones de competencia que antes se negaban. (*Grandes aplausos.*) Una ligera reflexión antes de terminar. Tres veces se han presentado en estos debates los proteccionistas, haciendo gran parada de datos y razones de detalle. No nos comprenden: no conocen nuestro carácter y nuestra misión. Si nosotros aceptásemos la protección como principio, entonces esos datos y esas razones de detalle vendrían más á cuento, como ha sucedido cuantas veces, desde hace cuarenta años hasta nuestros días, se ha puesto sobre el tapete la cuestión de reforma arancelaria en la esfera del gobierno. Entonces lo que conviene saber es el tanto por ciento, el más ó el menos que se ha de exigir en proporción al desarrollo de la industria en un momento dado. Pero nosotros miramos mucho más alto, nosotros vamos mucho más allá. Para nosotros la reforma arancelaria no es cuestión de teneduría de libros; es cuestión de moral, de derecho y de justicia política. Y digo de moral y de derecho, para que no puedan negar los proteccionistas que los derechos protectores crean productos privilegiados y productores no privilegiados, y colocan á los primeros frente á los segundos, y á unos y otros frente á frente de los consumidores, y establecen profundas y radicales antipatías entre unos y otros.

Y digo de justicia política, porque el régimen privilegiado destruye la igualdad, y la igualdad es la base de todas las constituciones modernas. Y así como si nosotros viniéramos aquí á combatir la esclavitud, nada importaría que nos dijérais: la esclavitud antigua fue el único asilo de la industria, y la esclavitud moderna ha dado vida á la producción de los artículos coloniales, y si ha habido amos duros y tiránicos, también los hubo y los hay muy nobles y generosos, y esclavos muy bien tratados, porque nosotros os contestaríamos: «y sin embargo la esclavitud es inicua;» y así como si nosotros combatiésemos la conquista, nada importaría que nos dijérais, por la conquista penetró la civilización antigua en el corazón de Asia y de la Europa; y la civilización moderna en el corazón de América, y la civilización contemporánea por la conquista penetrará en el corazón de África, y si hubo conquistadores que todo lo agostaron con los cascos de sus caballos, como Atila, también los ha habido con grandes pensamientos de organización, como Alejandro y Napoleón I; porque nosotros os contestaríamos: «y sin embargo, la conquista es inicua;» del mismo modo cuando se nos viene diciendo que el sistema protector es necesario en ciertos países, porque, merced á él, se han obtenido algunas varas de tela ó algunos quintales de hierro, y se ha dado salida á los capitales y ocupación á los braceros, nosotros contestamos: «y sin embargo, la protección es inicua;» porque esas pocas varas de tela, y esos cuantos quintales de hierro, y esas pocas fábricas, no pueden competir, después de cincuenta años de privilegio, con el inmenso aluvión de productos que vienen y vendrán de las primeras potencias manufactureras. Nos habláis de un cierto número de jornaleros que cobran un salario decente, merced á vuestros trabajos de invernáculo. Pues bien, sabedlo de una vez: esos jornaleros tienen una vida prestada, una existencia artificial que desaparecerá mañana, no por culpa nuestra, sino por la vuestra, al menor capricho de un gobernante. Si tenéis miedo de morir, (y ya veis que no han muerto los que en el extranjero repetían testualmente vuestras mismas quejas), preparaos con tiempo. Vuestra máquina, vuestra gran máquina de guerra está gastada y no tiene ya compostura posible: el siglo XIX quiere romperla, y el siglo XIX la romperá. (*Aplausos generales y prolongados.*)

El Sr. Presidente: El Sr. Morquecho tiene la palabra; pero me veo en la necesidad de rogar á su señoría que tenga en cuenta lo avanzado de la hora, por lo que me ha sido muy sensible que no haya pedido antes la palabra. Sin embargo, la Junta se halla dispuesta á permanecer aquí escuchando á su señoría, toda vez que se sirva concretarse á las cuatro proposiciones puestas á discusión.

El Sr. Morquecho: Comprenderá el señor presidente que después de los extensos discursos que se han pronunciado, y de lo magno de la cuestión que se debate, es muy difícil que yo acceda á los deseos de su señoría. Sin embargo, procurando complacerle y reduciendo los límites de mi pobre discurso, comenzaré por aplaudir con toda sinceridad el digno curso que viene siguiendo esta discusión. Yo, que poco de algo duro cuando tengo que contestar á los señores libre-cambistas, los aplaudo por el buen sentido, la oportunidad y los propios límites en que han encerrado la cuestión, salvo, sin embargo, una escepcion.

Mi particular amigo, el Sr. Carbó, ha defendido una parte sola de la cuestión, aunque no en los mismos términos en que á ha considerado después el Sr. Sanromá. Su señoría, ya lo habeis oido, acaba de decir en su última observación: «Los proteccionistas estais engañados si presumís que hemos de regatear el más ó el menos. Los datos que nos aducen, y yo agregó, datos que os abruñan, son improprios, siquiera esos datos prueben que, con efecto, se pueden perjudicar grandes é importantes intereses. La cuestión para nos-

otros, nos ha dicho su señoría, no es cuestión de hechos ni de números; lo es de principios.» Pues bien, Sr. Sanromá; yo la acepto en ese terreno: yo acepto la cuestión de principios, y ese precisamente va á ser el asunto principal de mi discurso.

El señor presidente ha dicho que queréis una reforma económica; también la descamos nosotros. Ha dicho, además, su señoría: «Queremos una reforma liberal;» y á esto contestamos nosotros: «Queremos una reforma proteccionista.»

Los discursos que aquí se han pronunciado, han basado principalmente en los grandes defectos del arancel; os haré una nueva concesión: soy el primero en confesar que los aranceles de Aduanas son defectuosos. Esta confesion no es nueva en mí. Los que están sosteniendo conmigo la polémica y siguen el curso de nuestros debates, saben que hace mucho tiempo he reconocido esos defectos, y aun llego á declarar que tienen contradicciones, como nos decía el señor Monroy; que las primeras materias están sobrecargadas con derechos mucho más elevados que ciertos productos ya elaborados. Pero, señores, ¿qué prueban estos defectos contra el principio? Concedo y confieso que nuestros aranceles son defectuosos; pero yo prefiero un sistema defectuoso en algunas de sus partes, á un sistema completamente falso, completamente ruinoso; á un sistema anti-nacional y anti-humano. Este es el sistema libre-cambista, mientras no se circunscriba á los límites en que debe mantenerle la ciencia política aconsejada por la economía política.

Es escusado que yo insista sobre la grande importancia que tiene un sistema de aranceles. Es la legislación, es el orden legal á cuyo amparo se han de desarrollar el trabajo, la producción y el cambio de una gran nación.

Hace mucho tiempo que se ha demostrado por ilustres economistas, que al aplicar á la práctica las doctrinas económicas, hay que tener en cuenta las condiciones de tiempo, de localidad, de medios de producción, etc. Pienso como el célebre Canning, á quien tocó alguna parte de la reforma inglesa, de la cual no hablaré cual quisiera, aunque no podré menos de hacer sobre ella algunas indicaciones; pienso, digo, que en la dirección de los negocios deben presidir los principios abstractos, pero modificados según los tiempos y las circunstancias. Y ya sabéis que Rossi, que Courcelle-Leunil han distinguido la ciencia racional y práctica, la ciencia y el arte.

Voy sobre todo á la cuestión de principios; y la proposición que sustento en contestación á las indicaciones del Sr. Sanromá, es la siguiente: que es necesario conservar y regularizar el principio proteccionista en nuestra legislación de Aduanas, en nombre precisamente de la justicia, en nombre de la conciencia, en nombre de la libertad, y en nombre de la humanidad.

Señores: todas las ciencias morales y políticas se dirigen hácia un punto; el bien del hombre; todas llegan á dar su contingente de luz para resolver, entre otros, dos grandes problemas; el primero es eminentemente político, el segundo es eminentemente social. El primero de estos problemas concierne al desarrollo progresivo, seguro y completo de las nacionalidades.

El Sr. Rodríguez (D. Gabriel): Pido la palabra para una cuestión de orden. Si la mesa y el Sr. Morquecho lo permiten, podré usarla desde luego.

El Sr. Morquecho: No tengo inconveniente en que hable su señoría.

El Sr. Rodríguez: El señor gobernador de la provincia, al conceder la autorización para reunirnos aquí, nos fija como prescripción á la cual no podemos faltar que no tratemos mas que de las cuestiones anunciadas en el tema. Pido, pues, al señor presidente que no permita al Sr. Morquecho ocuparse de otras cuestiones que le las que están marcadas en la orden del día. Ocasiones tendrá el Sr. Morquecho en lo sucesivo, como las ha tenido, sin aprovecharlas, en que poder discutir con nosotros la cuestión de principios.

El Sr. Presidente: Yo rogaria al Sr. Morquecho que se ciñera al punto, materia del debate. Antes de principiarse la discusión se señalaron los cuatro puntos sobre que debía discutirse, y si quiere su señoría, se los volveré á repetir.

El Sr. Morquecho: Me permitirá V. S. que le recuerde que el señor Sanromá ha declarado que la cuestión no es de hechos; ni de números, sino de principios, y que debíamos tratar la cuestión en este terreno. No sé por qué ha de prohibirme á mí que hable de lo que á su señoría se le ha dejado hablar, y no se me ha de permitir defender á la escuela proteccionista de los ataques que tan injustamente se la están lanzando. (*Murmuros, aplausos, confusión.*) **El Sr. Sanromá pide la palabra.**

El Sr. Presidente: Orden, señores. El Sr. Sanromá ha hablado de las prohibiciones, y al combatirlas habló por incidencia del principio que las apoyaba, pero de ninguna manera entró su señoría de lleno en la cuestión de principios. Vuelvo á repetir que la discusión no puede versar mas que sobre los cuatro puntos que ya se han indicado. Fuera de ellos, no puedo permitir que se use de la palabra.

El Sr. Morquecho: Para mí, la observación última del señor Sanromá, aunque incidental, es muy grave, es decisiva; y pues que no se me permite ocuparme de la cuestión de principios, y toda vez que el señor presidente quiere contenerme en unos límites en

que no ha querido contener al Sr. Sanromá, renuncio la palabra; pero consignando las protestas de que aquí y en todas partes sabemos sostener nuestras doctrinas. (Aplausos, confusión. Piden la palabra los señores Rodríguez San Pedro, Escosura (D. Desiderio) Alcalá Galiano y otros.)

El Sr. Sanroma: Yo he tratado la cuestión indirectamente, mejor dicho, no he tratado de modo alguno la cuestión de principios.

Lo que he dicho respecto a la conducta observada por los proteccionistas, y ahora diré que me refería al Sr. Morquecho, es que aquí no somos un cuerpo legislativo que delibera sobre reforma del arancel, partiendo del principio de protección como cosa necesaria. Aquí no solo no se parte de él, sino que se le condena, como debe condenarse todo lo que es absurdo: esto lo he dicho de paso, y de paso también he presentado las razones en que me apoyaba para opinar así. Por consiguiente, no habiendo dado motivo alguno que pueda servir de pretexto al Sr. Morquecho para hablar en los términos en que está hablando, luego se dejó por terminado este incidente, y que se pase a los cuatro puntos que están señalados como base de la discusión. (Aplausos prolongados.)

El Sr. Morquecho: Para mí es una la ciencia, y como la cuestión de principios es una cuestión vastísima....

El Sr. Presidente: Ruego de nuevo al Sr. Morquecho se sirva concretarse a la cuestión.

El Sr. Morquecho: Siento mucho decir que a esta discusión se la está dando un giro indebido.

La cuestión presente, y sería esto parte de lo que me proponía decir, es para los señores libre-cambistas cuestión de método; para nosotros lo es de principios. Cada cual tenemos nuestro sistema; cada cual tenemos nuestros principios, nuestro criterio, nuestra manera de juzgarla. Si nosotros hemos querido defender nuestro sistema de los ataques y las inculpaciones que se le han dirigido, es para que no se vuelva a decir que los proteccionistas no sabemos defenderlo. No; estamos dispuestos a hacerlo en todas partes; en las academias, en la prensa, en el Ateneo, en la Bolsa, en donde se quiera. He dicho. (Aplausos prolongados.)

El Sr. Rodríguez (D. Gabriel): Señores, os suplico que me prestéis un momento vuestra atención; no voy a pronunciar un discurso: voy solamente a decir cuatro palabras para consignar un hecho que quiero dejar bien establecido antes de que salgamos de aquí. Los proteccionistas han sido varias veces invitados por nosotros, y al invitarlos, como al invitar a todo el mundo, hemos circulado y dado publicidad al tema que aquí debía discutirse. Los proteccionistas han venido aquí, y jamás han aceptado el debate en el terreno en que hemos presentado la cuestión. Los proteccionistas no tienen derecho para hacer lo que quiere el Sr. Morquecho hacer hoy: pueden levantar bandera contra bandera, Asociación contra Asociación; y allí donde ellos nos citen, acudiremos nosotros a tratar las cuestiones en el terreno en que nos las presenten, pero no tienen el derecho de venir aquí a perturbar la discusión, obligándonos a abandonar el método propuesto previamente; y esto a última hora, en el momento en que se va a levantar la sesión, dando lugar con su conducta a interpretaciones que podrían serles poco favorables. (Aplausos prolongados.)

El Sr. Presidente: Debo hacer una aclaración. Al retirar la palabra al Sr. Morquecho, no ha sido porque la usase en el sentido en que lo estaba haciendo; lo ha sido porque estraviaba la discusión de los cuatro puntos que desde el principio se fijaron como materia del debate. Nosotros hemos tenido aquí otras reuniones en donde se trataba la cuestión bajo el aspecto que hoy la quería tratar el señor Morquecho, y si entonces su señoría hubiera acudido a nuestro llamamiento, le hubiera dejado hablar estensamente en el terreno de los principios; pero hoy, que se halla circunscrito el debate a determinados límites, no se puede permitir que la discusión se salga de ellos. El Sr. Rodríguez San Pedro tiene la palabra.

El Sr. Rodríguez San Pedro: Duéleme, señores, el tomar la palabra en momentos en que el debate está tan agitado; sin embargo, no voy a usarla para tratar la cuestión en su fondo; voy solamente a demostrar que lo que aquí está sucediendo, es precisamente una falta de método, una falta de orden. No necesito decir cómo ha nacido esta cuestión; pero trataré de saber si para que los proteccionistas discutan sobre una cuestión determinada, tienen o no derecho a comenzar por asentar su criterio para después resolver la cuestión con arreglo a sus principios.

El Sr. Rodríguez nos ha dicho (porque yo soy proteccionista) que no tenemos derecho para venir a plantear la cuestión en nuestro terreno, y a última hora, sino que al discutir aquí, tenemos que acomodarnos al criterio, a la manera de ser de esta Asociación. Esto, señores, no solo es una falta de lógica, de método, sino que también es acusarnos de un ataque un tanto insidioso, aunque yo hago la justicia al Sr. Rodríguez de creer que en el fondo de su alma no ha tenido tal pensamiento; pero esto se trasluce de sus palabras. (El Sr. Rodríguez la pide para rectificar.)

Repito que salvo su intención; pero el hecho es que nos ha acusado de que en el último momento hemos tratado de estraviar la cuestión para que pudiera decirse que en España no se podía discutir sin gritos ni trastornos, y que esto atacaba a la vida de la Asociación. Esto es lo que me ha movido a tomar la palabra para decir muy po-

cas, manifestando cuál es mi juicio acerca de la cuestión de oportunidad.

Claro está, y lo ha dicho el Sr. Sanromá, que entre la escuela proteccionista y la libre-cambista, no cabe discutir más que cuál de los dos principios debe prevalecer. La cuestión del mas ó el menos es cuestión interior de la protección. Pero hablando con libre-cambistas, ya que con ellos es preciso discutir acerca del mas ó el menos, es necesario tratar antes de si la protección es ó no un inconveniente, y por eso, cuando aquí se levanta alguno a decir que no debe existir ni el mas ni el menos, para poder girar en una órbita precisa, le es indispensable ante todo fijar su centro, su punto de apoyo, pues lo contrario equivaldría a hablar de las nubes, de cosas abstractas, de cosas hipotéticas. Por eso estamos completamente en nuestro derecho, asentando como base de nuestro raciocinio el criterio con que vamos a resolver la cuestión concreta, y queremos empezar por consignar que el aspecto bajo el cual se presenta al público la cuestión, es erróneo; que no conduce mas que a estraviar la opinión, y que nosotros deseamos traerla al buen camino.

No es una misma la cuestión de si los aranceles son mas ó menos perfectos, de si en ellos existe un artículo que no debía existir, que la cuestión arancelaria en su aspecto económico, que el principio del desarrollo de la riqueza pública, que la aplicación de las doctrinas económicas al desenvolvimiento de la agricultura y de la industria.

Voy a concluir, porque la hora es muy avanzada, repitiéndolos que no teneis derecho para hacernos el cargo que nos habeis hecho por presentar la cuestión bajo nuestro criterio. Siempre que un caso concreto se presenta, es preciso fijar la norma por que se ha de decidir. Desde el momento en que nos queráis imponer la vuestra, falta la lógica, y jamás podremos entendernos.

El Sr. Rodríguez: Dos palabras nada mas. El Sr. Rodríguez San Pedro, a quien he oído con sumo placer, y a quien me alegraré ver en todas nuestras reuniones, ha supuesto que yo había querido decir antes que los proteccionistas venían aquí con el objeto insidioso de procurar la ruina de esta Asociación. Yo no he dicho eso; no he querido decirlo. Lo que en alguna ocasión he dicho es que cierta conducta, aunque guiada sin duda por la mejor buena fe y la mas sana intención, podría traer la disolución de esta sociedad.

En cuanto a la cuestión de principios, voy también a hacer una declaración que quiero dejar consignada. La primera reunión que tuvimos aquí fue precisamente para tratar la cuestión de principios; fue para tratar de la conveniencia de fundar una Asociación que defendiera y propagara los principios del libre cambio. La reunión se anunció con mucha anterioridad, y nadie vino a combatirla. La primera objeción que después se nos hizo fue que nosotros éramos unos teóricos, que no descendíamos a las cuestiones de datos y de números, únicas que podrían resolver el problema de la conducta que debe seguirse para alcanzar el desarrollo de nuestra riqueza y de nuestra industria. La Asociación, atendiendo a estas quejas, cambió de rumbo: desde entonces solo ha discutido cuestiones prácticas. Ahora se nos viene diciendo que el debate debe ser, ante todo, sobre los principios. Pues bien; vamos a satisfacer de nuevo a nuestros adversarios. Anuncio solemnemente que la primera reunión que celebremos será para discutir los principios y las condiciones económicas del sistema proteccionista. (Aplausos estrepitosos y prolongados.)

El Sr. Presidente: Atendido lo avanzado de la hora, se levanta la sesión. Los señores que gusten firmar la exposición que anteriormente se ha leído, pueden acercarse a la mesa y hacerlo.

Eran las cinco.

Exposición que se dirige a las Cortes por iniciativa de la Asociación para la reforma de aranceles, cuyos extremos de petición sirvieron de base en la sesión celebrada en este día.

A LAS CORTES.

Los infrascriptos, vecinos de Madrid, pertenecientes a muy diversas clases, edades, estados y condiciones, desempeñando muy distintos empleos, ejerciendo gran número de variadas profesiones é industrias, dedicados también muchos de ellos a muy diferentes ramos de comercio y tráfico, pero unánimes en la idea que hoy los reúne, y convencidos todos por costosísima experiencia de los males y perjuicios sin cuento que a España irroga el monstruoso sistema de Aduanas, acuden respetuosamente al Congreso de los diputados en uso del derecho que para dirigir esta exposición les concede el art. 3.º de la Constitución, y confiados en que la ilustración y celo patriótico de la Representación nacional, se penetrará de los sólidos fundamentos de esta queja, le suplican que ponga pronto y eficaz remedio a aquellos males, ejerciendo la iniciativa que la misma ley fundamental le atribuye, para incoar la apetecida reforma aduanera que en altas y sentidas voces reclaman ya el interés general y la opinión pública.

Patentes son los perniciosos efectos del actual sistema de Aduanas, y claros como la luz del día; y tan necesaria su demostración,

que los esponentes creían ofender al Congreso si aquí se extendiesen á otra cosa que á recordar algunos hechos capitales, los cuales, dando sustancia y forma á la presente esposición, la hagan mas digna de servir de punto de partida para una información parlamentaria, y para los demás trámites por donde haya de pasar la urgente reforma de nuestra legislación aduanera.

La dignidad de España, no menos que su interés y bienestar, exige que salgamos del oscuro y degradante regazo en que nos hallamos con respecto á todos los países civilizados. En el último decenio (bien lo sabe el Congreso) se han reformado en sentido liberal todos los aranceles del continente europeo, y no pocos del americano. España sola ha permanecido, para mengua suya, estacionaria; y hasta la ley de 1849, que hubiera podido parecer como un conato, aunque tímido, de mejora, ha venido á ser tristemente ilusoria en su mayor parte, por las numerosas infracciones con que su letra y espíritu la ha barrenado una defectuosa y errónea aplicación.

No llevarán los esponentes su confiado ardimiento hasta pedir para el arancel español la sencillez que ha alcanzado últimamente el de Inglaterra, ni la modicidad del de Holanda, ni el orden y rebaja de tipos del de Suiza, ni la regularidad y baratura del Norteamericano: quédense allá estas y otras ventajas, y sobre todo, la de una aplicación moderada y equitativa, para aquellos dichosos países en que el monopolio no está como en España todavía entronizado, ni arraigado el ciego error egoísta en ciertas clases de productores, ni ofuscado por arteros sofismas y mentidos alardes de falso celo por el interés público, el mas positivo, y mas real, y mas efectivo interés de los consumidores, que comprendiendo á la universalidad de los ciudadanos, incluso los productores mismos, no es otra cosa que el interés nacional y el pro-comun por excelencia. Mas ya que no pidan tanto los infrascriptos, pedirán á lo menos encarecidamente á los diputados de la nación no consientan por mas tiempo que los españoles seamos de peor condición en esta parte que los súbditos del autócrata de las Rusias, ó del Emperador de Austria.

Si, señores diputados, los aranceles de esos imperios se encuentran ya purificados de las irregularidades y defectos mas monstruosos que para vergüenza nuestra existen aun en el español, y contra los cuales nuevamente levantan hoy su voz los infrascriptos. Para reformarlos y poner un término á sus funestas consecuencias, que bien merecen nombre de calamidades, bastará que la nueva ley abraza los puntos siguientes:

1.º Fijación del plazo mas breve posible en que hayan de cesar

toda clase de prohibiciones de importación y esportación. Estas prohibiciones son atentatorias al sagrado derecho de propiedad que nos garantiza el art. 10 de la Constitución, y pertenecen por su índole y esencia á la confiscación, abolida por nuestra misma ley fundamental.

2.º Que se reforme el arancel, clasificando los mil doscientos y mas artículos que comprende para asignarlos á las cuatro categorías establecidas por la ley de 1849; pero con tal de que esta ley se haga efectiva, señalándose un derecho uniforme á todos los géneros de una misma categoría, el cual derecho habrá de ser inferior á lo que en aquella época se fijaron para que resulten las ventajas que el Erario público y el comercio han conseguido en todas las naciones en que esa rebaja se ha llevado á efecto.

3.º Que el derecho diferencial de bandera quede abolido, á lo menos respecto de todas las naciones que concedan á nuestro pabellón igual ventaja.

4.º Que se revisen y reformen las ordenanzas de Aduanas, purgándolas de sus infinitas trabas y ritualidades, completamente inútiles muchas de ellas, y tan perjudiciales y costosas otras, que abrumen y matan el comercio.

Piden los infrascriptos, por último, al Congreso respetuosamente, que en el caso de que, sometiéndose el examen de estas cuestiones á una comision de señores diputados, se admitiesen como otras veces los fabricantes y productores á defender sus mal entendidos intereses, sean tambien oídos en el seno de la comision, como defensores del interés general del pueblo español consumidor, algunos miembros de la Asociación formada en Madrid para promover la reforma de los aranceles de Aduanas. — Así, y únicamente así, podrá decirse que se ha ventilado debidamente tan importante asunto, y que la justificación del Congreso ha oído otros datos, pruebas, cálculos, raciocinios y argumentos, que los mancos y falaces que presenta, siempre desfigurados, el sordido interés particular.

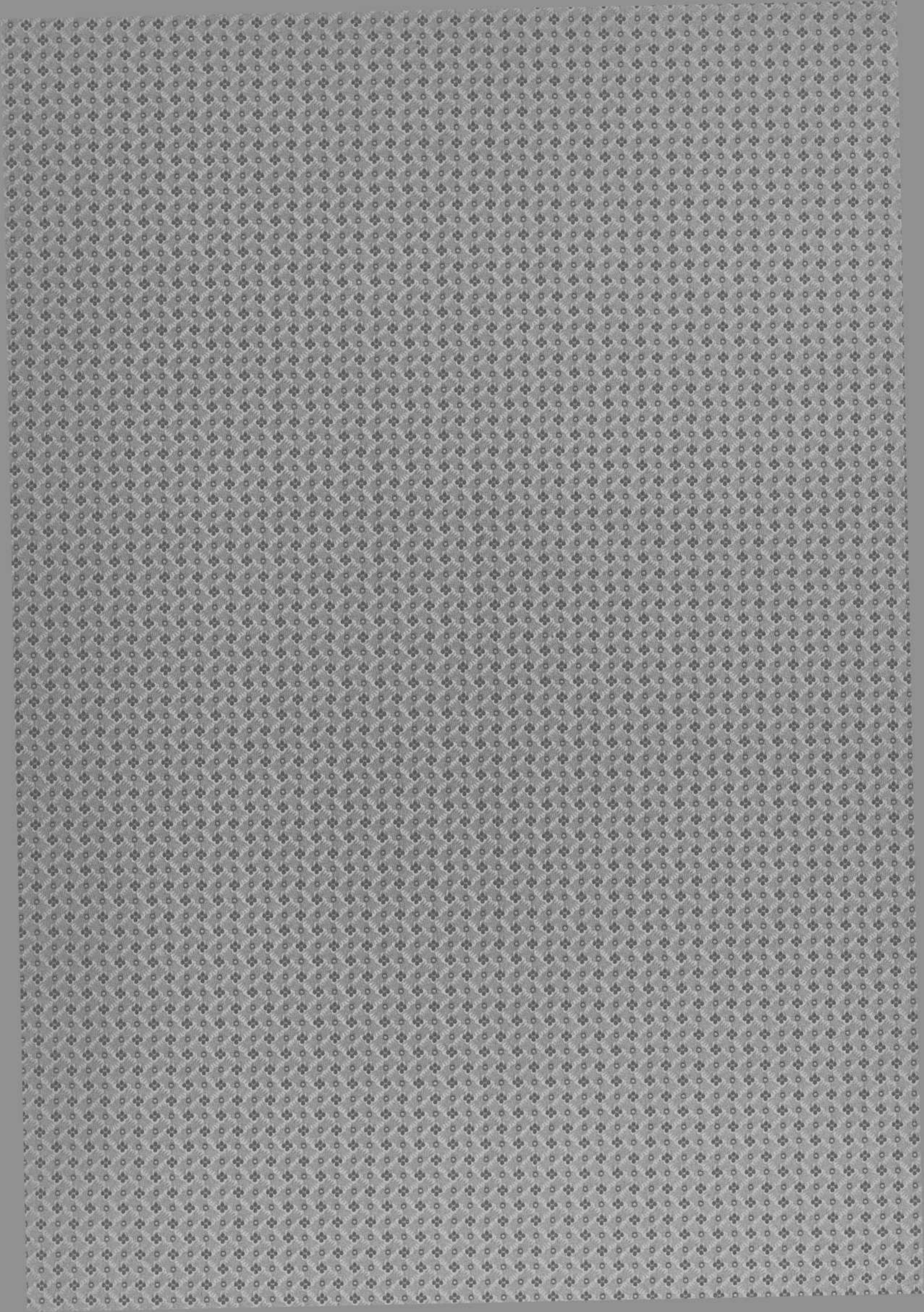
Las poderosas razones en que tan modestas pretensiones se fundan, han sido desenvueltas en la reunión pública celebrada (con autorizacion competente) en la Bolsa de Madrid, de cuyos debates se acompañan varias copias á esta reverente esposición, á fin de que puedan consultarlos los señores diputados, y resolver en su alta sabiduría el Congreso, de cuya ilustración y patriotismo tanto espera la empobrecida y atrasada España, y con tan ardiente fe se atreven á invocar aquí los esponentes.

Madrid, etc.

EDITOR RESPONSABLE Y ADMINISTRADOR, D. J. G. DE BARREDA.

MADRID. 1860.—IMPRENTA DE MIGUEL ARCAS Y SANCHEZ,

calle del Barco, núm. 20, cuarto bajo.



98